

# REMINISCENCIAS ESCOGIDAS DE SANTAFÉ Y BOGOTÁ

JOSÉ  
MARÍA  
CORDOVEZ  
MOURE

**BC**  
Biblioteca  
Básica DE  
Cultura  
Colombiana

▪ literatura ▪





REMINISCENCIAS  
ESCOGIDAS  
DE SANTAFÉ Y  
BOGOTÁ

JOSÉ MARÍA  
CORDOVEZ MOURE

Ana María Otero-Cleves (Comp.)

**BC**

▪ literatura ▪

Cordovez Moure, José María, 1835-1918

Reminiscencias escogidas de Santafé y Bogotá [recurso electrónico] / José María Cordovez Moure ; [presentación, Ana María Otero]. -- 1a. ed. -- Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.

1 recurso en línea : archivo Pdf (634 páginas). – (Biblioteca básica de cultura colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-8827-69-8

1. Usos y costumbres - Colecciones de escritos 2. Bogotá - Vida social y costumbres - Siglo XIX I. Otero, Ana María, aui. II. Título III. Serie

CDD: 986.14 ed. 20

CO-BoBN- a975286



Mariana Garcés Córdoba  
MINISTRA DE CULTURA

María Claudia López Sorzano  
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala  
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán  
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Felipe Cammaert  
COORDINADOR EDITORIAL

Javier Beltrán  
ASISTENTE EDITORIAL

David Ramírez-Ordóñez  
RESPONSABLE PROYECTOS DIGITALES

María Alejandra Pautassi  
EDITORA DE CONTENIDOS DIGITALES

Paola Caballero  
APROPIACIÓN PATRIMONIAL

Taller de Edición Rocca  
SERVICIOS EDITORIALES

Hipertexto  
CONVERSIÓN DIGITAL

Pixel Club  
COMPONENTE DE VISUALIZACIÓN Y BÚSQUEDA

Adán Farías  
DISEÑO GRÁFICO Y EDITORIAL

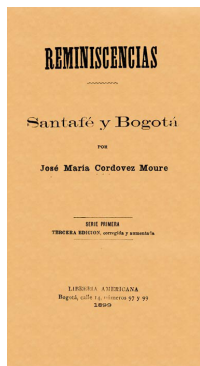
ISBN:  
978-958-8827-69-8  
Bogotá D. C., diciembre de 2015

Primera edición: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2015

Presentación y compilación:  
© Ana María Otero-Cleves

Licencia Creative Commons:  
Atribución-NoComercial-Compartirigual,  
2.5 Colombia. Se puede consultar en:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/co/>

# ÍNDICE



Portada de las *Reminiscencias*  
editadas por la Librería Americana,  
Bogotá, 1899

▪ PRESENTACIÓN	7
▪ BAILES	15
▪ LOS COLEGIOS Y LOS ESTUDIANTES	41
▪ ESPECTÁCULOS PÚBLICOS	63
▪ FIESTAS RELIGIOSAS	93
▪ ASALTO AL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN POR LA COMPAÑÍA DE RUSSI	113
▪ SAQUEO DE LA CASA DE LA SEÑORA DOÑA MARÍA JOSEFA FUENMAYOR DE LICHT	121
▪ EL TERROR DE 1850 A 1851	131
▪ JUICIO Y EJECUCIÓN DE JOSÉ RAIMUNDO RUSSI Y SUS COMPAÑEROS	149
▪ EN LOS ALISOS	195
▪ EL HOGAR DOMÉSTICO	233
▪ CORRIDA DE GALLOS	291
▪ LAS FIESTAS DE TOROS	299
▪ DE 1851 A 1853	331
▪ LUISA ARMERO	377
▪ MIGUEL PERDOMO NEIRA	393
▪ ARTES, CIENCIAS Y OFICIOS	427
▪ BENEFICENCIA Y CÁRCELES	457
▪ ANÉCDOTAS	501
▪ POT POURRI	527

## ▪ PRESENTACIÓN

José María Cordovez Moure (Popayán, 1835 - Bogotá, 1918) fue uno de los cronistas más brillantes del siglo XIX colombiano. En una época de alto movimiento político y en un país en pleno proceso de consolidación nacional, Cordovez Moure fijó su atención en la vida cotidiana de los bogotanos de la segunda mitad del siglo XIX. Lejos de narrar exclusivamente los episodios y las revueltas políticas de los que fue testigo en varias ocasiones, este payanés de nacimiento y bogotano por convicción, optó en su lugar por contar las idas y venidas de la entonces pequeña capital.

Sus crónicas fueron compiladas de manera poco ordenada, y publicadas por primera vez bajo el nombre de *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* por la Imprenta El Telegrama (1893) y poco tiempo después, por la Librería Americana (1900-1910) de Salvador Camacho Roldán y Joaquín Emilio Tamayo. Sin embargo, partes de la obra ya habían sido conocidas por los capitalinos unos cuantos años antes. En 1891, Cordovez Moure publicó el relato del sonado fusilamiento del abogado de pobres, José Raimundo Russi en el periódico *El Telegrama*. Según cuenta el

mismo cronista, nunca se le ocurrió escribir un libro en su vida, «ni aún por mal pensamiento»<sup>1</sup>. Fue gracias a la insistencia del editor de dicho periódico, Jerónimo Argáez, y del poeta Alejandro Vega que Cordovez Moure, a sus cincuenta y seis años de edad, se lanzó al mundo de la crónica hasta el día de su muerte. José Manuel Marroquín y Rafael Pombo, quienes presentaron al público volúmenes de *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, también serían posteriormente reconocidos por él mismo como los que lo motivaron a escribir sus historias.

Sin duda Cordovez Moure fue un cronista excepcional, pero mal estaría afirmar que su vida fue incomparable a la de los demás escritores de su época. Como muchos intelectuales y letrados del siglo XIX, Cordovez Moure tuvo desde joven que asumir las responsabilidades económicas de su familia acudiendo a múltiples actividades. Fue inspector de ferrocarriles, transportador de documentos diplomáticos, comerciante de quina, síndico del hospital de San Juan de Dios, cónsul general de Chile en Bogotá, empleado público, e incluso asistente del almacén de su padre, esta última una actividad común entre los políticos y escritores de la época<sup>2</sup>. Pero no fue el único que tuvo que asumir esta forma de vida. Su contemporáneo, el filólogo Rufino José Cuervo, por ejemplo, mientras trabajaba en sus obras ayudó a su hermano Ángel en la fábrica de cerveza, mientras el poeta

---

<sup>1</sup> José María Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, «Historia de este libro». Vol. 10. Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana. 1946.

<sup>2</sup> Para conocer más sobre la vida de José María Cordovez Moure, ver: Elisa Mújica, «Bogotá y su cronista Cordovez Moure», en: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, tomo I.



José Asunción Silva, colaboró desde pequeño en el almacén de su padre Ricardo Silva, como mensajero y dependiente de mostrador.

Es bien probable que el paso por todos estos oficios y actividades hayan permitido a Cordovez Moure ser testigo de idiosincrasias y costumbres de sus contemporáneos. Sus crónicas reflejan, sin lugar a dudas, dicha cercanía. Gracias a ellas conocemos en detalle cómo eran los preparativos para los bailes sociales de la ciudad, quiénes participaban en las fiestas y correrías, cuáles eran las sociedades artísticas y filantrópicas del momento, y cómo surgieron en la segunda mitad del siglo nuevos espacios de sociabilidad en Bogotá. Gracias a este cronista también sabemos cómo fue la vida de los estudiantes de Santafé, lo que leían y vestían. Conocemos, igualmente, los crímenes célebres que tuvieron lugar en los alrededores de la ciudad. El registro de Cordovez Moure sobre los juicios y ejecuciones del momento, los últimos verdugos de la ciudad, los bandidos de la época y los duelos de honor, es vívido e invaluable. Y aunque el escritor no dejaría de lado los relatos de guerras civiles, insurrecciones, y conspiraciones del largo siglo XIX, su narrativa irónica, detallada y anecdótica nunca perdió su marcado tono de familiaridad y su interés por lo local. La «espontaneidad e ingenuidad» con que narró estos sucesos —como lo diría José Manuel Marroquín en el prólogo a la primera edición de *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* (1893)<sup>3</sup>— garantizarían el afecto que la mayoría de sus contem-

---

<sup>3</sup> José Manuel Marroquín, «Prólogo» a la primera edición, publicado en José María Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, «Historia de este libro». Vol. 10. Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana. 1946.

poráneos tuvieron a su obra. Y el gran valor que, como veremos, le damos hoy a la misma para comprender y escribir la historia del siglo XIX colombiano.

Las crónicas breves de Cordovez Moure fueron escritas para un lector cercano a quien se disponía a narrarlas, tanto en el tiempo como en el espacio. De sus relatos se observa que Cordovez Moure esperaba que los sucesos narrados y, sobre todo, los espacios descritos fueran familiares para sus lectores. Es por ello que en su obra la ciudad —Santafé, primero, Bogotá, después— se convierte en un elemento fundamental tanto para captar la atención de un lector capitalino decimonónico, como para mostrar la evolución de la sociedad colombiana a lo largo del siglo XIX. Rafael Pombo lo anotaría con claridad en 1894: «Durante tan agradable lectura», diría el poeta, «... una de las primeras ideas que ocurren, por la constante comparación del Bogotá viejo con el actual, es hacer un balance del atraso con el progreso en todas las partidas que aquí describen y ver si el saldo es a favor o en contra del día de hoy»<sup>4</sup>. Este constante balance entre el pasado y el presente es uno de los más valiosos aportes de este escritor a la historia urbana. Al mostrar minuciosamente los cambios de Bogotá —ya sea en relación con su infraestructura o con las costumbres de sus habitantes— Cordovez Moure ha dejado a los historiadores un amplio material de estudio para explorar no sólo la naturaleza de la ciudad, sino de su lento proceso de urbanización.

---

<sup>4</sup> Rafael Pombo, «Prólogo» a la primera edición, publicado en José María Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, «Historia de este libro». Vol. 10. Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana. 1946.

Sus narraciones, igualmente, constituyen una herramienta ideal para contar la historia de la vida cotidiana del siglo XIX colombiano. Gracias a varias de sus crónicas podemos entrar a las casas de los bogotanos de la época, conocer cómo vivieron e, igualmente, estudiar su entorno material. Qué compraban, qué comían, cómo eran sus muebles y salas, cómo celebraban sus fiestas, cuándo y quiénes de los bogotanos iban a teatro, estas y muchas otras respuestas, podemos encontrarlas en su extenso trabajo. Ello, no sólo para satisfacer nuestra curiosidad, sino bajo el entendido de que es observando el modo de vida de los individuos comunes —los artesanos, las viudas, los sacerdotes, los estudiantes, entre otros—, que podemos comprender particularidades y transformaciones de la sociedad, que estudios de larga duración y de grandes acontecimientos no nos permiten observar. Igualmente, aquellos que deseen reconstruir las prácticas del comercio y de la industria capitalina, encontrarán en sus páginas anotaciones que no registran las estadísticas oficiales, los inventarios de almacenes, ni los recuentos de viajeros de la época. Los interesados en la historia de la Medicina sabrán por Cordovez Moure cómo se practicaba la medicina popular y la dentistería desde las primeras décadas del siglo XIX, e incluso como se hacían las autopsias en el hospital San Juan de Dios. El rol de las mujeres en la sociedad y los ideales y estereotipos que se construyeron a lo largo del siglo también se almacenan en sus crónicas —por ejemplo su crónica del «Paseo al Alto»—. Ni hablar de quienes deseen explorar la historia del delito y la criminalidad en este periodo, por cuanto sus crónicas proveen coloquiales relatos sobre guerrilleros y bandidos, y sobre robos y asesinatos acontecidos en Bogotá. Estos constituyen tan sólo

unos cuantos ejemplos del potencial que aún conserva la obra de José María Cordovez Moure.

Pero es a mi parecer, para el lector desprevenido, donde resta el mayor valor de las *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Se trata de crónicas cortas que no fueron ni escritas, ni publicadas por primera vez en razón de un criterio cronológico. Por ello la obra se deja leer en el orden de quien se aproxima a ella. La presente colección busca respetar dicho espíritu. De tal forma, se ha efectuado una selección de las crónicas publicadas en *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* teniendo en cuenta fundamentalmente dos criterios; primero, aquellas que nos cuentan la historia de Bogotá, en cuanto a cambios de la ciudad y eventos que directamente se relacionan con la misma; segundo, aquellas que nos hablan claramente de la vida cotidiana y de las costumbres de los habitantes de la ciudad. A pesar de ello, las crónicas pueden continuar leyéndose independientemente. Vale aclarar que la presente selección, que hoy entrega al público la Biblioteca Básica de Cultura Colombiana, compila tan sólo algunas de las crónicas de *Reminiscencias*, publicadas en diez volúmenes por la Librería Americana (1900-1912). Con ello no sólo se está poniendo a disposición del público la excepcional obra de Cordovez Moure, sino que sin saberlo se está validando la presunción formulada por Rafael Pombo cien años atrás. «Los artículos del señor Cordovez», afirmaría Pombo, «tendrán en masa el alto honor de la reelección indefinida y será de altísimo entretenimiento para todos los hogares lectores de la República». Esperamos con la presente edición cumplir cabalmente los dos vaticinios del prestigioso poeta.

ANA MARÍA OTERO-CLEVES

## ▪ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

### ▪ EDICIONES REVISADAS DE REMINISCENCIAS DE SANTAFÉ Y BOGOTÁ:

Cordovez Moure, José María. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Bogotá. Imprenta El Telegrama, 1893.

\_\_\_\_\_. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Bogotá. Librería Americana, 1900-1912.

\_\_\_\_\_. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Bogotá. Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana, 1943.

\_\_\_\_\_. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Bogotá. Colcultura, 1978.

### ▪ LIBROS Y ARTÍCULOS:

Acosta Peñaloza, Carmen Elisa. 1993. *Invocación del lector bogotano de finales del siglo XIX: lectura de Reminiscencias de Santafé y Bogotá de José María Cordovez Moure*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Deas, Malcolm D. 1993. *Del poder y la gramática, y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.

Iriarte, Alfredo. 1999. *Ojos sobre Bogotá*. Bogotá: Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Universidad Jorge Tadeo Lozano.

Martínez, Frederick. 2001. *El nacionalismo cosmopolita: la referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República.

Mújica, Elisa. 1988. «Bogotá y su cronista Cordovez Moure». En: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, Tomo I.

▪ Presentación ▪

Pérez Silva, Vicente. 1996. *La autobiografía en la literatura colombiana*. Bogotá: Presidencia de la República.

Santa, Eduardo. 1973. *El libro en Colombia; antología*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

## ▪ BAILES

### ▪ I

En todos los países se conservan ciertos usos y costumbres tradicionales que nada ni nadie pueden reformar, quizá para rendir tributo de piadoso recuerdo a los que nos precedieron en el camino de la vida, en este valle que, con ser de lágrimas, no deja de tener momentos de goces más o menos puros y tranquilos, que nos arraigan al terruño en que nacimos. Pero, por causas que no podemos explicarnos satisfactoriamente, esta regla universal ha tenido y tiene aún su excepción en la que fue Santafé y hoy se llama Bogotá. Es posible que el carácter pacífico y dócil de los habitantes de esta altiplanicie haya contribuido en mucho para hacer de ellos una especie de materia plástica como la cera, que recibe la impresión de lo último que se le graba, dejando desaparecer la anterior imagen que existía en ella.

Hasta el año de 1849, época en que puede decirse que empezó la transformación política y social de este país, se vivía en plena Colonia. Es cierto que no había Nuevo Reino de

Granada, ni virrey, ni oidores; pero si hubiera vuelto alguno de los que emigraron en 1819, después de la batalla de Boyacá, no habría encontrado cambio en la ciudad, fuera de la destrucción de los escudos de las armas reales; la erección de la estatua del Libertador; la prolongación del atrio de la Catedral, y la traslación del «Mono de la pila», con la pila misma, de la plaza Mayor a la plazuela de San Carlos, para pasar más tarde al Museo Nacional, adonde en definitiva se ha confinado, como objeto arqueológico.

Para llenar el fin que nos hemos propuesto en estos relatos, ensayaremos la comparación de algunos de los actos que más interesan a la sociedad cuando se trata de diversiones, verbigracia, de un baile.

En Santafé se vivía modesta pero confortablemente. Las casas eran de un solo piso, en lo general; todas las piezas estaban esteradas, porque el lujo de la alfombra sólo se conocía en las iglesias, en donde aún se conservan vestigios descoloridos, y de tanto cuerpo, como dicen los comerciantes, que parecen colchones. El mueblaje de las salas no podía ser más modesto: canapés de dos brazos en forma de S, sin resortes, y forrados en *filipichín de Murcia* (hoy tripe); mesitas de nogal estilo Luis xv, en que se ponían floreros de yeso bronceado, con frutas que se copiaban de los colores naturales; estatuas de la misma materia; representación de la Noche y el Día, con un candelabro en la mano; cajones de Niño Dios, de Nuestra Señora de los Dolores, o de algún santo, llenos de todas las chucherías y baratijas imaginables; taburetes de cuero con espaldar pintado de colores abigarrados. En los rincones se colocaban pirámides de papayas, que embalsamaban la atmósfera con su



aroma, y ahuyentaban las pulgas; vitelas en las paredes (hoy cuadros o láminas) de asuntos mitológicos o episodios de la historia de Hernán Cortés, el descubrimiento del Nuevo Mundo, etcétera. La araña de cristal suspendida del cielo raso era un lujo que pocos gastaban. Hablamos de la generalidad de las casas, porque, en puridad de verdad, había excepciones; pero las tales cargaban con la responsabilidad, no solidaria, de pagar con las consecuencias de la especialidad que usaban, como más adelante diremos.

En la época a que nos referimos, todo sarao, baile o tertulia tenía, lo mismo que en las comedias, tres partes que podemos calificar así:

- 1.<sup>a</sup> preparativos;
- 2.<sup>a</sup> ejecución; y
- 3.<sup>a</sup> consecuencias.

El cumpleaños de un miembro de familia, un matrimonio, o el bautizo de un niño se celebraban *oficialmente*, según las proporciones de cada cual, con una fiesta comprendida dentro de las clases enunciadas, esto sin contar las constantes reuniones de *confianza*, o días de recibo, que se celebraban cada semana en las casas de familia que tenían en su seno muchachas festivas y espirituales. Entonces no había garitos, ni en las botillerías se vendía brandy o ajeno (bebidas que se creían buenas solamente para el gacate de los ingleses); pero, en cambio, nuestros jóvenes pasaban las noches en diversiones honestas, gozaban de inalterable salud y contraían hábitos de cultura y gentileza que hicieron del *cachaco* bogotano un tipo encantador.

Fijado el día para la fiesta, se enviaba con la vieja sirvienta un recado concebido poco más o menos en los términos siguientes:

*Recado manda a su mercé mi señá Mercedes y mi amo Pedro; que el día de su santo los esperan por la noche con las niñas y niños, sin falta. Que le mande su mercé los canapés, las sillas, los candeleros, los floreros de la sala (a cada familia se le pedía lo que hacía falta, pues, por lo regular, nadie tenía más de lo estrictamente necesario). Que aquí vendrá mi amo Pedro a convidarlos, y que manden las niñas para que les ayuden.*

Si el baile tenía mayores proporciones de las ordinarias, la ciudad tomaba el aspecto de un hormiguero cuyo hogar era la casa de la fiesta, adonde convergían por distintas direcciones todos los muebles, servicios de loza y vajillas de *plata de piña* de los invitados. Téngase en cuenta que hasta el año 1862 la ciudad era un pueblo grande, y que la gente acomodada no se aventuraba a vivir fuera del perímetro comprendido dentro de los exríos San Francisco y San Agustín, La Candelaria y el puente de San Victorino, salvo contadas excepciones.

Las piezas de la casa que daban frente a la calle, lo mismo que hoy, se arreglaban para bailar; el corredor principal se cubría con percalina para evitar el frío, porque los cristales no estaban al alcance de todos los santafereños. Las alcobas de la casa se preparaban convenientemente, y en las camas, de estilo inglés con colgaduras de damasco, se exhibían los tendidos, que eran colchas de seda de la India, u otras, bordadas por las niñas en la escuela, y almohadas adornadas con encaje de bolillo y *tumbadillo*. Sobre una cómoda de caoba lucía el crucifijo, hecho en Quito, acompañado de alguna imagen de la Virgen y de las efigies de los santos de la devoción de la familia.

El comedor se ocupaba con una sola mesa, en la que campeaban las exquisitas colaciones y dulces hechos en la casa, *manibus angelorum*, pues se consideraba como una profanación del hogar hacer uso de alimentos preparados fuera de él, y con mayor razón en tales circunstancias. En materia de flores, preciso es confesarlo, era muy reducido el número de las que se conocían, porque ni aun se sospechaba entonces la inmensa riqueza y variedad de la flora colombiana: las rosas de Castilla, que hoy sólo se usan para hacer colirios; los claveles sencillos y las clavequinas, las amapolas, *espuelas de galán sencillo*, *pajaritos*, *flor del raso*, *varitas de San José* (parásitas de Guadalupe), azucenas blancas, y algunas pocas especies más constituían el elemento principal de un adorno que hoy alcanza proporciones gigantescas.

Entonces se creía que para calmar la agitación que produce el baile debían tomarse bebidas frescas; como consecuencia de esa opinión, se ostentaban sobre la mesa del comedor botellones de vidrio repletos de horchata de ajonjolí (las almendras eran muy caras), agua de moras, naranjada, limonada y *aloja* (especie de cerveza dulce aromatizada con clavo y nuez moscada), todos coronados de ramilletes de claveles de diversos colores.

Las muchachas, a la inversa de lo que hoy sucede, consultaban entre ellas la manera como irían a la fiesta, y las amigas íntimas se consideraban obligadas a vestirse de una misma manera, como prueba de mucho cariño. Los trajes de las señoritas eran de linón, muselina o lanilla medianamente *escotados*, siguiendo aquel precepto de «No tan calvo que se le vean los sesos»; por toda joya llevaban un par de aretes en las orejas, medalloncito pendiente de una cinta en el cuello, en ocasiones pulseras de oro sin pedrería; en la cabeza alguna flor y, en vez

de guantes, mitones de seda con bordados del lado del dorso de la mano. Las señoras casadas, queremos decir las *entradas en edad*, iban vestidas con traje oscuro y pañolón de lana prendido en el pecho con grueso broche de oro; la cabeza cubierta con pañuelo de seda, dejando ver sobre las sienes roscas de pelo aprisionadas con peinetas, los dedos de las manos empedrados de sortijas, y pendientes de las orejas, gruesos y pesados zarcillos que a veces valían un tesoro y que sólo se sacaban a luz en los días de *pontificar*.

Los jóvenes vestían levita; por corbata, un pañuelo de seda envuelto en el cuello, formando al frente un enorme lazo sin dejar de asomar el de la camisa; no se usaban guantes de cabritilla, sino de seda; pero se consideraba como falta de educación presentar la mano enguantada a una señora. Los *taitas* y solterones usaban casaca de *punta de diamante*, prenda de vestido que servía por lo general para tres o cuatro generaciones. Indistintamente llevaban gruesa cadena de oro, dos pendientes que terminaban en sellos sostenidos en el bolsillo del chaleco por un enorme reloj.

A las siete de la noche empezaban a llegar los invitados. Si entre estos iba una familia, se componía del siguiente personal: padre, madre, hijas, niños, el perro *calungo* y las sirvientas que conducían el farol, los abrigos y la llave de la casa, que, por sus dimensiones, podría servir de arma ofensiva y defensiva. Las *abuelas* (nombre que se daba a las mamás de las niñas) se colocaban en los asientos mejor situados de la sala, teniendo muy cerca de sí a las muchachas, a quienes celaban con ojos de Argos; los hombres se quedaban en la puerta de la sala esperando el toque del redoblante, momento propicio para *buscar*

*pareja*, porque era desconocida la costumbre de anticipar compromisos. Las sirvientas se colocaban en los corredores acechando la hora del ambigú para sacar *vientre de mal año*.

El *vals colombiano* y la *contradanza española* constituían el repertorio de los danzantes. El colombiano era un vals que se componía de dos partes: la primera, muy acompasada, se bailaba tomándose las parejas las puntas de los dedos y haciendo posturas académicas; la segunda, o *capuchinada*, convertía a los danzantes en verdaderos energúmenos o poseídos; toda extravagancia o zapateo en ese acto se consideraba como el *non plus ultra* del buen gusto en el arte de Terpsícore. La nomenclatura de la música de los vales denotaba alegría, como *El triquitraque*, *Aquí te espero*, *Viva López*, *El cachaco*, *El capotico*; la de las contradanzas era trágica, como *La puñalada*, *La desesperación*, *La muerte de Mutis*, etcétera.

El arreglo y disposición de una contradanza exigían conocimientos estratégicos de primer orden: el general Santander era muy fuerte en este ramo, y probablemente tal fue la razón para que, a las contradanzas obligadas o de figuras complicadas, se las llamara *santandereanas*. Apenas sonaba el redoblante se apresuraban los galanes a tomar su pareja, situándola convenientemente, es decir, próxima *a la cabeza*, si eran duchos en la materia, o *hacia la cola*, si eran chambones, pues se consideraba como falta grave el equivocarse al bailar la contradanza.

En toda la extensión de la sala se formaban de un lado las señoras y de otro los hombres, frente a su respectiva pareja. El que ponía la contradanza, por lo general persona de respeto, daba a los danzantes las órdenes e instrucciones conducentes a la buena ejecución del plan de operaciones, y al grito de «a

una», empezaba el enredo, que consistía en hacer y deshacer *cadnetas, espejos, alas arriba, alas abajo, molinetes*, etcétera; en una palabra, durante dos o más horas de tiempo se entretenían tejiendo la tela de Penélope; el pináculo de la contradanza consistía en que, en cierto momento, los hombres de un lado, y las señoras de frente, se aproximaban entrelazados, formando una gran ala al grito de «¡Arriba!». Esta clase de baile era muy socorrido, porque, lo mismo que la *olla podrida* española, admitía en su seno toda clase de elementos; allí se desquitaban todos y todas del forzado ayuno de baile cuando esto provenía de pavorosa antigüedad en la fe de bautismo.

Hacia la medianoche se juntaban los viejos y viejas, y a las callandas se encaminaban al comedor; de paso llamaban a la falange de sirvientas y muchachos que habían llevado al baile, y arrellanándose en sus asientos, comenzaban tremendo ataque a la mesa y sus adherencias. Lo que entonces pasaba, a contentamiento universal —pues era la costumbre—, sólo puede compararse a la caída de la langosta en una labranza de maíz o a merodeo del campo de batalla, en donde todo es *res nullius*. Previamente colocábanse los concurrentes el pañuelo extendido sobre el regazo, y allí caía todo lo que estaba al alcance de sus manos; las sirvientas y muchachos iban provistos de alforjas, a cuyo fondo pasaban intactas las mejores viandas. Asegurada la retaguardia, proseguían comiendo tranquilamente, mientras los jóvenes arreglaban sus asuntos particulares, aprovechando el momento en que las abuelas se solazaban en la mesa, sin otro pensamiento que el de dar término al saqueo emprendido.

Al fin se acordaban los primeros ocupantes de la mesa de que otros también desearían tomar algún refrigerio y se levantaban,

echando miradas codiciosas a lo que aún quedaba. Renovado el ambigú, les tocaba su turno a las señoritas, y de lo que estas dejaban comían los galanes. En cuanto a la música, que consistía en un clarinete, un flautín, un trombón bajo, redoblante, bombo y platillos, que trasnochaban a toda la vecindad, los ejecutantes se quedaban a la *luna de Valencia*.

Terminado el ambigú, entraba la descomposición o, mejor dicho, se acordaban las *abuelas* de que *era tarde*, es decir, temprano del siguiente día, y no había poder humano que las contuviera; los galanes no desperdiciaban la ocasión de acompañar a sus *crestas*, nombre que daban a las que pretendían, y el dueño de la casa quedaba muy gozoso de que todos se hubieran divertido a su modo, sin preocuparse de los daños causados, porque entonces «No pagaba el monigote quien lo tenía, sino quien lo daba en préstamo».

Al día siguiente la crónica refería que en el baile de la noche anterior se habían comprometido unas cuantas parejas para unirse próximamente con el entonces *suave yugo* del matrimonio. Un destinillo con veinticinco pesos de a ocho décimos, por mes, y las pocas exigencias de la novia, animaban, sí, señor, animaban a los jóvenes a tomar estado, teniendo a su favor el noventa y cinco por ciento de las probabilidades de salir bien. Las muchachas, después del sarao, guardaban cuidadosamente sus modestos trajes para usarlos en la próxima fiesta, porque encontraban muy natural usar el mismo vestido en tanto que no estuviera deteriorado. En una palabra: el recuerdo de aquellas diversiones dejaba en todos gratas impresiones y, más que todo, deseos y posibles para repetirla. ¡Tiempos que fueron!

## ▪ II

La regulación del servicio de vapores en el río Magdalena y el establecimiento de los vapores *paquetes* de la Mala Real despertaron en los santafereños acomodados el deseo de ir a Europa y a los Estados Unidos.

Un viaje al extranjero en otros tiempos era empresa digna de Gonzalo Jiménez de Quesada o de Belalcázar. Tres meses se empleaban en ir de Bogotá a Southampton y seis en regresar, y era menester servirse de mulas en el trayecto de esta ciudad a Honda; de *champanes*, de Honda a Santamarta o Cartagena, y de buques de vela, en el mar. Una calma chicha o vientos contrarios demoraban el viaje a veces hasta un año, y no era caso raro la arribada forzosa a países no comprendidos en el itinerario propuesto, lo que, entre otros resultados, producía en la familia del viajero una situación de angustia indescriptible, por la ignorancia de la suerte que hubiera corrido aquel. Al fin llegaba el deseado término de tan dilatada peregrinación, y el día menos esperado se aparecía el viajero, sin dar previo aviso, porque no había medio de comunicación fuera del correo, que llegaba infaliblemente después que el interesado estaba ya descansando en su casa.

Aunque algunos de los que viajaban a Europa se iban *baúles* y volvían *petacas*, como sucede en la actualidad, los que aprovechaban su tiempo traían al país conocimientos útiles y hábitos de cultura y buen gusto que fueron implantando lentamente, ayudados por la escogida inmigración inglesa que de los años de 1825 a 1860 vino a esta ciudad.

La famosa compañía dramática de Fournier, la mejor que ha venido al país, contaba en su seno a la brillante pareja de baile



español compuesta de los hermanos Paquita y Magín Casanova. Era la primera una preciosa muchacha de dieciocho años, que volvió locos a más de cuatro, y el segundo, un joven de veintiún años, hermoso como un Apolo. Paquita enseñaba a bailar a las señoritas y Magín a los caballeros, para lo cual se reunían dos veces cada semana en la casa de alguna de las discípulas. De esa época data la introducción en nuestros bailes de la polca, del vals de Strauss, de la mazurca, chotis, cracoviana, cuadrilla, lanceros y la proscripción de la contradanza y el colombiano.

Los distinguidos y benévolos extranjeros señores Patricio Wilson, Tomás Fallon, Leopoldo y Daniel Schloss, Tomás Reed, Roberto Bunch, Enrique Cross, Maximiliano Constantine, Enrique Price, Lucio Dávoren, Dundas Logan, Nelson Bonitto, Guillermo Wills, Daniel F. O’Leary, Powles, Alejandro Linding y otros, cuyos nombres no recordamos, asociados con los señores José Caicedo Rojas, José Vicente Martínez, Manuel Antonio Cordovez, Joaquín Guarín, Carlos Mera, Manuel José Pardo, Demetrio y Temístocles Paredes, Domingo Maldonado, Andrés Santamaría, Marco de Urbina, Rafael Eliseo Santander y algunos más, formaron en esta capital la famosa Sociedad Filarmónica, que contó en su seno lo más selecto de nuestra sociedad. Había en ella miembros activos, honorarios y contribuyentes de ambos sexos: los primeros eran los ejecutantes; los segundos, los altos funcionarios civiles y militares, el cuerpo diplomático y los eclesiásticos; y los últimos, las personas que tenían honrosa posición social, pagaban diez pesos por derecho de entrada y un peso mensual de cotización.

Se daba un concierto cada mes, cuyo programa constaba de dos partes: la primera, de una obertura a grande orquesta,

tres piezas de piano, canto y violín y cuadrillas por la orquesta; y la segunda sólo se diferenciaba en que concluía con vales de Strauss. En la orquesta tomaban puesto los caballeros que tocaban algún instrumento, acompañados por profesores notables, como Juan Antonio de Velasco, que era el decano, y que perteneció a la banda de música del batallón español Numancia, los Hortúas, José González, Rodríguez (el “Piringo”), Eladio Cancino y Félix Rey, que tocaba la trompeta en una de las bandas del ejército y muchos más que no podemos recordar. Todos eran pobrísimos; pero se imponían el deber de tocar sin remuneración en la Sociedad, que los trataba con cariño, y por toda recompensa les daba un frugal refrigerio después del concierto, consistente en una copa de cerveza, emparedados, queso de Flandes y cigarros de Ambalema.

Por primera vez se estableció en este país que los hombres asistieran a una reunión pública vestidos de frac, corbata y guante blanco; las señoras, elegante, pero modestamente adornadas, sin ostentar aquel lujo que en ningún tiempo se ha compadecido con nuestra situación pecuniaria. Como los músicos carecían de recursos, se hacía una bolsa para proporcionarles modo de que se presentaran vestidos convenientemente.

Las señoritas y caballeros que sabían tocar o cantar se prestaban gustosos a lucir su habilidad delante de una sociedad que era modelo de cultura y maneras exquisitas y, lo que es más, ante un público compuesto de un personal escogido, porque no se vendían boletas para entrar a los conciertos, sino que se repartían a los socios, y estos debían ser individuos de una conducta *intachable*. El hecho de asistir a los conciertos el gran arzobispo Mosquera da la prueba de la merecida respetabilidad

que alcanzó la Sociedad. En una sola ocasión se presentó una señora casada, que, de soltera, había dado lugar a ciertas habladurías más o menos merecidas y, en el momento, sin escándalo, le advirtió el presidente que el concierto no empezaría hasta que ella saliera del salón, como en efecto lo hizo. ¡Felices tiempos!

Las reuniones periódicas de familia o tertulias tuvieron principio hacia el año de 1849 —*corregidas* y *aumentadas*—, por haberse introducido en ellas los usos de las de igual clase de París y Londres. El mueblaje empezó a reformarse o cambiarse por otro de mejor gusto, en que se contaban canapés y mesas de caoba, con embutidos blancos del estilo del primer imperio francés; silletas de paja, espejos de cuerpo entero y marco dorado; grandes grabados en acero de asuntos históricos o fantásticos; arañas y candelabros de bronce dorado y guardabrisas, jarrones de alabastro, porcelana o cristal, alfombra, piano inglés o bogotano (los fabricaba el norteamericano David Mac Cormick); alumbrado de velas esteáricas o lámparas con aceite de nabo; reloj de sobremesa con figuras de porcelana o de bronce. Se desterró de los comedores el uso de los vasos y jarros de plata, para reemplazarlos con servicio completo e igual de cristalería; empezaron a cambiarse los *tranches* de hierro, que parecían tridentes de Neptuno, por elegantes y cómodos tenedores de metal blanco, y se cambió el servicio de mesa, que era un verdadero muestrario de cerámica de todas las fábricas del mundo, reponiéndolo con otros de porcelana de Sèvres o de loza de pedernal. Hoy figuran, como trofeos de guerra suspendidos en las paredes de los salones o montados en bronce, los restos de esos antiguos servicios de porcelana de

la China o de loza del Japón, que nuestros antepasados miraban poco más o menos.

Se presentan ya los albores de la nueva civilización, que poco a poco se fue infiltrando en nuestras costumbres, corrigiendo o retocando las que heredamos de nuestros abuelos, pero sin alzarse con el «santo y la limosna», como sucede en la actualidad; queremos decir, tratándolas como a país conquistado, al que no se le deja ni el recuerdo de su anterior existencia. En efecto, hoy repudiamos los buenos usos antiguos que hacían de Santafé una morada deliciosa, sin pretensiones de rivalizar con las más opulentas ciudades del mundo: por el camino que ha tomado Bogotá va a sucederle lo que a la rana que quiso equipararse al buey.

Una simple invitación a los jefes de familia y a las señoritas y jóvenes era suficiente para que, sin otro traje que el correcto y elegante que llevaban durante el día, se presentaran a las ocho de la noche en la casa de la reunión.

Es cosa particular que, a medida que se van refinando y *mercantilizando* el gusto y las costumbres, el aforismo «*time is money*» pierde su fuerza y aplicación en asuntos de diversiones.

¿Qué dirían hoy y qué harían con los invitados que se presentan en un baile antes de las diez de la noche? ¡Y, sin embargo, debiera ser a la inversa, para no desperdiciar los minutos de un tiempo que cuesta tan caro!

Si la reunión era de familia, no había otra música que la del piano, tocado indistintamente por los invitados; si tenía mayores proporciones, se bailaba al son de la música ejecutada por un cuarteto, compuesto de dos violines, violonchelo y corneta de llaves, acompañados con el piano; se bailaba amenizando

los intermedios de reposo con el canto de las *arias* de alguna ópera o con trozos de música ejecutados por señoritas o caballeros, porque estos tenían entonces el buen gusto de cultivar tan importante ramo de educación.

A las doce de la noche se servía el té en el comedor, en una mesa cubierta con exquisitas colaciones y, a veces, en poca cantidad, con algún vino generoso. Cada joven tomaba su pareja y se sentaban, alternando, un hombre y una señora, empezando así a familiarizarse con ese trato franco y cordial que es el mejor medio para estimar y comprender los diversos caracteres de quienes pueden llegar algún día a unirse con lazo indisoluble. Terminada la colación, volvían a la sala para rematar la fiesta con el alegre cotillón; pero antes de despedirse se daba a libar el famoso *ponche caliente*, confeccionado por los concurrentes veteranos en la materia. Entre trago y trago se cambiaban las promesas solemnes de concurrir a la próxima reunión, y contentos y satisfechos salían todos y todas, precavidos por el *ponche* contra un constipado y hábiles para continuar al día siguiente las faenas de la vida.

Tal era el modelo de las fiestas de familia con que obsequiaban a sus amigos, una vez cada semana, las admirables matronas doña Soledad Soublotte de O'Leary, doña Ana Rebolledo de Pombo, doña Paula Fajardo de Cheyne, doña Natalia Lozano de Argáez, doña Agustina Moure de Cordovez, doña Magdalena Rovira de Santamaría, doña María Regla Imbrech de Herrera, doña Manuela Sáenz de Montoya, doña Teresa Rivas de Castillo, doña Joaquina Cordovez de Tanco y tantas otras cuyos nombres no recordamos. Parodiando a Cervantes, puede decirse que en esas reuniones, todo delicado gusto,

distinguidas maneras, cultura y buen humor tenían su asiento: aquella fue, a no dudarlo, la *edad de oro* de la naciente Bogotá.

Pero no se crea que a las tertulias a que nos hemos referido quedaban reducidas las diversiones de entonces.

Las novenas de la Concepción y del Aguinaldo se celebraban bailando en todas partes después de rezarlas, y la Nochebuena se pasaba bailando desde las ocho hasta las once y media de la noche, hora en que se asistía a la misa del gallo en el templo más cercano, y se volvía a continuar el baile hasta que el sol daba en la cara. Esa era la época de las empanadas, tamales, ajiacos, buñuelos, encurtidos y demás golosinas suculentas, que deleitaban a ricos y pobres, amén del diluvio de bailes de menor cuantía o parrandas bulliciosas, en que se divertían al son de guitarras los festivos moradores de los entonces tres barrios de la ciudad, que no mencionamos por sus nombres para que no se nos diga que personificamos las cuestiones.

Mucho se ha escrito, se escribe y se escribirá en pro y en contra del baile; pero es lo cierto que los partidarios de en contra «han arado en el mar», incluso el mismo Pereda, en su famoso artículo *Fisiología del baile*. Nosotros, que estamos muy lejos de la pretensión de corregir la plana a tan noble ingenio ni a ningún otro, nos permitiremos algunas pequeñas reflexiones sobre esta materia, con el derecho que tiene la diminuta hormiga para oponerse al corpulento elefante que pueda aplastarla.

El baile es tan antiguo como la aparición de la raza humana en el planeta en que habitamos. Es más que probable que al despertarse Adán del sueño misterioso y encontrar a su compañera, bailaron de contento, sin música ni concurrencia que los oprimiera y sin caer en la cuenta de que Eva estaba ¡más que escotada!

Es posible que el deseo del baile tenga por causa eficiente la aspiración constante de nuestra alma de volar al infinito, y que, como no puede hacerlo por las trabas de la materia, la obligue por brevísimos intervalos a separarse de esta miserable tierra.

Las muchachas «bailan por bailar, por no comer pavo» o por cualquier otra razón, que nada tienen que ver con asuntos morales o filosóficos.

Si se nos exigiera respuesta categórica sobre si es bueno o malo bailar, contestaríamos como lo hizo en el examen un seminarista, que en toda ocasión ensartaba la palabra *distingo*. Fastidiado el obispo que lo examinaba con tan extraña manera de argumentar, le preguntó si podría bautizar con caldo. «Distingo —le respondió nuestro polemista— con el que toma Su Señoría, no; con el que nos dan en el seminario, sí».

Bailar moderadamente, consultando las conveniencias sociales, sin olvidar el respeto debido a una señorita, que en esos momentos se confía a nuestra hidalguía, es bueno; bailar oprimiendo a la pareja como hace el boa constrictor, que ahoga la gacela que va a devorar, o hacer del baile un acto de preparación para comulgar al día siguiente, es malo.

Terminaremos estos mal zurcidos recuerdos con la relación de los bailes que, por su importancia y esplendor, hicieron época en esta ciudad.

Antes del memorable 25 de septiembre de 1828 dio un baile el Libertador en el Palacio de San Carlos, que tenía entonces la misma distribución que hoy. Bolívar se presentó vestido con gran uniforme militar, rodeado de los hombres más importantes de Colombia.

Entre el cuerpo diplomático y consular presente se contaba el cónsul general de Holanda, míster Stewart. Al sacar este a bailar a una señorita, dejó ella, como era costumbre, un frasquito que contenía esencia y el abanico sobre el asiento que abandonaba; un joven oficial, Miranda, hijo del distinguido general del mismo nombre, se sentó inadvertidamente sobre tales prendas y rompió el frasquito, visto lo cual por el señor Dundas Logan, le dijo en tono de burla: «Prevéngase para dar cuenta de este agravio al cónsul holandés». Miranda contestó que no tenía miedo a ese vejete, palabras que, por desgracia, oyó míster Stewart, y sin tener en cuenta el sitio donde estaba, llenó de improperios a Miranda.

A la mañana siguiente envió Miranda al norteamericano coronel Johnson a pedir una explicación al holandés, quien contestó que las daría por medio de las armas.

Miranda pasó todo el día ejercitándose al tiro de pistola en el solar de la casa contigua, hacia el sur, de la que fue más tarde propietario don José Manuel Marroquín, entre otras razones, porque el belicoso cónsul tenía reputación de ser muy diestro en el manejo de las armas, y se aseguraba que en ocho duelos había dado buena cuenta de sus adversarios.

El día después, muy temprano, se dirigieron hacia El Aserrió, y a orillas del río Fucha se batieron, a veinte pasos de distancia. El cónsul vestía sombrero de *jipijapa* con cinta de seda negra, levitón abrochado y botas de campaña; Miranda tenía cachucha de paño y medio uniforme militar. Tiró primero míster Stewart y, con la bala, quitó la cachucha a Miranda; este, que era tan valiente como generoso, dijo a su contendor que aún era tiempo de explicarse amigablemente; pero el furioso



holandés le replicó diciendo que, si no hacía fuego, lo «mataría como a un perro». Perdida toda esperanza de avenimiento, dieron los testigos las voces acostumbradas en estos lances; al oír la voz de «tres», Miranda tendió el brazo y, sin apuntar, disparó. El proyectil atravesó la cinta negra y el sombrero, sobre el centro del hueso frontal del contrario y se introdujo en la masa cerebral; el doctor Ricardo Cheyne, que estaba presente en su calidad de médico, exclamó, al ver caer desplomado a Stewart: «¡Hombre muerto!».

Miranda se marchó inmediatamente al extranjero, y al cónsul se le hicieron solemnes funerales en la capilla del Sagrario, hoy parroquia de San Pedro, lo que dio motivo para que el venerable sacerdote doctor Margallo, en el primer sermón que predicó después de aquel trágico suceso, encareciera a los fieles que elevaran al Todopoderoso sus oraciones, a fin de que la profanación de este templo no fuera causa de su ruina. El terremoto de 1827 se encargó del cumplimiento de aquel pronóstico.

Terminadas las exequias, se condujo el cadáver al hospicio de hombres, que era la parte del edificio situada al occidente, después de la iglesia, dejándolo por algún tiempo en el zaguán, para que el pueblo lo contemplara, y se le dio sepultura en la huerta, dos varas hacia el norte de la misma.

### ▪ III

Los caballeros Cándido e Ignacio de la Torre, Simón de Herrera, Isidoro Laverde, Francisco E. Álvarez, Zoilo y Cecilio Cárdenas, Antonio Duque, Carlos Bonitto y algunos otros, que por desgracia no recordamos, obsequiaron a la sociedad bogotana,

el 6 de enero de 1852, con un gran baile en la casa que fue más tarde propiedad de don José María Urdaneta, media cuadra abajo de la Plaza de Bolívar.

Fue en esa bellísima reunión donde principió a introducirse la costumbre de arreglar tocador con objetos de repuesto para las señoras que pudieran necesitarlos. No los usaron.

Contribuyó a amenizar la fiesta la coincidencia de que en el almanaque calculado para ese año por el anciano astrónomo don Benedicto Domínguez, se anunciaba un eclipse total de luna para el día 7 del mismo mes, a la una de la mañana; pero los antiguos alumnos del Colegio Militar, entre quienes se contaban don Manuel Ponce de León y don Indalecio Liévano, sostenían que el fenómeno tendría lugar el día 6. Una tremenda *cohetada* en el Observatorio anunció el triunfo de los nuevos astrónomos, y todos los asistentes al baile gozaron de ese magnífico espectáculo no anunciado en el programa.

\*\*\*

La política de tolerancia e imparcialidad iniciada y sostenida durante todo el tiempo de la siempre bendecida administración de Mallarino, preparó los ánimos para que todos los bogotanos, sin distinción de colores políticos, celebraran el aniversario de la Independencia nacional, entre otras diversiones, con corridas de toros, cuadrillas en la Plaza de Bolívar, y con un gran baile de *fantasía* dado por los constitucionales en los salones del Congreso, que entonces estaban situados en la localidad del centro de los portales de la Casa Consistorial. El salón de la Cámara de Representantes se arregló con gran

tono y buen gusto para bailar; el recinto del Senado se destinó para *comedor permanente*, y los balcones que circundaban los salones, para las personas que no tomaban parte activa en la fiesta.

A las nueve de la noche empezaron a llegar los invitados, vestidos con trajes que representaban notables personajes que existieron en siglos anteriores a nuestra época. La entrada al salón de cada uno de aquellos era saludada por los que ocupaban las barras, con una salva de aplausos. El entusiasmo subió de punto cuando se presentó vestida de *colegial del Rosario*; con *hopa*; *beca* y *bonete de cuatro picos*; conduciendo del brazo a una primorosa manola, la espiritual y gentil Elena Cordobés de Uribe. Hasta las doce de la noche, consecuente con su traje, bailó con sus compañeras, pero después de esa hora se eclipsó para volver a aparecer con un elegante vestido de *transiberiana*.

Todo fue completo, espléndido, en aquella inolvidable fiesta: el acaudalado místico Goschen, miembro del parlamento inglés y después Ministro del Tesoro en el Imperio Británico, quien por asuntos particulares vino en ese tiempo a este país y asistió al baile, dijo con la franqueza peculiar de los ingleses, que creía estar presenciando un baile de corte dado por su soberana; y, en efecto, así pudo calificarse, porque a él asistió el presidente de la República, acompañado del Ministerio, el Cuerpo Diplomático y Consular, los altos funcionarios y los nacionales y extranjeros que por su posición honorable podían ser invitados a una diversión que sirvió de medio para estimar los grados de cultura y corrección en las maneras, que ya para esa época había alcanzado esta ciudad. El crepúsculo de aquel día llegó a sorprender a los que aún bailaban a las seis de la mañana, para recordarles con muda elocuencia que todo tiene

su fin en el mundo. Este fue el único sentimiento de pesar que dejó la fiesta que aún hoy recordamos con orgullo.

\*\*\*

En el año de 1860 regresó a esta capital el distinguido cuanto ilustrado caballero don Nicolás Tanco Armero, después de prolongada ausencia de la patria, en que dio vuelta al mundo: viajó por las Antillas, Estados Unidos, Europa, África y Asia, y permaneció algunos años en la China y el Japón, enganchando súbitos del Celeste Imperio para trabajar en los *ingenios* de caña de azúcar en la isla de Cuba.

Era el primer colombiano que visitaba tan remotos como singulares países. Con el fin de celebrar el fausto regreso, que para don Mariano Tanco tenía excepcional importancia, por el cariño que profesaba a su hermano menor, con quien hizo las veces de padre solícito, resolvió aquel convidar a la sociedad bogotana a un baile que dio en su casa de habitación, situada en la tercera Calle Real o del Comercio. A las personas que conocían esa casa les parecería imposible creer en las maravillas que supieron y pudieron realizar allí el señor Tanco y su encantadora esposa doña Joaquina Cordovez.

Del patio principal se formó un hermoso *kiosco*, cubierto con pabellón de telas de linón que dejaban traslucir uno de esos cielos estrellados que sólo se ven en las altiplanicies andinas. El piso se arregló como una mesa de billar, cubierto con lona blanca, dejando en la mitad una acacia cubierta de bombitas de cristal iluminadas. Las paredes se cubrieron de espejos que reproducían en infinitas variedades el conjunto de esa fiesta de

hadas, produciendo la ilusión más completa la colgadura de flores naturales y plantas vivas de todos los climas, colocadas con tal arte, que parecía una inmensa gruta con miradores para ver un baile distinto adondequiera que se fijara la vista. Los balcones de los corredores estaban igualmente cubiertos de flores naturales y adornados con festones de bombitas de cristal iluminadas al estilo veneciano.

En el ancho corredor alto se situó la orquesta dirigida por el profesor alemán Alejandro Lindig. Desde los corredores laterales se gozaba de un espectáculo hermosísimo e indescriptible.

Los salones que dan a la calle se arreglaron lujosamente con mobiliario de los estilos de Luis XIV y Luis XV, y allí se exhibieron las preciosidades que don Nicolás trajo de la China y de otros países que había recorrido. Aquello fue una positiva sorpresa para todos, y no se sabía qué admirar más: un solo ajedrez había costado *dos mil pesos en oro* al atrevido viajero.

Las piezas laterales hacia el norte se convirtieron en *cantinas permanentes*, en que se servían toda clase de sorbetes, helados, té, café y chocolate, con sus respectivas exquisitas colaciones; las situadas al sur, se destinaron para tocadores de las señoras, surtidas de todo lo que pudieran necesitar, y las que miran al oriente, sirvieron de comedores en que había mesas brillantemente iluminadas y provistas de cuanto exquisito y raro pudiera imaginarse, «todo preparado en la casa».

A las nueve de la noche empezaron a llegar los invitados, desde el presidente de la República, lo más notable y florido de nuestra sociedad, así de nacionales como de extranjeros; las señoras con magníficos trajes de baile y los caballeros con el vestido de ordenanza en tales reuniones. Pocos momentos después

se dio principio al baile con cuatro grupos de cuadrillas, uno a cada lado del patio, quedando el árbol en el centro.

Los intermedios se amenizaron con trozos de música y de canto ejecutados por varias señoritas y algunos artistas distinguidos de la ópera italiana.

A las once y media de la noche se abrieron los comedores, y mientras en ellos se deleitaba el *elemento negativo* de todo baile, los danzantes se entraron a las piezas destinadas al efecto y cambiaron el vestido que tenían por otro de fantasía. A una señal convenida de antemano, la orquesta interrumpió el momentáneo silencio con unas alegres cuadrillas de Lanner y, como por encanto, tomó esa fiesta el aspecto más brillante y fantástico imaginable. De todas partes iban saliendo personajes históricos, entre los cuales resaltaban los anacronismos más curiosos: allí salían cogidos de brazo, Felipe II con la Hija del Regimiento; don Juan Tenorio, con Isabel la Católica; don Pedro el Cruel, con Norma; el Barbero de Sevilla, con Semíramis; Enrique III, con una varsoviana; Jacobo Molay, con Safo; el Trovador, con una aldeana suiza; un mandarín del Celeste Imperio, con María Estuardo; Luis XV, con una Aurora que dejó ciegos a los que se atrevieron a mirarla de frente, y tantas y tantos otros más que no podemos recordar. Imposible describir el entusiasmo producido por la aparición de aquellas parejas, que dieron otra fisonomía a la fiesta.

A las seis de la mañana, cuando ya el sol, celoso de que hubiera mortales que se divirtieran sin su concurso, asomaba encima de Monserrate, se dejó de bailar para emprender cada uno el camino de su casa, llamando la atención de las gentes

madrugadoras que se escandalizaban al encontrar disfrazados por las calles de la ciudad a tales horas.

En la fiesta que acabamos de recordar y que hasta hoy ninguna otra ha superado, se introdujo el adorno con flores y plantas de los salones y corredores de las casas.

Pero ya Santafé empezaba su decrepitud, y como no quisiera morir aún, se encargó de rematarla el cataclismo político de 1860 a 1863, que la devoró: ¡sus funerales, como los de Alejandro, fueron sangrientos!





## ▪ LOS COLEGIOS Y LOS ESTUDIANTES

Invirtiendo el orden de antigüedad, y empezando por donde debiéramos acabar, trataremos de hacer una relación de los usos, costumbres y necesidades estudiantiles de *ogaño*.

Desde que los ilustres y desinteresados patriotas don Lorenzo M. Lleras y don Luis María Silvestre establecieron, por los años de 1846 y 1850, colegios de enseñanza secundaria y profesional, al estilo de los que de igual clase habían visitado en los Estados Unidos, vendiendo cuanto tenían para emplearlo en la fundación y sostenimiento de las empresas que los arruinaron, empezó a sentirse notable cambio en el modo de ser de nuestros estudiantes.

El local del Colegio del Espíritu Santo, el mismo que hoy ocupa el Asilo de Niños Desamparados, fue construido por el doctor Lleras y en él recibieron educación muchos jóvenes que han figurado con lucimiento en nuestra sociedad, entre otros, el sabio Triana, Santiago, Felipe y Rafael Pérez, Arcesio Escobar, Ricardo, José Manuel y Luis Lleras, José María Quijano Otero, Lisímaco Isaacs, Guillermo Uribe, Luis Bernal.

En el gran salón de estudio se arregló con el carácter de permanente, un escenario ornamentado con bellísimas

decoraciones: allí se representaban por los alumnos piezas dramáticas, entre ellas el *Jacobo Molay* en cinco actos y en verso, obra del precoz ingenio de don Santiago Pérez, de dieciocho años de edad entonces, que le mereció un rudo estudio crítico de don Mariano Ospina.

El uniforme de los estudiantes era lujoso: frac y pantalón de paño azul oscuro y chaleco de piqué blanco, todo con botones de metal dorado, guantes blancos de cabritilla, sombrero de copa; en cada solapa el frac llevaba una paloma bordada de plata. Sentábalos muy bien a los jóvenes mayores; pero los que aún eran niños semejabán caricaturas de hombre. Siempre nos ha parecido del peor gusto aprisionar a los muchachos dentro de vestidos incompatibles con su edad.

En la parte del convento de franciscanos que hoy forma la prolongación de la antigua Calle de Florián, con los edificios construidos hacia el occidente, restableció don Luis M. Silvestre el tradicional Colegio de San Buenaventura. El uniforme era semejante al de los alumnos de la Universidad de Oxford: toga de merino morado con vueltas negras, sujeta al cuello con un cordón de seda del mismo color, de donde pendía cruz griega de plata; birrete de paño negro con borla de seda, chaqueta y pantalón de paño negro y guantes blancos de cabritilla.

El régimen interior del Colegio estribaba en estimular a los jóvenes por el sendero del honor y de las nobles acciones. Los buenos resultados que dio ese sistema se comprobaron con la particularidad de que, durante un semestre, sólo hubo necesidad de penar con encierro de pocas horas a un estudiante por falta de aseo y pulcritud en el vestido. Allí se nos trató como a príncipes, por todos aspectos. En ese plantel se educaron Rómulo

Durán, Dolcey Patiño, Luis Segundo, Adolfo y Zoilo de Silvestre, Ricardo y Eustasio de Latorre, Jorge Isaacs, Antonio J. Toro, Jenaro Moya, Lucio Pombo y muchos otros que no recordarnos.

El año de 1856 fundó su colegio el inolvidable don Ricardo Carrasquilla, con el objeto de proporcionar educación a sus hijos, de acuerdo con las ideas religiosas de sincero católico que siempre profesó: Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá, Ruperto Ferreira, Carlos Michelsen U., Roberto Suárez, Carlos, Rafael y Joaquín E. Tamayo, Aquilino Niño, Manuel Vicente Umaña, Ignacio Gutiérrez P., Enrique Argáez, Carlos Martínez Silva, Francisco Montoya M., Luis M. Herrera, José Manuel Restrepo S., Aristides V. Gutiérrez, Enrique Morales, Manuel J. de Caicedo, y muchos más que no tenemos en la memoria, pero entre los cuales se encuentra una de las lumbreras más apreciadas de nuestro clero, el doctor Rafael M. Carrasquilla, dan la prueba de la bondad de aquel plantel: los alumnos no usaban uniforme, pero vestían trajes que estaban en relación con la fortuna de las familias a que pertenecían.

Otro de los establecimientos de educación, entre los que dieron buenos frutos, fue el de don Santiago Pérez; de allí salieron Felipe Silva, Cornelio Manrique, Julio Barriga, Rufino J. Cuervo, César Guzmán, Alejandro Rivera, Diego Rafael de Guzmán y cien más.

Al restablecerse la Universidad Nacional en 1868, cambió por completo el modo de ser de nuestros estudiantes. Se empezó por vestirlos como a hombres serios, tal vez para comprobar el adagio de que «el hábito no hace al monje». Al principio, salvo algunas incorrecciones, todo marchaba muy bien; pero a medida que las libérrimas instituciones políticas

de esa época fueron calando, las cosas pasaron de otro modo, y desde entonces puede decirse que los jóvenes tomaron afición a la política, a hacer malos versos, a perjurar y a renegar de su sangre en las mesas electorales, a fumar cigarrillo, a beber brandy, a frecuentar los garitos, y las compañías *más que sospechosas*; a contradecir, por sistema, el sentimiento religioso del país; a perorar en el cementerio, *espetándole* al muerto discursos brutalmente materialistas; a armar camorra todas las noches en la *Botella de oro* o en *Los portales*, poniendo en danza los revólveres, sin cuidarse de los infelices transeúntes que por *equivocación* echaban al otro mundo; a irrespetar a las mujeres, hasta obligarlas a emprender largos rodeos para librarse del escarnio al tener que pasar por junto de ellos: y lo que era más triste aún, a proporcionar a los boticarios pingües ganancias por el enorme consumo de *drogas mercuriales* y *otros específicos* que en castigo de sus pecados les propinaban los *esculapios*.

En vano clamaban los rectores de los primeros establecimientos públicos y la prensa del país, pidiendo nuevos rumbos en el sistema de educación y severidad de costumbres; pero nada se lograba porque se carecía de medios legales para destruir el mal. La revolución política de 1885 puso término a esos escándalos que nos hacían aparecer como bárbaros ante el mundo civilizado, y en justicia debe abonarse al *Haber de la Regeneración* la extinción de aquellas insoportables zambras.

Reconocemos con ingenuidad que hubo honrosas excepciones y que no todos los jóvenes seguían las mismas extraviadas huellas; pero eso no se debía a la atmósfera que los rodeaba sino al buen ejemplo que recibían en el seno de sus piadosas y cultas familias. La mayor parte de las víctimas que marchitaba

aquel vendaval era de estudiantes forasteros que venían a *ilustrarse en la capital*.

En la actualidad puede decirse que nuestros estudiantes son *muy buenos muchachos*: todos, cuál más, cuál menos, visten con elegancia y buen gusto; pero van adquiriendo hábitos de lujo que a veces los ponen en aprietos. Se hacen lustrar el calzado por los *bola-botín*; el lazo de la corbata que llevan tiene todas las proporciones de exquisito arte; el sombrero, guantes y junquillo que usan, guardan entre sí completa armonía; llevan reloj (prenda obligada), aunque sea de níquel, pero siempre con cadena o pendiente de oro o metal que lo parezca; frecuentan las peluquerías de Gilède, Saunier, o Huard para que les *hagan la capul y los afeiten*, aunque sólo ostenten rubicundos cachetes con pelusa de durazno; usan perfumes exquisitos, mancornas y prendedor de oro y pedrería, cuello, puños y pechera de la camisa que aparenta ser de porcelana; van a la ópera, a parque de orquesta; a toros, a los puestos de sombra; en los hoteles se hacen servir ostras, vino de champaña Monopole, y cigarros habano de la *Vuelta abajo* o cigarrillos de *La legitimidad*; pasean en landó, porque el tranvía es una vulgaridad; montan con botas de charol, casco prusiano y en galápago Camille, en caballos que valen cuando menos quinientos pesos oro; usan papel vitela con monograma para la correspondencia; dejan tarjeta grabada si no está en casa la persona a quien van a visitar, y tienen cuenta corriente, cuando menos, en alguno de los bancos de la ciudad. ¡Qué buena vida si no hubiera infierno!

Los estudiantes de *antaoño* no parecían ni prójimos de los de *ogaño*. Todos eran *cuasi mendigos*, aun cuando sus padres fueran ricos o acomodados, porque se creía prudente educar a

los jóvenes en rigurosa economía, previendo que, tarde o temprano, tendrían que aprovechar esas lecciones objetivas; se juzgaba que no debía *pecarse contra la caridad*, creándoles a los muchachos necesidades y haciendo de ellos *hombres festinados*, que a pocas vueltas se *jubilán* o para quienes la vida viene a ser verdadero tormento.

En todas las casas había un cuarto que se llamaba de *trastajos* (hoy guardarropa), en que se archivaba, entre otras cosas, la ropa usada de los habitantes pasados y presentes; ese era el *parque* de donde los padres se proveían de los elementos indispensables, no diremos para vestir, sino para envolver la prole.

Los trajes viejos de zaraza desteñida y los demás rezagos de la ropa blanca se transformaban en camisas; los *calzones* de dril de *tapabalazo* se recortaban a la medida del postulante, y si el crecimiento era precoz, se les añadía lo necesario, o se le adjudicaban al hermano menor. El mismo procedimiento se adoptaba para la chaqueta y el chaleco, cuyas botonaduras eran de hueso. Estas prendas del vestido se llevaban a *cuerpo limpio*, porque los calzoncillos y medias eran superfluidades buenas sólo para las personas de respeto; los calzones se atacaban con un orillo de paño, el que a veces, cuando había botones, desempeñaba oficio de *calzonarias* y en cuanto al calzado, era de tres clases: correspondían a la primera los *sui-zos de cuero de soche*, curtidos en Sogamoso, de color de quina, cosidos con cabuya encerada, como la usan los pirotécnicos, que se ataban con cuero de lo mismo, se compraban por *pali-tos*, como las papas, y por término medio costaba de *tres a cuatro reales cada par*; a la segunda, las *babuchas* de tafilete azulado, curtido en el país y clavadas con estacas de palo de naranjo;

y a la tercera, las alpargatas, aseguradas con ataderos hechas por los presidiarios.

Invariablemente estaban divorciados el calzado con los pantalones y estos con el chaleco. Para defender la cabeza se usaba sombrero de color de *panza de burro* de fieltro, hecho por el maestro Paredes con pasta de lana endurecida con un baño de *agua-cola* bastante oliscosa, bajo de copa y alón, con cordón de lana cenicienta, rematado en borlas, y con una faja de badana alrededor de la parte interior de la copa para precaverlo de la grasa del cabello. Algunos *afeminados* se procuraban capuchas disformes, fabricadas con pieles de *runcho*, *ratón* o *zorro*; en bandolera llevaban la *chácara* de cuero curtido o de piel de gato, para guardar y llevar los libros y el recado de escribir.

Esta figura estrafalaria quedaba velada de los hombros para abajo, con el prehistórico y clásico capote de *calamaco* de lana, de cuadros escoceses de todos los colores del arcoíris. Esta importantísima e indispensable prenda principal del vestido se componía de dos partes: una túnica que llegaba hasta los tobillos, abierta por delante, con agujeros laterales, como los de las sotanas de los antiguos clérigos, para sacar los brazos cuando se cerraba abotonándola, y la esclavina, que arrancaba de un cuello de felpa de lana de color vivo, y llegaba hasta las rodillas, todo forrado en *bayeta* de Castilla de color rojo, amarillo, verde o azul celeste, sujeto sobre el pecho con broche de cobre formado por cabezas de león engarzadas por una cadenita. En cada extremo de la esclavina se introducía una bala de plomo *de a onza*, sonsacada a los soldados, mediante pago de un cuartillo por cada ejemplar, balas que constituían la principal arma ofensiva del estudiante. La tal *solapa* era muy aborrecida de las

*beatas* porque con ellas les tumbaban los *solapados* el sombrero de copa alta. Por último, el capote tenía dos bolsillos *monumentales* sobre los dos costados del pecho.

El primero constituía la despensa y farmacia de su dueño: allí caían en fraternal consorcio la *longaniza* asada en la vela, los patacones, y frito economizados en el almuerzo, las panelitas de leche y las cuajadas, con una que otra empanada o *tamal* pelechado en merienda ajena y, en fin, el tradicional cabo de vela de sebo envuelto en *telas de cebolla colorada*, como amuleto infalible para amenguar los efectos de la férula o *el ramal*.

En el otro bolsillo se guardaban los *objetos* de arte como *la coca*, el trompo, la taba (huesito de cordero para echar suertes) y el *zumbador*.

En los días feriados se eclipsaban el capote y la demás ropa de *cuartel* para sacar a lucir el vestido hecho por sastre, y también con el fin de dar tiempo a la familia para arreglar los estragos causados en el traje durante la semana. Los de familia más acomodada llevaban debajo del capote, vestidos de pana de algodón o triple inglés rayado, hediondo, y de color de escama de culebra cascabel, botines de cuero de becerro teñido con tinta especialísima que despedía un olorcillo nada apetecible, y sombrero de Suaza o cachucha de paño.

Se enseñaba aritmética, por Urcullu; castellano, por autor anónimo; francés, por Chantreau; psicología, por Gerusez; latín, por Nebrija, y del mismo estilo eran los demás textos, todos tan ininteligibles, que, como dice el Manco de Lepanto, ni Aristóteles que resucitara les desentrañaría sentido. En la obra de geografía que usábamos, cuyo autor no recordamos, se leía en el año de 1846, lo siguiente:



*Santafé de Bogotá, capital de Colombia, situada al pie de los nevados de Monserrate y Guadalupe, en donde nacen los caudalosos ríos San Francisco y San Agustín, atravesados por magníficos puentes; en sus aguas se pescan anguilas y capitanes. Todas las calles están perfectamente empedradas y embaldosadas, y por el centro de ellas corren arroyos de aguas puras y cristalinas.*

¡Lástima que nuestro geógrafo no hubiera venido a echar las redes o el anzuelo en los caudalosos ríos para ver qué comía de lo que sacara!

El latín empezaba por el *musa*, *musae* y la conjugación del verbo *amo*, *amas*, *amare*; pero se castigaba con extrema severidad al que ponía en práctica el *amor* o alguno de sus derivados.

Los estudiantes tenían entre sí la más estrecha solidaridad, y la menor infracción a este respecto se castigaba golpeando con los capotes al delincuente, lo que se llamaba *dar capoteo*.

Algunos *patanes* ejecutaban atrevidas salidas clandestinas por medio de *lazos* (cuerdas) llenos de nudos, a fin de poderse prender con más facilidad, operación que se llamaba  *echar culebrilla*, para la cual el autor principal necesitaba cómplices y auxiliares.

Fijada la hora para una noche bien oscura, se arreglaba la cama de los actores colocando sobre ella algo que se pareciera al estudiante acostado; un extremo de la cuerda se *amarraba* a la ventana por donde se hacía la evasión y, santiguándose cada cual para librarse de *todo mal y peligro*, se lanzaba al espacio, ni más ni menos que las arañas al dejarse caer de lo alto para fabricar su red. Aquel a quien la suerte designaba para

bajar primero, atesaba la cuerda para que los demás lo hicieran con menos peligro, y el «último mono se ahogaba», queremos decir, se resignaba a recoger la soga, guardándose para otra oportunidad. La falta absoluta de alumbrado y serenos facilitaba la fuga; pero siempre se consideró esa travesura como acción distinguida de valor, especialmente si tenía por teatro el costado occidental del Colegio de San Bartolomé, porque el punto de partida era el altísimo tejado, y el sitio obligado para apoyar la *culebrilla* era alguna de las ventanas de las galerías situadas sobre dicho tejado. La vuelta al colegio era más fácil, y para ello se aprovechaba la entrada *a paso* de los externos, a las seis de la mañana; nunca faltaba *capote amigo* que encubriera los prófugos a la vigilante mirada del portero.

Si el catedrático era *intransigente* se la jugaba de varios modos. En una ocasión, el de aritmética tomó la costumbre de burlarse de *un patán perdido* que vestía levitón de bayeta ecuatoriana de color castaño, y en cada caso en que se ofrecía mencionarlo, decía: «A ver, el señor levita de rapé».

Un día, al sentarse el catedrático en su cátedra, empezó a husmear, como hacen los perros de cacería al descubrir la pista del venado: atormentado con lo que olía, el desgraciado exclamó en tono lastimero: «¡Señores, el que haya pisado puede salirse!». Todos acudimos presurosos a examinarnos para ver si aprovechábamos tan intempestivo asueto, pero no nos tocaban las generales; desesperado el catedrático, que era un pobre padre de familia, levantó de obra antes de tiempo, yéndose a su casa en derecha.

Parece que *levita de rapé* fue el autor de aquel desaguisado, porque el maestro no volvió a llamarlo con tal apodo.

Los castigos, lo mismo que en los tiempos del tormento, eran ordinarios o extraordinarios. Los ordinarios consistían en ferulazos que se recibían en las palmas de las manos, con garbo y como diciendo «esto no es conmigo»; y en encierro, diurno o nocturno, con cama o sin ella, pero siempre con el capote, que la suplía. Los *extraordinariamente extraordinarios*, se resolvían en el *ramal* o la expulsión. Una semana entera de pésimos o faltas mayores contra la moral o buenas costumbres dentro o fuera del colegio, se castigaban, lo primero con tres y lo segundo con doce azotes.

Cuando el lunes decía el pasante en la clase: «*dominus Tiburtius Tipacoque pessiman dedit*», el nombrado echaba con disimulo *mano a la cartuchera*, sacaba el consabido cabo de vela de sebo, envuelto en cebolla colorada, y presuroso se daba frotación en las partes que iban a quedar expuestas a los golpes del enemigo.

El catedrático, con la misma solemnidad con que el alto magistrado dice: «En nombre de la República y por autoridad de la ley», pronunciaba la fatídica sentencia: «¡pase al rincón!». En el acto, dos estudiantes se quitaban los capotes, y con un ayudante los extendían como cortinas en uno de los rincones de la clase: el reo se dirigía al lugar del suplicio, implorando suavidad de manos del pasante ejecutor. Ya en el recinto, sin ofender el pudor de los alumnos, se le desatacaban los calzones que caían sobre los tobillos, exactamente como los de Sancho Panza en la aventura de los batanes; un patán robusto tomaba las manos de la víctima y las colocaba sobre sus propios hombros, al mismo tiempo que otros dos estudiantes le sujetaban los pies para evitar las cabriolas.

Preparadas así las cosas, sin alterarse y con santa paciencia, el pasante dejaba caer el *ramal* dando *en el blanco*, metódica

y concienzudamente: a cada descarga respondía un ¡ay!; terminada la ejecución, volvían todos a sus puestos para oír el discurso encomiástico de los azotes que al compungido ajusticiado aplicaba el maestro. Se nos olvidaba decir que quien hacía las veces de carguero, corría dos peligros: el primero, recibir algún ramalazo, en las espaldas cuando el penado *zafaba el cuerpo*, y el segundo, la inundación que solía producir la congoja del paciente.

Todos los años por la Cuaresma se daba a los estudiantes un retiro espiritual durante tres días; allí era el *crujir de dientes*, por la idea de tener que desembuchar las verdes y las maduras.

Como sucede en todos los *ejercicios*, el primer día se encarrecía la conciencia; el segundo, se echaba a todos al infierno, y el tercero, ya se dejaba esperanza de salvación, mediante confesión sincera y enmienda de costumbres.

El examen de conciencia era de lo más sencillo: se juntaban los colegiales en algún sitio apartado, provistos de papel y lápiz; uno leía en alta voz la lista de todos los pecados cometibles, y cada uno apuntaba los que le correspondían.

Desde las doce del último día de ejercicios empezaban a llegar sacerdotes a confesarnos. La proximidad de aquel acto, siempre imponente, y el temor natural que en esos casos se apodera de los muchachos, influían para que hiciéramos esfuerzo con el fin de cerciorarnos de que el confesor que eligiéramos era de los llamados de *manga ancha*. Nos contábamos entre los que estaban en este caso, por una aventura en que habíamos tomado, sino una parte activa, sí alguna de *dudosa ortografía* por lo que la conciencia nos hacía ver en esos críticos momentos nuestra culpa elevada a la quinta potencia.

Un estudiante endiablado, conocido por el apodo de “Turra”, de esos que ya no son niños y cuyo metal de voz semeja el graznido de los gansos, nos convidó a varios *cachifos* el día de San Juan, para ir a bañarnos a Tunjuelo, con la advertencia de que cada uno debía llevar algo de fiambre o el dinerillo que pudiera; en esos tiempos, medio *real de granada* era un capital. Dejamos a guardar en una *chichería* de los arrabales los capotes y calzado y emprendimos marcha en cuerpo y *ad pedem litterae*. Más acá de la Vuelta del Alto entramos a una casita de paja en que vivía una pobre mujer que tenía de venta en la tienda longaniza mohosa, *panes de a cuarto* como guijarros, cuajadas agrias, *revenidos alfandoques*, y conservas de cidra, de las que se hacen para aprovechar en los trapiches el agua con que se lavan el cuerpo los *peones enmelados*.

“Turra” hizo la requisa de nuestros bolsillos, y extrajo de ellos real y medio, incluso un cuartillo de *león* algo sospechoso; compró con ese dinero longaniza y pan, rogó luego a la ventera que asara la primera sobre las brasas de boñiga que, por esos lados, es el único combustible de los pobres.

Apenas hubo desaparecido la ventera, “Turra” saltó por sobre el mostrador y se echó a los bolsillos unos cuantos alfandoques y conservas, exclamando con aire de triunfo: «¡Nos salvamos!, ¡el dulce es mi fiambre!»». A poco volvió la mujer y nos entregó el *asado* satisfecha de la venta extraordinaria que había hecho y deseándonos buen viaje.

Atendida la calidad y cantidad del hurto, creemos que podría estimarse en siete y medio centavos, papel moneda. Proseguimos nuestro camino y después de darnos un baño helado en agua cenagosa devoramos los comestibles y regresamos a

la ciudad encaminándonos por entre los potreros de Llano de Mesa, a fin de evitar el paso por el frente de la casa asaltada.

Los actores de aquella tragicomedia nos comunicamos la cuita que nos roía, y para proceder con acierto en asunto tan grave, convino “Turra” en tantear vado con un venerable y anciano religioso candelario que acababa de entrar a la capilla: nada menos que el padre Achuri. En pocos momentos se confesó y al levantarse se volvió hacia los que formábamos rueda esperando el turno; juntó los dedos de la mano derecha, los aproximó a la boca, e imprimiendo sobre ellos un ruidoso beso, exclamó: «¡Superior!».

No había terminado “Turra” la última sílaba, cuando nos precipitamos de rodillas ante el confesor, quien nos envolvió en su manto, echándonos los brazos: tomamos esa actitud del padre como una confirmación de lo asegurado por nuestro catador, y empezamos la confesión como debe hacerse, por lo más gordo. Sin medir el alcance de nuestras palabras, nos acusamos de *robo en cuadrilla y en despoblado*. Al oír semejante atrocidad, se estremeció el venerable padre y sin duda debió de creer que se las había con algún compañero del famoso cuatrero Quiroga, que en esa época era el terror de la Sabana.

Por lo pronto nos agarró de una oreja, temiendo que nos escapáramos y nos acosó a preguntas y repreguntas capciosas, como dicen los *tinterillos*; nos afeó el delito en términos vehementísimo, pronosticándonos el presidio y la *vergüenza pública* si reincidíamos y no nos enmendábamos. Prometimos cuanto nos exigió el confesor y, a Dios gracias, esa leccioncita nos acostumbró a no tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Mohínos y compungidos nos levantamos para cumplir la pesada

penitencia que se nos impuso, pero al mismo tiempo admirados de que “Turra” que había sido el autor principal, hubiera salido con tanta felicidad.

Algunos años después, al anochecer y al llegar al río Prado, en viaje para Neiva, vimos un jinete de barba espesa, montado en magnífica mula, con sombrero alón de Suaza, en pechos de camisa, zamarros de piel de tigre y enormes espuelas; al acercarnos nos gritó: «¡Mosca!», tal era el apodo aplicado por los *calentanos* a los bogotanos. En el acto reconocimos a “Turra”, que iba, según nos dijo, a vender cacao a la Mesa de Juan Díaz y a comprar sal del Reino (Zipaquirá); nos invitó a que pernoctáramos debajo de unos corpulentos *hobos* en que guindaríamos las hamacas, ofreciendo festejarnos con un espléndido *avío* consistente en succulento chocolate servido en jícara de plata, acompañado de bizcochos calentanos, queso de ojo, tasajo y *patacones*. Allí nos refirió que el *fullero* del acudiente había escrito a su padre que no lo volviera a enviar al colegio, porque no era aparente para los estudios, y que este lo había *zampado* en la labranza de cacao; que para quitarle las malas inclinaciones lo habían casado con una prima, y que ya tenía dos *timanejitos*, macho y hembra, que ponía a nuestra disposición; pero que siempre le había quedado el resabio de *saltar la talanquera*.

Después de tomar el último trago nos tendimos en nuestras hamacas y ya estábamos durmiéndonos cuando “Turra” nos dijo:

—¡Mosca!, ¿te acuerdas del padre Achuri?

—Sí que me acuerdo, bellaco, y ahora me vas a explicar el misterio de lo que hiciste para salir tan bien librado en la confesión aquella, porque yo, que no fui sino mero testigo de lo que atrapaste en Tunjuelo, casi pierdo las orejas.

—¡Majadero! —nos respondió—; ni el padre me preguntó ni yo le dije, y... ¡hasta mañana!

A medida que los colegiales iban subiendo a clases superiores, mejoraban de vestido, y al entrar a Facultad mayor, dejaban los trabajos humildes para usar ropa de paño de corte elegante, sombrero *de pelo*, capa española y botas de charol con cañones de tafilete de color. Esos señores no alcanzaban a ver a los *cachifos*, y a ellos se les consideraba como a fruta próxima a madurar, es decir, no se les castigaba sino con amonestaciones y en lo general, cuando eran aprovechados, más que discípulos, eran los amigos de sus maestros. El uniforme de los colegios de San Bartolomé y del Rosario se componía de bonete, hopa y beca: roja la del primero, con un J. H. S., y blanca con la cruz de Santo Domingo, la del segundo; con estos trajes se consideraron honrados Francisco de Paula Santander, Francisco Soto, Castillo Rada, Caldas, Camilo Torres, José María y Joaquín Mosquera, Torices, Lozano, Joaquín Camacho y cien más que fueron el orgullo de su patria.

Bajo el régimen que injustamente se llamó tiránico, fanático y retrógrado, implantado por don Mariano Ospina, se desarrollaron e ilustraron talentos de primer orden, tales como Salvador Camacho Roldán, Francisco E. Álvarez, José María Rojas Garrido, Aníbal Galindo, Carlos Martín, los Pereiras Gambas, Eustorgio y Januaryo Salgar, Teodoro Valenzuela, Manuel y Rafael Pombo, José Joaquín Vargas, José María Vergara Tenorio, José María y Miguel Samper, Froilán Largacha y muchísimos otros de quienes nos es satisfactorio poder decir que han servido con lucimiento y lealtad a la causa de sus convicciones.



Otra excentricidad de esos tiempos eran los apodos que se daban los estudiantes según su procedencia: al de Bogotá se le llamaba *mosca*; al de Popayán, *tragapulgas*; al del Tolima, *tima-nejo*; al de Cali, *calentano*; a los costeños, *piringos*; al antioqueño, *maicero*; al de Boyacá, *indio*; y al de Santander, *cotudo*.

Se hubiera podido hacer una exhibición de productos alimenticios, con los objetos que de las provincias enviaban a los colegiales, y de los cuales sólo podía tomar su dueño el *diezmo*, porque el resto correspondía a la masa común. De Antioquia venía Algarroba, hedionda como la valeriana, *gofio* o hígado disecado al sol; de Popayán, monos de pastilla (estoraque), dulces finos y pelotas de caucho; del Valle del Cauca, calillas de tabaco de Palmira, cajitas de dulce, chocolate y *quereme* para echar entre la ropa; del Tolima, chocolate, bizcocho de maíz y *tasajo* de ternera; de la Costa, camarones y cocos; de Boyacá, quesos de estera, dátiles de Soatá y bocadillos de Moniquirá; y de Santander, batido, tabacos de Girón, masato de Vélez *en perra de cuero* y paquetes de hormigas fritas.

Los textos heterodoxos adoptados después de 1861 en los colegios de San Bartolomé y Nuestra Señora del Rosario para las enseñanzas de filosofía y jurisprudencia, contra la voluntad expresa de los fundadores de esos importantes planteles, colocaron a los católicos en la dura alternativa de abstenerse de hacer aquellos cursos, o de someterse a estudiar métodos que lastimaban la fe religiosa que profesaban.

Aquella repugnante imposición y el deseo de contribuir a darle fin, inspiró al doctor José Vicente Concha, en el año de 1864, la idea de fundar el colegio, que diez años más tarde recibió el nombre del gran Pontífice Pío IX, conferido por el

mismo Papa; que se estableció primero en una casa particular y después en el edificio contiguo a la iglesia de La Tercera, donde se estudiaron con gran provecho los diferentes ramos de filosofía y derecho, al mismo tiempo que se inculcaron sólidos principios de moralidad y cultura a los educandos, entre los cuales se encuentra, entre otros muchos, nuestro amigo predilecto que lleva el mismo nombre de su respetable y modesto padre, modelo de patriotas desinteresados.

La carta autógrafa que reproducimos a continuación, es el mejor comprobante que podemos presentar a los lectores en apoyo de nuestras opiniones a este respecto.

A nuestro querido hijo  
José Vicente Concha

En la ciudad de Santafé,  
en la República de la Nueva Granada.

Pío P. P. ix

«Querido hijo, salud y Bendición Apostólica

«Hoy que la juventud estudiosa está amenazada por tantos daños y peligros a causa de las erróneas y falsas doctrinas que predicán quienes siguen la sabiduría de este siglo, ciertamente nada más saludable y oportuno que el que los cuidados de los buenos se enderecen a dar sólido fundamento a la instrucción de la juventud, a fin de que apartada de las turbias y perniciosas fuentes, pueda beber en los puros manantiales

de la doctrina e informarse en la cristiana virtud. Y como tú, querido hijo, has aplicado tu importante solicitud con noble empeño en esta grande obra, como entendimos del cumplido testimonio de tu prelado, no podemos menos de alabar encarecidamente en el Señor tu obra y labor. Porque sabemos que has fundado en esa ciudad un establecimiento público de instrucción en que se enseñen letras, filosofía y jurisprudencia, y donde la juventud crezca en la piedad cristiana, con el auxilio de ilustres varones que en ese establecimiento de ciencias desempeñan el magisterio. Os damos, pues, de corazón los parabienes a ti y a tus cooperadores, porque habéis querido tan preclaramente merecer de la Patria y de la Religión en tiempos tan llenos de adversidades, y porque solicitaste de nos licencia para llamar al dicho establecimiento con nuestro nombre Pontificio, de grado te lo concedemos para que se vea que miramos con favor y benevolencia tu obra. Y no dudamos que esto servirá a ti y a los que en el citado establecimiento desempeñan el magisterio como de estímulo para perseverar animosos en lo que habéis comenzado, sometiéndoos a la infalible enseñanza de la Sede Apostólica y, guardando el respeto debido a vuestro pastor, con fuerzas acordes tratéis de cosechar frutos con que alegréis la Religión y la sociedad humana en estos tiempos tan calamitosos. Entretanto pedimos desde el fondo de nuestra alma a Dios Óptimo y Máximo para ti y para los profesores de tu establecimiento la plenitud de sus gracias, y en prenda de la bendición celeste y de la recompensa con que Dios no dejará de retribuir tu celo, te damos la Bendición Apostólica efusivamente, a ti, querido hijo, y a tu familia, como pediste, y a los demás profesores y

cooperadores en ese establecimiento, la impartimos amorosamente en el Señor.

«Dado en Roma el día 3 de febrero de 1875.

«Año vigésimo de nuestro Pontificado.

Pío P. P. IX».

No hay duda que Pío IX supo lo que hacía cuando impartió su bendición apostólica al plantel que tuvo eminentes profesores como Manuel María Mallarino, Rufino J. Cuervo, Miguel Antonio Caro, José Joaquín Ortiz, Carlos Holguín, Ignacio Gutiérrez Vergara, Federico Aguilar y Carlos Martínez Silva.

En el Colegio de Pío IX, regentado por el doctor Concha hasta el año de 1881 en que la muerte lo arrebató del puesto de combate que había elegido en favor de sus convicciones, se instruyeron y educaron todos aquellos que con más eficacia contribuyeron a fundar las instituciones que llevan por lema *In justitia libertas*.

Existieron otros colegios importantes regentados por distinguidos institutores, entre los cuales merecen especial mención el de Yerbabuena, fundado y sostenido por el benévolo e ilustrado don José Manuel Marroquín; el de La Independencia, por don Joaquín Gutiérrez de Celis, y los de los señores José Joaquín Ortiz, José Caicedo Rojas, Jacobo Groot, José Joaquín Borda, Luis M. Cuervo y Víctor Mallarino. En todos ellos recibió educación provechosa una parte considerable de la distinguida juventud de esa época.

Conservamos gratos e indelebles recuerdos de los colegios a que tuvimos la fortuna de concurrir en calidad de alumnos, especialmente del Seminario Menor que estuvo a cargo de los

padres jesuitas de 1846 a 1850, año en que los expulsaron: volvieron luego a continuar sus tareas en el año de 1857.

Una madre no tiene más cariño y celo por sus hijos, que el que tenían los padres por los niños entregados a su cuidado: allí se nos inculcaron sólidos principios religiosos que en la carrera de la vida nos han servido de faro para seguir la senda del honor, y de consuelo en las duras pruebas que hemos sufrido.

Hoy, con la experiencia que dan los años, creemos hacer un positivo bien a los padres de familia que tengan esmero por la inocencia de sus hijos, al aconsejarles que confíen a los jesuitas la educación de los niños. Discípulos de los Padres fueron Carlos Holguín, Sergio Camargo, José María Vergara y Vergara, Simón de Herrera, Darío Calvo, Félix Sáiz, Diego Fallon, Liborio Zerda, Miguel Antonio Caro, Domingo Ospina Camacho, Federico Aguilar, José Joaquín Borda, José Segundo Peña, Federico Jaramillo y Córdoba, Mario Valenzuela, Joaquín Andrade, Carlos Borda Bermúdez, Eusebio Grau.



## ▪ ESPECTÁCULOS PÚBLICOS

### ▪ I

Si pudiéramos hallar algún medio o instrumento para medir o comparar entre sí los espectáculos o diversiones públicas de la actualidad con los del tiempo pasado, de seguro que nos daría la siguiente fórmula: las diversiones de Bogotá superan a las de Santafé en calidad y cantidad, pero son muy inferiores en intensidad.

Si hoy llamara la autoridad a alguien para rendir declaración jurada sobre su edad, estado y profesión, tendría que responder:

A la primera, mayor... de veintiún años.

A la segunda, candidato indeterminado.

Y a la tercera, trabajar veinticuatro horas al día para ganar con qué concurrir al diluvio de diversiones que han inundado la ciudad.

Cambiaron en absoluto los usos y costumbres de tiempos atrás establecidos para asistir a las diversiones y reuniones. Hoy se va en coche iluminado con linternas, aunque los interesados

habiten a media cuadra de distancia de la fiesta; las señoras van vestidas con tal lujo y buen gusto como si asistiesen a una función de gala en el teatro imperial de San Petersburgo. El recinto del edificio, en el teatro iluminado *a giorno*, presenta el aspecto más deslumbrador, y las tres filas de palcos repletas de mujeres bellísimas, como son las colombianas, parecen tres guirnaldas de flores vivas que lanzan miradas eléctricas que eclipsan el brillo de los diamantes con que se adornan, por tener el gusto de rivalizarlos y penetrar como dardos en el corazón de los cuitados *cachacos* que las contemplan desde la platea con ojos de codicia.

A Dios gracias, los que ya pasamos el Rubicón, y que, por lo mismo, no somos hombres peligrosos, podemos penetrar en ese recinto asegurados contra incendio, contentándonos con decir como la zorra de las uvas: «¡Están verdes!».

Pero es lo cierto que el objetivo de los asistentes al teatro no es precisamente presenciar la ejecución del programa anunciado, sino encontrar pretexto para deshacerse de los *billetes*, como si tuvieran contagio del mal de San Lázaro, y, por supuesto, hacer heroicos esfuerzos a fin de eclipsar a los demás en eso que podría llamarse concurso de belleza y buen tono; y tan cierto es lo que decimos, que, al salir de una función, los oímos exclamar: «¡Vengo satisfecha; estuve feliz!»; pero no dicen: «¡Estuve divertida!».

También hemos notado una anomalía bien peregrina. Se impide a las gentes *non sanctas* la asistencia al teatro como espectadoras; pero se aplauden en la escena los hechos que motivan el entredicho, lo que en nuestro concepto equivale a poner en planta la ley del embudo.



En la actualidad van al teatro únicamente los privilegiados de la fortuna o los que aparentan serlo, sabe Dios cómo; pero las familias no acomodadas y los artesanos no pueden hacer el sacrificio de lo que ganan en varios días de trabajo, para procurarse el ameno e instructivo placer de asistir, siquiera una vez al mes, a esa clase de diversiones, por el alto precio de las localidades.

Aunque se nos objete que «sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena», diremos que los empresarios no han tenido en cuenta las ventajas que reportarían, tanto a ellos como a las buenas costumbres, si pusieran una sección de teatro al alcance de la gente laboriosa para fomentar el gusto por esas reuniones y alejarla así de los garitos y tabernas, a que se ha inclinado por falta de distracciones honestas, cuyo costo guarde proporción con su presupuesto de rentas.

Nos permitimos llamar la atención del Gobierno hacia la necesidad y justicia de que, en el magnífico Teatro Colón, se faciliten al pueblo los medios de asistir, con alguna frecuencia, a los espectáculos que se den en ese edificio, construido con el dinero de todos.

El Coliseo de Santafé fue construido a fines del siglo XVIII, con dinero de don Tomás Ramírez, por el arquitecto Esquiaqui; pero, probablemente por la impaciencia que hubo en estrenarlo, se *festinó* su terminación sin respetar los planos adoptados y se techó la casa *provisionalmente*, como decía una inscripción que había a la entrada, para empezar la representación de comedias.

La muy galana pluma de don Juan Francisco Ortiz describió en *La Guirnalda* la historia y peripecias de ese teatro, que hasta el año de 1885, en que se demolió para reemplazarlo

con el que hoy existe, fue el único conocido con el nombre de tal; pero ya *mejorado* o *empeorado* por los dueños, a quienes se les expropió por cuenta de la Nación.

Tenía tres órdenes de palcos, todos con antepecho de lienzo del Socorro, blanqueados con cal y adornados con festones pintados al temple, pertenecientes a diversos dueños y arreglados según el capricho de cada uno. A la fila primera o *de abajo* concurría la clase media y de cuando en cuando, algunas *traviatas*; a la fila segunda o *del medio*, la aristocracia, y a la fila tercera o *gallinero*, lo que su nombre indica, personas de ambos sexos de la clase baja.

La platea no tenía asientos de luneta; cada cual tomaba asiento donde podía, sobre unas bancas patibularias. Fue en el año de 1846 cuando se dividió el patio por la mitad y se inauguró, por primera vez, el servicio de parques de orquesta, durante las representaciones que dio la compañía de Fournier. Alrededor de los palcos de primera fila, en la planta baja, había un *pojo* de material para que las *criadas* presenciaran la función, mediante el pago de un real por cabeza.

El cielo raso era una maravilla de los tiempos primitivos: consistía en un gran toldo de lienzo ordinario todo manchado y remendado, sostenido en el centro por un florón de madera dorada, del cual salían radios de cuerdas forradas en percal amarillo y atados a las columnas de los palcos de *gallinero*. Sobre ese Olimpo vivían en paz octaviana un cuatrillón de ratas que se alimentaban con los espléndidos festines que les proporcionaban los restos de las grasas empleadas en el alumbrado, y los despojos que quedaban por todas partes de las empanadas, tamales y demás fiambres que llevaba allí el *respectable público*.

El alumbrado y los aparatos adecuados al efecto no le iban en zaga al cielo raso. Una gran araña, hecha por el insigne *hojalatero* Francisco Jiménez con prismas y alcayatas de hoja de lata y espejitos, se veía suspendida en el centro del techo. Momentos antes de alzar el telón, se la hacía descender para encender las ciento o más velas de sebo que contenía, y hecha la operación, se la volvía a elevar. Desde ese momento empezaba una llovizna de sebo derretido que era el tormento de los que quedaban debajo y el deleite de los que estaban fuera el radio de semejante aguacero.

En cada columna de los palcos había suspendido un farol en forma de cono, hecho de lata y tiras de vidrio, con su correspondiente vela de sebo, y al frente del proscenio unos cuantos candiles de barro, desplegados en guerrilla, repletos de gordana y sebo, con la correspondiente mecha de trapo que, al carbonizarse, despedía un olor nauseabundo, del cual se impregnaba todo el edificio.

El telón de boca, pintado por don Eladio Vergara en el año de 1840, representaba en la parte alta el caballo Pegaso, hendiendo con el asco la roca de la cual brotaba una fuente; en el centro, Apolo con las Musas; en medio, un ameno valle y varias otras figuras alegóricas; a un lado, en letras blancas romanas, la siguiente octava real, compuesta por el que más tarde fue general don Vicente Gutiérrez de Piñeres:

*Da Pegaso en la cumbre de Helicon,  
hace brotar la fuente de Hipocrene,  
con las Musas Apolo se corona  
de inmortal lauro que en la sien mantiene.*

*En estro arrebatado el Dios entona  
guiando a sus hermanas, Melpómene.  
El alado corcel conduce el coro  
y con su inspiración resuena el Foro.*

¿Quién creería que, después de cincuenta años de pintado, aquel telón fuera el mejor que se hubiera visto en nuestros teatros, incluyendo el que hoy está en uso en el Teatro Municipal?

¡Las decoraciones y tramoyas de la escena eran estupendas! Para subir el telón se arrojaban del techo dos o más hombres prendidos de los cables que lo sostenían; y para bajarlo *sans façon* caía con estrépito, apagando los candiles que apesataban con el humo de la pavesa y llenaban de tierra a todos los que estaban próximos al escenario. El mar se representaba por telas azules movidas con cuerdas, como péndulo de reloj; el viento, con bramaderas o *zumbadores*; los truenos o cañonazos, con golpes de tambora; los rayos, con *buscaniguas* (cohetes sin truenos), y la luna, con un farol opaco suspendido de una cuerda horizontal, que se le hacía recorrer.

La función se anunciaba para las *ocho en punto*, pero lo corriente era levantar el telón después de las nueve; mientras tanto, se entretenía el público fumando, lo mismo que en los eternos intermedios, con lo que se producía, en ese recinto sin ventilación, una atmósfera de humo insoportable, que hacía inútil el uso de binóculos, porque, lo mismo que en tiempo de nieblas, no se alcanzaban a divisar los objetos situados a dos pasos de distancia.

En cuanto al vestuario, se echaba mano de los restos que aún quedaban de los vestidos que usaron los oidores o

alguaciles de la Colonia, y de los uniformes de los militares de la Independencia.

«No se puede repicar y andar en la procesión» era un aforismo sin valor en aquella época, porque el público era espectador y actor al mismo tiempo. Se les llevaba el compás a los músicos golpeando en las bancas; se entablaban diálogos entre los actores en el proscenio y los espectadores en sus respectivos asientos, o se hacían oportunas indicaciones a los tramoyistas para la mejor ejecución de la pieza; y, ¡lo que era sublime!: los espectadores tomaban en serio los acontecimientos que se simulaban sobre la escena, llegando en su entusiasmo hasta insultar y apedrear a los *protagonistas* que les eran odiosos.

Si la profesión de cómico —como se llamaba entonces a los actores— se consideraba indecorosa, la de cómica se tenía por abominable. Para remediar la repugnancia que tenían las mujeres a presentarse en la escena, se buscaban hombres del género *promiscuo*, como decía Bretón de los Herreros, que, vestidos de mujer, desempeñaban los papeles de las actrices, para lo cual se daban su traza a fin de imitar las formas del sexo que accidentalmente suplían; era muy frecuente que esos desgraciados, olvidando lo que en esos momentos figuraban, dijeran con el mayor aplomo: «¡Nosotras los hombres, vosotros las mujeres!».

El gusto por las obras clásicas imperaba en todos, sin caer en la cuenta de que ese precisamente es el escollo del teatro; también ocurrían, durante las representaciones, graciosas peripecias, tanto, que no podemos resistir la tentación de recordarlas.

En la compañía que figuró inmediatamente después de la Independencia representaba don Chepito Sarmiento, que era

un mulato con cabeza de medusa, rechoncho, de facciones vigorosas, empleado como portero de palacio. Una vez hizo el papel del rey Numa, y desde luego vistió túnica corta, ciñéndose escrupulosamente a las costumbres que debió de tener el buen rey, que, según parece, usaba de rigurosa *indumentaria*. En el fondo del proscenio había un dosel con lictores y un gran sillón en medio, que debía ocupar el rey para impartir justicia: todo fue arrellanarse en el maldito asiento y estallar entre los ocupantes de la platea una formidable descarga de aplausos y vivas a Numa. ¿Qué produjo semejante entusiasmo en los espectadores de la planta baja? Parece que la túnica se le recogió más de lo necesario, dejando *in puribus* a don Chepito.

Poco después se anunció la representación de *Pelayo*, para aprovechar la permanencia en esta ciudad del español José Goñi, que se decía famoso actor. Al efecto, se encargó al maestro Jiménez que, cual otro Vulcano, forjara en su hojalatería la armadura del héroe castellano. En el primer acto se presentó don Pelayo, armado de *punta en blanco*, entre un ajustado vestido de paño rojo, al cual estaban adheridos infinidad de pedacitos de lata que figuraban escamas, celada con visera calada y grandes plumas de avestruz, espadón de palo, enormes espuelas y guantes de manopla de la misma construcción que la armadura. Salió a pasos cortos, porque no le dejaba movimiento tan extraño cuanto pesado traje. Aún no había dicho la primera palabra, cuando tuvo la desventura de tropezar y caer a plomo, de bruces; viendo los espectadores que el actor trataba de levantarse sin poderlo conseguir, empezaron a gritarle: «¡Pelayo está borracho!» y «¡afuera el chapetón!». Aprovechando un momento de tregua en aquella tempestad,

el pobre español logró que, como de entre la tierra, se le oyera exclamar con voz lastimera:

—Señores, yo no bebo nunca. ¡Háganme la caridad de levantarme, porque me estoy ahogando!

Instantáneamente se cambió la *rechifla* en compasión, y de todas partes acudían presurosos a salvar al maltrecho vencedor de Covadonga. Cayó el telón y se advirtió a los asistentes que tomaran sus boletas al salir, para cobrar al día siguiente el dinero que habían dado por ellas.

La primera compañía dramática que vino al país, y que mereció el nombre de tal, fue la que trajo don Francisco Villalba, en el año de 1835 con el siguiente personal: el mismo Villalba y su señora, doña Mariquita López; Antonio Chirinos, Francisco Martínez (el Curro andaluz), José López y un Flórez, popayanejo, Juliana Fletcher —segunda dama cantatriz— y Rosa Lozano, bailarina limeña; además venían dos violinistas y un *mulato* peruano llamado José Castillo, que tocaba la trompa admirablemente. Representaron, con singularísimo éxito *La jaira*, de Voltaire; *Felipe II*, *Edipo*, *Aristodemo*, *rey de Mesina*; *Las tres sultanas* y muchos otros dramas y comedias de las escuelas española y francesa.

Por el mismo tiempo llegaron a Santafé don Romualdo Díaz y su señora, doña Juliana Lanzarote, ambos españoles entradillos en edad, y formaron una compañía dramática con algunos aficionados de la tierra. Dieron principio a su trabajo con las tragedias *Blanca y Moncasin*, *Lord Davenan*, *La enterrada en vida* y otras del mismo género.

Como esas compañías trabajaban cada una por su cuenta, alternando en el servicio del teatro, sucedió lo de siempre: *que*

*el pez grande se come al chico*. La de Villalba —que era muy superior a la de Díaz— rodó con fortuna, y Díaz tuvo que abandonar el campo a su rival.

Fue en aquellos *remotos tiempos* cuando Villalba acometió la empresa de poner en escena, por primera vez en el país de los chibchas, óperas italianas con libretos traducidos al castellano: *El califa de Bagdad*, *La ceneréntola* y *La italiana en Argel*, de Rossini, amenizando el final de las funciones con *tonadillas* españolas, como *La vuelta del soldado* y otras, que gustaban mucho al público.

En el año de 1848 volvió el mismo Villalba con otra compañía de cantantes, compuesta de los dos octogenarios, don Romualdo Díaz y su venerable consorte, doña Juliana Lanzarote, *prima donna*; Chirinos, *bajo*; el chapetón don Eduardo Torres, *barítono*, y Fernando Hernández, hojalatero venezolano, que tenía una vocecilla de falsete con pretensiones a voz de *tenor*, y era el encanto de los santafereños, ya en el teatro, ya en el ramo de serenatas que le encomendaban los malferidos de amor.

Entonces se pusieron en escena *El barbero de Sevilla* y *Lucía de Lammermoor*; al *barbero* lo *sobreaguó* Torres, que era un barítono de primer orden; pero la pobre *Lucía*, interpretada por una vieja ochentona que al abrir la boca para cantar parecía una esfinge, cuyos dientes y muelas hacía varias décadas que habían trasteado a otra parte, cayó para no levantarse hasta que la rehabilitó Rosina Olivieri, veinte años después.

La compañía de Fournier puso en escena el bellissimo drama de don Tomás Rodríguez Rubí titulado *Las travesuras de Juana*. En la chistosísima escena en que, al presentarse el bandido Testaferro y sus compañeros para robarse a Juana, las monjas se



defienden arrojándoles macetas de flores, taburetes, libros, etcétera, el público tomó parte en favor de las asaltadas y empezó a tirar sobre los supuestos bandidos lo que le venía a las manos. Sorprendido Testaferro con tan inesperado ataque de flanco, tuvo el buen juicio de tomar antes de tiempo, con los suyos, las de Villadiego. Los más exaltados en tan singular combate, decían con aire de triunfo: «¡Que vuelvan si se atreven, para que vean cómo les va!».

En la *Gallera vieja* representaron algunos artesanos aficionados la tragedia de *Policarpa Salavarrieta*. Todo marchó muy bien hasta el momento en que introdujeron el cadáver de Sabaraín a la capilla en que estaba la “Pola” preparándose para morir; pero al llegar a esta escena se desencadenó la más horrible borrasca contra Sámano y los verdugos españoles: unos pedían la cabeza de los tiranos; otros, que los apedrearan, y los más, que se prendiera fuego a la casa, que era de techo pajizo. La situación se puso *crespa*, y ya parecía inminente un conflicto, cuando se le ocurrió al empresario la estratagema más oportuna: se presentó en el proscenio y dirigió a los enfurecidos espectadores el siguiente discurso:

—Respetable público: en atención al justo desagrado con que se la recibido la sentencia que condena a *Policarpa Salavarrieta* a sufrir la pena de muerte, el excelentísimo señor virrey, don Juan Sámano, ha tenido a bien conmutarla por la de destierro a los Llanos.

Nutrida salva de aplausos acogió tan humanitaria resolución, y todos quedaron contentos y convencidos.

La representación de la tragedia *Lucrecia Borgia*, de Víctor Hugo, dio lugar a un acceso de hilaridad indescriptible.

Quizá haya aún quien recuerde al popular doctor Ciriaco Torres, conocido con el apodo de “Rompegalas”, sin duda por el desgreño con que siempre llevaba el vestido y por el perenne estado de *lúcida chispa* en que vivía. Por de contado que entraba de gorra a todos los espectáculos, pagando la entrada con improvisaciones en verso que le exigían los *cachacos*.

La escogida compañía española de don José Velabal ejecutaba dicha pieza con notable propiedad; el teatro estaba colmado, y en la mitad de la platea ocupaba Torres lugar prominente, manifestando con repetidos aplausos lo satisfecho que estaba del espectáculo. Ya estaba para terminar el último acto, en que puede decirse que el autor concentró sus facultades para darle el mayor grado de intensidad dramática. Entre los espectadores reinaba profundo silencio, a causa de las emociones que sentían; pero en el momento en que entraba Lucrecia acompañada de los penitentes que debían de ayudar a bien morir a los envenenados libertinos, “Rompegalas” lanzó un estruendoso... «¡vizcaíno!» y se puso a palmotear desaforadamente. Los mismos actores no pudieron menos que acompañar al público en la desatentada carcajada que produjo aquella ocurrencia.

El último acontecimiento extraordinario de la clase de los que venimos refiriendo tuvo lugar en el año de 1857, en la representación de *Fe, Esperanza y Caridad*. Un borracho consuetudinario se subió al proscenio y se sentó tranquilamente en un sofá, sobre el cual departían dos de los personajes del drama. Sorprendidos estos, exigieron al intruso que desocupara la escena; pero como se negara a ello, trataron de sacarlo a la fuerza y, al tomarlo de un brazo para hacerlo levantar, se agarró aquel del respaldo del sofá con la mano que le quedaba libre; al estrujón

que le dieron se volcó el mueble, quedando todos debajo, como *Sansón con todos los filisteos*. La caída del telón puso fin a tan grotesca escena.

En el año de 1853 acometió el laborioso e inteligente señor don Lorenzo M. Lleras la empresa de formar una compañía dramática, compuesta de nacionales. Introdujo notables mejoras en el edificio y sustituyó el alumbrado de sebo por el de aceite, cambiando los *tremotiles* primitivos. Con las actrices señora doña Margarita Escobar de Izáziga y señorita Emilia Ortiz, y con los señores Eloy y Manuel Izáziga, Juvenal Castro, Honorato Barriga, Rafael Vargas, José Manuel Lleras y algunos otros aficionados, logró instaurar en Bogotá la mejor compañía del país que hemos tenido.

Como un estímulo a los autores dramáticos, se pusieron en escena, según recordamos, las siguientes piezas, con buen éxito:

*Un alcalde a la antigua; Dios corrige, no mata y Los aguinaldos*, por don José María Samper.

*Teresa y El reloj de las monjas de San Plácido*, por don Lázaro M. Pérez.

*Pascual Bruno*, por don Leopoldo Arias Vargas, y *Filma*, por don Felipe Pérez.

Ya desde el año de 1849, se había representado, por la compañía de Velabal, el muy aplaudido drama de don José Caicedo Rojas, titulado *Miguel de Cervantes Saavedra*, y anteriormente se pusieron en escena con aplauso: *Gonzalo de Córdoba*, *El conde don Julián*, de don Francisco de Paula Torres, y *Los proscritos conjurados*, de don Rafael Álvarez Lozano.

Esta compañía trabajó con éxito hasta el año de 1858, en que llegó la primera compañía de ópera italiana, compuesta de

las *primas donnas* Rosina Olivieri de Luisia, soprano, y Marietta Pollonio de Mirándola, contralto; Enrique Rossi Guerra, tenor; Jorge Mirándola, bajo, y Eugenio Luisia, barítono. Hizo su estreno con *Romeo y Julieta*, de Bellini, el 27 de junio de dicho año, con gran éxito. Rosina interpretaba la parte de Romeo, produciendo en las mujeres un conflicto psicológico insoluble: ¡todas salieron del teatro completamente enamoradas del héroe veronés interpretado por una mujer! Fue en esa época cuando se introdujo la costumbre de obsequiar a los artistas arrojándoles coronas y ramilletes de flores.

Con esa compañía vino don Guillermo Fruedenthaler, maestro director de orquesta y concertador.

En Santafé era módica la entrada a los espectáculos teatrales: un palco de segunda fila valía 2,40 pesos; uno de primera, \$ 1,60; uno de tercera, cuando no se destinaba para gallinero, \$ 1,20; la entrada general, ¡40 centavos! La compañía de Fournier alzó los precios de los palcos a \$ 4,80; \$ 3,20 y 2 pesos, respectivamente, 40 centavos la entrada y 20 centavos el parque de orquesta; y la de Rosina también elevó los precios de los palcos a 6,40 pesos, sin distinción de filas, para rehabilitar los que en tiempo atrás estaban desacreditados; la entrada a 60 centavos y el parque de orquesta a 40 centavos. ¡Compárense los precios antiguos con los de hoy y se verá cuánto hemos adelantado en prodigalidad!

Otro modo ingenioso de sacar dinero era el empleado en las funciones de beneficio. En la puerta de entrada se armaba un solio, debajo del cual se sentaba el beneficiado, con una mesa al frente y una palangana de plata, para que, al entrar, los concurrentes arrojaran *con estrépito* el dinero que su generosidad les

sugería; las dádivas eran recibidas con aplausos y la *pasada en seco*, con rechifla de los que permanecían en el sitio con el fin de hacer coacción sobre los majaderos.

No podemos pasar en silencio el buen éxito que obtuvo el malogrado Luis Vargas Tejada con las primicias de su ingenio. Compuso e hizo representar los dramas *Aquimín*, *Sugamuxi* y *Doraminta*.

Pero lo que *causó furor*, con justicia, fue el sainete *Las convulsiones*. Parece que por allá en los años de 1820 a 1828 se propagó en Santafé la epidemia de las convulsiones; se notó que sólo atacaba a las muchachas de quince a veintiún años, con la circunstancia agravante de que la enfermedad se recrudecía cuando entraba de visita en la casa algún joven. También tenía el mal otro síntoma en extremo alarmante para las madres, y era que la convulsión terminaba, indefectiblemente, cayendo la enferma en brazos del visitante.

Por lo pronto se imputó a los nervios la causa del mal; pero viendo que no lo remediaba todo el toronjil de las huertas, empezó a creerse que eran *pilatunas* de diablo o cosa parecida: dondequiera que había niña saltona, la *furrusca* era permanente, y ya no alcanzaban los religiosos de los conventos para exorcizar a las que reputaban *posesas*.

El doctor José Joaquín García y José Félix Merizalde, que eran muy perspicaces, lograron descubrir un *sésamo* o remedio eficaz para el acceso; pero momentáneo, pues la enfermedad repetía: bastaba que los médicos pronunciaran la palabra *clister* o *lavativa*, para que la enferma se tranquilizara y recuperara el sentido, porque es tradicional el terror que tienen las mujeres a tan eficaz aplicación.

Pero las cosas continuaban y, lo que era peor, la epidemia tendía a descender de las capas superiores a las inferiores —queremos decir de las *señoritas* a las *criadas*—, y esto era ya tocar a rebato. Fue entonces cuando Vargas Tejada dio a luz su inmortal producción, la que, puesta en escena, dio en tierra con todas las supercherías de las amorosas y cuitadas doncellas.

## ▪ II

Los diversos espectáculos que se daban en el Coliseo o en otros lugares de Santafé, tales como la *maroma*, los *caballitos* y otras variedades, llamaban mucho la atención. Procederemos en orden.

Para las funciones de *maroma* se arreglaba el teatro de manera que en el proscenio se colocaba la *cuerda tesa*, y pendiente del cielo raso, sobre la platea, el columpio; para los *caballitos* se formaba el circo en platea, y el proscenio lo ocupaba el público. Entonces no habían recibido aún los saltimbanquis el título de artistas.

Los *maromeros* se vestían como los antiguos ángeles que se sacaban a lucir en las *octavas de barrio*. Hubo uno, llamado el Gran Pájaro, que producía mal de nervios en quienes le veían arrojarse de uno a otro columpio sobre los espectadores del patio. Del proscenio saltaba a la mitad de la platea por encima de veinticinco soldados que, con los fusiles armados de bayonetas y puestos en pabellones, disparaban cuando pasaba por el aire.

Pero ninguno como el famoso don Florentino Izáziga, natural de Piura, hombre fornido, de talla mediana, *caratoso* y feo como el mismo Lucifer. Hizo su *debut*, como hoy se dice, en la Plaza de Bolívar, en el año de 1847, con una función sin igual

en los anales del funambulismo, acompañado de un indio mejicano llamado Chinchiliano y de otros saltimbanquis, todos a cual más brutos.

En las bocacalles de la plaza se colocaron soldados, para que sólo entraran a gozar de la bella presencia de don Florentino los que pagaran un real de *plata de cruz*, que era la moneda corriente. Del pie de la estatua, atadas a un cabrestante, arrancaban dos cuerdas tesas, paralelas entre sí y a distancia de ochenta centímetros una de otra, hasta la campana más alta de la torre de la Catedral. Por ese verdadero camino del cielo subieron y bajaron, vestidos de peregrinos y cogidos de la mano, don Florentino y Chinchiliano. Luego quitaron una de las cuerdas, y por la que dejaron se arrojó Chinchiliano, montado en un cañuto de guadua, con una banderola roja en cada mano, despidiendo humo a causa del frote producido por la espantosa velocidad con que descendía. Para que no se estrellara al llegar al término de tan vertiginoso descenso, colocaron a trechos sábanas anudadas a la cuerda y sostenidas por varios hombres; pero era tal la rapidez de la caída, que el viajero, las sábanas y los que las tenían fueron a dar, confundidos, sobre la última defensa, que eran unos cuantos colchones puestos en el cabrestante.

Enseguida se colgó don Florentino de los pies, en dos argollas suspendidas de una barra; en esa posición tomó en las manos un cañón de bronce, que se cargó y disparó. Aún tenemos presentes los tumbos que dio nuestro protagonista con el brusco movimiento de oscilación que le imprimió el rechazo del cañón, lo mismo que la multitud de chamuscados por el fagonazo.

Y todavía, como si lo hecho no bastara para dejar bien sentada su reputación de *bárbaro*, ultimó el espectáculo introduciéndose por la boca, hasta el estómago, una espada formada por siete hojas de acero, previa lubricación de ellas con grasa, a fin de facilitar la entrada y salida de tan extraño huésped a las cavernas torácicas.

Mucho tendríamos que decir si describiéramos todas las *atrocidades* que hizo durante su agitada existencia don Florentino, exponiendo la vida por el afán de ganar dinero y divertir al público; pero es lo cierto que ese hombre no sufrió nunca en el cuerpo lesión alguna motivada por las maniobras que ejecutaba. Murió mucho después tranquilamente en su cama, con todos los auxilios espirituales.

La compañía de equitación dirigida por el norteamericano Johnson, en el año de 1849, dio como despedida un espectáculo que fue el acontecimiento de entonces. En el circo que preparó en el Coliseo debía presentarse una calesa tirada por doce gatos con sus respectivos aparejos: al efecto se pidieron prestados en la vecindad los tales cuadrúpedos y de antemano se solazaban los muchachos con la maravilla que se les ofrecía.

Llegado el momento de cumplir la promesa, los ayudantes del equitador trajeron con mil dificultades las respectivas parejas, que, por las muestras que ya daban de furor, permitían vaticinar que la comedia iba a tomar las proporciones de tragedia.

Enganchados los gatos y listos para partir, subió míster Johnson al vehículo, y, lo mismo que hoy hacen nuestros cocheros, empezó a atizarles unos cuantos latigazos, ¡y aquí fue Troya! *Los michicos*, que probablemente sabían que «un gato acosado



se vuelve tigre», se esponjaron terriblemente, dando bufidos y resoplidos de indignación; acometieron a arañazos y mordiscos a su cruel verdugo, volcando la calesa y haciéndole pedazos el vestido de mallas de seda. El yanqui juraba y blasfemaba en inglés, pidiendo auxilio contra sus feroces enemigos, que al fin pudieron zafarse de los arneses que los retenían, saltando, sobre los espectadores, que literalmente reventaban de risa. No ha llegado a nuestra noticia otra diversión en que figuren como actores los atrabiliarios *misifúes*.

\* \* \*

Siguiendo la costumbre de los pirotécnicos que dejan el trueno grande para lo último, daremos cuenta de la atrevida y temeraria ascensión aerostática llevada a cabo por el argentino José Antonio Flórez en el año de 1845.

Reunidos los mil pesos exigidos por el aeronauta, preparó su obra en el edificio del colegio de Nuestra Señora del Rosario; dio entrada en los corredores altos a los contribuyentes, y en el patio y corredores bajos, a los que pagaban *un real*.

El globo era hecho de fajas blancas y rojas de *bogotana*; la boca la formaba un aro de hierro de dieciséis metros de circunferencia y se inflamaba por medio de humo caliente, producido por la combustión de leña y tamo. Para mantener el calor e impulsar la subida se le ponía, suspendida del aro, con cadenas, una *canastilla* de planchas de hierro, llena de trementina, brea y sebo con mechas. Del aro pendía también la estrecha *barquilla de cañas*, suspendida con cuerdas y adornada de dos banderas tricolores enastadas. El globo inflamado se alcanzaba

a ver desde la calle, y apenas eran suficientes veinte hombres para sujetarlo.

Terminados los preparativos se presentó Flórez con pañuelo blanco en la mano, vestido con sombrero de pelo gris, levita de color azul turquí, abrochada, pantalones color de perla, y borceguíes de charol. Se introdujo en la barquilla, se asió con la mano izquierda a una de las cuerdas, y con voz firme dijo: «¡Suelten!».

El monstruo partió como un cohete derribando de paso el alar del tejado, en el ángulo noroeste del edificio, y descalabrando a aquellos cuya mala estrella había colocado al pie del siniestro. La muchedumbre que ocupaba la parte baja del edificio se precipitó sobre la puerta para salir a la calle; pero como sólo estaba abierto el postigo, se formó allí aglomeración de personas de ambos sexos, que se estrujaron sin misericordia, a fin de conseguir, a lo menos, salir de ese dédalo en que se habían metido; hubo gente que se quedó en *cueros*, y los más perdieron los sombreros, la capa, la mantilla o alguna otra prenda del vestido.

Los *orejones* de la sabana, que habían venido a ver la ascensión, recorrían las calles a escape, atropellando a todo el mundo para seguir la ruta caprichosa que tomaba el globo; los de a pie corrían en distintas direcciones, y hasta los balcones y tejados de las casas estaban atestados de curiosos. Si en ese momento hubiera llegado a la ciudad algún *viajero científico* habría escrito en sus apuntes: *Santafé es un manicomio de América*.

Entretanto, el globo recorría majestuoso los ámbitos del cielo, enseñando sus entrañas de fuego, cuyas llamas lamían la tela de donde pendía la vida de un hombre: Flórez, en pie,

saludaba con su pañuelo blanco a la ciudad, que en esos supremos instantes tenía fijas en él todas las miradas.

Al salir, el globo se dirigió hacia la plazuela de San Francisco; pero en breves instantes, y siempre elevándose, tomó la ruta del Boquerón, entre Monserrate y Guadalupe; en esa posición permaneció estacionario por algún tiempo, y ese fue el momento de mayor angustia para la multitud.

A la altura a que se hallaba el globo, apenas se distinguía al aeronauta. Este arrojó una de las banderas, ¡y todos creyeron que era él que se había desprendido! La impresión de curiosidad y asombro que dominaba a los espectadores se cambió por el horror y lástima; todas las mujeres lloraban y gritaban; de los campanarios, repletos de sacerdotes y religiosos, se enviaban absoluciones a voz en cuello, y no faltaba quien le echara la culpa de la muerte de ese hombre a la autoridad, que había permitido semejante acto de temeridad.

El globo empezó a descender, y entonces pudo verse al atrevido argentino que desprendía un lado de la barquilla y se descolgaba por una cuerda amarrada a la misma, a fin de tocar tierra antes que el globo, el cual se dirigió a las torres de la Catedral, chorreando lamparones encendidos, de los que no podía defenderse el *navegante*, y al fin cayó sobre el edificio del hospital de San Juan de Dios, en la parte situada en la calle de San Miguel.

Flórez alcanzó a retirarse antes que le cayera encima esa mole de hierro y fuego; pero al chocar la *canastilla* con el tejado, se derramó el líquido de encendido que contenía y corrió por las canales en forma de lava, que, al caer, quemó a los muchos curiosos que estaban en la calle, y puso al mismo tiempo en gran peligro al hospital.

La llegada de tan extraños huéspedes produjo en aquella casa de beneficencia el más atroz pánico, porque se esparció la voz de que el edificio ardía por los cuatro costados: los enfermos, en camisa, corrían de una parte a otra pidiendo misericordia, pues ya se daban por muertos; y en aquella Torre de Babel, el único que tuvo juicio fue el padre hospitalario fray Mariano Vargas, a quien, por ser loco, no le cobijó la ley que suprimió los conventos menores. Se paseaba tranquilamente por los claustros, frotándose las manos y diciendo a los que se le arribaban: «¡Carnestolendas! ¡Carnestolendas!».

Las consecuencias de esa *diversioncita* fueron para Santafé de más significación que la entrada de Los guascas en Bogotá; pero como todo está compensado, los estragos que especialmente afectaron a la gente de faldas, tuvieron su *contra-fómeque* en el aumento prematuro de la población.

Poco tiempo después hizo aquel *gaucho* otra ascensión en la plazuela de San Victorino, en las mismas condiciones que la primera, y fue a caer en la quinta de La Floresta abajo de la antigua Alameda por donde los *orejones* lo trajeron a caballo en triunfo hasta la ciudad.

Pero «tanto va el cántaro al agua hasta que por fin se rompe»; aquel temerario terminó sus aventuras, en un descenso que hizo en Guatemala, en menos tiempo del que quisiera. Como tenía que suceder algún día, se le incendió el globo a quinientos metros de altura y cayó el desgraciado sobre unas rocas, de donde lo recogieron con *garlancha*, para poderlo echar a la sepultura.

En el año de 1850 apareció un venezolano de apellido Parpacén y ofreció ascender en globo alimentado por fuego, mediante el pago de 1.000 pesos.

Se reunió el dinero, y el globo se infló en el sitio que hoy ocupa el anfiteatro anatómico en el hospital; pero al tiempo de subir le dio canillera al aeronauta, quien, pretextando una *necesidad*, «puso pies en polvorosa» y no paró hasta que llegó a Honda, en donde se echó río abajo en el primer champán que encontró. Hasta hoy lo esperan los espectadores, chasqueados, como los judíos al Mesías.

En los tiempos modernos hizo en esta ciudad varias ascensiones en globo de percal, protegido por malla de cáñamo, inflado con aire caliente, sin canastilla y sentado en un trapicio, el intrépido Antonio Guerrero. Admiraba la serenidad de aquel hombre, que hacía *planchas*, *molinetes* y mil diabluras más en el espacio, sin tomar precaución alguna para el caso de accidente. Tal ha sido la historia de la navegación aérea en esta ciudad.

Se nos olvidaba mencionar la compañía inglesa de equitación, que fue la segunda que vino a Santafé, en el año de 1843, pues ya había visto la famosa compañía del mismo género que trajo, en 1833, míster Johnson. Se componía de dos caballitos negros, bellísimos, sobre los cuales hacían equitación dos grandes *monos* africanos; dos camellos, que corrían en el circo, y un enorme elefante, que era, como todos los de su especie, muy inteligente y benévolo. En los colmillos le ponían un aditamento en que se acostaba el director e introducía la cabeza en la boca del elefante. Lo hacía echar por tierra para que se le subieran tantos como le cabían desde la cabeza a la raíz de la cola; pero, al levantarse, todos rodaban, y entonces el siamés les hacía cosquillas con la trompa y se veía lo que gozaba con la impresión de terror que producían sus cariños de *lienzo gordo*.

En el ramo de cubileteros (hoy prestidigitadores) hemos visto cosas muy buenas, aunque no han faltado escamoteadores que se han reído a costa de los bolsillos de los santafereños y bogotanos.

En cierta ocasión vino una francesita que lucía las habilidades de un *perro sabio*, que era un *can* blanco, lanudo y con el pelo recortado. La *madama* aparecía en el proscenio vestida con traje fantástico y con una varita mágica en la mano. Llamaba al perro, que saltaba sobre una mesa en que había flores y una baraja extendida que sólo podía ver la prestidigitadora. Así las cosas, decía al perro, en español afrancesado: «Muestra *clavelo* blanco, muestra *clavelo* rojo; muestra *as oros*, muestra *as copas*». Cansado el público con tanta *muestra*, resolvió terminar la función con una salva de panelitas de leche de las que vendían en una cantina en el teatro; al día siguiente la Policía obligó a la *gabacha* a que pagara ocho pesos que valían las panelas expropiadas a la cantinera por el respetable público, fundándose en que «el que es causa de la causa, es causa de lo causado».

En 1842 llegó a esta ciudad el célebre prestidigitador equilibrista míster Phillips y su *presunta esposa*, bellísima mujer; trajo aparatos y útiles adecuados para sus funciones, que eran brillantes. Gozó de gran favor entre el público sensato por las maravillas que ejecutaba, pero entre el vulgo se aseguraba que tenía pacto con el diablo; de seguro lo habrían quemado vivo si hubieran logrado apoderarse de él.

### ▪ III

Como dijimos anteriormente, la compañía de Rosina fue la primera que nos hizo comprender el mérito de la ópera italiana.

Después de *Romeo y Julieta* puso en escena a *Norma*, *Lucrecia Borgia*, *Lucía de Lammermoor*, *Marino Faliero*, *Hija del Regimiento*, *Hernani*, *Atila*, *Barbero de Sevilla*, *Macbeth* y *María de Rohan*; *Hernani* y *Macbeth* no gustaron.

En el año de 1863 volvía Rosina con otra compañía de ópera; pero la sorprendió la muerte en Honda, hecho que produjo penosa sensación en esta ciudad, porque esa notable artista gozó del cariño y simpatías de todas las clases sociales. Para reemplazar a Rosina, los señores Luisia y Rossi Guerra hicieron venir, en el año de 1864, dos actrices de Italia; Assunta Masseti y Luisa Visoni; ambas eran tipos de belleza, pero la primera era un muchacha de 22 años, traviesa y en extremo simpática. A decir verdad, excepto en la *Traviata*, que interpretaba admirablemente, era una mediana *prima donna* a la que todo se le perdonaba por el encanto de su persona. En esa temporada se pusieron en escena las siguientes óperas, nuevas para Bogotá: *Los dos Foscari*, *Elíxir de amor*, *Gemma de Vérgy*, *Masnadieri* y *Belisario*. Pero la ejecución de estas óperas y de las otras que dieron no fue satisfactoria, porque el tenor Rossi y el barítono Luisia estaban ya gastados y empobrecidos de voz. Ambos murieron más tarde en esta ciudad, en extrema miseria.

Algún tiempo después se formó otra compañía compuesta de la señorita Eugenia Bellini, bella muchacha de dieciocho años: de sus padres y de los señores Oreste Sindici, tenor, y Egisto Petrilli, barítono, ambos jóvenes y de voces excelentes. Pusieron en escena, como óperas desconocidas en esta ciudad: *La sonámbula*, *Rigoletto*, *Baile de máscaras*, *Don Pascual*, *Luisa Miller*, y *El juramento*. También llegó en la misma época la compañía de que hacía parte doña Matilde Cavalletti, el tenor Octavio

Tirado y Compagnoli; pusieron en escena como nuevas *Los lombardos*, *La favorita* y *Los mártires*.

La compañía de la señora Marina Barberi de Thiolier, *prima donna*; de su esposo, bajo, de Baratini, bajo bufo, y de los restos de las compañías anteriores, cantó en Bogotá, en 1876, por primera vez, *Linda de Chamounix* y *Crispino y la comadre*.

Hasta el año de 1874, ocho años después, no vino la compañía de ópera italiana, que con fondos particulares se hizo venir de Europa. Consta de la Fiorellini, *prima donna*; la Forlivesi, contralto; Colucci, que es el mejor tenor que ha venido al país; Succi, barítono, y Pelleti, bajo. También vinieron cinco músicos, entre quienes se contaban el señor Mancini, contrabajo, Emilio Conti, Francisco Giglioli y Bounafede Petini, solista de trombón.

Entonces se oyeron por primera vez *Yone*, *Ruy Blas*, *Marta* y *Ester*, esta última del colombiano José María Ponce de León. Después de esta compañía volvió Petrilli con la Pocoleri, las hermanas D'Aponte, el tenor Pongeggi, el bajo De Santis y otros artistas más que medianos; puso en escena el *Fausto*, de Gounod, pero tan mal interpretado, que no agradó. Después vino la señorita Emilia Benic, quien con algunos artistas que se quedaron en esta ciudad, y con el colombiano Epifanio Garay, pusieron en escena, con grande éxito, *La florinda* del maestro Ponce de León.

La mala situación política del país alejó a los artistas hasta el año de 1894, en que trajo don Francisco Zenardo, empresario del Teatro Municipal, la compañía que inauguró este edificio con *Hernani*. Durante la temporada de seis meses, sólo dieron como nuevas para Bogotá, las óperas *Aida* y *Guaraní*. El personal era de condiciones medianas en el arte; pero la Poli y la Sartini,



que sí era artista, interpretaban bien, la primera a *Aida*, y la última, entre otras, a *Leonor*, en *La favorita*. Fue entonces cuando se oyó el arpa, por primera vez, haciendo parte de la orquesta.

En el mes de julio de este año empezó sus trabajos la compañía lírica mejor organizada y más completa que hemos oído en nuestro teatro. Se componía de los siguientes artistas: Rosina Aymo, *prima donna* absoluta, soprano dramático; Anina Orlandi, contralto; Alaira Panzini, soprano ligero; Cristina Iprignoli, comprimaria; Arnaldo Ravagli, tenor; Aquiles Alberti, barítono; Ezio Fucilli, bajo; Pedro Osti, tenor secundario; Pedro Bugamelli, barítono secundario; Luis Bergami, bajo bufo; Felipe Benincore y Adolfo Magni, *partiquinos*; Fernando Manzini y Augusto Azzali, directores de orquesta, y los coristas de ambos sexos.

Nos dieron a conocer a *Carmen*, *La fuerza del destino*, *Hugonotes*, *Gioconda* y *Caballería rusticana*.

Como habrá notado el lector que haya tenido la paciencia de seguirnos en estos bosquejos, si se exceptúan las óperas *Fausto*, *Carmen* y *Marta* de la escuela francesa, y *Hugonotes*, de la alemana, todas las otras pertenecen a la escuela italiana, siendo esta, a nuestra manera de ver, la causa de que el público se hastíe de espectáculos que, sin disputa, son los más brillantes y amenos.

Hay que empezar, como hace cuarenta años, por formar y educar el gusto; pero si sólo se presentan obras de un mismo género, sin dejar campo para establecer comparaciones, y más que todo, sin poner de manifiesto las inmensas bellezas de la música clásica de otras escuelas, sucederá lo que a un cocinero que presentara preparados los mejores manjares a tarde y a mañana, todos los días del año, con una sola sustancia alimenticia: empalagaría y estragaría el gusto.

Para terminar haremos mención de la compañía mimoplástica de Keller, polaco, con la cual sorprendió y divirtió a Bogotá, en el año de 1863. La formaban su hija Agustina, preciosa muchacha de dieciocho años; Manuela Vergani, francesa; dos jóvenes hermanos, norteamericanos, y algunos nacionales. Los cuadros causaron verdadera admiración, no sólo por la completa semejanza con los originales, cuanto porque los iluminaba por la combustión del magnesio, que produce los efectos de la luz eléctrica.

Entre los cuadros profanos se contaban: *El triunfo de Galatea*, *La lluvia de oro*, *El rapto de las Sabinas*, *Tetis conduciendo la armadura de Aquiles*; y entre los religiosos, *Caín y Abel*, *Jesús bendiciendo a los niños*, *La mujer adúltera*, *El pasmo de Sicilia*, *La cena de Leonardo da Vinci*, y *El último suspiro del Salvador*. Produjo este último un sentimiento indefinible de piedad; pero la autoridad eclesiástica lo censuró por ser lugar profano donde se exhibía el misterio de la Redención. Las funciones se amenizaban con baile y pantomima, que dejaban en los concurrentes gratas impresiones.

Y como el espectáculo era fácil en su preparación, porque los personajes eran mudos, pronto se aclimató en nuestra sociedad hasta ponerse *de moda*: rara fue la casa en donde no se dieron cuadros mimoplásticos en que servían de actores bellas señoritas, formándose así núcleos de agradables reuniones de familia, que dieron fin a la división causada en nuestra sociedad doméstica por la agitada política de esa época.

Concluiremos haciendo votos porque eche raíces en Bogotá la costumbre de asistir al teatro, no sólo entre la gente acomodada, sino también en la clase obrera, para que tenga lecciones objetivas de cultura y se aleje de las tabernas que devoran

la salud y el ahorro; pero para esto es indispensable que los empresarios de teatro hagan algo en beneficio de la última.



## ▪ FIESTAS RELIGIOSAS

### ▪ I

Adorar a Dios, en espíritu y en verdad, fue la enseñanza propuesta por Las Casas a los indígenas idólatras que poblaban estas comarcas. Fácil fue la tarea de los misioneros en lo que tenía relación con los asuntos exteriores del culto cristiano, ora por lo sublime al par que por las sencillas doctrinas que la nueva religión les enseñaban; ora por el cambio de objetos materiales que servían para hacerles perceptibles, en lo posible, los dogmas y misterios del catolicismo.

En efecto, las imágenes del Hombre-Dios crucificado y muerto por redimir a la humanidad decaída, y la de la incomparable Virgen, de quien nació el esperado Salvador, causaron en los sencillos naturales el efecto de la luz en quien sale de las tinieblas —los deslumbró— y como consecuencia lógica, cayeron en desuso el sinnúmero de *tunjos*, amuletos e ídolos que veneraban.

Pero no sucedió lo mismo al tratar de quitarles las preocupaciones que los dominaban, especialmente las que tenían

relación con el culto de los muertos, los hechizos y maleficios, siendo de notarse que estas ideas subieron de los indios a la clase acomodada y aún más arriba, probablemente por el fenómeno social que en el nuevo continente sólo se ha observado en Colombia y Venezuela, de que no hay antagonismo de razas, causa a que atribuye un distinguido publicista la notable inteligencia de nuestra población. No destruimos a nuestros indios, como se hizo en otras partes, sino que nos los asimilamos; y aunque muchos se avergüencen de llevar en sus venas sangre de los aborígenes, deben consolarse de tal preocupación, teniendo en cuenta lo que decía el caballeroso Pancho Torres, de feliz memoria: «¡Aquí no hay más noble que yo, porque soy indio puro!».

Santafé era muy piadosa; pero se resentía de las creencias supersticiosas o *agüeros* que de tiempo atrás, y sin saberse cómo, se habían inoculado en todas las clases sociales. ¿Se exigía un milagro a San Antonio de Padua? Se le quitaba el Niño Dios, o se sumergía al santo en la tinaja llena de agua hasta que concediera lo que se deseaba; y si ni aun así hacía caso, se relegaba la imagen al *cuarto de trastos*. Si después de hecha la novena a Nuestra Señora de los Dolores, no se conseguía lo que se deseaba alcanzar, le ponían en la cabeza la corona de espinas del crucifijo; y si San Francisco de Asís no concedía pronto lo que se le pedía, aunque fuera un novio joven, hermoso, rico y formal para alguna cuarentona, lo despojaban del cordón.

Esto, en lo que dice relación con el culto privado, porque en algunas iglesias se contaban maravillas.

En la de San Agustín había dos cuadros con las siguientes originalísimas inscripciones: «Verdaderamente fue virgen

admirable nuestra Madre Santa Mónica, la cual con sus innumerables partos para el cielo y para el mundo, dio a luz al Fénix del amor, nuestro gran Padre San Agustín», y «San Quintín, abogado del mal de orina». En La Veracruz hay aún un cuadrito que tiene la siguiente inscripción: «San Peregrino de Lacioso, peregrino en milagros, es especial en sanar piernas y feliz en partos dificultosos».

En la de San Juan de Dios existía un San Cayetano, *tan indecentemente indecente*, que no podemos describirlo por respeto a los lectores de estas crónicas; pero sí mencionaremos una pintura en que aparecen los diablos jugando a la pelota con San Juan de Dios.

En el antiguo convento de Santo Domingo había un cuadro en que se veía a este santo escribiendo a la luz de un cabo de vela que sostenía el demonio en la punta de los dedos para no arderse. De la boca del último salía un letrero que decía: «¡Que me quemó, Domingo!». Y de la del santo, este otro: «¡Quémate, diablo!».

## ▪ II

Don Juan Antonio de Velasco, natural de Popayán, sentó plaza de soldado en las filas republicanas que al mando del general Nariño fueron derrotadas y hechas prisioneras en el Ejido de Pasto, en el año de 1814. Cayó prisionero y por lo pronto lo condenaron a ser pasado por las armas; pero habiendo sabido el jefe español que Velasco era músico, resolvió destinarlo al ejército realista, y al efecto lo envió amarrado hasta Quito, de donde lo *empuntaron* para el Perú en calidad de soldado raso.

Apenas se le presentó coyuntura favorable, se incorporó en el ejército colombiano y se encontró, entre muchas otras, en las batallas de Junín y de Ayacucho. De esto sólo tuvo por recompensa la medalla de oro con el relieve del Libertador.

En medio del piélagos de trabajos en que se hallaba aquel desdichado, ofreció a la Virgen hacerle todos los años, durante su vida, la novena y fiesta en la advocación de los Dolores: tal fue el origen de una de las funciones religiosas que con más pompa se celebraban en Santafé.

Velasco era muy pobre y vivía con lo que le producía la profesión de músico, que siempre fue *aperreada* entre nosotros. Con los ahorros de todo el año juntaba para hacer frente a los gastos de la fiesta. La persona que supiera cantar o tocar algún instrumento, era convidado, y las flores del barrio de La Candelaria, iglesia donde cumplía el voto, se las llevaban por brazadas: tenía ornamentos y adornos para no molestar con préstamos, porque era hombre muy delicado.

A las siete de la mañana echaban a vuelo las campanas de la iglesia y empezaba la novena con una obertura a grande orquesta: se cantaba en cada día una estrofa del *Stabat Mater* de Rossini; pero en el quinto, correspondía a Velasco la conocida con el nombre de *Pro peccatis*, para barítono, que era su voz. El día de la fiesta transformaba el templo, ayudado por las señoras y los excelentes religiosos del convento; la música que se ejecutaba era, con mucho, superior a la que después se ha hecho oír en nuestros templos, porque se habría considerado como una verdadera profanación tocar, como se hace en Bogotá, trozos de música profana o derivada de la misma, con el nombre postizo de misas, himnos, etcétera. En aquellos tiempos tuvimos la fortuna de conocer,



bien interpretada, la música religiosa que hizo inmortales a Pergoleso, Mozart, Beethoven, Haydn, Rossini y muchos más que en la actualidad yacen en olvido para vergüenza nuestra.

Velasco, usaba toda la barba, la que le daba marcado aspecto de judío: vestía durante el año chaqueta y pantalones de pana, sombrero de jipijapa con funda de hule amarillo, capa de paño de San Fernando con cuello de piel de lobo, y corbata de color de canario; pero el día de la fiesta se presentaba acicalado y como renovado. Todo en él revelaba al militar veterano de nuestros tiempos heroicos. En la misa solemne predicaba orador distinguido y el arzobispo daba la bendición. A los músicos los festejaba, después de la ceremonia, con un ambigú.

Andando los tiempos, Velasco empobreció más y más, y por último, le atacó la cruel enfermedad de que murió en el año de 1859. A pesar de su miseria, cumplió hasta el fin con su voto. Algunos días antes de la novena que debía celebrar en dicho año, fue su amigo don Manuel A. Cordobés a visitarlo, y al verlo le dijo, mostrándole la medalla del Libertador: «¡Vea usted todo mi haber! Creí que con ella me enterrarían; pero las exigencias de Nuestra Señora de los Dolores me obligan a venderla para hacerle la última fiesta. Ahí les dejo mi *zancarrón* que quieran o no tendrán que enterrar, so pena de que los apeste».

El *quinto día* de la novena, a las siete y media de la mañana, hora en que cantaba el *Pro peccatis*, ¡dio el último suspiro! Los padres candelarios cumplieron, con el cadáver de Velasco, el precepto de enterrar a los muertos.

Tal fue el fin de uno de nuestros próceres de la Independencia y del maestro que, el primero, difundió en Santafé el gusto por la música, enseñándola a toda una generación.

### ▪ III

Las fiestas religiosas más notables de Santafé eran, sin disputa, la del Corpus, en la Catedral, y las octavas en los barrios de Las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino, únicos que existían entonces.

La fiesta del Corpus empezaba por repiques de campanas a las doce del día de la víspera, en todas las iglesias, y gran quema de cohetones en la plaza principal.

Como entonces había mercado permanente en la misma plaza, vivían allí todos los perros sin dueño conocido; pero al zumbido del primer cohete tenía lugar un fenómeno graciosísimo: los perros corrían locos de terror, sin reponerse del susto hasta llegar a los ríos Fucha o del Arzobispo, y eran reemplazados por los muchachos de la ciudad, que acudían presurosos, atraídos por el ruido y los repiques.

A las ocho de la noche se quemaban fuegos artificiales costeados por la Municipalidad y se ponían *luminarias* en todas las casas. Las torres de la Catedral, lo mismo que las de la capilla del Sagrario, se adornaban con candiles encendidos, colocados en todas las cornisas.

El día del Corpus aparecían preparados por los gremios de artesanos los cuatro altares de *rúbrica*, situados en las bocacalles de La enseñanza; La rosa blanca, Puente de San Francisco y segunda calle Real. Las casas comprendidas en este trayecto se adornaban con colchas o colgaduras de muselina, zaraza o damasco, y en las puertas y brancas de las tiendas se colgaban todos los *cachivaches* disponibles en las localidades ocupadas por los tenderos o *mercachifles*.

A cada media cuadra se levantaba un arco vestido de *bogotana*, percal o *pichincha*, terminado en custodia, cáliz o alguna

otra figura alegórica de cartón pintado al temple. Las bocacalles se cubrían con *bosques*, palabra que, traducida al lenguaje santafereño, quiere decir títeres o *fantoches*. Esos eran los lugares escogidos para echar sátiras a los mandones o a los acontecimientos que merecieran censura, exhibiéndolos del modo más ridículo posible. Recordamos uno en que unos *guardas de un estanco de aguardiente* saqueaban la casa de un pobre, llevándose como contrabando las camas, los pocos muebles y las hijas de la víctima. En otro pusieron un montón de aguacates (*curas*) llenos de moscas pegadas, con el siguiente letrero: «¡*Qué mosquera, pobres curas!*». Otro hubo en que figuraban los rematadores casas de bienes eclesiásticos, llevando en las manos los conventos, casas y otros edificios. Al pie se leía esta inscripción: «*Llevamos las manos muertas de frío*».

La tropa se extendía en dobles hileras en las calles que recorría la procesión y, al pasar la Divina Majestad frente a la bandera, se batía y extendía esta para que el arzobispo pasara por sobre ella con el Santísimo.

A las diez de la mañana empezaba el desfile de la procesión en el orden siguiente:

Las *cuadrillas* de los indios de Suba, Fontibón y Bosa, vestidos con pañuelo rojo amarrado en la cabeza, camisa de lienzo y calzón corto (*culote*) de manta azul, danzando al son de pífano y tambor, llevando un palito en cada mano para golpearlos unos contra otros y hacer más vistosas las figuras. Esas danzas debieron servir de modelo a Vázquez Ceballos para pintar el cuadro que representa a David bailando delante del Arca, existente en la capilla del Sagrario; luego los carros alegóricos, tomados de los pasajes del Antiguo Testamento, y tirados por

robustos mozos disfrazados de turcos; se elegía a los niños más hermosos y se los vestía con trajes y joyas valiosísimas. Aún recordamos, entre muchas, la alegoría de la República protegida por la Religión, acompañada de la Fe, la Esperanza y la Caridad; en pos de los carros, las *cruces altas* y ciriales de las parroquias y otras iglesias; las personas que iban alumbrando, en dos alas; los seminaristas y el clero. En el centro, las imágenes de Santa Ana, que enseña a leer a Nuestra Señora, San Joaquín, la Concepción, San Victorino, vestido de pontifical, San Pedro y San Roque, llevados en andas. Los levitas con el Arca, los ancianos y los reyes de Judá, representados por niños de uno y otro sexo, con barbas postizas de algodón bien escarmenado.

Las ninfas, ricamente vestidas, marchaban regando flores delante del palio.

El palio, llevado por sacerdotes revestidos y, debajo, el arzobispo con la custodia, rodeado del capítulo metropolitano, con ricas capas magnas.

El presidente de la República, acompañado de los ministros de Estado y de los altos funcionarios civiles y militares, con brillantes uniformes. Desde el general Santander hasta Obando, asistieron los presidentes a solemnizar esas procesiones.

De todos los balcones caía inagotable lluvia de flores, y al concluir la estación, en cada altar se quemaban fuegos artificiales.

Después de la procesión se llevaba a los niños que habían figurado en ella a disfrutar del *convite* (*lunch*) que se les preparaba en el palacio arzobispal, y enseguida paseaban por todas partes y se los festejaba como si realmente fueran los personajes que representaban.

Mientras tanto, se divertía la gente devorando los bizcochos, dulces y *guarrús*, que eran las viandas de ordenanza para esas funciones, amén de las *frutas acarameladas*, *maní*, *aljófar*, *merenguitos*, *avisperos* y otras golosinas de gusto no muy refinado. En las casas situadas en las calles por donde pasaba la procesión se obsequiaba a las personas invitadas con *onces* suntuosas, y en algunas se aprovechaba la oportunidad para armar por la noche la *tertulia* o baile improvisado.

El octavario continuaba en la Catedral con gran pompa hasta el jueves siguiente, en que tenía lugar la misma procesión por los alrededores de la plaza, previos fuegos artificiales de la víspera y era todo, *mutatis mutandi*, igual a lo del Corpus. En una ocasión quedó enredada la tiara de San Pedro en los flecos de un arco, y en el acto la gente *agorera* pronosticó próxima persecución a la Iglesia, lo que desgraciadamente se confirmó con la fuga que se vio obligado a emprender Pío IX, de Roma a Gaeta, en el año de 1848.

#### ▪ IV

Luego venían las octavas de los barrios, empezando por el de Las Nieves que es la parroquia más antigua de Santafé. Baste a nuestro propósito la descripción de lo que pasaba en aquel entonces *tenebroso arrabal* para dar idea a la actual generación de los sucesos que constituían antaño el ramo de diversiones más apetecidas y populares.

Al aproximarse la fiesta se advertía movimiento desusado en aquellas regiones, producido por el *resane* y blanqueamiento de las casas, en que se notaba que los artífices no pecaban por

habilidad en el oficio, porque, por lo general, quedaba más blanco el suelo que las paredes; se *retocaban* los letreros de las ventas y chicherías, y en algunas localidades se pintaban con colores de tierra portadas que remedaban festones con tendencia a imitar labores arquitectónicas, flores, monstruos o alguna escena de costumbres populares por el afamado pintor al temple, el bobo Rosas.

Para comprender nuestra relación debe saberse que en aquella época todas las casa del barrio carecían de alar, las puertas y ventanas eran contemporáneas del conquistador de los muiscas; no existía camellón, sino un tremendo y desigual empedrado con altibajos, y de oriente a occidente se desprendían tres quebradas, que fueron, ya no son, las que pasaban por *tres puentes* de cal y canto, que son el origen del nombre que lleva aún ese sitio de la ciudad.

En la víspera de la octava se colocaban en puertas y ventanas faroles de papel de colores, de los llamados *intestinos*, o linternas habilitadas de guardabrisas con sus correspondientes cabos de vela de sebo. En la plazuela se encendían hogueras de *frailejón*, y dondequiera que había garito, venta o chichería, se colgaban faroles cuadrados, forrados en género transparente, con que se anunciaban las comodidades que reportaría a los concurrentes la entrada a esas *casas de beneficencia*.

Desde la iglesia de la Tercera se empezaba a gozar de los perfumes y vapores de aquel barrio en verdadera combustión: los *ajiacos*, *empanadas*, *longanizas*, *morcillas*, *cuchucos*, *rostros de cordero*, *papas chorreadas*, *chicharrones*, *tamales*, *bollos de quiche*, *encurtidos de la tierra*, *chicha*, *pollos a la funerala*, pólvora, aguardiente y trementina, etcétera, etcétera, etcétera; con todo lo demás

que no podemos referir enviaban sus partículas o moléculas en dulce e inalterable consorcio a las narices de aquella concurrencia de toda edad, sexo y condición que se metía en aquel *remolino de Honda*.

A las ocho de la noche empezaban los fuegos artificiales con un cohete de doce truenos y unas cuantas culebrillas que descendían caprichosamente; en el acto respondían mil silbidos agudísimos de los muchachos, con los gritos y llantos de los asustadizos niños que enviaban las madres con las criadas a gozar de aquellas diversiones. La banda de música rompía con el *bambuco* o *torbellino*, y así seguía la quema hasta que, entre las nueve o diez de la noche, se retiraban todos a buen dormir, a fin de quedar dispuestos y hábiles para los espectáculos y faenas de los días siguientes.

Amanecía el día deseado y era de verse el movimiento febril de las gentes: se trasteaba de las casas y tiendas con todo lo que constituía el guardarropa, para que pasara a funcionar como objeto de adorno sobre las puertas y ventanas, sin que de aquella revolución escaparan sino los colchones y almohadas de las camas.

Con los cuadros y láminas de todos colores, clases y tamaños se cubrían las paredes, sin cuidarse de las reglas de simetría y congruencia que debieran tenerse presentes en cales casos. Esto daba lugar a que se vieran los mayores contrasentidos en tan originales consorcios. Junto a la impresión de las llagas de San Francisco se veía a Mazzepa (desnudo), amarrado sobre el potro bravío; el éxtasis de Santa Teresa junto a Eloísa y Abelardo; las almas benditas del purgatorio con la manteada de Sancho Panza, y así todo lo demás. Recordamos que por la

calle de Las Béjares se veían varios cuadros que representaban la historia de Hércules y las Danaides, mezclados con otros alusivos a la muerte del *Justo y el pecador*, ¡y alguno de Napoleón en Santa Elena!

Los arcos, altares y bosques arreglados a imitación de los que habían figurado en el Corpus, pero adornados con flores de *borrachero*, *borlas de San Pedro*, *arrayanes*, *retama* y otros afines.

En la plazuela se preparaba el *Paraíso*, que era el purgatorio de Adán y Eva, figurado por dos muchachos medio desnudos y ataviados con vestidos de plumas, semejantes a los que usaban los indios. Con arbustos se formaba una imitación de parque, cercado con festones de laurel. Allí yacían todo el día, para encanto de los mirones, los animales raros, como *cafuches*, *armadillos*, *borugos*, *venados*, *buitres*, *tigrillos*, *micos* y *loros*; la serpiente tentadora era una tripa de res soplada, con cabeza de dragón mordiendo la manzana. A veces figuraba una gran ballena en seco, hecha con armazón de *chusques*, forrados en papel pintado de negro y ojos hechos de asiento de botella.

Desde la diez de la mañana empezaban a circular los *mata-chines*, que eran hombres disfrazados de danzantes, precedidos del negro Simón Espejo, vestido de casacón de paño rojo galoneado de plata, gran sombrero de tres picos y botas altas, y de dos muchachos que figuraban diablos, con vejigas infladas, suspendidas de cuerdas atadas con una vara, con que repartían sonoros golpes a todos los que encontraban. Llevaban música, consistente en tambora, dos violines gangosos y pandereta, y marchaban al compás riguroso de *seis por ocho*. Allí donde tenían sus compadres o pretendidas, se detenían para bailar la *contradanza*, o para hacer y deshacer, bailando la *trenza* alrededor



de un asta de la cual pendían tantas cintas de colores cuantos eran los *matachos*. Concluida la danza, recibían los aplausos y felicitaciones del pueblo y «se iban con la música a otra parte».

La procesión tenía lugar por la tarde, en perfecto orden: llevaba el *guión* el alférez designado por el párroco, con las nin-fas y *carros alegóricos* de estilo, y detrás del palio, debajo del cual se llevaba la Majestad, seguían la música y cantores más originales del mundo. El violonchelo, llevado por uno y tocado por otro; los violines, recorriendo caprichosamente el diapason en todos los tonos y variedades concebibles; un oficleido, dando bufidos a su antojo, y los cantores, amoratados, con voces de garganta y apenas entreabierta la boca para cantar con los dientes apretados.

Un extranjero que presenció en cierta ocasión esa escena dijo, al verlos, que era mucha crueldad obligar a esos desgraciados a que «lloraran cantando».

Por la noche el barrio era un encanto, aun en los sitios más recónditos. Se armaban bailes y parrandas en casi todas las casas donde había sílfides, al compás de guitarras y bandolas, y por las calles circulaban en grupos de hombres *algo sospechosos*, con garrotes y tiple en mano, seguidos de las *maritornes* respectivas, todos tan quisquillosos que, por el «dácame esas pajas», se machucaban sin piedad. ¡Ay del que pasara junto a ellos y tuviera la desgracia de no darles la acera!

Desde las nueve en adelante era peligrosísimo, por no decir una temeridad, meterse en ese avispero, porque ya habían invadido el estómago de los fiesteros toda la chicha y el aguardiente de las ventas. Como consecuencia precisa, cada personalidad estaba convertida en verdadero alambique.

Las tabernas semejaban rompeolas de mar bravío, y si se llegaba a apagar, a causa de algún incidente imprevisto, la única luz que hacía perceptibles los objetos, se armaban bataholas a oscuras, al son de guayacanes y *cabiblanco*s.

Entretanto, la Policía se contentaba con arreglar un cordón sanitario en las avenidas que conducían al sitio del combate, siguiendo la regla de los bomberos expertos, de que el medio más eficaz para extinguir incendios es formarle hogar al fuego.

El lunes tomaba el barrio el aspecto de un lugar amenazado de próximo asalto. De la esquina de la antigua casa de Cualla hasta la de Los tres puentes se cercaban las bocacalles, y en todas las puertas se ponían trincheras con las *cujas de cuero*, bancas, mesas, etcétera. Se preparaban para los tres días de corridas de toros.

A la una de la tarde traían los *bichos* a un corral vecino, en medio de la algazara de los jinetes, de los muchachos y de los cohetes: el *encierro* no tenía nada de particular; pero a las tres sacaban el toro enlazado con tantos rejos cuantos eran los *orejones*.

En aquella época no se conocían las *navarras*, *limonas*, *galleos*, *junicones* y suertes clásicas de la tauromaquia; los *patojos* llenos de andrajos, a quienes el licor disminuía la vista, toreaban lisa y llanamente, con seguridad de darse el placer de una arada de bruces cuando los atropellaba el toro, caso en el cual se los sacudía o se los zambullía en la pila, fuera o no conveniente.

El meollo de la diversión estaba en tomar sitio junto a las ventanas en que estuvieran asomadas las muchachas bonitas, lugares en que se podía *pelechar*.

Al grito de «¡el toro!» se prendían los lechuginos de los vetustos balaustres, que se les quedaban en las manos, y caían de

espaldas contra el empedrado; en ocasiones resistían los barrotes y, entonces, por caso apurado, otros de los perseguidos se agarraban de la levita del anterior ascensor, hasta que se formaba un racimo de *cachacos*, que al fin concluía por caer en masa.

En cierta ocasión treparon en vetusta ventana unos cuantos fiesteros, y como las damas de la casa cayeron en la cuenta de que el parapeto amenazaba ruina, creyeron conveniente oponer fuerza centrípeta a la centrífuga, para evitar el desastre; pero como fue mayor la última, se fueron a la calle los prendidos, la ventana y las sostenedoras de adentro.

Ya entrada la tarde aparecían los *forasteros* (así llamaban a los habitantes de los otros barrios) y, como novicios en el arce de buscar refugio, se subían a las barreras, donde se les atacaba a pinchazos de aguja, para que no quitaran la vista a lo que estaban detrás.

El último día se exhibían algunos jóvenes con *disfraces charros* y recorrían el recinto de las fiestas, dando alaridos estrepitosos cuando pasaban frente a su *tormento*, y aun se permitían levantar ligeramente la máscara, a fin de que no hubiera duda de su fineza.

Pasadas las fiestas quedaba esa parte de la ciudad en estado lamentable; era preciso la amenaza de epidemia que servía de pretexto al alcalde para obligar a sus moradores a que asearan las casas.

## ▪ V

Las festividades de la Semana Santa se han considerado como de las más importantes de las que se celebran, diferenciándose

las de Santafé de las de Bogotá por el esplendor y seriedad que tienen en la última.

El Domingo de Ramos, lo mismo que sucede ogaño, entraba Jesús al templo, caballero en una burra, rodeado de los sacerdotes y pueblo llevando todos sus ramos o palmas tejidas, con más o menos adornos.

El Lunes Santo salía la procesión de la iglesia de Las Nieves: los pasos eran llevados, como ahora, por penitentes vestidos de valencina negra, cubierta la cabeza con capuchón en el que se dejan dos agujeritos para ver, envuelta la cintura con lazos de *fique*, y llevando en mano una horquilla para descansar.

Las efigies del Salvador y de la Virgen tienen, a más del mérito artístico, la particularidad de que se cree que pertenecieron a las iglesias despojadas por los protestantes durante el movimiento anticatólico de la Reforma. El conjunto de la procesión con los consabidos *cucuruchos*, y salvo la planta y facha de los judíos, era adecuada al objeto propuesto; pero existía el *paso de la Cena*, y quien no lo vio no conoció cosa buena. Alrededor de una mesa cubierta con verdaderos succulentos manjares, preparados con productos y licores de todos los climas y lugares, iban sentados el Salvador a la cabecera, teniendo recostado sobre el pecho a San Juan, dormido, lo que hacía que el pueblo le dijera que se había achispado con el vino. En cuanto a los apóstoles, no encontramos palabras para expresar con precisión la horripilante deformidad de aquellas figuras que parecían de facinerosos disfrazados con camiones de desecho, añadiendo el sacristán, de su propio peculio, los cuellos postizos y corbatas. ¡Cuándo pudieron figurarse los abnegados

propagadores del Evangelio que algún día, en ignoto país, se verían representados como monstruos y trogloditas feroces!

El progresista arzobispo señor Arbeláez quiso destruirlos desde el año 1869, y entonces se le hizo presente que esa medida era peligrosa y que podía haber *sangre*, si tal cosa se intentaba; pero como «toda injusticia tiene su término», llegó el tiempo de la visita del arzobispo señor Velasco: todo fue verlos y condenarlos al fuego, sin apelación, ordenando que se repusieran con otros que llenaran las condiciones requeridas.

Merced a tan acercada disposición y al celo inteligente del laborioso párroco doctor Alejandro Vargas, eficazmente ayudado por el mayordomo de fábrica, don Francisco Ortega, se ostenta en aquella antigua iglesia la capilla mejor ornamentada de la ciudad, en donde figuran con el debido decoro las bellas imágenes del Sagrado Corazón de Jesús, rodeado de sus apóstoles; algunas viejas de la *pelea pasada* echan de menos a los antiguos amigos de su infancia, pero ya se consolarán, o irán a la sepultura, con esa contrariedad.

El Martes Santo salía la procesión de Santo Domingo, sin nada que la hiciera singularizar; no sucedía lo mismo con la que salía el Miércoles, de San Agustín.

A las once de la mañana tenía lugar la *sentencia*. La imagen de Jesús aparecía colgada en el centro de la iglesia, y de las tribunas salía una voz cavernosa que decía: «¡Yo, Poncio Pilato, gobernador romano, condeno a muerte, con dos ladrones, a Jesús Nazareno, por hechicero y embaucador; a la *confiscación de bienes y a pagar los costos y costas del proceso!*».

Y estas barbaridades, que debieran producir hilaridad en el auditorio, causaban, por el contrario, sentimiento de

compunción, que se traducía, en las gentes sencillas, por fuertes y retumbantes golpes de pecho. Enseguida se trasladaba la imagen al presbiterio, cantando el salmo *Miserere*. Por la tarde salía la procesión que conocemos con los judíos y algunas otras imágenes de santos que ardieron a puerta cerrada el 25 de febrero de 1862, durante el terrible asalto que por tres días dieron al convento, convertido en fortaleza, las fuerzas de la Confederación al mando del general don Leopoldo Canal. Sea esta la oportunidad de recordar que, sin el arrojo del coronel Manuel María Victoria, alias el “Negro”, habría sido destruida por el fuego la imagen de Jesús Nazareno.

*Tres jueves hay en el año  
que causan admiración:  
Jueves Santo, Corpus Christi  
y jueves de la Ascensión.*

Para hacer honor a la anterior cuarteta, que revela la sencillez y candor de los tiempos en que se compuso, el Jueves Santo amanecía *nuevecita* la población; hasta los mendigos estrenaban alguna prenda del vestido, y, cosa rarísima, ¡se *lavaban!*; sí, se lavaban, entre otras razones, porque algunos tenían que representar a los apóstoles y dejarse besar el pie en la ceremonia del *Mandato*.

Ese era el día para dejarse ver en la calle, visitando *monumentos*, los habitantes de Santafé hasta las diez de la noche, porque la cultura de esos tiempos permitía a las mujeres salir solas de noche, sin temor a los desacatos tan comunes hoy en Bogotá.

Amén de la procesión que en ese día salía de La Veracruz, costeadada por el comercio, se exhibían *monumentos* en las iglesias, los que en su mayor parte se formaban con lienzos pintados al temple, representación de templos o cárceles de arquitectura clásica y colorido inverosímil, obra de Victoriano García. El de San Agustín se llevaba la palma por las ridiculeces y anacronismos que se exponían a la contemplación de los fieles. Todo santo, ángel o judío, quedaba convertido aquel día en personaje siniestro de la Pasión, disfrazado tan malamente, que se conocía sin el menor esfuerzo el primitivo carácter el personaje suplantado.

El Viernes Santo era la adoración de la Cruz, acto que producía un obsequio muy confortable para el sacristán, porque rara persona pudiente no concurría a dar prueba de munificencia en esa ceremonia; hoy... cae en la salvilla algún níquel vergonzante o *billetico* enrollado, sin duda para que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha.

Antes de la procesión acudía el pueblo en masa a la Catedral a presenciar el *descendimiento*; allí se encontraba, como suele decirse, con el cura de su pueblo. Entre los empleos de la iglesia había el de *perrero*, que desempeñó últimamente el español Santiago Álvarez, hombre terrible, que vestía sotana de bayeta de Castilla y que llevaba como símbolo de su autoridad un zurriago con que castigaba al distraído can que entraba al templo; pero cuando entre los concurrentes se introducía el desorden, como sucedía y sucede en esa función, repartía furiosos zurriagazos a diestra y siniestra, sin que nadie se atreviera a decirle oxe ni moxte: aquel flagelador no ejercería hoy su ministerio sin que le pusieran «las peras a cuarto».

El Domingo de Pascua se levaban de la Catedral a La Veracruz las imágenes de Nuestra Señora, San Juan y la Magdalena, para encontrar y acompañar al Resucitado; no podía desplegarse aparato más ridículo.

Apenas veían los cargueros *el paso* del Salvador, echaban a correr, inclinándose para imprimir a las imágenes movimientos que semejaran saludos o venias; en alguna ocasión tropezaron los que conducían a la Magdalena, y, como dicen en Mompox, cayeron «con todo y santa».

Si Santafé resucitara para presenciar las funciones religiosas de Bogotá se volvería sorprendida a su tumba. El culto se ha sublimado, suprimiendo lo que existía de la exagerada devoción a las imágenes con perjuicios de lo principal: hoy figuran la adoración de la Eucaristía y la devoción de la Virgen como indispensable objeto de toda fiesta católica, sin perjuicio del culto que se tributa a los santos.

El esplendor, pompa y gusto con que se celebran las festividades del Sagrado Corazón de Jesús y Nuestra Señora del Carmen, de San Ignacio de Loyola, los triduos de cuarenta horas y las fiestas de los respectivos patronos de las órdenes monásticas, dejarían colmadas las exigencias de las ciudades más avanzadas en civilización. La iniciativa la tomaron los jesuitas desde el año de 1845, secundados por nuestro inteligente y virtuoso clero, con sacerdotes que han formado gusto artístico visitando los países del Viejo Mundo.



## ▪ ASALTO AL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN POR LA COMPAÑÍA DE RUSSI

Como a las once de la mañana del día 9 de septiembre de 1850 entraba un novicio de San Agustín a la botillería que, al frente de la puerta falsa de la Catedral, tenía la señora Juana Rojas, madre del joven Ezequiel Gómez, alias el “Curi”, que después fue religioso del mismo convento. Allí encontró a Francisco Zapata y Porras, que fue también novicio agustino, y a Joaquín Cuervo, quienes tomaban dulce de almíbar con pan de yuca. Después de los saludos de costumbre, estos ofrecieron en venta al primero un reloj de plata, manifestándole que sólo tenían en mira hacer cualquier negocio o cambio de su finca por otra. En vista de la negativa de nuestro novicio, fundada en su pobreza, convinieron en que irían al convento *a ver qué le sacaban*. En efecto, en la tarde del mismo día se presentaron en la celda del novicio, discutieron el trato del reloj y aun se lo ofrecieron en cambio de un galápago húngaro, del tiempo de la Patria Boba, que poseía el religioso. De repente preguntó Zapata que en dónde estaban guardados los doce mil pesos llevados en unos baúles al convento por el padre Silva, antiguo hospitalario; el novicio le contestó que ignoraba la existencia

de tal plata, que el padre Silva permanecía en el convento únicamente durante el día, en una celda que le había proporcionado el reverendo padre José M. Salavarieta, hermano de la Pola, la célebre heroína, y en ese entonces prior de los agustinos. Terminado el aparente asunto que llevó a esos hombres al convento, se despidieron; pero en los días siguientes, aprovechando las circunstancias de sus viejas relaciones con los padres, lo que favorecía el negocio que tenían entre manos, volvieron en diversas ocasiones con el pretexto de visitar a sus conocidos, sin despertar sospechas de sus verdaderos propósitos.

Ignacio Rodríguez, el famoso jefe de cuadrilla, que era el instigador de esas *idas y venidas*, seguía el ejemplo de los grandes capitanes: enviaba a sus tenientes a reconocer e inspeccionar el campo sobre el cual pensaba maniobrar.

El costado occidental del edificio constaba de tres cuerpos: la planta baja, convertida en inmundas tiendas de habitación; el entresuelo, que formaba un gran salón destinado a los actos literarios que, sobre filosofía, tenían lugar en determinadas épocas, y el último piso, ocupado por religiosos en sus respectivas celdas.

El convento era una masa informe y ruinoso, en donde vivía una décima parte de los habitantes que podía alojar, por cuya razón se encontraban en lastimoso estado las diversas secciones que no tenían ocupantes, ofreciendo así facilidades para ocultarse a los que quisieran hacerlo. Esta circunstancia, unida a la costumbre reglamentaria de que todas las noches, a las ocho y media, entregaba el portero al prior las llaves de la puerta del convento, la sabían nuestros exploradores; además, ningún religioso cerraba con llave la puerta de la celda, sino con

un picaporte, que permitiera entrar en cualquier momento, lo cual no era un obstáculo para nadie. Así las cosas, llegó el día designado para dar la función que, a beneficio propio, tenían bien preparada aquellos *actores*. Empezaron por introducirse en el convento desde temprano, en parejas de a dos, a fin de no llamar la atención, provistos de llave falsa para entrar y encerrarse en el entresuelo. Entraron veinte hombres, siendo de los últimos su jefe Rodríguez.

Entre diez u once de la noche, los bandidos salieron del escondite, colocaron centinelas donde les pareció conveniente, y se dirigieron, seis, a la celda del prior, que era la pieza contigua a la iglesia en la parte que da sobre el atrio, en el piso alto, que estaba dividida en tres compartimientos, en el orden siguiente: sala, cocina y alcoba.

El prior, con el objeto de sustraerse al pulguero levantado en la alcoba a consecuencia de anterior ausencia del padre, se había pasado a dormir en esos días a la mitad de la sala —hecho que ignoraban los ladrones—, sobre una mesa que se prolongaba por medio de dos batientes, mesa que existe aún en la sacristía de la iglesia.

Una vez abierta la puerta, entraron los seis facinerosos y frotaron fósforos de silencio para encender las linternas sordas de que iban provistos: el primer objeto inesperado que vieron fue al buen padre Salavarría, que dormía «a pierna suelta y sin pulgas», como lo deseaba.

La impresión de los visitantes nocturnos fue la de que se las habían con algún muerto puesto allí; pero como esos *caballeros* no tenían cuentas con Dios ni con el diablo, pronto se repusieron de la sorpresa, y reconocieron con júbilo que

tenían entre sus manos, indefensa, la codiciada presa. Inmediatamente se colocaron tres hombres a cada lado de la mesa en que yacía el religioso; lo sujetaron por la cabeza, los pies y las manos, y le pusieron un pañuelo en la boca, a fin de que no gritara al despertar.

Fácil es imaginarse el terror que se apoderaría del anciano al abrir los ojos y verse en medio de personajes barbudos, con anteojos de *cuatro ojos*, o con las caras tapadas por los pañuelos. Por pronta providencia, estos le pusieron un puñal al pecho, intimándole silencio; pero temieron que se les muriera del susto y lo tranquilizaron, diciéndole que nada le harían «si se portaba bien». Rodríguez le exigió primero la llave de la puerta del convento, y una vez que la hubo, le pidió con imperio la llave del armario. Aquí trepidó el prior, visto lo cual los huéspedes le *acentuaron* el argumento, que en tales casos es decisivo: hicieron más presión sobre el puñal; y en el acto, exhalando sentido suspiro, indicó el padre el sitio donde reposaba el instrumento, que había de ser el intermedio por el cual iba a transmitirse su propiedad, sin que le quedara derecho de llamarse a engaño.

Abierta el *arca*, los ladrones se apoderaron de cuatro mil pesos, que, en monedas de oro y plata, guardaba allí el padre; más las prendas que algunos cuitados le dejaban en seguridad del dinero que les daba a préstamo con interés; más el *pectoral* de San Agustín, alhaja de gran valor, compuesta de brillantes y esmeraldas; más otras cosillas de oro y plata, que esos buzos de tierra pescaron en el vientre de aquel *cofre* inagotable.

Terminada la *requisa* del armario, volvió Rodríguez a preguntar al prisionero dónde estaban los doce mil pesos que el padre Silva le había dado a guardar dentro de unos baúles.

El prior le contestó que no era cierto lo que le habían dicho, y que el padre Silva era muy pobre. El interlocutor volvió a emplear el argumento *punzante* de la presión del puñal; pero sin buen éxito, porque el padre Salavarría decía la verdad, como debieron de comprenderlo sus expoliadores, puesto que desistieron de cobrar esa cantidad, a pesar de que ya la tenían «apuntada en sus libros».

Enseguida, aquellos bribones le preguntaron, en términos muy comedidos, dónde encontrarían vino para festejar «el triunfo obtenido en toda la línea», a lo cual les respondió el infeliz sacerdote: «Debajo de la cama, en la alcoba de las *pulgas*, encontrarán lo que desean». En efecto, allí hallaron una damajuana con buen vino seco, que escanciaron en vasos y tazas del servicio del prior, dándole a gustar por mano extraña el «trago del estribo», como ellos decían.

En medio de la orgía que armaron con sin igual audacia, uno de los cacos llamó a otro por su verdadero nombre, incidente que pudo ser fatal para el inerme cautivo. Oída por Rodríguez la voz comprometedor, se dirigió hacia la mesa en la cual retenían al padre y dijo con voz de mando: «Hay que matar al fraile, porque estamos descubiertos y el muerto no habla». Felizmente para todos los autores de ese drama, Cuervo, que era de la comparsa y apenas principiante en el oficio, manifestó a su capitán que en ningún caso permitiría la consumación del asesinato propuesto, y ofreció *cohechar* al prior con la esperanza de que no lo matarían si consentía en decirles cuál era el paradero de los suspirados doce mil pesos. Se aproximó al oído de la víctima y le hizo presente que sólo a él le debía la vida; pero que, en agradecimiento al importante servicio que

le hacía, debía revelarle el sitio en el cual tenía ocultos los apetecidos doce mil pesos.

Creviendo el prior que había llegado su última hora, les aseguró con juramento que nada tenía, y les suplicó por todo los santos del cielo que no lo sacaran de este mundo sin los preparativos necesarios para tan terrible trance. Compadecidos al fin de las angustias del padre, los cacos resolvieron dar por terminada tan prolongada cuanto importuna visita, después de echar una última mirada a los sitios de las piezas en los cuales pudiera hallarse alguna otra cosa para llevar, a fin de cumplir concienzudamente con los deberes de la profesión. Eso sí, antes de salir exigieron al padre Salavarieta, bajo pena de la vida, que no se moviera de donde lo dejaban, ni hiciera cosa alguna hasta que oyera silbar del puente cercano. El saqueo prometió cuanto quisieron a condición de que no lo asesinaran.

Los ladrones desocuparon la celda, sin caer en la cuenta de que habían sido *defraudados* en un saco de manta que contenía quinientos pesos, pertenecientes a una persona piadosa, que pocos días antes los había entregado al padre para que se los guardara, el cual saco permaneció tirado en un rincón de la alcoba, y se salvó del saqueo probablemente porque ignoraban que «debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor».

Los ladrones salieron del convento, dejando ajustada la puerta; pero después cumplieron *religiosamente* la oferta de silbar desde el puente de San Agustín, para que el prior se levantara del verdadero lecho de *Procusto*, en el que lo habían obligado a permanecer más tiempo del que quisiera, y se dirigieron por diferentes calles hacia la entonces Huerta de Jaime, hoy plaza de los Mártires. Allí había una *casita misteriosa*, en la cual unas

*mujercitas* esperaban a nuestros expedicionarios para festejarlos, entre otras cosas, con espumoso chocolate y apetitosos *pericos* fritos en sartén.

Después de la cenita, Rodríguez *dio gracias*, remedando en tono gangoso un *Te autem, Domine, miserere nobis*; tomó «la sartén por el mango» y se sirvió de ella como si fuera cuchara de recoger dinero; dio una sartenada de monedas a cada socio, acompañando la acción con expresiones burlescas, alusivas al gran suceso obtenido en esa noche, diciéndoles, con festiva expresión: «El abate, de lo que canta, yanta»; los despidió galantemente y les recomendó mucha cautela.

Nuestro padre Salavarrieta creyó prudente permanecer en la misma posición en que lo dejaron los bandidos hasta que la aurora dio señales de vida; tal era el terror que lo dominaba. Al fin se atrevió a levantarse y encaminarse a la celda del religioso que estuviera más cercano, que era el padre Vásquez; lo llamó, y con voz indecisa, entre el dolor y la indignación, le dijo, al llamarlo en su cama: «¡Nos han robado!». Oídas estas palabras por el venerable padre a quien se dirigían, saltó del lecho, como movido por oculto resorte, y se puso a gritar, con toda la fuerza de sus pulmones, en todos los tonos: «¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Nos asesinan! ¡Socorro!».

Esparcida en el convento la voz de alarma, empezaron a salir de las respectivas celdas todos sus moradores, linterna en mano, atropellándose unos a otros, armados con lo que podían; buscaron y rebuscaron en todos los vericuetos, cajones y demás sitios y rincones capaces de ocultar cualquier objeto, a fin de que se cumpliera aquello de que «después del conejo ido, palos en el nido».

Ya de día se animaron los asendereados padres a salir del convento, encaminándose en derechura a la casa de habitación del jefe político, doctor José María Maldonado Castro, sita en la antigua calle de la Carrera. Allí, haciendo pucheros y poseídos de santa indignación, expusieron los hechos en que había figurado como protagonista el muy reverendo padre, lector, jubilado, fray José María Salavarieta. Apenas refirió su paternidad la exigencia de los «doce mil pesos dentro de los baúles del padre Silva», cuando nuestro conocido novicio exclamó:

—¡Ya tengo cogidos los ladrones!

—¿Dónde están? —le preguntó el jefe político.

—¡Francisco Zapata y Porras y Joaquín Cuervo —contestó el novicio—, me preguntaron una vez por esos maldecidos *doce mil pesos!*

Descubierta la pista, no es difícil coger la liebre. A las nueve de la mañana sorprendió la autoridad a los primitivos exploradores durmiendo a pierna suelta y sin *pulgas*, confesaron sus hazañas, pero no denunciaron a todos sus compañeros. Aún no había llegado la hora de que esos industriosos *caballeros* arreglasen las cuentas que tenían pendientes con la justicia.

Para satisfacer la curiosidad de los que deseen saber quién era el novicio de que se ha hecho mención, diremos que, hasta el año 1893, en que murió, residió en esta ciudad, y se ocupaba con decidido interés en sostener el culto de San Agustín y en *apuntalar* la iglesia para evitar su ruina. Este era el conocido y popular muy reverendo padre fray Plácido Bonilla, a quien Dios tenga en el cielo.



## ▪ SAQUEO DE LA CASA DE LA SEÑORA DOÑA MARÍA JOSEFA FUENMAYOR DE LICHT

A cien metros de la Plaza de Bolívar, frente al Capitolio y a la iglesia de Santa Clara vivía la señora doña María Josefa Fuenmayor de Licht, anciana descendiente de ilustre abolengo, viuda venerable, retraída, sin más trato con el mundo que el estrictamente indispensable para procurarse los víveres; entregada al misticismo inconsciente, como sucede a las personas que escogen ese género de vida por no tener oficio en sus casas ni *cacumen* para comprender los goces que produce al espíritu el empleo del tiempo en verdaderas obras de caridad; poseedora de fortuna considerable, representada en fincas urbanas y rurales, de las que no se acordaba sino cuando llegaba el día primero de cada mes para cobrar los arrendamientos, que caían «al pozo de Donato» de sus cofres, en donde quedaban condenados al encierro perpetuo.

Las únicas personas que hacían compañía a la señora Fuenmayor en su Tebaida eran: una vieja que desempeñaba las funciones de cocinera, conseja y camarera, y una *china rabona* de diez a doce años de edad, indígena oriunda de Suba, *pur sang* y estúpida en grado heroico y eminente, que vestía camisa escotada de lienzo, con ribetes de zaraza rosada, enaguas de

la misma tela, hechas con los restos de vetustos *camisones* que materialmente no podían continuar prestando sus servicios a su primitivo dueño, descalza «de pie a pierna», y al cuello el rosario de cuentas de coco, manufacturado en Chiquinquirá, con la cerdosa cabellera recogida en gruesa trenza que le caía sobre las espaldas, asegurada el extremo con un *atadero*. Cuando esta *doncella* salía a la calle, en el ejercicio de sus funciones domésticas, se echaba sobre la cabeza una mantilla vergonzante de *frisa* negra (bayeta del país).

Nadie conocía en Santafé el interior de aquella casa, excepto el confesor de la señora, que de cuando en cuando iba a visitarla; pero a juzgarla por el exterior, no había duda de que allí debían tener segura y tranquila guarida *runchos*, lechuzas, ratas y demás congéneres, amén de las telarañas que habían tomado de tiempo atrás posesión pacífica de todos los rincones de aquella que parecía casa de duendes; en cuanto al blanqueamiento de las paredes y barniz de los balcones y puertas, no había tradición de que se los hubiera retocado desde que se edificó aquella morada, por allá a principios del siglo xvi. Respecto a los usos y costumbres de sus habitantes, se barruntaba que por las noches debían extinguir el fuego del fogón, y que, probablemente, carecían de elementos para encenderlo, puesto que todos los días, después de las cinco de la mañana, salía la *china* en solicitud de brasas, las que demandaba a la primera vivienda que abrieran, para volver preparar el desayuno de su señora antes que fuera a oír misa y que volviera la cocinera con los víveres del día. Por lo demás, parecía más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja, que el que alguien pudiera penetrar en aquella casa misteriosa.

Para la mejor comprensión de nuestro relato, haremos notar que, por el frente del convento de Santa Clara, la casa que nos ocupa terminaba en una huerta, murada por el lado de la calle, con tapias de regular altura y separada del edificio por otra pared con puerta para comunicarse con el interior.

En una madrugada oscura de los últimos meses del año de 1850 sintieron *espanto* los moradores de la casa a la cual nos referimos; sin embargo, la cocinera, cuya opinión tenía un gran peso, aseguró que el ruido sentido provenía de algún susto que los *runchos* meterían a las gallinas.

A las cinco y media de la mañana se levantó la *china* para ir a la huerta, como tenía por costumbre; pero apenas hubo corrido el cerrojo que daba seguridad a la puerta de comunicación, cuando le cayeron encima unos cuantos hombres vestidos con ruanas de bayetón y cubiertas las caras con pañuelos de seda agujereados al frente de los ojos para tener libre la vista. Asegurada la *china*, subieron a la alcoba, en donde encontraron a la señora a punto de levantarse de la cama y a la cocinera, que la acompañaba, después de saludarla muy atenta y respetuosamente, deseándole los buenos días, le suplicaron que tuviera la amabilidad de terminar su *toilette*, sin afanarse ni inquietarse por ellos, asegurándole que no tenían prisa y que ya les sobraría tiempo para tratar del asunto que les obligaba a hacerle esa visita en horas tan intempestivas.

Sin pérdida de tiempo, los visitantes abrieron la puerta de la calle, dejando cerrado el trasportón, detrás del cual se situó uno de ellos con la *china*, a fin de que esta contestara, en el caso probable de que alguien fuera a buscar a la señora; precaución sapientísima, porque a las once de la mañana golpeó

un inquilino, con el objeto de pagar el arrendamiento de una finca; la indiecita le respondió desde adentro que su *señá* Pepita había salido, y que no sabía cuándo volvería. En cuanto a la cocinera, la relegaron a la cocina, rebajándola al oficio de *marmitona*, puesto que aquellas gentes iban provistas de famoso cocinero, en previsión de las pocas aptitudes que debía de tener la de la casa.

La señora Fuenmayor, más muerta que viva, continuó el arreglo de su persona, como es de suponerse, poniéndose las medias al revés, cambiando los zapatos y metiendo en ojales distintos los botones del jubón; se arregló a medias el peinado, se echó encima un pañolón y salió a la sala, que era la pieza contigua a la alcoba. Saludó a sus huéspedes, tosió para disimular el paso de la saliva que la ahogaba, y les preguntó en qué podría servirlos. Uno de ellos le hizo profunda reverencia, y con voz melosa le manifestó el positivo placer que sentían él y sus compañeros al gozar de su amable presencia; pero que antes de declararle el objeto del paso que daban, le rogaban les hiciera la merced de tomar su desayuno, a fin de que no fuera a atrapar algún mal aire, y uniendo los hechos a las palabras le presentó en una bandeja el pocillo de *cacao de harina*, con una rebanadita de queso y exigua tajada de pan, pues parece que la repostería de la señora no estaba muy provista que digamos: hecho que notaron los visitantes, y acerca del cual tomaron providencias, como veremos más adelante.

Doña María Josefa, atónita y creyéndose presa de alguna pesadilla, no sabía qué pensar de lo que le estaba pasando, aunque sí *empezaba a maliciar* que se las había con tunantes, dispuestos a divertirse a su costa; luego tuvo la idea de que podrían

envenenarla, y así lo dejó comprender; pero parece que nuestros hombres la tranquilizaron, puesto que despachó a soplo y sorbo el chocolate y el pan, a fin de tener fuerzas para afrontar la borrasca, que ya preveía como inminente.

Terminado el desayuno, uno de los visitantes rogó a la señora que los acompañara al oratorio, con el objeto de *ofrecer el día* y de dar gracias a la Divina Providencia por los beneficios recibidos, especialmente en la noche anterior, lo mismo que por los que tenían seguridad de recoger en ese día, memorable para ellos. Era de oír el fervor y la devoción con que rezaba aquel marrullero, y creemos que hasta doña María Josefa estuvo tentada a dejar estallar la risa que le retozaba, si se lo hubiera permitido la situación, que ya empezaba a preocuparla.

Después de dar cumplimiento a esos actos religiosos, la volvieron a conducir a la sala, dándole el brazo, y quedó con ella únicamente el que parecía director de esos señores. En aquel excepcional *tête-à-tête*, y mientras los demás se desperdigaron por toda la casa, como hacen las *hormigas de ronda*, sin dejar resquicio en que no se introdujeran, el galán manifestó a la señora la cuita que ella, y sólo ella, tan generosa, tan cristiana y tan amable, podía remediar para mayor honra de Dios y provecho del prójimo, proporcionándole, en empréstito voluntario, la insignificante suma de ¡*veinte mil pesos!*, ofreciéndole devolvérsela *concienzudamente* tan pronto como mejoraran las condiciones pecuniarias que lo tenían en el terrible trance en que lo veía.

Semejante peroración, acompañada de las especialísimas circunstancias que ya sabemos, produjo a la interpelada una elevación de sangre, que estuvo a punto de resolverse en

congestión cerebral. Sin embargo, pasada la primera sorpresa, y dándose otro atracón de saliva, después de la consabida *tosecilla*, doña María Josefa manifestó al amable huésped *la pena que sentía*, motivada por la impotencia material que la incapacitaba para hacerle el *insignificante* servicio que con tanta *donosura* le exigía, y le ofreció, al mismo tiempo, pedirle a los santos de su devoción que le hicieran ese milagro, que no dudaba le alcanzarían en atención a su noble proceder; e hizo una descripción tan patética de su angustiada escasez monetaria, que cualquier otro que no fuera el bellaco que tenía delante habría llorado «a moco tendido».

Entretanto, y para aprovechar las primeras horas de la mañana, los cacos enviaron al cocinero, que era un negro, a que se proveyera de los elementos indispensables para que los regalara con opíparos manjares durante el tiempo que permanecieran, como Ulises, en esa nueva isla de Calipso, secuestrados del mundo profano. A las diez avisó el negro que el almuerzo estaba servido: era de ver la precipitación de todos a fin de disputarse el honor de conducir a doña María Josefa a la mesa. Le sirvieron con acuciosidad y cortesanía tales como sólo se ven en un almuerzo de recién casados. Por de contado que antes y después rezaron con estudiada gravedad las oraciones que en tales casos recitan las personas piadosas.

Después del almuerzo invitaron a la señora a tomar un rato de sol en la huerta, y le ofrecieron con galantería una que otra flor, que espontáneamente lucía en esa tierra inculta. Terminado el paseo volvieron a la sala, en donde, para matar el tiempo, le leyeron la vida del santo del día en el *Año cristiano* que encontraron en la alcoba.

El *primer galán*, que no la abandonaba ni un momento, entretuvo a doña María Josefa contándole historias y haciéndola reír con sus agudísimos chistes y crónicas escandalosas de la ciudad, y como en esos momentos dio el reloj de la catedral la campanada de las doce, se interrumpió, poniéndose en pie para rezar el *Ángelus*, en cuya salutación lo acompañó la señora.

A las cuatro de la tarde le sirvieron espléndida comida, después de la cual dieron otro paseo por la huerta, de donde subieron con la señora a los altos de la casa en *silla de brazos*, para que no se fatigara en la escalera, que era algo pendiente.

Entrada la noche, encendieron los cirios que había en el altar del oratorio, donde rezaron el rosario más circunstanciado que haya llegado a nuestro conocimiento; en el acto de contrición parecía que se iban a romper las costillas con los furibundos golpes de pecho que se daban; el ofrecimiento fue una pieza de elocuencia ciceroniana: los misterios debían de estar compuestos, cuando menos, por fray Luis de Granada; las letanías y antifonas, pronunciadas en correctísimo latín; pero lo más patético del cuento fue, sin duda, la oración por los agonizantes, y en la que pedían todos los beneficios terrestres y celestes para su insigne benefactora doña María Josefa Fuenmayor de Licht.

A las nueve de la noche festejaron a la señora con una colación exquisitamente preparada; rezaron las oraciones de costumbre en esos casos, y la obligaron a que se recogiera en su cama, permitiendo a la cocinera que entrara a la alcoba para que ayudara a desvestir a su ama. Apenas se acercó la sirvienta y se vio sola con ella por breves instantes, le dijo, dando un suspiro salido de lo íntimo de su corazón: «¡Ay, María, en qué pararán estas misas!». La fiel sirvienta, aterrada y confusa por

demás, sólo tuvo tiempo de contestarle con un suspiro de igual procedencia: «¡Ay, mi señora de mi alma, siempre he oído decir que detrás de la cruz está el diablo!».

Hacia la madrugada del día siguiente encerraron a la señora, con las dos sirvientas, en la alcoba que tenía ventana para la calle, y salieron de la casa por la puerta. Parece que los visitantes tuvieron intención de continuar la visita, puesto que volvieron a entrar hasta la sala contigua a la alcoba; afortunadamente, la señora había tenido la precaución de echar la aldaba que cerraba la puerta de esa pieza, y al sentirlos de nuevo en la sala, salió al balcón, gritando: «¡Socorro!».

 Los huéspedes no se lo dejaron decir dos veces, y huyeron.

La noticia del *asalto* a la señora Fuenmayor circuló en el acto en Santafé, lo que dio lugar a que la autoridad y los amigos fueran a verla; pero ella se obstinó en afirmar que nada le habían quitado, porque no tenía dinero ni cosa parecida. Aseguraba con la mayor sencillez que la habían tratado con la urbanidad y atención más exquisitas; y que a no ser por *cierto temor* que le infundieron sus desconocidos huéspedes, desearía volver a estar en medio de tan amables cuanto buenos cristianos y caballeros, aunque fuera para que le enseñaran los misterios del rosario, los que decía eran primorosos.

La sociedad señalaba con el dedo a los autores de aquel crimen, que no pudo castigarse por el constante, cuanto incomprendible, empeño de la parte ofendida para que no se aclararan los hechos.

¿Se nos preguntará el medio de que se valieron los ladrones para introducirse en la casa de la señora Fuenmayor?



Del más expedito: llevaron escalera para apoyarla en las paredes de la huerta de la casa; subieron los que debían entrar y otro se llevó la escalera. Eso y mucho más podía emprenderse en Santafé, por la carencia absoluta de policía y alumbrado.

Algunos años después murió doña María Josefa, legando su fortuna para que se empleara en obras de piedad. *Requiescat in pace.*



## ▪ EL TERROR DE 1850 A 1851

La situación de Santafé durante la temporada de los crímenes cometidos por la compañía de ladrones, en los años de 1850 y 1851, debe llamarse, sin exageración, del terror, y sólo se puede comparar a las épocas en que se exhibieron en toda su fuerza, Robespierre en Francia, y Morillo entre nosotros.

Cada casa de la ciudad se convirtió en una fortaleza, y se adoptó la costumbre de los monjes del monasterio de San Sabas, en la Palestina. Las puertas de la calle no se abrían sino después de las siete de la mañana, previa la precaución de asomarse a los balcones y ventanas, a fin de cerciorarse de que no había peligro inmediato de bandidos; las habitaciones estaban provistas de campanas, que se comunicaban con las casas vecinas, y durante la noche se oían por todas partes detonaciones de armas de fuego, disparadas para ahuyentar a los salteadores. El paso de un ratón, el traquido de un mueble o el accidente más insignificante producían entonces el pánico y alarma consiguientes a la excitación nerviosa en la cual se vivía. El primer cuidado al levantarse era darse mutuas felicitaciones por haber pasado la noche sin novedad, y enviar los criados a casa

de los parientes con el objeto de informarse de cómo habían amanecido, ni más ni menos que si se estuviera bajo el flagelo de mortal epidemia.

Además, había la preocupación de que en la tenebrosa compañía figuraban personajes de relativa elevada posición; en prueba de ello se citaba el hecho del asalto a la casa de las ancianas señoras Prieto Espinosa, ubicada en la carrera 3.<sup>a</sup>, entre las calles 9 y 10, que lindaba por el sur con la morada de un vecino desde la cual se podía ver y oír lo que pasaba en las habitaciones de dichas señoras, donde los ladrones permanecieron un día y una noche, torturándolas para que declararan el lugar en que estaban ocultas las supuestas riquezas que aquellos codiciaban, y, sin embargo, aquel vecino aseguró que nada irregular había observado en la casa asaltada.

Felizmente para aquella angustiada sociedad, se relajó entre los socios de la terrible compañía el único lazo de unión que deja vivir en paz a los que se dedican a tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Si en todo tiempo y lugar es necesaria e indispensable la ley de la equidad y la honradez, entre los ladrones es punto capital, y el *sine qua non* de su existencia, la escrupulosa fidelidad en el reparto de los dividendos que corresponden a cada socio.

Hasta que se cometió el robo de los veinte mil pesos en la tienda de Alsina, todo marchó viento en popa entre aquellos bribones; pero al verse en posesión de aquella gran cantidad de dinero, los tentó el diablo, quien inspiró a los jefes el, para ellos, buen deseo de especular con sus socios activos, mermándoles el haber de lo que *legítimamente* les correspondía como ganancia en las hasta entonces felices aventuras. ¡Extraña propiedad

tiene el oro! Es un metal que no se oxida y, por antítesis, es el más poderoso elemento de corrupción.

A Manuel Ferro, el astuto herrerito que embaucó y adormeció al desconfiado español, el que hizo con admirable habilidad y precisión las llaves que corrieron como por encanto las inextricables guardas de las cerraduras, dejando así abierta la puerta que encerraba aquel *Dorado* de que se apoderaron, se le consideró, para los efectos del reparto, como a socio honorario, y únicamente le dieron diez onzas de oro, con el pretexto de que no había concurrido al lugar de la acción. Ferro recibió lo que le dieron, sin duda, siguiendo el aforismo que dice «del lobo, un pelo»; pero para sus adentros resolvió entablar juicio, por lesión enorme, ante su capitán, amenazándolos con que los denunciaría a la justicia, si perdía la instancia.

En una tarde de los últimos días del mes de abril de 1851 (el 24), platicaban cuatro hombres, vestidos como la gente del pueblo, en la esquina sur del entonces Molino del Cubo —hoy puente de Santander—, al frente de una chichería situada debajo de la casa que perteneció al doctor Emilio Macías Escobar; el asunto de que trataban debía de ser de grande importancia para esos sujetos, puesto que acompañaban sus palabras con ademanes, ora enérgicos, ora afables. La ventera conocía a tres de ellos, porque eran los molineros del molino inmediato, y constantemente se proveían en su tienda de los comestibles y demás artículos que daba a la venta.

Entrada la noche, llegó otro personaje vestido de bayetón, sombrero de fieltro y varita en la mano, y, al aproximarse a los expresados disputadores, fue saludado con señales de respeto y estimación, llamándole *doctor*; este tomó parte en el asunto

en que se ocupaban los que parecían inferiores, y de cuando en cuando se le oían las palabras «arreglo, Manuelito, pacíficamente en mi casa». Al fin parecía que había terminado toda diferencia entre aquellos individuos, puesto que todos, menos el *doctor*, entraron a la chichería, tomaron del licor amarillo y pidieron un vaso de chicha para el *doctor*, al cual se lo sirvieron afuera, sobre un plato de loza. Terminadas las libaciones, se encaminaron hacia el oriente, hasta la esquina de Cara de perro para, de allí, dirigirse hacia el sur, después que se les separó el último personaje, hasta llegar a la esquina de la antigua Cajita del agua, cinco cuadras arriba de la plaza de Bolívar, calle 10.

Allí, en la esquina nordeste, había otra chichería, cerca de la cual volvieron aquellos hombres a continuar la discusión del asunto que los preocupaba, y entró alguno de ellos repetidas veces a la tienda con el objeto de proveerse de licor o copas para distribuir a sus compañeros. La conferencia se animaba cada vez más, y al fin volvieron a deshacer el camino hecho, hasta llegar al frente de la puerta de la casa que habitaba el doctor José Raimundo Russi, situada hacia la mitad de la cuadra, carrera 2.<sup>a</sup>, comprendida entre las calles 10 y 11. Allí tomó la discusión el carácter de animada disputa, en que compelían tres de ellos al que llamaban Manuelito Ferro para que entrara a la casa; pero a la resistencia obstinada que este oponía sucedió un confuso e instantáneo tumulto, del cual salió un grito de angustia en que se pedía socorro y se añadía: «¡Me asesinan el doctor Russi y los demás ladrones!».

De aquellos cinco hombres, tres huyeron hacia el norte, uno entró en la casa y otro quedó tendido en el suelo inmediato a la puerta de la misma, dando ayes prolongados y lastimeros.

Este hecho era resultado del conocimiento que tuvieron los jefes de la compañía de la amenaza de Ferro, por lo cual se resolvió, en *junta general de accionistas*, hacer terrible ejemplar en el presunto traidor.

La situación empezaba a complicárseles, y, lo que era más grave aún, el general en jefe, el atrevido capitán, el brazo y músculo de la compañía, había caído miserablemente por la ridícula codicia de recuperar un trabuco viejo. Era de todo punto indispensable *moralizar* a los heterogéneos elementos que componían la banda, que ya manifestaba tendencias a la disgregación, o todo estaba perdido.

Primero resolvieron convidar a Ferro a tomar, en Los Laches un *piquete de papas chorreadas*, en el que, a fin de envenenarlo, pondrían arsénico en el queso; pero uno de los socios previno al herrero, quien no aceptó la invitación; después acordaron proponerle un arreglo amistoso, para lo cual le citaron en la esquina del Molino del Cubo los molineros Nicolás Castillo, Vicente Alarcón y Gregorio Carranza. Ferro se prestó, aunque desconfiaba de sus cómplices, a concurrir a la conferencia propuesta, en la inteligencia de que sólo ellos irían a la cita. Ya hemos visto que, simulando un hecho casual, llegó el doctor Russi y tomó parte en la discusión, hasta que logró convencer a Ferro de que fuera a su casa a terminar amigablemente el asunto; este accedió, con intención de no pasar en ningún caso del umbral de la puerta, puesto que tenía la creencia de que, si llegaba a entrar en esa casa, no saldría vivo.

Antes de llegar a la chichería, situada en la esquina de la Cajita del Agua, pasaron por la casa de Russi; pero no estaba en su plan hacer entrar a Ferro hasta ver si lograban llevarlo

a un sitio más retirado, y, sobre todo, después que logran embriagarlo, con objeto de *suprimirlo* con más facilidad.

La presunta víctima, que sabía entre qué gente estaba, continuó el arreglo en la calle, al frente de la chichería, y cada vez que le ofrecían licor lo tomaba en la boca para arrojarlo con disimulo por debajo de la ruana, porque sabía de cuánto eran capaces sus compañeros. Notando estos la desconfianza de Ferro, viendo que eran las *siete y media* de noche oscura, y que el sitio, que ellos creían solitario en absoluto, era propicio para la terminación del negocio que los preocupaba, resolvieron comprometerle con ruegos y súplicas, a fin de que entrara en la casa del *doctor* para evitar escándalo en la calle o que pudieran oírlos. En consecuencia, se dirigieron hacia la casa, deteniéndose a cada paso que daban, pues a ello les obligaba el andar vacilante del herrero; al fin llegaron a la puerta y le instaron los demás a media voz para que entrara; pero, no pudiendo vencer la resistencia de aquel, lo apuñalaron sin piedad.

Creían hallarse solos en esas abandonadas y lóbregas calles, pero se engañaban: en la casa contigua vivía la señora Rafaela Escandón, quien oyó todo.

Seguros los asesinos de que Ferro quedaba *in extremis*, se dispersaron y se dirigieron: Castillo, Carranza y Alarcón, hacia el Molino del Cubo; el doctor Russi entró en su casa y cambió el traje que llevaba por el de capa española con cuello de piel de perro y sombrero de felpa grises, y salió a la calle por la puerta *excusada*; llegó a la tienda de la señora Natividad Cheyne, debajo de la casa que fue del doctor José Ignacio de Márquez, en la esquina occidental que da frente a la iglesia de la Candelaria, y pidió medio real de tabaco, que no se esperó a recibir; siguió hasta la esquina



de la Casa de la Moneda, y de allí cruzó hacia el Norte, a fin de bajar por la calle de la Rosa Blanca (calle 12).

Al pasar por frente de la casa que ocupaba el señor Carlos Michelsen, y que es propiedad de la familia de don Diego Uribe, vio a un caballero con quien no tenía ningunas relaciones y, sin embargo, le saludó con marcada atención, diciéndole: «Adiós, señor doctor Wenceslao Uribe Ángel». Este manifestó al sujeto que le acompañaba la extrañeza que le causaba aquel inesperado saludo. Pasó rozándose con los señores Domingo Cuevas, Francisco Antonio Uribe y Federico Rivas; siguió en dirección occidental hasta la esquina de la Calle de Florián y cruzó hacia el sur para entrar enseguida a la botica que entonces pertenecía al doctor Juan Roel. Saludó al dueño de la botica y, sin más preámbulo, le preguntó la hora. «Van a ser las ocho», le contestó el boticario, que era hombre reposado y en ese momento se ocupaba en la confección de unas píldoras. Russi le observó que el reloj de la botica estaba adelantado; pero Roel, sin dejar su oficio, le replicó que esa misma tarde lo había arreglado. No satisfecho aún Russi con la respuesta del boticario, preguntó la hora al señor Melitón Ortiz, que en esos instantes se hallaba allí de contertulio. Este sacó del bolsillo un magnífico cronómetro, enseñó la muestra y dijo: «Van a ser las ocho». Aún insistía Russi en la pretensión de que esos relojes estaban adelantados, cuando sonó la campanada de las ocho en la torre de la Catedral, y enseguida se oyeron las bandas de cornetas y tambores que pasaban por la plaza tocando la retreta, hecho hacia el cual le llamó la atención Roel, en prueba de que su reloj marchaba bien. Russi no replicó y permaneció en pie, dando la espalda al mostrador, sobre el cual estaba recostado.

Momentos después llegó a la misma botica una mujer, jadeante, en solicitud de auxilios médicos para el *niño* Manuelito Ferro, a quien, decía, habían herido.

—¿Y quién ha podido herir a mi amigo Manuelito Ferro? —la interpeló Russi, sin esperar a que la mujer terminara su relato.

—Él dice que los ladrones del Molino del Cubo —contestó aquella.

—¿Luego habló? —dijo Russi, inconscientemente. Fatales palabras en que se fijaron Roel y Ortiz.

La emisaria advirtió a Roel que apurara, porque de no, cuando fuera, ya estaría muerto Ferro.

Viendo Roel que Russi no daba aparentes señales de inquietarse por la noticia, dijo a este, como para llamarle la atención:

—¿No ha oído, doctor, que esta mujer dice que los ladrones han herido a un hombre en la puerta de la casa de usted?

—¿Y a mí qué me importa? —replicó Russi.

Pero la mujer instaba con ahínco para que fueran a socorrer al herido, y era preciso tomar alguna resolución. Roel parece que no era muy valiente; pero preciso es confesar que entonces había razón para tener prudencia: ¿no afrontaba un peligro grave yendo solo, a tales horas, en aquellos tiempos y por lugares casi solitarios? Al fin se decidió a proponer a Russi que fueran juntos; este vaciló al principio, pero concluyó por aceptar la invitación, sin ocultar la repugnancia del paso que iba a dar.

La mujer se adelantó, y Roel y Russi emprendieron el camino, sin vacilar, hasta la esquina occidental de la Plaza de Bolívar, debajo de la casa del señor Manuel Samper. Llegados a este punto, Roel tomó, como era natural, hacia el oriente, a fin de

dirigirse a la casa de Russi que era el sitio en el cual creían se hallaba el herido; pero aquel detuvo a su compañero y se puso a demostrarle que el camino más corto para llegar al punto objetivo, y también el más concurrido, era por la diagonal de la plaza, para después subir por San Bartolomé y cruzar, de la Cajita del Agua, media cuadra hacia el norte. Aun cuando tal pretensión le pareció un adefesio a Roel, se dio por convencido y siguió con Russi hasta llegar frente a la casa del doctor Rufino Cuervo, la misma que hoy ocupa la cervecería de Montoya. Allí se encontraron con el jefe de la Policía, Manuel Góngora Córdoba, quien bajaba acompañado de varios gendarmes en busca de Russi. Al reconocerlo, le intimó a que pasara al centro del pelotón, y le dijo, sin preámbulos: «Siga usted preso». Russi obedeció, diciendo: «Vamos, pues», sin inquirir el porqué de su prisión.

Roel continuó su camino y encontró al herido, no enfrente de la casa de Russi, sino en su morada, media cuadra arriba de la citada Cajita del Agua, adonde lo habían conducido.

Decididamente, el doctor estaba de malas en esa para él funesta noche: tiende una trampa para coger descuidado al que deseaba sacrificar, y la víctima descubre las tramoyas; cree que cinco puñaladas, científicamente aplicadas, pueden hacer instantáneamente de un hombre un cadáver, y ese hombre se resiste a morir hasta tanto que no haya dado espantosas revelaciones; ejecuta movimientos estratégicos como los de un Federico el Grande con el fin de probar la coartada, y establece la demostración de la ruta que recorrió el sacrificador después de su delito; escoge para hacerse visible la localidad que reunía mayores probabilidades de

que en ella no se le buscaría, y a esa misma localidad van a pedir auxilio para quien él creía ya difunto; trata de fijar la hora propicia para sus planes de impunidad, y todo se conjura para hacerle ver que, a menos de milagrosa *bilocación*, no podía hallarse a un mismo tiempo en dos lugares distintos; elige, contra la opinión de su acompañante, el camino que creía más a propósito para la realización de sus proyectos, y en esa vía cae bajo la mano de la justicia.

Para algunos, las circunstancias que dejamos apuntadas se llaman coincidencias; pero nosotros no podemos menos de reconocer en esto la mano de Dios.

Al mismo tiempo que la mujer fue a solicitar auxilios a la botica de Roel, otra se dirigió a la Policía a dar el denuncia del crimen; allí encontró al doctor José María Maldonado Castro, jefe político, quien en esos momentos se ocupaba en dar instrucciones al jefe de la Policía, coronel Manuel Góngora Córdoba, para la tarea que durante ese tiempo tenían las patrullas que recorrían la ciudad. Sin pérdida de tiempo se encaminó la autoridad al lugar indicado, enviando a la vez una partida, a las órdenes de Góngora, en busca de Russi, después de haber oído a Ferro.

Llegado que hubo el jefe político a la habitación de Ferro, lo encontró rodeado de la madre, la esposa y los hijos. Al verlo, el herido le dijo con entereza: «¡Ah, doctor Maldonado! Ya ve cómo me han puesto el doctor Russi y los ladrones molineros Castillo, Carranza y Alarcón; yo fui quien le escribió el denuncia anónimo, del que usted no hizo caso».

Ocasionalmente, pasó por allí el entonces capitán don Antonio R. de Narváez, quien, en vista de lo ocurrido, se prestó

espontáneamente a escribir las primeras diligencias e importantísimas declaraciones de Ferro.

Bajo juramento, después de confesado, y en la persuasión de que moría infaliblemente por consecuencia de las heridas que lo tenían postrado, declaró el herrero: que de las cinco puñaladas mortales que recibió al frente de la casa de Russi, este le asestó la primera, la que tenía encima de la clavícula izquierda, y que había cortado el pericardio y picado el vértice del corazón; que Castillo, Carranza y Alarcón le dieron las otras, y que, si los iban a buscar a esa hora, los encontrarían en el molino. Refirió minuciosamente todos los crímenes cometidos por la compañía, de que eran jefes principales José Raimundo Russi e Ignacio Rodríguez; recomendó a la autoridad que celara a los dos Valbuenas, miembros del cuerpo de Policía, quienes dejaban salir durante la noche a los socios presos para que, después de tomar parte en las excursiones, volvieran a la prisión en cumplimiento de la palabra empeñada.

Como uno de los médicos que le asistía manifestara la idea de que ese hombre podía estar ebrio, pues trascendía a licor, el herido manifestó que estaba en su entero y cabal juicio, y que, si olía a anisado, consistía en que había escupido por debajo de la ruana el licor que le daban sus asesinos para embriagarlo.

En fin, después de dar a la justicia todo los datos y señales conducentes al esclarecimiento de los hechos criminosos que hacía más de un año tenían a Santafé en potro de tormento, expiró en la madrugada del día siguiente, sin contradecirse ni una sola vez en las cinco declaraciones que dio en el curso de la noche, la última después de recibir el Santo Óleo, y que sirvieron para descubrir las tramas y la mayor parte de los bandidos.

El mismo día que murió Ferro, la Policía expuso el cadáver al frente de la casa consistorial, con el siguiente letrero fijado sobre un poste:

*La autoridad exhibe el cadáver de Manuel Ferro con el objeto de que los buenos ciudadanos puedan dar los datos que sepan acerca de él y de los motivos que influyeron para su muerte violenta.*

Uno de los que concurrieron primero a ver el muerto fue nuestro antiguo conocido el español Juan Alsina; al reconocer allí, de cuerpo presente, a su herrerito, se le renovó la mal cerrada herida ocasionada por el robo de las mil onzas de oro, y, sin poder reprimirse, se dirigió al difunto y le increpó en el tono más airado imaginable: «¡Ah, demonio! ¿Dónde está mi dinero? ¡Lástima que te hayan muerto, porque si no, tendría el gusto de ahorcarte!». Los circunstantes que no estaban inmediatos a Alsina y oían los gritos, se persuadieron de que el dolor por el fin trágico de Ferro había trastornado el juicio del que creían su amigo.

A las cinco de la tarde del 25 de abril, estaban presos la mayor parte de los jefes y socios activos de la compañía de bandidos; en cuanto a los socios *honorarios*, no cayeron entonces en poder de la justicia gracias a la *lealtad* de los compañeros, que no los denunciaron.

La autoridad siguió las indicaciones del moribundo Ferro, y puso en claro todos los crímenes de la cuadrilla, lo que fue prueba evidente de la cordura del juicio de aquel desgraciado.

La diligencia del reconocimiento del cadáver de Ferro tuvo lugar en la Jefatura Política. El muerto yacía al frente de

la puerta de la pieza interior; la puerta estaba cerrada y el jefe político hablaba con Russi junto a ella: de repente la abrió aquel y apareció Ferro, tendido. Al preguntarle a Russi si conocía ese cadáver, palideció, y exclamó en estilo elegíaco: «¡Oh, sí! Este era mi amigo Manuelito Ferro; ¡supiera yo quién lo sacrificó para denunciarlo a la justicia!».

En breves días se instruyó el voluminoso sumario en que se estableció la culpabilidad de Russi, Castillo, Alarcón y Carranza por el delito de asesinato, perpetrado en la persona de Ferro; la de Ignacio Rodríguez, como jefe de ladrones en cuadrilla, y la de sus demás compañeros, entre quienes se contaban los Valbuenas, agentes de Policía.

En obsequio de la verdad, debemos decir que si no se obtuvo la *plena prueba* exigida en derecho respecto de Russi, fue tal el cúmulo de indicios, coincidencias y sospecha que recayeron sobre ese hombre, que el jurado no pudo menos de condenarlo, como lo veremos más adelante.

Ocupados los papeles de Russi, se encontraron, en el minucioso diario que llevaba de su vida, escritas algunas partidas en cifra fácil de traducir, porque todo se reducía a emplear puntos, de uno a cinco, para sustituir las respectivas vocales. Allí constaban las relaciones que, de tiempo atrás, mantenía con los individuos que en esos momentos estaban enjuiciados por los delitos de asesinato y robo. Se hallaron papelitos en que estaba escrito en cifra y en letra del mismo lo siguiente: «Primer año de mi vida enmendado»; «Proyecto de la vida de Ordóñez». Este último fue una tentativa de robo que se les frustró, pero que debemos relatar.

El señor Joaquín Gómez Hoyos, poseedor de fortuna considerable, vivía con su familia en la casa situada una cuadra

más arriba de la Rosa Blanca, la misma que es propiedad del señor Félix Ricaurte.

En una mañana de los últimos días de febrero de 1851 se presentó en la casa del señor Gómez un hombre, de apellido Bernal, con el objeto de ofrecerle que compondría una cañería mediante el pago de unos pocos pesos; pero que, para ello, sería indispensable arreglar el agua de otra casa, media cuadra al norte de la de la Moneda, perteneciente a la familia Castillo, advirtiéndole la facilidad que había en procurarse la llave, por cuanto dicha casa estaba desocupada. Don Joaquín aceptó la oferta y, en consecuencia, solicitó y obtuvo la susodicha llave; el supuesto fontanero dio principio a los trabajos y destapó el arco debajo del cual pasaba el caño conductor, con cuya operación quedaron comunicadas las dos casas por las respectivas huertas.

Durante el tiempo en que se ocupaba Bernal en los trabajos aludidos, se presentó Russi en la casa del señor Gómez con el objeto aparente de preguntar «si había fierro para vender», lo que equivalía a buscar pan fresco en alguno de los bancos de la ciudad.

En otra ocasión volvió Russi a la misma casa y, como al entrar encontrara a una de las señoritas Gómez, esta le invitó para que subiera, cosa que rehusó aquel, diciéndole, con las maneras insinuantes que le eran peculiares, que el objeto de su presencia allí no era otro sino el de hablar con Bernal y, sin esperar más invitaciones, se entró en el interior de la casa hasta encontrar a quien buscaba.

En el mismo lapso recibió el señor Gómez recado a nombre de la señora doña Manuela Caro de Ordóñez, que vivía en



la casa, hacia el occidente, contigua a la de don Joaquín, con el objeto de manifestarle que, ya que estaba componiendo la cañería de su casa, ella deseaba hacer lo mismo, para lo cual le rogaba que permitiera a Bernal se encargara de toda la obra. Don Joaquín encontró muy razonables los deseos de la señora Caro, con quien le ligaban relaciones cordiales de amistad, y en tal sentido fue la respuesta que dio.

Sin embargo, los trabajos parece que iban más despacio de lo que se creía y, al fin, resolvió el señor Gómez hacer una inspección de ellos. De la cañería, apenas había proyecto; pero sí estaban en comunicación, por las respectivas huertas, las tres casas, por agujeros practicados en las paredes con el pretexto del arreglo del agua; de manera que, con la llave de la casa desocupada de los señores Castillo, se podía llegar hasta la de la señora Caro. Alarmado el inmediatamente interesado con semejante descubrimiento, ordenó a su hijo Teófilo que pasara donde la expresada señora y le hiciera presente que, visto lo peligroso de la situación y que la obra no adelantaba, había resuelto despedir al obrero y hacer tapar los agujeros de las paredes, y que le expresara, al mismo tiempo, la pena que sentía al verse obligado a contrariar los deseos de la señora. Esta contestó inmediatamente al recado recibido, diciendo que, lejos de haber solicitado la aquiescencia del señor Gómez, era ella quien había recibido recado de don Joaquín para que permitiera que por su casa se arreglara la tal cañería.

Descubierto el plan, se contentó don Joaquín con tomar precauciones a fin de poder dormir tranquilo; la señora de Ordóñez no se creyó segura hasta que puso de por medio el Atlántico.

Al rondar la casa de Russi se supo que allí había habitado hasta el día 9 de abril de ese año, fecha en que tuvo lugar el asalto de la casa del señor Caicedo, Ramón Mendoza, alias Vicente Pérez, alias Ignacio Rodríguez, quien dejaba, por dondequiera que pasaba, una estela luminosa de nombres, todos ilustrados con notables hazañas. En la casa se encontró la capa raída que solía llevar aquel en algunas de sus excursiones, y los diversos sombreros que llevaba en las campañas.

Nunca pudo averiguarse con certeza quién fuese ni de dónde procediera hombre tan terrible y misterioso; era muy sociable e insinuante, gustaba de cultivar relaciones con personas de alta posición, entre otras, con la familia de la respetable matrona doña Martina Torres de Cárdenas, hija del gran Camilo Torres y madre de don Cecilio Cárdenas, durante el tiempo que permanecieron veraneando en el pueblo de Ubaque, donde se le solicitaba como excelente cuarto en el juego del tresillo, antes que cometiera los crímenes que le condujeron al cadalso.

Al huir los bandidos de la casa del señor Caicedo dejaron una lanza de empatar y asegurar en el asta por medio de un resorte especial; en la casa de Russi halló la autoridad el asta respectiva con que empataba la lanza, que quedaba perfectamente ajustada con el expresado resorte o muelle.

Los médicos doctores Andrés María Pardo, Tomás Pérez y Juan Roel declararon, bajo la gravedad del juramento, que el estado psicológico de Ferro era de completa lucidez al tiempo de rendir las declaraciones. El herido suplicó al doctor Pardo que le salvara la vida, como lo había hecho con un herido amigo suyo en la acción de Aratoca; Pardo le manifestó que los casos

eran diversos, y que tuviera la persuasión de que pocas horas le quedaban de vida.

Los doctores Pardo y Jorge Vargas hicieron, a las cuatro de la tarde, en el anfiteatro, la autopsia de Ferro, y declararon que, en el estómago de este, sólo habían encontrado algunos restos de sopa de pan, pero ningún rastro de licor.

Terminada la actuación del caso, hubo necesidad de proveer el destino de fiscal de la causa, vacante por terminación del periodo para el cual había sido nombrado el doctor Benigno Guarnizo, sujeto ilustrado e inteligente abogado; pero que por sus condiciones especiales, no era el llamado a desempeñar ese delicadísimo puesto en aquellas excepcionales circunstancias.

Poco tiempo hacía que se había recibido de abogado un joven oriundo de Gigante —notable población del sur del Tolima—, sin fortuna, inteligente y que podía decir, como el sabio, *omnia mea mecum porto*. En el Colegio de San Bartolomé, donde hizo sus estudios, había sido distinguido por sus compañeros con singular cariño, debido a su entereza de carácter, que, a primera vista le hacía aparecer como hombre áspero, pero que ocultaba un corazón de oro envuelto en ruda corteza.

Si alguna vez hubo que hacer elección acertada de fiscal, fue, sin disputa, en aquella solemne ocasión. Es verdad que el puesto estaba rodeado de peligros mediatos e inmediatos, y que, lo que era más grave aún, no se conocían los enemigos que se ganarían en aquella tarea, por cuanto era evidente que, de la compañía de bandidos, sólo se juzgaba a los socios activos, y que habían quedado por fuera los *honorarios*, quienes tenían que hacer desesperados esfuerzos a fin de salvar a sus amigos para que no los delatasen.

¡Cuán cierto es que la fortuna es calva, y que el que no la coge es un tonto!

Se necesitaba un hombre de brío, de elocuencia concisa, de palabra fácil y de valor a toda prueba. Quienquiera que indicara el nombre de Francisco Eustaquio Álvarez para fiscal en esas circunstancias prestó gran servicio a la sociedad, e hizo conocer a uno de nuestros más notables abogados.

Aceptado el puesto por el doctor Álvarez, afrontó la situación, sin ambages ni contemplaciones, empeñó una lucha a muerte con aquellos malvados, hasta hacer caer sobre ellos todo el peso de la ley, como enseguida lo veremos.

## ▪ JUICIO Y EJECUCIÓN DE JOSÉ RAIMUNDO RUSSI Y SUS COMPAÑEROS

Hacia mediados del mes de junio del año a que nos referimos se instaló el jurado en el entonces espacioso salón de la Cámara de Representantes, situado en el centro de la casa consistorial; el público se mostraba ávido de conocer a los corifeos de aquella serie de crímenes y escándalos.

A las once de la mañana se llevó al local del jurado a los procesados en medio de numerosa escolta, en donde eran ya esperados por un público impaciente y curioso. Solo y altivo, marchaba delante Russi, con su conocido vestido de capa española y sombrero de copa gris; detrás iban los otros enjuiciados, vestidos con buenas ropas y ruanas, más o menos preocupados con la situación en que se hallaban, todos en el vigor de la edad, robustos y, en lo general, bien parecidos. Rodríguez era de mediana estatura, color amarfilado, pelo negro y sedoso en una cabeza correctamente modelada, mostachos negros y crespos, bien cultivados; pie pequeño, calzado con borceguí de charol; en todo tenía el aspecto del pirata griego descrito por Byron.

A mediados del año 1850 salió de Bogotá, con dirección a la ciudad de Cali, el doctor Francisco Eustaquio Álvarez,

encargado de varios asuntos judiciales; recién graduado y sin bienes de fortuna, viajaba con la posible economía.

Al llegar nuestro viajero al río de La Vieja, cerca de Cartago, lo halló tan crecido, que no habría podido atravesarlo sin grave peligro de naufragio; viose, pues, forzado a tener paciencia y a esperar que disminuyera la avenida para continuar su camino.

Pocas horas hacía que el doctor Álvarez permanecía en la orilla del dicho río, meditando en los innumerables obstáculos que detienen a los transeúntes en nuestros abandonados caminos, cuando se presentó un viajero de gallarda presencia, bien montado, seguido de un sirviente, que arriaba la acémila que conducía la carga de equipaje, y que llevaba de cabestro dos magníficas mulas.

—¡A ver la canoa! —gritó el recién llegado, con imperio.

—No hay paso —respondió un negro, dueño de la que estaba amarrada a un árbol.

—¿Por qué? —preguntó el viajero.

—Porque nos ahogaríamos —contestó el negro.

—Tengo urgencia de llegar al otro lado del río —añadió el caminante—. ¿Cuánto quieres por pasarme?

—Nada, porque aprecio en más la vida que el dinero —añadió el negro.

—Toma una onza de oro por la canoa, que te dejaré amarrada en la otra orilla.

Y, uniendo la acción a las palabras, el viajero sacó una rica bolsa de seda roja, de la cual tomó la moneda ofrecida, a cuya vista se despertó la codicia del negro, quien aceptó el buen negocio que se le ofrecía tan inopinadamente.

Sin más preámbulos, aquellos dos hombres colocaron en la frágil embarcación las monturas y el equipaje, e invitaron inútilmente al doctor Álvarez a que los acompañara en su arriesgada expedición.

El sirviente ocupó la proa, con un canaleta en mano; el caballero tomó posesión de la popa, después de atarse a la cintura los cabestros de las bestias para obligarlas a seguirlo, e imitando a Guillermo Tell cuando huyó de los esbirros de Gesler, sobre mísero esquife, en el borrascoso lago de los Cuatro Cantones, en Suiza, dio impulso a la canoa, lanzándola con vigor sobre la violenta corriente del río, y, remando con admirable destreza e intrepidez, arribaron a la otra banda sanos y salvos, amarraron la embarcación al primer árbol que hubieron a la mano, hicieron con los sombreros un saludo de despedida y prosiguieron su camino en dirección al sur.

El doctor Álvarez continuó al día siguiente al lugar de su destino, sirviéndose de la perezosa mula de alquiler, guiado por el peón, que le conducía a espalda su pobre equipaje. Al llegar al llano de La Paila se encontró con los dos viajeros que habían pasado el río de La Vieja, con la sola diferencia de que, en lugar de mulas, el sirviente traía soberbios caballos del diestro.

Después del respectivo reconocimiento y saludo, el caballero invitó al doctor Álvarez a sestear debajo de una corpulenta ceiba, que los preservara de los rayos del sol a las diez de la mañana, y a tomar un abundante almuerzo, que sacaron del bien provisto equipaje de aquel. Avivado el ingenio de los comensales por las libaciones de vino generoso, el anfitrión increpó al doctor Álvarez su falta de ánimo al no embarcarse con él en el río.

—Vengo de Cali —continuó el caballero—, mal lugar para hacer fortuna; por aquí sólo hay negros *perreristas*, y blancos indolentes, dedicados a la política. Me voy a la provincia de Antioquia, país del oro, de las bellas mujeres y de grandes facilidades para enriquecer. ¿Quiere usted acompañarme? Le garantizo que no se arrepentirá de ello.

El doctor Álvarez no tenía carácter aventurero; dio las gracias a su generoso interlocutor, de quien se despidió sin ocurrírsele preguntarle su nombre; bien que creyó habérselas con algún potentado.

En el año de 1851, en vísperas de reunirse el jurado que debía fallar la causa de Russi y sus compañeros, fue nombrado fiscal el doctor Álvarez, quien no conocía de vista a los procesados. ¡Cuál sería su sorpresa al reconocer en el famoso Ignacio Rodríguez al distinguido caballero que lo quiso llevar a la provincia de Antioquia!

El jurado, presidido por el respetable ciudadano don José María Triana, empezó sus tareas con la lectura del sumario, que se componía de varios abultados expedientes. Russi observaba continente reposado, y, en apariencia, se ocupaba de la lectura de las *Pruebas judiciales* de Bentham; pero hacía de cuando en cuando apuntaciones de los documentos que se leían.

Rodríguez reía cada vez que oía referir sus hazañas. Al ver, en cierta ocasión, en algunos de los que asistían a las barras, hilaridad por el relato de la mayor de sus infamias, dio rienda suelta a la mal contenida risa, y se frotó las manos en señal de satisfacción. Indignado el público por aquella sin igual imprudencia, amenazó a Rodríguez con la horca; pero este se levantó del banco de los acusados, y, dirigiéndose a los asistentes, les



gritó, con increíble audacia: «¡Pueblo infame, yo saldré de aquí!». En esta ocasión, por fortuna para el bandido, no era posible llegar hasta él; de otra suerte, en ese día no más hubiera terminado su peregrinación en este mundo. El presidente del jurado lo amenazó con hacerle poner mordaza si no permanecía en silencio. Rodríguez ofreció guardar compostura; pero antes sacó un pañuelo de seda en que estaban estampados los retratos de los miembros de la Administración Ejecutiva, presidida por el general José Hilario López, con el programa político al pie, en que estaban consignadas las avanzadas ideas del doctor Manuel Murillo Toro; lo enseñó a los circunstantes y exclamó con insolencia:

—¡Véanse en este espejo!

Por una singular coincidencia, un ejemplar de aquel pañuelo fue lo último que sirvió al doctor Nicolás Esguerra para enjugar el rostro del doctor Murillo en su agonía, el 26 de diciembre de 1880.

Terminada la lectura del sumario, pidió la palabra el fiscal, doctor Álvarez.

Empezó por hacer una breve relación del estado de la sociedad santafereña durante el reinado del crimen, que hacía más de un año la tenía atormentada. Examinó, pieza por pieza, cada una de las pruebas que demostraban la culpabilidad de los acusados; pero especialmente hizo hincapié en la criminalidad de Russi, favorecido por la Providencia con dotes intelectuales, que puso al servicio del delito, para extraviar el criterio de esos hombres, tal vez antes honrados, pero incultos, a fin de convertirlos en asesinos y ladrones.

Llamó la atención hacia las agravantes circunstancias de que Russi, como juez, había prevaricado en otra época, con el

objeto de favorecer a sus cómplices, para lo cual les prestaba sus auxilios de abogado o los amparaba con su fianza personal, como lo hizo con los bandidos que asaltaron la hacienda de Achuri cerca de Suesca, sin que hubiera solución de continuidad en aquella cadena de delitos, que debían conducirlos al cadalso, a unos, y al presidio, a otros, si se quería contener la desmoralización del país, y restablecer la seguridad perdida. Al concluir pidió la pena de muerte para Russi, Castillo, Carranza, Alarcón y Garzón, por el delito de asesinato de su cómplice Manuel Ferro; para Rodríguez y Valbuena, como jefes de ladrones en cuadrilla, y la de veinte años de presidio, para los quince restantes.

Un respetuoso silencio de mal agüero para los enjuiciados acogió la tremenda, pero justa, exigencia de aquel atrevido novel en el Foro, que no medía la fuerza ni contaba el número de los adversarios.

En el banco de los acusados se sentaba el joven Garzón, más imprudente que culpable, y fue el único que salió absuelto; al ver el efecto producido por la acusación, dijo a Rodríguez: «¡Esto huele a pólvora!». El capitán se encogió de hombros.

Al tomar asiento el doctor Álvarez, pidió la palabra Russi, y empezó su defensa por la siguiente peroración, recitada en estilo ampuloso:

«Señores jurados: Estamos en el recinto sagrado en donde los apoderados del pueblo granadino se reunieron en el presente año para proveernos de lo que creyeron necesario a nuestro reposo; esta era su misión.

«Dieron aquí mismo una ley que se les pidió urgentemente. Así lo ha dicho el señor agente fiscal al formular su acusación.

Tal ley miró atrás, como la Aquilia de los romanos, y unció a su carro a cuantos quiso que adornasen su triunfo.

«Esta ley, señores jurados, según los hombres que la manejen, tenderá indistintamente sobre inocentes o culpables el negro crespón de muerte, o socavará tan solamente el sepulcro del criminal. Si Cromwells y Atilas son los aplicadores, se verá lo primero; si Titos o Trajanos, será lo segundo.

«Si los jueces, al entrar al lugar del juicio, dejaren afuera las pasiones malévolas, representarán a la misma Divinidad distribuyendo la justicia; pero si fueren los sentimientos benévolos los que dejaren, el altar de la justicia será un infierno.

«¡Jueces! Navegando vuestras conciencias en un océano de límites infinitos, solamente veréis el faro del puerto si la brújula que guía vuestro convencimiento íntimo fuere la de la religión y la ley.

«Los jueces tienen de hecho, indispensablemente, que atender a las pruebas, porque son ellas el fanal brillante que habrá de alumbrarlos para formar esa conciencia recta que es necesaria para fallar.

«Entro en materia. El señor fiscal apoyó su acusación en un indicio simple, que ha adornado poéticamente, transformando una rama seca en una encina robusta, a la cual apropia veneno para que mate. Voy a presentaros sus cargos para que veáis si es exacta mi proposición.

«1.º Manuel Ferro dijo bajo juramento, estando agonizante, lo siguiente: “Raimundo Russi, mi amigo, y esos pícaros ladrones de los molineros, Nicolás Castillo, Vicente Alarcón y Gregorio Carranza, me hirieron”. También dijo que habían sido los ladrones del señor Caicedo.

«2.º Carranza, Alarcón y Castillo iban donde Raimundo Russi, y paseaban juntos.

«3.º Ignacio Rodríguez, famoso delincuente, vivía en casa de Russi.

«4.º Los que habitaban en la casa de Russi, habiendo sido Manuel Ferro herido en el portón de ella, no oyeron lo que allí pasó.

«5.º Tres individuos que pasaron a las siete y media de la noche por la casa de Russi vieron a este parado en el portón de ella.

«6.º Buenaventura Cuevas saludó a Russi entre las siete y las ocho de la noche; Federico Rivas y Francisco Antonio Uribe lo vieron bajar por la carrera de Antioquia entre las siete y las ocho de la misma noche.

«7.º Russi entró a la botica de los Roeles, Calle de Florián, a las siete y media, según Melitón Ortiz; a las siete y media pasadas, según Ignacio Roel, que dice hacía un momento había visto en su reloj las siete y media.

«8.º A las ocho y media entra Josefa Andrade a la dicha botica, implorando auxilio de un médico para el *niño* Manuel Ferro (así decía), a quien habían herido en el portón de la casa del doctor Russi; con cuya relación se había quedado este inmóvil, sin decir una palabra, lo cual indujo a Eusebio Acevedo a penetrar que tal vez fuese delincuente.

«9.º Cuando salió Russi con el doctor Juan Roel para donde Ferro, le dijo a aquel señor “que se fueran por las calles más públicas”; y al ser aprehendido por la Policía, no preguntó siquiera cuál fuera el motivo de semejante aprehensión, siguiendo inmediatamente para donde se le mandó.

«10.º Domingo Amaro González y diez personas más declaran que oyeron decir que el moribundo Ferro había dicho que quien lo había herido había sido Raimundo Russi.

«11.º Que en el careo que tuvo en la Jefatura Política con Ignacio Rodríguez no desmintió enérgicamente la aserción de este de no haber vivido en su casa».

El señor fiscal analiza uno por uno dichos cargos de la manera siguiente:

«1.º Manuel Ferro, herido de muerte y convencido de que iba a bajar a la tumba, no pudo mentir: él dijo que Raimundo Russi, su amigo, lo había herido, y lo dijo bajo juramento; luego es cierto; luego es indudable el dicho de Ferro.

«2.º Los ladrones del señor Andrés Caicedo hirieron a Manuel Ferro porque no los denunciara; Castillo, Alarcón y Carranza están sindicados en el robo hecho al referido señor Caicedo; Raimundo Russi tiene amistad con tales individuos; aquellos, para evitar el denuncia, hirieron a Ferro; luego Raimundo Russi lo hirió.

«3.º Ignacio Rodríguez, alias Vicente Pérez, alias Ramón Mendoza, etcétera, vivía en casa de Raimundo Russi; tal Rodríguez es un famoso criminal, jefe de bandidos, sindicado en el robo de Caicedo; luego Russi es jefe de bandidos y asesino de Ferro.

«4.º En el portón de la casa de Raimundo Russi hirieron a Manuel Ferro; los que vivían en dicha casa no oyeron algún ruido al tiempo de suceso; Manuel Ferro dijo que Raimundo Russi lo había herido allí; luego es cierto el dicho de Ferro.

«5.º A las siete y media de la noche, tres individuos vieron a Raimundo Russi en el portón de su casa; Cuevas, Uribe y Rivas

lo vieron bajar entre las siete y las ocho; los que estaban en la botica del doctor Roel declaran que entró allí a las siete y media de la noche, poco más; Russi dijo en su declaración instructiva que había salido de su casa a las siete y media; luego mintió; y no pudo mentir sin interés alguno, que no pudo ser otro que el de no estar en su casa al tiempo del asesinato; luego es asesino.

«6.º Cuando la criada de Manuel Ferro entró en la botica pidiendo auxilio para su amo, que había sido herido en el portón de la casa de Russi, este no se movió, y Eusebio Acevedo observo en él la marca del delito; luego es delincuente.

«7.º Cuando Russi salió para donde Ferro, como a las nueve de la noche, poco más o menos, en compañía del doctor Roel, dijo a este que se fueran por las calles más públicas, es decir, por la diagonal de la plaza a tomar la carrera de Bolivia para arriba; aquellas calles, forman la línea más larga para llegar a la casa de Ferro; luego Russi las escogía para no verse pronto con Ferro, porque temía su presencia.

«8.º Que a la voz de los que oyeron de la boca de Ferro que Russi era su asesino, se repitió lo mismo en todo el pueblo; luego el dicho aquel es cierto.

«9.º Russi no contradijo con dureza a Ignacio Rodríguez cuando aseguró no haber vivido en su casa; esto prueba relaciones estrechas entre los dos; Rodríguez estaba interesado en la muerte de Ferro; luego Russi era cómplice de Rodríguez.

«Este es, señores jueces, si no me equivoco, el cuadro fiel de los materiales jurídicos con los que el señor fiscal acusador edifica la grande obra de la ruina de mis dos existencias: la honra y la vida material. La segunda la desprecio sin la primera, y es por esta que vengo a la arena.

«El punto fijo adonde se ata el primer eslabón de la cadena de cargos que se me hacen está en el dicho de Manuel Ferro. El señor fiscal no conoció ni trató en vida a Manuel Ferro; de lo actuado no consta la pureza de costumbres morales y religiosas de este individuo, lo cual se le atribuye gratuitamente; luego al raciocinar sobre semejantes datos se edifica en el aire.

«Manuel Ferro, según el dicho de varios individuos, durante el tiempo de su agonía deliraba con venganzas y maldiciones; sus costumbres consta que eran impuras; hay pruebas de que era hombre de taberna, que se embriagaba siempre, que su señora lo espiaba por celos, y que en la misma noche que fue herido, esta le seguía los pasos para observar sus acciones en prostitución. Semejantes antecedentes pueden ser una buena base de razonamiento.

«Compárense los atributos que se regalan por el acusador público al memorado Ferro con los expresados últimamente, que tuvo por legado de su educación; y que el acusador y yo buscamos la verdad. El resultado será que aquel la busca en la oscuridad de un sofisma y yo la busco a la luz de los hechos.

«Os presenté la historia de mi vida en mi alegato primero; la fidelidad de aquella relación la testifican mis acciones y mi frente, sobre las que está incrustada mi honra, que no ha sido mancillada sino por la malevolencia de mis semejantes.

«Entre la verdad que merezca un individuo degradado y la que pueda merecer un hombre de algunos precedentes y de intachable conducta, siempre ha decidido la sensatez en favor de este último, porque en toda causa en que los hechos se prueban por declaraciones testimoniales debe atenderse mucho a la delicadeza e incorruptibilidad del testigo.

«Supongo gratuitamente que Manuel Ferro estuviera, cuando declaró, en completo juicio, en un estado fisiológico perfecto; yo niego el hecho que él afirma; valórense los dichos de ambos por los antecedentes de uno y otro, y venga la prueba que el acusador debe dar en tal caso; porque el más miserable rábula sabe que el que niega un hecho en derecho arroja sobre su contrario la obligación de probarlo.

«El dicho aislado de Ferro no da un simple indicio. *Indicio*, según nuestra ley adjetiva, es un hecho que indica la existencia de otro hecho, o de que alguna determinada persona lo ha ejecutado. “Me hirió el doctor Raimundo Russi”: he aquí el primer hecho; y este, ¿cuál señala? Ninguno, porque aquel no dice el motivo porque yo le asesinara, cuál el móvil que me compeliere a ello, ni el muy noble y justo funcionario de instrucción le preguntó si quiera. Para él, y no comprendo el misterio, lo que le importaba era mi nombre, era abismarme en los dolores que ha tenido la complacencia de hacerme sufrir, era mantenerme en una estrecha prisión, cargado de hierros y comiendo la ración dura y mezquina del desgraciado preso. Yo demostré en mi alegato anterior que ningún móvil tuve, ni pude tener, para cometer la acción que se me imputa; y el dicho del desgraciado Ferro, llamándome su *amigo*, demuestra que yo era su bienqueriente, y estando él en posesión de mi cariño, ningún mal pude pretender hacerle, como, en efecto, no se lo hice. Pero, repito, no existiendo el hecho anterior al hecho presente, consistente en el simple dicho del herido, no existe tampoco el indicio que se ha creído encontrar allí.

«Da el señor fiscal una base segura para raciocinar, por su clara inteligencia, por su buena fe, por su finura lógica,



por su conciencia pura, por su temor a los juicios eternos, por su amor a la inocencia, por su compasión al criminal, por respeto a su profesión, por amor a su prójimo...; porque sus éxitos sean los que lo eleven...; sus virtudes, las que lo coronen cívicamente, y porque, en fin, los escalones por donde suba al solio no sean de patíbulos y sangre. ¿Y cuál es aquella base? Es otro sofisma, digno de su puro discernimiento; digno, sí, de ser aplaudido por lobos hambrientos que apetezcan carne (hablo con el debido respeto al señor fiscal). Su razonamiento es este: Ferro ha dicho que los ladrones de Alsina le asesinaron; Castillo, Alarcón, Carranza y Rodríguez están sindicados de tal robo; estos tenían amistad con Russi (se le llenaba la boca al pronunciar mi nombre..., dígalo el pueblo) porque paseaban juntos, porque los defendía, porque Rodríguez vivía en su casa; Carranza, cuadrillero de Rodríguez, Rodríguez, jefe de cuadrilla; luego Russi, ladrón, primer jefe. Castillo, Alarcón y Carranza, nombrados por Ferro como sus asesinos, nombrado también Russi; aquellos interesados en que Ferro no los denunciara; también este; es cierto que aquellos, como tales ladrones, lo asesinaron; luego Russi también es asesino.

«Señores jurados: para el que quiso oír, demostré ya que Castillo, Carranza y Alarcón no tenían, ni tienen, amistad conmigo. Bajo juramento oísteis los dichos de ellos mismos, en que aseguran no ser sino conocido míos, a quienes he servido, como profesor del derecho, por su dinero, aunque no me han pagado. Pero bien: los testigos que dicen que aquellos eran mis amigos, ¿han dado razón de su dicho, como lo manda la ley?

«No, señores jurados; tales testigos son de la masa del pueblo ininteligente, que conocen por amistad el que un individuo

salude a otro. Yo no tendría por qué negar relaciones con tales individuos, si las tuviera; pero, exceptuando las que he mencionado antes, no tengo otras; y, en por menor, son estas: haber hecho a Castillo unos escritos; entrando a su casa una vez, y otra haber cobrándole desde la muralla del Molino del Cubo lo que me debía; haber ido con Alarcón y Carranza a Zipaquirá a prestarle al primero un servicio en mi profesión, regresando también con el último; haber estado el día de Año Nuevo con Alarcón, Manuel Ferro y su familia en el río llamado de Los Laches. Estas relaciones, ¡jueces, pueblo!, no forman amistad íntima, de aquella amistad que es necesaria para confiar en otro la vida y el honor... Tal vez no me replica en esta parte el hombre elevado por sus méritos a la magistratura acusadora.

«Ignacio Rodríguez vivió en mi casa, comía en mi mesa por su dinero, y lo visitaba en su posada con frecuencia, hasta en la tarde víspera del día en que tuvo lugar el robo cometido en la casa del señor Andrés Caicedo. Esto lo he confesado francamente porque es la verdad, como también lo es que antes no conocía yo a Rodríguez; que desde la víspera mencionada no lo volví a ver sino hasta en la cárcel un día en el cual reconocí a mi huésped Vicente Pérez; de cuyo reconocimiento y demás que me constaba declaré bajo sagrado juramento con la sencillez del hombre de bien. Más ahora debo preguntar: Ferro o alguno otro, caballero o canalla, rico o pobre, grande o pequeño, mulato o mestizo, sabio o ignorante, ¿ha denunciádome jamás como ladrón principal o subalterno de algún hurto o robo de los cometidos desde el principio del mundo hasta ahora? ¿Se me ha denunciado como cómplice, auxiliador o encubridor de semejantes delitos? No, no, no; mil veces no; y

si hay denunciante, que salte al circo, porque en este Tribunal no se admiten denuncias por los leones de bronce, no se admiten alevosos que hieran a mansalva. ¿Dónde están los cuerpos de los delitos? ¡La prueba, señor fiscal! La prueba porque Dios nos mide con la misma vara con que medimos; porque el presente nos está mirando, y la posteridad también mira por los hechos del presente, y los juicios del tiempo son los de Dios. Este juicio fue el juicio de Antíoco.

«¡Jueces! En la boca del terrible boa está el aliento que atrae hasta el inocente pajarillo que surca el viento buscando la comida que para alimentar su vida le proporciona el Ser Supremo; en la boca del señor fiscal está el aliento que quiere matarme; y de su dicho aislado quiere que salga el problema que arrastre con su peso con cuantas razones encuentre en su tránsito, empujando con él a la muerte para que hiera a oscuras la víctima que elige.

«¡Jueces y pueblo! En el proceso no hallaréis la menor prueba, el más ligero indicio contra mí. ¡Juristas, sacerdotes de la ley! Venid conmigo al sacrosanto templo de la justicia, no a hollarlo con planta fratricida, sino a absolverme del temerario cargo que la equivocación más perniciosa puede haber formulado; no a derribar el altar de la inocencia y a construir en su lugar el del odio contra un infeliz, cuyo principal delito toma forma y colorido en que es sólo en el mundo, en que sus relaciones están sobre su cabeza, pero sin el apoyo del dinero, sino a construir el monumento sólido ante el cual debe rendirse culto a la razón y a la justicia.

«Y si no existe prueba de que yo sea ladrón principal, auxiliador o encubridor, etcétera, ¿por qué, fiscal, tomáis tal hecho

por base de vuestro raciocinio? ¿Por qué olvidaros de vuestro santo ministerio y tener el placer de confundirme con el criminal? ¿No sabéis que el oro no se amalgama como el plomo? Si no hay ni leves indicios de que yo haya sido, pueda ser, ni sea ladrón, cómplice ni auxiliador de los que merezcan tal nombre, como tal, pues no he podido herir a Manuel Ferro; y tomar por hecho anterior al hecho presente el dicho de Manuel Ferro para calificarme como *infame bandido*, sería una falta grave en un individuo del bajo pueblo; pero es un crimen nefando en un magistrado pagado no para oír parcialmente pasiones malévolas o para atender a sentimientos benévolos, sino para distribuir la justicia o para pedir la distribución de ella igualmente al inocente que al criminal. ¡Ah, señor fiscal! Ojalá que en los decretos eternos esté el borrar del gran libro esta falta vuestra, para que vuestra familia no arrastre la soga de Caín por el puñal que públicamente me habéis clavado en el corazón con declamaciones de poderoso, con declamaciones que han ido directamente a borrar —¿sobre quién?—, sobre un cadáver, porque un preso a quien se mira con prevención, sin relaciones y sin dinero, es poco menos que un cadáver.

«Decir, pues, que por tener relaciones con algunos de los sindicados como ladrones, únicos que pudieran tener interés en salir de Manuel Ferro porque no los denunciara, ya es indudable que se fue asesino, es suponer gratuitamente lo que no existe, es oír a la pasión ciega que condena mas no a la razón que absuelve; es levantar sobre un pedestal falso el trono de los Domicianos.

«Con Ignacio Rodríguez viví y comí unos días; nos abrigamos bajo un mismo techo, y así lo he confesado bajo juramento,

no lo he negado. Responedme ahora, señor acusador: cuando admití en mi casa al referido señor, ¿sabía yo que estaba manchado con el delito, que la ley lo necesitaba para purificarlo, que la autoridad lo pedía para el escarmiento? Al proceso, jueces; al proceso, pueblo, al proceso, no hay más remedio. Allí no hay constancia de semejante hecho; luego es bajo la palabra del señor fiscal que él se quiere dar sentado y probado. Los juicios deben llevar por cabeza los hechos y por pies la aplicación del derecho; no existiendo los primeros, es visto que no puede tener lugar la aplicación de ninguna consecuencia legal.

«Si hubiera querido el señor fiscal fundarse en una cosa sólida, hubiera informádose de la situación de mi casa; hubiera visto que del portón de ella a la pieza en que vive una pobre vieja tía mía, enferma, y una joven cansada de lidiarla, hay más de treinta varas de fondo en una pendiente, y convencido de la imposibilidad de oírse adentro lo que pasa afuera, no habría formulado uno de los cargos que me hace.

«¡Cómo! No contradice enérgicamente, dice el señor fiscal, a Ignacio Rodríguez el día del careo en la Jefatura Política. Sin embargo, no atiende a que allí sostuve mi dicho bajo juramento y con la firmeza de un hombre de mi clase; pero hay muchos que no entienden esta firmeza, no obstante que, aparentando semejante virtud, no hablan más que el lenguaje de las verduleras. ¡Oh, Dios mío! Yo he oído aplausos dentro del recinto dirigidos a este último lenguaje.

«Conseguí que Juan Roel (¡ah, Juan Roel, Dios le perdone!) fuera conmigo en auxilio de Ferro, de un muchacho a quien quise porque me sirvió con cariño cuando pudo, y le dije que tomáramos la dirección más corta a la casa de aquel

desgraciado; tomamos, en efecto, la plaza Bolívar por su diagonal, a seguir por la carrera Bolivia; y cuando íbamos llegando al punto donde nos dirigíamos, un comisario de Policía me ordenó que le siguiera: “¿Por qué?”, le pregunté yo, con la calma del que tiene su conciencia tranquila. Nada se me respondió. “El jefe político, ¿dónde está?”, volví a replicar. “En la casa de Ferro”, me contestó el comisario. “¡Adiós, Juanito!” le dije al tal Roel, que ha manifestado públicamente desprecio al manifiesto que di inmediatamente después de mi prisión, y me separé de él. No es cierto, pues, que yo siguiera al agente de Policía que me intimó la orden, sin hablarle; y con el mismo señor y su partida de comisarios desmentiría el dicho de Roel en tal punto si no estuviera cerrada ya la puerta para la prueba.

«Las cuadras que con Roel tomé aquella noche para ir a donde Ferro, muy lejos de ser las más largas, son las más cortas, como lo notará el que cuente de la esquina de la Calle de Florián, en la plaza, tomando la diagonal, y subiendo luego por la carrera de Bolivia hasta aquel punto, y compare después el número de cuadras que hay al mismo sitio, tomando la carrera de la puerta falsa de la Catedral o sea, del oriente.

«Como a las nueve de la noche del 24 de abril, Josefa Andrade, criada de Manuel Ferro, pidió auxilio de médico en la botica de Roel para su amo, que había sido herido en la puerta de mi casa. “¡En el portón de mi casa!” exclamé yo fuertemente. (Así lo ha declarado Roel en contradicción con Acevedo, que dice que *me quedé mustio*, y que vio en mi cara el síntoma de la delincuencia). También en su estudio vio el señor fiscal, como el indio tegua en el fondo de un platón de agua, mi fisonomía estampada con el sentimiento del criminal. No al juicio de los

que piden sangre, sino al de los inteligentes humanitarios cristianos llamo a que sea sentenciados estos dos célebres dinámicos espirituales.

«Muchos del pueblo han asegurado que Manuel Ferro había dicho que Raimundo Russi era uno de sus asesinos. Hay declaraciones de todo el bajo pueblo sobre aquello, si lo quiere el ilustre acusador; y si las busca en el pueblo llamado culto, también las halla con el mismo fundamento; porque en la masa casi total hay la misma facilidad para circular lo que oye, para creer sin examinar. Empero, el dicho general se funda en el de Manuel Ferro, y tiene tanto fundamento como el que tuvo el pueblo ateniense para creer delincuente a Sócrates por el dicho de sus acusadores Anito y Melito, sacerdotes de Baco.

«Salí a las seis y media, poco más, de la casita que forman las piezas altas de la casa grande en que habitaba el 24 de abril, a cuya casita me había retirado desde las cuatro y media de la tarde, en que comí; allí permanecí hasta las cinco y media con Pardo y Ramos, citados en mi declaración instructiva; con Cáceres y Barragán estuve en aquel punto desde tal hora hasta las mencionadas seis y media, en que me separé de ellos, lo mismo que de la señora Nieves Alarcón de Quintana, que fue con el objeto de que le diera unos pesos por cuenta de lo que le debo, como consta de mi diario y apuntamientos.

«Inmediatamente me vine para la Calle de Florián a la botica del doctor Roel, en cuyo sitio permanecí hasta que, con el mismo Roel, salí en auxilio de Ferro. ¡Dios y el tiempo juzgarán al señor funcionario de instrucción por no haber evacuado las declaraciones de Ramos, Pardo y demás, que yo cité para mi justificación!

«Como no tengo reloj, no vi la hora de que voy a hablar; tampoco oí la campana que pudiera anunciármela; en una palabra, no pude fijar instantes. Así que pude equivocarme cuando dije que había salido a las seis y media poco más, y en esto no podía haber nada de particular. Las personas acostumbradas a cargar y a ver el reloj se equivocan muchas veces cuando quieren dar razón de las horas por cálculo y sin ver la muestra. ¿Qué, pues, tendría de particular que se equivocase en ella el que no tiene semejante costumbre? Nada. Pero lo que hay de cierto es lo siguiente: que un momento después de las siete y media (declaración de Ignacio Roel, con vista de su reloj) estuve en la botica; y siete y media pasadas son, en efecto, las que señalan Melitón Ortiz y Juan Roel. De siete a ocho dijeron Cuevas, Rivas y Uribe haberme visto; serían, pues, escasas siete y media cuando esto sucedió, puesto que a la botica llegué un instante después.

«La señora Rafaela Escandón, cuyas ventanas de las piezas en que habita están inmediatas al portón en donde Manuel Ferro recibió las heridas, sintió que, al momento de ser atacado, este gritó, diciendo: “Auxilio, doctor Russi, que me asesinan los ladrones”. Esta señora fija la hora del suceso a las *ocho de la noche*.

«Simón Bonilla, que fue el que inmediatamente pasó por junto al sitio donde estaba Ferro tendido, y que ayudó a llevarlo a su casa, fija la hora del suceso a las ocho de la noche. Francisca González, esposa del finado, dice que a los tres cuartos para las ocho se vino para su casita a aguardar a su marido, a quien hasta ahora estuvo espionando, y que un poco después se lo llevaron herido. Es de notarse que la casa de dicha señora dista de la mía como tres cuartos de cuadra, y que para ir a ella



o se pasa por el portón de mi casa, o por la cuadra de encima a volver por la carrera de Bolivia, y entonces hay que atravesar la bocacalle que mira hacia mi dicha casa de habitación; y cuando la señora González pasara casi a las ocho, nada sintió en tal cuadra, lo cual es muy de notarse. La mujer Andrade, criada de donde Ferro, salió corriendo a buscar el auxilio de un médico, y llegó a la botica del doctor Roel, en donde estaba yo, a las nueve de la noche u ocho y media; y habiendo en el tránsito de su casa a la botica siete y media cuadras, gastaría en andarlas medio cuarto de hora a lo más. (Así lo declaró la dicha señora González, a solicitud mía, en el jurado). Cuando el señor jefe político fue a donde estaba el herido, dice él mismo que serían las nueve de la noche. Como un cuarto de hora después que la criada Andrade estuvo en la botica nos fuimos el doctor Roel y yo para la casa de Ferro, y ya el señor jefe político estaba allí y había tomado la declaración del herido y había mandádome aprehender.

«De las declaraciones, pues, de los testigos más inmediatos al tiempo del suceso tomo la hora que ellos fijan, y es la de las ocho de la noche. Desde las siete y media, según los testigos que me vieron bajar, estaba yo en la botica de Roel, Calle de Florián; pues que allí entré a las siete y media un momento pasadas, y la botica dista de la casa señalada algo más de ocho cuadras. En la botica permanecí hasta las nueve o nueve y media de la noche, en cuya hora nos fuimos con el doctor Roel; yo no podía estar a las ocho de la noche en el portón de mi casa y a la vez encontrarme también en otro punto ocho o nueve cuadras distante de ella, porque esto es materialmente imposible; luego, por una deducción de las más rigurosas en lógica,

no fui yo quien hirió a Ferro, no fui yo quien pudo hallarse en capacidad física de hacerlo.

«Dos testigos contestes e intachables os convencerían perfectamente, según la ley 32, título 16, parte 3.<sup>a</sup>, y el artículo 184 del Código de Procedimiento en los negocios criminales; pero yo os he presentado siete cuyos dichos se encuentran en el sumario obrando en mi favor; por manera que, con tal prueba, mi inocencia está en claro; mi inculpabilidad, patente; y no se ha podido, sino infringiendo abiertamente las leyes, declarar que el sumario prestaba mérito para proceder contra mí, cuando el artículo 140 del Código de proceder exige para ello dos cosas: primera, que haya plena prueba de la existencia del delito; y segunda, que exista un testigo idóneo o *graves indicios* contra el delincuente. Y el señor fiscal quedará también convencido de que los tres testigos que declaran que a las siete y media de la noche del 24 de abril me vieron en el portón de mi casa son miserables que mienten por el sólo gusto de mentir; que están perjurados por el dicho de los testigos que he presentado, y además contradichos notablemente, porque uno de ellos dice que me vio con *capa y sombrero de fieltro*, el otro que con *ruana redonda y sombrero de fieltro*, y el tercero que con *capa y sombrero chiquito*. ¿Se podrá dar algún crédito a semejantes testigos, contradichos mutuamente en puntos tan sustanciales? ¿Qué base de raciocinio pudieran ellos suministrar? Y, además, aun cuando fuesen tres cuáqueros los que así declarasen, ¿no es verdad que están manifiestamente desmentidos?

«Agrego a este cuadro de pruebas en mi favor los siguientes hechos, que os deben dar presunciones tan vehementes y decisivas que por sí solas hacen cada una de ellas plena probanza.

«La noche del 24 de abril último era oscura, ya que era la tercera o cuarta después de la menguante; la calle donde se perpetró el asesinato es, por sí misma, oscura aun en noche de luna; Manuel Ferro estaba ebrio porque había bebido *mucha chicha*, como así lo declaran la madre y hermana de él mismo; el asesino no tuvo voces con él, porque si no, lo hubieran oído; los golpes del criminal fueron dados con precipitación, y el escape ha debido ser en el momento, todo lo cual lo colegiréis de que al recibir las heridas gritó, y la señora Escandón abrió al pronto su ventana, no viendo más que al herido en aquel paraje. Ahora respondedme: ¿pudo conocer aquel desgraciado claramente a sus asesinos, pudo contar el número de ellos, pudo distinguir quién le diera tal puñalada, cuál otra? Esto es de todo punto inverosímil, y su misma inverosimilitud arguye contra el dicho del paciente a que se ha querido dar tanto valor.

«¡Pasad a mi lugar un momento, señor fiscal! Un móvil dado os compele a dar muerte a un hombre, y tenéis o no tenéis cómplices. Decidme: ¿elegiréis por sitio el portón de vuestra casa para perpetrar el delito? ¡No que esta sería la mayor de las torpezas! Torpeza que yo rechazo y que no se me puede aplicar en gracia de justicia.

«Mas, pretendéis la muerte de un hombre, tenéis la facilidad de atraerlo a vuestra casa en el día o en la noche; aquella casa es grande; vivís casi solo: tenéis conocimiento del tiempo en que está en la calle, del en que puede estar en su habitación, del cuidado que la familia tenga por él; sabéis positivamente que muy rara vez va a su casa antes de las doce de la noche, y muchas veces, al amanecer; y con todos estos datos, ¿le haréis el daño en la calle, a una hora en que todo el mundo vela y

anda, arriesgando vuestra honra, vuestra fortuna y vuestra vida, en lugar de conducirlo al punto más conveniente y apropiado para la seguridad y para el secreto? ¿Por qué, pues, señor, considerarme a mí tan torpe que fuera a faltar a aquellas consideraciones que al más palurdo de los hombres se le hubieran de ocurrir?

«Si algún móvil me hubiera compelido a dañar a Manuel Ferro, yo hubiera procedido con alguna cordura, pues que tenía amistad con él y conocía su vida; y hoy no sabrían, no, quien hubiera quebrantado con él el quinto precepto del Decálogo.

«Señores jurados: comparad la prueba que os doy para acrisolar mi inocencia con la que os ha presentado el señor fiscal para cubrirla de luto; y fijando vuestra vida en Dios y la ley, es imposible que no halléis que la primera despeja evidentemente la incógnita que buscáis; es imposible que no os veáis movidos a declararme altamente inocente e indigno de los martirios que he sufrido y a que la fatalidad me ha conducido. Al brillo de la luz que me rodea, poniéndome casi diáfano para poderme penetrar, no es posible, no, que se puedan resistir vuestras conciencias, y tanto más hoy, que creo que la suerte os presenta con claridad los ejecutores del crimen en los propios términos en que los mencionó Manuel Ferro, según los denuncios de varios individuos, que os han instruido ya bastante en el particular. No dudo tampoco que la sabiduría y penetración del señor juez sabrán descubrir perfectamente la verdad; la verdad, sí, que disipará la tiniebla, que rasgará el velo y que hará desaparecer la duda, conduciendo al jurado a acertar con el criminal para escarmentarlo; mas no a cometer un horrible asesinato oficial, que socavaría el sepulcro de la sociedad, que

haría temer a la virtud, que haría reír al criminal, llevando el anatema de la imparcialidad y de la Historia sobre las cabezas de los que quisieran sellar con la sangre de un inocente el libro de los destinos del pueblo.

«¡Vais a juzgar por ladrón de cuantiosas sumas a un hombre que, para presentarse ante este augusto Tribunal, no ha tenido otro traje sino este que veis!».

Quitándose la capa, se adelantó hacia los jurados, y les dijo, con dignidad:

«¡Mirad al ladrón! ¡Tiene rotos los vestidos que le sirven de abrigo! En mi casa sólo se encontró un pobre lecho para descansar; los Códigos de leyes, que me han de servir para defender mi inocencia, y a Napoleón, que contempla la tumba del gran Federico, cuadro que conservo por el pensamiento elevado que inspira».

La defensa de Russi tenía por base principal impresionar al auditorio con golpes teatrales y alusiones picantes dirigidas al fiscal. Hacía hincapié acerca del ningún valor jurídico que tenía, según él, la declaración de Ferro, y protestó, al mismo tiempo, contra la retroactividad de la ley de jurados, con que se le juzgaba.

Terminó así:

«¡Juez omnipotente del cielo y de la tierra! ¡Mi Dios! Bendigo mil veces vuestros decretos soberanos y adorables. ¡Soy inocente y he vivido con pureza! ¡Hoy soy herido de muerte por hombres que no saben lo que han hecho! ¡Se me cierra, yo lo veo, el templo de la justicia; observo derribar su altar, miro que se ciegan sus fuentes, siento despedazar el fiel de su sagrada balanza!

«Pues bien: si es que me quitan la vida, muero inocente; no llevo remordimiento alguno; pero sí, ¡Dios mío!, llamad conmigo a juicio a mis jueces de la tierra...; yo os pido justicia y misericordia...; yo los cito ante vuestro Tribunal santo, único que da perfectas garantías, a la vez que da consuelos al alma».

Desde que Russi dio principio a su alegato empezó la *claque* de la *compañía*, compuesta de los socios *honorarios* que no cayeron por entonces, a atronar el salón con ruidosos aplausos, en que les hacían corro los acusados desde sus bancos; de esa circunstancia procedió, sin duda, la idea confusa que se apoderó de algunos espíritus superficiales para propalar la especie de que aquel gran criminal era inocente.

Llamó a varios testigos de los que habían dado declaraciones que no le eran favorables, con el objeto de ver si amenazándolos con la justicia de ultratumba, lograba que se contradijeran; pero, perdida la esperanza por ese lado, se arrojó al suelo como poseído de ataque nervioso, ofreciendo su sangre a los que estuviesen sedientos de ella. Abstracción hecha de esos monólogos y pantomimas, que sólo impresionaban a los optimistas, Russi no presentó una sola prueba que lograra desvanecer *ninguno* de los tremendos cargos que sobre él pesaban.

Los demás acusados tuvieron defensores que nada podían hacer en favor de sus clientes, porque se trataba de una causa perdida.

Hubo un incidente asaz curioso: Alarcón manifestó que un abogado que estaba en la barra lo había dejado sin defensa, después que le había cogido *cuatro pesos* y una ruana; el aludido se escurrió entre el tumulto, probablemente diciendo, para su capote, que «ladrón que roba a un ladrón tiene cien años de perdón».

La impresión producida en los miembros del jurado antes de dar su fallo era la de que, de los veintidós hombres que aparecían sentados en el banco de los acusados, todos, menos uno, eran culpables de los delitos por que se los juzgaba.

Sin embargo, con el propósito de poner en juego todos los medios conducentes a tranquilizarse por el fallo que pronunciaran, los jurados oyeron una misa en la iglesia de San Ignacio, a fin de implorar la asistencia del Espíritu Santo, y fueron en comisión a la casa del señor Joaquín Gómez Hoyos, con el objeto de exigirle la ratificación de los decires que de tiempo atrás circulaban respecto al incidente del fontanero Bernal, que ya dejamos referido, y le advirtieron que de sus palabras dependía la vida de un hombre. Don Joaquín les repitió punto por punto lo ocurrido con Russi en aquella ocasión, con lo que quedaron más persuadidos aquellos caballeros de la culpabilidad de este.

Reunidos los jurados para deliberar, después de terminados los debates, que duraron quince días, acordaron que, para tener más independencia, adoptarían el sistema de votar con boletas al emitir los votos que implicaran pena de muerte; todas las cuestiones quedaron resueltas por unanimidad.

A las cinco y media de la tarde del día 2 de julio, si no estamos equivocados, se abrieron las puertas del recinto en que se hallaban los jueces. El público se agolpó en confuso tropel hacia las tribunas, y en todos los semblantes se notaba el presentimiento, por no decir la certidumbre, de que se iba a presenciar algo trágico. En efecto, restablecido un silencio que dejaba oír las pulsaciones de las arterias de los circunstantes se puso en pie el presidente Triana, y con voz grave, pero profundamente

conmovido, leyó la siguiente sentencia, que escucharon todos con temerosa atención:

*Se ha cometido el delito de asesinato premeditado en la persona de Manuel Ferro.*

*José Raimundo Russi, Nicolás Castillo, Gregorio Carranza y Vicente Alarcón son responsables en primer grado.*

*Se ha cometido el delito de robo en cuadrilla de malhechores.*

*Ignacio Rodríguez, su jefe, es responsable en primer grado.*

¡Aquellos desgraciados estaban condenados a muerte! A dieciséis de sus compañeros se los sentenció a veinte años de presidio en los climas mortíferos del istmo, de donde ninguno volvió.

Pasado el primer estupor producido por las consecuencias que entrañaban aquellas pocas palabras, se oyó el grito leve y sonoro de «¡Viva el jurado!», repetido enseguida por más de cuatro mil personas. ¡El pueblo confirmaba la sentencia!

Algunos días después recurrieron al presidente de la República los condenados a muerte menos Russi, por medio de un memorial, en el que imploraban la gracia de la vida, y decían, entre otras cosas, que eran jóvenes y aún tenían tiempo y voluntad de corregirse y ser útiles a la patria. Negado el recurso de gracia, no quedaba otro arbitrio que el de ejecutar la sentencia.

### *DIES IRAE!*

El 15 del citado mes de julio, a las cinco de la tarde, acompañado de otros sacerdotes, se presentó en la cárcel, que estaba situada a pocos pasos de la esquina noroeste del Capitolio, el



doctor Fernando Mejía con el objeto de cumplir el triste deber de poner a los reos «en capilla».

Esta era un salón lóbrego que ocupaba toda la parte alta de la cárcel, con dos ventanas que daban al corredor, guarnecidas de gruesas rejas de hierro y una puerta en el centro, todas tres angostas y colocadas debajo de dinteles que apenas tenían la altura suficiente para que un hombre de regular estatura pudiera pasar inclinando la cabeza. En el interior se encontraba, hacia el este, el altar, consistente en una mesa con grada y un crucifijo con dos velas; al extremo opuesto había un gran cuadro con la imagen de Nuestra Señora del Carmen; el techo, sin cielo raso, dejaba ver la arboladura, soporte del tejado, blanqueada con cal, lo mismo que las paredes, en que se leían recuerdos de los infortunados que habían sufrido allí su agonía. Tenemos presente la siguiente inscripción: *Teodoro Rivas paga con la vida el asesinato de su esposa, el 27 de marzo de 1846.*

Encendidas las velas del altar y colocados convenientemente los centinelas de vista que debían custodiar hasta su última hora a los condenados, el jefe político les notificó que era llegado el tiempo de que se prepararan para dar cumplimiento a la sentencia que sobre ellos pesaba. Todos oyeron silenciosos tan terrible notificación y, acaso, por primera vez, se dieron cuenta los reos de la verdadera situación a que los habían conducido sus crímenes. Se les quitaron los grillos como medidas inútiles de precaución, pues a no ser que algún ángel del cielo viniera a librarlos, como aconteció a San Pedro, con toda propiedad podían aplicarse allí las fatídicas palabras de Dante:

*Lasciate ogni speranza, ò voi ch' entrate!*

Los sacerdotes se acercaron a los reos y los invitaron a pasar a la capilla. Todos los siguieron cabizbajos, con aparente tranquilidad; pero pocos instantes después se apoderó de Russi un acceso de terror y desesperación que lo rindió por tierra y le hacía revolcarse en ella dando aullidos espantosos. Castillo, Alarcón y Carranza lloraban a gritos; Rodríguez estaba sereno, y al ver la actitud de Russi, le dijo con desprecio: «¡El doctor tiene miedo!».

De acuerdo con los consejos que para tales casos dan místicos experimentados, los sacerdotes esperaron a que pasaran esos primeros accesos de amilanamiento y pavor, para dar principio a su penosa cuanto heroica tarea. Con dulzura y llorando con ellos, lograron tranquilizar a los reos hasta conducirlos al pie del altar, a fin de dar principio a sus trabajos espirituales, invocando la poderosa intercesión de la Virgen María, en su advocación de los Dolores, por medio del rosario que rezaron de rodillas a las siete de la noche.

La autoridad eclesiástica arregló las cosas de manera que los condenados tuvieran siempre a su lado sacerdotes competentes que, sin fatigarlos, los confortaban en tan duro trance; así fue que durante esa primera noche de agonía, en que ninguno durmió, se oían en ese antro de lágrimas y de tristeza infinitas sollozos y suspiros desgarradores, producidos en parte por los primeros albores del arrepentimiento.

A las seis de la mañana del día 16 se celebró el sacrificio de la misa, e hizo tomar ligero desayuno a los reos y se dio principio a las confesiones. Rodríguez, sin prestar atención a las exhortaciones de los sacerdotes, se fue a sentar en el poyo de la ventana situada a mayor distancia del altar; miraba distraído

hacia el patio de la cárcel y dirigía la palabra de cuando en cuando al oficial de guardia, que permanecía en el corredor.

A las nueve los reos almorzaron alguna cosa, a instancia de los sacerdotes. El completo insomnio de la noche anterior y la angustiosa situación empezaban a producir en esos hombres, sanos de cuerpo, los mismos síntomas de exaltación nerviosa que se notan en los moribundos: pulso acelerado e intermitente, desgana y sed abrasadora, mirada extraviada, lasitud en el sistema muscular y agudas neuralgias en la región estomacal.

A las once llegó la escolta del Batallón Artillería, que, a las órdenes del entonces capitán don Casimiro Aranza, debía ejecutar la sentencia al día siguiente. El oficial recibió a los reos que debía entregar cadáveres y les manifestó lo penoso que le era el cumplimiento de tan terrible deber.

Hacia el mediodía se permitió la entrada a la capilla a los deudos y amigos de los que se consideraban como moribundos. Dictaron sus disposiciones testamentarias sobre lo poco que tenían, y Castillo consintió en que el señor Luis García Hevia tomara su retrato en daguerrotipo. Aún recordamos aquella escena conmovedora por demás: Castillo con su hijo de siete años, que le tenía abrazado del cuello como en actitud de proteger a su afligido padre.

A las tres de la tarde creyeron que no debía prolongarse más la escena, que desgarraba el corazón de los circunstantes y quitaba al desdichado reo un tiempo precioso. No tenemos palabras que sirvan para dar ligera idea de lo que pasó al separar, *para siempre*, a esos dos seres. Al niño le sacaron dando alaridos de dolor, y a Castillo le tomó el doctor Pedro Antonio

Vesga y le condujo, abrazado, al pie del altar, donde logró que se fijara en el crucifijo.

Durante la comida, que llevaron los parientes o amigos, se les pudo hacer tomar de casi todas las viandas, acompañadas con algún vino generoso; la labor de los sacerdotes había empezado a producir sus frutos y, excepción hecha de Rodríguez, quien aún no había querido confesarse, los demás reos se manifestaban un tanto serenos y resignados.

A las cinco de la tarde se acercó a Rodríguez el padre Valentín Zapata, candelario, con el objeto de ver si lo reducía a que se confesara. El reo permanecía sentado en la misma ventana, entretenido en jugar al *tute* con una su *amiga*, que ni en esos críticos momentos le abandonó. El religioso manifestó al terrible hombre que tuviera la seguridad de que un día después, a la misma hora en que estaban hablando, estaría enterrado; le suplicó con lágrimas en los ojos y en los términos más expresivos que aprovechara las pocas horas que le quedaban de vida para implorar el auxilio del patriarca señor San José, a fin de que le alcanzara buena muerte. El reo miró de soslayo al religioso, se sonrió con aire burlesco y repitió las palabras: «Patriarca señor San José», enseguida se dirigió a la amiga y le dijo con voz imperiosa: «¡Echa cartas!».

Entrada la noche permanecieron todos en religioso recogimiento, y hasta el mismo Rodríguez no pudo sustraerse al sentimiento melancólico que, aun en las épocas bonancibles de la vida, se apodera del espíritu en esa que marca el fin del día para dar principio al imperio de las tinieblas.

A las siete salió el capellán de la Veracruz en dirección a la cárcel, conduciendo el crucifijo del Monte Pío; una cruz negra

en que está pintada la imagen de Jesús Crucificado, con la Dolorosa a los pies, dos faroles de hojalata agujereados, con las velas de los agonizantes, puestos en la extremidad de dos astas, y la campana esquilón, con que se anunciaba la muerte de los hermanos terceros, objetos todos que hoy existen en la misma iglesia.

Se iba a cumplir con lo estipulado en una antiquísima fundación para imponer a los reos de muerte, la víspera de ejecutarlos, la mortaja que, como símbolo de reconciliación con el cielo, debían vestir, la que consistía en una túnica blanca, correa atada a la cintura y el escapulario de la Cruz de Jerusalén.

Silencio profundo reinaba en el recinto de la capilla, apenas alumbrada por la débil luz de las dos velas encendidas en el altar, al pie del cual permanecían arrodillados los reos en tranquila meditación, cuando sonó en la puerta de la cárcel el esquilón que precedía a la comitiva de La Veracruz. Russi, en pie y con voz solemne y reposada, dijo a los circunstantes: «Vamos, señores, a recibir al que nos ha de juzgar mañana».

Todos se aproximaron a la puerta de la capilla y acompañaron enseguida hasta el pie del altar al capellán y a su séquito. Puestos de rodillas, y después de rezar el *Confiteor Deo* en voz alta y muy despacio, el capellán entregó a cada reo los objetos que le correspondían. Estos se los pusieron, después de besarlos con señales de gran veneración, en medio de los suspiros y lágrimas que brotaban de lo íntimo de sus almas. Enseguida, el sacerdote recitó sobre ellos las oraciones de *bien morir*, les aplicó la indulgencia plenaria y se despidió, no sin ofrecerles volver ¡al día siguiente...!

Apenas hubo salido el cortejo que acabamos de describir, cayó Rodríguez al pie de un religioso franciscano y permaneció

así hasta las nueve de la noche. Los lobos estaban convertidos en corderos.

Después de una sencilla y patética exhortación del padre Pedro Martínez, candelario, en que se les aconsejaba que tuvieran plena confianza en la infinita misericordia del Divino Jesús, muerto, como ellos iban a morir, en un patíbulo infame, por redimir y salvar al pecador arrepentido, les obligó, con señales de la mayor ternura y compasión, secundado por los demás sacerdotes, a que se recostaran en sus lechos, a fin de que tuvieran fuerzas y ánimo para afrontar con resignación los sucesos del día siguiente. La relativa tranquilidad de espíritu que ya sentían y la tristeza mortal que los dominaba hizo que esos hombres tan próximos al sueño eterno durmieran en completo reposo hasta las tres de la mañana del día siguiente, término fatal de su borrascosa y criminal existencia. Al relevar los centinelas a aquella hora, despertó Russi, dio un grito estentóreo y exclamó, con acento de intenso dolor: «¿Es cierto que debo morir?».

Los otros compañeros, menos Rodríguez, despertaron sobresaltados; prorrumpieron en llanto y se lamentaban de la suerte que los esperaba. Rodríguez se incorporó en la cama y continuó impasible sus conferencias con uno de los sacerdotes. Calmado Russi, se puso a escribir hasta las cinco. Hubo un momento en que se le enredó una pelusa en la pluma y, con sorpresa de los circunstantes, la acercó a la luz de la vela e hizo desaparecer, sin temblarle las manos, el obstáculo que le fastidiaba.

La mañana del día 17 se presentó serena y brillante; todo en ella convidaba a gozar del don precioso de la vida, y así debieron comprenderlo los condenados, porque hacían constantes

alusiones al buen tiempo. Con el fin de quitarles todo pensamiento en los intereses terrenales, uno de los sacerdotes les manifestó que si, como era de esperarse, ofrecían a Dios con buena voluntad el sacrificio de sus vidas, esa mañana en la cual admiraban las obras del Creador sería el principio de un día eterno y feliz para ellos.

A las seis se celebró el sacrificio incruento el altar, al que asistieron los reos con marcadas señales de recogimiento; después se rezaron las oraciones adecuadas para la preparación de quienes van a comulgar por última vez.

A las siete llegó el cura de la parroquia de la Catedral, conduciendo el *pan de los fuertes* para administrarlo a los condenados en forma de viático que los confortara en el próximo y tenebroso viaje a la eternidad. Todos comulgaron con el mayor fervor y unción; no se les administraron los santos óleos, porque este sacramento sólo se puede aplicar a los enfermos, y aquellos hombres gozaban de perfecta salud...

A las ocho les introdujeron en la capilla un delicado almuerzo, preparado por la virtuosísima matrona señora doña Dorotea Durán, esposa del presidente, general José Hilario López. Ninguno de los reos estaba ya en condiciones de tomar alimento: tal era el estrago producido en su organismo por la prolongada agonía de treinta y siete horas que llevaban de capilla; sin embargo, los sacerdotes los obligaron a tomar unos sorbos de sopa y de café acompañado con brandy, a fin de producir algún calor en esos cuerpos que, vivos aún, se sentían ya helados por el beso de la muerte.

Entretanto, los ministros del Dios de las misericordias no cesaban de prodigar a esos desgraciados todos los consuelos

que les sugería el acendrado espíritu de caridad de que estaban poseídos, tomando ellos mismos, en esa inagotable fuente, valor y serenidad, a fin de llenar, en tales supremos instantes, las delicadas y azarosas funciones de acompañar a los ajusticiados en los últimos momentos.

A las diez, el capellán de La Veracruz, con el mismo aparato con que se había presentado la noche anterior en la capilla, y cumpliendo, además, con la oferta que les había hecho, volvió a llenar el penosísimo cuanto tremendo deber de acompañar a los reos al lugar del suplicio. Estos permanecían arrodillados al pie del altar y escuchaban con marcada atención las oraciones que les recitaba el presbítero doctor Antonio Herrán, entonces canónigo, más tarde arzobispo de Bogotá. Ya parecía que aquellos hombres estuvieran desprendidos de toda esperanza material y que, empapados en la sublime idea de ver y poseer a Dios en toda su inmensidad, vieran con indiferencia las miserias de este valle de lágrimas; pero no fue así: al oírse el esquilón, que entraba en la cárcel, despertó en los reos desesperado instinto de conservación, natural en todo ser viviente. Se arrojaron al cuello de los sacerdotes; les pedían la vida a cambio de los mayores tormentos que quisieran imponerles; gemían y aullaban como fieras encerradas en estrecha jaula y buscaban con miradas de angustia indefinible alguna salida por donde escapar de su espantosa situación. La sangre se les agolpó al cerebro y les produjo los síntomas precursores de fulminante apoplejía.

Fue aquel un momento de gran consternación para los sacerdotes, que creyeron perdido sin remedio para esos hombres el fruto de sus pacientes y asiduos trabajos. En medio de



aquella inesperada confusión logró el doctor Vesga apoderarse de Castillo y le condujo al pie del cuadro que representaba a Nuestra Señora del Carmen; se arrodillaron juntos y, con la voz sonora que caracterizaba al doctor Vesga, acompañó a Castillo a rezar el incomparable *Memorare* de San Bernardo. Todos los demás siguieron aquella oportuna inspiración y, como por milagro, se cambió el sentimiento de espanto que dominaba a los reos por el de humilde resignación, luego que pidieron a la Madre de Dios amparo y conformidad en aquella pavorosa situación.

A las diez y cuarto estaban los circunstantes arrodillados al pie del altar, oyendo las sentidas y conmovedoras oraciones que la Iglesia católica prescribe para los agonizantes. El alcaide de la cárcel los interrumpió a fin de que se revistieran de las túnicas con que, según la ley, debían marchar al cadalso. Las de Russi, Castillo, Alarcón y Carranza eran de lienzo blanco manchadas de sangre, como asesinos, con capucha del mismo color; la de Rodríguez era de valencina negra, con sambenito en vez de capucha, como jefe de malhechores en cuadrilla. Russi manifestó gran repugnancia para vestirse el infamante sayal; pero el doctor Pedro Durán, que era el sacerdote escogido por aquel para que le acompañara al banquillo, le abrazó con ternura, derramó el torrente de lágrimas que ya le ahogaba y le dijo, con la mayor suavidad: «Recuerde que el inocente y dulcísimo Jesús aceptó con humildad el manto de escarnio que le pusieron sus verdugos». Por toda respuesta, lo mismo que los otros compañeros, Russi besó la túnica y se vistió con ella.

Aún faltaba a los reos, para terminar su agonía en la capilla, recitar por última vez la *protestación de la fe*, ceremonia

imponentísima y de excepcional importancia en aquellos momentos solemnes.

Arrodillados al pie del altar y en actitud de dolorida resignación, los reos repetían palabra por palabra los cortos periodos que les recitaba el doctor Mejía. Al oír Rodríguez las primeras frases de aquella sublime oración, que dice: «Creo en Dios, espero en Dios», se puso en pie y, como inspirado por un sentimiento sobrenatural, exclamó con acento que ya no tenía nada de mundano: «¡Sí, creo en Dios! ¡Espero en Dios...!».

Allí perdonaron los reos a sus enemigos y pidieron perdón a los que hubieran ofendido; manifestaron sus sentimientos de tierna gratitud hacia los sacerdotes que, como únicos amigos en el infortunio que sobre ellos pesaba, los habían consolado y asistido hasta sus últimos momentos, y concluyeron por abrazarse con ellos, después de lo cual se dieron el ósculo de paz y de mutuo perdón...

Desde por la mañana, en el lado sur del espacio cuadrado formado al efecto por hileras de soldados, aparecieron los banquillos, cada uno al frente del respectivo cimiento de las columnas que hoy existen en el frontispicio del Capitolio, a contar por la de occidente, en este orden:

En el centro, el de Rodríguez; hacia el oriente de este, el de Russi, y, después, el de Castillo; al occidente del de Rodríguez, el de Carranza, y el último de ese lado, el de Alarcón. Todos tenían en la parte superior del poste, en letras gordas y negras, la inscripción que expresaba el nombre del reo, al lugar de su nacimiento y el crimen por que se le ajusticiaba. Sobre el de Russi se leía lo siguiente:

JOSÉ RAIMUNDO RUSSI  
NATURAL DE SANTO ECCEHOMO  
*Sufre la pena de muerte por el delito de asesinato*

Al frente de los banquillos estaba fijada en un poste, en letras que podían leerse desde lejos, la siguiente advertencia:

*Al que levantara la voz o hiciere alguna tentativa para impedir la ejecución de la justicia, se le impondrá la pena de seis años de trabajos forzados.*

En los lados oriental y occidental de la plaza estaban formados, desde las nueve, los batallones Artillería y Granaderos, y en el lado norte, el escuadrón de Húsares, al mando del entonces coronel José María Melo.

Dos toques de campana en la torre de la Catedral anunciaron al jefe de la escolta que había llegado para los reos la hora de emprender el viaje del que no se vuelve. Inmediatamente entraron en la capilla, provistos de lazos, los cabos que debían atar a los condenados, quienes, antes de levantarse del pie del altar, besaron el suelo, recibieron la absolución en común y se entregaron a los cabos, que los ataron por los lagartos, sujetos hacia atrás, pero dejándoles libres los brazos para que pudieran llevar cada uno un crucifijo, del que no apartaban las miradas.

Todas las campanas de las iglesias de la ciudad tocaban a plegaria, para invitar a los fieles a rezar por los que iban a ajusticiar; y en los monasterios de las órdenes contemplativas,

sus moradores estaban en oración continua, implorando la clemencia del cielo en favor de aquellos desgraciados.

Precedía al fúnebre convoy el esquilón, que sonaba pausadamente, y las demás insignias correspondientes a la Cofradía del Monte de Piedad; enseguida iban los reos, en el mismo orden en que estaban colocados los respectivos banquillos, cada uno acompañado de su confesor y conducido por el cabo que lo llevaba atado, rodeados de los otros sacerdotes que los habían acompañado durante su lenta agonía, que rezaban ahora en voz baja las preces de los moribundos, y de la escolta que debía ejecutar a los condenados. La pavorosa procesión marchaba al compás regular de un tambor destemplado.

Desfilaron por los corredores altos de la cárcel, en cuyo gran patio estaban formados los otros presos, quienes, profundamente impresionados con aquel imponente espectáculo, cayeron de rodillas como movidos por irresistible impulso. En cuanto a los que iban a morir, caminaban lentamente y oían con profunda atención los consuelos que les prodigaban al oído los confesores que los acompañaban y tenían abrazados, como hace una madre cuando quiere defender el fruto de su amor.

Al asomar los reos a la puerta de la cárcel se oyó gran murmullo en la muchedumbre que ocupaba la avenida del sombrío edificio con el fin de presenciar el sangriento drama. Fue menester emplear la mayor prudencia con el objeto piadoso de que no distrajeran ni llamaran la atención de los que apenas tenían pocos instantes para prepararse a comparecer ante el juez que posee los eternos atributos de justicia y misericordia. A Russi se le oyeron las últimas invocaciones de las Letanías de la Virgen, en voz clara: *Regina Angelorum! Regina Patriarcharum...!*

En cuanto al aspecto físico de los condenados, en todos ellos se acentuaba el síntoma mortal que los médicos distinguen con el nombre de *cara hipocrática*.

Al llegar el convoy a la esquina occidental del Capitolio vio Russi al doctor Andrés Aguilar; se dirigió hacia él con el objeto de despedirse y, al efecto, le alargó la mano; pero este retrocedió y se ocultó en medio del tumulto.

¡Extraña coincidencia! Diez años después, el 19 de julio de 1861, el doctor Aguilar moría también fusilado por causa política.

Al llegar los reos al lugar del suplicio se situaron ocho soldados al frente de cada banquillo; se leyó en alta voz la sentencia que iba a ejecutarse, y se arrodillaron los condenados al pie de los respectivos confesores que los acompañaban, quienes se sentaron en los cadalsos, abrazaron a los penitentes y los cubrieron con el manto, a fin de poderlos exhortar con más eficacia; sólo Russi permaneció en pie, y en esa actitud hablaba con el doctor Durán.

Pocos minutos después de sonar en el reloj de la Catedral los tres cuartos de las once, los cabos que conducían a los condenados los separaron de los confesores. Castillo, al levantarse, alzó los ojos al cielo y exclamó, con amorosa expresión: «¡Señor..., perdóname!». Carranza, a quien acompañaba el franciscano padre Pontón, besó el cadalso antes de ocuparlo.

Ya estaban los reos sentados en los banquillos, atados y vendados, esperando la muerte, menos Russi, que permanecía en pie con su confesor. Entregó por último a este unos papeles impresos, se volvió hacia el norte y se dirigió a la muchedumbre, para gritar con estentórea voz: «¡Pueblo, delante de Dios

y de los hombres, muero inocente...!». Dijo otras palabras, que ahogó el redoble del tambor. Contrariado por este incidente, se despidió de su confesor, se sentó y se acomodó bien en el banquillo, al cual le ataron, y luego se le vendó.

Antes de sentarse Rodríguez en el poste fatal se quitó la rica esmeralda que llevaba montada en un anillo de oro y se la obsequió al cabo que le conducía. En este momento se aproximó a este una hermosa joven muy bien vestida, y en voz baja le dirigió algunas palabras; se dijo entonces que ellas tenían por objeto encarecerle que apuntara bien a la cabeza del reo, a fin de que hubiera certeza absoluta de su muerte.

Rodríguez estiró las piernas y las cruzó con la mayor indiferencia; Castillo y Carranza estaban resignados; Alarcón parecía cadáver.

El silencio aterrador que reinaba en esos momentos sólo era interrumpido por las preces de los agonizantes, recitadas por los sacerdotes, quienes se retiraron poco después y se colocaron detrás de la escolta.

A una señal del capitán Aranza, una descarga cerrada atronó los ámbitos de la plaza, a la que sucedió rechifla general de la multitud allí reunida, como para rendir homenaje a la justicia, que en esa ocasión se manifestaba implacable con los criminales.

Sólo Alarcón quedó inmediatamente muerto.

Siguió un fuego graneado sobre los ajusticiados, y como estos hacían movimientos convulsivos en su terrible agonía, el pueblo gritaba: «¡El doctor Russi está vivo!», «¡tírenle a Rodríguez!». El último que daba señales de vida era Carranza, quien, probablemente por la posición en que quedó fuera del espaldar

del banquillo, a cada tiro que recibía movía la cabeza; a este infeliz le dieron más de dieciocho balazos. Rodríguez recibió, entre otros, uno en la mandíbula inferior.

Los cadáveres, despedazados y chorreando sangre, quedaron expuestos en la misma posición hasta las dos de la tarde.

En el anfiteatro del hospital de San Juan de Dios, adonde llevaron los cuerpos de los ajusticiados, se les hizo la autopsia: Russi tenía destruida, al frente del esternón, la columna vertebral, cuyos fragmentos quedaron incrustados en el espaldar del banquillo.

Se les dio sepultura en el cementerio circular, en el mismo orden que ocupaban en el banquillo, hacia la mitad, a la izquierda de la calle central que conduce a la capilla.

El sermón de costumbre, después de la ejecución, lo pronunció el doctor Alvarsánchez, cura de la Catedral.

Hemos visto que Russi dijo, un momento antes de comparecer ante el *juez incorruptible*, que moría inocentemente, y aquellas palabras impresionaron aun a las personas que tenían íntima persuasión de la delincuencia de aquel hombre.

En cierta ocasión referíamos este incidente a un ilustrado sacerdote, quien, por toda respuesta, nos puso en las manos, abierto, un libro, que llevaba por título *El porqué de las ceremonias de la Iglesia y explicación de casos graves de conciencia*. Allí leímos consignada la siguiente doctrina: «El reo que no haya sido convencido del delito que se imputa por medio de la plena prueba exigida en derecho, *puede negarlo* hasta la última hora, cuando esa negativa tenga por objeto salvar la vida». Este era el caso en que se hallaba Russi, quien, por los conocimientos que demostró en esas materias, no es creíble que ignorara la teoría casuística.

Hay más: Castillo, Alarcón y Carranza, compañeros de Russi en vida y en muerte, si bien es cierto que tuvieron la *lealtad* de no inculparlo, guardaron rigurosa reserva sobre todo lo que pudiera contribuir para establecer el hecho de la inocencia de aquel. Al ser inocente, los sacerdotes que los confesaron les habrían compelido, bajo penas morales gravísimas, a que hicieran restablecer el crédito y salvaran la vida de aquel hombre. Ya hemos visto que todos ellos marcharon al suplicio, después de reconciliarse entre sí, sin hacer la menor alusión a la pretendida inocencia de Russi.

Hay hombres que dan qué hacer hasta después de muertos, y Russi fue de ese número.

En el año de 1852 se hallaba en Granada, de España, el señor Andrés Caicedo Bastida en busca de la salud perdida por la cal que le echaron en los ojos los bandidos que asaltaron su casa. Naturalmente, tuvo deseos de conocer la maravilla que en esa ciudad dejaron los árabes, conocida con el nombre de la Alhambra. Pues bien: al mostrar la boleta de entrada al palacio, se le presentó una persona con el mismo aspecto y sonido de voz de su *antiguo conocido* Russi: todo fue ver el señor Caicedo a su nuevo comendador y emprender retirada. Atónito su compañero con semejante proceder, creyó que el americano se había vuelto loco.

Llegados al hotel manifestó don Andrés a su amigo que su sorpresa provenía de haberse encontrado, de manos a boca, en cuerpo y alma, con un bandido a quien habían fusilado hacía más de un año en Santafé de Bogotá, capital del antiguo Nuevo Reino de Granada.

El asunto llegó a noticia de la autoridad, la que sacó en limpio que el supuesto e imaginado Russi, que tanto alarmó



al señor Caicedo, no lo habían fusilado en América en el año 1851, por la sencilla razón de que hacía más de diez años que desempeñaba la función de guardián del palacio de Yezid.

Sin embargo, don Andrés prefirió no conocer la Alhambra, a trueque de no volverse a encontrar con aquel hombre que le despertaba tan amargos recuerdos.

En 1872, transcurridos veintiún años después de fusilado nuestro héroe, se propaló la *chispa* de que, antes de morir, un sujeto en Tocaima había declarado que él había sido la persona con la cual confundió Ferro a Russi, y que, en tal virtud, la muerte de este había sido un asesinato oficial. A la sazón era gobernador de Cundinamarca el señor Julio Barriga. Apenas llegó a oídos de este magistrado la noticia aludida, dispuso que, por el entonces prefecto del Departamento de Tequendama, se levantara, de oficio, la información que pusiera en claro aquel grave asunto.

La respuesta del prefecto no se hizo esperar: aseguraba aquel que, de las más escrupulosas investigaciones, resultaba comprobada la falsedad de semejante aserción, y añadía que tal noticia tendría origen probable en los desocupados paseantes del atrio de la Catedral, quienes se complacen en componer el mundo desde aquella permanente tribuna.

Algo para concluir, el respeto que nos liga a la religión que profesamos nos veda presentar al público el fundamento en que se apoya nuestra concienzuda persuasión de la criminalidad del desgraciado que se llamó José Raimundo Russi.



## ▪ EN LOS ALISOS

Vamos a recordar uno de los crímenes que, por las circunstancias que mediaron en su ejecución y las excepcionales condiciones de la víctima, conmovió profundamente a la sociedad bogotana; pero antes de entrar en materia creemos oportuno referir algunos antecedentes.

Si examinamos detenidamente muchos actos de aparente e insignificante importancia en la vida de los hombres, no será difícil descubrir que ellos fueron el origen de sucesos más o menos graves, cuyo desenlace terminó en consecuencias trágicas o felices respecto de los que en ellos figuraron como protagonistas.

En el año de 1868, la industria de molinería de harina de trigo, en el distrito de Bogotá, se hallaba reducida a tres molinos movidos por rueda hidráulica, establecidos en los sitios conocidos con los nombres de Los Alisos, Tres Esquinas y El Boquerón, al pie del Pico de la Guacamaya.

El negocio era muy bueno para los empresarios, porque la falta de competencia y el acuerdo entre estos les puso en actitud de exigir a los productores de trigo la maquila que a bien tenían, ejerciéndose así verdadero monopolio en aquella industria.

En vista de tales antecedentes, otro empresario montó al frente de la iglesia de La Capuchina un molino, que movido por vapor sin las contingencias anexas a la rueda hidráulica en los veranos, funcionaba durante todo el año de día y de noche, lo cual lo puso en capacidad de disminuir el precio de la maquila, en perjuicio de los primitivos empresarios, quienes, advertidos de la catástrofe que los amenazaba, lograron adquirir por compra el nuevo molino, menos la máquina de vapor, con la expresa condición de que el vendedor renunciaba al derecho de montar otro molino.

Una vez que los primitivos empresarios volvieron a quedar como dueños exclusivos de la industria de moler trigo, resolvieron aumentar el valor de la maquila, lo que dio por inmediato resultado que los panaderos buscaran compensación por medio de un convenio, en virtud del cual no fabricarían *pan de a cuarto*, llamado así porque era el preferido del pueblo pobre, en razón a que con dos y medio de centavos se obtenían cuatro panes de regular tamaño, aunque de ínfima calidad.

El negocio de especular con el hambre del pueblo, empleándose en ello la adulteración de los víveres o el alza del precio en los artículos de primera necesidad por medio de odiosos monopolios, sobre inmoral, es peligroso.

En todo país *bien administrado* gozan de positiva protección en favor de los consumidores pobres determinados artículos alimenticios, entre estos el pan. Los panaderos tienen libertad de fabricar todo el pan que quieran calificado de primera calidad; pero con la obligación de ofrecer a la venta, bajo penas severísimas al que infrinja el mandato, determinada cantidad de pan destinado al pueblo, con especial peso, calidad y cantidad inalterables. Al panadero que en Turquía adultere la calidad

o el peso del pan se le cierra el establecimiento y se le clava de una oreja en la puerta de la tienda.

Guiados por el erróneo principio de que toda las cuestiones sociales deben resolverse con libertad, hemos llegado al absurdo de consentir el escamoteo de los víveres en favor de los monopolistas y en contra de la clase desvalida, incapaz de hacer valer sus derechos, hasta que llega un momento de incontenible desborde popular en solicitud de justicia reparadora.

En los anales del presidio de Bogotá consta que el chocolate suministrado a los presos lo confeccionaba el contratista con las cáscaras del grano, y el pan, con harina de habas y salvado. Nadie se preocupa por la pésima calidad de los víveres que desalmados especuladores venden como buenos, escudados con el derecho que tienen para vender; bastaría ligera inspección a los ventorrillos o chicherías para persuadirse que en estos se propina la muerte en vez de la nutrición apetecida.

Corría el año de 1875. Los dueños de los citados molinos gozaban tranquilos de las pingües ganancias que les proporcionaba el alto precio de la maquila, establecido en virtud del monopolio antes apuntado, hasta que, en mala hora para los especuladores en el negocio de harinas, los panaderos resolvieron explotar en provecho propio el filón iniciado por los molineros.

Los parroquianos que, en la mañana del lunes 18 de enero, acudieron a las panaderías en solicitud de *pan de a cuarto* para el desayuno acostumbrado, supieron con sorpresa la resolución de los panaderos, en virtud de la cual sólo se vendía pan de mayores dimensiones, operación que redundaba en favor de los empresarios, puesto que el pan ofrecido en cambio del llamado *de a cuarto* no equivalía en precio, peso ni tamaño, al conjunto de

los cuatro panes que se obtenían con dos y medio centavos, o sea un *cuartillo* de la moneda entonces en uso.

Aquella operación, que a primera vista no tenía grande importancia, produjo verdadero trastorno económico en los hogares pobres, en razón a que no todos tenían cómo agregar un crédito adicional al presupuesto de gastos, exiguo de suyo.

Durante la semana, que principió bajo auspicios favorables para los panaderos y terminó en desastre para estos, la ciudad semejaba levadura en fermento (que no otra comparación similar al asunto podemos hallar) en vista de la actitud del pueblo, resuelto a no dejarse extorsionar.

Según acontece en las conmociones populares, es casi imposible determinar quién sea el principal promovedor de ellas; pero el hecho es que los protagonistas se transmiten la palabra de orden, a la cual obedecen, y obran en consecuencia, sin averiguar de dónde proviene ni medir los resultados.

Es evidente que, en el caso en cuestión, la masa del pueblo recibió de alguien instrucciones precisas y los nombres propios de los dueños de las habitaciones que debían atacar, puesto que en la práctica se procedió con la exactitud de un programa acordado de antemano. En previsión de lo que se temía, la Guardia Colombiana ocupó en tiempo determinadas localidades; pero como los soldados también eran víctimas de la supresión del *pan de a cuarto*, fraternizaron con el pueblo, y se limitaron a representar el papel de testigos actuarios, dando, eso sí, una que otra voz de aliento a los actores de la función.

Entre siete y ocho de la noche del día 23 del citado mes y año se presentó en el Palacio de San Carlos numeroso grupo de hombres y mujeres del pueblo, con el objeto de impetrar

alguna medida que restituyera el asunto del pan a su antiguo estado. Don Santiago Pérez, presidente de la República, recibió, con la cultura que le era propia, a los comisionados para dirigirles la palabra; pero les manifestó con franqueza que el pan debía ser fruto del trabajo y no de asonadas inconducentes, al mismo tiempo que ofreció prestar atención al asunto que los preocupaba.

Es claro que no satisfizo a los protagonistas del mitin la respuesta del presidente de la República, puesto que, incontinenti, se encaminaron a la Plaza de Bolívar, donde el orador Leónidas Flórez subió al pedestal de la estatua, y desde aquella improvisada tribuna dirigió ardiente perorata al concurso, que lo escuchaba, ávido de emociones. Un leguleyo gritó, en tono de suprema autoridad:

—El que es causa de las causas es causa de los causados. ¡Abajo los molineros!

Un tormentoso «¡Abajo!», proferido por el irresponsable grupo, contestó a la invitación de aquel rábula, y, sin acuerdo previo, se presentaron al frente de la casa de habitación de don Joaquín Sarmiento, sita en la Calle de Florián, dueño del molino de Los Alisos. Allí, por encima de los soldados, que los alentaban en la empresa, y en medio de burlas e insultos, acometieron a piedra el edificio objeto de su saña: la caída de los vidrios con estrépito en el empedrado de la calle estimulaba el espíritu de destrucción de los asaltantes, hasta que no quedó ni uno en las ventanas. Los desperfectos causados en los muros de la casa permanecieron intactos hasta el año 1910, que los subsanaron con motivo de los festejos del primer centenario de nuestra Independencia.

La noche era espléndida, y sábado, por añadidura, día de pagar los jornales a los obreros, de manera que estos se hallaban en capacidad de entregarse sin reservas mentales a la zambra que se les brindaba.

Alguien debió distribuir entre los asaltantes el dato estadístico en que constaba la ubicación de las panaderías pretéritas y presentes, sobre las cuales ejerció el pueblo soberano el derecho de lapidación. Obtuvo especial preferencia la de don Matías Pérez, a quien se atribuyó la iniciativa de suprimir el *pan de a cuarto* situada en la calle 12, abajo del puente de San Victorino. Todas las piedras de la calle quedaron almacenadas en la sala y alcoba de la casa, donde no dejaron ni rastros de las ventanas.

El asunto terminó por donde debió haber empezado: en los muros de las principales calles de la ciudad aparecieron grandes carteles, en que se anunciaba que todos los panaderos, de común acuerdo, continuarían amasando *pan de a cuarto* en mejores condiciones del que antes se daba a la venta, cuya supresión motivó el conflicto. En honor del pueblo bogotano dejamos constancia de que entonces no hubo ningún ataque personal.

Entre las víctimas de lo que se llamó conflicto del *pan de a cuarto* se contó don Joaquín Sarmiento; pero es forzoso reconocer que en aquella ocasión el pueblo cometió grande injusticia al ensañarse contra este acaudalado caballero, que siempre puso al servicio de los pobres la ciencia médica que poseía. Fue uno de los fundadores del Banco de Bogotá, cuando se creía acto de patriotismo arriesgar el dinero en esta clase de empresas, que ya habían fracasado, con enormes pérdidas



de los iniciadores. En su condición de agricultor inteligente introdujo al país varias razas de animales y semillas europeas, y en cuantas empresas de mejoras materiales se acometieron por cuenta de particulares o de la nación, entre estas la obra redentora del Ferrocarril del Norte, el señor Sarmiento figuraba en primera línea.

Lastimado en su amor propio, el señor Sarmiento, con el ultraje de que fue víctima, emigró a la ciudad de París, donde se radicó, dejando al cuidado de sus sobrinas, entre las cuales contaba la señorita doña Sofía, la casa de Bogotá que había sido escenario del ataque del pueblo.

Poco tiempo después, en 1876, contrajo matrimonio, por medio de su apoderado y amigo en Bogotá, don Vicente Durán, con la expresada señorita, que fue a reunirse con su esposo. No tuvo larga duración la vida matrimonial que llevaron, porque don Joaquín murió en París en junio de 1877, después de instituir heredera de la mayor parte de su cuantioso capital a doña Sofía, la que volvió al país conduciendo el cadáver del esposo, embalsamado científicamente mediante la suma de doce mil pesos.

La llegada del cuerpo de don Joaquín fue todo un gran acontecimiento: después de pasearlo por las fincas rurales que poseyó en vida en las inmediaciones de la ciudad, se le expuso en cámara ardiente en la misma casa que fue teatro de la pedrea en el año 1875. El cadáver, envuelto en tela impermeable, flotaba dentro de una gran caja de plomo llena de líquido, que al contacto con el aire esparcía delicioso perfume no sólo en la casa, sino también en la vía pública; era tan perfecto el embalsamamiento, que parecía dormido. Luego se le colocó en lujoso

ataúd para llevarlo a la iglesia de Santo Domingo, donde se le hicieron suntuosas exequias, después de lo cual se le inhumó en el cementerio.

Cumplido, por parte de la viuda del señor Sarmiento, con el deber de dar decorosa sepultura a su difunto esposo, resolvió radicarse algún tiempo después en la quinta de Los Alisos en compañía de la señorita Elena, hermana achacosa, a la cual profesaba singular predilección.

El relativo alejamiento de la ciudad no fue obstáculo a que doña Sofía continuara cultivando los deberes sociales y de familia que se imponen a las personas de entendimiento cultivado y afable carácter. El espíritu positivamente piadoso y caritativo de aquella buena señora ejercía en ella tal influjo que no se llevaba a efecto acto alguno de beneficencia o religioso en Bogotá en que dejara de figurar su nombre como generosa contribuyente. De las rentas que le producía el cuantioso legado que heredó tomaba lo estrictamente necesario para vivir con modesto decoro, y dedicaba lo demás a lo que ella llamaba deberes de conciencia.

Entre las personas de la familia con quienes mantenía estrechas relaciones doña Sofía se contaba la de su sobrino Justiniano Gutiérrez, hijo del valeroso Pedro Gutiérrez Lee, muerto en defensa de los principios conservadores en la guerra de 1861. Ya fuera la simpatía que inspira la juventud, o que Justiniano lograra captarse el sincero cariño de su *querida tía*, como solía llamarla, el hecho fue que doña Sofía obsequiaba a dicho sobrino y a su familia empleando para ello procedimientos delicados, de manera que en ningún caso pudieran interpretarse como actos de humillante protección.

Justiniano rayaba entonces en los veinticuatro años, peligrosa edad para los jóvenes cuando les falta mentor que tenga autoridad suficiente para hacerse respetar y librarlos de los malos amigos. Estos fueron el origen de la perdición de aquel infeliz.

Los bienes de fortuna de la familia de Justiniano, sin ser cuantiosos, sí le proporcionaban recursos suficientes para llevar vida holgada. Gozaba de buena posición en la sociedad y podía obsequiar a los amigos, entre estos a Aurelio Delgadillo, que fue su predilecto y ejerció funestísima influencia sobre él.

En las frecuentes intimidades de los futuros malhechores, Aurelio insinuó a Justiniano la idea de que *cultivara a la tía* para que lo instituyera heredero. La semilla cayó en buena tierra, y, después de madura reflexión, optó este por la vía del matrimonio, sin parar mientes en la edad de la novia en ciernes, que era mayor de cuarenta años. Resuelto el punto, Justiniano se atrevió a escribir y enviar con Pedro Sarmiento, sujeto de condición humilde, la carta que verá el lector enseguida, con la advertencia de que lo informara de la impresión causada en la destinataria después de leerla.

«Sofía:

«Ciertos miramientos de nuestra posición me impedían comunicarle el asunto de esta carta; pero es este tan serio para mí, y tan poderosa es la influencia de los sentimientos a que obedezco ahora, que superan todo lo que sea ajeno de ellos, y me han formado el deber de ser muy ingenuo y franco con usted.

«La adhesión que hacia usted tienen los que la tratan es hoy en mí no solamente la simpatía, que tiene límites estrechos; es un sentimiento más intenso, que no tiene otros límites

que la voluntad y que busca un fin *juicioso* y tan santo y puro como es él mismo.

«Creo que quien cede a los buenos impulsos de su corazón no debe turbarse por ellos ni avergonzarse de comunicarlos con franqueza. No extrañe, pues, mis palabras.

«*Muy serio es el asunto*, y grave el paso que he dado; pero obedezco al darlo a los consejos de mi conciencia.

«Piense un momento, Sofía, en que nadie puede guardar siempre en secreto los grandes sentimientos de su corazón ni dominar estos cuando ya imperan absolutamente sobre los otros.

«Si usted no desconfía de la sinceridad y buena fe de mis palabras, no hay razón para extrañar este proceder mío; y de aquellas tendrá certidumbre atendiendo la insinuación que le hago, para que lea usted misma en mi alma esa verdad en una conferencia.

«Su afectísimo,

Justiniano Gutiérrez.

Su casa, 13 de noviembre de 1878».

He aquí la ingenua respuesta de doña Sofía a la carta abrupto de Justiniano, que reproducimos sin comentarios, inútiles por demás:

«Justiniano:

«La impresión que me ha causado la lectura de su cartica ha sido bien triste. Y qué: ¿no me considera usted bastante desgraciada para que me proporcione este desengaño? Porque este es un desengaño para mí, Justiniano, por dos razones: en primer lugar, yo había creído estar al abrigo de esta clase de burlas, y no ha sido así; y, luego, tenía tan buena opinión de su

honradez y caballerosidad, que nunca lo hubiera creído capaz de semejante broma.

«En fin, usted ha cometido una falta grave hacía mí; pero yo le perdono, comprendiendo que es una falta cuya causa ha sido su poco juicio.

«Espero que usted venga a mi casa con la confianza de siempre; y esté seguro que esta mala partida que me ha jugado no altera en nada mis sentimientos de benevolencia hacia usted y el deseo que tengo de serle útil en algo.

«Su tía y amiga,

Sofía».

La negativa de la mujer solicitada en matrimonio al impulso del noble sentimiento del amor produce abatimiento de ánimo en el desdeñado; pero cuando el dinero es el móvil de la pretensión estallan sentimientos de odio y rencor inextinguibles en el pretendiente chasqueado.

La negativa de doña Sofía fue tan indiscreta como generosa, según lo habrá notado el lector; pero ella produjo en Justiniano honda saña, que debía conducirle al delito.

Hay otra circunstancia en este asunto tenebroso que debía contribuir como antecedente en su desenlace.

A mediados del siglo pasado, don José María Sarmiento formó compañía con un sujeto acaudalado, jugador de Bogotá, para ir a Lima y a Chorrillos a ejercer la profesión: el primero, en calidad de socio industrial, y el segundo, como capitalista que proporcionó el dinero en la empresa.

Don José bogó con viento en popa en la especulación, porque a su muerte, en Lima, dejó un capital que se estimaba en un

millón de pesos. Advertido de esta circunstancia, don Joaquín Sarmiento emprendió viaje al Perú con el fin de hacer valer los derechos de heredero de su hermano legítimo y dar cumplimiento a determinadas mandas en favor de algunos miembros de la familia, entre estos el padre de Justiniano.

Gran decepción tuvo don Joaquín cuando llegó a Lima, porque mediante una de las agencias para proporcionar testigos falsos, establecidas en aquella ciudad, se presentaron varios supuestos acreedores provistos de los correspondientes documentos públicos debidamente registrados y anotados, en virtud de los cuales aparecía pignorado casi todo el capital de don José. El señor Sarmiento apenas pudo recoger algo de lo que aquellos falsarios no atraparon. En consecuencia, a los legados se los llevó pateta; pero en la desequilibrada fantasía de Justiniano figuraban como retenidos indebidamente por don Joaquín y, en consecuencia, incluidos en el haber de doña Sofía.

La viuda del señor Sarmiento no se equivocó al apreciar las consecuencias que le acarrearía su negativa a las pretensiones de Justiniano, según lo demuestran las frases pertinentes que, en carta confidencial, escribió a su hermano Roberto, residente en París, con fecha 17 de diciembre de 1878:

*Todo el mal está en mi detestable modo de expresarme. En prueba de ello voy a referirle un incidente que vino a alterar la monótona tranquilidad de mi vida hará cosa de un mes. Me escribió una persona haciéndome una propuesta tan loca como extemporánea, y que me causó un vivo desagrado. En mi respuesta procuré manifestárselo del modo menos duro posible, y le aseguré que esta falta hacia mí no altera en nada*

*el cariño que siempre le he tenido, estando dispuesta a servirle en cuanto me sea posible. Al mismo tiempo, le manifesté el deseo de que continúe viniendo a casa con la confianza de siempre, pues su retirada (y esto, naturalmente, no se lo digo) me ocasionaría muchos disgustos. El resultado ha sido que esta persona se ha ofendido mortalmente, como lo he sabido por una tercera, y temo hasta haberme ganado un enemigo.*

Efectivamente, Justiniano tuvo a bien no volver a Los Alisos después de la rotunda negativa de doña Sofía; pero es claro que esta circunstancia sólo sirvió para avivar su deseo de poseer las riquezas codiciadas. De los tres proyectos de posible realización para lograr aquel fin le habían fallado el *cultivo de la tía* y el matrimonio propuesto; y como la muerte de la madre de la viuda de Sarmiento presentaba contingencias imprevistas para heredarla, aquel acarició la siniestra tentación de *suprimir* a la que era estorbo a la realización de sus ambiciones; de manera que desde el 13 de noviembre de 1878, fecha de la carta propuesta de matrimonio, hasta seis meses después, en que volvió Justiniano a presentarse en Los Alisos con el pretexto que adelante veremos, debió de sostener este hombre tremenda lucha entre los deberes que imponen las más triviales nociones de honor e hidalguía, con el espíritu del mal, representado en su íntimo amigo Aurelio Delgadillo, quien le mostraba en perspectiva los goces materiales que les produciría el crimen proyectado.

Vencida la débil resistencia que opuso Justiniano en un principio, entraron los dos principales protagonistas de aquel drama sangriento en francos preparativos para llevarlo a término.

En el mes de mayo de 1879 fue inopinadamente Justiniano a Los Alisos con el aparente propósito de averiguar por el estado de salud de la señorita Elena Sarmiento, hermana de doña Sofía; pero esta acuciosidad sólo tenía por objeto dar principio al plan de asalto y desvanecer la desconfianza que pudiera despertar la reanudación de las interrumpidas relaciones.

Con motivo del convite que hizo doña Sofía, para el 8 de junio del mismo año, a la madre y hermanas de Justiniano, en unión de don José María Saravia y su familia, a pasar un día de solaz en la quinta de Los Alisos, aquel se presentó con los invitados; pero respecto de doña Sofía, apenas le dirigió ceremonioso saludo, después del cual observó persistente aislamiento de los habitantes de la quinta.

Las señoras de la casa invitaron a los huéspedes a dar un paseo por los prados mientras llegaba la hora de servir la comida. Todos aceptaron la galante insinuación, menos Justiniano, quien aprovechó la ausencia de aquellos para romper la falleba de la ventana por la cual debía entrar la cuadrilla en el asalto proyectado, al mismo tiempo que inspeccionó las piezas bajas de la casa donde dormían los sirvientes Claudio González y Zoilo Larra, y examinó las armas de fuego y municiones que estos poseían, en previsión de posible ataque. Con el conocimiento exacto que tenía de la quinta y sus dependencias, tomó las medidas precisas de los muros que debían escalar, y, cual experto jefe de operaciones militares, determinó con admirable precisión el escenario sobre el cual debía cumplirse el inicuo proyecto de asesinato y robo en su noble y generosa benefactora. Fue así como Justiniano correspondió al noble proceder de doña Sofía.



Aurelio Delgadillo también inspeccionó el teatro del crimen en ciernes. Al efecto, rondó con varios pretextos el exterior del edificio de Los Alisos y sus inmediaciones, a fin de cerciorarse que no darían un golpe en falso, después de lo cual procedió, de acuerdo con Justiniano, a proveerse de los elementos indispensables al completo éxito de la infamia, que, después de tenebrosa meditación, debía pasar de la categoría de proyecto a la de hecho cumplido.

Apenas se registrará en los anales del crimen un asesinato cometido con más cobardía, torpeza e inutilidad. A juzgar por la manera como Justiniano y Aurelio Delgadillo prepararon la ejecución, pudiera creerse que estos hicieron estudio especial a fin de establecer las pruebas contundentes de su participación en aquel delito.

Veamos cómo procedió Justiniano: en talleres de connotados carpinteros, acompañado de Aurelio Delgadillo, hizo labrar las diversas piezas de madera que debían servir para formar las respectivas escaleras destinadas al asalto de la casa de Los Alisos, según las medidas tomadas de antemano.

Otro carpintero le prestó el *billamarquín* con las correspondientes brocas, para agujerear y clavar los peldaños de las escaleras.

Todo el material que dejamos anotado lo llevó de la respectivas carpinterías a la cochera de Justiniano un mozo de cordel muy conocido en Bogotá.

La linterna sorda y un cuchillo los compró en el almacén de los señores Thorin Hermanos.

En el almacén de licores de los señores Londoño y Sáenz, situado en el atrio de la Catedral, tomó a crédito una botella de

brandy, marca Otard Dupuy y algunos paquetes de cigarrillos, objetos que recibió el joven Adelmo Delgadillo y los llevó a la pieza que ocupaba Justiniano en la casa de su familia, frente a la casa cural de la parroquia de Las Nieves.

Con pretextos más o menos especiosos obtuvo que los honrados jóvenes Leónidas Hinestrosa, Alfredo Sáenz y Guillermo Edmonds, que eran amigos de Justiniano, le prestaran sus revólveres, armas que tenían grabados los nombres de aquellos, circunstancia que, según veremos después, les acarreó gravísimos cuanto inmerecidos sinsabores.

Como complemento de aquel parque, él mismo compró en el almacén del señor Clemente Aliphat veinticinco cápsulas para dotar el rifle Wíchester que poseía.

Agréguese a lo anterior el puñal-revólver de Justiniano, los puñales y garrotes de que fueron provistos *seis* individuos para asaltar en altas horas de la noche, en despoblado, a dos mujeres indefensas, más los lazos comprados en determinada tienda con el objeto de atar las escaleras, y se comprenderá que la banda iba pertrechada como si se tratara de librar combate campal.

Sólo faltaba completar el personal de la cuadrilla, comisión que desempeñó Aurelio Delgadillo con la acuciosidad que le era peculiar.

Con asombroso cinismo, aquel no tuvo escrúpulo en iniciar en el asunto y comprometer a su hermano menor, Adelmo, joven inexperto e incapaz de contrarrestar la perniciosa influencia que sobre él ejercía Aurelio; y como en la ejecución del crimen proyectado podían presentarse resistencias imprevistas, logró, mediante la recompensa de cien pesos, la eficaz cooperación de Juan Pérez, soldado de la Guardia Colombiana, a quien además

le obsequió con una ruana y un sombrero; Rafael García, aventurero, vago de profesión, y Vicente Ramírez, el “Indio”, natural de Usme, de constitución atlética, avezado en el crimen, huéspedes los últimos del panóptico en diversas ocasiones.

Preparado el escenario y los actores activos del drama, estos permanecieron en espera de la primera oportunidad que se les presentara para dar el golpe con plena certeza.

Los que duden de la veracidad que entrañan ciertos impulsos de ánimo, conocidos con el nombre de *corazonadas*, se convencerán de lo contrario al leer las frases de la carta de doña Sofía a su hermano Roberto, fechada en Los Alisos el 18 de junio, esto es, dos días antes de que la asesinaran:

*Recibida con el mayor respeto y alegría la bendición de Nuestro Santo Padre, que nos envía con su cartica del 23, como también impuesta de la indulgencia plenaria para la hora de la muerte, es muy probable que sea yo quien se aproveche la primera de esta gracia.*

\*

*En medio de mis amarguras, me consuela un tanto esta consideración de que aún pueda ser útil a alguien. Además, algún autor llama a estas tristezas, a este malestar indefinible, nostalgia del cielo... ¡Oh, sí, el cielo es mi único deseo!*

Los anteriores conceptos pueden considerarse como el testamento de un alma dolorida, y presentan la severa lección de que en las riquezas no estriba la verdadera felicidad en la tierra.

Terminados los preparativos para el asalto a Los Alisos, acordaron Justiniano y Aurelio Delgadillo llevarlo a efecto en la noche del 20 de junio del citado año de 1879, fecha en la cual se celebraba la suntuosa fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en la iglesia metropolitana, que atrae la atención de la sociedad bogotana y, por consiguiente, hallarían más expedito el campo de acción en los arrabales de la ciudad.

Con el objeto de que el lector pueda formarse aproximada idea del teatro del crimen, haremos la correspondiente descripción: en el camellón que va de Bogotá a Soacha, en el trayecto comprendido entre el sitio llamado Tres Esquinas de Fucha y el río del mismo nombre, se alza a la vera del camino la casa de dos pisos, con altas ventanas hacia el sur; ancho portón que da entrada a tres piezas bajas situadas al lado izquierdo, y a la derecha, un cuarto después de la puerta, que comunica el piso inferior con el superior, al cual se sube por medio de escaleras al amplio corredor que mira hacia el norte, y sirve además para el servicio de las siete piezas altas, destinadas, de oriente a occidente, al uso de oratorio, incomunicado; dos alcobas, salón de recibo y comedor, comunicados entre sí, y con el corredor, despensa y cocina. El interior de la casa estaba rodeado de jardines y árboles exóticos, divididos por la senda que daba entrada al molino, donde vivían libres dos hermosos perros terranovas, fieles guardianes, que durante la noche los encerraban en el solar al oriente de la casa, cercado con tapias que daban a la vía pública, pormenores conocidos de Justiniano hasta en los menores detalles, merced a la confianza que le dispensaba su infortunada tía.

Justiniano y los hermanos Delgadillo permanecieron durante la tarde de dicho día en la pieza de habitación del primero,

hasta que, ya entrada la noche, fue Justiniano, acompañado de Aurelio Delgadillo, a la pesebrera, donde le mantenían su caballo; montó y se dirigió a Los Alisos con el objeto de arrojar al solar donde se hallaban los perros *dos bocados de carne* envenenada, que los incautos animales devoraron con avidez, operación fácil de ejecutar porque, según hemos visto, el solar lindaba con el camino.

Cumplida con buen éxito la tarea de envenenar a los perros, acto que les permitiría maniobrar sin ser advertidos por los habitantes de Los Alisos, Justiniano regresó a su casa, donde refresco tranquilamente con los Delgadillos, en espera de la hora convenida para llevar a cabo el crimen premeditado.

La naturaleza parecía de acuerdo con los planes de los asesinos de doña Sofía en la noche del 20 de junio, en atención al furioso vendaval, que incitaba a permanecer en sus casas a los habitantes de Bogotá.

Serían las once de aquella noche, por demás tenebrosa, cuando Justiniano y los hermanos Delgadillo salieron de la casa del primero en busca de Pérez, García y Ramírez, el “Indio”, que los esperaban en las inmediaciones de la casa conocida con el nombre de Quinta de Padilla, sitio casi desierto en aquel tiempo, especialmente a esas horas. Se proveyeron de las escaleras, dejadas a guardar en la cochera de Justiniano, quien distribuyó las armas a los miembros de la cuadrilla y entregó la botella de brandy al joven Delgadillo, quien iba preocupado en buscar un tirabuzón que lo pusiera en aptitud de escanciar el licor entre sus compañeros, para lo cual, ya en vía del delito, no vaciló en solicitar dicho utensilio de varias personas con quienes al acaso se encontró.

Con las escaleras a cuestas, aquellos hombres emprendieron marcha resuelta hacia Los Alisos, sin preocuparse de unas pocas personas con las cuales se cruzaron el saludo, entre estas don Alejandro Vélez, que ante el aspecto siniestro de ese grupo, provisto de armas y aparatos sospechosos, supuso que se trataba de la comisión de un crimen, y aun se atrevió a pedir a uno de ellos el cigarro que fumaba para encender el suyo, sin que pudiera conocerlo, después de lo cual hizo activas diligencias, aunque sin fruto, para que la Policía los persiguiera, porque en aquella época carecía Bogotá de agentes de seguridad bien organizados.

Atendida la distancia que media entre Bogotá y la quinta de Los Alisos, tres kilómetros más o menos, Justiniano y sus compañeros debieron recorrerlos en media hora, tiempo suficiente para reflexionar, ya al borde del abismo en que iban a precipitarse, en las funestas consecuencias de la iniquidad que estaban a punto de cometer.

Justiniano tenía madre y hermanas virtuosas, a las cuales sumiría en horrible abismo de irremediable desconsuelo, y Aurelio destruía con su impío proceder el porvenir de Adelmo, su hermano menor, joven apenas adolescente, arrastrado al crimen por quien debiera prevenirlo de él.

El egoísmo depravado de aquellos protagonistas del delito triunfó en aquella ocasión, como si quisieran dar prueba de los arcanos incomprensibles del corazón humano.

Aurelio Delgadillo había dicho a Pérez que *el asunto* se despacharía en Chapinero; pero como al llegar a Tres Esquinas de Fucha tomaron la vía de occidente, el soldado, que no era tan tonto como aquel lo suponía, le dijo, con cierta malicia:

—Por aquí no se va a Chapinero.

—Ya te está dando canillera. Toma un trago para que se te quite —le replicó Aurelio, presentándole la botella de brandy para que escanciara el licor a boca de jarro.

A juzgar por la capacidad de la botella (casi un litro), que después apareció vacía, los seis asaltantes de Los Alisos no anduvieron parcos en los tragos de alcohol que escanciaron, sin duda para cobrar ánimos en la ejecución del crimen.

A pesar de que serían las doce de la noche, según Larra, la hora propicia para el asesinato, doña Sofía permanecía en la alcoba de su hermana enferma, la señorita Elena, con el objeto de propinarle un medicamento. Las dos hermanas se hallaban, pues, solas en las piezas altas de la casa, porque la servidumbre, compuesta de tres sirvientas y los concertados González y Larra, dormían en los departamentos bajos, incommunicados con el piso alto por medio de una puerta cerrada en la escalera que daba acceso al corredor, y no podía abrirse sino por los habitantes del piso superior, de manera que la casa parecía inabordable, a menos de que alguien subiera a las altas ventanas por medio de escalera portátil, lo que parecía imposible; además, los perros eran asiduos vigilantes que darían la alarma, llegado el caso.

La violencia del huracán, que hacía crujir las puertas de la casa, favoreció la empresa de los asaltantes, que no fueron sentidos, y como los perros no ladraban, doña Sofía y su hermana no dieron importancia al ruido extraño que alcanzaron a oír cuando Justiniano, después de trepar por la escalera a la ventana cuya falleba había inutilizado de antemano, rompió con el brazo envuelto en la ruana que vestía el vidrio del bastidor

de la ventana, que abrió sin dificultad, y se introdujo a la pieza, por la cual pasó para abrir la puerta de la escalera, por donde subieron Aurelio Delgadillo, Pérez y Ramírez, el “Indio”, quienes habían entrado al jardín, en unión de Adelmo y García, sirviéndose de la escalera portátil que al efecto llevaron. Los dos últimos quedaron abajo, guardando las espaldas de los principales autores, en previsión de lo fortuito que pudiera ocurrir en aquel drama de sangre y cobardía.

Ya iba a terminar doña Sofía la faena nocturna de atender a las dolencias de la señorita Elena, cuando estas se vieron súbitamente asaltadas por cuatro hombres de horrible y siniestra catadura, las caras cubiertas con pañuelos a fin de obrar con entera libertad sin ser conocidos, armados de revólveres y puñales, que ostentaban con marcada intención de amedrentar, como si no fuera bastante su presencia en una pieza espaciosa, apenas alumbrada por la bujía esteárica colocada sobre el velador inmediato a la cama de la enferma; además, el foco de luz que irradiaba de la linterna sorda de que iba provisto uno de ellos ofuscaba la vista de las dos inofensivas señoras, de manera que apenas podían darse cuenta exacta de la horrible situación en que se hallaban.

Aún no habían vuelto en sí doña Sofía y su hermana del asombro y natural estupor que les inspiraban aquellos hombres misteriosos, cuando uno de estos, Justiniano que alcanzó a conocer la señorita Elena, se abalanzó, apuntando con el revólver, a doña Sofía, al mismo tiempo que la apostrofó con la intimación pertinente a la escena, porque los bandidos gastan frases cortas:

—La vida o la plata.



—No me maten. Tomen las llaves y saquen lo que hay —fue la respuesta suplicatoria de doña Sofía, en la persuasión de que obtendría gracia, al mismo tiempo que les dijo, con acento de verdad—. Voy a darles lo que existe, pues bien comprenden ustedes que no tengo aquí sino lo puramente necesario para vivir.

Pero entonces los enmascarados la obligaron a que pasara con ellos a la alcoba contigua.

El instinto de conservación es tan poderoso que hasta los más valientes luchan por conservar la vida en el momento preciso de perderla.

De hinojos doña Sofía junto al mueble donde guardaba algún dinero, que en esos supremos instantes equivalía al rescate de la vida en ademán de quien implora misericordia en angustiadísima situación, empezó la inerme señora a sacar del cofre algunas mochilas con monedas de plata, que iba entregando al enmascarado más inmediato a ella. La fatalidad hizo que a este se le desprendiera el pañuelo que le cubría la cara en el acto de inclinarse a recibir el dinero, circunstancia funestamente decisiva en aquella terrible situación.

Dos miradas rápidas como el rayo debieron de cruzarse entre aquella mujer y el individuo que la contemplaba con la ferocidad del tigre, cuando tiene asegurada la presa, después de perseverante acecho.

—¡Justiniano! —exclamó doña Sofía, con tanta sorpresa como terror en el acto de reconocerlo—. ¿Por qué viene a matarme siendo de la misma familia?

La lucha mental de Justiniano en aquellos solemnes momentos fue tan breve como el procedimiento posterior. Un hombre de corazón habría caído a los pies de la generosa tía, implorando

perdón y olvido para lo que hasta entonces sólo constituía una falta enorme; pero en aquel desgraciado perduraba el rencor por la repulsa matrimonial de doña Sofía, la sórdida codicia de heredarla, y, sobre todo, que estaba descubierto. Poseído Justiniano por el espíritu del mal, correspondió a las súplicas de doña Sofía apuñalándola en asocio de sus infames compañeros.

Un «¡ay!» estentóreo y lastimero de la víctima al sentirse herida de muerte por la espalda, seguido de los estertores de la agonía y convulsiones espasmódicas del organismo vencido, hicieron comprender a los cobardes asesinos que, respecto de doña Sofía, quedaba cumplida la consigna.

La señorita Elena permaneció en su lecho de dolor poseída del consiguiente pánico, sin darse cuenta del irreparable suceso que allí se cumplía, en tanto que los asesinos de doña Sofía consumaban su obra de iniquidad en la pieza vecina, cuando los bandoleros se acordaron de ella y volvieron resueltos a «torcerle el pescuezo», según la fórmula indicada por uno de ellos para impedir que los denunciara.

Aquella infeliz señora no halló más defensa que arrojar al suelo detrás del lecho. Ya estaban a punto de asesinarla cuando estalló la detonación de un arma de fuego en el corredor bajo, gritos pidiendo socorro y otras detonaciones, evidente indicio de que la servidumbre de la quinta entraba en acción para defenderse y atacar, oído lo cual por Aurelio Delgadillo, exclamó, con sobresalto: «Estamos perdidos; vámonos», indicación que fue cumplida inmediatamente con tal presteza que unos a otros se atropellaban atemorizados para salir al camino, empleando en ello el mismo procedimiento adoptado para el asalto de Los Alisos.

Ya hemos visto que el apartamento donde dormían las sirvientas y los concertados de Los Alisos quedaba situado debajo de las piezas altas de la casa, circunstancia que contribuyó a que aquellas sintieran ruido de pasos en las alcobas de las señoras y salieran a inquirir la causa.

El «¡alto ahí!», dado por García, y dos disparos con el rifle Wíncester que hizo Adelmo Delgadillo, el “Cachifo”, fue la respuesta que obtuvieron las sirvientas, al mismo tiempo que el estallido de las detonaciones dieron la alarma a los concertados González y Larra, quienes entraron en lid con los malhechores, produciéndose un verdadero tiroteo, que por la oscuridad de la noche no causó daño a nadie.

Sin el episodio que dejamos relatado, la señorita Elena habría corrido la misma suerte que doña Sofía.

Pronto experimentaron aquellos delincuentes los efectos del crimen. Los mismos que momentos antes se habían ensañado insolentes y crueles con dos mujeres indefensas, huyeron como gamos poseídos de terror cuando advirtieron que allí había quién les disputara el terreno. En la precipitación de la huida dejaron la linterna y los lazos en la pieza donde asesinaron a doña Sofía; arrojaron a los vallados cercanos a la casa de Los Alisos la botella vacía con la marca Otard Dupuy y las escaleras que les sirvieron para el asalto; pero sí llevaban consigo el dinero que les entregó doña Sofía y las alhajas que hallaron a mano.

Los seis asaltantes regresaron a la ciudad en grupo compacto hasta los arrabales, por el lado conocido con el nombre de Palo Quemado, donde cada uno tomó la dirección que creyó conveniente, después de que Justiniano recuperó los revólveres suministrados a los compañeros. Pérez esperó a que abrieran la

puerta del cuartel, en la mañana del 21, para entrar sin despertar sospechas acerca de las andanzas en que había pasado la noche.

García fue a dormir en la tienda que habitaba, al oriente de la ciudad.

Aurelio Delgadillo fue a recogerse en la morada de su amiga Natalia Vargas, joven de vida alegre.

Adelmo Delgadillo volvió a donde vivía, y Justiniano entró a su casa de habitación sin que nadie lo sintiera, porque tenía llave del portón.

En cuanto a Vicente Ramírez, el “Indio”, más práctico que sus compañeros en asuntos criminales, comprendió que, después de las fechorías ejecutadas en Los Alisos, la única defensa posible era poner tierra de por medio entre él y la justicia; en consecuencia, huyó a donde nunca se volvió a tener noticias de su personalidad.

El fragor de las detonaciones y los gritos de alarma de los sirvientes de Los Alisos, en altas horas de la noche, alcanzaron a oírse en las viviendas cercanas al teatro del crimen; pero sus moradores no se atrevieron a salir hasta que las sombras de la noche se disiparon con la aurora del día siguiente. Tanto dichos vecinos como los que transitaban en las primeras horas de la mañana del día 21 por el frente de la casa asaltada oyeron lamentos dentro de la quinta, indicio evidente de que algo grave había ocurrido en aquella morada, y, en consecuencia, se resolvieron a entrar.

En efecto, lo primero que se les ofreció a la vista fueron los rastros de los proyectiles en las paredes y puertas de la casa, el desorden consiguiente a las escenas de vandalaje llevadas a cabo en la noche anterior, y el cadáver de la infortunada doña

Sofía sobre charca de sangre al pie del baúl abierto, en la misma posición en que la sorprendió la muerte cuando la asesinaron.

La señorita Elena permanecía en estado de abatimiento próximo a la demencia, pronunciando palabras vagas e incoherentes, como acontece a los que sufren de horrible pesadilla.

La rigidez de los perros, muertos en el solar, indicaba que la intoxicación se había efectuado en las primeras horas de aquella funesta noche.

Los vecinos que madrugaron el sábado 21 de junio de aquel año vieron entrar a Justiniano en compañía de su abuela, doña Francisca Solórzano, a la iglesia de Nuestra Señora de Las Nieves, sin duda con el objeto de oír misa, circunstancia que les llamó la atención por cuanto aquel joven no tenía reputación de ser observante en materias religiosas. Aquel acto ostensible sólo tenía por objeto dejar establecida la prueba de que Justiniano había dormido en su casa, puesto que salía de ella tan de mañana; pero, por una coincidencia fatal, al salir de la iglesia los esperaba el señor Enrique Sarmiento para darles parte del asesinato de su hermana doña Sofía, y los invitó a que fueran a Los Alisos, en unión de su madre y hermanas, en el coche que tenían presente.

Justiniano recibió aquella noticia con aparente indiferencia. En compañía de su madre y una hermana subió al vehículo para ir a Los Alisos; pero antes indicó la conveniencia de conducir el cadáver de doña Sofía a la casa de habitación de su tío don Enrique, en Bogotá. En el trayecto de la ciudad al lugar del crimen observó el más completo silencio, como abstraído en extrañas reflexiones ajenas al asunto que en esos momentos era motivo de escándalo e indignación para los bogotanos.

Ante la consternación que reinaba en la casa de Los Alisos con motivo de lo sucedido en la noche anterior, Justiniano se manifestó impasible; alegó fútil disculpa para no ver el cadáver de su tía; rehusó el servicio material de ayudar a transportarla a la pieza que servía de oratorio, y, pretextando graves asuntos que exigían su presencia en la ciudad, obtuvo que uno de los circunstantes le franqueara el caballo, en el cual fue a prevenir y rogar al carpintero José Rodríguez Acosta que guardara reserva respecto de la madera que le había labrado. En compañía de su familia estuvo esa tarde en la casa de don Enrique Sarmiento, situada en la calle 12, con ocasión de que ya habían trasladado el cadáver de doña Sofía, a la que tampoco quiso ver, y salió para regresar a las siete de la noche. Justiniano se paseaba con fingida tranquilidad en el corredor de la casa cuando lo aprehendió la Policía, sin oponer la menor resistencia ni preguntar el porqué del procedimiento.

La noticia del asalto a Los Alisos y asesinato de doña Sofía produjo gran sorpresa e indignación en la ciudad no sólo por los procedimientos adoptados en la ejecución de este delito atroz, cuanto por las excepcionales dotes que distinguían a la víctima; y como la opinión pública no siempre se equivoca, en aquella dolorosa ocasión nadie vaciló en sospechar que el móvil del crimen había sido heredar a la difunta, y que Justiniano Gutiérrez era el principal responsable.

Alejandro Borda ejercía entonces las funciones de alcalde de Bogotá. Con laudable actividad y energía logró tener en sus manos, antes del mediodía del 21, el hilo que debía guiarlo en el descubrimiento de los autores de aquella iniquidad.

En el despacho de la Alcaldía se exhibieron la linterna, los lazos, las escaleras, la botella de brandy Otard Dupuy, objetos que, según hemos visto, dejaron los asaltantes en su fuga, y, además, los revólveres y el cuchillo ensangrentado, hallados en el cuarto de Justiniano. La natural curiosidad del público influyó para que entre los concurrentes se contaran todos aquellos que, inconscientemente, habían proporcionado aquellas prendas, que, si contribuyeron a la ejecución del crimen, también sirvieron para descubrir a los autores. De aquí surgió, pues, el grave indicio para aprehender a Justiniano y justificar las sospechas del público.

La sevicia de los asesinos de doña Sofía se comprueba con el reconocimiento pericial de los facultativos, doctores José María Buendía y Vicente Durán S., que reproducimos a continuación: «Reconocido el cadáver de la señora Sofía Sarmiento de Sarmiento, que estaba en decúbito dorsal, le encontraron las siguientes heridas: primera, una en la parte posterior del tronco, que comienza en la superior del hombro y llega hasta el borde posterior del hueco axilar del brazo izquierdo, de ocho centímetros de extensión, y de profundidad, la del espesor de la piel y parte de los músculos de esta región; otra herida situada a dos centímetros de la columna vertebral y a cuatro del borde interno del omóplato, de dos centímetros de extensión, y de profundidad, todo el espesor de la pared torácica, hasta salir a la parte interior del pecho, entre la segunda y la tercera costilla, a dos centímetros del borde externo del esternón; otra herida de dos centímetros de extensión situada en la parte posterior del tronco, por debajo de la axila derecha, y de seis centímetros de profundidad; otra herida situada en el brazo derecho, en

su parte posterior, y que atraviesa la extensión de los músculos, y saliendo al borde externo del brazo; en la parte anterior del pecho presenta otra herida a dos *traveses de dedo* por debajo de la axila y de la mano derecha, de dos centímetros de extensión y profundidad; otra herida situada debajo de la mano izquierda, de ocho centímetros de extensión, y de profundidad la del espesor de la piel; en la parte anterior del pecho presenta, en distintas direcciones, cuatro piquetes, e igual número en la parte anterior del abdomen.

«Todas estas heridas han sido hechas con instrumento cortante y punzante, especialmente la que atraviesa de la parte posterior y salió a la anterior del pecho, en la dirección indicada, atravesando toda la extensión del pulmón y de la pleura; ha sido la más grave de todas y la que ha producido la muerte casi instantáneamente de la señora de Sarmiento».

Cabe aquí agregar al anterior documento que los labios de las heridas más graves del cadáver coincidían en extensión con el cuchillo ensangrentado, recogido por la Policía en el cuarto que habitaba Justiniano.

Imponente concurso, compuesto en su mayor parte de los menesterosos a quienes protegía la difunta, colmaba las naves del templo de San Ignacio, donde se le hicieron suntuosos funerales, ceremonia que exacerbó los ánimos hasta el delirio, en demanda de correspondiente punición para los asesinos de aquella caritativa señora.

Con el propósito de vencer la obstinada reserva que guardaba Justiniano respecto de aquel crimen, la Policía depositó en la capilla del cementerio el cuerpo de doña Sofía, que reposaba en el féretro destapado, velada por cuatro cirios encendidos.



En altas horas de la noche se condujo a Justiniano al tenebroso recinto y se le encerró solo en compañía de su víctima, en cuyas facciones permanecía la expresión pavorosa que le imprimió la muerte.

Ante aquel imponente y lúgubre aparato, que muy pocos pueden afrontar sin conmovirse, Justiniano sacó un paquete de cigarrillos, tomó un ejemplar, lo arregló convenientemente, lo encendió en la llama de uno de los cirios que alumbraban a la difunta y se puso a fumarlo con la tranquilidad de quien cumple un deber de conciencia.

Entretanto, Aurelio Delgadillo no estaba en lecho de rosas. Buscar un refugio que lo librara del tremendo imperio de la conciencia, que lo perseguía, y no la satisfacción de goces materiales, fue la causa que lo llevó a la vivienda de Natalia Vargas después del asesinato de doña Sofía. Aquella meretriz no podía explicarse el desvío y desasosiego de aquel amigo predilecto, de ordinario chistoso, entonces taciturno, como si estuviera dominado por visión siniestra, que le producía movimientos inconexos y hondos suspiros. En aquella localidad permaneció Aurelio el 21 en actitud de dormir; pero, entrada la noche, acompañado de Adelmo, tuvo una entrevista con Justiniano en la botica de don Ricardo Acero, lugar de reunión de varios contertulios.

Sublimes por demás, se exhibieron aquellos compinches en el diálogo que, con fingida tranquilidad de espíritu, entablaron delante del boticario durante los breves momentos de que la aciaga situación les permitía disponer:

—Comprendo la amargura de tu corazón por la trágica muerte de tu bienhechora tía —exclamó, en estilo patético,

Aurelio Delgadillo, al arrojarse en brazos de Justiniano, quien lo recibió con ademán de cristiana resignación.

—Las demostraciones de tu cariño mitigan en parte la pesadumbre que me agobia —dijo el afligido sobrino a su íntimo amigo Aurelio, estrechándolo de tal manera que habría sido difícil averiguar si aquella pantomima correspondía al intento de comunicarle algún terrible secreto; pero hasta el boticario Acero creyó notar en ellos la intención de verter lágrimas de aparato.

Antes de separarse Justiniano y Aurelio, este informó al primero que asuntos importantes lo llamaban fuera de Bogotá por algunos días, advirtiéndole que tal vez sería larga su ausencia. Acerca de esto observamos que el proyectado viaje se frustró, entre otras razones, porque al salir Aurelio de la botica volvió a guarecerse en la morada de la Vargas hasta el día siguiente, 22 del mismo mes, fecha en la cual resolvió presentarse en el panóptico, como único pararrayo capaz de protegerlo contra la formidable tempestad que se cernía sobre su cabeza con motivo de la exacerbación popular que se produjo al conducir, de la iglesia al cementerio, el cadáver de doña Sofía.

Encarcelados Justiniano, Aurelio y Adelmo Delgadillo, el sumario se instruyó con relativa lentitud, porque los procesados observaban tenaz reserva, y, además, se produjeron incidentes que merecen relatarse.

Hemos dicho que entre los revólveres hallados en la pieza de habitación de Justiniano dos tenían grabados los nombres de los respectivos dueños: Guillermo Edmonds y Leónidas Hines-trosa, quienes se los habían dado en préstamo a Justiniano, muy ajenos al uso a que los iba a destinar.

Ante la suspicacia que despertó el crimen de Los Alisos, creyó la autoridad, sin otro fundamento, en la complicidad de aquellos jóvenes, caballeros a carta cabal; pero hubo dos circunstancias que aparentemente los comprometían.

En la noche del 20 de junio murió repentinamente el popular médico doctor Andrés María Pardo, cuya casa se hallaba en el mismo sitio que hoy ocupa el Palacio de la Carrera. Ocasionalmente acertó a pasar por la calle el joven Edmonds a tiempo que oyó lamentos y gritos desesperados en el interior de aquella habitación, motivo suficiente para que, sin tener relaciones de amistad, entrara hasta la pieza donde yacía el cadáver, rodeado de numerosos dolientes y amigos.

Por lo pronto, nadie se fijó en la presencia de un extraño en aquel duelo de familia; pero cuando se hizo público el crimen de Los Alisos, no faltó quien expresara el juicio temerario de que la presencia de Edmonds en altas horas de la noche en dicha casa tenía por objeto probar la coartada en la supuesta participación de aquel delito.

El joven Hinestrosa emprendió viaje, ya entrada la noche del 20 de junio, de Bogotá, a la hacienda de su familia, en tierra caliente, con la circunstancia de que en la tarde del mismo día lo vieron conversando con Justiniano.

Pues bien: aquel hecho, de suyo inocente, estuvo a punto de costarle la vida, porque, en virtud de las aparentes sospechas de complicidad en el asalto de Los Alisos, se le trajo enfermo a Bogotá cuando tenía ya los pródromos de fulminante pulmonía.

Felizmente, aquellos jóvenes, después de sufrir algunos días de detención, dieron las pruebas plenas de su inocencia. En las

diligencias sumarias había un vacío difícil de llenar, a menos de espontánea confesión de los hermanos Delgadillo y Justiniano. Era evidente que fueron seis los asaltantes a la quinta de Los Alisos, pero, ¿cómo se llamaban los tres cómplices que no habían sido aún aprehendidos y cuál era la responsabilidad que les cabía en aquel tenebroso asunto?

Entre Justiniano y Aurelio Delgadillo fraguaron el plan de defensa, consistente en atribuirse el último toda la responsabilidad en aquel crimen, en el cual, según ellos, Justiniano había representado papel muy secundario, ninguna participación el joven Adelmo, y el asesino de doña Sofía era el supuesto personaje titulado José Rincón, a quien achacaban los hechos ejecutados por Justiniano.

En desarrollo de aquel plan descabellado, Aurelio Delgadillo presentó, el 13 de diciembre del mismo año, después de seis meses de cometido el delito por el cual se lo juzgaba, una extensa exposición plagada de mentiras y contradicciones a cual más burdas e inverosímiles; pero faltó a la lealtad que suelen guardarse los criminales respecto de los cómplices que arrastran el delito, puesto que denunció paladinamente a Juan Pérez, Rafael García y Vicente Ramírez, el “Indio”.

Ya hemos visto que Ramírez no pudo ser aprehendido, lo cual sirvió a Justiniano y Aurelio Delgadillo para inculparlo de la parte más odiosa en aquella tragedia, seguros de que no los contradiría. No sucedió lo mismo respecto de Pérez y García, quienes, una vez en poder de la justicia, «cantaron claro», según se dice en el idioma del presidio, y pusieron la verdad en su punto.

Hasta los primeros meses de 1880 no pudo reunirse el jurado en el local conocido con el distintivo de Salón de Grados, al frente del Palacio de San Carlos, ante el cual debían responder los procesados por los tremendos cargos que sobre ellos pesaban.

En previsión de posibles actos de hostilidad de parte de un público sobreexcitado, a los acusados se les conducía en el centro del cuadro de veteranos, que los custodiaba del panóptico al recinto del jurado. Justiniano se presentaba pálido y pensativo; Adelmo Delgadillo inspiraba compasión por su juventud; Pérez y García parecían resignados con la suerte que les esperaba, y Aurelio Delgadillo, altivo, con el ala del sombrero alzada sobre la frente, en el trayecto de la prisión al lugar del jurado, tomaba asiento en el banco de los acusados y dirigía miradas de provocación al público que ocupaba las barras del salón.

Si fue fácil la tarea del fiscal en aquella causa célebre, la defensa de los acusados era un imposible moral, difícil de vencer.

A medida que avanzaban las sesiones del jurado, cuyo fallo adverso se preveía, el ánimo de los enjuiciados empezó a decaer, especialmente en el joven Adelmo Delgadillo, quien al oír leer la sentencia, que le condenó a cuatro años de presidio, estalló en llanto convulsivo, que conmovió profundamente a los circunstantes.

Respecto de Justiniano, Aurelio Delgadillo, Pérez y García, el jurado los sentenció a diez años de presidio, máximo de la pena que la legislación de entonces permitía aplicar en castigo de los delitos atroces.

Del exceso del mal en aquella ocasión se produjo el bien, porque Dios, en su infinita bondad, concedió a los juzgados

como responsables de la muerte de doña Sofía, especialmente a Justiniano y los hermanos Delgadillo, la gracia de que se dieran cuenta de la magnitud del crimen, el que expiaron en el panóptico con humilde resignación.

No obstante el ejemplar comportamiento de Justiniano y Aurelio Delgadillo en el presidio, el gobernador de Cundinamarca, general Daniel Aldana, negó la disminución de la pena que la ley concede a los reos que observan buena conducta: la lenidad del sistema penal imperante en aquella época no guardaba proporción con el castigo que debía imponerse en los casos de crímenes atroces, y esta circunstancia justifica el procedimiento de aquel magistrado.

Tanto Justiniano como los hermanos Delgadillo dieron pruebas reales de arrepentimiento, y cuando recuperaron la perdida libertad buscaron su rehabilitación en el trabajo, aunque siempre vivieron alejados de los grandes centros de población.

La cuantiosa herencia de doña Sofía fue denunciada como bien oculto, en atención a determinadas circunstancias de familia, lo cual dio lugar al ruidoso proceso que terminó con arreglo, mediante el cual se hicieron tres porciones iguales, que se distribuyeron entre el municipio de Bogotá, el abogado del Consejo Municipal y los parientes inmediatos de la extinta.

A la municipalidad de Bogotá correspondió cumplir, en cierto modo, con los sentimientos de caridad de que dio pruebas mientras vivió la generosa viuda del doctor Joaquín Sarmiento. Al efecto, la mansión que fue escenario del crimen relatado la dedicó el municipio para hospital de virolentos, al servicio de los desheredados de la fortuna. En ese sitio, aislado de toda vivienda por temor del contagio, permanece el

sombrío edificio a la vera del camino, y evoca en los transeúntes el recuerdo trágico de Sofía Sarmiento.





## ▪ EL HOGAR DOMÉSTICO

### ▪ I

Refieren las crónicas antiguas que, al embarcarse un misionero en el puerto de Cartagena de Indias para regresar a España, se quitó las sandalias y las golpeó una con otra, exclamando con júbilo: «¡De América, ni el polvo!». Y ciertamente que al considerar las fatigas y trabajos que sufrieron los conquistadores y los primeros colonos que vinieron al Nuevo Mundo, donde sólo encontraron poblaciones ignorantes y embrutecidas por la más grosera idolatría, sin industria que les procurase los indispensables objetos para la comodidad y bienestar material, con alimentos de sustancias desconocidas, de las cuales muchas no nutren, vestidos de telas hechas a mano en que campeaba lo tosco con lo imperfecto y, por sobre estos inconvenientes, el espíritu de revuelta que sentó su imperio aun antes de que Colón hubiera puesto el pie en las tierras descubiertas, todo esto, decimos, bastaría, en cierto modo, para justificar la amarga inectiva que encierran las palabras transcritas, que podrían considerarse como una maldición.

Leyendo la historia de los diversos pueblos que habitan el globo, hemos podido observar que no sólo en cada nación, sino también en las ciudades y aldeas, se notan ciertos hechos característicos que vienen a ser el tipo especial con que se les distingue, hechos de mayor o menor importancia, pero que bastan para formar idea completa del carácter e inclinaciones de cada nacionalidad.

Así, por ejemplo, en los tiempos modernos, es casi una verdad demostrada que Francia es la patria del extranjero; Inglaterra, la tierra del *confort*, de la miseria y de la opulencia; Italia, la cuna del Arte; Alemania, el país de la filosofía, que todo lo escudriña; Suiza, el refugio de los perseguidos; España, el pueblo más celoso de su independencia; Rusia, el poderoso baluarte del despotismo; Holanda, el emblema de la tenacidad incontrastable para defenderse contra el océano que quiere devorarla, y Bélgica, la colmena obrera que lucha por resolver el problema de su existencia. Y si pasamos a los Estados Unidos, encontramos el pueblo más activo y emprendedor que se haya conocido desde la creación del hombre.

No discutiremos el cansado tema de si España cumplió, bien o mal, con los deberes que le impuso la conquista de medio mundo, sin que esto nos impida confesar que la Madre Patria nos dio lo que tenía, y que en materia de actos de fuerza y poder para asegurar lo que creía sus derechos como nación conquistadora, no se mostró cruel con los aborígenes, en comparación de las atrocidades sistemáticas llevadas a cabo por los ingleses dondequiera que asentaron su dominación.

Pero si el atraso relativo de la metrópoli no le permitió ponernos al nivel de otras colonias más adelantadas, en cambio nos

hizo la magnífica regalía de enseñarnos a vivir la vida de familia, como si se hubiera tenido el presentimiento de presentarnos una compensación para la agitada y tormentosa existencia que hemos llevado las partes de este todo que se llama América española.

Si pasamos revista a las diversas nacionalidades que existen desde México hasta la Patagonia, hallaremos en todas ellas que la familia, tal como está constituida, es el principal factor de nuestro modo de ser social; pero en las agrupaciones fundadas en el corazón de los Andes o en sus altiplanicies, como Bogotá, a más de doscientas leguas del mar, sin caminos para transitar por los despeñaderos que la separan del mundo civilizado, y tan próxima al vacío atmosférico que podría decirse sin hipérbole, que vivimos en otro planeta: en el Bogotá de hoy, lo mismo que en el Santafé de marras, tiene excepcional importancia el hogar doméstico, con la notabilísima circunstancia de que *en ningún otro punto del globo* reúne las condiciones y encantos que le son peculiares entre nosotros, y eso que se ha hecho todo lo posible por *afrancesarnos* o *yanquizararnos*.

Es cierto que, en los nuevos usos introducidos en nuestra sociedad, muchos de los cuales han producido ya pésimos frutos en el país de su invención, se han cambiado algunas costumbres con detrimento del hogar, que siempre ha sido en este país un completo dechado de virtud, sencillez y cordialidad. Y esto se explica de suyo: desde que se desprende una pareja de las respectivas ramas del árbol frondoso de sus familias, para hacer casa aparte, empieza la formación del nuevo nido que las esposas colombianas, con inteligente perseverancia, convierten en verdadero alcázar de felicidad, arbitrándose medios, si no tienen fortuna, para hacer de las cosas de poco valor objetos de

gusto y comodidad, transformando un ajuar pobre en mobiliario elegante, y llevando a cabo los milagros de que sólo su acendrado cariño y desprendimiento son capaces.

Si se trata de la crianza de los hijos, nuestras esposas se sienten orgullosas con amamantarlos ellas mismas, y no hay consideración que sea capaz de reducirlas a que cedan ese sublime deber a mercenarias nodrizas. Entre nosotros sí se cumple el precepto de que el regazo de la madre sea la cátedra sagrada en donde aprende el niño a pronunciar el nombre de Dios, con los principales rudimentos de la religión que debe profesar; y hasta que llega el tiempo de que empiece a recibir la educación por manos extrañas, ve en sus padres los representantes de la Providencia, que le proporcionan, en la esfera de sus facultades, el sustento diario, el vestido que lo abriga, los juguetes que lo distraen, el paseo que lo alegra, y por sobre todas estas materialidades, el profundo amor y cariño que a todas horas le prodigan, sin que se agote la fuente de ternura, de tal modo que puede decirse que tal atributo lo trasmite la Divinidad a los padres de familia, como un reflejo de su infinita bondad para con sus criaturas.

Ya crecidos los hijos, van los varones al colegio; pero las niñas, por lo regular, no se apartan de la madre, quien les enseña la vida práctica y hacendosa del hogar, donde aprenden, en vista del ejemplo, que es el mejor maestro, todo el cúmulo de quehaceres domésticos que hacen aptas a las colombianas para emprender el camino incierto de la vida, con la mirada fija en el cielo que las inspira, y consagradas en absoluto al cumplimiento de los deberes consiguientes al puesto en que las ha de colocar su buena o mala fortuna.

De la especial educación que recibimos los suramericanos, ha resultado un conjunto de costumbres y usos totalmente diferentes de los que distinguen a los europeos y norteamericanos: aprendemos nociones generales en ciencias y artes, pero son muy raros los que se dedican a determinadas especialidades, y esta manera de ser se refleja en todos nuestros actos. Citaremos como ejemplos conducentes al hecho de que, hasta hace poco tiempo, cada tienda o almacén de comercio era un conjunto o muestrario heterogéneo de mercancías: con frecuencia vemos a los médicos encargados de la composición de caminos, a los abogados entregados a la agricultura, a los ingenieros enseñando literatura y a los artesanos que siguen la carrera de las armas.

El mismo fenómeno se nota en el hogar doméstico: la señora de la casa se creería humillada si no atendiera personalmente al arreglo y aseo de las habitaciones, al vestido de la familia, a la práctica de los deberes religiosos, a la dirección de todo lo concerniente a los asuntos culinarios —de manera que manda hacer los potajes fundada en que ella los sabe preparar—; en una palabra, en el hogar doméstico nuestras matronas ejercitan, con entera libertad y como soberanas absolutas, las admirables dotes que hacen de ellas las primeras entre madres, esposas y amigas.

Por lo general no son muy letradas, aunque sí gustan de la lectura; tienen marcada inclinación al chiste incisivo y de doble sentido; no son competentes para la *teneduría de libros* ni las lucubraciones científicas; se inclinan a la política militante por tener el gusto de ayudar a los hombres en sus tareas guerreras, pero lloran al saber que el *amigo-enemigo* murió cumpliendo con su deber; son piadosas, y tienen marcada predilección por

todo lo que se relacione con asuntos religiosos; sobresalen en la devoción que profesan con especialísimo afecto a la Madre del Redentor; temen más al ridículo que al infierno; son apasionadas por el cultivo de las flores; ajenas al juego; les encanta ejercitar la lengua, al mismo tiempo que ocupan las manos en la confección de bordados y en tejer preciosos encajes para su uso personal; tienen facilidad para la música y gran disposición para la pintura, a la que no se dedican con la constancia que debieran; no son calculadoras en asuntos de matrimonio, y es muy rara la que contrae enlace que tenga por objetivo el dinero.

No es menos notable el aspecto físico de las bogotanas. Por lo regular son de mediana estatura, de pie y mano pequeños, con abundante y rizada cabellera color castaño, tez morena y carnes mórbidas, ojos vivos y rasgados, de andar garboso, pero sin el movimiento cadencioso que se observa en las mujeres de las tierras calientes, acaso por el hábito que tienen de salir a la calle envueltas en la tradicional mantilla, que las favorece, como la sombra en el cuadro, para hacer resaltar la figura. Al ver un grupo de muchachas reunidas en nuestros salones, se creería presenciar alguna fiesta en la alta sociedad de las más cultas ciudades europeas; mas al contemplarlas en las fiestas o paseos con que se divierten en las pequeñas poblaciones donde salen a veranear, se las podría tomar por las pastoras del Guadiela o de la Arcadia, de que tanto nos hablan los poetas.

Todavía se considera en Bogotá como una bendición del cielo la fecundidad de la madre cristiana, que se complace en presentar a sus hijas con el mayor adorno posible, contentándose ella con vestirse la modesta saya o traje oscuro, esparciendo en torno suyo miradas de satisfacción y orgullo al verse reproducida

en cada una de sus hijas, y como repitiendo las célebres palabras de Cornelia, madre de los Gracos, cuando la reconvinieron porque no usaba alhajas, y contestó mostrando sus hermosos hijos: «¡Estos son mis mejores joyas!».

La abnegación de las colombianas llega, si es necesario, hasta el heroísmo: Policarpa Salavarrieta y Antonia Santos prefirieron honrosa muerte antes que delatar o descubrir los secretos que les confiaran los patriotas. La hija del pueblo sigue al esposo o al amante que le arrebatan nuestras contiendas civiles: marcha a la vanguardia del ejército, carga el morral, los útiles de cocina y el fruto de su amor; y cuando llega el soldado al campamento, ya le tiene preparada la comida para restaurar las fuerzas, reservando para ella los restos de lo que buscó con solícito afán; en el combate toma puesto detrás de su amado, y si se lo hieren o matan, coge el fusil que aquel no puede manejar y se convierte en terrible leona que defiende o venga a sus cachorros. Subamos más alto y veremos que en la mayor parte de los matrimonios en que el marido carece de fortuna o tiene que ir a buscarla en climas deletéreos, va acompañado de la joven esposa, quien, olvidando las comodidades y regalo de que gozó en la casa paterna, se somete gustosa y resignada a las mayores privaciones, a trueque de contribuir en algo a la formación del nuevo hogar y a labrarse un porvenir que los ponga al abrigo de la miseria. No hace muchos años que una interesante y joven pareja abandonó Bogotá para ir a fundar el cafetal que la hizo rica: para recordar la generosa acción de aquella noble dama, el afortunado cuanto feliz consorte regalóle valioso aderezo de diamantes que imita la fragante y blanca flor del precioso arbusto. Conocimos otra incomparable

esposa, que cual solícita madre, atendió con especial ternura y consagración a su marido atacado por espantosa lepra, hasta que la muerte puso fin a tanta desdicha. Seríamos interminables si pretendiéramos presentar ejemplos en abono de lo que dejamos consignado.

La separación o secuestro de la altiplanicie respecto de las naciones más civilizadas, y probablemente la falta de conocimiento de los usos y costumbres de otros pueblos, debió de influir para que en Santafé se viviera como en familia, sin preocuparse con lo que pasaba en otras partes, al mismo tiempo que se creía a pie juntillas que este rincón del mundo ocupaba la misma categoría que la tierra prometida a los hebreos. Ignoramos el aforismo que tuvieron los santafereños para expresar su modo de pensar acerca de esto; pero sí sabemos que los quiteños, cuya ciudad tiene bastante analogía con Santafé, decían con patriótico orgullo: «¡De Quito al cielo, y allá un agujerito para ver a Quito!».

La absoluta carencia de cafés, *clubs* u otras asociaciones que en el día tienen el carácter de forzoso punto de reunión de los jóvenes, influía poderosamente para que estos no hallaran honesta distracción y pasatiempo sino en el cultivo de relaciones de familia, en donde lucían su ingenio, aguzaban el entendimiento para salir airoso en sus legítimas aspiraciones y, más que todo, estaban al abrigo de las costumbres licenciosas que los retraen de nuestros salones, y les imponen la inexorable ley de girar contra el porvenir, en *letras de cambio a treinta años vista*, plazo que se cumple cuando ya no hay lugar a protesta. ¡Ojalá nos entiendan los que se dignen leernos!

Pero antes de entrar de lleno en las reminiscencias de la buena y patriarcal vida de hogar de los santafereños, no está de



más que hagamos notar dos hechos curiosos, que tal vez hayan contribuido en mucho para la paz y concordia de las familias: queremos hablar de las causas eficientes de discordia y tormento de los casados, a saber: las *suegras* y las *dueñas*. De las últimas habla el inmortal Cervantes, en términos tales, que las hace poco diferentes de una legión de demonios, y de las primeras hemos leído, también en muchos libros en prosa y verso, que son basiliscos o abortos del infierno, a quienes Dios permite en el mundo para que en vida paguen los malaventurados que tienen la desgracia de llamarse yernos o entenados suyos, los pecados de mayor cuantía que hayan cometido o llegaren a cometer. Y aquí cabe bien, para que no se nos tache de exagerados, repetir el conocido cuarteto que dice:

*Yace aquí un mal matrimonio,  
dos cuñados, suegra y yerno;  
no falta sino el demonio  
para estar junto al infierno.*

Pero por la gran misericordia de Dios, las dueñas son artículos desconocidos entre nosotros, y aunque es verdad que para reemplazarlas en el oficio de *terceras* (no de la orden de los Mínimos), queda por ahí aún una que otra beata rezagada, que lleva su alcurnia hasta topar con el tipo raizal de las que usaban sombrero cónico con pluma de *pisco*, *mantellina* vergonzante, saya estrecha y corta que dejaba ver el pie y parte de la pantorrilla, zapato de cordobán y media de hilo blanco, pendiente de la cintura el enorme rosario de gruesa cruz, brazos desnudos, el cigarro en la boca, y gran *ridículo* o *garniel* para cargar

los objetos que vendían, como pretexto que les diera entrada franca a las casas donde iban a ejercer su *caritativa misión*.

¿Quién puede poner en duda que también hubo, hay y habrá suegras en Santafé y Bogotá? Afortunadamente las de por acá no son del mismo calibre de las de por allá, o mejor dicho, lo corriente y usual en esta parte de América es que las madres de los cónyuges vengan a ser en todo como una segunda madre que les sirve y atiende en cuantos caprichos se ocurren a los pimpollos, y, lo que aún es más extraordinario y alcanza las proporciones del portento, las suegras de por acá inclinan la balanza, en todo caso, ¡al lado del yerno porque dicen que la propia experiencia así se lo enseñó...! De vez en cuando resulta algún suegrón o vestiglo, que hace el tormento de propios y extraños, pero bien se comprende que «una golondrina no hace verano» y para que no se crea que somos parciales en el asunto que nos ocupa, ni que se nos diga que «cada cual habla de la feria como le fue en ella», añadimos que no sabemos si fue fortuna o desgracia que no tuviéramos suegra, por lo que diremos como el filósofo: «¡En la duda, abstente!».

Se comprende que las gratas impresiones recibidas por los hijos en el hogar doméstico influyan poderosamente para que, ya hechos hombres, dirijan sus miradas hacia la morada en que vieron la primera luz, y que, al doblar la colina que les hace perder de vista la casa paterna, los persiga el melancólico recuerdo del bien perdido, y sólo anhelan por la pronta vuelta a los sitios que fueron mudos, pero expresivos compañeros y testigos de sus juegos y travesuras infantiles. Nada tiene, pues, de raro que los que viven sus primeros años como envueltos en el perfume misterioso y suave que aspiran en el seno de la familia,

guarden con cuidadoso esmero las costumbres que aprendieron de sus mayores, y se amolden e identifiquen con ellas, hasta producir el tipo que, como el *raizal* santafereño, es modelo de los que prefieren el rincón donde nacieron a todas las maravillas y comodidades de que pudieran disfrutar en tierra extranjera.

Es probable que de ahí provenga la marcada propensión al aislamiento que se observa en los habitantes de los países transandinos, que no son capaces de apreciar los pocos goces y adelantos materiales que, a fuerza de perseverancia y en alas de progresistas empresarios, han trepado hasta nosotros. Así se explica que los alumbrados por medio del gas y de la electricidad sólo sirven en Bogotá para hacer ver sus calles desiertas durante la noche, y que sus bellísimos parques no sean frecuentados, como debieran serlo, por numeroso y renovado concurso de niños y señoras, porque todos hallamos en el hogar doméstico aquello a que tenemos propensión: paz y sosiego, sea cual fuere nuestra situación pecuniaria, porque otra de las condiciones que distinguen al bogotano o santafereño es la especialísima indiferencia, que bien pudiera calificarse de frío egoísmo.

No tenemos el propósito de hacer la apología incondicional de las costumbres de antaño, porque bien se nos alcanza que no todo era perfecto y consiguientemente inmutable; pero sí creemos con sinceridad que los cambios operados no compensan los usos y costumbres abandonados.

\*\*\*

La preferente ocupación de los bogotanos se reduce a desempeñar un destino público, o a permanecer doce horas del día

detrás del mostrador, «esperando a quien no ha quedado de venir». A las seis de la tarde se dirigen al atrio de la Catedral, y allí, en grupos más o menos numerosos, se pasean de extremo a extremo, hasta las siete u ocho de la noche, hora en que van a *refrescar* a uno de tantos establecimientos que se conocen con nombres pomposos, pero de todos los cuales puede decirse que «el hábito no hace al monje». Aquí continúan la controversia o discusión que los preocupaba durante el paseo en el atrio, toman trago si a ello son aficionados, fuman cigarrillo, hojean algún periódico, juegan billar hasta las once o doce, y se marchan para sus moradas, conversando en voz alta de los sucesos que les llaman la atención, y, probablemente, se acuestan para levantarse al día siguiente, a fin de continuar los oficios del día anterior, en los que de seguro se ocuparán en el venidero. Si esto no es algo más que prosaico, no entendemos de la misa la media.

Entretanto, las casas de familia donde hay muchachas permanecen solitarias, si no es que entre ellas mismas se visitan y pasan las primeras horas de la noche, tocando el piano o conversando de las mudanzas del tiempo, suspirando muy discretamente por las épocas pasadas en que los jóvenes dedicaban los ratos desocupados a visitar y a gozar del trato familiar, indispensable en las íntimas relaciones mantenidas entre personas cultas. En la calle apenas se perciben las pisadas del transeúnte que va para su casa, y el pitar de los *serenos* para avisar que no están dormidos o que los faroles alumbran poco o mucho. Si la noche está tranquila o hay luna, se alcanzan a oír los ladridos de los perros que moran por Egipto y el Aguanueva, y no es raro que algún alcoholizado trate de dirigirse hacia donde le

parece que *permanece* su habitación. No deja de oírse el ruido de algún coche desvencijado sin linternas, que va o viene de Chapinero, tirado por héticos caballos conducidos por mugriento y beodo postillón. ¡Imposible mayor movimiento!

Para cumplir con el precepto social de recibir y pagar visitas, sólo se considera tiempo hábil el comprendido entre la una y las cuatro de la tarde de los domingos y días de fiesta de guardar; la contravención a esta costumbre causa alarma o escándalo en la parte que recibe, así es que las primeras preguntas que se hacen al visitante extemporáneo, antes de contestarle el saludo, son estas: «¿Qué novedad es esta? ¿Qué milagro es verlo?».

El trato social de los santafereños era más ceremonioso, pero más cordial; y como entonces subsistía la antigua costumbre de no escatimar los títulos que correspondían a las personas por razón de estado, profesión o nacimiento, campeaban en todas ocasiones las maneras respetuosas, aun en las íntimas relaciones de familia.

Las matronas santafereñas, lo mismo que las bogotanas, equivalen, para los efectos del arreglo y economía de la familia, al capitán de un buque en alta mar, así es que con frecuencia se aplica el refrán que dice: «Donde manda capitán no manda marinero»; pero siempre que el marinero sea el marido, es decir, que corran a cargo de este las fatigas y cuidados del gobierno exterior del hogar, y que abdique, de la puerta de la calle para adentro, de sus prerrogativas de amo y señor absoluto en favor de la esposa, para lo cual es indispensable que la deje ejercer los tres poderes —legislativo, ejecutivo y judicial—, sin inmiscuirse en asuntos anexos a las faldas, haciendo de la señora de la casa su tesorero general irresponsable, y sin meterse en

*dimes ni directes* con las sirvientas; en una palabra, realizando las brillantes y generosas ofertas de que tanto alardean los poetas en sus versos, las mismas que todos hacemos a nuestras pretendidas, para engañarlas con el laudable propósito de que unan su suerte a la nuestra, con la notable diferencia de que entre nosotros puede un hombre, sin riesgo de equivocarse, cerrar los ojos y atrapar a la primera muchacha que agarre, que de seguro topa con una excelente esposa, en tanto que ella... da horror pensar a lo que se expone, aun casándose con el más pintado. En cuanto a nosotros, declaramos a la faz del mundo que si hubiésemos sido mujer, no nos hubiéramos casado ni con el rey Pepinito, por aquello de las setenta y dos razones y media, de las cuales, la media no más vale tanto o más que las setenta y dos restantes.

\*\*\*

Interesante y por demás animada era la escena que ofrecía el hogar en Santafé, cuando llegaba el caso de proveerse de géneros y preparar los trajes para los moradores femeninos de la casa: la madre, acompañada de las hijas en compacto regimiento, recorrían las antiguas tres calles reales, que era donde entonces estaban situadas las tiendas de los comerciantes, pues el aristocrático y elegante almacén no cuenta más de cincuenta años de existencia entre nosotros. Entraban en todas las localidades, hacían revolver las mercancías para escoger las que fueran más de su gusto, regateaban en todos los términos, modos y maneras, hasta que al fin, vencido el apechugado comerciante, se daba por convencido en el precio que las impertinentes compradoras

fijaban a los géneros u otros objetos que *apartaban* para llevar a sus casas, en donde tenía lugar el último debate sobre la belleza, calidad y valor de lo que en realidad querían comprar; y en el caso frecuente de que no se resolvieran a tomar los artículos que habían sido motivo de tantos sudores y alegatos, devolvían a su dueño las mercancías *desfloradas*, que en lenguaje mercantil significaba desempacadas y ajadas, y en este caso tenía que resignarse el tendero a recibirlas y colocarlas de nuevo en los estantes, hasta que se presentara mejor coyuntura.

Una vez comprados los géneros, se daba aviso a las amigas para que fueran a emitir su opinión franca y sin ambages sobre la conveniencia de tal o cual tela para determinada persona. Curioso y encantador es el cuadro que ofrece una reunión de muchachas, al elegir el modo de vestirse, cuando discuten el pro y el contra de esta cuestión, que es sin duda la que más les preocupa, después de la salvación de su alma, ¡cuando se acuerdan de que la tienen! Todas hablan y contestan a un mismo tiempo: las morenas se deciden por el color amarillo; las rubias, por el azul; las pálidas por el negro; las sonrosadas, por el blanco; las altas, por trajes de cuadros para parecer medianas; las pequeñas, por telas rayadas que las hagan ver altas; las de mediana estatura por el descote para hacer lucir las bellas formas, y así discurren, echándose unas a otras indirectas del padre Cobos, alusivas al traje que vestían cuando las vio cierto galán por primera vez; a la flor que otro les regaló en el baile último; a las *sátiras* que les echó el cura de San Carlos en la misa de ocho, porque iban al teatro en la Cuaresma, con alusiones a la trasnochada que pasaron en la casa de la madre enferma de un amiga; a la belleza de los últimos versos del poeta que está a la moda; a

la política que trae inquietos a los hombres, y hasta a las sirvientas que tratan de imitarlas en sus maneras.

En lo mejor de la discusión, y cuando el ama de la casa sospecha que las interlocutoras tendrán la lengua seca de charlar y gritar, las apacigua, les hace servir *onces*, que en otros buenos tiempos consistían en pocillos de plata bruñida llenos de bien batido chocolate, servidos en platos del mismo metal, con exquisitas *arandelas*, es decir, colaciones y queso de *estera*, que al caer en el caliente líquido se convierte en hilos apetitosos que salen envueltos en el pan, para satisfacer el gusto del afortunado paladar a que se destina. Terminado el chocolate, llegaba su turno al nunca bien ponderado *manjar blanco*, dulce de brevas, jalea de guayabas o cualquier otro de los especiales estimulantes que poseemos, para quedar en aptitud de envasarse un tonel de agua que, según opinión de las sociedades de temperantes, es el mejor vino. En aquel entonces se habría considerado como una profanación escandalosa el que una muchacha fumara el vulgar cuanto inconveniente cigarrillo, porque se creía, y aún lo creemos, que en la boca de una joven no cabe otro olor que el de las flores.

Terminada la tumultuosa exposición de principios relativos a las reglas que debían observarse en el complicado y difícil arte de vestirse con elegancia una mujer, se procedía incontinenti a la ejecución del plan acordado. Allegadas las tijeras de la casa y los demás enseres necesarios para el corte de las telas y las medidas del cuerpo, alejaban a los indiscretos que pudieran observarlas por el agujero de la cerradura o por algún resquicio de la puerta, que cerraban dando dos vueltas a la llave. Al verlas, creeríase que se trataba de complicado plan de campaña



confiado a expertos capitanes: extendidas por el suelo las vistosas telas y listo el instrumento cortante para dar la carga de tajos y reveses, se apresuraban a quitarse los trajes exteriores, a fin de quedar expeditas en las operaciones de mensura y aparejo consiguientes a la tarea. Dejamos al lector la descripción de aquel gineceo santafereño, compuesto de muchachas preciosas, medio envueltas, como las antiguas vestales, en ropas blancas, o semejándose a Minerva con el talle aprisionado en el corsé, que cual nívea coraza hace resaltar las delicadas formas sin dejar ver otra cosa de lo que la más exigente rigidez permite, y sin lastimar el casto pudor de las traviesas y risueñas diosas de ese Olimpo.

El ruido más insignificante, como el traquido de un mueble o un golpe dado en la puerta de la casa en la calle, era un «¡sálvese quien pueda!», que producía aturdidora gritería y confusión en las actoras de la escena íntima de familia; cada cual se echaba encima el traje que encontraba a mano, sin cuidarse de si era el suyo, y huían a esconderse en los rincones de la pieza, o se agazapaban debajo de los muebles, como avecillas sorprendidas por el gavilán en medio de sus fantásticos y aéreos retozos. Extraño es el poder de las costumbres: una señorita consentiría primero en dejarse quemar viva que en presentarse únicamente vestida con la ropa sobre la cual se pone el traje de gala que le quita la naturalidad y elegancia en los ademanes y la apostura clásica que tanto seduce y se admira en el antiguo vestido de las damas romanas. Y no se nos tilde de retrógrados en estas materias, porque bastaría que vistiéramos hoy a la muchacha más bonita con un traje de ahora treinta o cuarenta años, o de cualquier época moderna, para que se nos diera la razón de lo

que dejamos dicho; y eso aun haciéndoles gracia de las *tapafeas*, crinolinas, *pufs* de distintas dimensiones, y de los extravagantes *quitrines* que añadían un apéndice, que no calificamos; pero del cual sí diremos que hacía aparecer a las damas como si llevaran un muchacho a horcajadas en la cintura.

\*\*\*

Apacible, y hasta cierto punto monótona, era la vida de los santafereños en la ciudad; pero en el hogar era muy animada y divertida: las mujeres, lo mismo que en la actualidad, eran madrugadoras para irse a los templos, donde permanecían hasta la hora del almuerzo, y como en esas tres o cuatro horas de trabajo espiritual se veían, como es natural, obligadas no diremos a abstenerse, lo que sería un imposible moral, sino a ser parcas en el uso de la palabra, salían y aún salen en tropel a la puerta de las iglesias, con el mismo ahínco con que sale a respirar el que se está ahogando en un pozo. Esto viene a ser como la válvula de seguridad para que no se les pudran en el cuerpo los millones de pensamientos que aglomeran durante el tiempo que permanecen aparentemente silenciosas, y no hagan explosión como caldera que encierra más vapor del que puede contener. Ese es un momento propicio para poder apreciar el grado de cultura e inteligencia de los que salen de la iglesia, o, mejor dicho, es el *intelectómetro*, que nos dirá sin engañarnos la clasificación que a cada fiel corresponda.

¿Veis esa masa de personas que se quedan paradas en las puertas, charlando a topa tolondro, sin advertir que impiden la salida de los demás, que también tienen derecho para irse a

donde bien les parezca? Pues las tales no tienen dos dedos de frente, y si después de muertas se les asierra el cráneo para hacer estudios anatómicos, se lleva buen chasco quien haga la disección, porque de seguro no les hallará sesos para llenar la cabeza de un chorlito. ¿Y qué diremos de gentes al parecer educadas, pero que van a las iglesias a revolver el estómago a los que tienen la desgracia de ponérseles cerca, con los salivazos de gran calibre que lanzan con estrépito, probablemente para que los asistentes tengan una lección objetiva de balística, que haría honor a los más hábiles artilleros? En este asunto, ¡oh, dolor!, Bogotá no se queda atrás de Santafé.

Despachados después del almuerzo los hombres de la casa, empezaba la madre de familia las tareas consiguientes al aprendizaje de las niñas en los ramos de costura, bordados, flores de mano, guitarra y canto, porque el piano era mueble propio sólo de los más favorecidos de la suerte; leían el *Año cristiano* y recibían las visitas de las personas *de calidad*, quienes se entretenían dando lecciones orales en diversas materias, amenizadas con historias y anécdotas divertidas, lo que hacía que esas horas de labor intelectual y material se consideraran como la parte del tiempo mejor aprovechado. Rufino Cuervo, José Ignacio de Márquez, José Eusebio Caro, Juan Antonio Marroquín, Mariano Ospina, Luis Baralt, Alejandro Osorio, Eusebio Canabal, Lino de Pombo, Ignacio Gutiérrez, Rafael E. Santander, Mariano Calvo, Nicolás Tanco y muchos otros distinguidos patricios contribuyeron en gran parte al cultivo y desarrollo del frondosísimo árbol del hogar doméstico, que dio los opimos frutos de las matronas cristianas que hoy presenta Bogotá con legítimo orgullo, cuyas virtudes dan completa

garantía de que las generaciones futuras serán dignas sucesoras de su abolengo.

Constantemente hemos oído reprochar a los suramericanos el desprecio del tiempo y que trabajan menos de lo que deberían. Tal vez haya justicia en el cargo, aunque, a decir verdad, siempre hemos observado que, hasta no hace muchos años, se notaba gran preocupación en nuestra raza al dar preferencia a las ocupaciones literarias, con perjuicio de las referentes a los intereses materiales.

No necesitamos demostrar las tendencias idealistas de los pueblos de origen latino, que muchas veces sacrifican sus verdaderos intereses a trueque de establecer un principio o doctrina, por errónea o inconveniente que sea.

Así fue como Francia perdió, hace un siglo, sus mejores posesiones de ultramar, y así como nosotros aceptamos y pusimos en planta las doctrinas más absurdas en asuntos políticos, económicos y religiosos. Además, las facilidades que ofrecía el país para ganar la vida, o la poca ambición de los santafereños de acumular grandes riquezas, producían el resultado tangible de que en esta ciudad no hubiera nadie que mereciera el calificativo de rico; teníamos gente acomodada, pero muy pocos eran los que se imponían el deber, como sucede en la actualidad, de no sentarse a tomar el almuerzo sin tener asegurada una ganancia para vivir durante un mes, por lo menos.

Consecuentes con lo que dejamos expuesto, los santafereños no trabajaban, por lo regular, más de ocho horas diarias en los negocios de comercio, y cinco los empleados públicos —no tomamos en cuenta los jornaleros y artesanos, quienes sí trabajan de seis a seis, «salvo yerro u omisión»—. Y como

una costumbre engendra otra, de ahí se derivó probablemente la reunión de los *golondrinos*, nombre con que se designaba a los *cachacos*, que a las cinco de la tarde, a imitación de las aves cuyo nombre llevaban, se repartían en grupos por la ciudad para pasar revista a las muchachas, que eran puntualísimas en asomarse a los balcones y ventanas de sus casas desde dicha hora, a fin de presenciar el desfile de los galanes y contestarles el saludo *oficial*; conversaban a gritos, de manera que todo el mundo se impusiera de lo que hablaban; se daban cita para el próximo baile o paseo; en una palabra, decían y hacían todo aquello que cae bajo el dominio de la buena educación, que podía llevarse a término en aquellos sitios, que entonces servían para asomarse a ellos las bonitas y las feas, las jóvenes y las viejas, y que en la reformada Bogotá ya no sirven sino para dar luz a las piezas de la casa para pagar contribución en razón de su número. Aquella costumbre española, que aún subsiste en nuestras ciudades del litoral, daba constante animación a las entonces desiertas calles, al mismo tiempo que ofrecía diaria exhibición de nuestras bellísimas y espirituales mujeres, sin perjuicio de ninguno y en beneficio de muchos.

Era costumbre invariable de los santafereños rezar el rosario entre las seis y las siete de la noche, presidido por el padre o la madre de familia, en los oratorios, donde lucía toda la corte celestial, representada en efigies quiteñas y en cuadros o estampas. No somos los únicos en reconocer la poesía y encantos que encierra ver a todos los moradores del hogar cristiano reunirse, después de terminadas las labores del día, para dar gracias al Dispensador de todo bien por los beneficios recibidos, e implorar la intercesión de la que, cual luciente estrella en

noche oscura, enseñó a la mujer la verdadera ruta en el penoso camino de la vida. Abrigamos a este respecto la más profunda convicción de que al especialísimo culto que profesan nuestras mujeres a la Virgen Inmaculada se debe que el tipo moral que las distingue sea acabado modelo de abnegación, desinterés y pureza de costumbres.

El rezo del rosario se terminaba con variadas y amenas oraciones, cada una de las cuales era específico para evitar un mal o alcanzar un bien. Si era la madre de familia la que hacía cabeza, solía echar uno que otro *solecismo* o *barbarismo*, al recitar las antífonas en el latín macarrónico en que las aprendió. Cuando se trataba de leer alguna novena o enseñar a las sirvientas la doctrina cristiana, había ocasión para que las niñas dieran pruebas de los adelantos hechos en la lectura y en el Catecismo. ¡En tiempo del gobierno colonial, se rezaba un padrenuestro y avemaría por nuestro católico monarca!

Ni eran menos originales los desengaños que llevaban las niñas cuando emprendían la ruda tarea de meter en los estrechos cerebros de las embrutecidas sirvientas las primeras nociones de la doctrina. En cierta ocasión, en que se acercaba la Cuaresma, quiso un padre de familia conocer los adelantos que en esa materia hubieran alcanzado las mujeres de su servidumbre. Al efecto, preguntó con gravedad a una india, que lo miraba boquiabierta:

—¿Cuántos dioses hay?

—Siete, mi amo.

—¿Cómo siete!

—¡Mire, mi amo: Dios Padre, uno; Dios Hijo, dos; Dios Espíritu Santo, tres; tres personas distintas, seis; y un Dios verdadero, siete!

En otra ocasión, cuando había negras esclavas, la más anciana, que enseñaba en la casa de sus amos los misterios de la fe, preguntó con énfasis a una negrita si había visto nacer a Jesucristo; y al oír la respuesta categóricamente afirmativa de esta, la reprendió con aspereza, diciéndole con santa indignación en la media lengua propia de los negros:

—¡No lo vi yo, que nací primero que vo, y lo vería la gran puerca!

El delicioso chocolate, o el cacao de harina, que es brebaje detestable, era el principal elemento en la colación de los santafereños; el café apenas se usaba como artículo de lujo para después de las grandes comidas; en cuanto al té, se reputaba como insípida bebida, buena para el paladar de los ingleses; pero así tenía que ser, porque el modo de preparar las dos bebidas que en el día constituyen dos ramos importantísimos de comercio en el mundo, era hervir en una marmita u olleta el polvo carbonizado del uno y las hojas del otro; fácil es adivinar lo que resultaría de tan absurdo procedimiento.

Algunos tenían la costumbre de cenar para dormir y, al efecto, no tenían escrúpulo ni remordimiento de conciencia en devorar un gran plato de *ajíaco*, arroz con pollo asado, y, por fin y remate, un vaso de *chicha* para conciliar el sueño, del que a veces no habían de volver. Probablemente esta sería la causa de que en aquellos tiempos la apoplejía entrara por mucho en la estadística de mortalidad.

Después del rosario se merendaba en familia, a fin de que las muchachas de la casa tuvieran tiempo de darse una ligera mano o reparo en el tocado, para ir a pasar algunas horas de recreo en casa de alguna amiga, o bien para recibir las visitas

de los galanes, que desde las ocho empezaban a llegar. Allí, en esas reuniones íntimas de familia, donde no se observaban las tiránicas reglas de afectada etiqueta y cortesanía, que por lo regular sólo sirven para encubrir la hipocresía y mala crianza de muchos, reinaban como soberanos la buena educación y cultura en las maneras, amenizadas por la confianza y llaneza en el trato social, de donde resultaba que los jóvenes llegaban a tratar con decorosa intimidad, bajo las miradas protectoras de sus padres y hermanos, a la señorita que podía llegar a ser su compañera en la vida.

Reunidos en la sala de la casa, que en la época a que nos referimos no se destinaba para salón de museo de objetos vetustos, las más de las veces de muy dudosos buen gusto y valor real, empezaba la diversión por referir la crónica del día, que, a decir verdad, no pecaba por abundante. Si alguno de los visitantes refería algo de lo que había leído en los rarísimos periódicos que venían de ultramar, todos se quedaban lelos; y si se daba cuenta de los nuevos descubrimientos de entonces, tales como la facilidad de encender fuego con los fósforos en vez del *nolí*, la *pedra de chispa* y el *eslabón* o la *pajuela*, corría peligro el autor del relato de que se le creyera mentiroso o cuando menos, necio. Enseguida se divertían con los *juegos de prendas*, pasatiempo casi desconocido ogaño. Todos ellos consistían en la ocupación forzada o repetida de acciones físicas o mentales, de manera que, a la más ligera falta en la tarea, se incurría en una penitencia de apelable ejecución; y como en tales juegos era materialmente imposible dejar de perder, todos salían penados, y en la pena estaba la diversión. En el de *apurar la letra* se solían oír gazapos formidables cuando eran la C o la P las letras que



entraban en danza. En la *péndula del reloj* pasaban mil trabajos las mujeres, especialmente si el movimiento de la péndula debía imitarse con los pies, porque si el *figurante* los alzaba demasiado, las damas quedaban fuera de combate antes de mostrar lo que no se debía.

Los perdidosos depositaban alguna prenda en manos de la persona de mayor respeto, para rescatar la cual debían cumplir la penitencia impuesta por el antecesor en los castigos. Había algunos de estos muy codiciados; por ejemplo, el de «accionar por mano ajena». Figuraos, queridísimo lector, que os ponéis a charlar, «salga lo que salgare», al mismo tiempo que una linda y traviesa criatura de dieciséis años para arriba se os aproxima a la espalda hasta haceros sentir su aliento embalsamado, y que, por medio de un casi abrazo, o cosa que mucho se le parece, os coloca las manos sobre el pecho, os retuerce el mostacho con sus deditos de rosa, y hasta os limpia la boca con el pañuelo, con las demás mímicas que se acostumbran al perorar, y me diréis si habríais deseado vivir en aquella edad *de oro* o *dorada*.

Pero como en la variedad está el placer, dejaban los juegos de prendas para gozar de los dulcísimos acordes con que deleitaban las canciones, acompañadas con la guitarra o piano, donde lo había. Entre las damas tuvo gran boga la del *Cementerio*, en tono de do y en majestuoso compás mayor, cantada en estilo elegíaco, con una vocecilla de falsete, sin abrir bien la boca, porque se creía falta de pudor el que se vieran los dientes y las muelas, muy al revés de lo que hoy sucede, pues no parece sino que la cantante tratara de dar mordiscos al auditorio. Decididamente, no sabían cantar las santafereñas. Y como sería un reato de conciencia privar a las presentes y futuras generaciones de

la literatura fósil de los antepasados, reproducimos a continuación algo de la endecha que hizo derramar lágrimas y exhalar muchos suspiros a nuestros abuelos:

*Visitando un recinto sagrado,  
de las sombras tranquila mansión,  
vi una cruz y una lápida negra  
y un sepulcro con esta inscripción:  
«Aquí yace el mortal más dichoso,  
el amante más tierno y más fiel;  
quien tuviere un objeto tan caro  
y lo pierda, perezca con él.*

Todavía tenemos presente a un guapo capitán de infantería, que era asiduo visitante nocturno, para lo cual entregaba al subalterno la guardia puesta a su cuidado cuando estaba de facción, y se presentaba con uniforme de parada. Tenía fama de ser inspirado trovador, y cantaba como de propia hechura la canción de *El pirata*, acompañado con la guitarra, que rasgueaba con primor, después de requerir la espada y limpiarse los bronquios para que saliera sin tropiezos la meliflua voz.

Se amenizaba también la visita con algunas piezas de baile y lecturas de romances líricos, a los que siempre hubo afición entre los santafereños. Posteriormente llegó la moda de hacer danzar las mesas, lo que proporcionaba la ocasión de estarse tranquilos horas enteras, prendidos de la mesa de centro, oprimiéndose *unos* y *otras* los dedos pulgares y meñiques, hasta que el fluido magnético que todos soleaban sobre el mueble lo pusiera en movimiento, es decir, hasta que el más vivo de la

concurrancia se aburriera de tanto quietismo y alentara a los demás para que tácitamente se acordaran en impulsar la mesa en cualquier dirección, hecho que producía grande algazara entre los ejecutantes y candoroso espanto en los ancianos y sirvientes de la casa, según podía colegirse de las exclamaciones: «¡Ave María Purísima!, ¡Jesús nos asista!, ¡San Jerónimo!», que soltaban como si estuvieran ya en las garras de Satanás.

El magnetismo fue otra moda importada en Bogotá por el capitán de Artillería Ramón Antigüedad. Como la ciencia era fácil de aprender y ofrecía aliciente para que dos enamorados se manosearan y miraran a su gusto, hasta que uno de los dos se declarara vencido y se *durmiera*, caso en el cual debía contestar a las preguntas que le hacían sobre las cosas pasadas, presentes y futuras, hizo progresos entre nosotros, aun cuando no pasaron más allá sus especulaciones, lo mismo que sucede en la actualidad con las doctrinas espiritistas, por la sencilla razón de que la tendencia que existe en esta tierra a ridiculizar lo ridiculizable da al traste con lo que sea vulnerable por ese lado. De ello se vengan los partidarios de esas prácticas, repitiendo el final de la parábola del Evangelio, que termina con las palabras: «... muchos son los llamados y pocos los escogidos».

De gran boga y prestigio gozaron también dos libritos de modesta apariencia y contenido insulso: nos referimos al *Oráculo* o *Libro de los destinos* y al *Lenguaje de las flores*. En abono del primero se leía en su prólogo que el general Bonaparte lo encontró en Egipto, y que, al consultarlo, le predijo no sólo el brillante destino que le tenía reservado la suerte, sino también el fin desastroso de la insensata campaña que, siendo ya Napoleón I, emprendió contra el coloso moscovita.

Como todo lo que dice relación con la antigua nigromancia y astrología, el texto del *Oráculo* se compone de preguntas y respuestas vagas, que cada cual puede interpretar en el sentido que le dicte la preocupación de ánimo en que se halle y el mayor o menor grado de candorosa credulidad del que interroga. Todas las cuestiones propuestas están en relación con un variado surtido de figuras cabalísticas, astronómicas y de los signos del Zodíaco dibujados sobre una carta, de manera que, colocada la punta de un dedo sobre alguna de dichas figuras situadas al frente de la pregunta hecha, se halla la respuesta en el libro, en la parte correspondiente a la figura señalada. La declaración de amor, la propuesta de matrimonio, las empresas mercantiles, los viajes, el «sí o el no de las niñas», la adopción de estado, incluso el eclesiástico, y hasta las elecciones; todo, todo estaba subordinado a las respuestas del *Oráculo*, sin acordarse para nada del Catecismo del padre Astete en el capítulo en que trata del amor de Dios, contra quien peca «el que cree en agüeros o usa de hechicerías o cosas supersticiosas». Pero, con todo, no tenemos noticia de que este libro de suyo inocente, turbara las timoratas conciencias de los santafereños y bogotanos, que siempre se preciaron de ser cristianos viejos.

El *Lenguaje de las flores, de las frutas y hasta de las raíces* aún alcanza, entre algún rezagado *dandy* o alguna Safo de barrio, el honor de figurar en sus bibliotecas. En los buenos tiempos pasados, ese librito tenía más importancia que la que tiene el *Breviario* para los clérigos.

Comprendemos que entre los pueblos que hablan idioma pobre se eche mano de otros medios distintos del sonido articulado o de la palabra escrita, como un auxilio para que el hombre

expresé su manera de pensar; pero entre nosotros, que charlamos hasta por los codos y hablamos la rica lengua que ilustró Cervantes, no podemos explicarnos el hecho, asaz curioso, de confiar a objetos inanimados el cuidado de transmitir nuestros más recónditos secretos, a riesgo evidente de que sean conocidos de terceros extraños al asunto, a no ser que se nos arguya que, por el mismo hecho de ser muda la cosa intermediaria, llena mejor su misión, por aquello de que el silencio es más elocuente.

Y como todas las cosas en esta vida tienen su lado bueno, el lenguaje de las flores se prestaba, la más de las veces, para decir lo que se deseaba, dejando en todo caso ancha puerta de retirada en caso de mal éxito en la empresa acometida. Así por ejemplo, cuando un limpio de bolsillo acometía a la acaudalada solterona y fea, le enviaba un ramillete de espigas de alpiste y reseda de jardín, atadas con cintas de color rojo y amarillo, lo que significaba: «Tengo sed de oro, vuestras cualidades exceden a vuestras perfecciones, vos sois mi salvación». Si la jamona paraba el *envite*, enviaba una flor de Colombia al *desinteresado* pretendiente.

Si el solterón empedernido se asustaba al mirarse en el espejo, que también en silencio le recordaba la inconcusa sentencia que dice: «Hermano, de morir tenemos», que se repiten diariamente los trapenses, deseaba tener a la postre una esposa que lo cuidara y le diera jarabe para la *tos de la madrugada*, enviaba a la que podía una flor de algodón, fucsia escarlata, jazmín amarillo y flor de durazno, atadas con cintas de color violeta y encarnado, cuya traducción libre era: «Pasaron mis bellos días, he perdido el reposo, estoy desengañado, y os quiero por esposa». Si la futura hermana de la Caridad

*in partibus* aceptaba la propuesta, remitía una flor de iris, que equivalía a *noticias placenteras*.

La negativa por parte de la solicitada, lo mismo que sucede hoy y sucederá hasta el fin de los tiempos, se hacía simplemente por medio de una calabaza en flor o en fruta, que para el efecto es lo mismo, y todos lo entienden sin necesidad de vocabulario; y tan así es, que sabemos que un extranjero enamorado de una bella señorita barruntó que ella no había de aceptarlo porque vio a un dependiente de la casa que compró unas cuantas calabazas en el mercado, y en el acto supuso que esta acción, de suyo inocente, era una indirecta que se le dirigía; tal era el horror que le inspiraba esa fruta que se produce espontáneamente en los muladares.

Los reclutas en cuitas amorosas presentaban un durazno a la niña de su predilección, y salían corriendo a esperar las consecuencias de ese acto que significaba *declaración de amor*. Una pera que recibiera el cachifo en cambio de su valentía lo ponía más orgulloso que Alejandro cuando cortó el *nudo gordiano*, porque esta fruta se traducía por un «yo te amo».

Una manzana al derecho se daba al rival preferido, y al revés cuando se quería romper con el amante.

Basta lo expuesto para que el lector juzgue de la suspicacia y juicios temerarios que producirían estas costumbres, que acusaban frivolidad y falta de ocupación en quienes de continuo se dedicaban al estudio y práctica de tales fruslerías.

\*\*\*

El nacimiento y bautizo de un hijo, la primera comunión de los niños ya crecidos y el matrimonio de las muchachas se han

considerado en todo el mundo cristiano como acontecimientos cuya memoria merece perpetuarse por medio de festejos más o menos rumbosos, según los recursos de que puedan disponer los padres de familia, y la razón nos parece obvia: entre las grandiosas promesas que hizo Dios al patriarca Abraham en premio de su ilimitada obediencia y fidelidad figura en primer término la de hacerlo padre de una descendencia que se multiplicaría como las arenas del mar. Es, pues, un signo evidente de la bendición del cielo el nacimiento del ser a quien contribuimos a dar la vida, en cumplimiento de las leyes misteriosas impuestas por el Creador a sus criaturas, leyes con que quiso el Omnipotente como asociarse con la materia para conservar y multiplicar su obra más perfecta e inmortal.

Después que los niños se hallan en edad de empezar a vislumbrar los arcanos de la vida, y sospechan, como en hipótesis, las luchas que tendrán que sostener durante la peregrinación de su existencia, que ellos no pueden comprender que es finita, necesitan, lo mismo que los antiguos gladiadores, aprestarse para la lucha que ya prevén, pero que no saben cuándo llegarán a afrontar. Esta es la época designada para producir en el ánimo de los adolescentes una impresión de profundo temor y confianza, sentimientos aparentemente contradictorios que les quedan grabados irrevocablemente mientras haya animación en el pecho que les da cabida, fenómenos que se producen todos los días como resultado de los actos solemnes de recibir los niños por primera vez en el augusto Sacramento del Altar, y en hacer la ratificación de la fe que otros garantizaron por ellos al tiempo de bautizarlos.

Siempre hemos abrigado la persuasión de que el paso más grande, decisivo y aventurado de la vida es el acto del

matrimonio, especialmente para una mujer, y mucho más para una muchacha de menos de veintiún años.

No hay duda que la fuerza del sexo bello está en su misma debilidad física, porque en cuanto a su ser intelectual posee cualidades y preeminencias a que no puede aspirar el hombre; pero, en cambio, las mujeres tienen, por lo general, más corazón que cabeza, aunque no falta quien sostenga que el corazón de ellas sólo tiene por objeto llenar las funciones mecánicas de dar impulso a la sangre y odiar a quienes más las quieren.

Dejándolas que hagan la dilucidación de tales filosofías, diremos con franqueza que nada hay más fácil que sorprender a una muchacha, y hasta a una vieja, cuando el hombre se reviste de los sentimientos elevados que encontramos más o menos desarrollados en las hijas de Eva; y como las *pobrecillas* son a veces demasiado crédulas, y «todo exceso es vicioso», los resultados de semejante proceder no pueden menos de ser funestos, especialmente para la que en hora menguada dio fe a las mentidas y falaces promesas del hipócrita, que al menos le ofreció que «no la haría desgraciada»; por esto creemos que no sólo al que sacrifica brutalmente a una crédula, sino también al que saca una niña mimada del lado de sus padres, de quienes era el encanto, para darle inicuo trato, con el derecho que juzga le da el título de marido, se le debe aplicar lo que dijo un distinguido vate:

*Que al que engaña a una mujer,  
o en el mundo no hay justicia,  
o la infamia es para él.*



Matrimonios hemos presenciado en que la Policía debió intervenir con el santo y plausible objeto de salvar a dos temerarios, que pretendían algo parecido a arrojarse en un lago de pez hirviendo y plomo derretido con la esperanza de no achicharrarse. En otras ocasiones, afortunadamente raras, nos ha parecido ver en la novia la víctima coronada de flores conducida al altar pagano para ser inmolada en holocausto a crueles dioses.

Ya oímos replicar que «quien no arriesga no pasa el mar», y que «de cobardes nada hay escrito»; pero siempre nos atreveríamos a dar el prudente consejo de aplazar las estrepitosas manifestaciones que se hacen hoy a tiempo en que los novios reciben la bendición nupcial, para cuando se tengan pruebas palpables de que el nuevo hogar navega en las tranquilas ondas de la paz doméstica, y que seguirá las huellas de los que en esta tierra fundaron la tradición de que el matrimonio cristiano es el lábaro santo que saca airoso a los cónyuges en el penoso camino de la vida.

Sea de ello lo que fuere, es costumbre antiquísima festejar y festejarse con motivo de la *colocación* de una hija, como ahora se usa decir. En el Viejo Mundo es más que difícil el que una muchacha se case si no lleva dote, y se ha mercantilizado el matrimonio en tales términos que sólo preocupa la parte metálica, y se lleva la previsión hasta fijar de antemano el límite de la sucesión. Entre nosotros hay, a no dudarlo, matrimonios desgraciados; pero, como hemos dicho antes, todos, ricos y pobres, se casan por inclinación, de donde proviene, a no dudarlo, que nos haya tocado, en la lotería que se juega en este pícaro mundo, el mejor premio, o sea, nuestro hogar doméstico.

Poco tenemos que referir en estas *Reminiscencias* de lo que presenciábamos en los matrimonios que se celebran en Bogotá. Todos vemos establecida la costumbre, importada de otros países más ricos y adelantados que el nuestro, de hacer inconsiderada ostentación de ficticia opulencia, en la que figura, en primer término, la profusión de ramilletes, monstruos adornados con costosas cintas, convertidos en basura el día que sigue a la boda; de manera que el primer cuidado de los desposados es deshacerse de aquel estorbo antes que se desarrolle en la nueva casa la fiebre palúdica.

La invitación a un matrimonio envuelve el fuerte gravamen del regalo que debe enviarse desde la víspera, de modo que, al entrar el concurso a la casa de la desposada, se vean expuestos a la crítica curiosa de los asistentes los obsequios recibidos; y como ninguno quiere ser menos que otro, sobre todo en asuntos de vanidad, es unánime la tendencia de sobrepujar a los demás, cueste lo que costare y venga de donde viniere. Acaso se nos observe que ese es un beneficio neto para los novios, pero no es así: en primer lugar, los recién casados miran tales objetos como símbolo de un contrato bilateral cuyas obligaciones deben cumplir cuando menos lo piensen, o que les ha de imponer un verdadero sacrificio la retribución, y, en segundo lugar, la mayor parte de los regalos consiste en objetos de puro lujo, que en los más de los casos no tienen otro destino que ocupar las mesas.

¡Cuánto más filantrópico sería que los obsequiantes hicieran *colecta* para comprar casita a la nueva pareja, asegurándole así albergue para lo por venir! Y si a los regalitos añadimos el costo de los trajes y adornos para las invitadas, más el alquiler

del coche de lujo y otras zarandajas, tendremos por suma el que hayamos llegado al extremo de que se reciba una invitación a matrimonio con más angustia y terror que una orden de secuestro de bienes. ¡Que los acaudalados tiren el dinero que les sobra en estas extravagancias, se comprende; pero que quienes son apenas acomodados o pobres, y son los más en Bogotá, quieran igualarse a los primeros, es el colmo de la insensatez!

El tipo de la celebración del matrimonio entre los santafereños eran las Bodas de Camacho. Si los padres de la novia tenían hacienda en la Sabana, ese era el lugar escogido para celebrar el acto de la vida en que más deben implorarse las bendiciones del cielo. Se invitaba a los allegados de la familia, los que asistían lisa y llanamente, entre otras razones, para dar consuelo a la desolada madre de la desposada, por la pena que siempre les desgarran el corazón al desprenderse de esa parte del propio ser, que se crió y educó con tantos cuidados, para que un extraño que llegó último venga a ser el vendimiador de la planta que no sembró ni cultivó. Quien más no podía, se casaba en la iglesia de su parroquia, adonde afluían las mujeres del barrio, a las que se «les volvía la boca agua»: a las viejas, porque recordaban sus mocedades, y a las muchachas, que deseaban no pasara el año sin hallar marido; pero en esos buenos y baratos tiempos se celebraban más matrimonios que en la actualidad, como en otra ocasión lo hicimos notar, porque las facilidades para ganar la vida y los hábitos de economía bien entendida son el fundamento indispensable del matrimonio.

En Santafé no se conoció la gran fiesta de familia que hoy se acostumbra en Bogotá con motivo de la primera comunión de los niños; todo quedaba reducido a prepararlos en sus

respectivas casas para aquel importante acto y a que el cura de la parroquia les entregara una cedula en que constaba que habían cumplido con el precepto.

A la señora doña Amalia de Mosquera de Herrán y a sus dignas hijas las señoritas Adelaida y Mariana se debe la iniciativa de que la fiesta, que con tal objeto se hace, alcance proporciones de un grande acontecimiento entre las familias; y no es únicamente esto lo que la culta capital tiene que agradecer a las señoritas Herrán, que heredaron la energía de su abuelo materno: el general Mosquera; la abnegación y desinterés de su ilustre padre, el general Herrán; la caridad de su tío, el arzobispo Herrán; el espíritu evangélico de su tío, el arzobispo Mosquera, y la entereza de alma de su admirable madre, a quien todos reconocemos la superioridad que la distinguía. Cuando la fortuna se mostró esquiva con ellas, se consagraron a la educación de las señoritas a quienes formaron a su imagen y semejanza, como puede palpase en cualesquiera de las muchas y distinguidas discípulas que instruyeron y de quienes abrigamos la persuasión de que leerán con agrado las precedentes líneas que se escapan a nuestra pluma, como un acto espontáneo de justicia respecto de aquellas que en todo tiempo han sido para nosotros el vivo ejemplo de buenas acciones que imitar, y cuya amistad, que estimamos tanto como a nosotros mismos, tenemos esperanza de continuar allá donde nada perece.

Conmover e imponente es el espectáculo que ofrecen esos niños que acuden a la iglesia acompañados de todo el personal de la casa; los varones llevan una cinta blanca atada al brazo derecho, y las niñas van vestidas de blanco, cubiertas con velo de gasa transparente. Todos llevan cirios adornados de flores

blancas, como símbolo de la pureza que en esos momentos se trasluce hasta en sus más insignificantes movimientos. Al entrar en el templo resuenan los cánticos sagrados en alabanza de Aquel que dijo: «¡Dejad a los niños que vengan a Mí, porque de ellos es el Reino de los cielos!». Postrados al pie del altar, adornado con exquisito gusto y profusión de flores y luces, permanecen como absortos en la contemplación de tan solemne acto. Al fin llega el momento de acercarse a recibir al Deseado de sus corazones y, en medio del humo del incienso que los envuelve, de los misterios del santuario que los embelesan y de las armonías que los arroban, se acercan a la mesa de los ángeles, pálidos y temblorosos como los botones de rosa pudorosa cuando los entreabre el sol de la mañana. Al sentir las inexplicables sensaciones que experimentan cuando reciben el Pan del Cielo quedan anonadados por la dulcísima emoción que se desborda de sus velados ojos, fuente fecundante de lágrimas purísimas que los querubines recogerán en vasos de predilección para presentarlas en el trono del Altísimo en holocausto propiciatorio para esos niños cuyos corazones se le han entregado sin reserva, para las familias a quienes deben el ser y para la patria en que nacieron. ¡Cuántas veces hemos observado que algunos padres y hermanos de los niños se vean comprometidos a acompañarlos en ese acto piadoso, al que hacía mucho tiempo que no se acercaban!

Después de la misa dirige la palabra a los niños el sacerdote que los preparó y dio la comunión. Terminada la función en la iglesia, se les lleva a tomar suntuoso almuerzo, en el cual se reparten diferentes objetos en memoria de la primera festividad en que figuraron como actores principales. El recuerdo

de esta fiesta tendrá grande influencia en todos los actos de su vida, que en esos momentos aún no saben que está sembrada de abrojos, cuyas heridas no tendrán otra fuente de salud sino el sentimiento religioso.

\*\*\*

Terminadas las tareas escolares de los muchachos, se daba principio a la obligada salida al campo, o a las poblaciones de tierra caliente, con el objeto de que «crecieran y aprendieran a nadar», cosa menos que imposible en Bogotá.

Si hasta ahora hemos considerado a las matronas santafereñas como castellanas en el castillo urbano, vamos a verlas ejerciendo *urbi et orbi* su complicado magisterio de jefe de Estado mayor general y castrametación, en todo lo que sea conducente al mantenimiento, forraje, equipo y bagajes del numeroso personal que había de viajar.

Mucho tienen que agradecer los bogotanos a los empresarios que les proporcionan medios de locomoción, aunque apenas se extiende su beneficio a una parte de la altiplanicie. En la actualidad se disfruta de los ferrocarriles que parten de esta ciudad y nos ponen en rápida comunicación con Facatativá, Zipaquirá y Sibaté; hay un tranvía que conduce pasajeros y carga entre Bogotá y Chapinero; se puede viajar en ruedas hasta cerca de Tunja y por otras veredas que tienen el título pomposo de Camino Real; funcionan una lancha de vapor entre Puente Grande y las inmediaciones de Zipaquirá, y acaba de organizarse una compañía de carruajes urbanos, que principió dando al servicio del público veinte elegantes victorias, a

precios módicos y guiadas por cocheros vestidos con decoro. Existen, pues, elementos relativamente cómodos, aunque caros, para facilitar la movilización de las familias que salen a veranear; pero de estas comodidades que pudieran llamarse lujo para viajar, no gozaron los santafereños, y ni aun llegaron a maliciar su futura existencia.

La pluma de don José Manuel Groot describió con admirable realismo el viaje a Ubaque: nosotros emprenderemos camino por vía opuesta, entre otras causas, para evitar un encontrón con aquella eminencia literaria que nos abrumaría. Iremos a Villeta.

Una vez hecha la elección del lugar indicado, se daba principio a las tareas del caso, por proveerse de ropas de telas delgadas y artículos de *bucólica*, en cuyo número figuraban en primera línea las pastillas de chocolate, los bocadillos de guayaba, el *bizcocho calao* y demás comestibles, en cantidad suficiente para alimentar una numerosa familia durante el tiempo que durara la *mudada de temperamento*; pues es bueno que se tenga presente, que antaño era casi desconocido en nuestras pequeñas poblaciones el servicio de fondas, hoteles o cosa parecida, y que, en consecuencia, era de imperiosa necesidad que el viajero llevara todo, desde la sal hasta el agua, en materia de víveres, y los enseres y demás menaje para procurarse lo estrictamente necesario en cuanto a comodidad personal.

Era la plaza de mercado el lugar de provisión de bagajes: se encontraban allí vivanderos con quienes se conseguían las mulas a razón de doce reales desde Santafé hasta Villeta, después de que habían prestado el servicio de cargar víveres, siendo de cargo del mulero la alimentación de las cabalgaduras durante

el viaje, y el salario de los arrieros. Con facilidad se conseguía casa, que era de *bahareque* y *palmicha*, sin cielos rasos ni enladrillados, y por lo regular se componía de un cuerpo de edificio con salita, que servía de comedor durante el día y de alcoba por la noche, de dos piezas laterales y estrechas; al interior, un patio en que había árboles y algunas flores, y cocina con fogón formado por piedras que se amoldaban a las ollas que sostenían, cuyo combustible era, y aún es, la leña acabada de cortar en el monte. En cuanto al mobiliario, la constituían poyos de adobe para sentarse y estacas en las paredes para colgar la ropa; en algunas se llevaba el lujo hasta poner arañas de carrizo y candilejas de lo mismo; y como el dueño de la casa no vivía en ella, o no tenía el hábito del aseo, la preparada para recibir a los forasteros era un receptáculo de insectos tales como chinches, pitos, arañas, alacranes y demás congéneres, suficientes para colmar las exigencias del más desafortunado naturalista.

Obtenida la casa, aseguradas las bestias y preparado el fiambre, se entraba en la faena de conseguir monturas y aperos para ensillar las mulas; pero como la familia era del orden pedestre, o lo que es lo mismo, no tenía costumbre de montar, carecía de todo, para suplir lo cual se distribuía como en tiempo de revolución, *comparto* de monturas entre amigos y relacionados. Y como no era posible que cada hijo de vecino tuviera tala-bartería en su casa, se salía del compromiso enviando lo que podían, de donde resultaba que los aperos y demás *tremotiles* de la familia viajera, era el conjunto más heterogéneo imaginable de objetos que no volvían nunca al poder de su legítimo dueño, por la sencilla razón de que era punto algo menos que imposible adivinar entre tanta *gurupera*, cincha, freno, sudadero,



jáquima y montura, quiénes eran sus dueños después de que tales artículos habían prestado el servicio.

Empacado el equipaje y metida en él la ropa de las sirvientas, a fin de que las muy ladinatas no se arrepintieran de ir a tierra caliente, llegaba el día deseado de emprender marcha a divertirse a sus anchas, para salir a conocer nuevos horizontes y dejar atrás a la aburridora ciudad. La hora fijada para la marcha era la de las seis de la mañana, a fin de llegar con luz a Facatativá, que era la *dormida* obligada, cuando no había dificultades en el viaje; pero después de que se alzaba a *Sanctus* en la Catedral, se aparecían los arrieros con las bestias, porque hasta esa hora pareció la mula o mulas que se salieron del potrero. Este primer contratiempo, de que se imponía el vecindario por la permanencia en el balcón de los futuros viajeros, apostrofando y maldiciendo de los arrieros, y del intempestivo y no presupuesto almuerzo, del que no podía ya prescindirse sin exponerse a comprometer el éxito de la jornada, constituían el primer goce del suspirado paseo.

Las muchachas viajeras se habían forjado la ilusión de que las vieran salir en briosos y hermosos corceles en que lucirían sus elegantes trajes de montar, como entonces se llamaban: cuál sería su cruel desengaño al ver la esqueletada brigada de animales presentes, entre los que era raro el que tuviera completas las orejas o no careciera de un ojo, con espinazos que eran una sola y asquerosa llaga, «desde la cruz hasta la fecha», como suele decirse.

Y era sobre esas meditabundas cabalgaduras con el labio caído de tristeza y hambre como debían los viajeros atravesar la ciudad al emprender camino, seguidos de las sirvientas

encaramadas sobre desvencijados *sillones* del tiempo de los Encomenderos, o en cualquier fuste viejo, llevando debajo el tendido de la cama y pendientes del arzón, los objetos recogidos a última hora, que se olvidaron o no cupieron en las cargas del equipaje, con la mirada en la cola del bagaje a fin de no desvanecerse con el movimiento, siguiendo el consejo que les dio una conocida aplanchadora experimentada en achaque de viajes a tierra caliente, mezcladas con los peones que montados a horcajadas sobre cuadrúpedo enjalmado, conducían por delante los niños envueltos en sábanas y sentados sobre las almohadas en que debían reclinar la cabeza en la posada, precedidas del cargamento de petacas, baúles y almofrej, sobre el cual hacían las funciones de cencerros las bacinillas de hierro al golpearse contra la olleta de cobre de hacer el chocolate, y cuyo *molinillo* se introducía indistintamente, en una u otra vasija, en obediencia a las sacudidas que le imprimía el movimiento de la mula, y, por último, oyendo en las calles que alborotaban con aquel tren el grito de «¡se acabó la guerra!», lanzado por dondequiera que había *chinos* que vieran ese pelotón informe, compuesto de cuanto Dios crió, que avanzaba lentamente, sin más ruido que el constante vapuleo acompañado del consiguiente *arre* y el *chupar* de los impacientes jinetes, ansiosos de salir de aquella que bien podía llamarse vergüenza pública.

A retaguardia de aquello que parecía desfile de carnaval iban: el *pater familias*, gravemente montado en su acémila, debajo de colosal sombrero enfundado, cubierto con gran ruana pastusa forrada en bayeta roja, metido dentro de estrechos zamarrros de piel de tigre, calzadas las espuelas de plata, ocupando la silla chocontana cubierta con el tradicional pellón rojo, como

defensa contra las duras corazas de la montura, y provisto del encauchado que debía protegerlo de las aguas lluvias, llegado el caso. Seguía la matrona de la familia, sentada con apostura regia sobre el gran *sillón* tapizado con paño color de grana y cantoneras de plata, que soportaba una hacanea, con freno recamado de conchitas blancas y guarniciones de plata.

La caravana marchaba sin novedad hasta la primera venta que encontrara en el camino; pero al aproximarse a esos sitios de arribo obligado de los arrieros, era de todo punto imposible impedir que las resabiadas cabalgaduras se allegaran de rondón a la enramada que se destina en las posadas para guarecerse de la intemperie. Si la suerte favorecía a los viajeros, llegaban bien entrada la noche a la posada de Facatativá, donde comían mal y dormían peor; pues entre los ratones que pululaban, las pulgas que hormigueaban, el ladrar de los perros y el estropeo del camino, no quedaba resquicio por donde cupiera el alivio del sueño.

Muy de mañana continuaban su marcha los viajeros, no sin lamentarse de la mala situación corporal en que se hallaban, y deseando el imposible de ir sentados sobre las niñas de los ojos, más bien que en la posición que les producía el quebranto, no obstante que en la noche anterior habían agotado la provisión de velas de sebo.

Al llegar al Alto del Roble y contemplar la peligrosa escalera de caracol por donde debían bajar aquellos raizales, quienes por primera vez salían de la Sabana, se les juntaba el cielo con la tierra, y, si estuviera en su mano, de seguro que se volverían para su casa; pero la cosa no tenía remedio, y era imprescindible seguir adelante, después de santiguarse y agarrarse bien

de la baticola como prenda de seguridad para no dar un volatín por encima de las orejas de las bestias.

El Patio de las Brujas era otro mal paso que había después del Aserradero, formado de un piélagos de lodo color de siena, sombreado por bosque tupido de donde no podía salir sino con auxilio extraño, quien allí se atollaba. Fue precisamente en esa localidad donde tuvo origen la siguiente anécdota.

En el año de 1853 se publicó en la *Gaceta Oficial* un informe en que se aseguraba que el camino de Bogotá a Honda estaba en perfecto buen estado, merced a las reparaciones hechas por el respetable cuerpo de ingenieros encargado de componerlo. En esa época corría el negociado de caminos a cargo de la Secretaría de Hacienda, hábilmente desempeñada por don José María Plata, quien hizo un viaje por esos lados en compañía del doctor Vicente Lombana, de carácter burlón y sarcástico. Al llegar al Patio de las Brujas caminaba adelante el doctor Plata buscando con dificultad por dónde pasar, y como no encontraba vado, le preguntó al doctor Lombana su parecer, a lo cual contestó este con el gracejo que lo caracterizaba: «¡Échese por donde dice la *Gaceta!*».

Empezaba luego la cuesta de El Salitre, que era un gredal negruzco en donde se quedaban prendidas las cabalgaduras lo mismo que las moscas en miel espesa: ese lugar se hizo célebre porque allí quedó pegado, con mula y todo, monseñor Lorenzo Barilli, nuncio del papa, en el año de 1857, a su regreso a Roma.

Si la mala estrella de los caminantes hacía que les cayera uno de aquellos aguaceros como sólo se usan en nuestra tierra, no tenían otro remedio sino dejarlo caer, y encargar al cuerpo el cuidado de secar la ropa, pues era muy raro encontrar dónde guarecerse.

No haremos cuenta de las montadas, desmontadas, caídas, levantadas y demás contratiempos anexos a los viajes que se emprenden entre nosotros con numerosa familia; sólo diremos que si no se presentaban más graves inconvenientes, llegaban los *veraneadores* a la población a la caída de la tarde, sofocados por el calor y sedientos como si vinieran del desierto de Sahara, porque a los santafereños, lo mismo que a los bogotanos, les hacía mucha impresión el calor la primera vez que se aventuraban a bajar de su nido de águila, en el que sólo imperan los cierzos del Cruz-verde.

El atrasado y deseado equipaje, que en esos instantes tenía excepcionalísima importancia, llegaba bien entrada la noche, si era que llegaba, y mientras tanto permanecían los afligidos viajeros recostados en lo que podían, porque ya hemos dicho que en la habitación destinada a que se desmontaran y pasaran la temporada, faltaba hasta lo más indispensable para la comodidad de la familia. Entre reniegos, maldiciones y un diluvio de vizcaínos, entregaban las cargas los arrieros, y mucho era si se dignaban, por compasión, destripar el almofrej y desliar las petacas para que se proveyeran los forasteros de lecho en qué tenderse, del chocolate, panacea para entretener el hambre hasta el día siguiente, en que amanecían los malaventurados paseantes con aspecto de lazarinos, porque a costa de su sangre habían saciado la voracidad de las implacables plagas de que estaba atestada la casa. A nadie conocían en el pueblo ni tenían a quién volver los ojos; al acometer no más la tarea de barrer los aposentos, encontraban alacranes dondequiera e indicios claros de que, sin gran cuidado y prevención, sería más que probable una desgracia ocasionada por la mordedura

de algún animal venenoso. El negociado de la cocina tomaba las proporciones de catástrofe doméstica; la cocinera se resistía a cocinar en el suelo con leña verde, y las sirvientas exigían su pronto regreso a la Sabana, porque no se resignaban a trabajar en los oficios de acarrear agua desde el río, ni a cargar ninguna cosa, en razón a que apenas podían con su propio cuerpo.

Quedaban, pues, de hecho convertidas en amas de llaves, encargadas del servicio doméstico, la madre y las hijas, que debían atender a las necesidades de la familia, desde el arreglo de las piezas del rancho que habitaban, hasta ocuparse personalmente en los oficios de cocina, repostería y demás atenciones que reclama la marcha regular de todo hogar bien ordenado.

No podía ser más penosa la situación de las que creían salir a descansar a otros climas; en donde la falta de recursos y el completo cambio de costumbres convertían el codiciado paseo en voluntario confinamiento, o mejor dicho, en lugar de trabajos y privaciones. La vista de una cinta en el suelo o de cualquier objeto extraño, producía el alarma consiguiente al que se experimenta ante el terrible reptil que puede matar al encontrarle; el baño disminuía el aliciente apetecido, porque las amedrentadas familias veían por todas partes peligros y fieras prontas a devorarlas; no gozaban de sueño tranquilo, por la constante zozobra que las atormentaba con el temor de que los murciélagos les chuparan la sangre o les cayeran alacranes del empajado; cada dedo de los pies de los viajeros era un panal de niguas que, en opinión de nuestro amigo Diego Fallón, deben dejarse entrar tranquilamente para gozar la imponderable delicia de rascarse contra el colchón de la cama; las ronchas causadas por las picaduras de los mosquitos y zancudos,

producían furioso prurito que no calmaban las uñas de los diez dedos de las manos; y para colmo de males, daba la *chapetonada*, ligera indisposición que sufren los habitantes de las tierras altas cuando entran en las cálidas.

Las muchachas perdían sus sonrosados colores para tomar el aspecto de cloróticas, y como bebían *guarapo*, sin término, comían frutas en toda ocasión, se bañaban tres veces en cada día, y dormían la mayor parte de las veinticuatro horas, pronto les sucedía lo que a cierto inglés que bebía mucho brandy, tomaba ají y otros picantes, y que sin embargo no adivinaba el porqué de la irritación crónica que lo aquejaba; pronto caían aquellas en tal postración de fuerzas, que hacía imperiosa su vuelta a respirar los aires nativos para recuperar las salud que perdían a paso de gigante.

Al fin llegaba el término fijado para regresar a Santafé, adonde volvían los paseantes cargados de calabazos, cocuyos, pericos y toches, de los que daba cuenta en poco tiempo el gato de la casa; y como del paseo a veranear a tierra caliente sólo traían recuerdos enfadosos, pocos eran los que quedaban con ganas de repetirlo. Razón tenían los santafereños en preferir estarse quietos en sus moradas, en vez de ir a pasar trabajos y sufrir toda clase de percances en lo que antaño se llamaba ir a *mudar temperamento*.

\*\*\*

Villeta tuvo importancia desde su fundación, porque está situada en la mitad del camino que era indispensable recorrer para ir y venir del exterior o de los puertos del Atlántico a la capital.

En sus inmediaciones se montó el primer trapiche de hierro movido por agua que se conoció en Colombia, debido al distinguido caballero inglés don Guillermo Wills, por allá en el año de 1840, en la hacienda de Cune. Poseía un buen establecimiento de fundición de cobre, dirigido por don Timoteo Román; estaba rodeado de plantaciones de caña de azúcar y pasto de guinea; la principal ocupación de sus moradores era el acarreo de mercancías de importación y exportación, y el comercio de miel, azúcar y aguardiente; está edificada en el centro del valle que riegan el río Bituima y la Quebrada, cuyas aguas no son potables porque contienen bastante azufre y sulfato de hierro; pero son muy medicinales, especialmente para curar el reumatismo y las afecciones cutáneas; con una temperatura media de 25° centígrados, morigerada por los vientos que soplan del Aserradero y del Alto del Trigo, en medio de lujosa y variada vegetación, todo lo cual contribuía a que ese fuera y aún sea buen lugar para salir a temperar los habitantes de la altiplanicie.

A principios de este siglo se estableció allí una respetable colonia de socorranos —que así se llamaba entonces a los hoy oriundos del Departamento de Santander—, entre los cuales sobresalía don Juan Vargas, caballero cumplido, rico, emprendedor, que pretendía, como César y Bolívar, dictar tres cartas a un mismo tiempo, aunque se equivocara al dictar, por lo cual le resultaban monstruosos adefesios, entre los que recordamos la misiva que dirigió a Honda para que le enviaran por el correo *quinientas piedras grandes* para molerlas antes de que se pasara la caña. En puntuación observaba una regla tan sencilla como fácil, no conocida de Marroquín, o que olvidó incluir en su



tratado sobre la materia. Después de dictar el texto, paseándose en cuerpo de camisa en el corredor de la casa, firmaba y ordenaba a sus atónitos escribientes que hicieran la distribución de puntos y comas para que no quedaran desaliñadas las cartas.

Construyó Vargas la primera casa alta que se conoció en el lugar, al costado occidental de la plaza: el piso bajo lo reservó para sí, y el alto era el refugio que encontraban los viajeros en aquel entonces inhospitalario pueblo, porque don Juan era aficionado a oír relaciones de viajes y amigo de servir al forastero; su casa era la de todo el mundo. El departamento destinado a los transeúntes se componía de una sala y dos alcobas laterales, con puertas a un balcón que daba a la plaza; en una de las alcobas había gran cama de caoba, de estilo inglés, con columnas y cielo raso semejante a un baldaquino. En ella durmieron, entre otras muchas notabilidades: el sabio Mutis, el barón de Humboldt, los virreyes Antonio Amar y Juan Sámano, el Libertador cuando iba a morir a Santa Marta, Santander cuando se le condujo a las bóvedas de Cartagena, el santo arzobispo Mosquera al partir para su inicuo ostracismo en el año de 1852, don Mariano Ospina al emprender la campaña de Occidente en el año de 1861, y los generales Mosquera y Obando cuando venían en dicho año hacia la Sabana.

En el año de 1844 se estableció en Villeta la distinguida señora doña Juana Sánchez de Moure, en busca de salud, obtenida la cual resolvió quedarse a vivir allí y constituirse en *providencia* para los viajeros y menesterosos del lugar. Por la muerte repentina de don Juan hubo de rematarse la casa que perteneció a este, viniendo a ser propiedad de la señora Sánchez. Esta nobilísima anciana no era rica; pero vivía de su trabajo, cuyos

productos empleaba en mantener aseada y paramentada la iglesia, en socorrer a los pobres y en proporcionar a los forasteros lo que necesitaran, para lo cual tenía muebles de repuesto y muchos objetos de reconocida utilidad, que no es fácil llevar de una parte a otra sin evidente riesgo de destrucción. Desde entonces se puso de moda Villeta para ir a temperar, y no hubo quien tratara a esa matrona que no se sintiera como subyugado por la bondadosa influencia que ejercía su amable presencia, cultos modales y, más que todo, su conversación, que era fuente inagotable de agudezas o historias instructivas. Poseía en alto grado lo que se llama *don de gentes*.

Mientras vivió doña María Ignacia Moure, hija de la señora Sánchez, mantuvo la tradicional costumbre establecida por su santa madre de «dar posada al peregrino» en Villeta.

Don Miguel Cané, Ministro de la Argentina en Bogotá en los años de 1881 y 1882, refiere en su interesante libro *En viaje*, la acogida que le hizo la señora Moure del modo siguiente: «Las autoridades locales de Villeta, con algunos amables vecinos que se habían unido, salieron a recibirnos y conducirnos al hotel. ¡Al hotel! Un bogotano se pone pálido al oír mencionar el hotel de Villeta; ¡qué sería de nosotros cuando contemplamos la realidad! Felizmente para mí, se me avisó que un amigo me había hecho preparar alojamiento en una casa particular. Fui ahí y recibí la más cariñosa acogida de parte de la señora Moure, que junto con las aguas termales y un inmenso árbol de la plaza, constituye lo único bueno que hay en Villeta, según aseguran las malas lenguas de Bogotá. ¡Qué delicioso me pareció aquel cuartito, limpio como un ampo, sereno, silencioso! ¡Había una cama! ¡Una cama con almohada, sábanas y cobijas!

Hacía un mes que no conocía ese lujo asiático. La dulce anciana cariñosa, rodeándome de todas las imaginables atenciones, me traía a la memoria el hogar lejano y otra cabeza, blanqueada como la suya, haciendo el bien sobre la tierra».

Nunca pudo resignarse la señora Sánchez con el destierro de Manuel José, que era como llamaba al arzobispo Mosquera, sobre quien tenía el ascendiente que le daba el haberlo amamantado. El ilustre prelado la llamaba «tía Juanita», y la obedecía como un niño en los días que permaneció en Villeta, en su casa, mientras daba algún respiro la aguda enfermedad que sufría, para continuar el camino del extranjero, adonde lo lanzaban las aberraciones políticas de ese tiempo, viaje del cual no había de volver. En su cariño maternal llegaba la señora Sánchez hasta quitar el breviario de las manos al ilustre enfermo, porque los médicos le habían prohibido la lectura. Al colocar al arzobispo en el *quando* en que debía conducírsele hasta Honda, lo acomodó la señora como hace una madre con su hijo al acostarle en la cuna, le besó la frente, enseguida se arrodilló para recibir su postrera bendición, contempló por última vez aquel rostro dulce y majestuoso, y con voz entrecortada por los sollozos que la ahogaban, le dijo: «¡Manuel José, ruega mucho a Dios por los que te persiguen!».

Durante los pocos días que permaneció el general Mosquera en casa de la señora Sánchez, en el año de 1861, le presentaba aquel a los diferentes jefes y oficiales que entraban a hablarle.

—Tomás —le dijo cuando se vio a solas con este—, te veo rodeado de gentes que te *amarrarán* en el momento que menos lo pienses.

Seis años después permitieron al general Mosquera que pernoctara en la misma casa, de paso para el Perú, adonde se le llevaba desterrado por consecuencia de la conjuración del 23 de mayo de 1867.

—¡Ah, tía Juanita —exclamó el proscrito al verla y abrazarla—; quien me hubiera dicho que se cumpliría la profecía que usted me hizo en esta misma casa!

El infortunado general José María Obando, a su paso por Villeta en el año de 1861, se hospedó en la morada de la señora Sánchez, y como eran antiguos conocidos y amigos, aquel la puso al corriente de varias de las medidas que pensaba tomar al entrar a la capital.

—Eso será —le replicó la señora— si antes no lo matan, porque la guerra es guerra.

Ocho días después caía Obando alanceado en el campo de Tierranegra.

Después del 18 de julio del año antes citado, se conducía, siendo el escarnio de las almas viles, a don Mariano Ospina y demás compañeros de infortunio, para sepultarlos en el castillo de Bocachica. Al llegar a Villeta se les puso en el inmundo edificio llamado cárcel; y como la desgracia produce el vacío alrededor de quienes son sus víctimas, nadie se atrevía a prestar el más insignificante servicio a los presos, que carecían de todo; pero esta ley no tocaba con la señora Sánchez. Se presentó en la prisión y obligó al oficial de la escolta a que permitiera que ella, «tía de Tomás Mosquera», proporcionara camas y alimentos a aquellos distinguidos caballeros, mientras permanecieran en el lugar.

En toda la comarca era conocida la señora Sánchez con el distintivo cariñoso de *misía* Juanita, y aunque muy querida y

respetada, no le faltaba uno que otro malqueriente. Sucedió, pues, que un vecino anciano le entabló pleito por una medianía que a él le tocaba mantener. Citada la señora al Juzgado, pidió su contendor, con lujo de grosería, que se le nombrara curador, porque ya estaba muy vieja y no sabía lo que hacía. Doña Juana, sin inmutarse ni darse por notificada, contestó la andanada así: «Señor juez, nombre usted al señor don Gregorio Ramírez dos tutores: uno porque lo necesita como jovencito menor de edad, y otro para que le enseñe urbanidad. Ante este escopetazo salió despedido don Gregorio, desertando de la demanda.

Tal era, a grandes rasgos, el carácter de una de nuestras matronas colombianas, cuyo hogar era asilo obligado de los forasteros que iban a Villeta por cualquier causa, en donde encontraban las costumbres de la mejor sociedad. Allí murió la señora Sánchez en el año de 1871, después de ochenta y siete años de abnegación y sacrificio en favor de sus semejantes, llorada de todo un pueblo y admirada de cuantos la trataron. Aún viven muchas personas en Bogotá que pueden abonar nuestro dicho, y en la plaza de Villeta la opulenta ceiba que sembró aquella anciana con propia mano, en el año de 1848.

\*\*\*

No es menos notable el hogar colombiano por la abnegación y desprendimiento de nuestras matronas, en lo que diga relación con los sacrificios que hayan de imponerse cuando la adversidad toca a las puertas en forma de ruina de la fortuna o enfermedad de algún miembro de la familia. Si es lo último, todos

se disputan a porfía la satisfacción de prodigar al enfermo los cuidados y atenciones que tiendan a procurarle la salud; y si la muerte viene a ser el final del drama, mirarían como imperdonable profanación que manos extrañas tocaran los tristes despojos de la persona querida.

¿Qué diremos de aquellas sublimes esposas que no vacilan en dedicarse a las más rudas tareas, a trueque de ayudar a soportar el peso de la familia, cuando el esposo se ve en dificultades pecuniarias, o por cualquiera de tantos accidentes de la vida tienen que afrontar y atender solas a la educación y sostenimiento de los hijos, sin otro recurso que su industria y trabajo personal?

Y si consideramos el hogar santafereño y bogotano por el lado de la caridad y beneficencia, necesitaríamos escribir muchos volúmenes *in folio* para relatar algo de lo mucho que llevan a cabo nuestras mujeres, desde mendigar limosna por el amor de Dios hasta presentarse gustosas en espectáculos públicos, siempre que el producto de aquellos actos se aplique al alivio de los desgraciados. En épocas que no queremos recordar, el culto en esta ciudad se sostenía, casi exclusivamente, con el óbolo que cada una, como hormiga *arriera*, depositaba en la arquilla del templo, pues ya hemos hecho notar que nuestras damas se distinguen por sus sentimientos piadosos.

Antaño se cortejaba primero a la suegra, hasta obtener la venia para pretender a una de sus hijas; ogaño han variado las cosas, en términos que, en el momento menos pensado le dice la muchacha a la madre: «Esta noche pienso argollarme con mi novio», y *laus Deo*. Así convendrá que suceda en el siglo del vapor y la electricidad; pero de todas maneras el hogar entre

nosotros respira cordialidad, bienestar, aun en medio de la pobreza; afecciones sinceras y consideraciones mutuas, todo lo cual ha venido a formar el rasgo especialísimo de la familia colombiana, sintetizada en la raizal, de cuyas cepas vino al mundo José Manuel Marroquín, verdadero tipo santafereño, que habiendo quedado huérfano de padre y madre, fue educado por sus venerables tíos don Juan Antonio Marroquín, las santas señoras Concepción y María Josefa Marroquín y doña Teresa Moreno, su abuela, quienes cumplieron su cometido hasta presentarnos hecho y derecho al sobrino y nieto, de quien se puede decir que cuenta los amigos que lo estiman por los días que tiene el año multiplicados por los transcurridos desde que nació.

La deuda inmensa e inextinguible de gratitud que tenemos respecto de una familia bogotana, nos impone el deber de consignar en estas páginas un recuerdo nacido de lo íntimo de nuestro ser, aunque no sea sino para dejar constancia de que no nos cuadra el epíteto de *ingratos* u *olvidadizos*.

Un joven recién graduado de doctor en Derecho recibió el nombramiento de defensor de pobres, destino que era de obligatorio y gratuito desempeño durante el primer año después de vestir la toga de abogado. Carecía de bienes de fortuna, pero tenía poderosa inteligencia, palabra fácil, persuasiva y arrebatada; en todo se veía el hombre de rectitud incontrastable, al mismo tiempo que se distinguía por la suavidad de carácter y maneras cultas e insinuantes; entre las facciones de su hermosa fisonomía sobresalían dos grandes ojos garzos que miraban con la inocencia del niño, pero que ninguno que no fuera hombre de bien podía afrontarlos; en sus relaciones íntimas era

más apacible que la luz crepuscular, y en el campo del honor alcanzó el nivel a que pocos llegan; como patriota todo lo sacrificó, llegado el caso, en servicio de sus conciudadanos, y cuando después de largos años de concienzuda labor profesional fue llamado a desempeñar altos puestos en la Magistratura, en el Congreso y en otros ramos importantes de Gobierno; el país lo conoció con el nombre de Ignacio Ospina Umaña.

Por el mismo tiempo se conocía en Bogotá una señorita de maneras distinguidas, esbelta y bella, garbosa en el andar, de hermosa y abundante cabellera color castaño claro, de mirada penetrante y serena, reposada en el hablar, de tez blanca y sonrosada como las hijas de Castilla, de frente ancha, ¡en que se reflejaba toda la bondad que desbordaba de su gran corazón!

Naturalmente sobresalía esa estrella en el cielo de nuestras damas, lo que quiere decir que las pretensiones de los jóvenes, para unir su suerte a la de ella, se sucedían sin intermisión. Entre ellos figuraba nuestro abogado, quien en esa época no tenía otro haber que su título de doctor, y el precario recurso de lo que solían obsequiarle los pobres que defendía.

Aquí pudo decirse que «matrimonio y mortaja del cielo bajan». Con asombro de los acaudalados pretendientes anunció el cura de Santa Bárbara que la señorita doña María de Jesús Camacho se uniría en matrimonio con el señor doctor Ignacio Ospina Umaña, lo que advertía para que si había alguna causal que impidiera aquel acto, lo manifestaran. Uno que se creyó agraviado por la elección de la señorita Camacho, dijo con el consiguiente despecho: «Voy a ver cuánto duran los novios sin comer...».

Pero si hubo una pareja en que el uno fuera nacido para el otro, fue la que nos ocupa; y como el cielo bendice todo enlace



en que entra por principal elemento la estimación de la parte moral, llovió a manos llenas sobre el felicísimo hogar del doctor Ospina, todo lo que constituye la dicha en este mundo: numerosa y distinguida descendencia, riqueza levantada palmo a palmo mediante asiduo y concienzudo trabajo, y paz doméstica inalterable.

Entre las muchas virtudes que adornaron ese matrimonio modelo, sobresalía la de la caridad ejercida sin reserva ni tasa. Sabemos de personas caritativas que llevan muy lejos el amor al prójimo; pero ni el Decálogo ordena amar más a nuestros semejantes que a nosotros mismos, como sucedía a aquellos esposos verdaderamente cristianos.

La muerte se encargó de turbar tanta dicha. Atacado el doctor Ospina por implacable dolencia, su muerte fue el único pesar que causara a los suyos, después de enseñarles prácticamente a morir con la inquebrantable fe en un mundo mejor. Su digna esposa, agobiada por tan rudo golpe, lo sobrevivió algunos años que consagró a llorar a su esposo, al socorro de los menesterosos y a mantener fresco el frondoso árbol de su hogar, de cuyo tronco han salido otros que han sido joyas preciadas de nuestra sociedad por la práctica de las virtudes que heredaron. Aún nos parece ver a la señora Camacho en el lecho de dolor, rodeada de los hijos, impresa en su marmórea frente la pavorosa palidez de la muerte, implorando el perdón de los que hubiera ofendido, y perdonando a sus enemigos; jella, para quien la vida y el ejercicio del bien fueron sinónimos!

A ese matrimonio modelo somos deudores de la cumplida felicidad doméstica que nos tocó en suerte; ellos, cual amorosos padres, acogieron la niña huérfana y desolada, que atendieron y

educaron como propia hija, hasta entregárnosla al pie del altar, imponiéndonos el deber de labrar su dicha, en medio del llanto que les arrancaba la separación de la que tanto amaron. A la señora Camacho la hallamos siempre solícita y amorosa en todas las situaciones de la vida en que nos halláramos, y cuando le manifestábamos el cariño que le profesábamos, nos presentaba su frente purísima en que imprimíamos respetuoso beso, ¡porque la considerábamos como una segunda madre!

He ahí el tipo del buen hogar doméstico entre nosotros.

## ▪ CORRIDA DE GALLOS

La Natividad de San Juan Bautista y el martirio de San Pedro se celebran en el mundo cristiano con solemnísimas funciones religiosas, para perpetuar el recuerdo de dos de los hombres más notables que ha producido la raza humana. Del primero de ellos dijo el Salvador del mundo que no había nacido hombre superior a su Precursor, y del segundo hizo la piedra angular de la Iglesia, con el atributo de la infalibilidad: al tosco e inculto pescador del mar de Tiberíades lo transformó en pescador de hombres y en cabeza visible de la institución más colosal y portentosa que hayan visto los siglos.

El Bautista no desmintió un solo instante su carácter de Profeta de Jehová: afrontó sin vacilaciones la tarea de censurar los vicios de su tiempo, y entregó tranquilo la cabeza al verdugo, para que fuera presentada en el infame festín de Herodes, como presente del amor incestuoso.

Pedro era hombre de corazón ardiente; medía sus fuerzas por la intención que lo dominaba, y no por el valor efectivo de ellas; lleno de sinceridad y amor hacia su Maestro, se exaltaba a la sola idea de que se dudara del origen divino de Aquel, y

no dejó pasar ocasión que no aprovechara para hacer pública profesión de sus creencias. Sin embargo, estaba escrito que en un momento desgraciado, debía, como dicen, borrar con el codo lo que había hecho con la mano, y negó cobardemente a Jesús, añadiendo así un pesar al Hijo del hombre, abandonado de los suyos y escarnecido por los sayones de Caifás.

Pero esa falta tuvo reparación sublime el día que la crueldad de Nerón condenó al discípulo del Galileo a morir como Este en la cruz. En el momento de elevarlo para clavar en tierra el instrumento del suplicio, Pedro, el pescador humilde de casi noventa años de edad, suplicó a los verdugos que lo colocaran con la cabeza hacia abajo, porque no se creía digno de morir en la misma posición que su Maestro. Así dio su último suspiro el jefe del apostolado, perdonando a sus perseguidores y contemplando en su lenta agonía el cielo en donde le aguardaba el que iba a ser su galardón.

Aparte de las fiestas religiosas que, como dejamos dicho, se celebran dondequiera que se ostenta la cruz sobre las torres y cúpulas de los templos, los pueblos suramericanos dedican los días aludidos a diversiones en que reina el buen humor y la más absoluta franqueza y cordialidad.

En todo el Valle del Cauca se engordan los caballos con anticipación, para que en esos días sirvan en las carreras y paseos que indefectiblemente tienen lugar: en esas diversiones desaparecen las diferencias sociales, pues el único objetivo de las gentes es divertirse sin tregua ni descanso, de día y de noche, ora en paseos campestres, ora en bailes que preparan en cualquier sitio aparente para ello. La animación que presentan las poblaciones de las tierras calientes en el San Juan, como llaman esas

diversiones, es indescriptible. Por todas partes se ven cabalgatas magnificas formadas por hombres y mujeres, estas adornadas con trajes vistosos, aquellos cantando sentidos *bambucos* y canciones amorosas; se preparan las comidas o piquetes sobre la yerba fresca, a orillas de algún río de cristalinas aguas que convidan a sumergirse en ellas, en la sombra de aromáticos *guamos* y espléndidos *carboneros*, cubiertos de penachos de colores brillantes; sobre los manteles se colocan pirámides de frutas tentadoras, se distribuyen aguas frescas y el licor suficiente para «levantar el espíritu», e imitando a los antiguos viñadores que se coronaban de pámpanos, se obsequian guirnaldas de bellísimas y perfumadas flores, con las que también se coronan para volver ebrios de contento, entrada la noche, a la población en que viven, sin llevar en el corazón un solo remordimiento, porque, salvo algún ligero pero censurado abuso, todo es cordialidad y decencia en esas diversiones populares.

Por la noche se reúnen las familias y bailan hasta que amanece sin que se note el más ligero disgusto, pues parece que en esos días yacieran bajo tierra las pasiones humanas, incluso las políticas.

No sucede así en Santafé de Bogotá y sus alrededores, sin que hayamos podido darnos cuenta del porqué de semejante antítesis: podemos decir, sin riesgo de equivocarnos, que no ha llegado a nuestro conocimiento la ejecución de hechos más crueles, brutales y repugnantes como los que tienen lugar con motivo de lo que aquí llaman celebrar el San Juan y el San Pedro.

La función empieza por robar los gallos de los gallineros para procurarse las víctimas que se han de sacrificar; desde la víspera se oyen por todas partes gritos articulados con voz

aguardentosa y estentórea. «¡Iiii San Pedro! ¡Iiii San Juan!», es el aullido que atormenta a los infelices que tienen la desgracia de hallarse próximos a esos hombres y mujeres del pueblo bajo, cubiertos de andrajos, cundidos de piojos y, en tal estado de embriaguez, que no saben lo que hacen, ni adónde van ni de dónde vienen.

El día de San Juan o de San Pedro clavan los aficionados dos postes largos, a distancia uno de otro de cinco o seis metros, y en los extremos se fija un rejo, de manera que uno de los cabos pase por una polea o cosa parecida, a fin de atesar o aflojar la cuerda cada vez que se desea: el espacio que queda entre los postes, el rejo y el piso, debe ser suficiente para que puedan pasar varios hombres a caballo.

En la intermediación de toda venta o ventorrillo de las afueras de las poblaciones, y en dondequiera que se cruza algún camino de consideración, se erige ese aparato infame, acompañado de unos cuantos barriles de chicha y damajuanas de aguardiente para vender a los fiesteros, y de los destemplados tiples, que al zumbido monótono de un tambor ronco, de pandeetas y *chuchos* desapacibles, ponen en movimiento esas zambas infernales.

La función empieza por *enterrar un gallo vivo* con la cabeza fuera de tierra: los protagonistas se arman de *estantillos* para defender el gallo de los furibundos mandobles que con machete afilado le asesta un hombre o una mujer vendados.

Por lo regular desorientan al que ataca al gallo, y lo conducen en dirección opuesta de la escena, guiado por los golpes que da contra los *estantillos*; pero sucede con frecuencia que el machete cae como palo de ciego sobre alguno de los defensores,

y entonces se arman *trifulcas* que terminan de manera trágica. En el caso posible de que el asaltante corte la cabeza del gallo, este pertenece al que lo decapita. Desde luego que mientras *palos van y vienen*, la chicha y el aguardiente no se están tranquilos en los envases, y las libaciones se suceden con pasmosa alternabilidad, sin descuidar echarse algo sólido al estómago, como *patas de puerco, sobrebarriga asada, cabezas de cordero, hígado sancochado*, papas guisadas con cebollas, ají y tomate, *chunchullos* y otros allegados capaces de hacer reventar una montaña, los que al caer a las cavidades estomacales de nuestros héroes, se les convierten en vigoroso quilo: tal es la fuerza digestiva de los gañanes.

Después de las doce del día la fiesta cambia de aspecto: el *bello sexo*, o mejor dicho, los marimachos que concurren a esas diversiones, vestidas de enaguas y mantilla de bayeta negra, sombrero de paja que cubre las despeinadas melenas, calzadas con alpargatas, tan sucias en sus personas, que no parece sino que tienen el microbio de la rabia, tal es el horror que esas gentes profesan al agua, prescinden del poco pudor que solían tener y empiezan a cantar, sí, señor, a cantar, pero en tales modos y términos, que no queda burro que no les haga el contrapunto: de ahí para adelante entran de lleno en la diversión.

Toman un infeliz gallo y lo sujetan de las patas, con la cabeza hacia abajo en la horca maldita: un verdugo coge la cuerda, y todos a cual más borrachos, a pie o a caballo, pasan corriendo e intentan agarrar la cabeza del ave. El que tiene el cabo de la cuerda la hala con fuerza para que suba el gallo que da chillidos de dolor, lo que sólo provoca feroces carcajadas de parte de aquellos desalmados. A veces alcanzan a tomar un alón que arrancan del animal vivo, y este acto, que debiera erizar los

cabellos a los espectadores, produce en ellos una hilaridad digna de salvajes: al fin llega algún afortunado patán que logra prenderse al moribundo animal, y entonces lo destroza para manchar con la sangre a los competidores y presentar el resto a su *dama*, como talismán irresistible para ser correspondido por la *adorada* Severiana, a la cual le espeta a quemarropa, y con voz cavernosa, una estrofa por el siguiente estilo:

*Qué haremos vidita mía,  
tan chanchirientos que estamos;  
juntémonos, pues, los dos  
y un solo chanchiro hagamos.  
¡Ay!, ¡ay!, porque así es el mundo  
¡Déjame, negra, llorar...!*

Terminado el horrible suplicio del primer gallo, atormentan otro, otro y otro, hasta que la falta de luz les hace suspender tan abominable ferocidad; pero los *fiesteros* se encuentran ya en tal estado de beodez que ninguno tiene conciencia ni aun de que existe: apoyados unos contra otros, van tomando indistintamente el camino que creen que los lleve a sus casas y, si llegan a caer, no los levanta nadie, porque los efectos de la chicha hacen más estragos en el organismo que los licores alcohólicos.

Si la corrida de gallos tiene lugar en algún sitio de relativa importancia, se suelen llevar toros en sogas para que los toreen los aficionados, y así añaden una barbaridad más a tan atroces festejos.

No faltará quien nos tilde de exagerados en la descripción que dejamos bosquejada; pero a los que así piensen, los emplazamos



para que en el próximo San Juan se acerquen a Tres Esquinas de Fucha, a las colinas de Egipto y de La Peña, al alto de San Diego, al río del Arzobispo, a Chapinero y hasta pocos pasos al occidente del cementerio, sitios en los que se entregan con cinismo inaudito a toda clase de torpezas y vicios groseros, y lo que aún es más extraño, ante un público numeroso, entre el cual se encuentran las sirvientas de la ciudad, que con permiso de los amos y acompañadas de los niños puestos a su cuidado, vienen a ser las principales víctimas, por no decir el indispensable elemento, de aquellas inmundas y sangrientas saturnales.

Y lo que dejamos dicho que sucede en los arrabales de la capital es apenas pálido reflejo de lo que pasa en los demás puntos de la altiplanicie con las malditas corridas de gallos, en cuyas gazaperas se atropellan todas las leyes morales, sin consideración a las más triviales reglas de la decencia.

La autoridad se contenta con enviar al teatro de semejantes escenas uno que otro agente de Policía para que haga guardar el orden; pero estos agentes de seguridad no van a estas diversiones sino a ser testigos actuarios de los escándalos que se cometen, pues, si llega la ocasión de ejercer las funciones de que se hallan vestidos, son los primeros apaleados, caso en que vuelven maltrechos a su cuartel a referir el percance que les aconteció. El hecho tangible es que después de las diversiones de San Juan y San Pedro se llena la cárcel de detenidos, los médicos reconocedores no alcanzan a examinar todos los heridos que se les presentan y en el Hospital de San Juan de Dios no queda cama disponible, especialmente en el departamento de mujeres.

Toca a cada uno en particular, y a los encargados de velar por la extirpación de las costumbres escandalosas, trabajar sin

tregua ni descanso hasta lograr extinguir en absoluto la costumbre, por desgracia popular, de despedazar vivos a los gallos y de infligirles otros tormentos no menos crueles, para celebrar las fiestas de dos de los mayores santos de la cristiandad, costumbre que hace aparecer a nuestro apacible pueblo como el prototipo de la ferocidad y de costumbres relajadas.

## ▪ LAS FIESTAS DE TOROS

Es indudable que de las diversiones a que se entregan los pueblos de origen español, ninguna alcanza la popularidad de las corridas de toros. Puede decirse que hay en nuestra *idiosincrasia* algo de *toril*, inseparable de nuestro modo de ser. Todos, cuál más, cuál menos, tenemos inclinación a torear, y es muy raro el niño que al pasar por cerca de una res, aunque sea manso buey uncido a enorme carro, no se quite el sombrero para provocarle; y si alguno de los bueyes en que traen su mercancía los carboneros o leñadores llega a derribar a fuerza de corcovos la carga, en el acto se arma la francachela y aturden los silbidos y gritos de los muchachos, entusiasmados con la perspectiva de que el animal se enfurezca y les proporcione un rato de diversión.

Hasta el año de 1890, en que vino a esta ciudad la modesta compañía de toreros americanos compuesta del director Ramón González (“Clown”), torero; de los banderilleros Rafael Parra (“Cara de piedra”) y Vicente González, (“Chamuparro”); de los capeadores Julián González (“Regaterín”) y Julio Ramírez (“Fortuna”), no tenían idea los santafereños de lo que era una

corrida de toros al estilo español, en las que todo son reglas fijas y posturas académicas, con cierta gravedad y compostura aun en las suertes más arriesgadas; vestidos los toreros con los elegantísimos trajes clásicos del oficio, sin tomar parte el público, a no ser para aplaudir o censurar; pero sin comunicar al espectáculo la animación de nuestras antiguas fiestas de toros, que ofrecían aspecto especialísimo de confusión y bullicio. Esta debió de ser sin duda la causa de que las primeras corridas que dio la compañía tuvieran mediano éxito. Posteriormente vinieron toreros de cierta reputación y formaron otra compañía, compuesta de los espadas Tomás Parrondo (“Manchao”) y Serafín Greco (“Salerito”), del picador “Salamanquino”, del banderillero Vicente González (“Chamuparro”), y de los capeadores Ramón García (“Chaval”) y Julio Ramírez (“Fortuna”) a los cuales se les permitió matar el toro.

El 16 de junio del año de 1892 hizo su estreno la mejor cuadrilla de toreros españoles que hasta la fecha de estas crónicas ha venido al país, compuesta de Leandro Sánchez de León (“Cacheta”), primer espada, Benito Antón (el “Largo”), sobresaliente espada, Saturnino Arancey (“Serranito”), Santiago Sánchez (el “Cerrajero”), Pablo Fuentes (el “Barbero”), Federico Manso (el “Chato”) y Casto Díaz.

Puede decirse que en la actualidad ya hacen parte de nuestras costumbres las verdaderas corridas de toros; pero desearíamos que en ningún caso se permitieran las suertes de los picadores, que presentan indefensos los infelices caballos para que los bichos les saquen los intestinos o hagan presenciar al público escenas de la laya no menos repugnantes que crueles.

Antaño tenían lugar las corridas de toros, en cada uno de los barrios en que estaba dividida la ciudad. Empezaban en Las Nieves, seguían en Santa Bárbara y terminaban en San Victorino, para lo cual se aprovechaba la plazuela del mismo nombre, la que en esa época era suficiente para que pudieran concurrir a divertirse los habitantes de la ciudad que estuvieran en actitud de hacerlo.

Pero desde el año de 1846, en que se inauguró por el entonces presidente general Tomás C. de Mosquera la estatua del Libertador en la Plaza principal, se adoptó la costumbre, apoyada en el mandato oficial, de celebrar el 20 de julio como aniversario de la proclamación de nuestra Independencia nacional, con espectáculos más o menos rumbosos y variados, entre los cuales figuraban en primer término los conocidos con el nombre de fiestas; palabra que encierra un mundo de logogrifos, para descifrar los cuales no bastaría la *Enciclopedia Británica* ni los diccionarios de todas las lenguas habladas y por hablar.

Vamos a hacer el esfuerzo intelectual de que podamos ser capaces, para presentar a la generación que actualmente surge, aunque sea una mezquina y desaliñada descripción de lo que pasaba en la capital de Colombia, a contentamiento tácito y expreso de sus moradores,

*desde el primer ciudadano  
hasta el último mendigo,*

al poner en ejecución los hechos prácticos que se desprendían del cabalístico y misterioso disílabo fiestas, puesto en

desuso para bien y provecho de muchas y muchos, desde el año de 1880.

Una vez resuelto por la Municipalidad y por los *metálicamente* interesados, que debíamos divertirnos con fiestas, fijaba el alcalde un aviso en letras gordas y rojas, en que llamaba a licitación, para adjudicar en remate al mejor postor el área de la plaza en donde tendrían lugar los espectáculos ofrecidos, con la obligación de suministrar los toros, pagar y vestir a los toreadores, proporcionar tablados al presidente de la República, al alcalde y a los músicos, que también debía pagar el rematador y a construir la barrera y el toril.

Llegado el día del remate se presentaban en el local de la Alcaldía los que estaban en el *busilis* del negocio, echándolas de patriotas resueltos a sacrificarse en aras de la patria por divertir a sus conciudadanos, y se daba principio a un simulacro de pujas y repujas entre bellacos licitadores que de antemano se habían puesto de acuerdo. El alcalde, por su parte, les encaraba la conciencia con la reflexión de que el producto *neto* del remate estaba destinado a los establecimientos de beneficencia; pero los taimados se encastillaban en la carestía de los víveres y en la pobreza general del país para no alzar más el precio. Por último, cansado aquel de oír tanto alegato y disputa en pro de los codiciosos rematadores, declaraba cerrada la licitación y adjudicaba el terreno, a razón de cuatro pesos el metro cuadrado, durante los *nueve días* que debían durar las fiestas.

La operación financiera de la Municipalidad quedaba reducida a recibir unos veinte mil pesos por los cinco mil metros que ocuparían las construcciones de los tablados; pero deducido el valor de los espectáculos que debía costear aquella corporación,

los fuegos artificiales y el alferazgo que le correspondía en uno de los días de las fiestas, quedaba una utilidad líquida de ocho a diez mil pesos, suma por la cual estamos seguros de que ni el más desesperado tahúr vendería el alma al diablo. Sin embargo, con las fiestas no era una, sino millares, las que se le ofrecían dotadas al espíritu de las tinieblas, que se reiría a carcajadas al considerar la abundante cosecha que se le preparaba sin poner él nada de su parte y, antes bien, podría dormir «a pierna tendida», seguro de que al despertar, pasadas las fiestas, encontraría considerablemente aumentado su imperio, por consecuencia de las *diversioncillas* de los nueve días, sin contar el producto del prólogo y del epílogo.

Una vez adjudicado el remate del terreno a los primitivos licitadores, estos a su turno lo volvían a sacar a licitación particular, para lo cual lo dividían y subdividían de manera que no quedara lugar aprovechable, por pequeño que fuera, sin que les produjera una utilidad del ciento por uno en relación con lo que a ellos les costaba.

Tan luego como se tenía conocimiento en la ciudad de que ya era de *clavo pasado* el asunto de las fiestas, se empezaban a publicar avisos por todas partes, en los que anunciaban los usureros las facilidades y ventajas que ofrecían al público para darle dinero a préstamo, a fin de que no le faltaran medios para divertirse en las brillantes y nunca vistas diversiones que se preparaban. Al mismo tiempo los especuladores en el asunto distribuían grandes programas en que se convidaba a los forasteros para que viniesen a la capital a gozar de las maravillas que les ofrecían, mediante el insignificante sacrificio de algunos pesos gastados en el viaje, puesto que en los *hoteles* preparados

al efecto llevaban la filantropía hasta hospedarlos casi de balde, nada más que porque estuvieran concurridas y animadas las próximas fiestas, en que campearían la *decencia*, *buen humor* y *moralidad* consiguientes a la ciudad, ¡que era considerada como *Atenas de América!*

El 1.º de julio empezaban los constructores de tablados y toldos la tarea de acarrear la madera necesaria para las obras proyectadas, y desde entonces tomaba la plaza el aspecto de una gran feria en que se veían llegar de todas partes enormes carretadas de madera en diversas formas y clases, tiradas por bueyes enyuntados que conducían estúpidos y sucios gañanes: cada carretero se creía con derecho a ser preferido en el recibo de su cargamento; pero como esto era materialmente imposible, se desquitaban profiriendo las mayores desvergüenzas a voz en cuello y maltratando horriblemente a los pacíficos animales, sin que nadie les dijera *oxte ni moxte*, porque se estaba en el prólogo de las fiestas.

Al ver los habitantes de la ciudad que ya principiaban a tomar forma las suspiradas diversiones, empezaban a salir de la apatía ingénita a los santafereños, y podía decirse que el termómetro fiestero comenzaba a subir como si tuviera una fragua inmediata. Todos hablaban de las próximas fiestas y se preparaban para ellas con tal entusiasmo como si se tratara de la Exposición de París; pero lo raro del asunto era que las personas menos acomodadas, y por consiguiente aquellas que tenían que hacer mayores sacrificios para divertirse, eran también las que se manifestaban más entusiasmadas.

Desde entonces se notaba un movimiento inusitado en la ciudad: por dondequiera se veían viejas que llevaban a las casas



de préstamo y usura objetos que representaban cualquier valor para empeñarlos por la décima parte de su justo precio, con pacto de venta y retroventa, ¡y con el infame e inicuo interés de diez centavos diarios por cada peso!

Los notarios tenían que cuadruplicar el número de escribientes para poder atender a las exigencias de los interesados que acudían a elevar a escritura pública los contratos de préstamo al *módico* interés de dos por ciento mensual, asegurados con garantías hipotecarias, y por lo común con las cláusulas de venta y retroventa: el movimiento de la propiedad raíz alcanzaba proporciones desconocidas en las épocas normales, y podía asegurarse que apenas había finca cuyo precio fuera inferior a diez mil pesos, que no saliera a danzar en este torbellino de traslación de dominio y de gravámenes, a fin de procurarse dinero para figurar en las fiestas, por activa o por pasiva, cada cual según su posición social.

Los condescendientes padres de familia, acosados por las exigencias de las hijas, vendían o hipotecaban lo que poseían, por lo regular alguna casita, para tomar *tablado* en la plaza, y presentadas ante el público que no alcanzaba a distinguirlas, con traje distinto en cada una de las nueve corridas de toros; y como no debía desperdiciarse ni un momento de ese tiempo tan precioso, se acordaban de que «la economía es madre de la riqueza», lo que en lenguaje fiestero se interpretaba así: *durante las fiestas no se prende candela en la casa ni se hace mercado*, porque las vulgares necesidades de comer y beber se satisfacen más fácilmente, con múltiples variantes, en los *toldos* que les quedaban del *codo a la mano*.

En cuanto a los empleados, el negocio era aún más ruinoso si cabe: vendían un año entero de sueldos anticipados, con el

descuento de setenta y cinco por ciento, que los agiotistas les compraban después de tener asegurada la colocación de las respectivas órdenes de pago, en el cumplimiento de alguno de tantos contratos celebrados con los gobiernos nacional o del Estado; y para el caso de muerte o destitución del empleado se estipulaba que responderían de la quiebra los descendientes de este hasta la cuarta generación, con los bienes pretéritos, presentes y futuros.

A medida que se aproximaba el 20 de julio, aumentaba la desazón y movimiento febril de la ciudad: se hablaba de las fiestas, se preparaban para las fiestas, se comentaban y se preparaban las diversiones que tendrían lugar en las fiestas, las muchachas tenían fundadas esperanzas de encontrar novio en las fiestas, las viejas tenían seguridad de rejuvenecer con las fiestas, las venteras creían que iban a formar un capitalito en las fiestas, los tahúres tenían intención de desplumar muchos pájaros en las fiestas, y hasta el Gobierno creía que aseguraría el orden en las fiestas. ¡Fatídica palabra llamada a ser la esperanza de tantos y el desengaño de todos!

Cuando la epidemia de las fiestas había alcanzado mayor intensidad, podía decirse que hasta los más cuerdos perdían la chaveta: doquiera se experimentaban los estragos de tan extraña situación. Apenas se estaba en el prólogo y ya el desorden había invadido todas las esferas sociales: los estudiantes se declaraban en huelga; las sirvientas notificaban a sus señoras que *tenían la pena* de irse, porque se veían en la necesidad de cuidar a un hermano gravemente enfermo, o les habían robado la ropa y debían buscarla, o bien iban a ver a la madre, que era ya vieja, o porque «le sacaron la muela al gallo»; pero se

iban. Los deudores no pagaban, porque esos no eran tiempos de pagar, y los comerciantes que sólo tenían mercancías de las llamadas *pan y carne*, se la pasaban mano sobre mano, bostezando sentados en sus mostradores, sin vender un cuarto; en cambio no quedaba en esos días ningún artículo de fantasía, por estrafalario que fuese, que no saliera a lucir a la plaza de toros.

La noticia de las próximas fiestas en la capital levantaba la polvareda hasta cien leguas a la redonda: desde entonces empezaba la peregrinación de los provincianos acomodados, que venían a disfrutar de las delicias sin cuento que les brindaban los rimbombantes programas, sin advertir los desgraciados que venían a meterse de cabeza en una hornaza que devoraba todo cuando dio Dios al hombre; ¡honor, fortuna y salud! Y así como los buitres de los páramos acuden presurosos al festín que les brinda la mortecina res, del mismo modo se veían llegar de todos los cuatro puntos cardinales, hombres de aspecto sombrío, montados en soberbios caballos o mulas, bien aperados, con vistosos revólveres al cinto, zamarros de cuero de león o polainas lujosas, valiosos anillos y prendedores, gran cadena de oro con abultado cronómetro; las alforjas de la montura dejaban translucir que no era fiambre su contenido, sino algo pesado digno de especial atención, a juzgar por las constantes miradas que les echaba el jinete, detrás del cual seguía un muchacho, también montado, que conducía dos o tres buenas cabalgaduras de diestro: eran los tahúres que iban a tomar *posiciones* para las fiestas, sin pensar que tal vez tendrían que mendigar vergonzosa *cancha* para regresar a sus guaridas.

Al fin llegaba el impacientemente esperado 19, en que debían empezar las tan apetecidas fiestas, con los fuegos artificiales de

ordenanza. Desde mediodía estaban terminados los trabajos de construcción de las tres filas de palcos, coronados de gallardetes tricolores que agitados por el viento, daban a la plaza aspecto risueño y alegre: cada localidad la adornaba el respectivo locatario con colchas de damasco del color que a bien tenía; entre las barreras y los tablados se dejaba un andén para que transitaran por él los que no querían entrar a la arena; debajo de los palcos se instalaban las cantinas, presididas por antiguas veteranas *hijas de la alegría*, que después de crudas campañas del oficio se contentaban con «ver los toros desde la barrera», ya que no podían hacer parte del ejército activo, por aquella razón de que la cruda mano del tiempo ¡todo lo desbarata!

Pululaban las mesas de juego en que se ostentaban sin rubor las *cachimonas*, las *blancas* y *coloradas*, el *bisbís*, el *pasadiez*, las *ruletas*, el *gallito*, el *monte dado*, la popular lotería de figuras y otros juegos afines en que el noventa y nueve por ciento de las probabilidades están a favor del impudente tallador; estos eran los sitios dedicados para desplumar al pueblo de todas edades, sexo y condición, pues las jugarretas en grande estaban establecidas en la mayor parte de las casas situadas alrededor de la plaza y sus inmediaciones. En estas se jugaba únicamente al *dado corrido* en los departamentos reservados, y al *monte dado* en todas las localidades que presentaran fácil acceso al renovado concurso, que ocurría atraído por los montones de dinero que se exponían sobre las mesas, como cebo tentador para los que allí entraran.

A las siete de la noche estaban encendidos los faroles de diversos colores colocados en los palcos y restaurantes: el centro de la plaza se veía iluminado con luces de Bengala, y doquiera

reinaba la mayor animación. Los muchachos de la ciudad tomaban puesto en las barreras, en donde metían tanta bulla como los pericos en tierra caliente cuando van de tránsito a saquear la apetecida *roza de maíz*; y de todas partes llegaban enjambres de gentes ansiosas de tomar buen puesto. Las madres del pueblo llevaban a las muchachas *entramojadas* y en el centro de la familia, a fin de preservarlas de los *cachacos* atrevidos, o de que se les *perdieran* entre aquella vorágine. Los Tenorios pasaban revista a todos los grupos que ofrecían probabilidades de aventura amorosa, y si llegaban a pescar en aquel río revuelto, se perdían en uno de tantos toldos preparados al efecto.

De repente se elevaba con estruendo un gran cohete que iluminaba el cielo con multitud de luces de colores brillantes: la gritería de veinte mil almas y los agudísimos silbidos de los muchachos contestaban, llenos de alborozo, ese anuncio de que empezaban los fuegos. Las bandas de música del Ejército alternaban tocando *bambucos*, *pasillos* y otros aires nacionales de no muy buen gusto; la función pirotécnica duraba hasta las nueve de la noche, y en ese intervalo se quemaban *idas y venidas*, *triquitraques*, *bombardas*, *buscaniguas* o ruedas encendidas que se lanzaban sobre la apiñada multitud que, para no quemarse, remolinaba en todas direcciones, estropeándose y gritando: ese era el momento propicio para que los amantes contrariados se desquitaran «en menos que se limpia un ojo». Luego seguían los *castillos*, que figuraban fuentes, estrellas, abanicos u otras alegorías; pero siempre terminaban con el castillo grande, o Fuerte de San Mateo que, al reventar el último gran trueno dejaba ver a Ricaurte dando fuego al parque. Seguían los globos de vistosos colores que se atacaban con cohetes, y si llegaba

el caso de atravesarlos, estallaba estrepitosa salva de aplausos y risas. Terminados los *fuegos*, empezaban a funcionar los *juegos*: aquello sí que semejaba una Caja de Pandora. Los que de buena fe habían concurrido a la plaza para ver las maravillas de la pólvora, se retiraban ansiosos de salir de aquel atolladero peligroso; pero las personalidades que estaban allí atraídas por el incentivo de tomar parte activa en las mil aventuras de todo género que ofrecía aquel *pandemonium*, se dirigían en busca del sitio en donde pudieran entregarse impunemente a la práctica del vicio de su predilección, «sin malicia», como dicen los bogas de Mompox.

Curioso, por no decir repugnante, era el aspecto que presentaba la plaza durante las diez o doce noches que duraba aquel desenfreno, superior en mucho a las saturnales o bacanales del paganismo: dondequiera se veían mesas de juego en prodigiosa actividad, rodeadas de innúmero concurso, entre el cual se contaban las mujeres de mala vida y las desertoras sirvientas de las casas, que acudían a ese inmenso lupanar en seguridad de pelear con la infracción de todos los diez mandamientos de la Ley de Dios y los cinco de la Iglesia, ¡que en tiempo de fiestas quedaban suspendidos de hecho! Los gariteros o *talladores* invitaban a voz en cuello a los concurrentes a que jugaran en sus respectivas mesas, para lo cual ponderaban las ventajas *evidentes* que se obtendrían en la clase de juego que regentaban; por todas partes se oían exclamaciones o invitaciones del tenor siguiente:

*¡Apuntarse a la cachimona!*

*¡A la roleta que da treinta y dos por uno!*

*¡A las blancas y coloradas!*  
*¡Se va la ficha por siete cuartillos libres!*  
*¡Lotería!*  
*¡Casa grande!*  
*¡Casa chica!*  
*¡Rebulla el tallador!*  
*¡Ases! ¡Senas! ¡Par o pinta!*

El juego preferido de las viejas era la lotería de figuras, cantada por muchachos adiestrados en la materia, porque toman el oficio de viajar como gitanos para exhibirse en dondequiera que hay fiestas.

No deja de tener cierta originalidad la manera como se anuncia la salida de la figura de cada ficha, y el modo de atrapar la oportunidad para satirizar lo que les parecía, por ejemplo, para gritar la beata, decían: «El rosario en la mano y el diablo en la faltriquera». La bota chirriando y el bolsillo silbando, se aplica a los gorriones o petardistas; pero el tono general de cantar la lotería, aun cuando es monótono y rutinario, revela el espíritu malicioso y picaresco que domina al tallador. Distribuidos los carteles a los jugadores apuntados, se sienta el muchacho sobre la mesa alumbrada con vela de sebo en sucio farol; sacude el talego que contiene las fichas y empieza a gritar:

*El corazón de una dama,*  
*¡con botella catalana!*  
*La chiquita y lo que gana...*  
*Y más detrasito viene*  
*la piña chorreando caldo,*

*¡Y las mujeres chupando...!  
El toche buche amarillo,  
¡me dejó sin un cuartillo!  
La torre de Babilonia  
donde hacen agua Colonia;  
Y más detrasito viene  
el negrito Cordobés,  
¡con las tripas al revés!  
El toro salió a la plaza  
En busca de ña Tomasa...*

El grito de «¡lotería!» dado por el ganancioso, termina la partida, y vuelve a seguir la misma jerga de día y de noche durante las fiestas.

Respecto a las casas de juego adyacentes a la plaza, no merecen la pena de que hagamos especial descripción de ellas, pues allí pasaba lo que sucede en todas las de su clase: hombres y mujeres que entraban contentos con dinero en el bolsillo, para arriesgarlo en una o más paradas, con la esperanza de la ganancia, y los mismos que salían renegando con la rabia de la desesperación y del remordimiento, porque habían perdido cuanto llevaron y no tendrían con qué desayunarse al día siguiente.

Mientras tanto Mefistófeles tomaba posesión de la cumbrera del tejado sobre la Casa Consistorial, y desde allí contemplaba con satánico contento la consumación de todas las abominaciones de que era teatro escogido el lugar más notable de la ciudad: las estridentes carcajadas se confundían con los impetuosos vientos que desencadena en esa época la serranía oriental.



La aurora del 20 de julio sorprendía a los trasnochados fiesteros, cual moscas prendidas en asquerosa llaga, que no se apartaban ni un instante de su objeto, y las venteras reponían las viandas y licores consumidos durante la noche, a fin de mantener latente en los parroquianos el deseo de permanecer como arraigados en el riñón de las fiestas.

En ese día de la Patria se empavesaban las casas con banderas nacionales y se exponían en la galería de la Casa Municipal los abigarrados retratos de los próceres de la Independencia, presididos por el de Morillo el Pacificador; los militares que aún quedaban de la guerra magna, vestidos con sus antiguos uniformes y medallas de honor, acudían a felicitar al presidente de la República. En la Catedral pontificaba el arzobispo en la misa solemne que se celebraba en acción de gracias al Todopoderoso; predicaba algún orador notable y terminaba la función con un solemne *Té Deum*, actos a que asistían los altos empleados civiles y militares y el cuerpo diplomático, presididos por el primer magistrado.

En la plaza se colocaba una tribuna para que se desahogara el amor patrio insultando a la madre España en todos los tonos conocidos, sin dejar un solo adjetivo injurioso que no se le aplicara con exagerada hipérbole: después de las dos de la tarde, hora en que los oradores estaban *como con vino*, las peroratas pasaban del color *castaño oscuro* que ya tenían, para tomar el tinte de cielo rojo encendido. Por la tarde se presentaban los batallones vestidos de gala y ofrecían al público el brillante espectáculo de una gran parada en que lucían la disciplina e instrucción de la tropa, con las maniobras de marchas y ejercicio de esgrima, para terminar con el *fuego graneado* que era la delicia de los concurrentes.

De las siete de la noche en adelante se echaban globos de papel y cohetes, y se repetían las escenas de la noche anterior en los toldos y mesas de juego. En el teatro se representaba el drama de *Ricaurte en San Mateo*, bellísima producción del distinguido actor español don Emilio Segura, precedido de un himno patriótico compuesto por alguno de los distinguidos profesores nacionales Joaquín Guarín o Julio Quevedo.

El 21 de julio empezaban las verdaderas fiestas con las bulliciosas corridas de toros, que era la meta perseguida por los que estaban ansiosos de divertirse. Desde las once de la mañana empezaban a llegar a la plaza grupos de señoritas vestidas de Amazonas, seguidas de jóvenes montados en magníficos caballos: a la una se traían los toros en medio de un diluvio de jinetes de todos los tipos imaginables, precedidos de la gente de a pie que acudía ansiosa de tomar puesto en la barrera, sobre la cual se hallaban de antemano establecidos los muchachos de la ciudad.

Los tablados se veían atestados de espectadores que dejaban traslucir el estado de excitación nerviosa que los dominaba por la realización de la pesadilla de las fiestas: el pueblo llenaba el cercado para poder recoger algo del dinero que regaban los de a caballo, lo mismo que del pan, pedazos de carne asada y chicha con que los alféreces lo obsequiaban, pues, durante los nueve días de toros, ¡era lo único con que contaba para alimentarse!

La llegada de los toros a la plaza daba idea de la confusión y algazara que debieron de tener lugar en la toma de Babilonia o en el saco de Roma, todos gritaban: «¡el toro!». La expansión, silbidos y gritería de los muchachos no tenía límites: de todas partes se lanzaban millares de cohetes que reventaban sobre

aquella compacta muchedumbre, quemando a muchos y apagando uno que otro ojo; los de a caballo corrían en distintas direcciones, para salvarse de los toros que recorrían atolondrados la arena y se resistían a entrar al toril; los de a pie formaban remolinos inextricables para defenderse de los toros, de los caballos y de los cohetes; pero lo natural era que se produjeran conflictos entre unos y otros, por las direcciones encontradas que tomaban de repente y que se resolvían en atropellones formidables, jinetes caídos y numerosos accidentes desgraciados, sin provecho de nadie y mal de muchos.

Por fin, después de gran brega, metían los bichos al toril y empezaba la distribución de ramilletes, vino y dulces a las señoras, y brandy en gran cantidad a los hombres: de ahí para adelante la cosa tomaba el aspecto más fantástico. Bebían muchos en una misma botella haciendo gesticulaciones y pantomimas de locos; los de a caballo salían del recinto de la plaza para recorrer a escape, cual furibundo huracán, las calles de la ciudad, gritando y bebiendo como endemoniados. Las personas sensatas a caballo que conservaban su juicio en medio de aquella baraúnda, daban vueltas alrededor de la plaza, para ver y ser vistos de los que estaban en los tablados: enseguida se soltaba un toro que divirtiera y aporrearía al pueblo, y los que no comían en los toldos se retiraban a sus casas a llenar tan imprescindible necesidad, para volver a gozar de la corrida.

A las tres y media el aspecto de la plaza era comparable a un horno de caldear hierro al rojo blanco. No bajarían de veinte mil las personas reunidas allí para gozar, cada una a su modo, de la corrida de toros; las barreras se veían colmadas de hombres de diferentes clases sociales; en la arena se instalaban el

pueblo y los *cachacos* aficionados a correr los riesgos y percances del toreo; en la primera fila de tablados, a la sombra, tomaba puesto la *crème de la crème* del sexo femenino, vestido con gran lujo y elegancia, y el lado que recibía el sol lo ocupaba el *demi monde*, que se complacía en dirigir ostentosos y comprometedores saludos a los currutacos —amigos de comer a un mismo tiempo en dos platos—, que pasaban al alcance de aquellas redes peligrosas.

La sombra de la segunda fila era la que correspondía a las familias que, por su escasa fortuna, no podían hacer el gasto de localidad de primera dase, y al mismo tiempo tenían el buen juicio de ver las fiestas sin avergonzarse que las vieran ocupando su verdadera posición: el lado contrario se destinaba para los forasteros, las botilleras y las revendedoras de la plaza de mercado, que se presentaban a gozar del espectáculo en unión de todo el personal de sus respectivas familias, entre el cual se contaban los desaliñados niños que llevaban a divertirse con los padres; pero como esas gentes se instalaban de firme en los palcos, allí cumplían con el precepto de satisfacer las necesidades corporales inherentes a la especie, lo que solía producir una que otra gotera proveniente de ciertos líquidos o *alguna otra cosa peor* que caía cadenciosamente sobre las elegantes damas que estaban debajo...

La tercera y última fila de palcos podía considerarse como el arca de Noé, con la diferencia de que esta sirvió para salvar de seguro naufragio a la familia humana y a los animales, mientras que aquellos eran el común receptáculo de los que no tenían de racionales sino la figura. En efecto, allí se veían parejas de animales de ambos sexos, como genuinos representantes

de los vicios más brutales y degradantes, que hacían gala de hallarse en la asquerosa sima a que los había conducido el desenfreno de costumbres en todas sus variedades: ese era el sito a propósito para tomar el dato estadístico de la gente perdida que existía en la ciudad, particularmente entre las mujeres, incluso las sirvientas escapadas de las casas que, como ya lo hemos hecho notar, formaban la falange principal de las desgraciadas que arrastran los vicios, sin duda porque en nuestro pueblo es desconocido el sentimiento de la dignidad personal, especialmente en lo que se refiere a la pureza de costumbres.

Pero ese conjunto heterogéneo presentaba un golpe de vista deslumbrador, y los múltiples y brillantes colores que pululaban en aquel recinto le daban aspecto de un inmenso y animado ramillete.

La corrida empezaba por el *despejo*, ejecutado con maestría por alguno de los batallones del ejército, durante el cual se soltaban palomas encintadas y con flores se hacían figuras o letreros en el suelo; al toque de dispersión corrían los soldados del centro hacia la barrera en busca de refugio. Llegaba el momento de soltar el toro.

Todos los concurrentes guardaban silencio y quedaban en ansiosa expectativa; los toreadores, que eran apenas diestros ganaderos, vestidos con frac y calzón corto de percal, medias blancas y alpargatas, cubiertos con gorro frigio y de manera que cada pieza de tan atroz traje fuera de color distinto, se colocaban, uno detrás de otro, al frente del toril, con su respectivo trapo para torear.

Cuatro formidables *orejones* montados en sillas chocontanas, en caballos de *vaquería*, con ruanas de Guasca, zamarras

de cuero de res, aperos de rejo, enormes espuelas y sombrero alón, tiraban al toril sus rejos de enlazar para que les cogieran el toro que debía salir, dejándolo con *soltadera*, a fin de que quedara libre cuando estuviera en la plaza. Abierta la puerta, salía un furioso toro hosco, *futeño* o *conejeruno*, enredado en los rejos que lo sujetaban y mugiendo de coraje: gran salva de aplausos y silbidos lo acogían en la plaza cuya luz lo ofuscaba. Una vez libre el toro y repuesto de la sorpresa que le ocasionaba el atronador espectáculo que lo rodeaba, acometía a diestra y siniestra, derribando a unos, estrujando a otros, levantando en el aire como pelotas a los que podía tomar de frente, recorría la barrera y se llevaba enredado en las astas parte del vestido de los que estaban a su alcance, revolvía repentinamente sobre los que lo seguían para provocarlo, lo que producía remolino de seres humanos que se atropellaban unos a otros, poseídos del pánico consiguiente a los que se ven perseguidos por una fiera y envueltos en alud inconsciente de carne y hueso, semejante a la lava de volcán que asfixia a quien le cae encima. Los estudiantes toreaban con el *capote*, el pueblo con la ruana, y los *cachacos* con el pañuelo: en su entusiasmo por divertirse, los últimos llegaban hasta quitarse la levita para torear con ella, con lo cual quedaban en cuerpo de camisa y sombrero de copa alta. La aporreada de esos petimetres causaba gran hilaridad y regocijo, y si el toro derribaba a un hombre del pueblo, se oía en voz unísona: «¡lo mató!».

Después de las primeras embestidas, tomaban banderillas los toreadores e iban a brindarlas en los palcos en donde había jóvenes cortejando a las damas: el compromiso era ineludible, y aunque los galanes hacían heroicos esfuerzos para eclipsarse

o zafarse del atolladero, los ojos de lince del banderillero eran más sutiles que aquellos; de allí debió de originarse el dicho de dar *banderillazo*. Aceptado el inevitable envite, el toreador prendía la banderilla sobre cualquier parte del toro, si era que no se la clavaba él mismo en el muslo, por la manera imperfecta con que lo ejecutaba. Reventaban los truenos, brincaba el toro, y de rechazo quedaba herido el bolsillo del forzado mecenas, que debía arrojar algún dinero en premio de la suerte ofrecida.

Si entre los toros había alguno que ofreciera probabilidades de especial agilidad y fuerza, se le dedicaba para que montara en él: al efecto lo ataban en algún punto de la barrera, le ponían apretadísima cincha de lazos con simulacro de *gurupepa*, y una ruana sobre la cruz para que prestara apoyo al atrevido jinete que era algún campesino más bruto que el animal sobre el cual iba a figurar. Se aseguraba enormes espuelas, se ataba sucio pañuelo en la cabeza, sin duda para que no se le salieran los sesos que tuviera, se santiguaba tres veces, y en cuerpo de desgredada camisa y calzones de manta, montaba en el toro y se agarraba con pies y manos sobre el feroz animal. Al golpe de la música que tocaba el *bambuco*, dejaban en libertad al toro, que partía dando repetidos corcoves en zigzag, y sacudiendo al que lo montaba como si fuera un muñeco de trapo: cuando ya el animal estaba rendido con semejante fatiga, se desmontaba el jinete para subir en ancas de alguno de los caballos de los *orejones* presentes, con el objeto de pedir la *buena montada* a los espectadores que se hallaban en los palcos y recogía lo que le echaban sobre la ruana; pero como iba seguido de numerosa corte, el real que se separaba de su destino no llegaba al suelo, por la avidez de quienes lo acompañaban. Esos eran los momentos

escogidos para las disputas entre los que se empujaban y acababan, con el objeto de atrapar algo de lo que correspondía al infeliz amansador, cosa que terminaba en contiendas que se dirimían a puñetazos, añadiendo así una extra diversión a las anunciadas en los programas.

No faltaba uno que otro picador que se prestara a torear con garrocha: aún recordamos al esforzado y valeroso negro Justo, llanero, que toreaba *montado en uno de los toreadores*, y que llevaba la temeridad hasta montarse en el toro con la cara hacia la cola del animal, o sobre los cuernos.

Pero a veces solía el toro saltar la barrera y tomar el portante para su dehesa: aquello producía una algarabía comparable a la desorganización de un ejército en plena derrota. Las mujeres lloraban a gritos; los rateros aprovechaban la ocasión para coger lo que podían en los toldos, cuyas venteras pedían socorro; los petardistas se salían sin pagar lo que estaban comiendo, para ir a coger el toro; los que estaban inmediatos a la plaza corrían sin dirección determinada, gritando como insensatos: «¡Se salió el toro!». Los chiquillos se desgañitaban con los lloriqueos producidos por el susto; las puertas de las tiendas y habitaciones adyacentes se cerraban con estrépito, y en aquel ¡sálvese quien pueda!, únicamente los que tenían entre manos asuntos relacionados con íntimos requiebros, bendecían al toro que, con su intempestiva salida, les procuraba un rato de desquite contra los celos de presunta suegra o cosa parecida.

A las seis de la tarde terminaba la corrida, después de la cual se retiraban los espectadores ponderando la bondad de los toros, según el número de hombres muertos o heridos en la diversión, que de seguro eran infelices artesanos, único apoyo



de sus numerosas familias, que en lo sucesivo carecerían del pan diario que les procuraba el trabajo de estos.

Si las fiestas tenían lugar en la plazuela de San Victorino, se producían escenas por demás cómicas en la pila del centro, que era el lugar escogido por los aficionados a correr los peligros de quedarse dentro del cercado, porque el macizo de la fuente, que se levantaba sobre varias gradas, les servía de refugio en caso de conflicto. En alguna ocasión soltaron un magnífico toro sardo, que no parecía sino que comprendiera el provecho que podía sacar de la oportunidad que se le presentaba. Apenas vio la aglomeración de gente que lo provocaba hacia el centro, acometió en derechura: los perseguidos daban vueltas alrededor de la pila, y el toro los seguía; pero repentinamente revolvió y atacó a los que lo acosaban por retaguardia, lo que le proporcionó abundante cosecha de trompadas y cornadas que no dejaron nada sano. Ante aquel inesperado ataque no quedó otro recurso a los perseguidos sino el de meterse dentro de la pila, que en esos momentos estaba llena del agua que en abundancia vertían ocho robustos chorros. Por breves instante permaneció la fiera como si meditara otro plan de ataque, en vista de la nueva actitud de sus adversarios: pero de repente se lanzó hacia el brocal de la pila, tomó del agua que se derramaba, y sin más preámbulos se metió dentro del recipiente, y empezó a lanzar fuera de él a los que allí se creían seguros. Los cuitados salían empapados, brillantes por la reverberación de la luz del sol sobre los mojados vestidos: era de verse a los *cachacos* que salían con el sombrero negro de copa alta, literalmente chorreando agua, para correr desalados por salvarse de la inesperada catástrofe.

Pero como los males vienen siempre acompañados, la casualidad o la mala intención hizo que se incendiaran los centenares de cohetes que se guardaban sobre el cornisamiento de la fuente, de lo cual resultó nueva complicación para aquellos malaventurados que se veían atacados simultáneamente por el agua y el fuego, con el aditamento del toro.

El espectáculo de esas escenas produjo en los asistentes accesos de risa y aplausos estrepitosos e incontenibles, en tales términos que, según se aseguró entonces, más de cuatro damas sufrieron análogo percance al de los que estaban dentro de la fuente.

Por epílogo de tan graciosa aventura, quedó un lechuguino como zancudo, en forma de cruz de San Andrés, prendido del borde de la cornisa de la fuente apoyado con la punta de los pies sobre los delgados biseles hacia el lado oriental, echando miradas de angustia al maldito toro que lo contemplaba, como con satisfacción, hasta que al fin se le acercó, lo husmeó, lo hurgó por *mala parte*, y al fin lo hizo caer de aquella feroz tribuna con aplauso universal.

Aún recordamos el percance que en la Plaza de Bolívar ocurrió a cierto caballero acostumbrado a vivir en perenne estado de beodez. Se presentó dentro del cercado a tiempo que soltaban un furioso bicho, visto lo cual por nuestro protagonista, se dirigió resueltamente hacia él, sin duda con la intención de entablar los impertinentes diálogos a que son inclinados los que están embrutecidos por el alcohol; pero el toro no debió de tener en cuenta el estado de su interlocutor, porque le cayó encima sin darle tiempo para que advirtiera el peligro que corría: lo levantó en las astas, le hizo dar una voltereta en el aire, lo dejó

caer a tierra, y se llevó enredados en los cuernos los calzones y calzoncillos de la víctima que quedó en medio del cercado únicamente con la levita y los botines. Las damas se cubrieron el rostro, sin tratar de contener las carcajadas que les produjo semejante exposición. Para reparar el escándalo ocurrido, no volvió a probar licor aquel caballero. ¡Cuánto diéramos porque con tan fácil medicina se volvieran temperantes los borrachos!

En el año de 1857 se exhibía en el antiguo local de la Cámara de Representantes un hermoso jaguar cazado en las selvas del Opón: el público se divertía arrojándole a la jaula gatos, perros y pollos *vivos* ¡para que los despedazara! Al ver la afición de las gentes hacia tan repugnantes crueldades, resolvieron los señores Juan Manuel y Manuel Antonio Arrubla tomar la especulación por su cuenta, y al efecto construyeron, en el sitio que hoy ocupa la plaza de mercado, un circo formado de altas barras de hierro, rodeado a prudente distancia de tabladitos para que el público presenciara sin peligro la lucha del jaguar con los toros.

No correspondió el espectáculo a las esperanzas concebidas respecto de las atrocidades y emociones que debían producirse en aquel circo: el jaguar huía cobardemente ante el toro que le provocaba a combate. Salió a la arena un macho cabrío y puso en vergonzosa fuga al temible señor de las montañas que, en cambio, se atrevió a estrangular al pacífico perro que le presentaron atado a un poste.

Aún duraban las fiestas, cuando soltaron un toro de aquellos que acometen sin vacilar a todo lo que se les presenta: acosado el jaguar, logró treparse sobre la verja y de allí saltó al andén. Un grito de terror y de angustia, lanzado por más

de quince mil espectadores, dominó los ámbitos de la plaza: «¡se salió el tigre!», exclamaba cada cual, y el pánico, de suyo tan contagioso, se apoderó de aquella muchedumbre espantada, que huía en todas direcciones gritando y llorando como insensatos. Hubo personas que se arrojaron al suelo desde el tercer piso de los palcos, entre ellos don Juan E. Zamarra y doña Monguí Carrero, que cayó a horcajadas en el pescuezo de un hombre: otros rezaban el acto de contrición, creyendo llegada su última hora, y los más se esparcieron por la ciudad y divulgaban la noticia de que el jaguar había devorado más de quinientas víctimas, la mayor parte niños, por ser estos su bocado predilecto.

Parece increíble, pero así sucedió; una ciudad de cuarenta mil habitantes se convirtió, instantáneamente, en tantas fortalezas cuantas eran las casas, en donde se abroquelaron los moradores para defenderse del inminente peligro de que se los comiera un tigre. En esa tarde memorable salieron a luz los antiguos arcabuces que aún quedaban, las enmohecidas lanzas y espadas de los progenitores, y hasta las cocineras se armaron con el cuchillo de mondar las papas o con los palos de escoba, para defenderse del *enemigo común*, eso sí, después de trancar bien la puerta de la calle.

Todos corrían inconscientemente, del centro hacia los extremos de la ciudad, apostrofando y maldiciendo de la hora en que había consentido la autoridad las fiestas del tigre; y no se crea que sólo los *raizales* eran los acometidos de tan tremendo miedo, porque recordamos a varios hijos de Albión que bufaban de terror y corrían sin poner los pies en el suelo hasta que llegaron a su casa, después de lo cual cerraron las puertas y

ventanas para poder escribir sin peligro inmediato el libelo de reclamaciones contra el Gobierno por el daño emergente, lucro cesante y otros perjuicios sufridos en las personas e intereses, con motivo del gran susto que, sin expresa voluntad ni consentimiento de su parte, se vieron obligados a soportar.

Pero el jaguar en lo que menos pensó fue en atacar a alguien: perseguido por los toreadores, se entró a una cantina cuya patrona estuvo a punto de morir repentinamente por la sorpresa que le ocasionó tan inesperado parroquiano, que se escondió debajo del mostrador, y allí le disparó cinco tiros de revólver don Zenón Padilla. Muerto el tigre como manso cordero, se le colgó en la picota, en castigo del terror que había infundido.

También solían ofrecer los alféreces de las fiestas algunos juegos de destreza y agilidad para que el pueblo sacara algún provecho, al mismo tiempo que divirtiera al concurso por los chascos que se llevaba. Mencionaremos en primer lugar la *vara de premio*, que consistía en altísimo mástil untado de sebo y jabón, a cuyo extremo había una rueda llena de objetos de poco valor, pero apropiados para usos personales, amén de una mochila con algún dinero. Por lo regular eran muchachos los que se atrevían a intentar la subida por tan estrecho cuanto resbaladizo camino, para lo cual se ataban cuerdas en los tobillos, a fin de que les sirvieran de apoyo en la rudísima fatiga de subir una cuarta para bajar un metro: si la fortuna les era propicia, tomaban de la rueda lo que podían y descendían como cohete apagado; pero si lograban atrapar todo el contenido, los esperaba el pueblo al pie de la vara para quitarles lo que hubiesen ganado a fuerza de sudores y audacia, sin que fuera

capaz la Policía de impedir tan inicuo proceder, porque los rateros tenían la razón del mayor número.

La *balanza* consistía en un trozo de madera colocado en posición horizontal, de modo que al frente de uno de los extremos se clavaban postes, sobre los cuales se ponían varios objetos que podía tomar el afortunado que llegara a alcanzarlos: grande agilidad y destreza se necesitaba para recorrer la balanza sin caer en medio de general rechifla.

El *cilindro* era de madera con ejes de hierro que giraba horizontalmente al menor impulso: quien lo recorriera tenía derecho a los premios situados al frente de tan movediza vereda; pero sucedía con frecuencia que a los primeros pasos se iban a tierra los postulantes, y de allí se levantaban empolvados con la cal que de antemano ponían para recibirlos.

Se apostaban carreras de hombres insaculados entre costales hasta el cuello: a una señal dada, emprendían a saltos recorriendo el trayecto convenido; pero como el piso era muy desigual, casi todos caían antes del término fijado, sin poderse levantar por la presión que les oprimía. El pueblo les caía encima y no los soltaba hasta después de hacerles sufrir un *manteo* parecido al de Sancho.

Había otro juego cuyo recuerdo nos horripila: se llevaba a la plaza un cerdo bien embadurnado con manteca y jabón, ofrecido en propiedad a quien lo tomara por la diminuta cola. No bien se soltaba el arisco animal, le caía encima la oleada humana ansiosa de poseer la codiciada presa: esta se defendía a dentelladas, pero pronto quedaba agobiada por el número; y como cada uno de los pretendientes se creía con derecho al animal, partían la diferencia descuartizándolo vivo. Cada cual

cortaba el miembro que estaba a su alcance, en medio de los alaridos de la infeliz víctima y de las estentóreas carcajadas de los actores de aquel drama digno de salvajes; y para no ser inferiores en nada a estos, ¡se untaban unos a otros con la sangre de los miembros aún palpitantes que habían cortado!

Los alrededores de la plaza, que de hecho y en virtud de las fiestas habían pasado a la categoría de puerto de mar destinado a población flotante, presentaban aspecto bien difícil de describir, porque los arraigados *fiesteros* no salían del recinto que los atraía, y por fuerza debían dar allí desahogo a todas las urgentes necesidades anexas al género humano. Las sentinas de la antigua Roma, las cloacas de Londres, y aun el puerto viejo de Marsella, de antigua reputación y fama en la materia, ¡presentarían apenas pálido reflejo de la realidad de lo que pasaba en la plaza de la capital de Colombia!

Como la mayor parte de las cantinas estaban establecidas debajo de los palcos de primera fila, ocupados por nuestras más distinguidas damas, recibían estas el *baño de vapor* que despedían el humo de las cocinas, el vaho de las frituras de pescado y las emanaciones de los ajiacos, empanadas y tamales, todo lo cual, mezclado a exquisitas esencias con que aquellas iban perfumadas, producía olor semejante al de cadáveres en descomposición, rociados con agua de Florida.

Al fin llegaba el último día de las fiestas, para concluir las cuales se exhibían fantásticas cuadrillas, ejecutadas por los jóvenes más apuestos de la ciudad, montados en briosos corceles, vestidos con trajes de pasadas edades y adiestrados en el manejo de las lanzas, paso del anillo, tiro de pistola y otras suertes adecuadas al espectáculo. En ese verdadero torneo, en que campeaba

la elegancia de los cuadrilleros con su bizarría, recibían estos de nuestras bellísimas señoritas coronas y ramilletes encintados, como recompensa al buen éxito de las suertes que habían llevado a feliz término. No era mal visto que en esos momentos premiaran las damas al galán de su predilección.

Mas como si sólo se deseara dejar ominoso recuerdo de las fiestas, se dedicaba la última noche de ellas para divertirse con el *toro encandelillado*. Al efecto, se aseguraba en las astas del animal destinado a tan doloroso tormento, una cornamenta postiza envuelta en estopa empapada con trementina, sebo y alquitrán, se encendía ese aparato y soltaban el animal para torearlo: al principio no pasaba de eso la diversión; pero a medida que la hoguera quemaba los cuernos del infeliz animal, empezaba este a mugir de dolor. Últimamente, se le carbonizaban las astas, se le quemaba la cabeza, y quedaba ciego por los lamparones encendidos que le abrasaban los ojos: rendido de dolor y sin poderse mover, ¡se postraba en el suelo como implorando piedad de sus crueles verdugos! ¡Así permanecía hasta el día siguiente en que el dueño le hacía la caridad de matarlo!

Empezaba después de lo relatado la demolición de aquella especie de *aduar gitano* que había servido de escenario nueve días, y en donde se habían ejecutado los vicios más groseros, consumado la pérdida de muchas fortunas, la desorganización del servicio doméstico, el alarmante aumento de las desgraciadas entregadas a la mala vida y la invalidez o muerte de muchos hombres jóvenes y robustos, a causa de tantos accidentes ocurridos durante las fiestas. Eso en cuanto dice relación con los resultados positivos, pues respecto a los negativos, citaremos solamente algunos, tales como la suspensión de las



obras y deserción de los artesanos de los talleres, la pérdida de los hábitos de trabajo, la paralización de los negocios, el abandono del hogar doméstico, la desmoralización de las masas populares, y lo peor de todo, los malos ejemplos que habían escandalizado a millares de seres inocentes, y cuyas consecuencias debían sentirse a su debido tiempo, porque no se ofende impunemente la moral.

Pero como «no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague», llegaba el tiempo de devolver a los usureros las cantidades de dinero que habían dado a préstamo, con altísimo interés, a los *fiesteros*: estos quedaban incapacitados no sólo para atender a las primeras necesidades de la vida, sino también para cumplir los compromisos contraídos con aquellos desalmados que se echaban sin escrúpulo sobre las fincas que les habían hipotecado los imprudentes deudores. Por regla general, y excepción hecha de aquellos despiadados vampiros, todos quedaban renegando de las fiestas y de sus funestas consecuencias.



## ▪ DE 1851 A 1853

### ▪ I

Vamos a referir algunos de los principales sucesos políticos que conmovieron la sociedad neogranadina en el periodo que abarcan los años que encabezan este relato.

La revolución que de tiempo atrás preparaba el Partido Conservador contra el Gobierno que presidía el general José Hilario López, estalló al fin el 19 de julio de 1851, en la hacienda de Corito, de propiedad del coronel José María Ardila.

El jefe político de Facatativá tuvo denuncia de que en la casa de dicha hacienda se conspiraba contra el orden legal. Asociado con algunos vecinos, se presentó aquel en ella, pero Ardila ya estaba en armas, y recibió a los visitantes con una andanada de balas, de la que resultaron tres muertos y un herido, contándose entre los primeros a José Antonio Parra y Cleto Ramírez: los demás volvieron a la población en completa derrota.

Pocos días antes se había descubierto un depósito de más de seiscientas bayonetas enastadas, algunas armas de fuego de mala calidad y grandes truenos de los que emplean los

pirotécnicos para remate de los *castillos*, truenos destinados para *atacar a la caballería*, y que guardaba en su casa de habitación el maestro talabartero José Chaves, situada en la esquina sudeste de la calle 10.<sup>a</sup>, cuadra 6.<sup>a</sup>, arriba del teatro Cristóbal Colón, todo lo cual exhibió la autoridad en la galería alta de la Casa Consistorial.

En la época a que nos referimos, ya habían dado *opimos frutos* los *clubs* políticos que con los nombres de Escuela Republicana, y sociedades Filotémica, Democrática, Popular y del Niño Dios, mantenían a la ciudad en estado candente. Los estudiantes de Derecho y los artesanos estaban afiliados: los liberales a la Escuela Republicana y a la Sociedad Democrática, respectivamente; y los conservadores a las Sociedades Filotémica y Popular. Las señoras conservadoras formaban en la Sociedad del Niño Dios, presididas por la señora doña Gabriela Barriga de Villavicencio, viuda del ilustre prócer, y por el presidente honorario, don Mariano Ospina.

La Sociedad Democrática, dirigida por el inteligente cerrajero Miguel León, que murió en el convento de San Diego el 4 de diciembre de 1854 en la toma de Bogotá por las fuerzas constitucionales, se reunía en los salones que estaban situados encima del almacén que ocupaba la sombrerería del señor Gast. La Sociedad Popular, presidida por el señor Simón J. Cárdenas (alias “Pan de Yuca”), notable taquígrafo que murió en la toma de esta ciudad el 18 de julio de 1861, tenía sus sesiones en el antiguo Coliseo. La Escuela Republicana funcionaba en el Salón de Grados y la Sociedad Filotémica se reunía en diversas localidades; pero tuvo algunas sesiones solemnes en la Quinta de Bolívar.

Los democráticos usaban sombrero de jipijapa de ala ancha y copa baja, gran ruana de bayetón azul por un lado y rojo por el otro, que les llegaba a los pies; y los *populares* llevaban cinta azul en el sombrero; pero unos y otros cargaban enormes puñales como objeto de primera necesidad. Estas baratijas se consideraban de indispensable lujo y *buen tono*, aunque en justicia debemos decir que en muy raros casos se hacía uso de ellas, porque el artesano de Bogotá se ha distinguido siempre por su carácter valeroso, franco y benévolo.

Generalmente se creía que don Mariano Ospina era el alma de la revolución, por lo que se le buscaba en la ciudad; y como inmediatamente después del 19 de julio llegaron a esta capital noticias de que habían tenido lugar diversos pronunciamientos en otros puntos de la República, el Gobierno acuarteló los alumnos de la Universidad Nacional y del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, en sus respectivos edificios, con el fin de que hicieran parte de la poca guarnición que en aquellos momentos protegía la residencia de los altos poderes y era el principal centro revolucionario.

Pertenecíamos al último de dichos planteles, y, en consecuencia, quedamos, de hecho, transformados en reclutas del improvisado batallón, que tenía por jefe al valeroso y simpático Alejandro Sarmiento, el “Desbaratado”, quien a la sazón era alumno del Colegio Militar, el mismo que en 1858 asombró a los yanquis con la inaudita temeridad de arrojarse a nado en el Niágara y murió como un héroe en Turmequé, en el año de 1862, en defensa del gobierno de la Confederación Granadina, combatiendo contra las fuerzas liberales que comandaba Belisario Guerrero, otro temerario aficionado a buscar la

muerte, ¡por satisfacer el capricho de mirarla con desprecio...! Dos humildes fosas cavadas en el cementerio de aquella aldea enseñan a los hombres, con muda y terrible elocuencia, que es infecunda la sangre vertida en guerras fratricidas.

En el cuartel de artillería, frente al lugar que ocupa hoy el Banco de Colombia, estaba acuartelada la Compañía Democrática, al mando del celeberrimo Gregorio Elorga (el “Cholo”), tipo perfecto del antiguo *cachaco* raizal, gran punteador de vihuela, cazador inveterado, y de un aticismo en la conversación que habrían envidiado los andaluces mismos.

En esos días se descubrió que los miembros de la Sociedad Filotémica estaban reunidos y armados en una casa arriba del Colegio del Rosario, con el objeto de irse a reunir con algunas de las fuerzas pronunciadas a inmediaciones de Bogotá. Con los sesenta mozalbetes que dirigía el Desbaratado se rodeó la manzana, antes de sorprender a los *conjurados*, a las nueve de la noche. Estos se entregaron sin resistencia, persuadidos de que tendrían que habérselas con fuerzas veteranas, y fueron conducidos presos al Colegio de San Bartolomé, Belisario Losada, Lisandro Caicedo, Fortunato Cabal, Pedro A. Camacho, Antonio José Hernández, Manuel Herrera Arce, Jenaro Moya, Próspero Salcedo y varios otros jóvenes distinguidos.

Ya habían transcurrido algunos días, durante los cuales nos tenían empleados en hacer marchas y contramarchas en los claustros, y en adiestrarnos en el manejo del fusil; pero ansiábamos tomar parte activa en el oficio de guerreros a que estábamos dedicados merced a las circunstancias que dejamos apuntadas: más claro, deseábamos con estrambótico patriotismo ver y palpar los efectos que producirían las balas disparadas por nuestros

pesados canillones que apenas alcanzábamos a llevar con grande esfuerzo; y como no teníamos esperanzas de que nos *sacaran a campaña*, a pesar de los vehementes deseos de nuestro fosfórico jefe y del belicoso capellán del Colegio, resolvimos aprovechar la primera coyuntura que se nos presentara para hacer tan *humanitaria* experiencia. No fue larga nuestra expectativa.

En las primeras horas de la noche en que rodeamos la manzana para aprehender a los filotémicos, nos pusieron de facción en las ventanas altas del edificio, con la orden terminante de gritar el «¡quién vive!» a todo ser viviente que pasara por la calle: esa fue la ocasión propicia para satisfacer nuestros deseos. En una de las ventanas estaban colocados Juan de Dios Uribe, Restrepo Álvarez y Agustín Mercado, quienes concertaron que al primero que se presentara en la calle le gritarían por tres veces la palabra de orden, a fin de llenar la fórmula en conciencia; pero sin dar tiempo a que contestara, y hacer fuego enseguida, simplemente para meterle el susto.

Sucedió, pues, que un vecino honrado y pacífico, si los hubo, fue el *cordero pascual* que llegó a su casa, situada frente al Colegio. Para ganar tiempo, nuestros dos estudiantes gritaron simultáneamente el «¡quién vive!» y Uribe disparó lanzando el proyectil con dirección a las estrellas y esparciendo la alarma en la ciudad; pero el cuitado vecino entendió las cosas de otro modo. Al verse alumbrado instantáneamente por el inesperado fogonazo y sentir la detonación, cayó boca arriba sobre el umbral de la puerta de su casa, dando ayes lastimeros y exclamando con el tono más angustiado imaginable: «¡Un padre! Un padre porque estoy en pecado mortal y me han atravesado...». A los gritos del que ya se daba por muerto, salieron de

la casa la esposa del vecino, sus hijos y sirvientes, con el objeto de recogerlo, haciendo dolorosas manifestaciones por el hecho que deploraban. Por último, lo introdujeron en la casa y empezaron por buscar la herida a la víctima, que resultó ileso, pero costó gran trabajo persuadirlo de que el daño que sentía en el cuerpo lo tenía sólo en el alma.

La alarma consiguiente a la situación política contribuyó sin duda a que el Gobierno concentrara algunas fuerzas en los edificios públicos inmediatos a la plaza, y, en consecuencia, nuestro jefe Sarmiento nos condujo a los claustros que hacen parte del Salón de Grados, frente al Palacio de San Carlos.

Presenciábamos en el Salón el examen que para obtener el grado de doctor en medicina presentaba un antioqueño que en la actualidad es acaudalado comerciante; pero que entonces era mendigo intelectual, salvado de unánime reprobación, y aprobado únicamente porque a las siete de la noche pasó por la calle con dirección al Palacio un gran tumulto que gritaba «¡Viva López! ¡Muera Rodín!».

Al aproximarse los bochincheros al cuerpo de guardia nos hizo formar nuestro jefe y pocos momentos después golpeó a la puerta el entonces coronel Vicente Gutiérrez de Piñeres, en solicitud de refuerzos para custodiar al doctor Mariano Ospina, a quien acababan de aprehender.

Sarmiento ordenó en el acto que cargásemos los fusiles, los que ya hemos dicho eran de los llamados *canillones de percusión*, y nos encaminó a la Casa Consistorial, en donde retenían al señor Ospina.

Bueno es que se tenga presente que el refuerzo para proteger al prisionero se componía de ocho niños, de los cuales el



de más edad tendría quince años, y que ninguno de ellos había disparado un fusil en los días de su vida: en vez de servir de algo en aquella vez, estábamos, por el contrario, en la necesidad de que nos cuidaran.

El 30 de julio, a las siete de la noche, se paseaba el “Cholo” Elorga en la parte baja de las galerías, en busca de noticias políticas; mas al llegar a la esquina sur, vio que del lado de Santa Clara venía un clérigo vestido con sombrero de *teja*, manteo y en la mano una gran linterna iluminada, y que siguió su camino orillando los muros del Capitolio con dirección a San Bartolomé. Instintivamente y, más que todo, por la malicia y curiosidad ingénitas de Elorga, se propuso conocer al supuesto sacerdote, y al efecto se fue detrás de este, quien al llegar al frente del lugar que hoy ocupan las columnas del Capitolio, cometió la imprudencia de volver la cara para ver al que lo seguía. Un reflejo de la luz de la linterna le iluminó el rostro, e inmediatamente le puso el “Cholo” la mano en el hombro, diciéndole: «¡Alto el jesuita!».

Al verse descubierto don Mariano, dejó caer la linterna y una pistolita ordinaria que llevaba, todo lo cual recogió Elorga, y condujo el prisionero a la Jefatura Política que estaba situada en el mismo lugar que hoy ocupa la Alcaldía. El señor Ospina se entregó sin oponer la menor resistencia.

Si se tienen en cuenta las coincidencias de que en la edición de *El judío errante*, novela que estaba en boga, el grabado que representa al padre Rodín tenía mucha semejanza con el señor Ospina, quien siempre fue defensor de los jesuitas; que al día siguiente era la fiesta de San Ignacio de Loyola, y que el prisionero iba vestido con un traje parecido al que entonces

usaban los padres de la Compañía de Jesús, se comprenderá el regocijo que produjo entre los liberales la prisión de don Mariano por el modo y términos en que se hizo.

La noche era en extremo oscura y fría, como lo son por lo regular las de aquella estación del año, no había alumbrado público ni privado y en todo el perímetro de la plaza no se veía otra claridad sino la que reflejaba la ventana de la Jefatura en el último piso del edificio. La plaza se colmaba con la gente que ocurría para cerciorarse de la noticia que circuló en la ciudad con increíble rapidez.

Al llegar a la Casa Consistorial encontramos al “Cholo” Elorga al pie de la escalera que empezaba en el zaguán, vestido con capa corta y cachucha de piel: tenía los brazos extendidos en cruz; en una mano blandía un puñal, y en la otra tenía una vela de sebo encendida, intimando a grandes voces, que atravesaría al que intentase subir la escalera. Elorga era hombre de honor, y aun a costa de su vida no habría permitido que se atentara contra el señor Ospina.

Los *ocho estudiantes armados* fuimos la primera y única fuerza que llegó para dar seguridad al prisionero, por lo que se nos recibió como salvadores, e inmediatamente, subimos a la pieza de la Jefatura. Allí estaba el señor Ospina.

Creíamos ir a presenciar el penoso espectáculo de un hombre anonadado por el terror e implorando conmiseración. ¡Cuál sería nuestra sorpresa al ver sonreír tranquilamente a don Mariano, con el aire malicioso del estudiante cogido en *in fraganti* travesura! Vestía capa española que semejaba manteo de clérigo, sin sotana, con pañuelo amarillo de seda en la cabeza, arreglado en forma de capilla, sin sombrero.

El sombrero de *teja*, la linterna y la pistolita posaban sobre una mesa, como *cuerpo del delito*.

Al sentir nuestra presencia, salió de la pieza del despacho el doctor José María Maldonado Castro, que era el jefe político, y dirigiéndose al señor Ospina, le manifestó que, a virtud de orden superior, lo trasladaría al edificio de San Bartolomé, en donde estaría con más comodidad, y que él lo acompañaría al lugar escogido para retenerlo. Por toda respuesta, el prisionero se puso en marcha, rodeado por nosotros y asido del brazo del doctor Maldonado.

Al descender las escaleras, hablamos por lo bajo con nuestros compañeros del inminente peligro que corríamos todos con la orden que ejecutábamos; y hoy, después de tanto tiempo como ha transcurrido, no sabemos qué admirar más, si la imprudencia que se cometió al exponer sin objeto la vida del señor Ospina, o la cordura de los *democráticos* que se contentaron con victorear al Gobierno y gritar «¡muera Rodín!».

Ya en el zaguán, se cayó en la cuenta de que marchábamos a tientas y entonces dispuso el doctor Maldonado que llevaran la *famosa linterna*, que con los vidrios rotos y vela de sebo, apenas proyectaba débil y vacilante luz.

Sólo el que haya presenciado una tormenta en el mar, puede formarse idea de lo que pasaba en la plaza. La gritería atronaba los aires, el viento mugía pavorosamente, y la oscuridad era densísima. El “Cholo” Elorga echó uno de su brazos sobre el hombro del doctor Ospina, y del otro lado estaba el doctor Maldonado, para protegerlo ambos con sus personas: los momentos no podían ser más solemnes.

Al salir a la galería baja, un italiano de apellido Adenasio puso un puñal sobre el pecho del señor Ospina, diciéndole:

«¡Ah, Rodín, pícaro!». El prisionero se sonrió con desdén: parecía como si no se diera cuenta de su peligrosa situación.

El tránsito de la Casa Consistorial a San Bartolomé nos pareció comparable al que hizo el Salvador, del Huerto de los Olivos a la Casa de Anás: ni un amigo que animara con su presencia al cautivo, ni más horizonte que el populacho frenético, encubierto con el manito de espesas tinieblas que habrían hecho irresponsable al asesino anónimo.

Habríamos recorrido la mitad del terrible trayecto, cuando fuimos reforzados por un piquete compuesto de varios jóvenes pertenecientes a la Escuela Republicana, entre los cuales recordamos a Salvador Camacho Roldán, Francisco Eustaquio Álvarez, Leopoldo Arias Vargas y Eustorgio Salgar, quienes formaron pabellón con sus fusiles, a fin de favorecer a don Mariano del peligro que lo amenazaba por todas partes.

Las ocho de la noche serían cuando llegamos a la puerta de San Bartolomé, después de haber estado materialmente sumergidos en un furioso torbellino humano: allí nos esperaba otro peligro mayor que el que acabábamos de pasar. Un cuerpo de guardia veterana nos habría recibido convenientemente; pero como la guarnición del Colegio la hacían los estudiantes, estos salieron al lado afuera del portón, con bala en boca, preparados los gatillos y caladas las bayonetas, gritando «¡atrás!, ¡atrás!», mientras que los del tumulto gritaban «¡adentro!, ¡adentro!», y nos empujaban con irresistible fuerza. La Providencia salvó al señor Ospina, quien, en tan crítica emergencia, era el único que conservaba completa serenidad, sin que dejara un momento de asomar a sus labios la sonrisa que le era característica.

Llegado que hubo el señor Ospina al Colegio, se le alojó en la pieza situada en el claustro alto, a la izquierda de la puerta que da entrada al salón de recibo. Se le proporcionó cama de colegial y una mesita con candelero de hoja de lata y vela de sebo: momentos después entró un cerrajero y le remachó los grillos, para lo cual se sentó el prisionero sobre la cama. Mientras el herrero desempeñaba sus funciones, el señor Ospina entabló con el artesano el siguiente diálogo:

—¿Cómo se llama usted?

—¡Así te quedas!

—¿Dónde vive el ciudadano herrero?

—¡En una tienda de la ciudad!

—Muy bien —replicó don Mariano, con la misma galantería que emplea el examinador complaciente ante la señorita que contesta una barbaridad en el certamen.

Más tarde envió la esposa del señor Ospina los abrigos de la cama; él mismo los arregló y se acostó sin desnudarse. En este instante entró a la pieza un joven que estaba de facción, y le preguntó si necesitaba alguna cosa.

—Deseo algo que leer —contestó el prisionero. A pocos momentos volvió dicho joven y le entregó *El judío errante*: don Mariano le dio las gracias sonriéndose y se puso a hojear el libro tranquilamente.

Entre las ocho y nueve de la mañana del día siguiente se presentó una sirvienta con el almuerzo para el preso, que consistía en sopa de pan, frito, café, pan y media botella de vino tinto.

Don Mariano invitó con amabilidad a los dos *cachifos* que estábamos de centinelas de vista, para que participáramos de

su frugal alimento, y después de examinar cuidadosamente las viandas, sólo tomó café y un vaso de vino.

El doctor Ospina permaneció preso algún tiempo. Generalmente entraba en conversación, siempre útil y agradable, con sus guardianes los estudiantes, quienes concluyeron por hacerle demostraciones de cariño y respeto. Sólo una vez lo vimos en extremo preocupado e inquieto, y fue cuando corrió la noticia de que su hermano don Pastor había perecido en el combate de Pajarito; mas al saber que estaba prisionero, volvió a su inalterable modo de ser.

Como todos lo sabemos, el doctor Ospina volvió a figurar en la política activa, hasta subir a la mayor altura a que puede ascenderse en la República. Le tocó afrontar la tormenta de la guerra civil que lo hizo su *prisionero de guerra*: calificativo que en el lenguaje de nuestras contiendas fratricidas coloca al desgraciado a quien se aplica, *fuera de las leyes divinas y humanas...*

La posteridad hace hoy plena justicia al gran patricio Mariano Ospina Rodríguez.

Antes de salir para el destierro el coronel José María Ardila por sus compromisos políticos en el año de 1851, publicó la hoja que reproducimos enseguida:

«Despedida

«Mi propiedad, mi familia y mi vida inmediatamente amenazadas en mi propia casa me obligaron a emplear la fuerza para rechazar la agresión; corrió la sangre en esta fatal ocasión, sin que pueda imputárseme la responsabilidad de esta desgracia, que deploro y deploraré toda mi vida; lamentando la triste situación

de un país en que el hombre honrado y pacífico es compelido a buscar en la fuerza de su brazo y en el filo de sus armas la seguridad que la ley y la autoridad deben darle. Este hecho me condujo forzosamente a tomar parte en el alzamiento que muchos ricos propietarios de las provincias de Mariquita y Neiva encabezaron, y que secundaron voluntariamente aquellos pueblos, para procurarse la libertad y la seguridad de que se juzgan privados. Por consecuencia de aquellos hechos parto hoy al destierro que el Gobierno me ha impuesto, parto con mi familia y privado de gran parte de mi propiedad. Un sentimiento indeleble y profundo me acompaña en esta triste peregrinación, y espero que no me abandonará hasta el sepulcro, es el sentimiento de respeto, de simpatía y gratitud hacia las respetables señoras, a los sujetos de todas clases, capitalistas, hombres ilustrados, agricultores y artesanos de esta capital, de los pueblos de la sabana y de otros de esta y otras provincias, que en los sufrimientos de mi dura prisión me dieron tantas y tan repetidas pruebas de su aprecio y del interés que tomaban en mi suerte. Deseo ardientemente manifestar a cada persona, y muy particularmente a las estimables señoras mi reconocimiento, pero no habiéndoseme permitido salir de la cárcel sino para partir al destierro, me veo precisado a tributar por medio de esta hoja la expresión de mi inmensa gratitud a todos y a cada uno de los que han compadecido mi desgracia, y procurado aliviarla con desinteresadas demostraciones de aprecio y simpatía. Al dejar mi patria querida no llevo ningún sentimiento de rencor contra nadie, mis deseos vivos y constantes son y serán siempre porque todos mis compatriotas disfruten de los bienes de la paz, de la libertad, de la seguridad y de la

dicha, que el desgraciado proscrito no podrá hallar lejos de sus hogares en la amargura de su destierro.

Bogotá, 13 de diciembre de 1851

José María Ardila».

La antítesis viviente de la revolución en aquella época, fue el mismo coronel Ardila, uno de los guerreros que se distinguieron en la reacción de la legitimidad contra el Dictador Melo en 1854.

## ▪ II

La facilidad con que el Gobierno venció la rebelión conservadora en el año de 1851 produjo el fenómeno que se observa siempre que un partido se halla en el poder sin contrapeso que lo equilibre ni enemigo interior a quien temer: se atreve a todo, e intenta y lleva a cabo hechos que, sin las circunstancias anotadas, ciertamente no acometería.

Las reformas implantadas por el Partido Liberal unido, durante la administración del general López, necesitaban afianzarse, o mejor dicho, ser elevadas a la categoría de costumbres apoyadas en las leyes: esta era al menos la opinión de los antiguos liberales; pero la parte joven de esta agrupación política, inspirada en los ideales de los girondinos, anhelaba con impaciencia por extremar las libertades, hasta hacer innecesario el Gobierno. De manera que los unos por detenerse y los otros por seguir adelante indefinidamente, produjeron el cisma que separó al fin a los liberales en dos bandos, que se denominaron *draconianos* y *gólgotas*.



Al tomar posesión de la presidencia de la República el infortunado general José María Obando encontró tan acentuada la división, que le fue imposible lograr un acuerdo entre las dos fracciones; y como la parte inteligente de los liberales terciaba del lado de los *gólgotas*, apoyados por los conservadores, no quedó al jefe del Estado sino uno de dos recursos: gobernar contra sus convicciones, rodeándose de los atrevidos cuanto fantásticos reformistas, o apoyarse en el ejército que aquellos combatían con tesón, y en las sociedades democráticas que le eran adictas. Optó por lo último, y desde ese momento se previó la suerte que tocaría al inhábil piloto que conducía la nave de la República por entre escollos impracticables.

No era menos azarosa para el Ejecutivo la actitud del Congreso, compuesto de mayoría imbuida en las nuevas doctrinas que se implantaron en la Constitución de 1853, bajo la influencia del senador Florentino González, hombre de antiguos antecedentes políticos, orador persuasivo, de gran valor civil y dotado de singulares atractivos personales.

Puede decirse que desde el año de 1848, en que se fundó la Sociedad Democrática en Bogotá, la ocupación preferente de los artesanos fue la política en todas sus faces; pero como el cúmulo de doctrinas que repletó el cerebro inculto de la mayor parte de los obreros no estaban en relación con la potencia intelectual de ellos, produjoles *indigestión cerebral*, o confusión de ideas. De ahí provino que se invistieran, *motu proprio*, con las facultades anexas al pueblo soberano, y que creyeran a pie juntillas que los artesanos de esta ciudad eran los únicos que tenían derecho a gozar de las prerrogativas de todos los ciudadanos que forman la nación.

También pedían los artesanos el cumplimiento de alguna de tantas promesas que de tiempo atrás les venían haciendo, mediante las cuales debía mejorar su situación y convertirse esta comarca en otra valle de Jauja donde, al sentir de los trovadores, los ríos manan leche y la tierra miel. Y como la popularidad del Gobierno decrecía a ojos vistas, vinieron aquellos a hacerse necesarios, y creyeron llegado el caso de *exigir* del Congreso un acto legislativo por el cual se elevaran los derechos de importación que gravaban los efectos manufacturados, a tal altura, que los consumidores se vieran obligados a pagar los artefactos del país al precio que tuvieran a bien imponerles los productores, gravamen que no pesaría sobre el pueblo soberano, que se vestiría de alpargatas, *quimbos*, mantas del Socorro, camisas y sombreros de palma; pero que haría tributarios de los artesanos a los aborrecidos *cachacos*, *gólgotas*, o *gente de casaca*, quienes para aquellos eran sinónimos de enemigos del pueblo.

Los *gólgotas*, por su parte, pedían la eliminación del ejército, lo que les enajenó la voluntad de los militares, quienes hicieron causa común con los artesanos, en previsión de la catástrofe que los amenazaba.

Quedó, pues, establecida de manera incontrovertible la división del Partido Liberal en los dos mencionados bandos. Pertenecían al *draconiano* el personal del Gobierno Ejecutivo, el Ejército y los artesanos; y al *gólgota*, la juventud, fascinada por el inteligente Florentino González, que contaba con mayoría en el Congreso para sacar adelante el proyecto de la nueva Constitución, y con el elemento que entre nosotros forma la alta clase social.

No se necesitaba ser profeta para prever que los conflictos sobrevendrían cada vez que se pusieran en contacto cualesquiera de los componentes que hacían parte de las agrupaciones indicadas.

La Sociedad Democrática de artesanos del Distrito de la Catedral de Bogotá elevó una solicitud a la Cámara de Representantes, en que pedía con marcada y provocadora insistencia el alza de la tarifa aduanera sobre los artefactos extranjeros. Después de las primeras e indispensables labores de la sesión del 19 de mayo de 1853, el secretario de la Cámara dio cuenta de la solicitud de los artesanos, del informe de la comisión a cargo del representante doctor Januario Salgar, a quien se le había pasado para su estudio, y de la proposición presentada por el mismo, en el sentido de que se pasara el asunto al Senado para que dispusiera lo conveniente al considerar el proyecto de ley adicional a la orgánica de comercio de importación que se discutía en la Cámara.

Por demás precaria era la posición del cuerpo legislativo, asediado por el populacho, mirado con indiferencia por el poder ejecutivo, receloso del Ejército y sin más punto de apoyo que el entusiasmo de la juventud liberal, que, unida a la parte inteligente del Partido Conservador, estaba resuelta a sacar airoso la majestad del Congreso, o sucumbir con él.

Los preparativos de ataque al Congreso se hicieron con la mayor publicidad por parte de los promotores del atentado. En las sesiones de la Sociedad Democrática, ante numeroso concurso convocado exprofeso, se hablaba con aplauso de la conveniencia de aniquilar a los congresistas, y estos recibieron repetidos avisos del peligro que corrían.

A la excitación que hizo a la autoridad competente el presidente de la Cámara de Representantes, para que se tomaran las medidas conducentes a garantizar la seguridad de la representación nacional, se contestó que la fuerza pública estaba a su disposición. Y para lavarse las manos como Pilatos, los encargados de velar por el orden público despejaron la plaza, llevándose a otra parte el mercado que entonces tenía lugar en aquel sitio, con el objeto de dejar el campo expedito a los agresores.

Desde por la mañana recorrían grupos de artesanos las calles de la ciudad en dirección a la Plaza de Bolívar, en actitud amenazadora, tomando posiciones en las barras de las Cámaras y en las bocacalles, seguidos de pelotones de muchachos y de algunas mujeres, provistas de piedras, cuchillos y garrotes. La gente de casaca también acudió a las barras y a la Casa Consistorial donde estaban situados los salones del Congreso.

Tomada en consideración la solicitud de los artesanos, surgió animado debate en que tomaron parte los diputados Juanuario Salgar, Próspero Pereira Gamba, Agustín Núñez y otros que no recordamos, rechazando las absurdas pretensiones de los peticionarios, y haciéndoles comprender que la Cámara de que eran miembros sabría cumplir con su deber, sin que fueran bastantes para imponerle determinación alguna las amenazas de los que por sí y ante sí se arrogaban los derechos del pueblo, de quien dicha corporación era único representante legal.

Los señores José María Plata y Patrocinio Cuéllar, que tenían a su cargo las carteras de Hacienda y Gobierno, respectivamente, lograron atravesar por entre los amotinados que rodeaban las avenidas del edificio, y penetraron en el salón de

la Cámara, manifestando que se presentaban para correr con ella unos mismos peligros. Aún no habían tomado asiento, cuando los amotinados de la plaza se precipitaron como alud sobre la puerta principal de entrada al salón, gritando: «¡Adentro!». La entereza del doctor Cuéllar, secundado por algunos caballeros, bastó para contener a los agresores.

Aprobado lo propuesto por la Comisión, se ocupó la Cámara en otro asunto enteramente distinto del que preocupaba los ánimos; más al saber el populacho que ocupaba las inmediaciones del edificio el resultado obtenido, se arrojó impetuoso sobre la puerta de entrada al recinto de la Cámara, gritando enfurecido: «¡Adentro! ¡Es la hora! ¡Archivémoslos a pedradas! ¡Mueran los gólgotas!». Los artesanos creían que nadie se atrevería a oponerse a sus criminales intentos; mas al ver que el gobernador de Bogotá, doctor Nicolás Escobar Zerda, y el doctor Salustiano Leiva, jefe político, con algunos agentes de Policía hacían frente a los que penetraban en el salón, al mismo tiempo que la juventud que ocupaba las barras se presentaba resuelta a luchar en defensa del Congreso —aun arrojándose de la galería alta, como lo hizo el doctor Francisco Eustaquio Álvarez, pistola en mano— desocuparon el recinto y volvieron a la plaza, aproximándose a las gallerías con el objeto de esperar la salida de los congresistas.

En aquellos momentos se hizo saber a la Cámara que la fuerza armada estaba pronta para defender al Congreso, y que sólo esperaba la orden del presidente para ocurrir a donde fuera necesario.

Es cierto que este funcionario no creyó prudente aceptar el auxilio ofrecido; pero también lo es que no hay peor sordo

que el que no quiere oír: así el general José María Melo, que era comandante general y tenía su despacho en las Galerías, ignoraba que estuviesen amenazados de muerte los miembros del Congreso por el extraviado y mal aconsejado pueblo.

Alentados lo corifeos de los amotinados con la inercia de los encargados de velar por la seguridad del primer cuerpo de la Nación, esperaron a que terminara la sesión para vengarse a su modo de lo que ellos juzgaban como *un desaire al pueblo soberano*.

A las dos y media de la tarde se levantó la sesión; pero al salir del recinto los Representantes, se vieron rodeados de numeroso concurso de gentes del pueblo, en el cual se distinguía a los albañiles por el mandil de cuero que entonces usaban los del gremio. Entre los primeros diputados que asomaron a los portales se veía al doctor Antonio Mateus, quien recibió de mano desconocida un golpe de manopla que le dividió en dos la ternilla de la nariz y le cubrió de sangre la cara: el agredido sacó un puñal, se abrió campo y se dio a conocer de *sus amigos* los artesanos, ¡que así lo habían puesto por equivocación! Esta fue la chispa que produjo el incendio.

El populacho se dividió en tres grupos: uno que se situó en el centro de la plaza, y los otros dos en la inmediaciones de las bocacalles occidentales de la misma. Los muchachos y mujeres desempedrabán con barras el pavimento para proporcionar proyectiles a los asaltantes y los defensores del Congreso nos acogimos a la galería, en la creencia de que nuestra actitud pasiva haría entrar al pueblo en reflexión sobre el atentado que cometía en pleno meridiano, a ciencia y paciencia de la autoridad encargada de dar protección a los ciudadanos, para lo cual se contaba con fuerzas más que suficientes.

Insolentado el pueblo con la incalificable conducta del Ejército, dio principio al ataque lanzando contra las galerías un diluvio de piedras, una de las cuales cayó encima del sombrero de copa que nuestro amigo Aníbal Galindo, hundiéndoselo hasta los hombros y dándole tiempo apenas para soltar la interjección que en tales casos es de uso y costumbre. Desde entonces sabemos que el doctor Galindo es predestinado en asuntos de lapidación

Los asustados mercaderes creyeron prudente cerrar las puertas de sus tiendas, en previsión de los pescadores que pudieran presentarse en aquel *río revuelto*, y quedamos los *cachacos*, sin posible retirada, acometidos de frente y de flanco recibiendo los pedriscos, de los cuales no se desperdiciaba ni uno solo al caer sobre la apiñada muchedumbre, y oyendo las exclamaciones de los heridos o contusos que nada podían hacer en defensa propia, a causa de la confusión y sorpresa consiguientes a la brusquedad del ataque.

Los asaltantes se creían seguros de la victoria sobre los acuitados *gólgotas*, cuando en mala hora para aquellos saltó a la plaza Joaquín Suárez Fortoul, de atlética presencia y ánimo esforzado: empuñó una cachiporra, invitó a los amigos a que lo imitaran, y sin volver a mirar, se lanzó cual otro Sansón en medio de los filisteos, acribillando a diestra y siniestra a cuantos tuvieron la desgracia de encontrarse en el trayecto que recorrió, desde las galerías hasta la esquina de la torre de la Catedral, secundado por algunos jóvenes, con lo cual puso en precipitada fuga a los que momentos antes se jactaban de imponer su voluntad al Congreso.

Nos tocó seguir por el lado de San Bartolomé a los doctores Patrocinio Cuéllar y Francisco Eustaquio Álvarez, dando

y recibiendo pedradas y tiros de revólver, hasta que no quedó ni un enemigo en la plaza.

Resultado del combate: un artesano muerto por puñal, al frente de la casa que fue del señor Miguel Gutiérrez Nieto; bastantes aporreados y apedreados de una y otra parte, entre ellos el doctor Cuéllar, y la presencia del escuadrón Húsares en la plaza, al mando del teniente coronel Juan de Jesús Gutiérrez, que llegó cuando se supo que los agredidos habían dado buena cuenta de los agresores. También acudió al lugar del conflicto, cuando ya este había terminado, el presidente, general Obando, vestido de paisano, con el kepis que tomó prestado al oficial de guardia en palacio. Peroró en el atrio, aconsejando la paz y concordia entre los ciudadanos.

Recordamos como compañeros en la refriega a los ciudadanos Próspero Pereira Gamba, Cecilia Cárdenas, Jacinto Corredor, Alejo Morales, Marcos Manzanares, Santos Gutiérrez, Santiago Izquierdo, Francisco de Paula Liévano, el infortunado Antonio París, Asunción Germán Ramírez, y muchos otros que sirvieron como soldados en las fuerzas que triunfaron del dictador Melo en 1854.

La Cámara de Representantes en la sesión el 20, al día siguiente, aprobó por unanimidad de votos de los miembros presentes, la siguiente proposición:

«La Cámara de Representantes declara que han merecido bien de la Patria, en el día de ayer, los ciudadanos presidente de la misma Cámara, ciudadano Vicente Lombana, secretarios de Estado, doctor Patrocinio Cuéllar y José María Plata, la juventud y demás individuos de la barra de *todos los partidos políticos*, que, con su conducta firme y valerosa, supieron defender la dignidad



del Congreso y el honor de la República. La Cámara consigna en esta declaratoria un voto de gracias a sus leales defensores.

«Nómbrese una comisión por el presidente de la Cámara para que abra un registro de los nombres de todos los individuos que tomaron parte en la defensa de la Cámara y de cada uno de sus miembros el día de ayer».

La última parte de la proposición que dejamos transcrita no tuvo cumplimiento, porque los comisionados para levantar el censo de los héroes *anónimos* creyeron que faltarían a la caridad si daban los nombres de los defensores del Congreso, para que el *pueblo soberano* los inscribiera en el libro de cuentas pendientes, que en aquella época se saldaban con una paliza.

### ▪ III

La mayoría del Congreso creyó que el complemento del triunfo obtenido sobre los artesanos el 19 de mayo era sancionar la nueva Constitución, hecho que tuvo lugar el 21 del mismo mes, con beneplácito de los *gólgotas* y conservadores; pero con marcada contrariedad por parte de los *draconianos* o liberales de la vieja escuela, de los cuales era jefe reconocido el general Obando.

En cuanto a los artesanos y *cachacos*, continuaron mirándose de mal ojo y dispuestos a buscarse camorra en cada ocasión que se presentara propicia para irse a las manos; bien que los últimos nos creíamos invencibles e invulnerables desde el día en que, gracias a la falta de razón de los primeros, llevaron la peor parte en el motín de mayo citado. Y esta persuasión influyó en gran parte para que los que vestíamos levita nos creyéramos autorizados a provocar y *torear* a los artesanos, quienes a

su vez buscaban el modo de *sacarse el clavo* de los cachiporrazos y demás caricias que les cupieron en suerte en la jornada del ataque al Congreso. Empero, ¡poco tiempo duro la ilusión de la inmarcesible gloria que ceñía nuestras juveniles sienes con coronas de invicto laurel!

El domingo 5 de junio siguiente se celebraba la Octava en el barrio de Las Nieves, en la que lucían con desusado entusiasmo y la pompa de antaño los adornos, espectáculos, juegos y demás aparatos que ya describimos en otro lugar; pero en la época que nos ocupa se notaba la particularidad de que los asistentes y protagonistas de los festejos se componían del elemento popular, con exclusión de individuos que pertenecieran a cualquiera otra clase social. En el entonces temido barrio habitaban casi la totalidad de los artesanos y gentes de ruana o, lo que era lo mismo, los enemigos mortales de los *cachacos*: aquello constituía positivo impedimento para entrar a recoger manzanas en aquel Jardín de las Hespérides; pero como la privación es causa del apetito, la tentación llegó a ser invencible, y era forzoso penetrar en el lugar de delicias, aunque para ello hubiera de exponerse el temerario que lo intentara a que lo molieran a palos.

No hay duda que los artesanos estaban en su derecho, porque a más de hallarse en sus dominios y de ser los dueños de la fiesta a la cual no nos habían invitado, íbamos a introducirnos en mies ajena y, por consiguiente, a espigar donde no habíamos sembrado.

Durante la procesión se notaba la mala voluntad que los artesanos abrigaban respecto de uno que otro lechuguino empe-rejilado que asistió con el objeto de *alumbrar*. De estos, el que

no salió con la casaca quemada tuvo que echarla a hervir para limpiarla de los numerosos goterones de *cera de Castilla* con que la rociaron los alumbradores de ruana. En los diversos grupos que se formaban en el trayecto que recorría la procesión, se oían rumores amenazantes e intimaciones perentorias para que salieran del territorio *niebluno* los *cachacos forasteros*. A los bailes y diversiones preparados para la noche sólo pudieron concurrir los muy adictos a los artesanos y los militares con quienes fraternizaban aquellos: en una palabra, la discordia entre los artesanos y *cachacos* tomó proporciones de perenne provocación, como sucede a los gallos que, puestos en traba, se desafían y empiezan a cacarear cada vez que se acerca la hembra motivo de la querella.

El lunes 6 se dio principio a las corridas de toros, en obediencia a la tradicional costumbre, corridas en que se divertían los santafereños a su sabor. Era muy natural que, en atención a la inquina que reinaba entre los artesanos, se tomaran las medidas preventivas para evitar un conflicto entre las entonces antagónicas clases sociales. El gobernador de Bogotá, que era el patriota doctor Nicolás Escobar Zerda, ordenó al alcalde del entonces distrito de Las Nieves que no permitiera las fiestas de toros; pero este funcionario era *niebluno*, uno legítimo de la calle de Las Béjares, y no estimó justo ni conveniente privar a sus vasallos de las diversiones establecidas para tales casos, desde que el adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada hizo traer de la Península Ibérica el primer toro o novillo, de lo cual nada nos refieren las crónicas de aquellos tiempos. Además, la cuestión quedaba dirimida con que los *cachacos* dejaran a los artesanos en pacífica posesión

de su heredad, sin ir a buscarles camorra en sus dominios, y las fiestas tendrían lugar en completa paz.

La ausencia de *cachacos* en el primer día de las fiestas contribuyó a que los artesanos la atribuyeran a miedo de aquellos, lo que bastó para que el martes 7 nos diéramos cita en la plazuela de San Francisco, y allí, en las barbas del general Melo, nos reuniéramos y entráramos en el recinto de los toros, *a ver qué nos sucedía...*

Nuestra entrada al corral ajeno fue recibida con señales evidentes de sorpresa por parte de los artesanos, quienes permanecieron en expectativa, decididos a no dejar pasar el primer pretexto que les diéramos para tomar la *revancha* del 19 de mayo.

Caminábamos en grupo compacto por el centro de la entonces calle del Hospicio, cuando el grito de «¡el toro!» y la aproximación del acosado animal nos obligaron a buscar refugio en las barreras construidas en las puertas de las viviendas: más apenas se prendió el primer *cachaco* de una de ellas, lo cogieron los de adentro con piquetes de aguja y pellizcos en las manos y pantorrillas. El agredido contestó el ataque poniendo en juego precisamente los miembros atacados, y en el acto comenzó la jarana. De los cuatro puntos cardinales del barrio acudían las gentes del pueblo en actitud hostil y provocadora, visto lo cual por el general Rafael Mendoza, que vivía en la calle inmediata al bochinche, acudió en nuestro auxilio: nos hizo formar y salir del recinto de las fiestas, no sin que tuviéramos que soportar graves insultos y una que otra pedrada lanzada por mano alevosa.

El enemigo quedó duelo del campo y tocó diana: los *cachacos tascamos el freno* y nos retiramos con buen compás de pies, aunque no escarmentados.

El miércoles 8 debían terminar las fiestas de toros en el barrio de Las Nieves. Los *cachacos* no creyeron prudente pasar las fronteras del territorio prohibido, y el Gobierno confió en que el alcalde haría respetar las órdenes impartidas para suspender las diversiones motivo de zozobra e inseguridad: pero ya hemos hecho notar que este funcionario en lo que menos pensaba era en obedecer tales órdenes, porque creía que la medida implicaba acto de abdicación por parte del *pueblo soberano*, con tanto o mayor razón cuanto que aún quedaban sin expender los víveres acopiados por los vendedores *fiesteros*, ¡y que los empresarios de casas de juego no habían terminado el desplume de los pájaros atraídos con sus encantos!

Un hecho insignificante dio origen a la refriega.

Varios caballeros volvían del cementerio, adonde fueron con el objeto de llenar el piadoso deber de conducir un cadáver. Inadvertidamente regresaron a la ciudad por la vía de Las Nieves: todo fue salvar la barrera levantada en la esquina de los Tres Puentes y verse rodeados por la turbamulta que los amenazaba de muerte si no salían del recinto donde tenía lugar la corrida de toros, y esto sin escatimar a los acometidos las pedradas, que salían del grupo que oprimía a los primeros.

El doctor Justiniano Gutiérrez, cura del barrio, vio el peligro que corrían los del entierro, y logró conducirlos a la casa cural, de donde los hizo salir a la calle del Panteón, mientras los sitiadores los esperaban en la puerta de la casa, evidentemente con siniestras intenciones.

La noticia del alevoso e injusto ataque a los que venían del cementerio, produjo grande irritación en los habitantes del centro de la ciudad, entre los cuales se contaban los *cachacos* quienes

decidieron jugar el todo por el todo e ir a vengar el agravio inferido a sus copartidarios. El asunto presentaba serios peligros y dificultades, porque no era un misterio que el escuadrón Húsares, mandado por los valientes jefes coronel Melchor Corena y sargento mayor Juan de Jesús Gutiérrez, fraternizaba con los artesanos; pero así y todo, no faltaron temerarios que, escasos en número, se presentaron en la calle de La Tercera, resueltos a introducirse al recinto de las fiestas y armar pendencia con el primero que les saliera al encuentro.

La realidad superó con creces a las esperanzas concebidas.

Furiosa gritería acogió a los *cachacos* que se aproximaron a la barrera levantada en el extremo sur del camellón de Las Nieves, y sin previa declaratoria de guerra o cosa parecida, los artesanos rompieron las hostilidades *tangibles*, arrojando un aguacero de guijarros sobre el reducido número de jóvenes atolondrados que, sin pensar las consecuencias del paso dado ni contar sus escasas fuerzas, se metieron en aquel horno encendido de donde necesariamente debían salir cuando menos chamuscados.

Mientras tanto, circuló en la ciudad la noticia de que *el pueblo de ruana y el de levita* estaban combatiendo con encarnizamiento, y que ya se contaban por centenares los muertos y heridos de ambas partes. No se necesitó más para que en breves momentos acudieran al lugar del conflicto los curiosos, o adictos de los contendores.

En la imposibilidad de resistir los pocos *cachacos* atacados a la nube de artesanos que se les venía encima, se retiraron haciendo frente a estos, hasta llegar a la plazuela de San Francisco, donde había barracas construidas con palos y cueros para abrigo de los vivanderos, porque en aquel tiempo dicha

localidad era lugar destinado para lo que llamaban *mercado chiquito*. Reforzados los *cachacos* con los compañeros que acudieron al rumor del combate, y armados con estacas de las barracas, y algunos con revólveres y estoques, repelieron los artesanos y demás gente del pueblo hasta meterlos en sus guaridas.

Pero aquí entra la sal del cuento.

Mientras que los *cachacos* llevábamos la peor parte en la pelea, el general Melo y sus soldados reían y gozaban en el cuartel situado en la casa que hoy pertenece a la familia Valenzuela, al frente de la torre de la iglesia de San Francisco, alentaban a los artesanos y nos gritaban con voz chillona: «¡No corran! ¡Qué feo!». Pero todo fue ver en derrota a sus amigos, y caer en la cuenta de que la fuerza pública tiene por objeto mantener el orden contra los revoltosos. Hallada la parte activa, se nos adjudicó la parte pasiva, o en otros términos, se nos consideró como enemigos del sosiego público; y sin entrar en explicaciones inútiles ni saludables advertencias, un piquete del escuadrón nos hizo fuego por retaguardia, sin bala, hecho que ignorábamos; pero la suposición de que fueran *ciertas las balas*, produjo desconcierto en nuestras filas y la consiguiente retirada hasta repasar el puente de San Francisco, donde nos repusimos de la sorpresa que nos causó el inesperado ataque.

Como medida de precaución y con el laudable propósito de impedir que volviéramos a las manos, se situó un cordón de soldados a la parte norte del puente; pero el atributo de *invincibilidad* que nos teníamos discernido por *derecho de nacimiento* nos hizo creer que el obstáculo interpuesto tenía por exclusivo objeto proteger a los artesanos contra los furores de los *cachacos* y, en consonancia con tan errónea persuasión, subió de punto

nuestra osadía hasta provocar con inaudita audacia y temeridad, no sólo a los artesanos, sino también a Melo y sus legiones habidas y por haber, presentes, pretéritas y futuras, llegando nuestra insensatez hasta disparar los revólveres, de lo cual resultaron un húsar muerto y varios artesanos heridos.

Las consecuencias de nuestra conducta en aquella vez no podían ser dudosas:

*Vinieron los sarracenos  
y nos molieron a palos  
que Dios protege a los malos  
cuando son más que los buenos...*

El escuadrón de Húsares, con lanzas enristradas y cual huracán devastador, asomó sobre el puente y tomó la dirección de la Plaza de Bolívar, atropellando, pisoteando y despejando las tres Calles Reales, sobre el pavimentos de las cuales quedaron los sombreros de copa, bastones, paraguas, capas y otras prendas que los *cachacos* derrotados dejábamos a fin de aligerar el bulto, sin tratar de recogerlas, porque el pánico apenas nos dejaba aliento para correr como gamos, a lo que se agregaba que del puente nos hacían disparos, los que por fortuna no nos causaron mal.

De nosotros podemos afirmar, sin riesgo de contradicción, que nunca nos pareció tan inmensamente largo el trayecto del puente de San Francisco a la Plaza Mayor ni jamás lo hemos recorrido en menos tiempo, como en aquella memorable tarde en que dimos *pruebas palpables* de que cada cual es libre de albergar el miedo que le quepa en el cuerpo. Aún recordamos que



durante nuestra desatentada carrera recitábamos *in pectore* cierta fabulilla que dice:

*Por entre unas matas,  
seguido de perros,  
no diré corría,  
¡volaba un conejo!*

Al fin, jadeantes y sin encontrar dónde refugiarnos, llegamos al atrio de la Catedral, *llamándonos a iglesia*, vociferando y gesticulando como energúmenos, tanteándonos el cuerpo para cerciorarnos de que no nos habían hecho agujeros por donde se nos saliera el alma, y convencidos de que en la pelotera habíamos demostrado que éramos buenos gallos para *reñir a pico*, como nos lo gritaban los húsares.

Momentos después se presentó en la Plaza el general Melo, montado en su famoso caballo retinto y acompañado de su estado mayor. En el acto nos le acercamos, y los señores Francisco Eustaquio Álvarez y Cecilio Cárdenas llegaron hasta tomar la brida del caballo del general, al mismo tiempo que le increpaban en términos vehementísimos la conducta observada con los *cachacos*. Melo nos tuvo lástima, nos miró con desdén y nos dejó hablando solos. ¡Tenía razón!

#### ▪ IV

*Vae victis!*, dijeron los antiguos romanos: nosotros, en el tiempo a que nos referimos, pudimos apreciar la terrible realidad que entrañan tan pocas palabras.

El día que siguió al triunfo de los artesanos, se veía en las calles a los *cachacos* contusos o aporreados, cabizbajos y asaz pensativos. Perdido el prestigio de nuestras efímeras victorias, quedamos reducidos a la categoría de simples mortales, teniendo que soportar la superioridad numérica del populacho apoyado por el Ejército. Y lo que era aún más humillante, si cabe: las damas nos perdonaban la precipitada fuga que presenciaron desde los balcones, entre risueñas y dolientes; pero la mayoría de ellas nos la cobraban exigiéndonos que les permitiéramos nuestros brazos para sostener la madeja de hilo mientras la devanaban, ¡o bien nos ponderaban las ventajas de *la rueca sobre la espada...*! *Vae victis!*

Nuestra condición de vencidos nos convirtió en verdaderos parias respecto a los artesanos. Si arrojaban lavazas de las viviendas del pueblo, caían sobre el desgraciado que, vestido de levita, acertara a pasar por el frente de la puerta. No se podía transitar fuera de las calles centrales de la ciudad sin exponerse a lances provocados por los obreros, y de las seis de la tarde en adelante era peligrosísimo encontrarse fuera de casa. Ya desde el mismo día 8, a las ocho de la noche, habían apaleado al senador Florentino González en la segunda Calle del Comercio, frente al Bazar Veracruz, y el general Eustorgio Salgar, a quien sorprendió la noche adelante de la cuadra de La Tercera, fue víctima de un ataque brutal. Por las noches recorrían la ciudad patrullas de soldados acompañados de artesanos que gritaban: «¡Mueran los *gólgotas!* ¡Abajo los *cachacos!*!». Si llegaba el caso de que encontraran algún descarriado que cayera en sus garras, la patrulla tomaba distinta dirección, a fin de poder asegurar al día siguiente que la paliza dada por

los artesanos lo había sido sin conocimiento de los militares y aun contra la voluntad de estos; y para que la burla fuera completa, ¡las autoridades encargadas de dar garantías aseguraban que gozábamos de *paz octaviana*!

Tan anómala situación quedó decididamente agravada en contra de los *cachacos* con el asesinato de Antonio París.

El sábado 18 de junio siguiente al día en que tuvieron lugar los desórdenes que dejamos relatados, preparaban los vecinos del barrios de San Victorino los fuegos artificiales acostumbrados en la víspera de la fiesta de la Octava. La excitación de los ánimos no permitía las corridas de toros en la plazuela, pero se consintió a los jugadores y vivanderos que ocuparan puestos en la localidad y sus inmediaciones, con el objeto de que hicieran su negocio. La claridad de la noche, iluminada por la argentina luz del plenilunio, convidaba a los bogotanos a divertirse: no era de presumir que los *cachacos* tomaran parte en los festejos preparados, habida consideración al estado de inseguridad que reinaba en la capital. Sin embargo, la fatalidad hizo que el joven y valiente Antonio París se reuniera con varios amigos para dar una serenata a su esposa la señora doña Petrona Lafaurie, a quien amaba tiernamente.

Al efecto, convidó al célebre guitarrista Nicómedes Mata, a Nicanor Camacho y Antonio Estévez, que tocaban bandola con primor, a José María Páez, Félix Guillén y Ramón Pérez. París deseaba sorprender a su familia con la ejecución del *Carnaval de Venecia*, pieza que entonces estaba en boga. Terminada la serenata al frente de la casa de París, situada en la antigua calle de Los Carneros, se dirigió el grupo pacífico a la plazuela de San Victorino, cerca ya de la media noche, con el fin de

curiosear las tertulias que había en algunas casas con motivo de la Octava. Ya se retiraban a sus respectivas moradas, con intención de tomar por la calle de San Juan de Dios, al mismo tiempo que llegaban al puente de San Victorino, bajando por dicha calle, cuatro hombres de ruana tocando tiples. Al llegar a la plazuela se acercaron estos al grupo que acompañaba a París, quien venía algo atrás, y dieron un empujón a Mata, haciéndole romper el instrumento: reconvenidos por este, uno de los de ruana les preguntó, con insolencia si eran *cachacos* o artesanos.

—Somos *cachacos* —respondió Mata, sin pensar en la imprudencia que cometía.

En el acto atacaron los de ruana a los compañeros de París. Este se adelantó hacia los agresores como heraldo de paz; pero su generosa iniciativa sólo sirvió para que le dieran una pedrada en la sien izquierda, que lo hizo caer a tierra, y antes de que se levantara lo atravesó de una puñalada el agresor, que había recibido dos garrotazos en la cabeza, dados por Guillén y Páez en defensa propia.

Los compañeros de París huyeron por donde pudieron: Mata se arrojó con su guitarra del puente al río y Guillén fue a dar parte de lo ocurrido a don Zenón Baraya, que era el jefe político.

París quedó muerto en el sitio: al ver los asesinos consumada su obra, se dispersaron llamando en su auxilio a los artesanos y gritando que los *cachacos* habían dado muerte a un artesano. Uno de los dispersos entró precipitadamente a su vivienda, situada debajo de la casa que fue de don Pioquinto Acosta, en la antigua calle Honda, y llamó a su esposa, que dormía con

dos niños. Encendida la vela, le hizo ver la descalabradura que tenía, diciendo que se la habían hecho con una pedrada: dejó un gran cuchillo, el garrote de guayacán torneado y volvió a salir.

Llegó al puente de San Victorino, en donde se encontraba el cadáver de París, ayudó a echarlo en la misma ruana de bayetón del muerto y a conducirlo al Hospital de San Juan de Dios, en compañía de los gendarmes, de Eusebio Robayo y de los que llenaban el piadoso deber de alzar al infortunado joven. Al llegar la fúnebre comitiva al Hospital, Guillén reconoció al que lo había atacado, y lo hizo aprehender: se llamaba este Nepomuceno Palacios; la Policía retuvo a Robayo como sospechoso.

Al mismo tiempo que tenía lugar el ataque a París y sus amigos, bajaba por la calle de San Juan de Dios don Rafael Lasso de la Vega, vestido de casaca y sombrero de copa, y como sintiera gran tumulto en el puente, excitó a las personas que encontró a que lo acompañaran para evitar el conflicto; pero al ver que ninguno se atrevía a seguirlo, Lasso se presentó solo en medio de los grupos que encontró diciéndoles: «¡Paz, paz!, señores artesanos». Un garrotazo que le fracturó el parietal derecho fue la respuesta que obtuvo; repuesto un tanto del golpe ayudó también a conducir el cuerpo del muerto, sin saber quién fuese, mas apenas llegaron al Hospital y este reconoció a París, posó una mano sobre el cadáver, exclamando con indignación: «Amigo Antonio, la sangre que me quede servirá para vengarte».

El médico aconsejó a Lasso que se pusiera en cura, porque había perdido *más de cuatro libras de sangre*, y el jefe político le indicó que diera la denuncia para perseguir a los culpables; pero aquél contestó con imperturbable estoicismo, que la hemorragia no lo perjudicaba, y antes bien, lo había *despejado* porque

era muy pletórico o sanguíneo: que no daba denuncia porque lo creía inútil para su seguridad, por el estado en que se encontraba el país. Al día siguiente pasaba don José María Plata, que era secretario de Hacienda, por frente a La Rosa Blanca, y vio a Lasso perorando y refiriendo lo que le había sucedido en la noche anterior. Al verlo empapado en sangre, le preguntó con interés:

—¿Qué es esto, Lasso?

—¡Garantías del Gobierno! —contestó aquel con la sonrisa sarcástica que le distinguía, al mismo tiempo que mostraba la herida.

En la mañana del domingo 19 se divulgó la noticia del cobarde asesinato de Antonio París, joven pobre, consagrado a trabajos de campo que le proporcionaban con qué sostener decorosamente su familia, compuesta de una esposa adorada y de cuatro preciosos niños.

París era extraño a las cuestiones políticas que traían agitados los ánimos, y estimado por las diferentes clases de la sociedad, incluso los artesanos, quienes le profesaban especial cariño. El sentimiento general de conmiseración por la víctima y su desolada familia, que se manifestó al principio, cedió su puesto al de la suprema indignación que se apoderó de los que se veían amenazados por el desborde de las ideas socialistas de los extraviados artesanos; y puesto que la cuestión era de vida o muerte para los que vestían levita en Bogotá, estos resolvieron dirigirse en masa al gobernador, doctor Patrocinio Cuéllar, exigiendo el castigo de los que resultaran culpables de los delitos que habían escandalizado la sociedad, antes de que los hombres amantes del orden se vieran obligados a proveer a la propia defensa. El gobernador ofreció, en nombre del Gobierno,

que se haría justicia cumplida y pronta respecto de los asesinos de París, los que ya estaban bajo el peso de la ley.

Suntuosos funerales se hicieron a París el 20, en la iglesia de Santo Domingo. A la triste solemnidad concurrió toda la alta clase social: el ensangrentado cadáver fue llevado en hombros al cementerio, donde se pronunciaron ardientes declamaciones. «¡Yo te vengaré o te seguiré!», exclamó Joaquín Pablo Posada al descender de la tribuna mortuoria; y al inhumar el cuerpo inanimado del que poco antes era el encanto de su familia y amigos, lo abrazó Cruz Ballesteros, uno de los muchos artesanos que asistieron al cementerio, y en sentidos lamentos protestó a nombre de sus compañeros, contra el nefando crimen perpetrado en el hombre que durante su vida fue amigo decidido de la clase obrera.

Nepomuceno Palacios, de 23 años de edad, casado, albañil de profesión y matador de cerdos; Eusebio Robayo, herrero, de 25 años; Zenón Zamudio, carpintero, de 19 años, y Espiritusanto Amézquita, tratante, de 25 años, tenían que dar cuenta de la sangre vertida en la noche del 18. Todos eran hombres robustos, regularmente parecidos y de apariencia simpática. Con excepción de Robayo, que tuvo juventud borrascosa, pero que después se enmendó, y de Palacios, los sindicatos habían sido hombres de bien: sólo la exaltada patriotería de los artesanos en aquella época los condujo insensiblemente al abismo en que cayeron. Inspirados en la para ellos buena idea de apalea a los *cachacos*, recorrieron la plazuela de San Victorino y sus avenidas en busca de víctimas: el primero que se les presentó fue don José María Peralta, el “Mono”. Al dirigirse este a su casa de habitación en la calle Honda, lo rodearon. Palacios le gritó: «¡Abajo los de morrión negro, que aquí está uno!».

Otro reconoció a Peralta, de quien era vecino, y lo defendió, bien que Robayo indicó la *conveniencia* de que «*siquiera* le dieran rejo»; por último, tuvieron piedad del “Mono”, a quien dijeron que nada iba con él y que no se asustara, después de lo cual se dirigieron tocando tiple a la plazuela nombrada.

Para no perder el tiempo, entraron a la taberna que tenía el pastuso Juan Bautista Erazo, arriba del puente: tomaron *anisado*, y se hicieron servir, entre otras viandas, carne fría, de la que cortó Palacios con «gran cuchillo cabiblanco que relumbra de puro afilado».

Allí trataron de divertirse con unas hijas de la alegría, y como estas los desdeñasen, resolvieron salir a continuar la tuna y cazar *cachacos*, poniendo en ejecución el grito de guerra atribuido al Nuncio Milón en el saqueo sangriento de Béziers: «¡Matad, matad, que Dios reconocerá los suyos!».

Apenas llegó a conocimiento de Clara Rodríguez, esposa de Palacios, el asesinato de París, tuvo el presentimiento de que aquel no era extraño al delito, y en tal virtud llevó el cuchillo del marido a casa de la vecina y amiga Petronila Heredia en la madrugada del 19: no la impuso de la prenda que dejaba; pero sí le dijo que tal vez no amanecería vivo Nepomuceno, porque estaba descalabrado. Más tarde volvió la esposa de este y recogió el arma que había ocultado en la alcoba de la vecina, y la llevó a la vivienda de un hombre de la ínfima clase del pueblo, llamado Pedro, y le encareció dijera que era de él: al fin, rendida ante la evidencia de los hechos, entregó el cuchillo a la justicia, con el tahalí y vaina ensangrentados.

En otra ocasión hicimos notar los medios, al parecer insignificantes, de que se vale la justicia de lo Alto para confundir a



los que toman la senda del crimen confiados en la impunidad, o en la persuasión de que nadie los ve.

Contra toda previsión humana, quedó en pie un testigo mudo que era imposible coger en contradicción, porque nada hay tan firme para demostrar la verdad como el objeto inanimado. Nos referimos al cuchillo manchado de sangre.

Lo más sencillo y fácil para Palacios era tirar al río el arma homicida, o hacerla desaparecer por alguno de tantos medios como tuvo a mano; y sin embargo, fue en lo que menos pensó. Si así lo hubiera hecho no habría sido posible, en justicia, castigar con la merecida severidad al inmediato causante de la muerte de París, porque siendo una la herida que mató a este y cuatro los agresores, no se habría sabido quién era el responsable, a menos de obtener espontánea confesión, lo que era improbable que sucediera.

En la vivienda de Palacios entregó la esposa el cuchillo: al ponerlo a la vista de aquel, dijo que no lo conocía, pero en el acto preguntó quién lo había sacado. Se le replicó que dónde estaba el cuchillo, y contestó que en su casa, porque lo había comprado para raspar marranos; que estaba ensangrentado porque estuvo componiendo con él la carne el 18 por la tarde, y que en la noche del sábado salió desarmado. Ya hemos visto que en la taberna de Erazo hizo ostentación Palacios del *relumbrante* cuchillo, y que después del crimen lo llevó a su casa.

Practicado el reconocimiento del cadáver por los médicos doctores Antonio Vargas Vega, Rafael Armero y Vicente Pérez, rindieron el siguiente informe:

«El cadáver del señor Antonio París tiene dos heridas: una sobre la parte lateral izquierda del pecho, interesando la piel, los dos

músculos de esa parte en dirección diagonal de izquierda a derecha, de cuarta y media de profundidad y cinco pulgadas de longitud, dividiendo la 4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> costillas verdaderas, la pleura y el pericardio; el corazón dividido transversalmente por el ventrículo izquierdo, el diafragma y el hígado, en el lóbulo izquierdo en su parte media; la otra, en la arcada superficial izquierda, que interesa la piel y el músculo superficial. La primera herida, que fue la causa de la muerte instantánea, se hizo con instrumento cortante y punzante, y la segunda, con instrumento contundente.

«Comparada la herida mortal con el arma que la causó, tiene las mismas dimensiones, con la particularidad de ser esta también cortante por sus dos filos; razón por la cual debió hacerse la herida con el cuchillo encontrado en la habitación de Palacios. Si se tiene en cuenta que dicha arma atravesó una ruana espesa, los vestidos del difunto, la piel, los músculos, cortó tres costillas y penetró profundamente en el pecho, puede asegurarse que la herida fue hecha de una manera violenta, empujando el cuchillo con fuerza y que el agresor tuvo evidente intención de matar».

Treinta horas después de asesinado París estaba terminando el sumario que dio luz suficiente para que se llamara a juicio a los sindicador: el 24 de julio siguiente, el jurado, compuesto de los respetables ciudadanos Joaquín Pardo, Rafael María Gaitán, José María Saravia, Ramón María Lotero L., Bernardo Torrente, José María Osorio y Narciso González Lineros, dio el siguiente veredicto, que correspondía al cuestionario presentado por el juez de la causa, de acuerdo con la acusación fiscal.

*No se ha cometido el delito de cuadrilla de malhechores.  
Se ha cometido el delito de asesinato.  
Nepomuceno Palacios es responsable de esta infracción y autor principal en primer grado.  
Zenón Zamudio, Espiritusanto Amézquita y Eusebio Robayo son responsables como cómplices en primer grado.  
De conformidad con las disposiciones legales sobre la materia, tocóle al Juez 2.º del circuito, doctor Manuel María Contreras, dar aplicación a la aterradora fórmula que precede, condenando a Nepomuceno Palacios, previa declaración de infamia, a sufrir la pena de muerte en la Plaza de Bolívar; y a Zenón Zamudio, Espiritusanto Amézquita y Eusebio Robayo, a presenciar la ejecución de Palacios y a veintiún años y cuatro meses de presidio.*

La circunstancia de que el condenado a muerte era jefe de humilde familia, compuesta de esposa joven y dos niños, y argumentos fundados en principios adversos a la pena capital, despertaron sentimientos de conmiseración respecto de aquel desgraciado, los que se manifestaron en varias solicitudes al presidente de la República, en las cuales se pedía la conmutación de la última pena. Este alto magistrado contestó por medio del doctor Rafael Núñez, entonces secretario de Gobierno, negando la gracia pedida, fundado en las siguientes consideraciones:

«1.<sup>a</sup> Que el asesinato cometido por Palacios no fue el resultado de ninguno de aquellos motivos que suelen concurrir en la comisión de los delitos, como circunstancias atenuantes de la culpabilidad de los delincuentes;

«2.<sup>a</sup> Que la conducta anterior del reo había sido notoriamente mala;

«3.<sup>a</sup> Que el carácter benévolo de la víctima era un dato que podía y debía considerarse como una circunstancia agravante del hecho criminoso;

«4.<sup>a</sup> Que el alarma profunda que ocasionó el delito hacía indispensable la ejemplar expiación del delincuente, cuya suerte no podía contraponerse en la balanza de la justicia a la seguridad y a la tranquilidad que tienen derecho a esperar del Gobierno todos los habitantes pacíficos y honrados de la República;

«5.<sup>a</sup> Que cualquiera que fuera la opinión del Poder Ejecutivo respecto de la racionalidad o irracionalidad de la pena de muerte debía estimarla como una institución necesaria, puesto que el Legislador no se había decidido a abolirla;

«6.<sup>a</sup> Que subsistiendo, como subsistía, la expresada pena, el Poder Ejecutivo no podía conmutarla constitucionalmente, sin que la medida fuera reclamada por un suficiente motivo de conveniencia pública, que de ninguna manera existía en aquel caso;

«7.<sup>a</sup> Que las penas en que pudiera ser conmutada la de muerte a que había sido condenado Palacios, no eran, por desgracia, suficientemente eficaces, por los vicios cardinales de que adolecían todavía los establecimientos de castigo de la República;

«8.<sup>a</sup> Que el veredicto del jurado que declaró culpable de asesinato a Nepomuceno Palacios podía ser considerado como un voto de la opinión pública, que, en circunstancias como la de entonces, el Poder Ejecutivo no podía desatender, y

«9.<sup>a</sup> En fin, que los informes del gobernador de la provincia de Bogotá, del juez del circuito y del tribunal del Distrito eran adversos a la conmutación».

La prensa de todos los partidos políticos elogió la indispensable severidad desplegada en aquella vez por el general Obando y su Ministerio.

No quedaba más recurso a los condenados sino prepararse para dar satisfacción pública, en el modo y términos exigidos por los representantes de la sociedad.

El 3 de agosto empezó la agonía de Palacios.

En la misma cárcel se hallaba condenado al último suplicio Ignacio Hernández, el “Muque”, hijo natural del terrible general Hermógenes Maza, por el delito de asesinato perpetrado en la persona de su compadre Antonio Munévar, después de larga y fría premeditación. Al principio se creyó conveniente que las dos ejecuciones fueran simultáneas, a fin de ahorrar a la ciudad la repetición del atroz espectáculo; pero por razones de Estado resolvió el Gobierno que se fusilara primero a Palacios y quince días después al “Muque”. Este incidente dio lugar a que al tiempo de entrar *en capilla* el primero, se acercara Hernández y le dijera en estilo volteriano:

—Creí tener el gusto de que saliéramos juntos a divertir a los *cachacos*; pero te ofrezco picarte la retaguardia de hoy en quince días: memorias a los conocidos, y no se te olvide buscarme buena posada...

Palacios declaró en la capilla que la sentencia del jurado era justa, que no tuvo intención de matar a determinada persona y que al haber reconocido a París, lo habría defendido aun a costa de su vida.

En vía para el cadalso, se detuvo en el umbral de la prisión, levantó en alto el crucifijo que llevaba en la mano, y con voz reposada y firme pronunció las frases que transcribimos a

continuación, que cayeron como saetas sobre la conciencia de los circunstantes:

—¡En nombre de Dios vivo, ante quien voy a comparecer, encarezco a los padres de familia que cuiden de la educación de sus hijos y los encaminen desde temprano por la senda de la virtud y del deber, a fin de evitar que, extraviados y perversos, alcancen una muerte semejante a la mía...!

Mientras que el que iba a morir se manifestaba tranquilo y resignado, sus cómplices a quienes se llevó a presenciar la ejecución, estaban aterrados, persuadidos de que también se les fusilaría: de esta preocupación no se desprendieron hasta que volvieron a la cárcel.

A las diez y media de la mañana del viernes 5 de agosto de 1853, ocupó Palacios el asiento en medio de imponente aparato militar, y rodeado por numerosa concurrencia, compuesta en la mayor parte de personas que vestían levita.

Un ruido estridente anunció a la ciudad que estaba cumplida la justicia de los hombres.

Si después de la ejecución de Palacios no cambió la situación de inseguridad respecto de los *gólgotas* o *cachacos*, al menos comprendieron los artesanos que «quien a hierro mata, a hierro muere».

Así terminó el prólogo del drama que escandalizó al país el 17 de abril de 1854, y que tuvo por epílogo el triunfo de los constitucionales el 4 de diciembre del mismo año. Armado el presidio en defensa de la legitimidad, el Gobierno indultó a los penados que se habían batido con bravura, entre los cuales se contaban Robayo, Amézquita y Zamudio: el último murió poco tiempo después atacado del mal de San Lázaro. No se

supo qué suerte correrían los dos primeros. Es posible que aún vivan los infelices hijos de Palacios.





## ▪ LUISA ARMERO

En la acera oriental de la calle real de Santa Bárbara, casi al frente de la calle nueva abierta al costado sur del cuartel de San Agustín se ve una casita, reparada a estilo moderno, de propiedad de los herederos del general Fernando Ponce. Allí vivió, hasta el año de 1851, el sargento mayor don Patricio Armero, con sus hijos Luisa y Rafael.

Desde muy joven se consagró el señor Armero al servicio de su patria. Cayó prisionero en la Cuchilla del Tambo y, recobrada la libertad, ingresó de nuevo en el Ejército libertador. Hizo la campaña del Magdalena a órdenes del aguerrido cuanto terrible general Maza, lo que quiere decir que era valiente, porque este jefe no toleraba en sus filas a quien no fuera capaz de seguirlo en todas las atrevidas y feroces hazañas que acometía, guiado por el odio a los españoles y sus instintos sanguinarios, como lo demostró cuando hizo degollar en los bongos de guerra a los prisioneros del combate de Tenerife, donde se distinguió el joven Armero, lo que le valió la condecoración que se decretó a los que hicieron aquella campaña.

Arrastrado por la corriente de los acontecimientos, el entonces teniente Armero fue al Perú y tomó parte en las batallas que libraron en ese país los colombianos contra los españoles. Regresó a Bogotá acompañando al Libertador, y algún tiempo después contrajo matrimonio con la distinguida dama doña Francisca Otero. Fundado el modesto hogar, nuestro prócer llevaba vida tranquila, sin más nubes en el horizonte que la perspectiva —por desgracia no improbable en aquellos tiempos— de tener que volver al servicio activo en el momento menos pensado.

Satisfecho con el presente y orgulloso de su pasado, vivía don Patricio feliz con la virtuosa consorte, a quien amaba con el acendrado cariño que saben inspirar las mujeres de elevado y suave carácter, a lo que se agregaba que vino a ser madre de dos preciosos niños, encanto de sus padres y codicia de vecinas y amigas.

De poca duración fue la tranquilidad de Armero, porque el fallecimiento de la esposa lo dejó sumido en profundo abatimiento, del que sólo pudo sacarlo el ineludible deber de llenar para con sus tiernos hijos los deberes y cuidados que ya no podía prodigarles la amorosa madre que le quitó la muerte en los momentos en que más la necesitaban.

Desde entonces quedó Luisa de señora de la casa, siendo mentor de su hermanito Rafael, y cuidando con solícito afán al anciano padre, quien veía en ella la representación viva de la consorte que, en edad temprana, le arrebató la parca inexorable.

Del lado de Santa Bárbara, para el centro de la ciudad, se veían venir frecuentemente dos niños vestidos con notable aseo y buen gusto, aunque sus trajes revelaban que no eran ricos.

Caminaban asidos de las manos y, de cuando en cuando, se detenían como para hablar con más tranquilidad. El varoncito llevaba el garniel con los libros y de demás útiles escolares, y la niña iba envuelta en manteleta de gasa, cubierta la cabeza con sombrero de paja de Italia de anchas alas.

Al llegar a la casa situada en la diagonal de la esquina oriental a la cuadra en que se halla hoy el teatro Cristóbal Colón, la niña acariciaba al niño, le recomendaba mucha formalidad en la escuela y le advertía, con marcada insistencia, que volviera por ella a las dos de la tarde. Ya en la puerta de la casa, se daban un último abrazo, y la niña entraba gozosa a la escuela que en aquella época dirigían las señoras María Francisca Domínguez y Josefa Salazar, las mismas que fueron conocidas en esta ciudad con el nombre de las “Paquitas”, quienes dedicaron su vida a la educación de la juventud femenina; en cuanto al chico, corría apresurado a fin de llegar a tiempo a la escuela que regentaba don Lubín Zalamea, en la vetusta casa situada al frente del Camarín del Carmen.

Pasaba el tiempo y nuestros jovencitos crecían en gracia y gentileza, hasta que, ya púberes, se consagró Luisa a las tareas domésticas anexas al buen orden y economía de la casa puesta a su cuidado, y Rafael entró en la universidad para estudiar Medicina.

Para entonces era Luisa la señorita más bella y popular de la ciudad. Asistía a la misa de tropa que tenía lugar los domingos, a las ocho de la mañana, en la iglesia de San Agustín, adonde concurría lo más florido de los *cachacos* con el exclusivo objeto de rendirle pleito homenaje, embelesados ante la arrebatadora mujer.

No había fiesta de familia, baile o paseo de nuestras muchachas en que no figurara aquel astro de primera magnitud, acompañada de su inseparable amiga Elvira Levy, otra estrella de nuestro cielo, muy parecida a su prima Elena Espina, flor truncada también en la primavera de la vida...

En una tarde crepuscular, de aquellas que sólo se ven en nuestro cielo, y cuyo limbo inflamado dora con luz de fuego los objetos que ilumina, vio Rafael Pombo —entonces alumno del Colegio Militar— a Luisa, en pie sobre el puente de San Agustín, en actitud de contemplar la maravilla celeste, acariciada por la brisa, que le hacía flotar la dorada cabellera. Pombo cortejaba a otra beldad, que ocasionalmente pasaba por allí, y como esta viera el arrobamiento de su pretendiente ante aquella preciosa mujer, entró en celos, para aplacar los cuales escribió el poeta las estrofas siguientes, hasta hoy inéditas:

*La vi en el puente, como un lucero  
sobre el arco iris;  
carnes de perla, rostro hechicero,  
talle de sílfide.*

*Remangaditas nariz y boca;  
sobre la frente,  
ondas castañas, de esas que toca  
de oro el Poniente.*

*Formas magníficas, la gracia andando;  
el paso aéreo;  
cuantos la miran, quedan soñando  
bajo su imperio.*

*La vi en el puente; y te vi en ella  
con dulce orgullo.  
Busqué tus ojos. Esos, mi bella,  
son sólo tuyos.*

Entre los muchos aspirantes a la mano de Luisa se llevó la palma de la victoria, después de ruda y tenaz porfía, el joven Mariano González Manrique, vástago de distinguida familia santafereña, cultivador de las musas, dotado por la naturaleza con todos los atractivos físicos que constituyen la hermosura varonil.

No somos de los que creen que ciertos sucesos deben reputarse como malos augurios o pronósticos; pero en los hechos que referimos hubo tal cúmulo de antecedentes y presagios desfavorables que hoy, después de tantos años transcurridos desde que sucedieron los acontecimientos, tenemos que confesar que no carecen de razón los que creen poder regular lo por venir teniendo en cuenta lo pasado.

La posición social de los amantes, la edad, las inclinaciones, la educación, las dotes personales, la irresistible atracción del uno por el otro, los pocos bienes de fortuna y hasta el beneplácito de la sociedad parecían indicar como solución final el matrimonio de Luisa con Manrique; pero, sin que hasta el presente se haya adivinado la causa, es lo cierto que tanto el padre de la pretendida como la familia del aspirante se opusieron enérgicamente al casamiento, resistencia que sólo fue vencida por la resolución inquebrantable de los futuros esposos.

En una tertulia casera en que se hallaron Luisa y Elvira, ya comprometidas a casarse, tuvieron el capricho de consultar en

el *Oráculo*, que entonces estaba en boga, su futura suerte, y las dos obtuvieron esta pavorosa respuesta: «Después del tálamo nupcial te espera el féretro...». Desde este momento aquellas amigas tuvieron el presentimiento de que no sería larga su peregrinación en este valle de lágrimas.

Cumplidos los veintidós años por Manrique, ya no pudo prolongar la oposición de sus padres y, en consecuencia, estos cedieron en la infundada aversión que habían manifestado por el matrimonio de hijo mayor. Breves explicaciones bastaron para que las respectivas familias de los novios se pusieran de acuerdo en el modo y términos en que debía llevarse a cabo la ceremonia del enlace nupcial, hecho que tuvo lugar en la noche del domingo 20 de abril de 1851, en la casita que hemos indicado, en presencia solamente de personas de las dos familias.

Al oír Luisa la parte de la Epístola de San Pablo que ordena el apóstol que a nadie en este mundo debe amar más la mujer que al marido, y recíprocamente, fijó la mirada, velada por las lágrimas, en su conmovido padre y en su hermano Rafael, y no bien hubo pronunciado el juramento que la hizo pertenecer al esposo, se arrojó en brazos de don Patricio y de su hermano. Así, estrechamente unidos y confundiendo sus lágrimas, permanecieron hasta que, calmados un tanto los legítimos sentimientos de pesar, tomó Mariano del brazo a Luisa para recibir las felicitaciones de los que se hallaban presentes.

Después de medianoche, sin despedirse, se retiraron don Patricio y Rafael. Habían entregado a Manrique todo lo que poseían en el mundo: la hija, la hermana idolatrada y el techo en que vivieron felices y tranquilos. ¡Tal es el lote de aquellos a quienes toca la tremenda responsabilidad paterna!

Algunos días después se encontró Mariano con su joven tío don Manuel Ponce de León, alumno del Colegio Militar; lo reconvino afectuosamente porque no había ido a visitarlos y, sin darle tiempo a entrar en razones, lo condujo a su casa. Luisa se presentó vestida de bata blanca, con el cabello suelto y ramilletes de rosas en la mano: acababa de salir del baño.

Sorprendido Ponce ante aquella deslumbradora aparición, apenas pudo balbucir algunas palabras, que fueron interrumpidas por la encantadora sonrisa de Luisa que, con picaresca intención, se ofrecía como muy *respetuosa sobrina* al estupefacto tío, menor que ella. Manrique comprometió a Ponce a que hiciera compañía en la comida a la nueva sobrina en tanto que él volvía después de practicar una diligencia fuera de la casa, y como este se excusara por la obligación que tenía de presentarse en el Colegio a esa hora, Luisa zanjó la dificultad enviando recado al general Joaquín Barriga, entonces rector del Colegio Militar, quien vivía al frente de la casa de Manrique, solicitando el permiso del caso, obtenido el cual se estableció la confianza entre los dos jóvenes parientes.

Antes de sentarse a la mesa hablaron de la intranquilidad en que se vivía en esos tiempos; pero Luisa observó que, en previsión de un asalto de ladrones en esas solitarias calles, su padre la había obsequiado con un par de pistolas *de pelo*, con las cuales se adiestraba en el tiro al blanco. Ponce no pudo menos de manifestar sorpresa al oír referir a su sobrina la inclinación decidida por tan extravagante distracción en una mujer.

Terminada la comida invitó Luisa al tío para que fueran a la huerta de la casa, donde tenía arreglado lo necesario para el tiro de pistola; pero como notara marcada repugnancia en

Ponce para ello le hizo burla por lo que ella creía infundado temor, y le dijo:

—¡Cómo! ¿Todo un gallardo militar no se atreve a tirar al blanco?

—No, Luisa; no es temor, sino prudencia el sentimiento que me anima. Además, en el Colegio nos adiestramos en la esgrima.

—Tanto mejor; así tendré el gusto de dar a usted una lección.

Enseguida, Luisa abrió la caja que contenía las pistolas cargadas, entregó una a Ponce, tomó ella la otra y continuaron el interrumpido diálogo.

—Mire usted, tío, son *de pelo*; pero yo no me he atrevido aún a hacerlas maniobrar con el resorte que las hace más sensibles.

—No haga uso de él, porque es muy peligrosa el arma de fuego que tiene esa condición.

—Voy a quitarle el recelo que le noto, obligándole a que tire usted primero.

—Sea —contestó Ponce, visiblemente contrariado.

Y como por salir del compromiso tendió el brazo e hizo fuego, sin dar en el blanco ni aun remotamente.

—Yo lo hago mejor, señor alumno del Colegio Militar.

Y con la arrogancia y desparpajo del consumado tirador, Luisa disparó casi sin apuntar, e introdujo la bala en la mitad de un pequeño grabado que le servía de mira, a más de veinte metros de distancia.

Ponce se enjugó con el pañuelo el sudor que le inundaba la frente, y suplico a la sobrina que volvieran a las habitaciones, haciéndole presente que una de las dos pistolas tenía más delicado el resorte que daba impulso al gatillo; la marcó para



distinguirlo, y guardó las armas en lujosa caja. Luisa accedió a la exigencia del joven militar, persuadida de que tal vez un sentimiento de vanidad, ofendida imprudentemente por ella, había causado el malestar que creyó advertir en aquel.

¡Infeliz, no sabía que Ponce estaba dominado por inexplicable presentimiento, que debía cumplirse antes que la tierra hubiera girado cuatro veces sobre su eje!

Espléndida se presentó la mañana del domingo 18 de mayo de 1851. El profundo azul del cielo apenas se veía matizado por ligeras nubecillas, que se desvanecían al contacto de los rayos solares. La vegetación se ostentaba en todo su vigor y lozanía: el cono plateado del Tolima se mostraba majestuoso en medio del imponente silencio que lo circunda y las campanas de los templos de la ciudad, con misterioso lenguaje, llamaban a los fieles para celebrar la fiesta que se conoce con el poético nombre de Mes de María o de las Flores de Mayo.

Las antiguas relaciones de estrecha amistad que existían entre la familia de Manrique y la nuestra lo autorizaban para entrar en nuestra casa en cualquier momento. Así fue que, sin previo aviso, se introdujo en el gabinete de nuestra madre, y, después de cariñoso saludo, Mariano manifestó el deseo de que una hermana de quien esto escribe los acompañara a tomar la sopa esa tarde, para ir después al Coliseo por la noche a oír al famoso violinista Moeser.

—¿Cómo está Luisa? —preguntó nuestra madre al feliz consorte.

—¡Tan linda como siempre!

—¿Qué tienes en ese frasco?

—Pólvora mostacilla para reponer la que se le acabó a Luisa.

—Mira, Mariano, me parece una extravagancia la inclinación de Luisa por las armas de fuego y, sobre todo, ten presente que «el diablo las carga».

—¡Ah, si usted viera a mi Luisa con la elegancia que dispara, se quedaría encantada!

El resultado de la visita fue que nuestra hermana no iría a comer con los recién casados, pero que ellos vendrían por la noche a nuestra casa para ir con ella al concierto.

A las dos de la tarde empezó a correr viento de oriente; pero poco tiempo después se desató furioso vendaval, que duró hasta ya entrada la noche. La gente del pueblo tiene el agüero de creer que cada vez que sopla el viento con violencia es señal de que alguien se ahorca o muere violentamente.

En el mismo momento en que nos sentábamos a la mesa, a las cinco de la tarde, golpearon con estrépito en la puerta de la casa: fuimos a ver quién llamaba con tanta exigencia, y al abrir se nos presentó una sirvienta de Mariano para decirnos con palabras entrecortadas que «su amo había matado a su señora Luisa»; que nos lo decía para que avisáramos al padre de Mariano, que vivía al frente, porque se había cansado de llamar en la casa sin lograr que abrieran.

El señor Antonio González Manrique, padre de Mariano, tenía la costumbre de cerrar con llave la puerta de su casa a tiempo de comer, que hubiera causa suficiente para obligarlo a interrumpir aquel acto, razón por la cual no atendió al llamamiento de quien llevaba la fatal noticia.

Por el momento creíamos haber oído mal, o que la sirvienta exageraba; pero, sin entrar en explicaciones, que a nada conducían, dimos el recado a nuestra familia y volamos al lugar del siniestro.

Con excepción del huracán, que barría las calles, todo estaba tranquilo en el barrio, y no se percibía en las inmediaciones de la casa adonde íbamos ningún indicio que confirmara lo que nos había referido la sirvienta. Fue, pues, esta la impresión con que llegamos a la puerta. No tuvimos necesidad de golpear para que nos abrieran, porque el portón y trasportón estaban apenas ajustados.

Al pasar del zaguán al corredorcito principal de la casa oímos gritos y lamentos desgarradores. Era Mariano, que se retorció, desesperado, en brazos de dos amigos, que luchaban por tenerle alejado del cadáver de su esposa.

Luisa yacía sobre el lecho nupcial, con los párpados cerrados; la boca, apenas entreabierta, mostraba la magnífica y luciente dentadura, con expresión de indefinible sonrisa, que la muerte no tuvo tiempo de extinguir; los brazos y manos, desnudos y extendidos, en actitud de generosa resignación; el niveo seno, velado por la túnica de finísima batista, que dejaba entrever la belleza incomparable de las formas; en el costado derecho tenía una ligera mancha de sangre, que indicaba la herida que había producido la alevosa bala para llegar al vértice de ese corazón que sólo latió de amor por aquel que involuntariamente le ocasionó la muerte.

Los recién casados, en plena luna de miel, fueron a oír misa, siguiendo la costumbre de Luisa, en la iglesia de San Agustín; Mariano se dirigió enseguida a la casa paterna, en la que conservaba el uso de su cuarto, donde tenía la pólvora que necesitaba para que su esposa se divirtiera con la peligrosa distracción del tiro al blanco. Arregló lo concerniente a la localidad que debían ocupar esa noche en el Coliseo, donde se exhibía, por

primera vez en esta ciudad, el distinguido violinista, y volvió a su nueva morada, en la que permaneció recibiendo visitas de las personas a quienes había dado parte de su enlace.

A las tres de la tarde entró Bernardo Espinosa, hermano político de Manrique, y se quedó para acompañarlos en la comida. Tanto Luisa como su esposo profesaban a aquel cuñado cordial simpatía y merecido cariño.

El ajuar de aquel nido de amor estaba en relación con la escasa fortuna de sus dueños. La ausencia de rico mobiliario estaba superabundantemente compensada con el buen gusto y pulcritud, que se notaba hasta en los menores detalles. La casita bastaba para albergar sin estrechez a sus amos y a la servidumbre, que se componía de dos fieles sirvientas que habían visto nacer, crecer y establecerse a su ama, que las colmaba de atenciones; pero en lo que sí había lujo y profusión era en el cultivo de las flores, que siempre fueron inanimadas compañeras de tan bella jardinera.

Espinosa condujo a la mesa a la que reputaba hermana suya, y ocupó el puesto de honor. Durante la comida reinó entre aquellas tres personas la mayor animación y cordialidad: eran jóvenes, en el vigor de la vida, y tenían derecho, según toda previsión humana, a disfrutar por largos años de los legítimos goces permitidos a los que alcanzan la dicha de fundar un hogar que tenga por base el amor recíproco y el elemento cristiano. ¡La suerte adversa lo dispuso de otro modo!

La jovialidad de los comensales, las delicadas viandas y los generosos vinos que tomaron sirvieron de estímulo a la locuacidad de los tres jóvenes, que en aquellos momentos se consideraban, por mil motivos, como los más felices de los mortales.

Terminada la comida se encaminaron al jardín, que era una verdadera gruta encantada: las paredes estaban tapizadas con frondosas madreselvas y otras enredaderas artísticamente entrelazadas, en forma de óvalos, en cuyo centro se veían los diversos objetos que servían de blanco para el ejercicio del tiro. Al pie de un hermoso arrayán, engalanado de frutas purpúreas, brotaba cristalino arroyo, aprisionado en toscas piedras cubiertas de verde musgo. En este delicioso recinto, sombreados por una bóveda de rosales en lujosa florescencia, tomaron el néctar que produce agradable expansión de espíritu.

Luisa, vestida con traje de lanilla azul oscuro, peinada la soberbia cabellera al estilo de María Estuardo, no llevaba más adorno que dos claveles, blanco y rojo, prendidos en el pecho, y golilla de encajes, sobre la cual se destacaba, altiva y radiante, la cabeza, que podía competir con la de la Venus de Milo, con la cual tenía extrema semejanza.

Luisa manifestó el deseo de tirar al blanco, razón por la cual salieron al jardín.

En el cuarto de Mariano, sobre una mesita, estaba la caja que encerraba las pistolas. Este tomó la que tenía menos delicado el muelle, en la persuasión de que no estaba cargada, y se puso a examinarla. A la izquierda de Manrique se hallaban Luisa y Espinosa, quien tenía en la mano la otra pistola, que le dio aquella para que la cargara. Luisa se inclinó sobre la mesita para buscar un fulminante, y, en el momento en que volvía a tomar su posición natural, la mano de la fatalidad haló el gatillo de la pistola que tenía Manrique. «¡Me has muerto, Mariano!», exclamó Luisa, cayendo de rodillas, apoyada en la mesa, casi al mismo tiempo en que se oyó el estallido del arma

homicida, y en que el aterrado esposo la recogía expirante en los brazos. Un venerable sacerdote, llamado a tiempo por Espinosa, alcanzó dar la absolución postrera.

Dos días antes de la muerte de Luisa quedaron dos guardas de salinas, que estaban bajo la inmediata dependencia del mayor Armero, cuidando la casa de los recién casados durante el paseo que estos hicieron al campo; y como la situación de la ciudad era en extremo azarosa por los constantes asaltos de la compañía de Russi, resolvieron, como medida de precaución, cargar las pistolas que encontraron en la pieza de Mariano, que era la que ocupaban, para lo cual hicieron uso de los cartuchos que tenían adaptados para carabina, y partieron en dos una bala de a onza, a fin de que cupiera cada fracción en la respectiva pistola. Esto lo ignoraban los inmediatamente interesados, y fue lo que contribuyó a que se cumpliera el implacable horóscopo que sobre ellos pesaba. Sin el acto casual de que Luisa se irguiera en el instante funesto, Espinosa habría recibido en el pecho el proyectil que hirió a aquella de muerte.

La razón de Espinosa y de Manrique se resistía a creer en la espantosa realidad que sus ojos les hacían ver. Mudos de sorpresa, y como clavados en el sitio que pisaban, no podían darse cuenta exacta de la inmensidad de tan inesperada desgracia, hasta que una de las sirvientas los sacó del estupor en que yacían. Bernardo hizo algunas aplicaciones a Luisa para tratar de que volviera de lo que creían un síncope; ¡pero la ciencia médica tiene por límite infranqueable el umbral de la eternidad!

Uno de los primeros que acudieron a la casa de Luisa, atraídos por el rumor de su muerte, fue el doctor Andrés María

Pardo. Al verlo Manrique, se le abalanzó al cuello, y le dijo, con desesperado ademán:

—¡Qué hago, doctor Pardo!

—¡Esa pistola debe tener compañera...! —contestó el eminente médico.

En el mismo lugar en que pocos días antes recibiera la bendición nupcial, y con el mismo traje de novia, expusieron en improvisada capilla ardiente el cadáver de Luisa a los pies de un crucifijo, que le servía de amparo. ¡En las manos de ese bello cuerpo inanimado se veía la corona de azahares, como símbolo de la pureza de alma, que tanto amó!

Al contemplar esos despojos de la muerte y hacer la comparación entre el pasado y la realidad del presente que se ofrecía a nuestra vista, no pudimos menos de recordar las palabras de Bossuet: «¡Sólo Dios es grande!».

Los funerales se efectuaron el 19, a las cuatro de la tarde en la iglesia de San Ignacio. En el centro del catafalco formado de flores y cirios encendidos, se veía el ataúd que encerraba el cuerpo de la que veinticuatro horas antes no se imaginó que en aquellos momentos había de ocupar aquel puesto. La numerosa concurrencia que asistió a la piadosa ceremonia acompañó los restos de Luisa, conducida en hombros hasta el cementerio. Varios oradores, entre los cuales recordamos a José María Samper y Lisandro Caicedo, pronunciaron elocuentes discursos en la tribuna fúnebre antes de confiar a la tierra los despojos queridos.

El fin trágico de Luisa produjo en todas las clases sociales vivo sentimiento de dolor, que se demostró en manifestaciones espontáneas de tierna y compasiva condolencia.

¡Morir como Luisa Armero, al ver realizadas sus más caras ilusiones, a los veintiún años de edad, sin sentir en el tierno corazón el dardo de crueles y posibles desengaños, bendecida por el cielo, llevando en holocausto el sudario empapado con las lágrimas de todo un pueblo y tinto en la propia sangre para presentarlo al Juez Misericordioso como emblema de redención... es dulce morir!

Y ya que Manrique, después de tan irreparable desgracia, escapó del extravío mental que pudo conducirlo a lanzarse a la eternidad en pos de Luisa, debió vestir el tosco sayal del cartujo, para llorar su infortunio hasta que se agotaran en él las fuentes del dolor, adorando los inescrutables designios del Omnipotente. No lo hizo así, y arrastró vida miserable, que al fin extinguió prematura vejez.

El pesar consumió en breves días al anciano padre de Luisa y, pocos años después, otra bala disparada por el azar en las playas de Saldaña cortó también, en edad temprana, el hilo de la vida de Rafael, hermano de Luisa.

«¡Estaba escrito!».



## ▪ MIGUEL PERDOMO NEIRA

Vamos a relatar, a los que hace cinco lustros vinieron al mundo, las aventuras y episodios de la vida y *milagros* del audaz Miguel Perdomo Neira.

Diversas versiones a cuál más absurdas e inverosímiles circulaban como moneda corriente respecto del origen y condiciones del personaje que nos ocupa. No eran pocas las poblaciones que se disputaban el honor de haberlo visto nacer; pero, según informes dignos de crédito, parece que fue en el pueblo de Totoró, en el departamento del Cauca, donde Perdomo vio la luz. Se decía que había militado a las órdenes del general Canal durante las campañas de 1859 a 1862, y que después de la disolución de los restos de las fuerzas de la legitimidad, en Pasto, se habían internado en el territorio de Caquetá, para no sufrir el yugo de los vencedores, y al mismo tiempo, para estudiar y conocer las propiedades medicinales de las plantas de aquellas inmensas selvas habitadas por tribus salvajes, que había aprendido de los indígenas las aplicaciones y usos de la flora, y lo que era más, que había sorprendido los maravillosos secretos de algunas plantas cuyos alcaloides poseen poderosas e infalibles

condiciones anestésicas y hemostáticas, de manera que hacía operaciones quirúrgicas sin que los pacientes experimentaran dolor y sin que de las venas y arterias cortadas saliera sangre. En una palabra: que ya había terminado para la pobre humanidad la inexorable ley del dolor, que precede al hombre al nacer y lo acompaña hasta que lo lleva al seno de la Madre Tierra.

Y aquellos descubrimientos se debían a un *modesto y humilde* colombiano, quien solo, sin otros maestros que la pródiga naturaleza y el arrobamiento en su Divino Hacedor, había alcanzado la ciencia infusa, que tenía por objeto aliviar las dolencias de sus semejantes y extirpar el inmoderado deseo de lucro en los que vivían del ejercicio de la profesión médica, quienes le hacían cruda guerra por envidia de su virtud, como sucedió a Abel con Caín.

Sea de ello lo que fuera, parece que el Ecuador fue el primer teatro que escogió Perdomo para dar principio al ejercicio del ministerio médico-religioso, del cual se invistió por su propia virtud, y aprovechando la muy tenaz propensión del hombre hacia lo que estima como maravilloso, sin cuidarse de estudiar con algún detenimiento el origen o causas que lo fascinan.

Perdomo no gustaba de las poblaciones para vivir en ellas, sino que prefería los campamentos al aire libre, sin duda para que las multitudes que lo seguían pudieran establecerse con holgura y además, porque no era fácil que los enfermos de todas clases y condiciones que lo asediaban, muchos de estos venidos de tierras lejanas, encontraran hospederías suficientes para albergarse en nuestros pueblos, escasos de todo. A este respecto tenía el hombre mucha semejanza con Mahoma; como este impostor, se creía inspirado del cielo y hacía ostentación

de sentimientos piadosos en todos sus actos, pero al tratarse de los médicos se expresaba con tal ira y vehemencia, que parecía un energúmeno. Según él, todos eran una pandilla de escamoteadores ignorantes que vivían extorsionando al pueblo pobre, y le hacían la guerra más infame a fin de alejarlo de los centros importantes de población para lo cual se habían aliado con los boticarios y salvarse de la inevitable ruina que los amenazaba con los secretos que poseía y ponía al servicio de los menesterosos. Aseguraba con la mayor imprudencia que en varias ocasiones lo habían envenenado; pero que él con sus hierbas misteriosas tomadas oportunamente había burlado la perversidad de sus enemigos los médicos; recomendaba a los enfermos que huyeran de los doctores como de la peste, y que no les dijeran que él los curaba, porque lo matarían cuando y como pudieran...

La vara milagrosa de Moisés, los magos de Faraón, Cagliostro y los mayores taumaturgos, apenas alcanzaron a igualar los portentos que, según el decir de las gentes, obraba el inspirado Perdomo. No tenía necesidad de que los enfermos le dieran cuenta de las dolencias, porque bastaba que los viera para que les hiciera el diagnóstico de la enfermedad que los quejaba, y les vaticinara el final de ella, próspero o adverso, porque también poseía el don de profecía. Los más entusiastas aseguraban que le habían visto *desencuadernar* a varias personas de ambos sexos, con el objeto de limpiarles las *asaduras*, o acomodarles las tripas mejor de lo que las tenían, y todo esto sin que los pacientes sintieran la más ligera incomodidad ni vertieran gota de sangre.

La caridad del *profeta* no tenía límites: sanaba a los enfermos y auxiliaba con dinero a los menesterosos para que volvieran a sus casas; pero lo que más preocupaba a ese hombre

maravilloso era la salud de las almas, por lo que la primera diligencia que hacía al acampar en las inmediaciones de alguna población era promover la fiesta del Triduo de cuarenta horas, o retiros espirituales, para dar principio a su *misión* por atender a la parte más noble del hombre, que la curación material vendría por añadidura.

La prensa del país publicaba de preferencia los hechos extraordinarios que se atribuían a Perdomo, y excitaba a los profesores médicos y naturalistas para que fueran adonde se hallaba dicho sabio y aprendieran los secretos que poseía antes que los europeos se aprovecharan de ellos; porque aseguraba que las facultades médicas de París y Londres lo llamaban con empeño. Se anunciaba el itinerario desde el lugar en donde el hombre se hallaba y se deseaba generalmente que llegara a Bogotá: los amigos, para gozarse en su seguro triunfo; los incrédulos, para *ver* y *creer*, y los escépticos, para gritar «¡viva quien vence!».

Tal era el estado de los ánimos en Bogotá, cuando se supo que Perdomo se aproximaba a la Sabana, después de levantar sus tiendas en el valle de Paicol, donde permanecía desde hacía algún tiempo entregado en cuerpo y alma al ejercicio de su profesión; pero ninguno se tomaba el trabajo de averiguar cuántos de los enfermos que en incesante romería iban o se hacían llevar en busca de salud, ¡estaban a esas horas «mordiendo tierra»! No faltaban personas sensatas, entre estas los médicos de reconocida reputación científica, que daban la voz de alarma hacia la verdad de lo que pasaba con los pretendidos secretos y curaciones de aquel charlatán: ¡tiempo perdido! Los médicos eran *parciales* y *enemigos* de Perdomo, y los otros procedían

«inspirados por aquellos»; con esta manera de raciocinar, no quedó más recurso a los primeros que inclinar la cabeza, mientras pasaba la tormenta de que eran víctimas, y esperar el desenlace de la comedia que debía terminar en drama de sangre e ignominia para muchos.

En el momento menos pensado se divulgó la noticia de que Perdomo llegaba a Bogotá. Era el 29 de abril de 1872. A mediodía llegó una gran cabalgata de *orejones* y algunas personas cultas, seguidos y rodeados por un populacho sucio, entre el cual se contaban los leprosos, *llaguientos* y baldados que existían en diez leguas a la redonda. Todos gritaban: «¡Viva el doctor Perdomo Neira!», y no pocos lanzaban expresiones ofensivas a los médicos de la ciudad. En el centro de aquella heterogénea montonera venía un hombre de regular estatura, de color trigueño, ojos negros, bigote y *chivera* lisos, cubierto con sombrero pequeño de paja de Montecristi, vestido de paño gris, botas altas, pañuelo de seda azul atado alrededor del cuello, gruesa cadena de oro para llevar el reloj, varios anillos con esmeraldas y diamantes, revólver en la cintura, y montado en un magnífico caballo tordo. Se apeó en la casa que hoy pertenece a la familia del finado señor Hermógenes Durán, a pocos pasos de la Plaza de Bolívar, y se asomó a uno de los balcones para satisfacer los deseos del *público* que lo llamaba con insistencia. Paseó sobre los espectadores una mirada que interpretamos como señal inequívoca de estupidez o desprecio —ya veremos si nuestro juicio fue acertado—; enseguida se retiró del balcón, y poco tiempo después pasó a vivir a la casa que forma el ángulo noroeste entre la carrera 11 y la calle 9.<sup>a</sup>. Allí tuvo principio y fin en esta ciudad la misión del héroe de Totoró.

Empezó la campaña por dejar tuerto para toda la vida al canónigo doctor Antonio María Amézquita, por la incisión que le hizo en un párpado; a una señora le introdujo un grueso cordón en los lagrimales, sacándolo por las fosas nasales, lo que le causó inflamación crónica que no disminuye después de veintidós años de practicada la *cura*. Al bueno de don León Ortiz, que llevaba al cuello un ligero apéndice, vulgo *coto*, que no le molestaba ni *perjudicaba*, porque tenía más de setenta años, lo echó al otro mundo con la operación que le hizo al *extraerle el coto*.

Al día siguiente de la llegada de Perdomo a esta ciudad, consiguió en el Banco de Bogotá dos mil pesos en monedas de oro y plata. En el acto circuló la noticia de que había depositado *doscientos mil*, según unos, y *ochocientos mil*, según otros, para dedicarlos a obras de beneficencia y ejercicios piadosos; y como el *doctor* no sólo había sorprendido los secretos botánicos de los indígenas, sino también el famoso *Dorado* que en vano buscaron los conquistadores de América, se aseguraba que tenía resuelto pagar las deudas exterior e interior, si los liberales consentían en devolver los conventos a las órdenes monásticas, extinguidas por el general Mosquera después del 18 de julio de 1861.

Deseábamos, como los judíos incrédulos, presenciar algunos de los prodigios que se decía obraba nuestro protagonista, y al efecto fuimos a la casa antes indicada. La calle estaba colmada de la gente más sucia y hedionda del mundo, todos enfermos y reputados como tales. Después de sufrir apretones en todo sentido, y casi trastornados por la pestilencia de la clientela, logramos llegar a la sala, en un ángulo de la cual, y con las puertas y ventanas abiertas para no asfixiarse con el tufo

que exhalaba el concurso, se hallaba Perdomo con una mesa al frente, y sobre esta varios frascos con drogas, algunos instrumentos de cirugía oxidados y, en la pared inmediata, un cuadro al óleo, que representaba la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, hecho en Quito. Repartía medicinas a los que se le acercaban y pedían; no recibía remuneración a los que le preguntaban el valor de la receta y de los remedios, y los despedía con expresiones de ternura. Como en aquellos momentos no se presentó ningún enfermo en solicitud de operación quirúrgica, y la fetidez del concurso podía proporcionarnos alguna fiebre tifoidea, de la que seguro no nos libraría el taumaturgo, resolvimos emprender la retirada; pero antes tuvimos la oportunidad de ver a Perdomo que se volvió hacia la imagen que tenía al lado y permaneció como arrobado, con las manos en actitud deprecatoria, la sonrisa candorosa en los labios, la mirada lánguida y amorosa y el todo como nos pintan a los santos en sus éxtasis misteriosos. En el acto cesó como por encanto el murmullo que se oye donde hay muchas personas reunidas de distinta condición y procedencia, y los íntimos del *profeta* recomendaban el mayor silencio mientras pasaba el *deliquio* que ya tenía al santo a punto de levantarse media vara del suelo. No necesitamos más para formar nuestro juicio acerca de aquel hipócrita.

Naturalmente, la novedad del día era Perdomo y sus curaciones maravillosas; si salía a la calle era seguido de numerosa cohorte del pueblo, ávido de contemplar al mortal que triunfaba de la muerte. Los más entusiastas admiradores suyos se dedicaron a llenar la santa misión de catequizar cotudos y buscar a los que tuvieran alguna protuberancia o desperfecto corporal,

a fin de allegarlos al médico prodigioso para que los sanara; y en el furor por ejercer la caridad en la cual los había inflamado aquel hombre, llegaban hasta la indigna blasfemia de compararlo al divino Jesús, cuando recorría la Palestina derramando a manos llenas los beneficios sobre justos y pecadores.

La presión que ejercieron en aquella época las turbas, extraviadas por el engaño en que estaban, se hizo sentir de preferencia sobre el cuerpo de profesores médicos, a los cuales señalaba Perdomo como merecedores de exterminio; y como se atravesaba la hora de las tinieblas para el buen sentido, esos fueron los tiempos escogidos por los ingratos para exhibirse en toda su vileza, insultando y befando a los notables y abnegados médicos, que entre nosotros siempre se han distinguido por la buena voluntad y desinterés con que atienden a los enfermos pobres; llegó a tal extremo la mala situación de aquellos, que no se atrevían a salir a la calle por temor a los ultrajes de que eran víctimas.

Parece increíble, pero es lo cierto que en aquel naufragio del juicio de muchos, los únicos que se salvaron fueron los cretinos o cotudos, quienes emigraron o se escondieron debajo de la tierra, a fin de escapar a la violencia que se hacía sobre ellos para que se dejasen degollar en beneficio de la gloria quirúrgica de Perdomo. Recordamos de un socorrano del cual se podía decir lo que Quevedo respecto a cierta nariz: «Érase un hombre pegado a un coto», quien cargaba monumental apéndice dentro de gran pañuelo blanco, que se ataba a la nuca con el objeto de que lo aliviara del enorme peso que lo hacía inclinar hacia adelante; este hombre se fue a Villavicencio, de donde no volvió sino después de la catástrofe de Sabogal.



De hecho, quedó Perdomo dueño de la situación en la capital. El inteligente y probo Pedro Navas Azuero, que a la sazón era el síndico del Hospital San Juan de Dios, sirvió de intermediario al rector de la Escuela de Medicina para que le brindara las enfermerías de dicho establecimiento, a fin de que exhibiera a la vista de profesores competentes los procedimientos maravillosos que habían llamado tanto la atención, sin que esto implicara la exigencia de que revelara los secretos terapéuticos que poseyera. El farsante halló medio expedito para evadir el compromiso, mediante el cual debía salir airosa la verdad, negando el hecho por la prensa y añadiendo que, ni aun en el caso de que se le hubiera invitado para que se hiciera cargo de aquel hospital, habría podido aceptar la oferta, y *mucho menos bajo la vigilancia de los médicos más afamados en la capital*, porque tenía a su cargo 2.318 enfermos, algunos de gravedad, a todos los cuales recetaba y medicinaba gratis, sin llamamiento de su parte, y, finalmente, que en su casa habitación se le encontraría todos los días, desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche, y allí podrían concurrir los que desearan presenciar las operaciones que ejecutara.

Tenemos, pues, que Perdomo empezó a recetar en Bogotá el 30 de abril, y que el 8 de mayo siguiente, fecha en la cual hizo la citada publicación; que en *nueve días* recetaba ya a la no despreciable cifra de 2.318 enfermos, de manera que a cada cliente correspondían *tres minutos y seis segundos* de las catorce horas diarias que dedicaba al ejercicio de la medicina y cirugía, y esto sin tomar en cuenta el tiempo que le embargaban los continuos *éxtasis* y la inspiración divina que le comunicaba invisible

paloma como al profeta del desierto. Y para que nada faltara en aquel tiempo de humillación y vergüenza, hubo profesores de reconocida ciencia y probidad que hicieron fijar carteles en los que, entre otras cosas, decían que «estaban prontos con el escalpelo en la mano, a la cabecera del enfermo o en el salón de la universidad, a dar las pruebas que se les exigieran de sus conocimientos». El jovial y compasivo doctor Andrés María Pardo, a quien pidieron la firma para ponerla al pie de aquella comunicación, importuna cuando menos, dio la siguiente nobilísima respuesta:

—Yo me reservo para los postres de este carnaval, y entonces me vengaré de las víctimas que nos queden de las curaciones de Perdomo, prestándoles gratis mis servicios como médico, y repitiéndoles, como el Salvador en la cruz: «Perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen».

La creciente prosperidad del *profeta* durante los pocos días que llevaba de permanencia en esta ciudad, el deseo de dar la última mano a su obra, y probablemente, las exigencias de sus admiradores, que deseaban verle practicar una operación de alta cirugía, puesto que hasta entonces no le habían visto hacer otras cosas que las de extraer muelas, poner sedales y sacar tumores subcutáneos de ninguna importancia, influyó para que los más adictos a Perdomo lograran encontrar la víctima inocente que debía pagar por todos y poner término en Bogotá a las supercherías de aquel hombre.

Vivía en las inmediaciones del pueblo de Chipaque un mozo, robusto y campesino, llamado Tomás Sabogal, quien venía casi todas las semanas a la plaza del mercado de Bogotá, a vender los productos de su labranza. Este desdichado tenía

un apéndice o tumor que le colgaba del hombro derecho y le llegaba a la cintura, de la misma apariencia, en la forma, al nido colgante que construyen los pájaros que llaman *mochileros* en los altos árboles, pero como el cuerpo sobrante no le era extraño, porque le acompañaba desde que vino al mundo, y además no le causaba la más ligera molestia, el campesino vivía contento con él y, para que no le estorbara en sus movimientos, lo cargaba dentro de una mochila, junto con sus cigarros, el fiambre, el dinero y los demás efectos que llevaba consigo.

Sabogal fue, naturalmente, el primero a quien echaron el ojo para que Perdomo se luciera con la operación, en apariencia insignificante, de cortarle el tumor; pero como no lo hallaron en el mercado, los secuaces del médico prodigioso hicieron viaje a la estancia del campesino y lo persuadieron a que viniera y permitiera hacerle la operación, en beneficio propio y para confusión de los médicos enemigos del *doctor*.

En un periódico decididamente partidario de Perdomo se leían las siguientes significativas líneas, el sábado 11 de mayo:

*Aquí está ya el hombre respecto al cual aseguran los médicos que morirá si le cortan el gran tumor que tiene desde la niñez; pronto se le hará la tan temida operación, y ya veremos qué dirán entonces los incrédulos.*

La entrada de Sabogal a la casa de la cual no había de salir vivo, produjo gran entusiasmo entre la multitud, que lo asediaba a todas horas. «¡Viva Perdomo!», «¡viva Sabogal!», «¡abajo los médicos!», «¡abajo el hospital!», eran las frases que atronaban la calle.

El compromiso de Perdomo era ineludible. Un médico medianamente honrado habría declarado con franqueza que no había motivo suficiente para comprometer la vida de Sabogal al hacerle la operación, que, cuando menos, carecía de objeto; pero aquel desalmado no creyó que debía trepidar ante la enormidad que le exigían, o era tan ignorante que no sabía que iba a cometer un homicidio, y ya que podía más en él la estúpida vanidad que el talante confiado y risueño de la víctima, debió, al menos por acatar los sentimientos de caridad de que tanto alardeaba, aplazar la operación para mejor oportunidad.

Un hombre vestido de levita se asomó a uno de los balcones de la casa y anunció que «ya iba a cortar el doctor». Instantáneo silencio guardó la apiñada multitud, y pocos segundos después apareció Perdomo en otro balcón, conduciendo abrazado a Sabogal, pálido como un cadáver.

—¡Véanlo! —gritó Perdomo con inaudito cinismo, y se volvió a entrar con el desgraciado rústico.

En la calle llegó el entusiasmo hasta el frenesí; arrojaban al aire los sombreros, palmoteaban y se abrazaban de júbilo, y esa zambra creció de punto al asomar en la puerta de la casa un hombre del pueblo que conducía, pendiente de un asta, el tumor cortado a Sabogal.

—¡Vamos a mostrarlo a los médicos! —exclamó el que conducía aquella deformidad.

Y sin más razones emprendieron marcha triunfal en dirección a la Plaza de Bolívar, gritando: «¡Viva Perdomo!», «¡mue-  
ran los médicos!»». Nos parecía presenciar algo como la infame acción del populacho de París cuando paseó por las calles la cabeza de la infortunada princesa de Lamballe.

La asquerosa comitiva continuó su extravagante peregrinación por la Calle Real, y, al pasar por el atrio de Santo Domingo, se detuvo frente a la botica del doctor Antonio Vargas Reyes, quien se hallaba en esos momentos en la puerta. El que llevaba la repugnante prenda la aproximó con insolencia a la cara del doctor Vargas, diciéndole con aire de triunfo:

—¿Qué le parece?

—Buena operación, si vive el paciente —contestó el digno profesor.

La turba continuó su marcha victoriosa. Entró al despacho de la Gobernación de Cundinamarca, donde se hallaba solo don Roque Morales, oficial mayor; materialmente debajo de la nariz, y sobre los papeles que tenía en su escritorio, le pusieron de presente la lonja de carne y grasa humana, que no destilaba ámbar... Continuó el paseo por los diferentes barrios de la ciudad, divulgando el nuevo prodigio llevado a término por el *gran Perdomo*, y apostrofando a los «¡ladrones médicos y a los bestias que creían en ellos!». Devolvieron el tumor al que lo había cortado y se retiraron, dándose cita para el día siguiente, a fin de hacer ruidosa manifestación en favor de su ídolo.

Lluviosa se presentó la mañana del domingo 13 de mayo, lo que no fue inconveniente para que ricos y pobres, nobles y plebeyos concurrieran a las iglesias con el objeto de presenciar los oficios religiosos. En las puertas de los templos se veían grupos de personas en cuyos semblantes se notaban las expresiones de sorpresa, estupor, duda e indignación. No era para menos la noticia que circulaba.

Se decía que a Sabogal lo había apuñalado el sirviente del doctor Antonio Vargas Reyes, quien, a su turno, había

envenenado al sirviente con una copa de *vino de Jerez* y lo había enviado a morir al Hospital de San Juan de Dios, en donde tenían oculto al difunto; que el móvil de este doble crimen era el despecho causado en los médicos por la curación asombrosa de Sabogal, y que, en prueba de ello, el doctor Vargas Reyes había asegurado en la tarde anterior que aquel ¡moriría...!

No se necesitó de más para que en breves instantes se formara un grupo de gente atrevida e inconsciente, resuelta a emprenderlo todo, fundada en que nada tenía que perder, amparada por el anónimo y alentada por las expresiones de hipócrita condolencia de Perdomo respecto de Sabogal, y de venganza con relación a los asesinos feroces de aquel infeliz, estos es, los médicos, a quienes con inaudito descaro y malicia achacaba la muerte de la cual él era el único responsable ante Dios y los hombres.

El populacho, azuzado por agentes inmediatos de Perdomo, se lanzó a las casas de habitación de los médicos, escogiendo en su frenesí al eminente Vargas Reyes, a quien habrían sacrificado sin el auxilio que oportunamente llevaron el general Julio Barriga, gobernador de Cundinamarca, y su secretario general, señor Lorenzo Lleras Triana; luego se encaminaron los alborotadores al Hospital de San Juan de Dios, en donde los estudiantes de la Escuela de Medicina se defendieron con revólver en mano; el resto del día 12 estuvo la ciudad a merced de aquellas turbas desenfrenadas y amenazantes, y la Guardia Colombiana, acuartelada en previsión de que surgiera algún conflicto que hiciera necesario el empleo de la fuerza.

El cadáver de Sabogal lo llevó la Policía al hospital, con el objeto de hacerle la autopsia y esclarecer los hechos relativos a

su muerte; pero como de esta operación debía resultar la verdad de lo ocurrido, Perdomo se negó obstinadamente a ir a dicho edificio, pretextando que lo asesinarían los estudiantes de Medicina, instigados por el doctor Vargas Reyes. Fue en vano que el doctor Joaquín Martínez Escobar, alcalde de Bogotá, ofreciera al charlatán cuantas garantías deseara a fin de que fuera a hacer el reconocimiento del muerto; y como Perdomo viera que el alcalde no disponía en esos momentos de fuerza material para hacerse obedecer, se asomó a una de las ventanas del despacho de la Alcaldía, y dirigiéndose al populacho que rodeaba el edificio, dijo unas cuantas sandeces en defensa de su proceder, y terminó declarándose «¡enviado de Jesucristo para hacer el bien de la humanidad...!»». En estos momentos pasaba por la acera norte de la plaza el joven Antonio Vargas Villegas, hijo del doctor Vargas Reyes, y al verlo lo atacaron a pedradas los secuaces de Perdomo, sin duda para demostrar el modo como este les había enseñado a practicar *el bien de la humanidad*.

Como era urgente hacer algo con el cuerpo del desgraciado Sabogal, el alcalde, Martínez Escobar, nombró a los respetables médicos doctores Lucio Dávoren y Joaquín Sarmiento para que hicieran la autopsia; pero como estos se excusaran de prestar el servicio que se les exigía, fueron reemplazados con los jóvenes profesores caucanos Abraham Aparicio y Policarpo Pizarro, quienes, por sus conocimientos y reconocida probidad, daban garantías, aun a los más apasionados, de que expondrían la verdad sin rodeos respecto a la causa eficiente de la muerte del labriego, y lo que hubiera de cierto en la aseveración de Perdomo acerca del asesinato de su cliente.

Aceptado el cargo por aquellos caballeros, lograron convencer al doctor Rafael Rocha Castilla a fin de que los acompañara a ejecutar la autopsia, de la cual debía resultar la prueba irrecusable de la bellaquería o de la inocencia de Perdomo. Conviniere en que el doctor Rocha Castilla practicaría la disección en el anfiteatro anatómico del Hospital de San Juan de Dios, a la vista de todos los circunstantes, entre los cuales recordamos a los doctores Manuel María Madiedo y Ricardo de la Parra, amigos de Perdomo.

En presencia del cadáver desnudo de Sabogal, colocado sobre la mesa de disección, el distinguido profesor Rocha Castilla hizo la siguiente exposición, con voz y acento de serena verdad, que no fue contradicha:

—Es tal la situación de la herida, que si Sabogal la recibió cuando vivía, el cuchillo ha tenido que introducirse en el pulmón derecho después de atravesar la pared torácica.

«Si, por el contrario, Sabogal estaba muerto cuando le introdujeron el cuchillo, debemos encontrar ileso el pulmón derecho, porque este órgano se contrae en el último movimiento de espiración, que es el postrero de la vida, y deja libre una extensión más o menos considerable de la parte inferior de la cavidad de la pleura; precisamente toda esta parte que el arma ha debido recorrer después de haber atravesado la pared costal y las inserciones del diafragma».

Hecha la autopsia de Sabogal se obtuvo la demostración científica y evidente de que la muerte de este hombre tuvo por única causa la hemorragia producida al operarle, sin ninguna precaución ni previo ligamento, la arteria humeral y varias venas que alimentaban el tumor o apéndice que en vida tenía



el difunto suspendido debajo del hombro derecho, y en cuya herida o lugar por donde se hizo el corte se notaban rastros de solución de ácido sulfúrico, aplicado probablemente con el objeto de contener la hemorragia. El cuerpo estaba completamente exangüe; los labios de la herida que tenía al lado del pecho, por donde le introdujeron el puñal, no tenían el color violado que se nota en los que mueren por consecuencia de una herida; no había derrame sanguíneo en la pleura; el corazón y los pulmones no presentaban la más ligera lesión y, antes bien, daban señales de que funcionaron con regularidad hasta el último instante de la vida de su dueño.

Quedó, pues, perfectamente establecido que Perdomo ignoraba que no se deben cortar arterias ni venas a un vivo, sin previo ligamento; que no sabía que, al morir un animal, se recoge el pulmón sobre sí mismo, como sucede a un fuelle cuando le falta el aire que contiene; que el secreto del poderoso *hemostático* era una farsa, puesto que Perdomo hizo uso de uno de los más eficaces remedios que se conocen en la medicina para contener la hemorragia, pero nunca suficiente para dominar la sangre que se escapa por las arterias y venas mayores; que si en esa vez, en la que estaban comprometidas su reputación y la vida de un hombre, no aplicó su *heroico* y *prodigioso* remedio fue porque, o no lo poseía, o era un embuste el poder que le atribuía; que no tenía ni los más ligeros y comunes rudimentos anatómicos, y, finalmente, ¡que no supo ni *matar a un muerto!*

Vencido el doctor de la Parra por el cumplimiento del diagnóstico del doctor Rocha Castilla, confirmado por el resultado de la autopsia, no pudo menos de exclamar, con candoroso acento: «En esta vez falló el *hemostático* de Perdomo...».

Pero a los fanáticos y *parciales* del *profeta* no les entraron razones, y hasta hoy día hay algunos que sostienen que su héroe era un portento extraordinario, y que la envidia y mala voluntad de los médicos fueron el escollo invencible para que difundiera y pusiera en práctica los maravillosos secretos que arrancó a la naturaleza.

De algunas frases que se escaparon al sirviente de Perdomo, y de los hechos que tuvieron lugar en la casa de este ante varios testigos, se dedujo, con bastante probabilidad de acierto, que, después que cortó de un tajo el cordón formado de la piel, las venas y arterias del cual pendía el tumor de Sabogal, aplicó en la herida una esponja empapada en solución de ácido sulfúrico, a fin de contener la abundante hemorragia que se siguió a la operación; luego que asomó a la víctima a uno de los balcones, para saciar la curiosidad del público, la condujo al lecho que tenía de antemano preparado en una de las piezas de la casa. Parece que le hizo algunas aplicaciones con el objeto de contener la sangre de la herida, que brotaba a torrentes, aunque sin éxito, y que, al fin, expiró aquel infeliz poco tiempo después de la operación. En presencia de la aterradora realidad concibió el torpe plan de suponer el asesinato de su víctima por el sirviente del doctor Vargas Reyes, en vez de confesar con franqueza que había hecho una barbaridad. De manera que, después de cometer un verdadero homicidio, tenía ese hombre la avilantez de imputárselo a un inocente, a quien ni aún conocía de vista; y lo que era más monstruoso, si cabe: inventaba otro crimen para achacarlo al mismo, con el objeto de aparecer como víctima del odio e insidia de los médicos, quienes, en concepto de aquel, no retrocederían ante

ninguna acción que contribuyera a desprestigiarlo a él, ¡tan caritativo y buen cristiano!

El Poder Judicial tomó cartas en el asunto; pero todo se redujo a recibir declaraciones e informes de unos y otros, sin que de tales diligencias se llegara a ningún resultado práctico, porque no empezaron por el principio, es decir, poniendo la mano al embaucador, a fin de seguirle el correspondiente sumario, pues para ello había dado motivos más que suficientes; todo se volvió enredo y declamaciones. Aún recordamos al ilustrado cuanto visionario doctor Ricardo de la Parra, quien fue uno de los informantes partidarios de Perdomo: «Dos hechos culminantes —dijo—, dominan la época que alcanzamos: el anonadamiento de Francia, llevado a término por el ejército alemán compuesto de sabios, y la trascendental revolución que causarán en la medicina los portentosos descubrimientos del sabio Perdomo...».

Gran expectativa hubo al día siguiente en la ciudad, porque se creía, con fundamento, que era llegado el tiempo del desenlace de aquel melodrama, y era de esperarse que Perdomo haría algo para salir del mal paso en que se había acochado; pero, con gran sorpresa de todos, se abstuvo de hacer otra manifestación que mandar fijar, en los sitios más concurridos de Bogotá, el siguiente impreso:

*Al pueblo y a las autoridades civiles:*

*Personas respetables y caracterizadas se me han acercado a avisarme que el señor doctor Antonio Vargas Reyes ha hecho armar a todos los estudiantes de Medicina con el objeto de asesinarme cuando yo entre en el hospital. Como este hecho,*

*caso de ser cierto, podrá ocasionar un conflicto grave, he  
resuelto abstenerme de concurrir al hospital.*

*El reconocimiento del cadáver lo puedo hacer en la Plaza de  
Bolívar, o en un local en que mis enemigos no puedan obrar  
impunemente.*

*Nada temo, pero quiero evitar una conmoción popular.*

*Bogotá, 13 de mayo de 1872*

*Miguel Perdomo Neira*

Ofenderíamos al sentido común de nuestros lectores si hiciéramos el más ligero comentario sobre la pieza que dejamos reproducida.

Perdomo permaneció en su casa, aparentemente tranquilo; pero, en realidad, temeroso de que lo aprehendiera la justicia, en previsión de lo cual destacó espías para llevar a buen término el golpe teatral con que debía despedirse de los bogotanos.

El lunes siguiente, después de mediodía, se presentó a caballo nuestro hombre en la Plaza de Bolívar, en medio de unos cuarenta jinetes campesinos, armados hasta los dientes y en actitud de provocación; como nadie se metiera con ellos, continuaron su camino hasta la esquina del Palacio de San Carlos, donde se detuvieron breves instantes. Alguien dijo que iba Perdomo a ver al presidente de la República con el objeto de arreglar las cosas de *potencia a potencia*. De allí siguieron hasta la esquina de la casa del noviciado de la Hermandad de la Caridad, para continuar en confuso tropel calle abajo, hasta el hoy puente de Núñez, de donde emprendieron marcha en fuga precipitada, pasando por la plazuela de San Victorino y tomando

por el camellón de occidente, hasta llegar a la hacienda del Riachuelo, donde plantó sus reales el charlatán, a inmediaciones del Serrezuela.

A los que lean las líneas que preceden les parecerá increíble que la capital de Colombia, asiento de los poderes federales, del gobierno del Estado soberano de Cundinamarca, de las autoridades del Municipio y del Congreso de la Nación, que se hallaba reunido, tuvieran lugar los escándalos y atrocidades que dejamos referidos. La ciudad se sintió humillada y vilipendiada por las turbas desenfrenadas, puestas al servicio de un aventurero vulgar, y los buenos ciudadanos se vieron expuestos a todo género de atropellos, sin que los encargados de velar por el orden se dieran cuenta exacta de lo que ocurría. A esto y mucho más abrían campo las libérrimas instituciones que nos regían. En efecto, todos estaban en *su derecho*; Perdomo, para recetar y hacer cuartos al que lo solicitara; sus secuaces, para llevar armas consigo y amenazar e insultar a quien a bien tuvieran, y la gente pacífica e inofensiva, ¡para sufrir con paciencia las adversidades y flaquezas de los prójimos!

El Gobierno general no intervino, porque no debía mezclarse en los asuntos interiores de los Estados; el Gobierno de Cundinamarca era impotente para dominar la situación, a pesar de los esfuerzos que hizo el gobernador, señor Julio Barriga, y el Municipio carecía de fuerza para hacerse obedecer. Mientras tanto, Bogotá sufría las consecuencias de la indolencia e incuria de todos. Y cuando ya Perdomo iba de San Victorino para abajo se presentó un batallón en la Plaza de Bolívar para impresionar al fugitivo, a quien nadie fue a inquietar en su nueva residencia.

Los inmediatamente perjudicados con aquella aventura, los que cometieron la imprudencia de confiar el precioso bien de la salud a la impericia de aquel empírico ignorante, quedaron sumidos en la mayor consternación, porque no sabían qué hacer ni a quién dirigirse después para que les remediara el mal causado con los ignorados medicamentos que tomaron con fe inquebrantable. Felizmente para aquellos incautos, los médicos cumplieron con la oferta del doctor Pardo, y tomaron la revancha recetando de balde a los muchos que Perdomo dejó realmente enfermos con las barbaridades a que se sometieron, sin meditar en la gravedad de las consecuencias.

\*\*\*

Veraneábamos en Serrezuela cuando llegó el médico prodigioso a la hacienda del Riachuelo. Apenas se tuvo conocimiento de este hecho, empezaron a llegar enfermos de todas partes y a instalarse en toldas, barracas, o en donde podían, en la manga situada al frente de la casa. Era este el lugar designado para el presunto hospital, que presentaba el aspecto de campamento militar o, mejor dicho, ambulancia de sanidad. En aquella localidad creyó Perdomo que podría arreglar sus asuntos y orientarse de los sucesos que debían ocurrir después de su fuga de la capital; pero como ese aventurero no trepidaba ante ninguna farsa, propaló la noticia de que el gobernador de Cundinamarca iba a abrir campaña contra él, para precaverse de la cual vivía con el ojo abierto y en tren de guerra. Al efecto colocó centinelas avanzados en Puente Grande, El Cerrito, Mosquera y Puerta de Zipaquirá para que lo previnieran de cualquier peligro, siendo

lo mejor de este nuevo enredo que encontraba majaderos que se prestaban *gratis et amore* a servirle de espías. Con uno de estos nos encontramos en Puente Grande, quien nos interpeló y conjuró a que le dijéramos *cuánta gente* venía y dónde la habíamos dejado. Lo sacamos del error y del susto asegurándole que no había tal, y este incidente nos valió la ocasión de ver al gran Perdomo en medio de sus clientes, de su guardia de honor y en ejercicio de su arte de medicinar, porque el espía nos nombró ante su jefe en abono de lo que le habíamos dicho.

Ya se sabe la importancia que tiene la celebración de los oficios divinos en las poblaciones que se hacen notar por sus creencias religiosas, y Serrezuela, hoy Madrid, se ha distinguido de tiempo atrás por su adhesión al catolicismo; naturalmente, fuimos a misa allí con nuestra familia. En la puerta del templo estaba el bondadoso y sencillo párroco, revestido con capa magna y acompañado de los acólitos con la caldereta llena de agua bendita; después de algunos minutos se acercó el sacristán y dijo al cura estas dos palabras: «Ya viene».

En efecto, se sentía tropel de jinetes y se veía la polvareda que levantaban al acercarse; llegaron a la mitad de la plaza, y uno, que venía en medio y parecía ser el jefe del pelotón, salió del centro e hizo destacar a varios hombres por distintas direcciones, con la arrogancia de un general que, al frente de poderoso y disciplinado ejército, ordena la ejecución de meditado plan de batalla. El grupo se aproximó a la casa cural, en cuyo gran patio dejaron encerrados los caballos, y se dirigieron a la iglesia; adelante marchaba airoso, en medio de este aparato militar, nuestro antiguo conocido Perdomo, con el mismo traje que vestía cuando entró en Bogotá, pero aumentado con un

gran puñal, que llevaba con ostentación. Los que le acompañaban también iban armados, y así se acercaron al templo, tocaron el agua bendita que en el hisopo les ofreció el cura, y ocuparon puesto en el recinto; pero al jefe o *gran Caimacán* lo condujeron al presbiterio, donde le tenían preparado asiento de distinción.

En aquel día tocaba hacer la renovación del Santísimo, y después de leído el evangelio de la misa, el sacerdote se volvió hacia los fieles y les dirigió la palabra, diciéndoles que el insigne cuanto buen católico *señor doctor* don Miguel Perdomo Neira le había ofrecido costear un solemne triduo de cuarenta horas, precedido del conveniente retiro espiritual; que esperaba la concurrencia de todo el vecindario a dichas funciones, como una prueba de gratitud respecto al magnánimo huésped que tanto se interesaba por la salud de las almas, inaugurando así entre ellos buen éxito de su misión de caridad, de la cual se hallaba investido por permisión del Altísimo, y, finalmente, que no olvidaran dar fervientes gracias a la Majestad Divina por la bondad infinita con que atendía a sus criaturas al suscitar, de tarde en tarde, como en la hora presente, un nuevo *Mesías* que *jatestiguaba su misión con repetidos portentos!*

Y el *señor doctor* don Miguel Perdomo Neira soportó sin pestañear el panegírico que acababa de leerse; enseguida recorrió la procesión el templo, llevando al Santísimo debajo de palio, conducido por los secuaces del cínico charlatán, ¡a quien se le discernió el honor de entregarle el guión para que marchara a la cabeza!

Después de la función religiosa pasamos a la casa cural, en donde fuimos presentados al famoso médico. Este nos dispensó un saludo lleno de afectada gravedad y llevó la dignación hasta



manifestarnos que ya había llegado a sus oídos nuestro humilde nombre, probablemente cuando el espía de Puente Grande se refirió a nosotros, al asegurarle que nada debía temer por estos lados; nos ofreció su asistencia médica y nos recomendó mucha cautela con los médicos. No había duda de que estos eran su constante pesadilla.

A la posada en que vivíamos llegaron dos antiguos conocidos con el objeto de hacerse recetar por el médico estupendo. Eran ambos dos robustos y arrogantes campesinos acomodados, que podían vender por toneladas la salud que tenían de sobra, y eran capaces de rivalizar con Milón de Crotona en aquello de matar a un toro de una puñalada y comérselo asado enseguida. Pero don Toribio Mogrobejo Fetecua y nuestro compadre Cirilo Callejas, que así se llamaban los dos huéspedes, habían resuelto de común acuerdo que estaban enfermos y debían consignarse a ojos cerrados en manos de Perdomo. Inútiles fueron todas las reflexiones que les hicimos para que desistieran de su intento, en vista de lo cual resolvimos acompañarlos y aprovechar la ocasión que se nos presentaba de ver maniobrar al prestidigitador.

Fuimos a la casa cural, en la que aún permanecía Perdomo, quien, impuesto de los deseos de los dos campesinos, les dijo que fueran al día siguiente al Riachuelo para examinarlos, porque él no recetaba en los *días de fiesta*. El lunes, temprano, nos presentamos en la residencia del médico maravilloso, a quien vimos, paseándose en los corredores de la casa, en ademán de profunda meditación; nos hicieron desmontar en una de las corralizas, y el atalaya que estaba allí nos permitió la entrada. Al vernos el *doctor* se tocó el ala del sombrero; pero al

reconocernos se acercó a la barandilla inmediata, donde permanecimos del lado exterior, y, sin invitarnos a seguir adelante, entabló el siguiente diálogo:

—¿Cómo se llama mi caballero?

—Pues yo, Toribio Mogrobejo Fetecua.

—¿Qué padece?

—Que, después que ceno y me acuesto, me quedo dormido y ronco hasta que me despierto.

—Usted tiene *pasmada la tráquea*, y debe tomar la *chispa eléctrica* —le dijo Perdomo, al mismo tiempo que le oprimía el pecho con el puño cerrado.

—¿Y usted qué tiene, señor don Cirilo? —pues me parece que ya se conocían.

—A mí me sucede con frecuencia que, después que como *harto*, me siento cansado, y si monto me da dolor de a caballo.

—Debe tomar el *toro* para que le desagüe el hígado. Vengan mañana temprano en ayunas.

Volvimos a la posada, donde habilitamos las vasijas del posadero, que tenía establecida la industria de jabonería y velas, para recoger en ellas los *detritus* del compadre Cirilo, porque habíamos oído decir que los efectos del medicamento recetado eran furiosos.

Muy de mañana llegamos a la hacienda. Al inquirir por Perdomo, nos contestó un sirviente que en esos momentos estaba el señor *doctor* en oración mental; pero que esperáramos al lado de afuera de los corredores. Algún tiempo después apareció la esposa del que íbamos a buscar conduciendo cuatro grandes frascos de boca ancha, que contenían polvos blancos y amarillentos y, un líquido de color de agua turbia, todo lo

cual puso sobre una mesita arrimada a la barandilla y en una cuchara de metal blanco y cabo ancho; enseguida se presentó Perdomo limpiándose la boca con un limpiadientes de oro, lo que nos hizo comprender que a la oración siguió el desayuno. ¡No sabíamos en qué berenjenal estábamos metidos!

Todo fue saberse en el inmediato campamento que el *doctor* estaba presente, y caernos encima un alud de más de quinientos enfermos andrajosos y mugrientos; al verlos, Perdomo los apostrofó en términos vulgares y groseros para que se retiraran e hicieran silencio, obtenido el cual, gritó:

—¡A ver, los del *toro*!

En el acto empezaron a aproximarse a los antepechos aquellos a quienes había recetado la dicha medicina; sacaban la lengua en la misma actitud de los que van a comulgar y el taumaturgo les introducía en la boca el polvo que alcanzaba a recoger en el cabo de la cuchara. Despachados los del *toro*, llegaba el turno a los del *trueno*, enseguida, a los de la *chispa eléctrica*, y, por último, a los del *calmante*. Como el compadre Cirilo llevaba ya entre pecho y espalda el *toro*, este era un vomitivo, según se conjeturó, de tártaro emético, suministrado en alta dosis, montó en su caballo y tomó el trote hacia la posada en donde se le habían preparado los útiles indispensables para el buen desempeño de la función que nos iba a dar.

Al acercarse Perdomo a Mogrobejo, este sacó medio palmo de lengua, en la cual le depositó aquel un polvo blancuzco que, al tragarlo, le supo muy amargo. Volvimos a tomar nuestros caballos; pero al tratar Fetecua de poner pie en el estribo, sintió tal sacudida que poco le faltó para dar en tierra. Asustado el campesino con este accidente, exclamó, acongojado:

—¡Santo Dios! ¿Qué será esto?

—Nada, don Toribio —le contestamos—; trate de montar y encaminémonos a la posada.

Hizo otro esfuerzo para montar, aunque sin lograrlo, porque se sentía envarado y tembloroso, con la respiración anhelosa, los ojos fijos, rígidas las extremidades y las manos crispadas; en una palabra: sufría las mismas convulsiones que los perros cuando han tragado mortal bocado.

Como no podíamos permanecer en ese lugar, y era indispensable llegar cuanto antes a la posada para tender en su lecho al enfermo, rogamos a los que estaban allí nos ayudaran a subir sobre el caballo a don Toribio, y que un robusto mozo se le montara en ancas, a fin de sujetarlo, porque el campesino temblaba y brincaba lo mismo que los que sufren perlesia o tétanos.

Al pasar por en medio del campamento de enfermos nos parecía hallarnos en la batalla de Waterloo, tal era el fragor y tronamenta producidos por los que en esos momentos estaban bajo la influencia del *toro* y el *trueno*. Con gran esfuerzo logramos bajar del caballo a Fetecua y acostarlo sobre un colchón tendido en el suelo para que brincara y se sacudiera a su gusto.

Pero apenas estábamos en el prólogo de la obra.

El compadre Cirilo era presa del más furibundo vomitivo purgante, sin que dieran abasto todos los enseres de la jabonería para recibir lo que arrojaba, ni fueran suficientes las canales o cauces de aquel *orejón* para que saliera sin estrépito la rezagada avalancha, que, cual lava del volcán en erupción, le subía del estómago, buscando salida por la boca y las narices

de este desdichado; y como las diversas situaciones de la vida se repiten, nuestros dos campesinos maldecían, como Sancho, de Perdomo y del que en hora menguada les aconsejó que ocurrieran por ese camino en busca de remedios desconocidos para curarse enfermedades imaginarias.

Ya el sol declinaba y el par de campesinos continuaba: el uno, haciendo contorsiones, y el otro en tren de arrojar las tripas, sin que pudiéramos hacer otra cosa que increparles su *bestialidad*; y como temíamos que murieran sin saber qué hacerles, enviamos a decirle al que era causa de aquel percance el estado de los enfermos. Perdomo contestó con grande indiferencia que ya les pasaría el efecto de los medicamentos, y que al día siguiente fueran para suministrarles el *calmante*.

Después de noche agitada y sacando fuerzas de flaqueza, volvieron nuestros dos amigos al Riachuelo en busca del suspirado remedio ofrecido; pero se les informó que el *doctor* se había ido para Zipacón, en busca de *hierbas misteriosas*, a fin de reponer las que decía se le habían acabado, de manera que los enfermos se quedaron esperando en ese día el medicamento que debía poner término a los sufrimientos reales que les ocasionó la medicación del hombre prodigioso; y para que la burla fuera completa, se supo por la noche que el charlatán había tomado la vía de Tenjo, con dirección al norte, dizque para salvarse de la persecución del Gobierno. Dejamos a la consideración del lector el desconsuelo que se apoderaría de los centenares de enfermos que quedaron tirados en la mitad de un llano sin saber adónde ir ni qué hacer para neutralizar los efectos de las drogas que habían tomado con fe ciega.

No fue menos perniciosa la permanencia de Perdomo en Serrezuela de lo que había sido en otras partes. A los enfermos que operó sacándoles lobanillos o tumores grasosos no les fue mal; pero cuando hizo operaciones de alguna gravedad, tuvieron resultados funestos.

Y este procedimiento de aquel hombre era el mismo en todas partes. Se ganaba la voluntad de los párrocos con promesas de costear funciones religiosas o reparar iglesias; pero cuando llegaba el tiempo de cumplir la oferta se zafaba del compromiso con cualquier pretexto.

A nuestros dos campesinos se les quitaron las ganas de volver a buscar aventuras médicas, y tuvieron que ocurrir a un distinguido profesor para que los curara de las consecuencias de la curación de Perdomo, lo que consiguieron después de seis meses de asidua medicación.

—Compadre —nos dijo en una ocasión don Cirilo—, qué cierto es que más vale «¡malo conocido que bueno por conocer!».

—Así es el mundo.

Guasca fue la población escogida por Perdomo para continuar sus aventuras. Allí no ofreció costear funciones religiosas, sino la edificación de la torre de la iglesia. El cura creyó en la oferta y envió a Bogotá por el arquitecto Francisco Olaya y el constructor Fidel Pinzón, quienes trabajaban en la obra del Capitolio, para que se hicieran cargo de levantar la torre proyectada. Ya estaba todo preparado para dar principio a los trabajos, y el campamento cuajado de centenares de enfermos, que acudían de los cuatro puntos cardinales, cuando el bribón del *doctor* se presentó una bella mañana, en ademán bélico, resuelto a matar al sirviente que lo acompañaba, con

el pretexto de que era un traidor y, además, le había robado su famoso caballo tordo. Al ver y creer los vecinos que el hombre pretendía cometer un asesinato trataron de apaciguarlo, visto lo cual por Perdomo se les encaró y los insultó en los términos más groseros; y sin más explicaciones tomó el portante por la vía de Boyacá, de donde siguió para Santander, repitiendo las mismas comedias y dejando por dondequiera que pasaba un pavoroso rastro de enfermos abandonados, que debían volver a los médicos para que los recetaran; no hay duda de que aquel hipócrita profesaba el principio de los mozos de mulas que dice: «El que viene atrás, que arree».

Un respetable sacerdote, que después fue obispo, era sincero partidario de Perdomo, y como alguien increpara en presencia de aquel los procedimientos quirúrgicos de este, le contestó, con admirable candidez:

—Los imprudentes amigos de Perdomo tienen la culpa de los desaciertos que él pueda hacer, porque lo han comprometido a que extraiga cotos, cuando en lo que es infalible es en sacar *cotas*...

Perdomo concibió el proyecto de llevar al Partido Conservador a remolque del *anestésico* y *hemostático* que cargaba en la alforjas; al efecto depositó en el Banco de Bogotá cinco mil pesos a la orden de un distinguido caballero, quien a su vez traspasó el dinero a otro copartidario, para dedicarlo a la compra de armamento; pero probablemente se dificultaría la operación, o se presentaría algún inconveniente para llevarla a cabo. El hecho fue que, por causas que ignoramos, el último depositario dio a guardar el dinero a un tercero, que se alzó con él, al mismo tiempo que publicó una hoja volante en la que abjuró de las opiniones conservadoras, alegando,

entre otras razones, que los partidarios de estas no respetaban la propiedad.

En Venezuela quiso repetir las mismas escenas que había representado en el Ecuador y en Colombia; pero el *Ilustre americano* no entendía de esas burlas, y le hizo advertir que, si inquietaba a los *llaneros*, lo graduaría de médico doctor en la Universidad de las bóvedas de la Guaira. Perdomo no se hizo repetir la notificación y desocupó el campo, dirigiéndose al Istmo y de allí a Guayaquil. Tenía resuelto continuar el oficio entre los indígenas de Bolivia; pero las *viruelas negras* dieron con él en la fosa. Alguien, en mala hora, propaló la noticia de que la muerte y el entierro del taumaturgo eran puras farsas, lo que fue suficiente para que, sin tener en cuenta las consecuencias, exhumaran el cadáver de Perdomo, después de tres días de enterrado. Los guayaquileños tuvieron la satisfacción de persuadirse de que aquel estaba bien muerto, podrido y sin peligro de que resucitara hasta el día del Juicio Final, pero a costa de la terrible epidemia, que se recrudeció con la imprudencia cometida sin las precauciones necesarias y diezmó la población. De manera que de nuestro paisano Perdomo se pudo decir lo que la Historia refiere del Cid Campeador: «Que mató más moros después de muerto que cuando vivía».

Pero, ¿quién era Perdomo? ¿Hacía curaciones? ¿Era hábil cirujano? ¿Poseía algunos secretos?

Contestaremos por partes.

Como todos los charlatanes o empíricos, Perdomo aprendió a explotar a las masas populares e ignorantes aprovechando las creencias religiosas de las comarcas que recorría y propalando la idea de que poseía sustancias medicinales que, a ser ciertas las



propiedades que les atribuía, habrían causado gran revolución en el mundo científico. Cada cual tiene algo de médico, poeta y loco, y todo *quidam* que tenga la manía de recetar matará a muchos, pero a otros les dará la salud; pues si a un asno que sopló la flauta le sonó por casualidad, ¿cómo no ha de suceder lo propio a un hombre, que es más que el asno? Manejaba el cuchillo con la habilidad de un mayordomo de las haciendas en tierras calientes, donde la necesidad hace ley y las bestias no pueden dar cuenta del resultado favorable o adverso de las operaciones quirúrgicas que en ellas se hagan; y respecto a los secretos que poseía, bastará que se sepa que, desde antes de llegar a Bogotá, hizo comprar por tercera mano todo el *tártaro emético* que había en la botica de Medina Hermanos, droga que bautizaba con el nombre de *toro*. En otras droguerías se proveyó, en grandes cantidades, de calomel, para el *trueno*; nuez vómica, para la *chispa eléctrica*, y bromuro de potasio, para el *calmante*. *Voilà tout!*

Y como todo propagandista no deja de tener discípulos que aspiran a la sucesión del maestro, Perdomo tuvo imitadores, que se diseminaron por los pueblos con el fin de ganar la vida ejerciendo la medicina que le vieron practicar. Villeta fue el teatro escogido por un talabartero, cuyo nombre no hace al caso, para sentar plaza de médico. La casualidad hizo que ocurriéramos donde el artesano, con el objeto de que remendara los bastos deteriorados de nuestra montura; pero se excusó de prestarnos ese servicios, dándonos por razón que los numerosos enfermos que tenía a su cargo dentro y fuera de la población no le permitían atender a nuestra solicitud. Lo felicitamos por la buena fortuna con que bogaba y le preguntamos cuál

era la enfermedad reinante en el distrito, a lo que nos contestó que había muchas calenturas, y que, entre los hombres, se había desarrollado la *fiebre puerperal*, de la cual estaba muy grave *un calentanito*...

El prestigio de lo maravilloso que se atribuía a Perdomo subió de las masas populares a las capas superiores de la sociedad, y estas se encargaron de hacer punta al clavo para que entrara.

Si se tiene en cuenta la ausencia de medios preventivos para impedir el mal y las instituciones que nos regían en la época a que nos referimos, el estado de los ánimos, sobreexcitados por las pasiones políticas de los partidos, el natural deseo de los vencidos para recuperar el poder, se sacara la consecuencia de que, si las facultades intelectuales de Perdomo hubieran guardado proporción con su audacia e imprudencia, habría lanzado al país en alguna aventura sangrienta de peor carácter que el socialismo, que hoy es el terror de las naciones europeas.

## ▪ ARTES, CIENCIAS Y OFICIOS

Nuestros benévololectores, cuando menos, nos tildarán de exagerados o hiperbólicos en la descripción que presentamos de lo que hacían en Santafé los que se dedicaban al ejercicio de las diversas artes y oficios para producir los objetos más indispensables a la comodidad de la vida, y del grado de adelanto alcanzado en tales profesiones, comparado con el progreso o decadencia a que hayan llegado en los últimos tiempos en Bogotá.

Empezaremos por reconocer que en la «Atenas de América» de hoy, lo mismo que en la vetusta Santafé, viven y progresan a maravilla las musas y la política, con todo el cortejo de bardos, prosistas y hombres de Estado; pero que en las Bellas Artes y otras profesiones, distintas de la abogacía y la medicina, son plantas exóticas que se marchitan, no por falta de aptitudes, sino por indolencia y completa carencia de estímulos. De ahí proviene que en estas materias seamos los más atrasados en la América Latina, y que, en cambio, nos hayamos visto plagados de rábulas sin conciencia, peste y tormento de las poblaciones que eligen ellos para teatro de sus iniquidades y estafas.

Santafé heredó del gobierno colonial la regularización de gremios de Artes y Oficios, cuyos productos se codician en la actualidad como objetos de buen gusto y de valor intrínseco, que ya no produce la industria sino en imitaciones, que revelan a leguas la moderna procedencia.

Por otra parte, los comerciantes introductores pusieron todo su ahínco en establecer tenaz competencia entre el producto manufacturado *hechizo*, es decir, del país, y el que traen, imitado, del extranjero, sistema con el cual dieron pronto en tierra con toda producción o artefacto nacional; y cuando se cayó en la cuenta de que tal sistema no sólo era antipatriótico, sino también contrario a los intereses comerciales, ya no había cómo enmendar los males causados, porque la mayor parte, si no la totalidad de los artesanos o productores perjudicados, cambiaron de oficio y no volvieron a pensar en restablecer la industria que los arruinó. Esta fue la suerte que cupo a los que ganaban la vida haciendo lienzos de algodón, ruanas, hamacas, frenos y espuelas, estribos de cobre, sillas chocontanas y aperos de montar, zamarros de diversas pieles y curtimbre de las mismas, tejidos de lana y otros muchos artículos, que hoy nos vienen del extranjero a precios subidísimos e inferiores en calidad a los que se producían en el país.

Pero oficios e industrias que se salvaron del común desastre por circunstancias especiales, y es de estas de las que hablaremos, tratando en lo posible de dar algún interés a la relación de un asunto ingrato de suyo.

Desde luego que debemos hacer una ligera explicación antes de abordar el asunto: muchas de las profesiones que en la actualidad gozan del calificativo de científicas, artísticas o

dogmáticas se consideraban antaño como simples oficios incrustados en el respectivo gremio. Es claro que el hecho acusa adelantado y progreso; pero el fenómeno servirá precisamente para establecer la comparación, que es de lo que tratamos, y sin más preámbulos entramos en materia.

Pocas y rutineras fueron las artes y oficios que implantaron los españoles en la capital del Nuevo Reino de Granada, sin que esto bastara para que los inexpertos artífices y obreros se dieran el calificativo de *maestros* en el oficio que ejercían. Y esta propensión se transmitió sin escrúpulo hasta el presente, con la tendencia a perpetuarse, Dios sabe hasta cuándo; pero sin cuidarse los agraciados de merecer el título que se discernen por obra y gracia de la costumbre.

Por fuerza de la necesidad debió de ser algún soldado habilitado de albañil el primer obrero que trabajó en procurar a los conquistadores alojamiento que los abrigara contra la inclemencia de la estación húmeda y fría en que llegaron a esta parte de la altiplanicie; en tal supuesto, y siguiendo el orden de antigüedad; daremos principio a la revista que nos ocupa por el gremio de los albañiles.

A juzgar por la generalidad de las construcciones que dejaron los colonizadores hasta la época de la Independencia, y los edificios hechos posteriormente, hasta el año de 1847, en que vino a Bogotá el arquitecto danés Tomás Reed, los constructores carecían de las más triviales nociones en la materia. No parece que tuvieron conocimiento de la plomada y del nivel, o no harían uso de estos instrumentos necesarísimos en el oficio; tampoco daban importancia a las condiciones de solidez y simetría que deben tenerse presentes en la construcción de los

edificios, según lo demuestran las casas y templos que existían y aún se conservan como restos de la antigua Santafé, edificados sobre tapas de tierra pisada en la superficie del suelo, con puertas y ventanas colocadas al acaso, y cual si hubieran hecho especial estudio para darles todas las distintas formas y dimensiones de que puede ser capaz la imaginación extraviada por mal gusto y peor estilo.

«Media vara no es desplome», era el aforismo empleado para contestar la observación que se hiciera al maestro albañil, de que la casa podría irse al suelo por la inclinación de las paredes; el interior de la habitaciones terminaba en el tosco maderamen que sustentaba el techo, dejando en descubierto las vigas tirantes, pues consideraban peligroso y nocivo para la salud el cielo raso de plano horizontal, que hoy usamos gracias a don Juan Manuel Arrubla, que hizo venir un norteamericano, por allá en el año de 1825, para que construyera los cielos y cornisas del Palacio de San Carlos cuando se reparó esta antigua casa, que perteneció al Seminario para hospedar al Libertador, objeto con el cual la compró el Gobierno de Colombia, por la no despreciable suma de 74.000 pesos de plata a la ley de 0900.

Espaciosas piezas de alta techumbre y luz escasa, encerradas con mamparas de cuero curtido para preservarse del frío; estrechos y desiguales corredores para comunicarse en las casas, las que se resentían del estilo morisco: antepechos y escaleras provistas de pasamanos macizos en cuya confección entraba la madera suficiente para hacer un navío; patios empedrados, con desagües superficiales hacia la calle; grandes solares que eran el receptáculo de las inmundicias y desperdicios de los indolentes habitantes; paredes blanqueadas con cal, algunas

adornadas con pinturas al temple de pésimo gusto y ejecución; enormes zaguanes provistos de macizas puertas con trancas de madera y cerraduras colosales; robustas rejas de hierro suficientes para aplacar los celos del más testarudo marido y tranquilizar al avaro asustadizo; pilones de piedra suspendidos detrás de la puerta de la calle que sujetaban a guisa de resorte para tenerla cerrada; tejados desiguales y encorvados como la giba del dromedario; ausencia de colores, barnices y vidrios en las obras de madera, formaban el tipo de la generalidad de las casas de Santafé y Bogotá hasta hace unos sesenta años. Bien podía decirse que la obra era digna del artífice cuya descripción haremos enseguida.

El futuro arquitecto o *maestro albañil* se iniciaba en los secretos de esta *masonería* sentando plaza en el gremio como *chino de zurrón*, para acarrear la tierra sobrante de la obra emprendida o los despojos de la demolición, al lugar apropiado para ello, el que de ordinario era alguno de los muladares que abundaban en la ciudad. Ingenios más competentes que nosotros han estereotipado a lo vivo al singularísimo y picaresco *chino* de Bogotá.

La falta de carros y de calles apropiadas para que estos transitaran hacían indispensable el empleo de los muchachos en los trabajos indicados, para lo cual los juntaban en cuadrillas capitaneadas por sus respectivos capataces, quienes se hacían respetar con un zurriago o varejón que caía sobre el refractario o díscolo, a la más leve falta de disciplina. Cada *chino*, andrajoso y medio desnudo, presentaba el zurrón a los encargados de llenárselo de tierra y de cargárselo a la espalda, suspendido de un *cuan* en la frente, lo que lo obligaba a caminar con

la cabeza inclinada; así marchaban en bullicioso tropel al lugar de su destino. El encuentro de una cuadrilla con otra de distinta procedencia, producía inevitable conflicto: todo era verse y tirar al suelo el zurrón en donde encontraban pertrecho suficiente para armar reyerta a pedradas y terronazos, sin hacer caso de los gritos del desesperado capataz ni de los furibundos varejonazos con que los castigaba. Fatigados de la brega, y después de que el contenido del zurrón yacía en tierra como botín de guerra, se aquietaban para lavarse en la acequia inmediata, y hacer desaparecer los rastros y señales de bocas y narices reventadas a causa de la improvisada refriega. Volvían a recoger los despojos esparcidos y continuaban su camino; pero siempre insultándose y provocándose para el próximo encuentro.

Si el *chino de zurrón* era del agrado del *maestro de la obra*, lo ascendía a obrero de tercer orden, es decir, lo dedicaba para que alcanzara materiales a los *oficiales* y colocara el barro en los cueros; así, era común el grito del muchacho, que llegado el caso exclamaba:

—¡Alto con barro! ¡Alto con tejas!, etcétera —en el ejercicio de su oficio.

Desde entonces empezaba el novel albañil el aprendizaje de las múltiples y variadas habilidades máculas del *maestro*. Del jornal, que le aumentaba en diez centavos diarios, debía ceder aquel la mitad; al recibir los materiales para la obra, observaba que el maestro *se equivocaba* al contarlos, de manera que le faltaban al que los entregaba, y le sobraban al primero, al arreglar las cuentas en el último día de la semana con el dueño de la obra, quien se veía obligado a comprarlos al astuto caco, que mascaba a dos carrillos.



De las confidencias que sorprendía al maestro y los chircaleños, deducía que entre estos pillastrones existía pacto para saquear al patrón, en el sentido de pedir el mayor número posible de adobes y ladrillos para desperdiciarlos, de modo que apenas aprovechaban un cincuenta por ciento de los realmente comprados, despedazando la otra mitad, con el pretexto de buscarles acomodo; también observaba el discípulo que sobraba dinero del que entregaban al maestro para pagar a los obreros, y que estos figuraban en las listas con mayor salario del que ganaban, lo cual constituía otro *ahorro* para aquel *siervo fiel*.

Ni era menos previsor el mandrillo a apócrifo arquitecto, al aconsejar a sus subordinados el trabajo sosegado y prudente, para no gastar las fuerzas ni estropearse por cuenta ajena, a fin de asegurarse una vejez acomodada en la vivienda que con las *sobras de la obra* en que trabajaran debían construirse, y como no todo había de ser rigor, se entregaban al descanso desde el sábado a las seis de la tarde hasta el martes a las seis de la mañana, hora en la cual volvían al trabajo, exhaustos y arruinados en cuerpo y alma por haber recorrido el diapasón de los siete pecados capitales y sus adherentes, en todos los tonos.

Cuando nuestro susodicho *chino* sabía colocar un adobe sobre otro y manejaba la llana con alguna destreza, se calificaba de *oficial* y se convertía en rival de su maestro; se graduaba a sí mismo con el título, y se iba acompañado de los obreros que querían seguirlo, a poner en planta las lecciones objetivas que había aprendido, a costa del primer loco o ignorante que deseara entrar en obra.

Los santafereños tenían la persuasión de que quien hacía construir casa moría al terminarla por consecuencia de los entripados

que les alteraban la bilis, amén del dinero gastado y tiempo perdido. Consecuentes con tal creencia, decían que «hacer casa y amasar potros, que lo hagan otros»; y cuando querían saborear el placer de los dioses al estilo pagano, sin exponerse a ulterior responsabilidad de tejas para abajo, se daban trazas de aconsejar a su enemigo que hiciera casa; y si aún no quedaban satisfechos, intrigaban para que pusiera hornilla de estufa.

Una de las principales razones en que se fundó la Santa Sede para suprimir alguno de los muchos días festivos que se guardaban en aquellos tiempos ya lejanos, eran los «juegos, contiendas, embriagueces y liviandades a que se entregaba la clase obrera».

Si antaño eran excepciones los buenos albañiles, ahora se siente orgullosa Bogotá con los arquitectos e inteligentes obreros nacionales que se han formado solos, a fuerza de consagración y amor al arte, entre los cuales descuella en primer término Julián Lombana, quien lleva gloriosas cicatrices ganadas en la construcción de la hermosa iglesia de Nuestra Señora de Lourdes en Chapinero; Francisco Olaya, Fidel Pinzón, Valentín Perilla, los Munévar, Eugenio López, Alejandro Manrique, Antonio Clopatofsky Villate, Mariano Santamaría y varios otros que han contribuido con su talento y buen gusto al embellecimiento de la capital de Colombia.

\*\*\*

Poco tenemos que relatar de los gremios de sastres y zapateros: los primeros tenían fama de inclinar las *tiseras* al lado favorable a sus intereses, y los segundos protegían el oficio cortando

el cuero a la raíz de la costura del zapato, para ocultar lo cual disimulaban el daño tapándolo con cera. Los sastres confeccionaban piezas de ropa que abrigaban el cuerpo y afeaban las formas; para tomar y fijar las medidas del que iban a disfrazar, usaban tiras de papel, en el que hacían cortadas triangulares. Los zapateros hacían *suiños*, escarpines y babuchas cosidas con cabuya encerada y cordobán, gamuza y cuero de becerro teñido con tinta que olía a mosto fermentado, de la misma categoría de los vestidos que hacían los sastres. Estos oficios se reputaban humildes; a los sastres los llamaban *remendones*, y a los zapateros les aplicaban el siguiente versito:

*Zapatero tira cuero,  
¡bebe chicha y embustero!*

Pero llegó el advenimiento de la *democrática* en 1849, y las cosas cambiaron radicalmente, como ya vimos, porque estos fueron los gremios que más proveyeron de miembros a las sociedades políticas de aquella época.

A juzgar por las toscas e imperfectas obras de carpintería que nos dejaron los santafereños, los artífices sólo debieron hacer uso del hacha, la sierra, el formón y el barreno; torneaban columnas en espiral por medio de un torno que debió ser contemporáneo de los primeros patriarcas, en el cual hacían girar la pieza de madera sirviéndose de una vara larga, que cimbraba al pisar el tornero, de manera que este trabajaba simultáneamente con pies y manos.

Los ebanistas santafereños y los de la naciente Bogotá nos dejaron obras de arte de verdadero mérito, entre las que

citaremos el altar de la capilla del Sagrario; los escritorios, mesas, armarios de maderas preciosas y embutidas de carey, marfil, y concha de nácar; también fabricaban *monacordios*, que sonaban como imitando el roce de las moscas sobre los alambres; pianos, entre los que alcanzaron crédito los que construían David Mac Cormick y Juan Hortúa, cuya maquinaria hacían venir de los Estados Unidos, guitarras iguales a las que se hacen en España. Prosperaron las obras de talla y escultura en madera, según nos lo enseñan los altares de las iglesias, entre los cuales lucen por la elegancia y buen gusto, los de San Francisco y San Ignacio, dorados con finísimo oro batido a martillo por los *batihojas* del país, arte que desapareció por completo.

Hasta el año de 1882, en que se fundó el Instituto de Bellas Artes, por la Ley 67 de dicho año, a virtud de esfuerzos hechos por los infatigables artistas don Alberto Urdaneta y don Pedro Carlos Manrique, este importante ramo permanecía en deplorable atraso.

Gregorio Vásquez Ceballos nos dejó pinturas que tienen el mérito de la originalidad y colorido notable, debidos al talento y genio de aquel pintor, pero como este artista tuvo que adivinarlo todo y hasta preparar personalmente los colores, falto de modelos que imitar y, probablemente, sin tener conocimiento de las obras de los grandes pintores de su tiempo, las producciones que nos dejó, si bien es cierto que tienen el gran mérito que el patriotismo les asigna, carecen de variedad y adolecen de monótono amaneramiento.

Hoy cuentan los bogotanos entre sus afamados pintores a los notables artistas R. P. Santiago Páramo, Epifanio Garay, Ricardo Acevedo Bernal y Ricardo Moros, que han dejado

huellas de su genio; el primero en la espléndida capilla de San José, de la iglesia de San Ignacio, y todos juntos en los cuatro Evangelistas que adornan las pechinas de la cúpula de la Catedral, obra grandiosa emprendida por el munificente arzobispo de Bogotá, don Bernardo Herrera Restrepo; los paisajistas Jesús María Zamora, Ricardo Borrero, Pablo Rocha, Eugenio Peña y Calos Valenzuela; entre muchas, sobresalen las señoritas Matilde Rubiano, Elena Largacha, Ana Francisca Gómez, María Núñez, Juana Kopp y otras a cual más distinguidas; las señoras Rosa Ponce de Portocarrero, Ana Tanco de Carrizosa, María Posada de Villa, Elvira Corral de Restrepo, los señores Eugenio A. Zerda, Francisco Torres, Andrés Santamaría, Pedro A. Quijano, Francisco A. Cano; los escultores Joaquín María Páez, Pedro L. Martín, Dionisio Cortés y Eladio Montoya, y los ornamentadores Silvestre Páez, Jesús Bermúdez, Benjamín Hernández, Pascual Herrera, Silvano Cuéllar y Daniel Cuenca, aventajados discípulos del excelente artista suizo don Luis Ramelli. También es muy digno de encomio don Pedro Carlos Manrique, que implantó en Bogotá el arte del fotograbado, que hoy sustituye con ventaja la reproducción del grabado en acero y madera.

\*\*\*

La hojalatería tenía notable importancia, porque sus artefactos reemplazaban las baterías de cocina, vajillas, arañas, candelabros y candeleros, armaduras de teatro, espadas, lanzas y puñales de aparato, faroles, guardabrisas, bastidores para colocar vidrios, ciriales, calderetas, coronas y macetas para las

iglesias y muchos otros artículos de lujo que hoy se traen del extranjero, fabricados convenientemente, y con el buen gusto que tales objetos demandan. En la actualidad puede decirse que el oficio de los hojalateros se reduce a la hechura de canales y tubos para recoger y conducir el agua que descende de los tejados cuando llueve, ventaja de la cual no gozaron los santafereños. De seguro que no se imaginó el ínclito hojalatero Jiménez, que algún día se hallaría en decadencia el oficio que inmortalizó al fijar sobre la puerta de su taller la tabla en que se leía el siguiente letrero: *Hojalaterías de Francisco Jiménez*.

\*\*\*

Dos antiguos oficios han alcanzado tal importancia en la época actual, como no barruntaron ni con mucho los que los ejercieron antaño que algún día llegarán a ocupar lugar preferente en el mundo y a subir a la alta cima discernida a la ciencia: nos referimos a la barbería y medicina.

Ogaño sólo se muere el que le conviene o tiene contados los días, o aquel a quien le llegó la hora, como dice la gente del pueblo. Tiene Bogotá un cuerpo médico de primer orden, entre el cual contamos hoy con legítimo orgullo a los profesores Rafael Rocha Castilla, Josué Gómez, Juan E. Manrique, Nicolás Osorio, José María Buendía, Antonio Vargas Vega, Bernardino Medina, Juan David Herrera, Joaquín y José María Lombana B., Daniel Coronado, Hipólito Machado, Alejandro Herrera, Enrique Pardo, Manuel Plata Azuero, Carlos Putnam, Carlos Esguerra, Samuel Montaña, Gabriel Castañeda, Abraham Aparicio, Policarpo Pizarro, Manuel G. Peña, Aparicio Perea,

Rodrigo Chacón, Pablo García Medina, Roberto Canales, Nemesio Sotomayor y Salomón Higuera; a los distinguidos oculistas Proto Gómez y Aristides V. Gutiérrez; a los expertos Carlos Clopatofsky y Leoncio Barreto; a los notables naturalistas Liborio Zerda, Carlos Michelsen U., Francisco Montoya, Wenceslao Sandino Groot y muchos otros que sería largo enumerar, todos dignos sucesores de los insignes médicos Padre Isla, Sebastián López Ruiz, Manuel María Quijano, Francisco Matiz, Benito Osorio, José María García, José Félix Merizalde, Jorge Vargas R., Andrés María Pardo, Flavio Malo, José Vicente Uribe, Joaquín Maldonado, Ignacio Antorveza, Aureliano Posada, Pedro Pablo Cervantes y muchos más que rindieron la jornada de la vida después de cumplir con la honrosa misión de dar salud a los enfermos y enseñar al que no sabe. ¡Paz y gratitud a su memoria!

También debemos hacer mención de los discípulos de Hahnemann, de los cuales los doctores Peregrino Sanmiguel, Federico Vera, Ángel María Chaves e Ignacio Pereira, que descubrió la doctrina microbiana, que él llamaba de los *animáculos*, fueron de los primeros que recetaron en Santafé por el método homeopático: al recetar por el primero decía que «se embarcaba el buque de vela», y cuando lo hacía por el segundo, aseguraba que «iba en buque de vapor». Entre los médicos que profesan el aforismo *similia similibus curantur*, se cuentan José Joaquín y Saturnino Castillo, Cristóbal Ortega, Salvador María y Secundino Álvarez, Marcos Cualla, Bernardo Espinosa, Julio F. Convers, Guillermo Muñoz, Juan García Valenzuela, Gabriel Ujueta, Joaquín González, Luis G. Páez, José María Ortega, y varios otros que dedican su tiempo al alivio de la humanidad.

No menores progresos ha hecho la *odontecnia*, vulgo dentistería, profesión que alcanza proporciones gigantescas, y en la actualidad la ejercen en Bogotá profesores colombianos, con exclusión de los extraños, porque ya pasaron los tiempos en que cualquier sacamuelas les hiciera competencia: José María Lascano Carazo, Rafael Tamayo, Guillermo Vargas Paredes, Francisco Quintero, Alejandro Salcedo, Delfín Restrepo, Roberto González, Julio Moncada, Joaquín Prieto R., Wenceslao Campuzano, Joaquín Restrepo T., Sebastián Carrasquilla, Numaél Vásquez, y otros que es posible se nos hayan pasado por alto, dan fe de nuestras aserciones.

En efecto, los adelantos de la dentistería son de tal consideración que se extraen dientes y muelas sin dolos, con cocaína, gas hilarante y éter. Se edifica con oro sobre una pieza carcomida y se reponen, en todo o en parte, las dentaduras deterioradas por las caries, con tal perfección, que superan la natural; no son raras las personas que se hacen sacar la legítima dentadura para reemplazar por otra apócrifa, con la condición de que figuren en ella algunas piezas calzadas con oro, para que pasen por verdaderas.

Ya se nos figura la avidez con que las generaciones futuras de dedicarán a buscar nuestras osamentas, con la esperanza de recoger el oro que llevemos a la sepultura, en desquite de la codicia que se ha despertado para remover los restos de los aborígenes americanos con el objeto de sacar *guascas auríferas*. ¡Dura suerte la de los infelices indios, a quienes ni aun después de muertos se dejan tranquilos!

Fue después de la Independencia nacional cuando empezó a honrarse entre nosotros la profesión de médico, al cual se le



consideraba en tiempo de la Colonia como de suplente o auxiliar del verdugo. En ejecución del oidor Mesa, ¡el médico indicó en el cadalso el camino más expedito para que el ejecutor cumpliera su obra! Apenas eran curanderos empíricos y probablemente formados en la escuela del original doctor Sangredo del *Gil Blas*; en efecto, aplicaban la sangría como remedio infalible para matar en el *tabardillo* (tifo), *dolor de costado* (pulmonía); *hidropesía* (hipertrofia del corazón); *pechuguera* (pleuresía), y en otros achaques en los que hoy se reputaría como un asesinato extraer sangre al paciente; siendo lo mejor del cuento, que después de la enfermedad, si se salvaba el enfermo, lo sangraban del otro brazo a fin de *establecer el equilibrio sanguíneo*...

El bondadoso don Luis Montoya ejercía la flebotomía; pero sólo extraía la *sangre azul*, o como hoy decimos, la de la *crème de la crème*. Entre el ramo de sirvientas ejercía el ministerio Pacho Salas, quien tenía tienda en la esquina de monasterio de Santa Gertrudis o La Enseñanza, donde vendía cola, nolí, enjalmas, *suiños* y babuchas, piedras de chispa, trompos, pajuelas de azufre y triquitraques de la tierra. Era un encanto verlo poner ventosas, verdaderamente ajadas con navaja de barba, y sacar abundante chorro de sangre a las pletóricas maritornes.

Combatían el cólico con *cayetanas de humo*, para lo cual contribuían los que fumaban cigarro en la operación de inflar el *tragadero* o jeringa; la indigestión con lavativas de caldo de pollo tierno; atacaban las lombrices con agua de siete yerbas; la debilidad, con parches de confortativo de vigo en las sienes y en los *cornijones*, detrás de las orejas y con baños de asiento en *caldo* adobado con patas de ternera, ojos de buey y gallina negra *nicaragua*.

Aplicaban una mosca despanzurrada sobre los orzuelos, creían a pie juntillas en la transmigración de las enfermedades, como lo prueba el hecho de que adherían un gran sapo a la parte del cuerpo atacado de erisipela, y acostaban a los perros *calungos* a los pies de los que padecían fiebres, con el objeto de que los animalitos atraparán la enfermedad, para librarlos de la cual les daban un gran baño: y como no en todas partes había *calungo*, era muy común ver a las cocineras llevando el can a donde lo pedían prestado, a fin de evitar la función que pudiera dar al verse en casa extraña.

No eran menos socorridas las fuentes que hacían en el cuerpo, introduciendo entre la piel un garbanzo o bola de cera, y los sedales con el cordón espeluznante que pasaban y repasaban embadurnado con unguento amarillo para extraer malos humores.

Los más atrevidos recetaban fumaria y cañafistula para ciertas dolencias mujeriles, la *otoba* para las niguas, el *hinojo* para los ojos, y el *chulquín* para la lengua, purgas de mana, ojos de cangrejo, emplasto de rana, unguento de soldado, polvos, juanes y jalapa; pero eran pródigos en baños de pies, aguas cocidas y fomentos, de donde provino el dicho de curar con *paños calientes*.

*Corredillas* y *seguidillas* llamaban al mal de estómago; *tucu-tucu* o *longaminidad* los desfallecimientos, para curar los cuales ponían en la boca del estómago una tortilla de huevos, o un *beefsteak* rociado con polvos de canela y vino de consagrar; *alfombrilla*, a las viruelas y *culebrilla*, a la erisipela.

En el año de 1824 vinieron a Colombia dos personajes a cuál más distinguido: el inglés Roberto Stephenson, ingeniero civil que propuso a Bolívar la construcción del ferrocarril entre Honda y Bogotá; el Libertador consideró aquello como una

quimera impracticable, o el parto de una imaginación enfermiza; y el escocés Ninian Ricardo Cheyne, médico cirujano de la Universidad de Glasgow, quien fue la antorcha que iluminó el caos de la medicina entre nosotros, y enseñó métodos curativos de acuerdo con la ciencia; sus cofrades europeos lo citaban como autoridad en la materia, y no tenía rival en cirugía.

En el doctor Cheyne se reunían las buenas condiciones de las razas latina y anglosajona; era flemático y frío como cualquier exagerado inglés, y ardiente en sus afectos.

De resultas de un ejercicio de gimnasia en la población de Cáqueza, el doctor Cheyne sufría una enfermedad en el pericardio, que lo obligaba a permanecer en el lecho durante meses enteros; pero esto no le impedía ejercer la medicina sin necesidad de ver al paciente, pues le bastaba ligero informe para hacer el diagnóstico de la enfermedad con asombrosa precisión y recetar el procedimiento que debía seguirse.

En dos cosas solía ser parco aquel ilustre profesor: en su plan curativo, que tenía por base el empleo de pocas drogas, generalmente ruibarbo, quinina, ipecacuana, jalapa, masa azul, emético y opio; y en palabras cuando recetaba al enfermo, en quien se fijaba con ademán de profunda observación.

Una madre pidió remedio al doctor Cheyne para un niño raquítrico.

—Báñelo —le contestó lacónicamente el noble escocés.

La señora era contraria al procedimiento prescrito e hizo la observación de que temía que el baño hiciese mal al niño.

—En agua fría —interrumpió Cheyne.

—Pero doctor, si mi hijo no tiene la costumbre —añadió la madre en tono de súplica.

—De la alberca —dijo el doctor, y cortó la discusión.

Al doctor Cheyne se le veía acudir a visitar a los enfermos montado en caballo ensillado con galápago liso, al galope por las calles, con un sirviente a pie que los seguía asido a la acción del estribo, y le llevaba la caja de instrumentos de cirugía. Vestía frac, sombrero de seda de copa alta, donde guardaba el gorro de paño rojo y bola azul con que se cubría al entrar a las habitaciones, y una gruesa caña de la India con puño de oro. A caballo iba muy inclinado hacia delante, no se cuidaba de arreglar los movimientos del corcel, lo que contribuía para que al poco tiempo de servirlo se inutilizara; además, el sabio médico, lo mismo que el de Belfast, montaba y se desmontaba por cualquier lado, indistintamente.

Haremos notar una circunstancia, digna de tomarse en consideración: el doctor Cheyne practicó con buen éxito operaciones difícilísimas y en extremo peligrosas, sin tomar las precauciones que hoy se usan para prevenir la infección del paciente, lo que significa, según nuestra manera de apreciar este asunto, en que somos profanos, que ha perdido mucho la buena condición sanitaria de la antigua Santafé.

El doctor Cheyne contrajo matrimonio en Popayán con la señorita Paula Fajardo, una de las mujeres más hermosas que haya producido la especie humana; y él mismo tenía figura notable por su varonil y majestuosa belleza.

Profesó especialísimo cariño a doña Agustina Moure de Cordovez, a quien asistió durante los siete años que padeció la implacable dolencia que minó la existencia de esta distinguida dama, para lo cual vivía el doctor en la casa de la señora Moure, a fin de disputarle su presa a la muerte.

—¡Medicina impotente! —exclamó el insigne médico al besar con ternura respetuosa la mano de su amiga expirante, al mismo tiempo que vimos desprenderse dos lágrimas de sus expresivos ojos.

Si era incierta la salida del doctor Cheyne cuando permanecía encerrado, era aún más insegura su vuelta a su domicilio, porque pernoctaba caprichosamente en casa del amigo a quien visitaba. Esto dio lugar a una escena chistosa ocurrida entre el escocés y su consorte, que se creyó obligada a vigilarlo un tanto con motivo de ausencias inocentes del hogar; pero que alarmaron la susceptibilidad de “Paulita”, según la llamaba su apasionado marido.

Sucedió, pues, que el doctor tomó la costumbre de volver tarde de la noche a su casa, y la señora de Cheyne creyó corregirlo presentándose ella misma para abrir la puerta de la calle.

—¡Muy contento habrá estado! —le dijo doña Paula al entrar su marido, después de golpear con toda su fuerza, con el estilo que toman las mujeres cuando quieren soltar chufletas.

—¡*Rigolar!* —le contestó el doctor, y siguió para sus aposentos aparentando que no había caído en la cuenta de quién fuese la portera.

Entre las muchas obras de caridad llevadas a cabo por el doctor Cheyne citaremos el caso de una mendiga que no podía dar a luz, e imploraba auxilio en un rancho levantado con desperdicios de la plaza de mercado, en las orillas del río San Francisco, entre los puentes Nuevo y del Telégrafo. Al pasar cerca de allí el doctor, oyó las voces lastimeras y acudió al lugar de donde estas salían.

Impuesto el generoso médico de lo que se trataba, despachó al sirviente con el caballo y la orden de que le trajera los instrumentos adecuados a la operación indispensable para salvar la vida de aquella infeliz. Allí, en esa miserable vivienda, permaneció el sabio profesor hasta que sacó del trance a la madre y al hijo; compró personalmente en una *chichería* inmediata una taza de caldo que hizo tomar a la paciente, le dejó algunos reales de limosna, pagó a una mujer vecina con el fin de que cuidara a la enferma, se lavó las manos en el río y volvió a su casa al amanecer del día siguiente. La favorecida no fue ingrata y pregonó el beneficio recibido.

Hemos dicho que el doctor Cheyne era parco en recetar drogas y en palabra; pero esto último no se entendía cuando se trataba de Bolívar, porque entonces era interminable en las relaciones que hacía sobre la vida del Libertador. Tres retratos tenía al frente de su lecho, como si fuesen los santos de su devoción: los de la Reina Victoria, el de Bolívar y el de su hija Amalia.

Protestante sincero y tolerante, el doctor Cheyne miraba con gran veneración las ceremonias del culto católico. En la misa del matrimonio de un amigo, alguien permaneció de pie durante la adoración del sacramento. Cheyne se arrodilló al sonar la campana, y terminada la ceremonia, dijo estas hermosas palabras:

—El culto que se tributa a la Divinidad debe respetarse en cualquiera de sus formas.

El doctor Cheyne fue amigo sincero de los religiosos y del arzobispo Mosquera, por quien tuvo gran predilección, y cuando creía que alguno de sus enfermos estaba en peligro de muerte, lo advertía con tiempo a la familia del interesado,

con el laudable propósito de no comprometer el gravísimo asunto de cumplir con los últimos deberes del cristiano. Era tan grande la fe que inspiraba como médico, que en caso de morirse el enfermo que recetaba, los parientes se resignaban con la idea de que la dolencia que remató al difunto era incurable, puesto que no había podido vencerla el insigne médico.

Siempre tuvo Cheyne desvío por los médicos del país; pero en algunos casos se asociaba con los doctores Jorge Vargas y Francisco Bayón.

Murió en Bogotá en el año de 1872, sin permitir que ningún médico lo asistiera. La desaparición de tan notable personaje se consideró como una desgracia social.

Como homenaje a su memoria, reproducimos a continuación la poesía dedicada a Cheyne por José Eusebio Caro:

¡Oh! ¿Quién no llorará sobre tu suerte,  
Cheyne, ángel de bondad, sabio infeliz,  
que sabes del dolor y de la muerte  
salvar a los demás, pero no a ti?

—Cuando en un día tropical de enero,  
tendido el cielo de brillante azul,  
desde el cenit al universo entero  
derrama el sol calor, y vida, y luz;

hacia ese cielo espléndido, encantado,  
levanta, entonces, alegre el corazón  
tanta víctima humana que has salvado,  
¡bendiéndote a ti después de Dios!

Y tú la diestra, pálido, entretanto,  
al pecho llevas con intenso afán  
para contar, con gozo o con espanto,  
¡de tus arterias el latir mortal!

El rico no te paga con el oro  
que con la vida le conservas tú;  
más rico aún el pobre, con el lloro  
te paga de su santa gratitud.

Mas, ¡ah!, ni la opulencia generosa,  
ni el poder, ni el amor, ni la amistad...  
¡Ay, ni tu misma ciencia prodigiosa  
de tu destino te podrá salvar!

Más que la griega, firme y atrevida,  
a los cielos pasmados arrancó  
tu inglesa mano el fuego de la vida...,  
¡y un buitre te devora el corazón!

¡Oh! Quién no llorará sobre tu suerte,  
Cheyne, ángel de bondad, sabio infeliz,  
¡que sabes del dolor y de la muerte  
salvar a los demás, pero no a ti!

¡Oh!, ¡no te enojas, no, con el poeta!  
Si él no puede el decreto revocar,  
si él no puede arrancarte la saeta,  
tampoco viene a emponzoñarla más.



Su misión, cual la tuya, es de consuelo;  
él sabe que en el valle del dolor,  
ni todo gozo es bendición del cielo,  
ni toda pena es maldición de Dios.

Tú sabio, simple yo —los dos cristianos—,  
ambos sabemos que ante el Sumo Ser  
que pesa en su balanza a los humanos,  
prueba es el mal y tentación el bien.

—Si todo cesa aquí, si noche eterna  
es de justo y malvado el porvenir,  
si de las tumbas en la yerba tierna  
el hombre entero se ha de trasfundir;

¡sabio entonces el malvado y necio el justo!  
Necio de ti que con tan loco afán,  
de negra muerte en incesante susto,  
¡sufres y haces el bien sin esperar!

—Pero si nunca tu escalpelo ha hallado,  
cuando un cadáver fétido rompió,  
en la albúmina del cerebro helado,  
la centella inmortal que la animó;

si ese cerebro pesa cual pesaba,  
si sólo falta el pensamiento en él,  
¡oh!, si ese pensamiento aquí no acaba...  
¡Sufre y espera en tus dolores, Cheyn'!

¡Oh!, ¡no te enojés, no, con el poeta!  
Si él no puede el decreto revocar,  
si él no puede arrancarte la saeta,  
¡tampoco viene a emponzoñarla más!

En el gran día en que de Dios la gloria  
se te presente en su verdad y luz,  
hallará el ángel al abrir tu historia,  
bajo cada dolor, una virtud.

Entre el justo y el malo hay un abismo.  
El placer y el dolor, el bien y el mal,  
para el malo son fuentes de egoísmo,  
para el justo son fuentes de bondad.

Sí; cuando el malo, en su carrera corta,  
halla salud, prosperidad, honor,  
triumfa y dice en sí mismo: ¿Qué me importa  
que otros padezcan mientras gozo yo?

Y cuando, al fin, sobre su frente pesa  
con todo su rigor la adversidad,  
cae diciendo entre sí: ¿Qué me interesa,  
si yo sufro, aliviar a los demás?

De Caledonia bajo el turbio cielo,  
de esos montes románticos al pie  
de do ha tomado Libertad su vuelo,  
bello tu madre te admiró al nacer.

Con un germen de muerte allí naciste,  
y con un germen de bondad en ti;  
los tesoros de ciencia que adquiriste  
aquí te vemos prodigar sin fin.

Sabio, puedes vivir para ti mismo;  
justo, que quieras servir a los demás:  
la ciencia que degrada el egoísmo,  
¡la santifica en ti la caridad!

¡Y hoy vives pobre, enfermo... y envidiado!  
Mas bendito serás en tu dolor,  
que el don del desgraciado al desgraciado  
¡es el más aceptable para Dios!

En el gran día en que Dios la gloria  
se te presente en su verdad y luz,  
hallará el ángel, al abrir tu historia,  
¡bajo cada dolor, una virtud!

Terminaremos, después de este paréntesis, lo referente al arte médico y sus afines en Santafé.

Las operaciones que hoy se reputan con el modesto nombre de cirugía menor estaban a cargo exclusivo de los barberos, porque los médicos se habrían considerado degradados de sus altas funciones al prestarse a extraer la sangre del prójimo por medio de la sangría, ventosas sajas, o aplicando las sanguijuelas. Igual cosa sucedía con el ramo de dientes y muelas; pero en este oficio el herrero hacía competencia al barbero; nos explicaremos.

Tres métodos o sistemas se conocían en Santafé para la extracción de las piezas dentales, a saber: la llave de relámpago, la pita y el hierro candente.

Con la primera salía la muela, aunque fuera llevándose el alveolo o algún bien pedazo de mandíbula; esta operación se consideraba de alta cirugía, y la practicaba con gran reputación el afamado maestro Hilario Cifuentes, que fue portero de la Municipalidad de Santafé en el memorable 20 de julio de 1810 y ejercía la profesión de barbero. Tenía oficina en una de las tiendas situadas debajo de la casa de esquina que da frente al Capitolio y la Casa Consistorial; sobre la puerta se veían las insignias de los variados oficios a que estaba dedicado. En una gran tabla de fondo verde pintada al óleo, se leía en letras blancas: *Hilario Cifuentes. Flebotomista*, a la izquierda una gran pierna, de cuyo pie brotaba abundante chorro de sangre, para demostrar que era diestro en la operación que entonces se recetaba con frecuencia para neutralizar la elevación de la sangre; en el centro la bacía adornada con la navaja de afeitar y las tijeras; y a la derecha las temibles tenazas y la *llave* de sacar muelas. No tenía espejos, y el que deseaba ver reproducida su figura se asomaba a la boca de la tinaja, que reposaba en un ángulo de la tienda, para que el reflejo del agua le pusiera de manifiesto las *raspaduras* y *enmendaduras* que hubiera hecho en la cara la navaja del “maestro Hilario”; en las paredes blanqueadas se veían vitelas que figuraban pasajes de las aventuras del Ingenioso Hidalgo de la Mancha. Para que no vieran de la calle los gestos que hacían los parroquianos que caían en sus manos, colocaba el barbero una rejilla en la puerta; no usaba brocha, sino que batía con la mano sobre la cara del paciente el jabón de Alicante que gastaba

para afeitar. Por supuesto, charlaba como el Barbero de Sevilla y refería minuciosamente los acontecimientos en que tomó parte durante el memorable día citado.

En la maniobra de *la pita* hacía prodigios el niño Rafaelito Flórez, establecido en tienda inmediata al puente de San Victorino. No tenía insignia ni letrero en la puerta del establecimiento, porque las muelas y dientes desalojados por aquel tramoyista se veían colocados por millares en los sartales que constituían el principal adorno de la *oficina*. En una de las vigas tirantes de la techumbre estaba asegurada la polea de la cual pendía la sogá corrediza; debajo había un maciza silla tapizada de cuero pintado, claveteada con vistosos estoperoles y reforzada con sólidos barrotes.

Colocado el *ajusticiado* sobre el patíbulo que dejamos descrito, abría tamaña boca para que don Rafaelito cateara la muela y no fuera a tomar una buena en vez de la culpable; ataba al paciente por la cintura a la silla; descarnaba con su navaja la pieza que debía desalojar, y la aprisionaba con el delgado y resistente cordón de *pita*, cuyos extremos ataba a unos de los cabos de la cuerda suspendida de la polea. En este estado crítico recomendaba al doliente que pusiera la vista en el techo y el corazón en Santa Polonia, para que lo sacara *con bien* del amargo trance; posaba un pie sobre el barrote delantero de la silla, a fin de que la muela opusiera resistiera, y empezaba a halar la cuerda con imperturbable tranquilidad. Bien podía el infeliz operado bramar de dolor, sin que el *niño* Rafaelito se diera por entendido; si se reventaba la *pita*, estaba listo el repuesto; y como no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista, al fin salía enredada la muela en la *pita*, y no pocas

veces acompañada de algo más que el barbero tomaba sin la expresa voluntad de su dueño. La pieza extraída pasaba a ocupar el puesto que le correspondía en las sartas, para figurar como trofeo y dar testimonio de la habilidad de Flórez.

Entre los herreros que tenían alta reputación de *odontécnicos*, figuraba en primera línea el “maestro Julián Garzón”, quien tenía fragua en la calle de los Enfardeladores, en el sitio destinado hoy a oficinas de abogados.

Cuando algún labriego o mozo de cordel, que era el personal que formaba la clientela, tenía dolor de muelas, concurría a la dentistería modelo en demanda de alivio; el *maestro* empezaba sus funciones de *cirujano-dentista* introduciendo en la fragua una barra de hierro y ordenaba al alzafuelles que soplara sin tregua. Arrodillaba al paciente cerca del yunque, al cual estaba atado el cabo de una cuerda; amarraba la muela que debía sacar con la consabida *pita*, la que a su turno sujetaba al otro cabo de la cuerda. Preparado el escenario, el herrero tomaba en una mano las tenazas y en la otra el martillo, que producía en la herrería inundación de ígneas partículas metálicas, para salvarse de las cuales no quedaba otro recurso al atónito gañán sino la fuga precipitada, dejando en rehenes la muela colgando del yunque, y el sombrero, que el *maestro* tenía la previsión de poner en seguridad, para el caso posible de que el operado quisiera cometer la ingratitud de no pagar un real por el beneficio recibido.

De los que dejamos referido se desprende que en Santafé sabían extraer muelas, *a su modo*, es verdad; pero esas barbaridades eran «tortas y pan pintado» en comparación con lo que hacían para calzar dientes y hacerlos postizos, pues entonces esta sección del arte no se metía con las muelas.

Apenas aparecía el daño visible en el diente, cauterizaban la picadura con hierro candente; colocaban en el hueco un pedazo de plomo, y con el mismo hierro encendido lo fundían sobre el diente, a fin de que se amoldara en la parte que debía ocupar.

Si la dentadura no tenía remedio y deseaban reemplazarla por otra postiza, *partían los dientes a la raíz de las encías* con un cortafrío; horadaban los raigones que quedaban en sus puestos para introducir estacas, en las cuales ensartaban los dientes, que eran de marfil, ¡o sonsacados a cualquier estúpido que vendiera los propios para que fueran a lucir en boca ajena!

Y para tales atrocidades había no sólo verdugos que las llevaran a cabo, sino víctimas espontáneas que se prestaban gustosas a sufrir tan horripilante martirio, por el deseo pueril de querer encubrir un desperfecto corporal, lo que en definitiva no lograban, pues dichos estorbos salían con estrépito de la boca al menor inesperado estornudo, o a la más ligera tos, que no diera tiempo para atajarlos con el pañuelo, requisito sin el cual caían a tierra, como granizada en seco; y esto sin hacer cuenta de las constantes reumas que ocasionaban, ni de la tremenda fetidez de la boca que encerraba aquellos cuerpos extraños, que se movían como teclas de piano.

Véase, pues, cuán grande es el beneficio de que gozamos respecto del asunto que nos ocupa, los que vivimos en la época presente.





## ▪ BENEFICENCIA Y CÁRCELES

### ▪ I

La ardiente y generosa caridad que distinguió a los hijos de los Cruzados, para quienes era timbre de legítimo orgullo la fundación de conventos, hospitales y basílicas, cuyos suntuosos edificios son hoy asombro del mundo, vino a la América en las mismas carabelas en que nos trajeron nuestros padres la religión, el idioma, las costumbres y el complicado tren administrativo que debía cambiar estas incultas y salvajes regiones en centros de relativa civilización.

España fue, en la época de su apogeo, la nación que tuvo más poder de asimilación para colonizar los inmensos territorios descubiertos y conquistados por los adelantados que vinieron al Nuevo Mundo; y estos hombres que dejaban atrás la patria y la familia para buscar aventuras, en ignotas regiones, tenían dos ideas fijas que los guiaban en todos sus actos: la gloria militar y el triunfo de la Cruz. Así fue como desde los primeros tiempos de la Conquista se vieron levantar por dondequiera hospitales, casas de refugio, asilos para viudas

y otros establecimientos de mayor o menor importancia, que llevaron vida próspera hasta que los trastornos consiguientes a la emancipación de la colonia los redujo a lamentable prostración, de la cual no salieron sino después de más de medio siglo de miseria y abandono.

Concretándonos a Santafé, tenemos que desde el año 1723 los españoles nos dejaron el Hospital de San Juan de Dios dotado con *un millón y doscientos mil pesos* en fincas urbanas y rurales, de las cuales apenas quedaban por valor de \$ 244.000 en el año de 1861; de manera que, sin desamortización de bienes eclesiásticos, y por motivos que ignoramos, los bienes del Hospital no fueron de manos muertas sino de *manos vivas*, y que computando el mayor valor alcanzado por la propiedad, después de la Independencia nacional, tales bienes valdrían hoy, cuando menos, diez millones de pesos en oro que producirían seiscientos mil de renta anual, con la que se podría fundar y sostener seis hospitales.

El Hospicio o Casa de Refugio, edificio que sirvió de noviciado a los jesuitas, hasta que se les expulsó en el año de 1767, y en el cual se refundieron otros pequeños hospicios en 1777 con las limosnas del obispo Lucas Fernández de Piedrahita, de don B. de Rojas, y del padre Gamboa, jesuita, fue otro establecimiento importante que nos dejó el gobierno colonial, destinado para recibir expósitos, dar asilo a los idiotas incapaces de trabajar, y a los ancianos de ambos sexos cuya decrepitud y desamparo demandan en todo tiempo los auxilios de la caridad. La fundación se hizo con capital representado también en fincas raíces que producían rentas suficientes para atender al buen servicio a que se destinaban.

Fueron grandes protectores de este establecimiento don Francisco Antonio Moreno y Escandón, y don Andrés Verdugo y Oquendo.

El Hospital de San Juan de Dios estuvo a cargo de los Padres Hospitalarios, entre los cuales se hizo notable por su celo y consagración ilimitados el padre Pedro Pablo de Villamor, amén de muchos otros religiosos que se distinguieron por la caridad que los animaba. Entre los insignes benefactores de este establecimiento se cuenta al virrey don José Solís Folch de Cardona, quien terminó su brillante carrera como fraile franciscano en el convento de San Diego, mansión en la cual llevó vida ejemplar.

La falta de sacerdotes religiosos fue una de las razones que sirvieron de fundamento al general Francisco de Paula Santander, cuando fue presidente de la Nueva Granada, para pedir al Congreso del año de 1835 la extinción de los conventos de los Padres Hospitalarios, medida que fue excusable por la relajación de la disciplina monástica y la falta de vocaciones.

La tormenta de la guerra de la Independencia asestó golpes terribles a los dos citados establecimientos de beneficencia, y nuestras contiendas políticas siguieron la misma tarea; de manera que puede decirse de dichos edificios que para lo que menos servían era para llenar el objeto de su fundación.

Faltaríamos a la tarea que hemos iniciado si omitiéramos relatar a los bogotanos que hoy gozan de las grandes ventajas de la beneficencia bien entendida, lo que pasaba en los únicos dos grandes establecimientos de caridad que tuvieron los santafereños; pero invirtiendo el orden cronológico, empezaremos dejando constancia del estado actual de aquellos y

de las personas que les dieron impulso, a fin de que pueda apreciarse con buen criterio la importancia que hoy alcanza uno de los ramos de la vida urbana que nos dan derecho a enorgullecernos.

El gobernador de Cundinamarca, don Justo Briceño, uno de los mejores administradores que hemos tenido de la cosa pública, recabó de la Asamblea del Estado la Ley de 14 de agosto de 1869, por la cual quedó a cargo de la Junta General de Beneficencia el negociado que indica su nombre. Este fue el punto de partida de la reforma trascendental que dio los brillantes resultados que hoy palpamos.

Tan luego como don Pedro Navas Azuero se hizo cargo de la Sindicatura, empezó por *descubrir* la pista de dinero que de tiempo atrás se había colectado para hacer venir Hermanas de la Caridad, y una vez que lo tuvo en caja se valió de don Manuel Vélez Barrientos, que vivía en París y tenía extensas e importantes relaciones, para que obtuviera de la madre superiora de Tours el envío a Bogotá de seis hermanas con destino al Hospital de San Juan de Dios. Por ese entonces estábamos tan desacreditados en Europa, que las hermanas vinieron en la firme persuasión de que alcanzarían la palma del martirio; opinión que tomó consistencia entre estas cuando llegaron al río Magdalena y vieron la desnudez de los negros y la absoluta ausencia de pudor en las gentes que viven en esas regiones, igual a la de los habitantes de la ciudad de Henoc antes del diluvio.

Pero la preocupación de las hermanas se trocó en gozo al atracar el vapor que las conducía a las Bodegas de Bogotá, donde las esperaba la comisión de sacerdotes y señoras respetables que fueron a recibirlas, para traerlas del mejor modo posible hasta

esta ciudad, en la cual Navas Azuero les tenía preparado decoroso alojamiento en el Hospital de San Juan de Dios.

He aquí los nombres de las primeras hermanas francesas que, abandonando patria, familia, comodidades y amigos, arribaron a las playas colombianas para aliviar nuestras miserias y enseñarnos prácticamente la excelsa virtud de la caridad: madre Paulina, superiora; hermanas: Emerencia, San Pablo, María Francisca, Agustina y Cayetana.

La hermana María Francisca fue la primera que pagó el tributo a la naturaleza, por las fiebres palúdicas que contrajo sirviendo a los enfermos y a los heridos en la batalla de Garra-pata, en el año de 1876. Singular contraste hacía en los funerales modestísimos que se le hicieron, según las reglas de la Orden, el brillante acompañamiento que seguía detrás de los despojos mortales de la hermana, para depositarlos en la fosa de los pobres. El presidente de la Unión, doctor Aquileo Parra, acompañado de su Ministerio, de los altos empleados federales y seguido de la Guardia Colombiana, dieron público testimonio de que la República no era ingrata al beneficio recibido de la que en el mundo se conoció con el título de marquesa.

La madre Paulina volvió a Francia. La hermana Cayetana, después de prestar importantes servicios en una de las enfermerías del Hospital de San Juan de Dios, fue enviada a Sogamoso, donde permanece en la actualidad como enfermera del hospital. La hermana San Pablo vive en el hospital de Pamplona, y las hermanas Emerencia y Agustina en el de San Gil.

Hay en el Hospital de San Juan de Dios siete grandes enfermerías para hombres y cinco para mujeres; un departamento para niños enfermos construido con las limosnas que procuró

la señora Mansfield, y cuya principal donante fue la infortunada cuanto caritativa señora Sofía de Sarmiento, cruelmente asesinada en la quinta de Los Alisos en la noche del 19 de julio de 1879; un orfanato fundado por el ilustrísimo arzobispo Arbeláez; una sala de maternidad, y un salón en cuya puerta debiera grabarse en grandes letras el siguiente aforismo, igual a otro que se lee en el museo de la Spécola, en Florencia: *Se non temete Iddio temete la sifilide*.

La farmacia, ropería y lavado al vapor, alimentos, aseo y asistencia médica de los enfermos, son superiores a todo elogio. En el centro del patio occidental del edificio se levanta el magnífico anfiteatro anatómico construido en el año de 1881 por orden del secretario de Instrucción Pública, señor Ricardo Becerra, y está provisto de los instrumentos y aparatos necesarios para la autopsia de los cadáveres. La iglesia de San Juan de Dios acaba de ser restaurada por el progresista canónigo doctor Francisco Javier Zaldúa O., después de largos años de completo abandono, eficazmente ayudado por el Gobierno.

El edificio tiene capacidad para asistir a 3.500 enfermos en todo el año, cifra que correspondió al de 1894, con un gasto de \$ 53.474 oro.

Todo el aparato que dejamos descrito está admirablemente servido por diecisiete hermanas regidas por la bondadosa madre Anthyme, francesa, a la que añade, cada año que pasa, una virtud más y nuevo encanto a su venerable persona. El aspecto interior del Hospital revela el esmero con que las Hermanas atienden a todas las exigencias del buen servicio, y al cultivo de los bellísimos jardines que purifican el aire y dan expansión al espíritu.

Desde que Navas Azuero enseñó a explotar la caridad en favor de los pobres, han continuado las donaciones destinadas a la reparación de alguna parte del edificio, en cuyos muros se leen los nombres de los benefactores. Aún recordamos el modo ingenioso como Navas Azuero colectó la primera limosna: asistía a la celebración de un matrimonio, y en el momento en que la desposada recibió trece dólares en oro como arras, aquel le dijo con la mayor amabilidad y desparpajo: «Este es el precio del seguro de la felicidad de usted; los emplearé en poner un bastidor de vidrieras para quitar, en una enfermería, la corriente de aire que hace mal a los enfermos...».

En la morada de dolor que dejamos bosquejada, sirvió, entre otros, de guía que muestra el camino del Cielo a los desheredados de la fortuna, el brillante y persuasivo orador sagrado presbítero Carlos Cortés Lee, orgullo del clero colombiano.

El aumento de la población de Bogotá exige el ensanche del edificio o la construcción de otro hospital, en un sitio apropiado al objeto. No faltan personas que creen que el Hospital de San Juan de Dios, que hoy existe en el centro de la ciudad, sea causa de infección; pero es lo cierto que hasta el presente no hay ejemplo de que los moradores de las habitaciones adyacentes hayan sufrido epidemias motivadas por la vecindad del hospital.

\*\*\*

El Hospicio está servido por dieciséis hermanas de la Caridad, cuya superiora es la madre Andrea, francesa. Es preciso visitar detenidamente este plantel para estimar en su justo valor

la acendrada caridad de las hermanas, a quienes persiguen los expósitos con la tenacidad de los niños que tienen hambre, o cuando manifiestan, por medio de sonidos inarticulados o de frases incorrectas, el maravilloso instinto que los anima para exigir caricias de la que creen su madre, y el calor del seno maternal que les negara su infausta suerte... Si es encantador el cuadro que presenta la madre que amamanta el fruto de su amor, la hija de San Vicente de Paul ofrece un espectáculo sublime al aceptar los deberes de la madre desgraciada que abandona esos pedazos del corazón...

Todo es completo en el Hospicio: los aseados y cómodos dormitorios, provistos de cunas para los niños que probablemente no habrían conocido esta comodidad sin el azar que los lleva allí, podrían servir para los hijos de la gente acomodada; las mesas de los refectorios están en relación con la estatura de los comensales, lo mismo que las bancas de la escuela. Los niños están divididos en secciones, según la edad, consultando las diversas inclinaciones y necesidades de la infancia; y a juzgar por la expresión melancólica de la fisonomía de esos seres inocentes, parece como que se dieran cuenta de la enorme falta cometida por aquellos a quienes deben la existencia. Constantemente se les ve en grupos o asidos de la mano con el compañero predilecto, como si quisieran buscar un amigo en quien depositar las inocentes confianzas, que harán sonreír a los ángeles que velan por ellos... Generalmente hacen las oraciones entonando tiernos cánticos de alabanza a la Madre de Dios, con tal expresión de candor y confianza, que no es posible oírlos sin que los ojos se sientan inundados de lágrimas y el corazón trate de estallar en el pecho.



Con frecuencia se ve una larga fila de pequeñuelos aseados, vestidos con ligero roponcito de indiana, los pies descalzos, en grupos de a tres que llevan en medio al más débil: son los niños expósitos que van con una sola hermana a pasear a las inmediaciones de la ciudad. No se sabe qué admirar más, si el buen orden que llevan, o el método empleado para hacerse obedecer por tantos chiquillos que no tienen todavía el uso de la razón.

Los niños que están en la lactancia se confían a nodrizas campesinas, las que tienen obligación de presentarlos en el Hospicio el primero de cada mes, con el objeto de comprobar la supervivencia, e impedir que presenten uno por otro, en el caso posible de muerte del que recibieron.

\*\*\*

El Asilo de Mendigos y Locos data del año de 1870, a virtud de la Ley 23 del mismo año, por la cual cedió la Nación el antiguo convento de San Diego con todas sus anexidades, para que se destinara al asilo de inválidos y pobres desamparados, o para el uso de cualquier otro establecimiento de beneficencia y caridad. Tocó al benévolo señor Juan Obregón dar principio a obra tan importante, como presidente de la Junta General de Beneficencia.

Si hay algo que contriste el ánimo es ver y palpar el miserable estado a que se reduce el hombre inteligente, imagen de Dios, cuando pierde la razón, por defecto en el organismo físico, por los estragos funestos del alcohol, como sucede con frecuencia, por accidentes desgraciados de la vida. Agréguese a esto el espectáculo de seres deformes en cuya mirada no se

vislumbra el reflejo del pensamiento, ni de su boca se oye otro sonido que el grito gutural de aparente expresión feroz, y se podrá formar idea de la ruda labor que desempeñan las trece hermanas de la Caridad, dirigidas por la madre Anselma, francesa, con la cooperación espiritual del humilde e incansable capellán, presbítero Marco A. Ospina.

En los otros establecimientos de beneficencia queda la dulce satisfacción de que a veces se oyen palabras de aliento y de gratitud por el servicio recibido; pero en el Asilo del cual nos ocupamos, las hermanas sólo escuchan los denuestos e improperios de los enajenados, las frases incoherentes de los embrutecidos por el alcohol y la *chicha*, las debilidades de la decrepita ancianidad o las estentóreas carcajadas de los idiotas; y, para completar este cuadro de miseria, no son raros los ataques personales de los asilados furiosos, como sucedió no ha mucho con la hermana San José, a quien un loco sacó un ojo e hirió gravemente en el costado derecho.

En la actualidad está muy adelantada la construcción del suntuoso edificio destinado a los diferentes usos que debe tener este importante asilo, con los fondos que produce la venta de los terrenos que pertenecieron al antiguo convento de recoletos de San Diego y a la capellanía de Egipto. Una vez que esté concluido podrán vanagloriarse los bogotanos de poseer el mejor establecimiento de esta clase en Suramérica.

\*\*\*

Asilo de San José o de Niños Desamparados. Esta casa de beneficencia, fundada en el año de 1881 por iniciativa

particular de los señores Manuel Ancízar, Carlos Plata, Nicolás Campuzano, Saturnino Vergara, Rafael Rivas y Jenaro González, fue adquirida por compra hecha a los herederos del doctor Lorenzo María Lleras del local que este construyó con destino al Colegio del Espíritu Santo, situado en el camellón de occidente y contiguo al sitio conocido con el nombre de Pila Chiquita. La compra se hizo por la módica suma de \$ 10.000 en oro.

La necesidad de recoger y enseñar algún oficio a tantos niños hijos del pueblo que vagaban por las calles de la ciudad, fue el objeto que persiguieron los caritativos caballeros que dejamos nombrados. Al principio tropezaron con la cuasi imposibilidad de recluir y encaminar algunos de los centenares de *chinos* vagabundos, entregados a los vicios más repugnantes, vestidos de andrajos, durmiendo donde les cogía la noche, ejerciendo la ratería en todas sus formas, y, lo que era peor, esparciendo el letal contagio entre los muchachos que no saben de dónde vienen ni para dónde van, con los cuales se fundó el Asilo. Entre los primeros *zorros* que atraparon por medio de promesas y agasajos, se contaba uno cuyo nombre ignoramos, a quien los compañeros conocían con el apodo de “Siete Pelos” y los fundadores llamaban “Siete Demonios”: tal era la perversidad del muchacho; no tenemos necesidad de añadir que los demás catecúmenos no le iban en zaga.

El establecimiento adelantaba con relativa prosperidad y los niños trabajaban en los talleres de carpintería, zapatería, talabartería y sastrería; aprendían a tocar algunos instrumentos de música, y los más adelantados servían como cajistas en la imprenta que había en la casa.

Retirada la personería jurídica de la institución, en virtud de lo dispuesto por la Ley 100 de 1888, se hizo cargo del Asilo la Junta General de Beneficencia del Departamento de Cundinamarca, para ponerlo bajo las inmediatas órdenes de cinco hermanas de la Caridad, las que tenían por directora a la madre Gabriela, francesa, activamente secundadas por el malogrado sacerdote don Leopoldo Medina.

Este Asilo se halla en la actualidad bajo la inteligente dirección de los Hermanos Cristianos.

\*\*\*

«¡Yo sé que vive mi Redentor y que he de resucitar del polvo de la tierra en el último día, y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía y con este propio cuerpo veré a mi Dios!».

Tal fue el grito que arrancó lo acerbo de los dolores que sufría el leproso Job, y con el cual contestó a los crueles amigos que lo llenaron de improperios por la desgracia que pesaba sobre él.

¡Cuántos siglos han pasado desde que se profirieron tan consoladoras palabras, sin que hasta el presente se haya encontrado otro remedio a la espantosa enfermedad de la lepra!

No sabemos si los aborígenes americanos conocieron el lázaro; pero se cree que no. Es indudable que el primer español que lo sufrió en América fue el conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada, quien antes de morir dispuso que en la fosa donde guardaran su cuerpo deshecho, se pusiera una inscripción semejante al lamento de Job: *Exspectamus resurrectionem mortuorum...*

¡*La lepra...*! Esfinge indescifrable que ha vencido a la ciencia humana; que deja a sus víctimas el aliento de vida suficiente

para que sientan los crueles dolores causados por la descomposición del organismo, que abate el espíritu hasta la desesperación o lo convierte en foco inextinguible de odio hacia aquellos que están exentos de su terrible azote; que aviva el deseo insaciable de los goces sensuales, e impone el doloroso sacrificio del aislamiento y la consiguiente separación de los seres más queridos; que establece el entredicho de los contaminados con la sociedad; la lepra, en fin, que encierra problemas religiosos, políticos y sociales que nadie se atreve a resolver, ¡es el mal que se propaga en Colombia en proporciones alarmantes!

Hasta el año de 1864, en que se apropió el terreno de Agua de Dios, a las inmediaciones de Tocaima, veíamos a los lazarenos mendigando por las calles, y otros moraban en aquella población confundidos con la parte sana de sus habitantes: pero llegó el día en que los vecinos de Tocaima resolvieron arrojar ignominiosamente a los infelices leprosos que buscaban alivio en la bondad de ese clima, y desde entonces data el castigo de tan atroz iniquidad, en virtud del cual se trocó en pestífero uno de los mejores temperamentos conocidos en estas comarcas...

Meritoria y digna de elogio fue la acendrada caridad de los presbíteros Antonio Ramón Martínez e Hilario Granados, quienes prestaron con admirable abnegación sus servicios a los enfermos de Agua de Dios, antes de que los intrépidos salesianos, representados por los padres Unia, Cripa y Rabagliati nos dieran la demostración práctica de que no sólo en las islas Sándwich hay escenario donde puedan brillar las virtudes del inmortal padre Damián, ¡que causó la admiración del mundo!

\*\*\*

Sociedad Central de San Vicente de Paul. En el año de 1857 vino a Bogotá el distinguido sacerdote chileno doctor José Eyzaguirre, en misión especial de la Santa Sede, con el objeto de que los obispos de la entonces Nueva Granada enviaran alumnos pensionados al Colegio Latino Americano de Roma. Invitado el ilustre viajero a una sesión solemne de la Sociedad que, con el nombre de Academia Religiosa, se reunía en la sala capitular del convento de Santo Domingo, la misma que hoy sirve para oficina de apartado de correspondencia, insinuó la conveniencia de establecer en esta ciudad la asociación de San Vicente de Paul, bajo el mismo pie de las que existen en Chile.

«Algunos días después de la conversación del doctor Eyzaguirre —dice el malogrado Juan Buenaventura Ortiz, dignísimo Obispo de Popayán—, varios jóvenes hablaban en un corro sobre la posibilidad de realizar el pensamiento que los preocupaba. Alguno de ellos, haciéndose cargo de las dificultades con que se tropezaría desde el primer paso, preguntaba cómo se fundaría aquí una conferencia de San Vicente. “Así”, le contestó otro, y quitándose el sombrero lo presentó a sus compañeros, diciéndoles: “Una limosna, por amor de Dios”. Los otros se miraron sorprendidos; si hubieran sido librepensadores habrían estallado en una carcajada; pero eran todos cristianos, leyeron en el alma del que les presentaba el sombrero todo su pensamiento, dejaron caer algunas monedas en el cepillo improvisado, y se citaron para otro día. La Sociedad estaba fundada y debía su fundación a Mario Valenzuela.

«El joven fundador había nombrado a uno de sus compañeros, al señor Rufino Castillo, presidente; al señor José María Trujillo H., secretario, y para tesorero se había designado a sí

mismo. El tesorero tenía que crear el tesoro... Algunos días después, estaba hecho el reglamento provisional, de cuya redacción fue encargado el señor Trujillo, y la Sociedad se inauguró formalmente.

«El domingo 18 de octubre las personas que concurrían a misa a San Francisco se sorprendieron al ver un grupo de caballeros, jóvenes casi todos, y algunos ventajosamente conocidos en nuestros círculos literarios, que venían en corporación de la Sala Capitular, donde habían oído misa, recibían devotamente la sagrada comunión y volvían al convento. Esos caballeros eran los mismos que formaban el corrillo de pocos días antes, y algunos amigos que se les habían reunido: eran los señores Rufino Castillo, Mario Valenzuela, Ricardo Carrasquilla, Francisco Quijano C., Francisco de P. Franco, Matías Defrancisco y José María Trujillo H.».

Este fue el grano de trigo que cayó en buena tierra para producir el ciento por uno, y en cuanto a los que lo sembraron, sabemos que Castillo y Valenzuela siguieron la bandera que guía a los hijos de Loyola, para ser lumbreras de la Compañía de Jesús; Franco es un amigo leal, y Castillo, Trujillo, Carrasquilla, Quijano C. y Defrancisco duermen el sueño de los justos.

De todas las fundaciones laicas, ninguna alcanzó en Bogotá las vastas proporciones ni abarcó en su conjunto todos los ramos de la beneficencia, como la de San Vicente de Paul. Durante mucho tiempo la Sociedad no contó con más bienes que las limosnas colectadas; reuníase de prestado en locales ajenos donde no había sino unas pocas bancas toscas y una mesa desprovista de todo. Hoy es la sociedad de beneficencia más respetable que tiene la República.

No debemos terminar esta ligera revista de los establecimientos de beneficencia que hoy funcionan en Bogotá sin hacer mención de la Casa de Cajigas, destinada a retiros y ejercicios espirituales. Una familia que se preocupaba por la salud de las almas, dedicó la casa conocida con el nombre de El Dividivi, al extremo sur de la carrera 5.<sup>a</sup>, para el objeto indicado; pero por causas que ignoramos, este edificio pasó a manos extrañas, lo que dio origen al establecimiento de la de Cajigas, la cual no hay tiempo del año que no esté ocupada por ejercitantes de todas las clases sociales, dirigidos por los padres de la Compañía de Jesús y por otros notables sacerdotes del país.

«No sólo de pan vive el hombre», nos dicen los textos sagrados, y nosotros añadiremos que son incalculables los beneficios tangibles que se derivan de unos ejercicios espirituales bien hechos. ¡Cuántas restituciones llevadas a cabo! ¡Cuántos matrimonios arreglados! ¡Cuántos hijos pródigos vueltos al hogar doméstico! Y, ¡cuántas Magdalenas arrepentidas y purificadas por el dolor de sus extravíos dan testimonio del inmenso servicio que presta a una ciudad populosa el lugar destinado para retirarse por breves días el que quiere arreglar las cuentas pendientes con Dios, con la sociedad y consigo mismo!

## ▪ II

Ya hemos relatado los servicios de que disfrutaban los bogotanos en lo que dice relación con la beneficencia: veamos ahora el reverso de la medalla, y recordemos a la generación actual la situación de los establecimientos de caridad que tuvieron los santafereños.



La perturbación que sufrió el régimen colonial con los trastornos consiguientes a la guerra de Independencia se hizo sentir especialmente en los dos únicos establecimientos de caridad que fundaron los españoles en Santafé: el Hospicio y el Hospital de San Juan de Dios. Apenas estalló el movimiento de insurrección proclamado en esta ciudad el 20 de julio de 1810, cuando se instaló en el Hospicio el primer batallón de voluntarios, como para hacer con este primer despojo a los expósitos, el funesto y seguro presagio de la suerte que tocaría a los próceres y a sus hijos... Desde entonces quedaron los refugiados reducidos a vivir de los precarios recursos que allegaban los empleados de la casa, implorando la caridad pública en una sociedad empobrecida por los secuestros y las exigencias de la guerra, que todo lo consumió; y como no era justo arrojar a la calle a los infelices que existían en el establecimiento, les dejaron la porción del edificio que no podía dedicarse a otros usos, para que se quedaran en ella.

Fue allí donde sufrió la capilla el coronel Leonardo Infante cuando fue condenado a muerte. El gran claustro oriental, con el patio respectivo, sirvió para que nuestro ya conocido don Florentino Isáziga se exhibiera como avanzado volatinero: en el columpio, o *cuerda floja*, como él lo llamaba, se le veía ir y venir por los aires, desde el camellón, por encima de la cumbrera del tejado, ejecutando las más arriesgadas suertes. Las *sesiones solemnes* de la Sociedad Democrática de Artesanos, con sus tumultuosas barras y la correspondiente banda militar, tenían lugar en el mismo edificio, y en el claustro occidental, don Nicolás Quevedo Rachadell estrenó la primera compañía de zarzuela mística que recreó a los bogotanos en el año de 1857.

El primer local que se destinaba para ocuparlo como cuartel era el Hospicio, y en lo general, se le dedicaba a cualquier espectáculo público o a la exhibición de animales raros que por circunstancias especiales no podían ser exhibidos en otra parte.

Entretanto vivían en el Hospicio algunos idiotas monstruosos de ambos sexos, que eran el terror de los niños, cuando se les dejaba salir a mendigar, medio cubiertos con ruanas de jerga ecuatoriana o con túnicas de lienzo del Socorro, en tal estado de repugnante desaseo que, dondequiera que se detenían, dejaban la semilla de la plaga que llevaban consigo.

Había un bobo conocido con el nombre de Ezpeleta, probablemente porque en tiempo del gobierno de este virrey lo bautizarían en la casa, como expósito: este infeliz era mudo y deforme. Pedía limosna inflando los carrillos para que le abofetearan las mejillas, hasta que, al salir el aire comprimido, imitara el estallido de un tiro de pistola, operación que le valía un cuartillo cada vez que encontraba algún desalmado a quien divertir con este acto de inhumanidad extrema.

“Perico” se llamaba otro que encantaba a las gentes triturando vidrios en los macizos molares que tenía alojados dentro de un antro profundo, que así podía llamarse la enorme boca con que lo dotó la ingrata suerte. Cada uno de estos desheredados hacía ostentación de aquello que la espantosa noche intelectual en que vivían les sugería como a propósito para mover el corazón de aquellos a quienes se dirigían implorando una limosna que atenuara algún tanto la miseria en que estaban.

¡Y pensar que había seres racionales para quienes era *inocente diversión* hacer bailar a esos desgraciados y burlarse de las barbaridades inconscientes que ejecutaban!

Aún queda como antigua enseña en el Hospicio el postigo atado a una cadena por donde se echaba a los niños que abandonaban las madres...

¡Estaba reservado al Rey de la Creación el abandono de su progenie y el desconocimiento de su sangre! Todos los animales tienen el instinto de la conservación de su especie y hacen manifestaciones inequívocas del amor maternal que los anima, y del orgullo con que aceptan y cumplen los deberes que les impone la naturaleza. Pero hay más: la generalidad de los brutos vienen al mundo en condiciones mucho más favorables que el hombre, quien perecería irremisiblemente si, al nacer, se le dejara entregado a su propia suerte: por esto, el abandono del niño es un acto criminal complejo, cuyas consecuencias no pueden preverse, y desconocido entre las criaturas irracionales para vergüenza del hombre. Los paganos y algunos pueblos bárbaros del Oriente permitían el abandono de los niños y dar muerte a los que nacían deformes; pero el cristianismo condenó la crueldad de tal procedimiento y estableció el principio absoluto de que todo ser pensante que viene al mundo tiene derecho a vivir, y enseña que la madre, que voluntariamente desatiende al hijo a quien dio la vida, ofende al Cielo y viola los más sagrados fueros de la humanidad.

No quisiéramos referir lo que pasaba en el Hospicio con las criaturas inocentes, la mayor parte desconocidas, que moraban en el lóbrego edificio.

Privados los niños del calor del seno maternal, escrofulosos, escuálidos, sin abrigo, extraños al inocente goce de las caricias, viendo el ceño adusto de guardianes indolentes, sin conocer lo apacible de la sonrisa y dominados por marcado aspecto de

concentrada tristeza, como si quisieran penetrar el misterio de su existencia y el porqué de la desgracia que sobre ellos pesaba.

No oían los pobrecitos una voz de aliento ni de consuelo en los dolores físicos y morales que los asediaban por todas partes, alimentándose con la voracidad de una camada de *lechones* que se disputan el sustento, y sufriendo castigos desproporcionados por las menores travesuras infantiles, sin conocer el encanto de cerrar los ojos arrullados por la madre después de invocar el nombre de Dios y de María, para despertar al ruido de imperativa voz que los separaba de los ángeles con quienes soñaban, para volverlos a la terrible realidad de niños expósitos...

A mejorar, en lo posible, el cuadro sombrío que dejamos bosquejado, contribuyeron los señores doctores Ignacio Antorveza, Juan de Dios Riomalo y José Segundo Peña, quienes pusieron en claro los capitales pertenecientes al Hospicio que pudieron salvar, y hacer efectiva la considerable donación hecha por el caritativo señor Escolástico Nieto, vecino de Cáqueza, en el año de 1858, con el concurso del doctor Francisco E. Álvarez.

Para evitar que las nodrizas cambiaran los expósitos que llevaban al campo, pusieron en planta la sentencia de Salomón con las dos madres: en caso de duda, decidían que el niño que aquella presentaba, se quedara en la casa o lo amamantara otra nodriza. El efecto era infalible: si el niño era hijo de esta, ponía los gritos en el cielo; si era el expósito, oía la decisión con indiferencia.

No terminaremos esta ingrata relación de lo que pasaba en la Casa de Refugio sin traer a la memoria, siquiera sea rápidamente, al antiguo capellán, doctor José Romualdo Cuervo.

Entre los que figuraron en las expediciones científicas que en este país llevaron a cabo los sabios barón de Humboldt, Bonpland, Celestino Mutis, Boussingault, Francisco José de Caldas, Francisco Matiz, La Condamine y el barón Gros, se contaba un joven de constitución recia, de ojos negros vivísimos, de tez morena y cuerpo ágil, dominado por una curiosidad que rayaba en impertinencia, de temeraria intrepidez para trepar a los corpulentos árboles en busca de orquídeas y para ascender o descender a vertiginosas alturas o a espantosas simas, sin temer a las fieras ni a los reptiles venenosos, consumado nadador y gran jinete. Los jefes de dichas expediciones lo estimaron no sólo por las cualidades descritas, sino también por la probidad, inteligencia y espíritu religioso que distinguían todos los actos del joven compañero.

Andando el tiempo resolvió dedicarse el novel explorador a la carrera eclesiástica, sin abandonar la inclinación que tenía por el estudio de las ciencias naturales. Apenas recibió las órdenes sacerdotales empezó a servir con lucimiento algunos curatos de almas, después de lo cual obtuvo el nombramiento de capellán del Hospicio, destino que desempeñó hasta que murió, hace algunos años.

En la casita contigua al Hospicio vivía el bondadoso sacerdote, entregado a las labores de la horticultura y jardinería, donde aclimató muchas plantas y árboles exóticos que tenía gusto en propagar: allí se le veía rodeado de los niños a quienes enseñaba prácticamente el oficio de agricultores. Era interesante el modo como se hacía querer y respetar de los chicuelos: se llenaba los bolsillos de golosinas y se ponía a la cabeza de los expósitos a fin de que lo ayudaran en alguna de las faenas del

oficio; los que llegaran primero tenían derecho a sacarle algo de lo que llevaba consigo.

Cuando el doctor Cuervo se presentaba en el establecimiento, lo acometían los muchachos, dándole los más tiernos epítetos y asiéndole de las ropas: para desprenderse de los asaltantes les hacía caricias y les regalaba algunos de los juguetes que se procuraba pidiéndolos a los amigos caritativos.

No era menor el interés que tomaba por establecer, en casas de reconocida moralidad, a las asiladas cuya edad imponía la necesidad de que salieran del Hospicio.

Cuidaba con esmero un pequeño museo de los objetos de todo género que había recogido en sus excursiones, y en su amor por descubrir los secretos de la naturaleza se hizo bajar a las profundidades del Salto de Tequendama, Puente de Pandi y Hoyo del Aire, empleando el mismo sistema atribuido a Don Quijote por Cervantes, cuando descendió el famoso hidalgo a la Cueva de Montesinos.

\*\*\*

En el Hospital de San Juan de Dios quedó como capellán *ad-hoc* el reverendo padre fray Mariano Vargas, único de los hospitalarios a quien dejaron en el edificio, porque no estaba *en sus cabales*, o mejor dicho, tenía sus puntas de loco: nunca llegó a persuadirse que ya no había Nuevo Reino de Granada, ni que el presidente de la República no fuera el señor virrey. Pero donde se exhibía magnífico era en el desempeño de las funciones de capellán, al exhortar a los moribundos, por los discursos que les espetaba y las comparaciones que hacía este mundo y el otro...

Del antiguo convento y hospital sólo estaban destinados para enfermerías y asilo de locos los claustros orientales del edificio, porque el gran patio y edificio contiguo a la iglesia los ocupaban como cuartel, en cada ocasión que se necesitaba, o lo alquilaban para espectáculos públicos.

Fue precisamente en este mismo patio en donde el dictador José María Melo, en 1854, convocó a los padres de familia y demás ciudadanos de Bogotá con el objeto de que prestaran apoyo al movimiento político iniciado el 17 de abril de dicho año. Todos concurrieron con las mejores intenciones, temiendo los males de la revolución; pero el dictador se presentó de uniforme militar, botas altas con espolines y un enorme sable que arrastraba con siniestro ruido sobre las baldosas; y en vez de contestar los saludos respetuosos de los circunstantes, se trepó en uno de los antepechos de los corredores, y de esta tribuna improvisada arrojó una *carretada* de ajos y bravatas vulgares que amedrentaron a los concurrentes, quienes huyeron por donde pudieron antes de que Melo hiciera efectivas sus amenazas.

Propiamente hablando, el establecimiento tenía más analogía con el *Caravanserail* de los árabes que con los hospitales de beneficencia. La mayor parte de las piezas altas estaban ocupadas por gentes menesterosas de ambos sexos, que entraban y salían cuando les daba la gana; en los pocos salones destinados para enfermerías había, a lo largo de las paredes, cujas de madera barnizadas de rojo, con alto respaldo, en el cual se veía el número que correspondía al desgraciado enfermo que allí caía. Debajo de cada cama guardaban estos los trastos que necesitaban, junto con los víveres, el carbón y otros objetos que les servían para preparar los alimentos o

aguas cocidas, todo lo cual daba a las enfermerías el aspecto de cocinas por el humo del combustible.

La gente del pueblo tenía la persuasión de que todo el que moría en el Hospital se salvaba, motivo por el cual llevaban a los enfermos cuando estaban en las últimas boqueadas. En la ropería no se encontraba ni lo estrictamente indispensable para las necesidades del establecimiento y, en cuanto al servicio de botica, era tan malo y deficiente que en una ocasión en la cual se presentaron algunos casos de fiebre tifoidea (*tabardillo*) embadurnaron a los enfermos con *barniz de brocha* para combatir las petequias y evitar el contagio; *goma tragacanto* y *agua común nitrada* era por lo general la panacea que les daban.

El depósito de las basuras y desperdicios de la casa se hacía en los grandes patios. El agua era escasa e intermitente, y las cloacas salían a las acequias superficiales de la calle.

Al frente de la puerta que da al oriente del Hospital tenían establecido el departamento de locos, metidos en estrechas jaulas oscuras, húmedas y frías: los gritos estentóreos de estos no era el menor tormento que sufrían los enfermos, sin tener en cuenta la fetidez que exhalaban.

El reducido número de sirvientes y la mala disciplina de estos hacían imposible el esmero con que debe cuidarse a los enfermos. No era raro que el que moría permaneciera en el lecho por muchas horas, sin que advirtieran que ya estaba corrompido; en otras ocasiones invertían los términos, y los daban por muertos antes de tiempo, pero en uno u otro caso les ataban una cuerda a los pies y los conducían arrastrándolos al anfiteatro.

Por allá en los años de 1844 a 1847 vino el súbdito francés Juan Dardelin, quien puso como enseña en su establecimiento,



contiguo al de la Rosa Blanca, una tabla con el siguiente letrero: *Charcuterie de Paris*. Gran novedad causó entre los santafereños el anuncio, que no entendían, hasta que los más aventajados en lenguas explicaron el sentido de la palabra. Por el mismo tiempo se juntaban en las noches de luna algunos tunantes que se divertían cambiando las tablas con letreros para colocarlas donde les parecía que estarían con más propiedad: sobre la puerta de una pesebrera se hallaba una en la cual se leía: *Aquí se cuidan caballos*; y en otra, colocada sobre la puerta de entrada, en el costado sur del edificio de San Bartolomé, se leía: *Seminario Conciliar del Arzobispado*; pero en la noche menos pensada las cambiaron.

La enseña de cierta botillería en la cual anunciaba sus artículos de venta por medio del siguiente gráfico letrero: *Pancho cola te belazco minos y otros artículos abendajados*, la traspusieron a la farmacia del doctor Miguel Ibáñez, situada en la primera Calle Real.

Y para consuelo póstumo de los santafereños, copiamos enseguida dos letreros que dan la prueba de que en estos asuntos no fueron los inventores.

En París, en el gran cementerio del padre Lachaise, se lee en una tumba lo siguiente:

*Ci-git Armand Rubaud: sa veuve desolée continue ses affaires, rue Du Bac, 69 bis. Requiescat in pace.*

En Pompeya escribió un boticario sobre la puerta de su botica la siguiente advertencia para que no la confundieran con las sentinas:

*Ociosus locus hic non est, descende moratur.*

Todo fue saberse el significado de la enseña de *monsieur* Dardelin, y trasponerla a la puerta del Hospital que daba entrada al *titulado* anfiteatro anatómico. Ya veremos si había razón para ello.

Al sur de la iglesia de San Juan de Dios había un salón con ventanas que daban a la carrera 10.<sup>a</sup>, destinado al estudio práctico de anatomía. Sobre una mesa forrada en hoja de lata, con agujero en el centro para que salieran los líquidos y recogerlos en un platón de barro que colocaban debajo, extendían el cadáver en el cual debían aprender los estudiantes la estructura humana, previa destrucción de los millares de piojos que tenía aquel en la cabeza, operación que consistía en prender paja a fin de que con la llamarada se quemaran los insectos y el cabello, lo cual dejaba la cabeza como chicharrón, incluso las cejas, pestañas y barbas, cuando las tenía, y que corrían la misma suerte.

En el furor por aprender los practicantes de la ciencia de Galeno, disecaban los miembros que más les llamaban la atención, para lo cual los exponían colgados en las ventanas que daban a la calle, a fin de aprovechar el sol y el aire, tan necesarios al buen éxito de la operación: esto daba lugar a que los transeúntes se recrearan viendo balancear al viento los diferentes miembros humanos, incluso los intestinos inflados.

Apenas expiraba alguno de los enfermos, pasaba el cuerpo a ser propiedad de los presidiarios encargados de darles sepultura; pero antes los vendían a los anfiteatros que existían en los colegios del Espíritu Santo, de Nuestra Señora del Rosario y de San Buenaventura, a razón de cuarenta centavos cada ejemplar, con la obligación de volver por los despojos que restaran

en definitiva, pues en estos planteles también hacían la correspondiente exposición.

Cuando ya la putrefacción de los cadáveres alcanzaba el máximo de intensidad, echaban los presos las fétidas carnes en un gran cajón para llevarlos a enterrar en el cementerio; y si en el trayecto se caía alguna lonja de carne, no faltaba hambriento perro que la recogiera. Ítem, las sirvientas que pasaran distraídas por la puerta del Hospital podían contar con toda evidencia que entre los víveres que entregaban en la casa les sobrarían orejas, ojos o falanges de los dedos, que los estudiantes se complacían en echarles entre el canasto.

Véase, pues, que en el antiguo anfiteatro anatómico del Hospital de San Juan de Dios había cómo dejar satisfecho al más furioso antropófago.

Por demás peligroso era entrar enfermo al Hospital, cuando se padecía alguno de los accidentes que producen muerte aparente; y para que no se crea que exageramos, referiremos, entre otros, dos de los casos que por su originalidad se hicieron públicos.

Los médicos, doctores en ciería, Antonio María Silva, Vicente Lombana y Camilo Manrique (el “Loro”), repasaban las materias sobre las cuales debía versar el examen para obtener el profesorado. Lo angustiado del tiempo los obligó a estudiar por la noche, y al efecto se proveyeron del cadáver que necesitaban: este daba señal de haber sido un mozo robusto. Una vez en el anfiteatro, convinieron en que Manrique cortaría, ayudado por Silva, y en que Lombana alumbrara con la vela que tenía en un farol. Todo fue sentir el muerto la incisión que le hizo el bisturí de Manrique, y abrazarse a este con toda la

fuerza de que era capaz, implorando auxilio a gritos para que no lo asesinaran: Lombana y Silva huyeron despavoridos y a tientas, porque se les apagó la luz; al ruido que hicieron estos, acudieron otros estudiantes de los que vivían en el Hospital, y reunidos se atrevieron a entrar al anfiteatro, donde vieron al resucitado, quien se debatía sobre la funesta mesa con Manrique desmayado, cubierto con la sangre que se escapaba de la herida que hizo en el pecho a su contendor.

Atanasio Hurtado, negro liberto de Popayán, venía de Anolaima a Santafé a vender el almidón y el sagú que elaboraba; pero le daban ataques de catalepsia, en uno de los cuales lo llevaron al Hospital. Pasadas algunas horas sin que el enfermo diera señales de vida, el médico declaró que estaba muerto, y sin esperar otras razones, los sirvientes le ataron los pies con una cuerda para conducirlo al anfiteatro. Felizmente para el pobre negro, lo bajaban arrastrando por la gran escalera, dando golpes con la cabeza en cada una de las gradas de piedra que le hacían bajar, hasta que, ya casi en la última, logró descabrase y volver en sí.

El negro vivió algunos años más; pero nunca volvió a pasar por la calle del Hospital, temeroso de que se repitiera el lance.

También debemos recordar a los bogotanos el modo como se ejercía en Santafé la profesión lucrativa de la mendicidad.

En los portales que existían en la casa que edificó el virrey Ezpeleta el año de 1793, al costado sur de la capilla del Sagrario, se reunían por la noche los mendigos de la ciudad que estaban sujetos a Roque Gutiérrez, mulato caucano, quien exhibía pestilente llaga en una pantorrilla, como diploma de maestro consumado en el oficio. El lugar indicado era el harem de Gutiérrez

y los demás holgazanes que vivían a costa de la mal entendida caridad pública, acompañados de las correspondientes coimas tan asquerosas como ellos. A las siete de la mañana se desperezaban para situarse en el atrio del templo de San Ignacio, con el objeto de calentarse al sol y tomar desayuno de chocolate de harina, mogolla y trago de aguardiente, que se hacían servir de las tiendas de chichería situadas al frente de la misma iglesia: aquí recibían instrucciones del jefe, después de lo cual se diseminaban por la ciudad a ejercer el oficio, para volver por la noche al lugar de reunión.

Los mendigos separados de la comunión de Gutiérrez pululaban por las calles y dormían en los huecos de las puertas de las casas; pero unos y otros pedían limosna empleando todos los diminutivos que expresaran la dolencia que fingían. El aspecto de la Calle Real en la mañana del sábado era espantoso, porque acudían todos los mendigos de la ciudad y de sus alrededores a cobrar la limosna que les daban los comerciantes.

Afortunadamente llegó el día en que el gobernador de Cundinamarca, señor Ignacio Gutiérrez Vergara, resolvió poner punto final a estas zambras, que eran ignominiosas para Bogotá: al efecto recogió a todos los mendigos que no se alejaron de la ciudad en el año de 1868, y los encerró en el asilo de San Diego, siendo este el primer paso que se daba para disminuir la mendicidad, que era verdadera plaga.

Entre los locos que enjaulaban en el Hospital de San Juan de Dios, cuando se enfurecían, citaremos tres que merecen recuerdo.

“Perjuicios” llamaban a un magnífico ebanista que perdió el juicio al volver de Alemania, donde se educó. Vestía de

jirones andrajosos pegados con cola hedionda, y una vez que le salió un uñero en la mano izquierda, se cortó el dedo con el formón, diciendo: «Mientras menos bulto, más claridad».

“Perjuicios” vivía perorando, siempre de buen humor, y solía ayudar a misa.

En una ocasión salió al altar acompañando al reverendo Padre Guinea, candelario, quien decía la misa por el mismo estilo de las llamadas de *dos yemas*, que celebraba el popular padre León Caicedo: al ver “Perjuicios” que el buen padre no daba señales de vida durante el *memento* por los difuntos, se puso de pie, apuró el vino y el agua que contenían las vinajeras, apagó las velas, y acercándose al oído del celebrante le dijo: «Cuando acabe, cierre la puerta de la iglesia...», ¡y se fue!

Con el nombre de “Pacha Muelas” se conoció una excelente repostera que vestía el hábito de beata de Santo Domingo. Cuando estaba lunática y la llevaban a la jaula, tenía un pico saladísimo, sobre todo por las desvergüenzas que soltaba. Viendo una vez que no la dejaban salir, aprovechó el primer descuido del guardián para meterse en el cajón en que conducían al cementerio los restos humanos que sobraban en el anfiteatro anatómico. Ya se deja comprender que se necesitaba ser loca rematada para evadirse en tal vehículo.

Los presidiarios emprendieron camino con el cajón, custodiados por dos soldados, persuadidos de que llevaban despojos de muerto: al llegar al cementerio dejaron la carga junto a la puerta mientras tomaban un *golpe de chicha* en el ventorrillo inmediato.

En lo mejor de las libaciones estaban los presos y los soldados, cuando “Pacha Muelas” levantó de un puntapié la tapa del cajón, tomó el brazo de un cadáver y acometió a los soldados

y presidiarios, quienes huyeron despavoridos por donde pudieron al ver aquel fantasma inesperado.

“Mauricia” se llamaba otra loca muy graciosa: visitaba las familias donde había muchachas, con el objeto de darles reglas fijas en lo tocante al modo como debían conducirse con los *cachacos* rebeldes al matrimonio. Costaba trabajo que anduviera vestida, porque decía que era la mujer de Adán, y así solía vérsela en medio del bullicio de la plaza de mercado, ¡que ella llamaba el *paraíso terrenal!*

Antes de terminar la relación de lo concerniente a la beneficencia, daremos cuenta del episodio trágico que sucedió en el Hospital de San Juan de Dios en el año de 1871.

Entre el personal que formaba la compañía dramática que trajo de España a Bogotá el señor Emilio Toral, se contaban los hermanos Manuel y María Herrera, esta de veintiún años de edad, regularmente parecida, de índole suave y paciente, hacendosa, pulcra en su persona y de fisonomía simpática; José María Torres, apuntador, y Guadalupe Echeverría, viuda de Manuel, que murió tísico en esta ciudad.

Torres ascendió en la compañía al grado de galán de tercer orden, o hablando con propiedad, a cómico de la legua. Tendría cuarenta y cinco años de edad, de mediana estatura, desairado en sus movimientos y de conjunto nada atractivo.

*Quien feo ama, lindo le parece.*

El exapuntador estaba comprometido a casarse con la viuda de Herrera; pero por razones que ignoramos, Torres rompió con esta y propuso matrimonio a María, quien aceptó el envite.

María trabajaba de noche en el teatro, y durante el día ayudaba en el despacho del almacén del señor Juan Gilède, *jeune*, situado en la Primera Calle de Florián: este caballero estaba satisfecho con la conducta de la joven dependiente.

Como prueba de cariño, obsequió María a su prometido varios objetos que compró al señor Gilède; mas apenas supo Guadalupe este incidente, dijo a Torres que el regalo de su última novia era el fruto de un crimen, porque esta lo había hurtado en el almacén.

Torres estaba apuntado a dos cartas, sin saber con cuál quedarse. Evidentemente no amaba a María, porque tuvo valor para devolverle el obsequio, diciéndole con fría crueldad que no aceptaba regalos de una ratera...

María recibió los objetos que le devolvió Torres, sin decirle una sola palabra; pero la vil acción del que ya consideraba como su novio fue el dardo que le desgarró sin piedad el corazón.

María tuvo siempre propensión al suicidio, como se nota en las personas que tienen valor para sufrir dolores físicos, pero que son cobardes para luchar con las tormentas del alma... Dejó en Sevilla a su anciana madre para venir a América con Manuel, el hermano querido, en busca de gloria y fortuna: al ver la prematura muerte de este, hizo la primera tentativa para seguir al compañero de su infancia. Felizmente pudieron neutralizarle a tiempo los efectos del narcótico que había tomado.

Al verse despreciada por Torres, y en la seguridad de que su rival tenía gran parte en el desleal procedimiento de aquel, resolvió poner fin a la vida que para ella era un fardo insoportable.

La víspera de consumir el criminal designio, María interpretó con maestría el papel de Lola, en *La flor de un día*, representada



a beneficio del artista colombiano Domingo Torres. Al manifestarle este su agradecimiento por el desinteresado servicio que le había hecho, aquella le contestó con glacial indiferencia: «Fue mi última representación en el teatro»; y como el beneficiado le ofreciera una copa de champaña, la simpática artista la apuró de un trago, mirándolo con fijeza, al mismo tiempo que le dijo: «Es la última copa que tomo con mi buen amigo...».

Una vez resuelto el suicidio por María, se recogió en su lecho y durmió en completa tranquilidad hasta el día siguiente: se levantó, arregló su tocado, embaló convenientemente los pocos objetos que poseía, y bebió el mortal tósigo que, según ella, debía librarla del oprobio con que la repudió su prometido, y de los celos de la implacable Guadalupe.

Consumado el horrible atentado, esperó la muerte con aparente indiferencia, hasta que los crueles efectos del corrosivo que le desgarraba las entrañas le arrancaron gritos de dolor, pero no de arrepentimiento.

María fue conducida al Hospital de San Juan de Dios, donde se hicieron todos los esfuerzos humanos para salvarla; desgraciadamente era demasiado tarde cuando la llevaron.

La noticia del trágico suceso llegó a oídos de los compañeros de profesión de María, quienes se presentaron en el Hospital con el objeto de aliviar la suerte de la desdichada, sin caer en la cuenta de que iban a representar un verdadero y lúgubre drama. Los cómicos trataron de influir con José María Torres, el principal causante del envenenamiento de la joven, para que se desposara con esta *in articulo mortis*; y como la moribunda oyera la cruel negativa de su prometido, le dijo con acento que revelaba la profunda herida que le destrozaba el alma:

—¡Y me dejas morir desesperada...!

Pero los momentos que restaban de vida a la pobre María estaban contados; el capellán del Hospital exigió de los comediantes que lo dejaran solo con la agonizante, en atención a que ya no había esperanza de salvarle la vida a la infortunada, y era preciso aprovechar el soplo de aliento que aún la sostenía para que la desgracia de la suicida no fuera eterna...

Antes de que salieran del salón los compañeros de María llamó a Guadalupe, y con voz entrecortada por el hipo de la agonía, le dirigió estas sublimes palabras:

—Guadalupe, hermana... ¡toma el anillo que me regaló mi madre cuando me dio su bendición en Sevilla, antes de partir para no volverla a ver...! Que este recuerdo de la infortunada María te sirva de talismán contra los azares de la suerte que para mí fue tan cruel!

«Te dejo el ajuar de novia que tenía preparado para casarme con Torres: que él te sirva a ti, si como pido a Dios, llegas a tener la dicha de llamarte su esposa... Perdóname el mal que te hice sin quererlo, y no olvides pedir a la Virgen del Pilar que me salve, en atención al desamparo en que me vi...».

El capellán alcanzó a dar plena absolución a la desdichada joven, quien no pudo dejar el mundo con pesar; pero sí arrepentida por haber hecho a Dios el ultraje de despreciar el don que le hizo de la vida.

El desaliento de ver desconocida y vilipendiada su virtud condujo a la infortunada María a la desesperación: estaba reservado al examen anatómico de sus despojos mortales dar la prueba de la absoluta pureza de costumbres de la que ya no existía.

\*\*\*

Poco tenemos que contar de las cárceles de Santafé y Bogotá. El absurdo sistema correccional de la Madre Patria lo trasladaron a las posesiones de ultramar, con todos sus inconvenientes y ninguna de las ventajas, si tuvo alguna.

La galera por lugar de castigo y el galeote como engendro de esta fueron el prototipo del sistema penal de España: no negamos que construyeron presidios formidables en diversas plazas fuertes, escogiendo los climas deletéreos para que la muerte completara en los condenados lo que la justicia de los hombres había iniciado.

El resultado de tal sistema era infalible: se buscaba el castigo del culpable y no la enmienda; de aquí que el criminal que no moría en alguna de la mazmorras en que lo sepultaban en vida, saliera perfeccionado en el arte de consumir todos los delitos, porque parecía que se tuviera especial cuidado en extinguir los sentimientos nobles de sobrevivieran en los reos.

Santafé tuvo una sola cárcel para encerrar los presos por delitos comunes, situada en el lugar que hoy ocupa el ángulo noroeste del Capitolio: para guardar a las mujeres, apropiaron el inadecuado edificio conocido con el nombre de El Divorcio, sito en la que hoy es carrera 11.

Algunos años antes de emprenderse la construcción del Capitolio, pasaron la cárcel de hombres a la casa que pertenece a los herederos del señor Hermógenes Durán, en la calle 10, a pocos pasos de la Plaza de Bolívar. En el año de 1864 apropió el Gobierno el antiguo Colegio de San Buenaventura para transformarlo en casa penitenciaria de condenados de ambos sexos, llevando a cabo importantes reformas en el establecimiento, hasta lograr que los reclusos hicieran notables progresos en la

moralidad de las costumbres y en la fabricación de alfombras de *fique*, alpargatas, lazos, tejidos de algodón y de lana, obras de carpintería, herrería, talabartería, escultura y otras, cuyos productos servían para que contribuyeran los presos a su alimentación y vestido, quedando a favor de estos un ahorro que se les entregaba cuando los ponían en libertad.

No podía ser más deplorable e inhumano el tratamiento que se daba entre nosotros, no sólo a los reos rematados, sino a los detenidos o enjuiciados. Todos permanecían confundidos en un mismo edificio, sin tenerse en cuenta la edad del preso, de manera que el niño vagabundo de las calles encontraba en la cárcel al profesor experimentado que le daba instrucciones precisas para que mejorara de situación cuando lo dieran libre: idéntica cosa pasaba en la cárcel de mujeres, con la circunstancia agravante de que cuando el número de detenidas se aumentaba considerablemente con las de mala vida, solían enviarlas a los Llanos de San Martín o a las playas del Magdalena, en donde podían encontrar llaneros o bogas con quienes llevar vida marital; pero la mayor parte de estas desgraciadas iban en tal estado de salud, que hasta los caimanes y los tigres les hacían el asco.

En Guaduas había una casa de reclusión en la que encerraban a las reas rematadas, a quienes ocupaban en la confección de cigarros: ignoramos las causas que determinaran la supresión de este establecimiento de castigo. La ley por la cual se extinguió el monopolio del tabaco debió ser la principal.

La pena de muerte por medio de la horca se aplicó hasta el advenimiento de la República, en que se cambió el sistema por el de fusilamiento para los asesinos, o en castigo de crímenes

atroces; pero encontraron otro método expeditivo para salir de los presidiarios, enviándolos a trabajar en climas mortíferos, viviendo a la intemperie, sin otra seguridad personal que la custodia de un batallón de soldados; y como las fiebres no hacían distinción entre los custodiados y custodios, pronto daban razón de todos, sin que quedara alguien para contar el cuento, como sucedió en la trocha que hizo abrir el ingeniero Poncet, de Sietevueltas a Guaduas.

Los reos que rodaban con fortuna quedaban en Santafé para ocuparlos en el aseo de la ciudad, oficio que consistía en barrer las acequias y en remover los muladares para dejar expedito el campo donde renovarían los vecinos estos focos de infección.

Si aumentaban los perros sin dueño conocido, hecho que sucede aún, salían los presos armados de lanza, acompañados de la correspondiente escolta, a dar en la ciudad el horrible espectáculo de lancear a los canes que encontraban en las calles, sin duda para producir en los hombres sanguinarios el hastío de verter sangre. En una de esas sesiones de carnicería canina lancearon un famoso lebrél del ministro francés, *monsieur* de Lisle, quien estuvo a punto de intentar reclamación diplomática por el desafuero cometido con un *miembro de la Legación*.

Con el fin de evitar los aullidos lastimeros de los alanceados perros, las filantrópicas autoridades cambiaron la lanza por la píldora de estricnina, con la cual obtenían dos cosas: mataban sin ruido y proporcionaban a los transeúntes el espectáculo de la muerte producida por el tétanos. Felizmente para Bogotá, el señor Juan Marcelino Gilibert, director general de la Policía Nacional, dispuso la construcción del carro-jaula donde se

recoge a los innumerables perros que recorren las calles, para ejecutarlos, ciñéndose a las reglas del arte.

Pero hay un ramo del sistema penal en Colombia que no ha permanecido estacionario, sino que ya alcanza proporciones alarmantes para la moralidad del país: nos referimos a la profunda corrupción en que ha caído el servicio doméstico. Ya hicimos algunas observaciones a este respecto en otros capítulos de las *Reminiscencias*; pero como la intensidad del mal aumenta en progresión geométrica, queremos poner el dedo en la llaga, aun cuando sea para dejar constancia de que sí hubo quien diera la voz de alarma a fines del siglo XIX.

«¡Entre criadas te veas!», fue la maldición que lanzó una vieja contra su ingrata hija. «¡Qué felices seríamos si no tuviéramos que lidiar con las sirvientas!», oímos decir con frecuencia a los recién casados; de donde sacamos la deducción de que la cruz del matrimonio son las criadas.

Pero ¿qué hacemos para corregir el mal y producir el bien? Algo peor que nada: se las recoge en las calles para llevarlas al retén a que duerman la *mona* y cobren mayores bríos para continuar vida de escándalo. Lo más grave en este asunto es que el mal ha llegado a erigirse en costumbre, y de esto proviene que todos, chicos y grandes, ricos y pobres, jóvenes y viejos, nobles y plebeyos, justos y pecadores, se crean con perfecto derecho para requerir amores a las sirvientas, donde pueden y como pueden, y que estas a su vez les correspondan de la misma manera, sin que ni unos ni otras malicien que ofenden a Dios y al prójimo con tal procedimiento.

¡Qué desgracia es tener criada bonita en la casa! Este hecho, de suyo inocente en otras partes impone a la madre de familia,

entre nosotros, el deber de convertirse en sirvienta de aquella para preservarla de los pretendientes que la persiguen sin tregua, como los moscardones a la miel; y lo peor de este asunto peliagudo es que las más de las veces no es el enemigo exterior el más temible... Sus presuntos *protectores* internos son los peores.

Cuando las acontecidas sirvientas quedan inútiles para el servicio, vagan por las calles y plazas entregadas a todos los vicios imaginables, sin que ellas mismas tengan conciencia exacta de lo que hicieron ni de lo que hacen.

La conmiseración que inspira esta clase social, digna de mejor suerte, fue el aliciente que tuvieron las Hermanas del Buen Pastor para venir a Bogotá en el año de 1890.

Acogidas con benevolencia por el Gobierno de Colombia, se las puso en posesión del local comprado al efecto: no tenían rentas ni emolumentos; pero el enérgico e infatigable arzobispo Velazco dirigió invitaciones a varias señoras y caballeros en solicitud de recursos para establecer en el país la primera Casa de Corrección que mereciera tal nombre.

He aquí los nombres de las primeras hermanas que vinieron a Bogotá con el objeto de cumplir una de las más sublimes y arduas misiones que puede emprender la mujer: madre Natividad, norteamericana. Hermanas: San Emiliano, norteamericana; Tomasina, inglesa; San Francisco de Sales, Magdalena y Eulalia, irlandesas. La última sucumbió llenando con admirable consagración las penosas tareas del servicio doméstico en favor de las refugiadas.

Nos faltan palabras para hacer la apología de la heroica tarea impuesta a las hermanas. En la Casa de Corrección de San José tienen asiladas ochenta muchachas pertenecientes a

la sección de magdalenas arrepentidas o niñas de preservación, a quienes tratan como a hijas y sirven como a señoras; les dan instrucción religiosa y escolar, y les enseñan algún oficio.

El Gobierno del Departamento de Cundinamarca puso a disposición de las hermanas la casa de Tres Esquinas para encerrar a las mujeres castigadas con pena de arresto por pocos días: el establecimiento prosperaba y a las penadas se les trataba como a seres racionales, dormían en buenas camas, tomaban sanos y abundantes alimentos en platos y tazas de loza de pedernal, se bañaban el cuerpo en la copiosa acequia que atraviesa el predio, jugaban con las hermanas y estaban *a toda leche*, como dicen los campesinos; pero este tratamiento debió parecer malo al pueblo soberano, puesto que en los motines del 15 y 16 de enero de 1893 entró a la Casa, soltó a las presas, rompió lo que no pudo llevarse, y si las hermanas no huyen en tiempo, ¡Dios sabe cómo lo habrían pasado!

En la actualidad están instaladas en la misma Casa de Corrección las jóvenes asiladas y las mujeres de toda condición, a quienes la Policía impone encierro de uno a sesenta días, por faltas que no alcanzan a la gravedad de delito. Para que pueda estimarse la extensión del mal, es bueno que se conozca el número de penadas que han entrado durante tres años: ¡13.000 mujeres!, castigadas por faltas contra la moral y buenas costumbres, la mayor parte; siendo lo mejor de esta historia, que las taimadas se cambian el nombre por el de las señoras y señoritas donde han servido...

Figuraos la gota de rocío que cae en el centro de una caldera llena de lava en ebullición, sin que aquella pierda su pureza, y podréis tener idea de las Hermanas del Buen Pastor en medio



de esa aglomeración femenil, inmunda y corrompida en todo sentido, sirviendo personalmente a las mujeres más desvergonzadas del universo, y llevando la abnegación hasta dormir al lado de aquellas fieras, respirando una atmósfera fétida que podría cortarse con cuchillo, oyendo las obscenidades que hablan las penadas, y expuestas a contraer, por contagio, las horribles dolencias que aquejan a las arpías entre quienes viven.

Y esto, alimentándose únicamente para vivir, porque las constituciones no les permiten otra cosa, y sin recibir remuneración de ninguna especie ni pensionar a nadie, pues hasta los hábitos, el calado y demás prendas del vestido los reciben de la Casa Madre.

El respetable e ilustrado canónigo doctor Ignacio Buena-ventura fue constante admirador de estas hermanas, y una vez promovió y llevó a término un retiro espiritual en la casa de Tres Esquinas de Fucha, al cual asistieron doscientas sesenta penadas. Todas habían hecho el propósito de que no irían a Canosa, como prometió el “Canciller de Hierro”, Bismarck, en solemne ocasión; sin embargo, con excepción de seis, las otras lloraron mucho e hicieron las más fervorosas promesas de enmienda, sin acordarse de que:

*¡Oh fragilidad, tu nombre es de mujer!*

Curiosas son las razones que alegaron para no confesarse las seis refractarias:

La primera dijo que estaba muy contenta con la vida que llevaba;

la segunda, que se confesaría cuando estuviera arrepentida;

la tercera, que no podía romper antiguas relaciones;

la cuarta, que no se confesaría hasta tanto que estuviera segura de no volver a pecar;

la quinta, que tenía evidencia de que al salir volvería a las mismas; y

la sexta, porque no creía en Dios, ni en el diablo, ni en el doctor Buenaventura...

Mucho hay que esperar de las Hermanas del Buen Pastor en beneficio de la moralidad de una clase social cuyos servicios son indispensables para vivir como pueblo civilizado; pero la llaga que amenaza devorarnos tiene ya más de tres siglos, y por lo mismo es indispensable que la cooperación individual aúne, sin tregua ni descanso, sus esfuerzos a los de la abnegada y benéfica institución religiosa y a los del elemento oficial, para ver de extirparla a la mayor brevedad posible.

Concluiremos esta ya cansada relación describiendo el castigo abolido en el año de 1849, llamado *vergüenza pública*, según la intención de los legisladores que lo establecieron; pero los resultados prácticos demostraron que no sólo no era castigo, sino antes bien premio solicitado con ahínco por los reos a quienes se aplicaba.

En los días de mercado levantaban alto cadalso al frente del sitio que ocupaba la Municipalidad en la Plaza de Bolívar. Sobre un poste fijaban un gran letrero en que se leía el nombre del reo y el delito por el cual lo exhibían.

A las doce del día sacaban de la cárcel al preso montado en burro enjalmado, con la cara para atrás, con coroza en la cabeza, rodeado por los *guarantes* (gendarmes), seguidos de numerosa cohorte de muchachos y el pueblo bajo, al son

de las chirimías y cencerros, y de las burlas y carcajadas de todos, incluso las del mismo penado.

Una vez sobre el tablado, ataban el reo al poste y ahí lo dejaban durante dos horas, al rayo del sol, para que se calentara y recibiera la ovación de los aborígenes, a quienes se les volvía la boca agua al ver los obsequios y dinero que regalaban los circunstantes al afortunado sin-vergüenza pública, pues este era el nombre que mejor cuadraba a la supuesta pena. El reo conversaba con los conocidos que se le presentaban a la vista, y si pedía licor le daban a beber *chicha* en totuma atada al extremo de una asta para poder alcanzar a la altura de la boca de aquel.

Terminada la función, devolvían el beneficiado a la cárcel, con el mismo aparato ya descrito, deseoso de cometer otra fechoría que le proporcionara un rato de solaz y utilidad real.

La última de estas escenas, bochornosas para la sociedad que las autorizaba, fue la exposición de la cuadrilla capitaneada por el jefe, a quien colocaron en el centro, con este mote:

### FRUTO QUIROGA

Sufre la pena de vergüenza pública, por ladrón  
1845



## ▪ ANÉCDOTAS

La vida que se llevaba en Santafé, después que se terminó la Conquista, se reducía a ignorar lo que pasara en las *Europas*, esto es, en las Antillas y en el Viejo Mundo; a dormir siesta después de las comidas, cuyos preferidos potajes eran: arroz a la valenciana, puchero, mazamorra *de piste*, chorizos adobados en cominos, arroz con leche, pocas frutas porque se las consideraba nocivas, y dulce de almíbar, todo acompañado de copiosos tragos de vino de Málaga para los ricos, y grandes *vasos de chicha* para los pobres, que componían la generalidad de los colonos.

Los ayunos y abstinencias se guardaban con rigurosa exactitud, y en cuanto a comidas intermedias, cada hijo de vecino consumía, cuando menos, cinco jícaras de chocolate, acompañadas de longaniza asada, *mogolla* y queso de estera, en las veinticuatro horas del día, amén de la cena que despachaban al meterse en el lecho, después de la correspondiente dosis de *chicha* vespertina y de rezar por las almas del Purgatorio al oírse los dobles de las campanas a las ocho de la noche, la cual envolvía con su espesísimo manto de tinieblas a la capital del virreinato, pues la única luz pública que alumbraba en la ciudad era una

vela de sebo encendida al pie de la imagen de Nuestra Señora, en el frontis de la iglesia de Las Nieves.

Por las calles principales de Santafé solía verse de noche uno que otro bulto con linterna encendida y garrote en mano, para defenderse de los ladrones y de los perros que en unión de los burros pernoctaban en los numerosos muladares y acequias donde encontraban sustento abundante: de vez en cuando se oían serenatas con acompañamiento de guitarras, tiples y arpas que algún amante en campaña ofrecía a su pretendida; pero esta costumbre española solía terminar con riñas a estocadas y garrotazos cuando había rival, o marido celoso de por medio.

Al tañido del alba, dado en los campanarios de las iglesias, el jefe de la casa, rodeado de su familia y de la servidumbre, hacía el ofrecimiento del día y rezaba el rosario, se tomaba desayuno de chocolate con sus aditamentos, previa dosis del renombrado *caldo de caballo*, llamado así, aunque en su condimento no entra la carne de este animal, y por fin y remate, copitas de mistela: de azafrán las viejas histéricas, y de café los hombres, único uso que se daba al precioso grano de Arabia.

Después se iba a oír misa, y a la salida de la iglesia se reunían los fieles en el atrio, para darse cuenta de la crónica del día. Con la sencillez de las costumbres patriarcales de entonces cada cual refería el milagro que le había hecho el santo de su devoción; el espanto de la mula herrada que recorría las calles en altas horas de la noche y nadie veía; el ruido subterráneo que atronaba de las doce de la noche a la madrugada; a riña del diablo en figura del mico de la Rita con el perro de Santo Domingo; que a Juana la beata la habían condenado a la cárcel de la Inquisición en Cartagena, porque el demonio, con quien tenía

pacto, le había revelado el secreto de que la hostia que recibía en la comunión no estaba consagrada cuando el arzobispo se la dio así para cerciorarse de si era o no bruja, y que cuando la obligaban a rezar el rosario se volcaban los muebles de la casa y los ratones se salían de las cuevas; y la vida misteriosa de doña Catalina Cienfuegos, que según afirmaban malas lenguas, era una moza de tomo y lomo, parroquiana de la Puerta del Sol, en Madrid, venida a Santafé a la grupa de un personaje de la Real Audiencia.

Los días de fiesta de guarda forzosa, tanto por cuenta de la Iglesia, como por la de la autoridad civil, consumían la tercera parte del año en completa ociosidad, que obligaba a los tenderos a mantener cerradas las pulperías, bajo penas severísimas.

La carencia de libros instructivos era casi absoluta, exceptuándose las novenas de los santos y el *Año Cristiano*, que se daban a la venta después de revisados minuciosamente por el Ordinario, a fin de precaver a los devotos de que les metieran «gato por liebre», pues el medio de las autoridades de la Colonia creyeron más eficaz para gobernar en paz, fue mantener el rebaño en completa santa ignorancia.

En mala hora para España se violó aquel precepto cuando vinieron los ilustrados arzobispos Bartolomé Lobo Guerrero y fray Cristóbal de Torres, los cuales fundaron los Colegios de San Bartolomé y de Nuestra Señora del Rosario, donde se dieron las primeras lecciones de la vida autónoma, y se educó la generación de patriotas que contribuyeron a que fuésemos independientes.

Cabe aquí relatar algunas anécdotas que pintan caracteres de prelados en aquellas épocas.

Entre los retratos de los arzobispos que se hallan en la sacristía de la Catedral de Bogotá se cuenta el del señor Hernando Arias de Ugarte, que se ve con un pañuelo blanco en la mano, cuya leyenda es la siguiente: siendo corista el señor Ugarte, recibió la bofetada de un canónigo, que le reventó las narices: el ofendido se limpió el rostro con el pañuelo que llevaba, y lo guardó en un hueco de la sillería del coro.

Andando el tiempo el señor Ugarte fue preconizado arzobispo de Santafé, quien al tomar posesión de su silla, se acercó al sitio donde había dejado a guardar el susodicho pañuelo, que aún conservaba las manchas de sangre de Su Señoría Ilustrísima, e hizo ademán de enjugarse la cara con él.

Al ver nuestro conocido canónigo el pañuelo que podía considerarse como cuerpo del delito, se inmutó grandemente, temeroso de la venganza del nuevo arzobispo, la que fue regia.

—Debo a usía la mitra que llevo en mi cabeza —dijo el señor Ugarte a su antiguo superior—, desde que usía me dio el bofetón aquel, estudié con provecho, y en prueba de mi gratitud, lo nombro dignidad maestre escuela de mi Catedral.

Al señor Lobo Guerrero no le reventaron las narices, pero tuvo un curioso percance por motivos de prelación con el virrey del Perú.

El puntillo del representante de la Corona en Lima no lo dejaba concurrir a las asistencias oficiales en los días clásicos, sino cuando sabía que no había de pontificar el arzobispo, porque se creía humillado si ocupaba en la Catedral puesto inferior al del prelado. Tal vez esta pueril circunstancia influiría para que en una de las relaciones de mando de los virreyes se leyeran estas frases:



*En estos reinos hay mucha religión y poco rey.*

El señor Lobo Guerrero advirtió la falta consuetudinaria, y una vez que supo la causa, se propuso «dar el ajo a morder» al virrey, para lo cual un día de Corpus dijo misa temprano en la capilla de su palado.

Sabedor el virrey de aquel hecho, asistió con todo su séquito a la Catedral, precedido de los maceros que anunciaban la presencia de la Real Audiencia y de la Municipalidad, cuyos miembros permanecían en espera de los oficios religiosos, cuando empezaron a repicar en la torre de la Basílica, e incontinenti entró el arzobispo revestido de capa magna, con toda la pompa que se acostumbra para pontificar.

El virrey comprendió, cuando ya no había modo de evitarla, la burla de que era objeto, y recibió refunfuñando la bendición que le dio el prelado; pero juró en su alma vengarse del arzobispo por la humillación a que lo había sujetado. Al efecto, apenas terminó la procesión a que hubo de asistir, volvió el virrey a su palacio y escribió a Roma, acusando al señor Lobo Guerrero porque había dicho dos misas en un mismo día.

El arzobispo debió de presentar poderosas razones justificativas de su conducta en el particular; porque de la Curia se le contestó diciéndole que no era justiciable su conducta; pero se le encareció que, a menos de causal grave, no reincidiera. Así terminó el asunto.

El arzobispo don fray Cristóbal de Torres, cuya vida fue tan ejemplar, que su director espiritual declaró después de oírle su última confesión que podía haberla hecho en público,

sufrió la inquina del deán don Pedro Márquez, quien acusó a su prelado ante la Corte, aunque sin fruto.

El señor Torres fue inhumado en la Catedral, al pie del altar mayor.

En una ocasión dijo misa el deán Márquez en el mismo altar, y apenas terminó el introito, se irguió sobre la fosa que encerraba los restos de tan venerable prelado, y exclamó con orgullo satánico:

—¡Quién le dijera al señor Torres que yo lo había de tener bajo mis pies!

Funesta acción que costó la vida al deán, pues no bien se hubo despojado de las vestiduras sacerdotales para dar gracias arrodillado al pie del presbiterio después de la misa, se alzó pálido como un difunto, y exclamó con voz desfallecida:

—¡El señor arzobispo me ha muerto!

Conducido moribundo a su casa, declaró el deán Márquez que al arrodillarse había visto al señor Torres de pie, revestidos de pontifical al frente del altar, y fijó en él una mirada tan penetrante, que le hizo sentir el hielo de la muerte. En efecto, el díscolo doctor Márquez murió pocos días después.

\*\*\*

Los rarísimos saraos que solían dar los fidalgos tenían el aspecto de las audiencias en algún supremo Tribunal: las damas permanecían sentadas en el estrado tapizado de damasco rojo al extremo del salón, secuestradas del trato con los hombres, y custodiadas por dos alabarderos como si se tratase de precaverlas de un asalto, y en acatamiento al proverbio que dice:

«Entre santa y santo, pared de cal y canto». A los lados de la sala tomaban asiento los caballeros hábiles para bailar; no causaba extrañeza que las personas ancianas constituidas en dignidad dieran principio al baile con el aristocrático minué, en el que todo son venias y genuflexiones, sin tocarse las parejas ni aun las puntas de los dedos, a fin de evitar todo pretexto de caer en tentación.

Mediante el permiso de los padres, y dando cuasi fianza de buen proceder, se consentía que los jóvenes, rigurosamente vestidos con traje de corte, invitaran a las damas para que descendieran del estrado a bajar en su compañía algunos de los bailes clásicos del escaso repertorio que estaba en boga, al compás de apacible música de cuerda. En cuanto al refrigerio, se servía un ambigú de colaciones, dulces, aguas frescas, y *Laus Deo*; pero las señoras eran tan remilgadas, que no se permitían mascar ni beber delante de los hombres, porque estos actos se consideraban de mal tono.

Muy distintas pasaban las cosas en los arrabales de Santafé, fuera del perímetro comprendido entre los ríos San Francisco, San Agustín, la iglesia de La Candelaria, el puente de San Victorino y el Molino del Cubo —puente de Santander, en la actualidad—, porque en aquellos se encontraban establecidas las casa de juego que no acertaban a descubrir los alcaldes, y las casitas de sospechosa moralidad en las que tenían entretenimiento los *chapetones* de capa y espada, pues al plebeyo que tal hiciera lo *empapelaban*, a fin de sacar adelante la pureza de costumbres.

\*\*\*

Entre las muchas tradiciones que se tenían como de hechos auténticos en Santafé, relataremos la que se relaciona con el brillante oficial español don Ángel Ley.

Arriba del panteón de la iglesia de Las Nieves había una casita con puerta de entrada y una sola ventana bien guarnecida que daba a la calle. El interior de esta morada se componía de patio con jardín en medio del cual se alzaba un hermoso cedro, sala, alcoba, comedor y cocina, servida por una vieja tía o tal vez parienta más cercana de la preciosa Teresita, moza de veinte abriles, entregada en cuerpo y alma al servicio del guapo oficial, quien abandonaba clandestinamente la guardia del virrey, tan luego como este se recogía, para pasar la noche con su amada, y volver a Palacio al amanecer del día siguiente.

Entretanto pasaba el tiempo, y ni don Ángel ni su Teresita se daban cuenta del amplio camino que habían tomado para ir juntos a darse el baño de azufre y plomo derretido en un sitio del cual no se sale nunca; hasta que en una de las madrugadas en que aquel volvía a Palacio, vio al llegar a la plazuela de San Francisco, un cortejo fúnebre con cirios encendidos, y la comunidad de frailes franciscanos salmodiando preces por el difunto que conducían a la iglesia.

En su condición de hombre despreocupado, nuestro oficial se acercó al primer acompañante que encontró, y le preguntó con tono de burla:

—¿Quién pasó a mejor vida?

—Don Ángel Ley —le respondió el interpelado.

—¿Quién? —interrumpió estupefacto el oficial.

—Os he dicho que don Ángel Ley, oficial que fue de la guardia de Palacio —replicó el acompañante.

Ante la insistencia de lo que oía, Ley se acercó al féretro, y cuál sería su sorpresa al verse él mismo en la *cama de gracia*, ¡con sus propios arreos militares y la solemnidad de un muerto!

Con desenfado altivo don Ángel quiso echar mano de la espada para arremeter al muerto y sus acompañantes; pero no se la halló al cinto, porque la había dejado en casa de Teresita, adonde volvió incontinenti para tomar el arma y castigar a los que creía que se burlaban de él.

Ya clareaba el día cuando don Ángel llegó a la morada de sus ilícitos placeres: no tuvo necesidad de llamar a la puerta, porque esta se hallaba abierta de par en par.

El primer objeto que llamó la atención al oficial fue el jardín marchito y el cedro reducido a esqueleto de árbol: no halló a nadie en la casa, ni quien le diera razón de sus moradoras; entró a la sala, y lo único que encontró fue su espada suspendida de una canilla a la pared.

Persuadido de que las burlas eran ciertas, don Ángel se encaminó a la recoleta de San Diego, cayó de rodillas a los pies del padre guardián, le pidió el sayal de San Francisco, derramando un torrente de lágrimas en prueba de su arrepentimiento, y a pocas vueltas profesó.

Cuando acompañó al cadalso al coronel Leonardo Infante, en el año de 1825, se volvió a oír hablar del padre Ley.

\*\*\*

La vida monacal tenía también mucha actividad en aquellos tiempos. En los conventos se celebraba con gran pompa, entre muchas otras, la fiesta del santo patrono, con fuegos artificiales,

misa solemne, ambigú a los invitados, sayales nuevos a los novicios, y platonos de loza repletos de manjar blanco con que se obsequiaba a los amigos de la casa. Los repiques de campanas en las torres empavesadas con banderas y gallardetes de distintos colores, anunciaban que cantaría misa algún hijo recién ordenado del convento; las campanas echadas a vuelo en los monasterios, invitaban con frecuencia al monjío en que las desengañadas del mundo renunciaban irrevocablemente a sus pompas y vanidades, dando en prenda la hermosa cabellera, que después de cortada con la debida solemnidad, pasaba lucir en la cabeza de las efigies de la Virgen.

Los conventos de Santafé ocupaban vastas extensiones de terreno urbano: en ellos habitaban con holgura los numerosos frailes y monjas que vivían cumpliendo las reglas de la respectiva orden, sin perjuicio de proporcionarse honestas diversiones compatibles con su estado, entre ellas la corrida de toros y paseos imaginarios en las huertas de los monasterios de monjas, y las sesiones nocturnas de ropilla, de a cuartillo el puesto, en las celdas de los padres graves; sin tomar en cuenta los pesebres en el tiempo del aguinaldo, y alguna que otra funcioncilla motivada por el aniversario del natalicio de los padres de campanillas.

Tenemos, pues, que en la antigua Santafé eran muy asiduos en el cumplimiento de los deberes religiosos, y asistían a gran número de procesiones y fiestas religiosas: entre el clero secular y regular se contaban miembros de las principales familias de los criollos y peninsulares, porque las vocaciones estaban al orden del día, se bailaba poco y se viajaba menos, se dormía más de lo necesario, se comía mal y se bebía peor, y apenas se daban uno que otro baño en el cuerpo, porque tenían profundo

respeto por este aforismo que atribuían a Hipócrates: «De los cuarenta para arriba, no te mojes la barriga».

La aparición de un cometa y los eclipses de sol o de luna producían gran consternación en los habitantes del renombrado Valle de los Alcázares; las mujeres vestían con el tétrico traje negro que nos legó la Colonia, sin esperanza de desarraigarlo de nuestras costumbres; se leía lo suficiente para no olvidar el arte; se trabajaba lo estrictamente necesario para ganar el pan de cada día; eran frecuentes los matrimonios, abundante la prole, casi nula la instrucción y ultra octaviana la paz de que se disfrutaba.

\*\*\*

Entre los oficiales que cayeron prisioneros el 18 de julio de 1861 se contaba un joven antioqueño *despabiladito*, como dicen en Sopetrán, su patria. La buena presencia del vencido y las cartas de introducción que trajo fueron suficientes para que, apenas puesto en libertad, se hiciera presentar en las casas de familias *godas* en que había muchachas bonitas, de una de las cuales se prendó nuestro mancebo, con el santo fin de volver a su pueblo bien acompañado.

La *godita*, por su parte, no era insensible a los requiebros del galán, no obstante el pelo de la *dehesa* que a este le asomaba por todas partes; pero como el partido le convenía, resolvió domeñar la rusticidad del futuro, y empezó por darle de regalo los apasionados versos de *Edda*, de nuestro popular Rafael Pombo; inútil sería decir que le encantaron al antioqueño. En la próxima visita que hizo el joven, le preguntó la señorita si le habían gustado los versos.

—¡Eh, demás, y lo *poco que me saben!* ¡Ya me los aprendí *de cabeza!*

Atónita la muchacha al oír la locución del joven, le dijo con mucha paciencia:

No se dice *de cabeza*, sino *de memoria*.

—¡Muy bien! —replicó aquel.

Pasaron dos días sin que el *maicerito* se presentara en la casa de la presunta novia, cuando una noche entró despavorido, pidiendo mil perdones por la pasada ausencia.

—¿Qué milagro es verlo? —le preguntó aquella.

—El poquito susto que me dieron —dijo el montañés—, *¡ello sí!* Figúrese usted que entró la ronda en mi posada para buscar armas y echar *comparto*; ¡pero lo que fue a mi no me encontraron porque me metí de memoria en el horno!

\*\*\*

Antes de resignar el mando supremo el general Mosquera en la Convención Nacional que se reunió en la ciudad de Rionegro el 4 de febrero de 1863, expidió la resolución por la cual se ordenó la exclaustración de las monjas en toda la República. Tal medida sólo tuvo por objeto asestar otro golpe al partido vencido, sin más resultado práctico que el grande escándalo que se dio con aquel acto y atormentar a unas pobres señoras inofensivas, que no hacían sino pedir incesantemente a Dios el perdón de nuestras fechorías.

El gobernador del distrito federal, don Miguel Gutiérrez Nieto, fue el encargado de poner en ejecución en esta ciudad la orden citada, sin que fuera parte a disuadirlo en el cumplimiento



de esta los ruegos de muchas personas interesadas en ahorrar a las monjas la pena que les causaría verse arrojadas de sus antiguas moradas, y a la sociedad el doloroso espectáculo de presenciar la salida de las religiosas, lanzadas de sus vetustos monasterios, que para estas constituían el universo en la tierra.

En efecto, las monjas llevaban en los conventos la vida austera que les prescribían las instituciones de las respectivas fundadoras, sin que esto fuese obstáculo para que tuvieran algunas distracciones análogas a las que disfrutamos en el mundo; por ejemplo, en todos los años hacían la romería a Nuestra Señora de Chiquinquirá, ni más ni menos que como la que efectuaba cierto viajero al derredor de su cuarto, con la diferencia de que las monjas iban montadas en pollinas alquiladas de las que emplean los alfareros para conducir materiales de construcción, llevando consigo todo el tren de los viajeros, incluso los tiples, *chucho* y pandereta, pernoctando y comiendo en posadas improvisadas, provistas de encauchados, quitasoles y grandes sombreros que las preservaran de la intemperie, quejándose del mal camino y de las molestias y contratiempos anexos a nuestro modo de viajar; en una palabra: representaban a lo vivo las peripecias que ocurren a los que llevan a cabo la romería a Chiquinquirá, sin olvidar las invocaciones al cielo por medio del *Magnificat*, para que las librara de las tormentas; a San Rafael, para que les sirviera de guía en los peligros del viaje; y a San Cristóbal, a fin de que las sacara *con bien* en el paso de los ríos..., y concluían la jornada entonando el *Te Deum* en acción de gracias porque habían salido sin percances de ladrones después de atravesar tenebrosas selvas. Tres días duraba el lejano viaje por todos los vericuetos del convento.

En otras ocasiones tenían corridas de toros, para lo cual les hacía llevar el síndico alguno de los mansísimos buyezuelos en que traen carbón a la ciudad; pero era curioso el escándalo que armaban las monjas al verse cara a cara con el rumiante, que fijaba en ellas la mirada entontecida, probablemente por un espectáculo no visto antes por él.

Figuraos, amadísimo lector, a las reverendas madres, haciendo *verónicas*, *quiebro*s, *navarras*, fijando banderillas y dando el *salto de garrocha* y tendríais para divertirlos; pero no os escandalicéis, no: la corrida era contemplativa. Empezaban por construir una fuerte barricada al pie de la escalera, después de lo cual subían a los claustros altos, desde donde desafiaban con sin igual denuedo al bicho, que ostentaba su furor devorando pacíficamente el pienso que, con anticipación, le habían preparado.

Pero el día menos pensado se presentó el milano en este nido de palomas y las dispersó a los cuatro vientos.

A principios del año de 1811 cundió la alarma en la ciudad de Popayán con motivo de la noticia que recibió el gobernador don Miguel Tacón, en la cual le decían como cosa cierta que los insurgentes de Santafé, capitaneados por el rebelde Antonio Baraya, se habían aparecido en el valle con el probable intento de atacarlo en la ciudad capital de su gobernación.

Sin pérdida de tiempo reunió la gente de pelea de que podía disponer y emprendió marcha hacia el norte, después de asilar en los conventos de monjas a las señoras y señoritas que, según los decires de la época, corrían gravísimos riesgos si llegaban a caer en manos de los insurgentes, que no respetaban a Dios ni al rey.

En el convento de la Encarnación se refugiaron, entre otras señoras, doña Polonia García, esposa del gobernador Tacón, mujer de extraordinaria belleza, y la niña María del Pilar Hernández, huérfana de madre e hija única del capitán Juan Hernández, enrolado en el ejército de los independentes. Pasó la magna guerra, y como no se volviera a saber del capitán Hernández, la señorita María del Pilar resolvió tomar el hábito de monja, sin hacer caso de los varios pretendientes que la solicitaron para esposa, entre los cuales se contaba el general Pedro Murgueitio, que murió asesinado el 28 de enero de 1860 en Cartago.

En el año de 1838 vino de Popayán a Bogotá la familia Moure, y como la ya monja María del Pilar profesaba acendrado cariño a estas compañeras de su infancia, obtuvo de la autoridad eclesiástica el permiso para trasladarse al convento de Santa Inés, de Bogotá, razón por la cual fue conocida en esta ciudad bajo el nombre de la madre Pilar, a quien respetábamos y admirábamos por las cualidades que la distinguían, no siendo la menor entre estas el donaire y encanto de su conversación.

Al saberse en Bogotá la noticia del lanzamiento decretado contra las monjas, no faltó quien les diera el consejo de que imitaran al avestruz, esto es, «que no abrieran las puertas de los conventos, para que no les pudieran notificar la resolución»; pero como amenazaron con romperlas si no las abrían, tuvieron que ceder a la fuerza, y arreglar los pocos objetos personales que podían llevar consigo.

La salida de las monjas fue un espectáculo tan penoso como extraordinario para los bogotanos: de los conventos a las respectivas casas a las que debían trasladarse colocaron soldados

con orden de disparar contra los que intentaran impedir la ejecución del lanzamiento. A las siete de la noche presenciamos la imponente salida de las monjas de Santa Gertrudis o La Enseñanza: la primera que asomó fue una religiosa que conducía en alto un crucifijo, seguida de sus compañeras, cubiertas con velos negros, llevando cirios encendidos, besaron el umbral de la puerta de la casa a la cual no volverían a entrar, y emprendieron el para ellas *camino del destierro*; rezando en voz reposada los salmos penitenciales, interrumpidos por los sollozos que se les escapaban y por el llanto de un pueblo impotente que las veía pasar arrodillado.

En medio del natural conflicto que pesaba sobre las monjas de Santa Inés, con motivo de la próxima expulsión, la madre priora del convento designó a nuestra conocida madre Pilar para que se entendiera con los que fueran a notificarles la fatal resolución, por cuanto esta era la más animosa y de mayor experiencia de la casa.

Todo fue oír la madre Pilar la amenaza de que descerrarían la puerta del convento si no la abrían pronto, y presentarse ante los que golpeaban. Al verlos, se puso a examinarlos atentamente y les dijo con la mayor calma:

—¡Muchos gavilanes para una paloma!

Mas apenas oyó la intimación que le hizo el que hacía las veces de jefe de los soldados, tratando de suavizar el modo de hacerla, la madre Pilar lo interrumpió para decirle de un modo indescriptible:

—Menos molinillo y más chocolate, señor mío. Sepa usted que por tres causas podemos salir del convento: la primera, cuando se incendia el edificio; la segunda, cuando la casa amenaza ruina, y la tercera, *cuando se entran los ladrones*.

Acompañando esta última palabra con la acción de describir un círculo con el dedo índice, que abarcó a los que le hacían la intimación.

—Es llegado el caso —añadió—, y nos iremos.

El señor Ignacio de la Torre cedió temporalmente a estas exclaustradas la casa en que habitaba, con todo el rico mobiliario que contenía, la misma que hoy es propiedad de don Mariano Tanco, al frente del local que ocupa la Academia Nacional de Música; cuando preguntamos a la madre Pilar qué le llamaba más la atención en tan suntuosa morada, nos contestó lo mismo que el Dux de Génova a Luis XIV, en Versalles: «Verme aquí».

\*\*\*

A principios del año de 1822 llegó el general Bolívar a Popayán, resuelto a emprender la campaña de Pasto, que debía abrirle el camino para libertar al Ecuador y franquear la gloriosa ruta por la cual iría hasta la cima del Potosí, después de las inmortales batallas de Junín y Ayacucho, que afianzaron la independencia de medio mundo.

La guerra que hicieron los españoles a los insurgentes del Cauca fue tan cruel como tenaz, por lo cual se vio precisado el general Bolívar a dejar a Venezuela, que ya tenía asegurada su independencia después de la batalla de Carabobo, para dirigir personalmente la campaña sobre el sur de la Nueva Granada.

No fue entusiasmo, sino locura y frenesí patriótico lo que se apoderó de los habitantes del Cauca cuando supieron que se acercaba Bolívar. En la ciudad de Popayán lo recibieron con arcos triunfales, debajo de palio, precedido de un coro de señoritas

distinguidas que representaban figuras alusivas a la América libre, entre las cuales figuraba la señorita Ana Rebolledo, vestida de india, la que se hizo notable por el desparpajo con que recitó una oda al Libertador, quien entró rompiendo las cadenas que encontraba a su paso por la calle del Humilladero, ¡en medio de un pueblo que lloraba de gozo al verlo!

Entre los muchos saraos y fiestas que dieron los popayaneses al Libertador, figuró en primer lugar el baile con que lo obsequió el patriarca de la ciudad, don José María Mosquera, de quien dijo Bolívar, al tratarlo, que, si le hubiera sido dado, lo habría escogido por padre...

El Libertador se presentó en el baile acompañado de sus edecanes y demás oficiales del ejército que llevó de Venezuela, la mayor parte hombres de color que habían hecho las campañas del Apure y Nueva Granada; y si bien es cierto que la sociedad de Popayán llevó su patriotismo hasta el delirio, no lo es menos que este tuvo límite cuando se trató de que las señoritas que lucían en el sarao bailaran con algunos zambitos, tan heroicos como se quiera, pero que así y todo les producían repugnancia invencible por el ridículo, que tanto teme la mujer.

Entre los jefes notables se hallaba el coronel Lucas Carvajal, compañero del León de Apure, y que contaba con más batallas ganadas que años de vida; ya había hecho varias intentonas para bailar con algunas de las preciosas señoritas que ocupaban el estrado; pero estas se habían concertado de antemano para decir que estaban *comprometidas* a bailar con otro, hasta que concluyera la fiesta.

Allí se hallaban, entre otras, las Mosqueras, Hurtados, Rebolledos, Mallarinos, Pombos, Arboledas, Torres, Arroyos,

Urrutias, Fajardos, Moures, Diagos, Carvajales, Lemus y muchas otras, a cual más bellas y traviesas, capaces de hacer perder la chaveta, no diremos a un llanero, ¡sino al mismo Apolo!

Ya creían las muchachas que estaban salvadas del peligro de bailar con los que les causaban repugnancia, cuando en lo mejor del tiempo, cayó Bolívar en la cuenta del desaire que hacían las damas a sus héroes; sin preámbulos se dirigió a la señorita Javiera Moure, que era la que en ese momento tenía más cerca, y con la viveza de genio y galantería propias del Hijo del Ávila, la tomó de una mano, diciéndole con una sonrisa que puso de manifiesto la magnífica dentadura del Libertador:

—Señorita, usted me hace el favor de bailar con mi bravo coronel Carvajal, a quien tengo el honor de presentarle.

El compromiso era ineludible; la señorita Moure echó una mirada suplicatoria a sus implacables compañeras, que reían del percance, sacó fuerzas de flaqueza, y salió airosa a bailar con el coronel llanero, vestido de húsar polaco. Este, por su parte, dio una prueba de que si era arrojado en el ataque al arma blanca, no lo era menos en el arte de la coreografía, y, al efecto, puntualizó a maravilla las caprichosas posiciones y piruetas exigidas en el *vals colombiano*, terminado el cual metió el coronel las manos en los bolsillos, de donde sacó las monedas de oro que llevaba consigo y las arrojó sobre el suelo que había pisado su pareja, hecho que fue aplaudido por los concurrentes, e influyó para que desapareciera la preocupación que al principio del baile había dominado a las señoritas.

Encantado el Libertador con la condescendencia de la señorita Moure, se le acercó para darle las gracias y manifestarle el deseo de serle útil en algo; pero esta, que era tan discreta como

bella, le contestó que deseaba poseer algún objeto de uso personal del Libertador de la Patria, para conservarlo como muestra del respeto y admiración que le inspiraba.

Por toda respuesta, Bolívar llevó con viveza a la boca el pañuelo de seda que tenía habitualmente, lo desgarró con los dientes y lo entregó a la señorita Moure, diciéndole: «Quiero imprimir a este trapo el sello de mi personalidad».

Cuando Bolívar regresó del Perú en el año de 1826, quiso reemplazar el pañuelo desgarrado con otro de batista primorosamente bordado que le obsequiaron las monjas del Monasterio del Carmen, en la ciudad de La Paz, en Bolivia, y al efecto lo regaló a la señorita Moure, después de que escribió en él este nombre: *Simón Bolívar*.

La Providencia nos concedió el inmenso beneficio de que, andando el tiempo, la señorita Javiera Moure viniera a ser nuestra madre, razón por la cual poseemos una de las poquísimas prendas de uso personal que dejó el Libertador de cinco naciones, que no tuvo al morir segunda camisa que le sirviera de sudario...

\*\*\*

En el año de 1898 el ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Italia manifestó al plenipotenciario de Colombia en Roma que no debía preocuparse con el arribo de las naves de guerra italianas a los puertos colombianos, porque estas venían en *son* de amistad, a visitarnos; pero al mismo tiempo aquel Gobierno hacía publicaciones tendientes a justificar el atentado que premeditaba, fundado en la supuesta resistencia



por parte de Colombia a dar cumplimiento al laudo pronunciado por el presidente Cleveland en la cuestión Cerruti.

Al entrar los barcos italianos en la bahía de Cartagena, se varó el acorazado Carlos Alberto, y al saberse este incidente en la ciudad, el gobernador y sus habitantes prestaron oportunos auxilios a los tripulantes, mediante los cuales se puso a flote la nave encallada, y enseguida fondearon en el lugar que creyeron más seguro.

El almirante Candiani, con sus oficiales y tripulación, bajó a tierra en actitud de amigo, recibió y retornó atenciones, y llevó la aparente cordialidad hasta hacer tocar una ostentosa retreta con sus bandas de músicos al pie de la estatua del Libertador, incluyendo el Himno Nacional de Colombia.

Cuando Candiani tuvo seguridad de que no corría ningún peligro y de que Cartagena estaba indefensa, sacó su juego y notificó sin rubor que la bombardearía, lo mismo que a otros puertos de Colombia, si no se le entregaba, dentro del término perentorio, el dinero que exigía su Gobierno con el derecho del más fuerte: *la bolsa o la vida*.

\*\*\*

En el año de 1856 surgió una desavenencia entre el Gobierno de Nueva Granada y Su Majestad británica, por la no aprobación legislativa del convenio por el cual se compensaba al súbdito inglés James Mac Kintosh el perjuicio sufrido por la falta de amortización en las aduanas, de alguna porción de los vales de deuda flotante del seis por ciento que recibió en pago del capital de su crédito de origen colombiano.

El Gobierno de Nueva Granada, presidido por el doctor Manuel María Mallarino, no podía aceptar las pretensiones del ministro inglés, porque la razón y el derecho estaban de nuestra parte. Agotadas las razones en defensa de este derecho, notificó míster Philip Greffith, encargado de negocios de Su Majestad británica en este país, la orden que tenía para exigir el pago de la total suma debida al señor Mac Kintosh, con plenos intereses; y que para tal objeto el vicealmirante, jefe de la escuadra de Su Majestad en las Indias occidentales, recibiría orden de moverse hacia la costa de la Nueva Granada, y de usar de la fuerza contra esta República, a fin de compeler al Gobierno Ejecutivo a llenar sus compromisos hacia el señor Mac Kintosh. Esta nota concluía declarando rotas las relaciones entre el Gobierno granadino y la legación británica, al mismo tiempo que míster Greffith hacía la franca declaración de que le causaba la pena más grande llegar a esta decisión, y romper sus relaciones con un país del cual, al ser nombrado para representar aquí al Gobierno de Su Majestad, tanta satisfacción se prometía derivar, y con un Gobierno de cada uno de cuyos miembros había recibido constantemente la más grande bondad y atención.

En la respuesta del notable publicista Lino de Pombo, a cargo del cual se hallaba la Cartera de Relaciones Exteriores, se leen los siguientes nobilísimos conceptos:

«Se ha impuesto con dolor el Poder Ejecutivo de la notificación desagradable que ha creído de su deber hacerle la legación de Su Majestad Británica. En vista de ella, avaluando, por una parte, su genuino sentido, como en armonía con el reciente acuerdo entre los dos Gobiernos acerca del principio de la alta

mediación internacional, y juzgándose, por otra parte, obligado a dar cuenta a la Nación de su conducta en este negocio, y del inevitable triste giro que él ha tomado, ha dispuesto se advierta a las autoridades de los territorios del Atlántico que no deben oponer acto alguno de hostilidad o represalia a las operaciones de las fuerzas navales británicas, pues no teme que se intente causar innecesarios daños a poblaciones inofensivas; que se publique sin demora, con los necesarios anexos, la correspondencia cruzada en estos días entre esta secretaría y la legación de Su Majestad británica, acerca de la cuestión Mac Kintosh; y que se circulen las órdenes convenientes de precaución contra cualquier ataque a las garantías personales de los súbditos ingleses, que pudiera ser el efecto del alarma, aunque el buen pueblo neogranadino no necesita de recomendaciones sobre el particular.

«Está persuadido íntimamente el Poder Ejecutivo de haber correspondido con lealtad a las exigencias de la situación hasta donde alcanzaba su poder legal. Tiene, además, convicción profunda de que ha habido error de parte del Gobierno de Su Majestad británica en la apreciación de los hechos que le decidió a dictar sus recientes instrucciones severas, y protesta ante ese mismo Gobierno, ante su reconocido espíritu de justicia, confiando que de él obtendrá, después de mejor examen, reparación y desagravio».

La escuadra de Su Majestad británica arribó a Cartagena a los pocos días de hecha la anterior intimación; y como el señor Manuel N. Jiménez, gobernador de aquella provincia, no tenía instrucciones para atender a las exigencias del Comodoro, obtuvo de este un plazo razonable, a fin de poner

el hecho en conocimiento del Gobierno. En aquella época no existía otro medio de comunicación que el correo: aún no se había tendido el primer cable trasatlántico, no se conocían los telégrafos en el país y, por consiguiente, se empleaban cuando menos cuarenta días de tiempo para obtener respuesta a una nota dirigida de Cartagena a Bogotá.

Mientras tanto permanecía la escuadra británica en la bahía de Cartagena, y la fiebre maligna estalló a bordo, sabido lo cual por el gobernador de la provincia, organizó hospitales en la ciudad y avisó al comodoro que podía enviar a ellos a los tripulantes, y a casas particulares a los oficiales enfermos. Las admirables señoras de la Ciudad Heroica se trocaron en hospitalarias, sin preocuparse con el inminente riesgo del contagio: a los apestados que sucumbieron se les dio decorosa sepultura, y los sobrevivientes dieron testimonio del modo como se ejercía la caridad en Nueva Granada.

Impresionado el comodoro de Su Majestad británica con la conducta de los habitantes de la ciudad de Cartagena, escribió a Lord Clarendon, primer ministro del Reino Unido, para hacerle saber que en este país sólo había encontrado amigos desinteresados y la más generosa hospitalidad, a los cuales debían la vida los ingleses salvados de la epidemia; y que si el Gobierno de Su Majestad insistía en hacer efectivos los actos de hostilidad contra los pueblos de Nueva Granada, «le rogaba enviara otro agente encargado de ejecutarlos, porque a él se lo vedaban el honor y la gratitud».

Debemos llamar la atención al procedimiento que en toda época han observado las otras naciones amigas de Colombia, especialmente Francia, en las divergencias que hemos tenido con

ellas, arregladas sin que haya habido ni sombra de la más ligera amenaza, atendiéndose a la buena fe de nuestra Cancillería.

\*\*\*

Don Pedro Fuentes era un rico hombre dominado por la pasión de atesorar, y para quien el mejor uso que puede hacerse con el dinero es guardarlo en fuertes cofres, al abrigo de toda tentación o peligro de mermarlo.

Sucedió que su hijo Felipe, de espíritu volteriano, murió desastrosamente, hecho que afligió en demasía a la piadosa doña Teresa, consorte de don Pedro, la cual exigía de su esposo, con razones incontestables, que le proporcionara el dinero suficiente para mandar decir algunas misas por el alivio o descanso de su infortunado hijo.

Acosado don Pedro con los constantes ruegos de su esposa, ocurrió a la siguiente estratagema para salvar sus escudos:

—Mira, Teresa —dijo don Pedro con ademán solemne a su consorte—. Somos o no somos: si somos católicos, debemos estar ciertos de que a Felipe se lo llevó el diablo, y por consiguiente son inútiles los sufragios que se le apliquen para sacarlo del infierno. Y si no somos católicos, tampoco debemos hacer nada en el particular, porque no creemos en esas patrañas: conque, *somos*, o *no somos*.

\*\*\*

Don Patricio Wilson fue uno de los miembros de la inmigración británica de la antigua Colombia que más se distinguieron por

su cultura, generosidad y amplitud de miras. Su casa estaba abierta a todas horas para sus relacionados, y su mesa semejaba la de un gran restaurante gratis para cualquiera de los numerosos amigos que llegaran a tiempo de servicio.

En una ocasión se presentó a la hora de almuerzo míster John Powles, a quien don Patricio invitó con instancia para que lo acompañara en unión de otros comensales; pero como aquel se excusara con el pretexto de que estaba invitado a casa del bondadoso Samuel Sayer, otro aficionado a los manjares suculentos, accedió en parte a los deseos del anfitrión, diciéndole al mismo tiempo que ocupaba asiento en el comedor: «Picaré algo».

Sin duda que las exquisitas viandas y los vinos generosos aguzaron el apetito de míster Powles, porque comió más que todos los compañeros de almuerzo, visto lo cual por don Patricio, dijo con mucho donaire al invitado de Sayer:

—Amigo, otra vez coma aquí, ¡y pique en otra parte!

## ▪ POT POURRI

Nos asalta algún escrúpulo al acometer la relación de minucias olvidadas de la vida urbana de los santafereños, que se nos han quedado rezagadas en el tintero. Tal vez crean encontrar en ella nuestros benévolos lectores la franqueza de los viejos que alardean de las truhanadas de su juventud, imitando a los jóvenes casquivanos que se jactan de la comisión de supuestos actos escandalosos, por el prurito de aparecer como hombres sin Dios ni ley, aun cuando sean entes inofensivos.

A vencer nuestra timidez y vacilación contribuye en gran parte el alto ejemplo de un magno Agustín, quien echó a los cuatro vientos, en sus *Confesiones*, las picardihuelas de su juventud, aunque bien visto podríamos añadir a ellas la máxima de Salomón, tan experto en la materia: *Nihil novum sub sole*.

Ya nos parece ver a más de cuatro asustadizos tirar lejos este pobre libro para no contagiarse, ni con la simple relación de actos tolerados por las costumbres de tiempos bonancibles, reemplazadas con otras correctas en la apariencia o forma, pero no en el fondo.

No crean nuestras amadísimas lectoras que vamos a espectralarles historias de acciones atroces, o cuando menos contrarias al buen decir, único eco digno de herir sus castos oídos: apenas hallarán algo de realismo y tal cual apreciación burda, necesaria para el adobo de nuestro relato, con la seguridad de que nuestra intención es sana y respetuosa.

Es posible que nuestros buenos deseos nos conduzcan a erróneas apreciaciones de los hechos, como aconteció a cierta beata en el tribunal de la penitencia. Después de los preliminares indispensables para hacer una buena confesión, nuestra penitente empezó a manifestar tal congoja y malestar que no se ocultaron al confesor. Este la animaba, como hace un médico cuando la naturaleza del enfermo se resiste a los efectos del vomitivo, para que arrojara lo que retenía con tanto tesón.

Ella como que sí quería hacerlo; pero la fealdad de lo que iba a decir la hacía volver atrás en su propósito.

—Figúrese, mi padre, que lo tengo por costumbre desde hace muchos años —decía la cuitada—; los que me lo conocen me dicen que es horrible, y yo así lo comprendo; pero no puedo resistir cuando me asalta el deseo: gozo tanto con ello que no he podido arrepentirme.

—Adelante, adelante, hija mía —le insinuaba el dominicano al escucharla—, no te amedrentes ni des gusto al demonio ocultando pecados en la confesión.

—¡Ay, padre, si es que me da tanta vergüenza!

—¡Mira a tus pies, pecadora —replicó el sacerdote con ademán de lanzarle un anatema—, y verás el infierno con sus llamas que ya te lamen para devorarte!



—Bueno, padre; pero no se asuste ni vaya a gritar al oírme lo que voy a decirle: *téngase de atrás Su Paternidad* y escúcheme sin enfadarse.

El religioso se aferró al asiento del confesionario para no saltar cuando la beata soltara el trueno gordo, contuvo el aliento y esperó como quien va a recibir un golpe anunciado.

—Acú... some..., padre —dijo aquella toda medrosilla, deteniéndose en el preámbulo para después aligerar en la declaración principal—, ¡que me como los mocos!

—¡Huy...! —exclamó el pobre confesor, que se hallaba en ayunas y con el estómago revuelto—; mira, desgraciada, ¡eso no es un gran pecado sino una gran porquería!

De tiempo atrás se nos viene haciendo la censura de que somos inclinados a relatar cuentos de realismo exagerado, razón por la cual hemos hecho esfuerzos, aunque infructuosos, para corregirnos, porque cada uno da de lo que tiene, y además nos sucede lo del venerable doctor Francisco Margallo, cuando lo hizo entrar a ejercicios en la recoleta de San Diego el arzobispo Caicedo y Flórez, por complacer al general Santander, quejoso de los sermones de aquel.

La tarde en que salía el doctor Margallo de los ejercicios fue a su encuentro el general Santander para saludarlo y ver qué cara ponía, pues eran amigos.

—¿Qué tal de ejercicios, señor doctor? —le dijo el general abocándose al digno sacerdote.

—Muchos propósitos y poca enmienda —contestó aquel—. Y en el próximo domingo pronuncio un sermón más vehemente que los anteriores.

No faltará quien diga que no nos entiende: si así fuese, le referiremos otra historia relacionada con el respetabilísimo canónigo doctor José María Plata.

Una india ladina hizo confesión de año grande, y empezó así:  
—Acúsome, padre, que he tenido mis cositas.  
—¿Qué cositas? —preguntó Su Señoría.  
—Pues mis cositas —replicó la penitente.  
—No te entiendo, mujer —añadió el doctor Plata.  
—¡Ajá, hágase su mercé el pendejito! —repuso maliciosamente la india.

*El pueblo me lo contó  
y yo al pueblo se lo cuento,  
y pues la historia no invento,  
responda el pueblo y no yo.*

Y entremos en materia.

\*\*\*

A juzgar por la forma que daban los santafereños al envolver a los neños recién nacidos, debieron tomar por modelo la oruga.

Ogaño se cree, con sobra de razón, que a los niños se les debe abrigar dejándoles en libertad los pies y las manos para que puedan moverlos fácilmente y se vigoricen. Antaño se envolvía a las infelices criaturas con fajas ajustadas que les daban aspecto de andullo de tabaco, privándolos hasta del menor movimiento. Esto tenía, entre otros inconvenientes graves, el de dejar al niño sin defensa natural, a merced de cualquier agente dañino, como sucedió a uno con quien una lora se divirtió sacándole los ojos mientras la madre andaba fuera de casa, en la persuasión de que no podría sucederle

accidente peligroso a su hijo, por haberlo dejado perfectamente envuelto.

*Cubrir la mollera* quería decir dejar amontonar en la cabeza del niño el pelmazo de caspa repugnante que se forma sobre la parte superior del frontal, sin humedecerla ni asearla por ningún pretexto, porque antaño había la preocupación de preservar los sesos del frío, mediante aquella inmundicia, siguiendo el dicho de que «la cáscara guarda el palo»; en cuanto a los baños, solían darse en agua tibia, pues se reputaba como un infanticidio sumergir a los niños en agua fría. Tan absurdo y antihigiénico proceder les daba aspecto de figuras de cera sin animación, pálidos y marchitos, semejantes a plantas trasnochadas.

Hoy pasean los niños en nuestros parques rivalizando con las flores, corriendo tras del aro, o saltando en la cuerda, incitándonos con su frescura y alegría a comérmolos a caricias.

Muñecos ambulantes de trapo parecían los niños, a quienes se disfrazaba con trajes semejantes a los usados por las gentes graves, desde los tiempos de la Colonia hasta mediados del siglo pasado, en que tuvo principio entre nosotros el buen gusto en el vestir.

Los bogotanos visten hoy a sus niños con elegancia y lujo exagerados, que pueden ser un peligro para lo futuro; pero nada atrae tanto como esos pimpollos semejantes a pichones en su nido de plumas vaporosas, o a capullos de rosa aprisionados en corola de cintas y encajes que encierran todo un porvenir de felicidad o de infortunio, para abrir sus pétalos al recibir el misterioso beso del sol de la juventud con sus encantos.

Ogaño, lo mismo que antaño, se divierten las madres haciendo llevar a los hijos el hábito de algún santo o cofradía. El pueblo

se encanta al ver esos San Antonios, Vírgenes del Carmen, de las Mercedes y de Lourdes, representados por niños, y como la costumbre es contagiosa, vemos frecuentemente a las mujeres que padecen necesidades hacer voto de vestir algún hábito, en ocasiones con cierta coquetería que las favorece. Por ejemplo: las rubias, de ojos azules, eligen el color blanco; las morenas, de ojos negros, el carmelita; y las indeterminadas, el del hábito de San Francisco; pero haciendo en este tales metamorfosis que a buen seguro no las reconocería el Seráfico con el disfraz que suelen llevar algunas al usar ricas telas, cordón de lujo, peinados de *capul* y *puf* o *quitrín* monumental cuando está de moda.

En los albores de este siglo van alegres los niños a la escuela, sin el temor que infundía la perenne amenaza del letrado aquel, fijado en la pared del frente, encima del asiento del maestro, cuyos emblemas eran la férula de un lado y el ramal del otro:

*La letra con sangre entra y la labor con dolor.*

Los estudiantes se ejercitaban escribiendo en una mesa angosta regada de arena para economizar papel, según el método de Láncaster, y leían en los cuadros de la citología, en pelotón, sin que al maestro se le diera un ardite si sus discípulos no aprendían lo que no entendía él mismo.

Una *echada de piches* en la banca, la denuncia de alguna falta, o cualquier otro pretexto reputado como ofensivo, se dirimía al salir de la escuela con una sesión de puñetazos en el zaguán inmediato; y si el asunto revestía mayor gravedad, ahí estaba la entonces desierta Huerta de Jaime para ir a reventarse las narices y ponerse los ojos negros, sin riesgo de policía que lo

impidiera, ni de testigos importunos o delatores. Las fuerzas de los contendientes se igualaban mediante el sencillo procedimiento de amarrar una mano, o vendar un ojo cuando la riña era entre un chico y un grande; pero después quedaban tan amigos como antes, afianzando las íntimas relaciones por medio de unas cuantas panelitas de leche y cuajadas que vendía a cuatro al cuartillo la chata Eduvigis o don Justo Pastor Losada.

Hoy, al salir los rapaces de la escuela, montan en bicicleta y van a tomar aire fresco y buen *lunch* a Chapinero.

La cometa era una diversión de especial importancia en la vida de los santafereños.

Apenas empezaban a soplar los vientos alisios, se veían flotar en el aire centenares de cometas de diversos tamaños y colores. Las que se echaban entre semana representaban las escaramuzas de las escuadras navales para tantear las fuerzas enemigas y librar enseguida la batalla decisiva. Los panderos equivalían a los navíos de tres puentes, las cometas medianas a las fragatas, y las pequeñas a las naves menores, divisadas con el color respectivo de cada bando, y armadas de afilada navaja en el extremo de la cola.

Aceptado el duelo para el domingo fijado, y aprestados los beligerantes, se tomaban posiciones en las afueras de la ciudad, y por medio de cohetes se anunciaba a sus habitantes el principio del combate aéreo.

Desde ese momento hasta que terminaba la partida, se veía a todo mundo con la mirada fija en el cielo: sin hallarse al corriente de las causas, podría creerse que en aquellos momentos se ocupaban los santafereños en el estudio de profundos problemas de astronomía, o que estaban extasiados ante beatífica visión.

El momento psicológico de los cometeros era cuando el diestro que manejaba una cometa lograba aproximar la cola de esta con la traidora navaja, a la cuerda de otra para cortarla: si realizaba el intento, estallaban gritos de gozo de los vencedores y silbidos de los perdidosos; pero si la lucha se empeñaba entre una comética con un pandero, y aquella cortaba la cuerda del gigante haciéndolo descender cabeceando en vertiginosa caída, ¡oh!, entonces los vencedores pasaban del contento al frenesí, y los tiples, *chuchos* y panderetas, acompañados de los gritos y palmoteos de los gananciosos, se oían en son de diana anunciando el triunfo, con los cohetes que atronaban produciendo rabioso despecho en los vencidos.

Si el pandero vencedor no descendía por la fuerza del aire, le enviaban *aviso*: era este un cartón circular guarnecido con truenos y triquitraques con mecha encendida que los hacía estallar cuando en su viaje ascendente por la cuerda llegaba a los vientos de la cometa, aumento de peso por el cual bajaban para recibirle con los honores del triunfo. Otras veces servía de *aviso* un sombrero cubilete.

El hecho de entrar a la ciudad conduciendo la cometa con la cola envuelta en el cuello y la cabuya en la mano, se reputaba insigne honor, codiciado por los muchachos de la escuela; y a su maestro, que había funcionado de almirante en el combate aéreo, podía aplicársele con propiedad aquello de embarcar y quedarse en tierra.

\*\*\*

Los medios de locomoción de los santafereños diferían esencialmente de los que hoy gozan los bogotanos.

En la actualidad vamos más pronto a cualquier punto de los que atraviesan en la Sabana los ferrocarriles y el tranvía; pero en cambio se perdió el encanto de los paseos campestres a los alrededores de Bogotá, porque las exigencias del vehículo obligan a medir el tiempo con rigurosa exactitud, so pena de quedarse confinados los fiesteros hasta el día siguiente, si no tienen posibles para procurarse tren expreso. Y como toda conveniencia tiene inconvenientes, apuntaremos el percance sucedido a unos paseantes a quienes el imperioso pito del tren les hizo abandonar en fuga precipitada la comida apenas empezada a saborear, porque no tuvieron en cuenta la máxima inglesa de inexorable aplicación en los ferrocarriles: «El tiempo es dinero».

Muy conocida es la historia de los amores del oidor Anuncibay con doña Jerónima de Olaya y Herrera, el cual hizo construir las calzadas al frente de Capellanía a inmediaciones de Fontibón, y la de Puente Grande al Cerrito, para visitar a su amada que vivía en Funza, sin peligro de zozobrar en las ciénagas, de forzosa travesía, formadas al frente de El Tintal y entre El Santuario y dicho puente. Desde entonces se cambió la balsa de juncos por el caballo para atravesar la Sabana de Bogotá. Así permanecieron las cosas hasta mediados del siglo pasado, pues si bien es cierto que el virrey Solís, el arzobispo Caballero y Góngora, el marqués Lozano y algunos otros magnates hicieron traer coches de España para su regalo, estos muebles eran de puro lujo y vanidad, porque los trayectos más largos que podían recorrer eran: por el norte, hasta el río del Arzobispo y por el occidente, hasta el Puente de Aranda, como lo demuestran los semicírculos en forma de paréntesis que existen en las respectivas carreteras, hechos con el objeto de facilitar la vuelta.

No es difícil hacer la estadística de los carruajes de la antigua Santafé y de su descendiente Bogotá.

El primer coche moderno que conocieron los santafereños fue el de Bolívar, traído por los señores Juan Manuel y Manuel Antonio Arrubla, quienes lo vendieron al Gobierno de la antigua Colombia junto con el Palacio de San Carlos, amueblado. Era suspendido, pintado de amarillo y negro con caparazón que protegía los asientos de atrás, pescante elevado y zaga para lacayos de honor. Rodó con fortuna varia hasta que, agobiado por los años y el servicio, sucumbió en un mal paso de la Sabana, en el año 1874.

El «Coclí» se llamaba el primer ómnibus importado por el señor José Antonio Carrasquilla en el año de 1840. Figuró en las carreras de caballos inauguradas en San José de Fucha en 1844, y lo aventuraban hasta Chapinero, a riesgo de estrellarlo en la pendiente que había de El Sargento Prieto al río del Arzobispo. Después quedó enrolado en el escalafón de los carruajes dedicados a viajar por el norte, sur y occidente de la Sabana, y aún se conservaba hasta el año de 1894, como el sobrino aquel del *Hombre más feo de Francia*, quien se presentó a su tío ofreciéndole poner botones nuevos a la raída levita, cuando habría sido más corriente ponerles levita nueva a los viejos botones.

El opulento general Domingo Caicedo murió el 1.º de julio de 1843 en su landó al llegar a Puente de Aranda, en viaje para el villorrio de Anapoima, en busca de la perdida salud. Guardado el mueble indefinidamente en una cochera, mientras se liquidó la complicada mortuoria del general, tuvieron sus herederos que vender una casa para pagar el arrendamiento de dicho local. Entre el comején, la polilla, los ratones y el orín,



dieron remate al coche del que fue vicepresidente en las postrimerías de la Gran Colombia.

En la primera presidencia del general Tomás C. de Mosquera hizo venir este un coche para pasear en Bogotá y sus alrededores; bogó con buena suerte hasta el día en que hubo un gran paseo a la quinta de Versalles, contigua a La Magdalena. Ya fuese que el cochero *trincara* más de lo conveniente, o que los caballos se alborotasen con la alegría de los del festín al volver a la ciudad, el hecho fue que Su Excelencia y sus ministros rodaron volcados en la plazuela de San Diego, de donde los brutos despidieron en dirección a su pesebrera, llevando enganchado y dejando un rastro de fragmentos de lo que había sido el coche de gala del presidente de Nueva Granada.

El general Antonio López de Santana, expresidente de México, regaló una victoria con el correspondiente tronco de caballos ingleses, al presidente general José Hilario López, en 1849. El mueble tuvo poco uso, y como no debía nada, terminó pudriéndose en una cochera, por la sencilla razón de que habría sido indecoroso darlo a la venta atendida su procedencia.

Algunos particulares tenían coches, que solían de cuando en cuando recorrer nuestras calles, divididas entonces por acequias. Recordamos los siguientes: al general don Francisco Urdaneta, de viaje a Europa en 1852, en su magnífico landó tirado por dos feroces zainos de Canoas, *cano-güeros*, que lo volcaron y zambulleron en un profundo fangal frente a Capellanía.

A don Pepe Nieto, paseando en una berlina por la antigua Alameda, arrojado con *todo y coche* a la zanja, por consecuencia de una espantada de la pareja de tordillos.

A don Joaquín Orrantía, yendo y viniendo entre Chapinero y Bogotá en un faetón, hasta que se le rompieron las ruedas contra una gran piedra que había en la mitad del camino.

A don Nicanor Galvis, exhibiéndose en un elegante landó antes de vendérselo al presidente, general José María Obando, quien lo revendió después de su caída como único recurso para proporcionarse con qué volver a Popayán.

Al “Indio” Pacho Torres con el chapetón Tomás Rodríguez Díez, toreando en birlocho en unas fiestas en Soacha.

Y al doctor Andrés María Pardo, a quien aconteció la siguiente singularísima aventura: tenía el doctor un caballo llamado Palomo, dedicado a la silla del médico en la semana y a tirar de un cabriolé los domingos. Sucedió, pues, que una tarde del mes de septiembre de 1853 recorría aquel la ciudad en su coche en compañía de don Pedro Racines, caballero de cuerpo entero y gran flema, y de un cuñado que alardeaba de buen cochero. Ya empezaban a lucir algunas estrellas en el cielo cuando nuestros paseantes volvían por la calle de Los Carneros para dirigirse a la casa del doctor, situada en la calle de La Cabrera, contigua a la que ocupó el doctor Rafael Núñez.

En el puente de San Francisco se bajó don Pedro, y ya fuese por la falta de peso en el cabriolé, ocasionada con tal motivo, o por cualquier otra causa, lo cierto fue que Palomo partió, desbocado, por la calle real hacia el sur, con sólo dos pasajeros en el coche. Al llegar al atrio de la Catedral subieron todos juntos; pero el cuñado logró arrojarse sobre las gradas sin recibir lesión, dejando solo al doctor Pardo y sin riendas para sujetar el caballo. Este continuó en vertiginosa carrera, sacando chispas contra las piedras, al tiempo que los Hermanos de Cristo

salían de la capilla del Sagrario con su capellán al frente —el doctor Vicente Cándido Beltrán, de alta estatura—, vestido de sombrero de teja y amplio manto que extendió en cruz con intención de contener al bruto.

Palomo se asustó más ante aquella figura, semejante a un quiróptero antediluviano, y descendió a la plaza, dirigiéndose a la estatua de Bolívar, para volver a trepar al atrio al frente de la casa contigua a dicha capilla, huyendo de los que lo atajaban. Otra vez escalado el atrio por el caballo con el cabriolé a remolque, se orientó y partió como la ira mala hasta llegar al frente de la casa de su amo, donde se detuvo instantáneamente; el doctor Pardo saltó en el aire y cayó sobre los restos de lo que fue su coche, mientras que Palomo dio un empujón a la puerta de la calle y entró estrepitosamente a su pesebrera.

De lo expuesto se deduce que si, como decía don Vicente Montero, «para cazar tigres es indispensable que haya tigres», nosotros adicionamos el axioma así: «Para que haya coches es indispensable que existan caminos por donde aquellos puedan transitar».

\*\*\*

Al fin comprendió el Gobierno la necesidad de propender al mejoramiento de los caminos. Tocó a la administración ejecutiva del general José Hilario López la celebración del contrato con los señores De la Torre para construir la calzada de Bogotá a Facatativá mediante el pago de cuatro pesos por cada metro lineal, con la achura de ocho metros. Los envidiosos de entonces lo llamaron *camino de terciopelo*, porque ese era en aquel

tiempo el precio del metro de tan rica tela; pero no tenían en cuenta que la piedra para hacer el *macadams* entre Fontibón y Mosquera tenía que venir en carros pequeños desde Bogotá o Serrezuela, ni el incremento sorprendente de los negocios en la Sabana, merced al cumplimiento del contrato, que sólo dejó pérdidas a los contratistas, sirviendo esto de alivio a los que sufrieron con la idea errónea de las enormes ganancias atribuidas a los señores De la Torre en aquel negocio.

El primer empresario que se aprovechó de la carretera fue el general José María Gaitán, quien hizo traer de los Estados Unidos cinco carricoches para conducir pasajeros entre Bogotá y Facatativá; adolecían del inconveniente de volcarse una vez sí y otra también, con la circunstancia de obligar a los viajeros a llevar encauchados que los preservasen de la lluvia, pues los vehículos apenas tenían una tolda en forma de baldaquino.

Corresponde el honor de la primera empresa seria de carruajes en Bogotá al progresista caballero Guillermo París, al arriesgar su dinero haciendo venir de Filadelfia cuatro magníficos ómnibus, que puso al servicio del público en el año de 1854. Se distinguían con los poéticos nombres de *No me olvides*, *Azucena*, *Trinitaria* y *Rosita*, adornados con retratos al óleo de actrices notables, paisajes, espejos y linternas, de una solidez a toda prueba, como lo demuestra el hecho de rodar aún en nuestros caminos *Rosita*, después de cuarenta y tres años de servicio.

Entonces iba un viajero de Bogotá a Facatativá por la módica suma de doce reales.

Establecida con crédito la empresa de París, surgió la natural competencia, no ya con carruajes traídos del extranjero, sino con los que hicieron en el país, primero don Ramón Soto

y después don Catón Téllez, Ezequiel Morales y otros ebanistas notables, poniéndoles nombres de nuestros próceres y guerreros.

El servicio de carruajes tomó vuelo a medida que mejoraron las vías de comunicación en la Sabana. Pero siempre se tropezó con el conveniente de la falta de caballos adecuados: Los señores Carlos Rasch y Manuel Vicente Umaña fueron los primeros que introdujeron al país reproductores de raza de tiro norteamericanos y percherones, ejemplo seguido con buen éxito por otros hacendados, pues hoy poseemos excelentes caballos como resultado de la mezcla de razas recién importadas con las arábigas o andaluzas que teníamos.

En aquellos tiempos proveían de caballos las haciendas de Canoas, Tequendama y las de don José María Hernández, de donde provino que los cocheros llamaran *hernandunos* o *canogueros* a los troncos; pero estos eran en extremo nerviosos asustadizos y, por lo común, resistidos a prestar el servicio, porque los trataban de adiestrar brutalmente y los azotaban sin piedad durante todo el trayecto del viaje.

La arrancada de un ómnibus en la plazuela de San Victorino hacia la Sabana ponía en movimiento el barrio. Los sobrecogidos viajeros permanecían encerrados en el vehículo, presas del terror al verse a merced de dos brutos, resistidos a tirar; del aun más bruto cochero azotando a los caballos y arrojando vizcaínos a torrentes; de otro bruto a guisa de mugriento postillón, arzonando al frente de la pareja de caballos para ayudarles a salir, y de los ayudantes del empresario, arreando, apaleando y martirizando a los resistidos corceles hasta que, al fin, estos despedían furiosos, con la febril velocidad que llevaría el diablo si se viera montado por un cura con espuelas de agua bendita.

Dos fracasos dignos de referirse sucedieron a los ómnibus.

El Azucena viajaba de Bogotá a Facatativá con una familia en su seno cuando, al pasar por la calzada de Puente Grande, se desbocaron los caballos, el cochero no pudo contenerlos y «en una de freír, cayó caldera», yendo todos a parar al fondo de la ciénaga, al pasar uno de los puentes sobre las alcantarillas. Felizmente, el vehículo dio una voltereta con todos adentro, cayó sobre las ruedas y quedó convertido en una especie de fragata, de donde, sin mayor quebranto, salieron los pasajeros por las ventanas.

El Girardot iba una vez en dirección a occidente cuando la mala suerte hizo que se detuvieran en Fontibón, a tiempo que emigraba un enjambre de abejas. Estas se apoderaron del ómnibus y atacaron a los caballos, los cuales partieron enloquecidos por los millares de agujonazos de las abejas; pero esta vez el percance resultó más grave, porque todos fueron a dar en una zanja, donde murieron los caballos y se magullaron los pasajeros.

Ya parecía que Bogotá iba a disfrutar de un buen servicio de coches, porque diariamente aumentaba el número de estos; pero, desgraciadamente, subieron los precios a medida que aumentaron las necesidades, abusando de tal manera los empresarios que, cuando en otras partes el valor del servicio del carruaje está en relación con las leguas recorridas o con el tiempo empleado, entre nosotros cuesta recorrer un metro cuadrado lo que en otras partes una legua, y en esto no exageramos, pues nadie ignora que en tiempo de espectáculos en Chapinero se han pagado cinco mil pesos por el servicio de un landó para ir y volver, y la asistencia en coche a una función de matrimonio en la ciudad cuesta ¡*dos mil duros!*

Felizmente, los ferrocarriles y el tranvía han contribuido a redimirnos en parte de tan pesado despotismo, aunque todavía les queda a los empresarios de carruajes algunos resquicios por donde exprimir a los que tienen necesidad de sus muebles, de donde viene el dicho, ya popular en Bogotá, cada vez que se ve un perro muerto y un coche roto: «De los enemigos, los menos».

\*\*\*

Si en la actualidad se admiran los extranjeros al considerar cómo y por dónde han traído a Bogotá los pianos de cola, las máquinas de vapor y otros objetos de gran bulto y peso, ¿qué dirían si hubieran visto los coches o, mejor dicho, los monumentales armatostes traídos de España en tiempos de la colonia? Era necesario que el precio de los jornales fuese muy bajo y abundantísimos los indios cargueros para no arruinarse por el capricho de poseer un mueble de pura fachenda.

Alcanzamos a conocer dos de ellos: el de Cuasimodo, rodando detrás de la procesión del Santísimo al salir de la capilla del Sagrario, por las carreras 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>, comprendidas entre la Catedral y el Colegio de Nuestra Señora del Rosario. Era tapizado de terciopelo carmesí y bordados de oro y plata, suspendidos sobre un rodaje de talla dorada, con la correspondiente zaga, sobre la cual iban en pie dos lacayos vestidos de librea blanca y peluca empolvada, tirados por cuatro mulas negras, enjaezadas con arneses rojos guarnecidos de plata y guiadas por sus respectivos cochero y postillón. La revuelta del monumental vehículo en la esquina del colegio era difícil problema que preocupaba a los ingenieros santafereños.

El coche de don José María Maldonado de Lozano, marqués de San Jorge, era semejante a una de las carabelas que sirvieron a Cristóbal Colón para descubrir el Nuevo Mundo; pasó a ser propiedad de don Joaquín Gómez Hoyos por herencia parafernada de su primera esposa, a hija del marqués.

Imaginaos un aparato formidable de cuatro ruedas pintadas de rojo, soportando algo parecido a una cámara real tapizada de damasco carmesí con amplios asientos como dos grandes sofás uno frente al otro, suspendida la magna cámara sobre cuatro fortísimos barrotes de hierro montados en resortes verticales, alto pescante sobre las ruedas delanteras, fuera de la zona de los resortes para que el cochero bailara en su asiento por el movimiento de trepidación, con una zaga o galería trasera en la que iba un ramillete de remolachas y cebollas, representadas por la servidumbre femenina de la casa, figurando en primer término la negra cocinera.

La subida al vehículo se hacía por una escalera de hierro, doblada al costado de cada portezuela, con las correspondientes vidrieras, persianas y cortinas.

Ponían en movimiento la enorme máquina cuatro hermosas mulas de perezoso andar, enjaezadas con arneses guarnecidos de plata y un caballo, montado por el postillón en silla *chocontana* para amadrinar las mulas y guiar la caravana; el todo dirigido por el cochero Pedro Chusco, resto viviente de la indígena servidumbre del marqués de San Jorge, mostrando por librea zamarras de piel blanca de chivo lanudo, en pechos de camisa para llevar expeditos los brazos en los movimientos de manejar a los cuadrúpedos y prevenir las malas contingencias del viaje a la hacienda de El Diamante, situada entre



Puente Grande y Tres Esquinas de Funza, único trayecto que recorría aquel venerable mueble.

La víspera de partir o de volver el coche hacían despejar el campo, dando aviso a los que vivían en las tiendas situadas del puente de San Victorino a la casa de don Joaquín, en la cuadra siguiente a la Rosa Blanca, hacia el este, para que quitaran los tendales de ropa suspendida en cuerdas contra la pared por medio de un asta, costumbre indecorosa que subsistió hasta el año de 1868, abolida por el general Santos Gutiérrez cuando ejerció la presidencia de la República.

Preparada la vía y cargado el vehículo, surgía una cuestión grave en la familia viajera: esta se componía de la esposa de don Joaquín y de cuatro señoritas, entre ellas la preciosa y espiritual Pepita, encanto de la casa y mimada de sus padres. Tenía en propiedad un caballo pajizo llamado Cernícalo para montarlo cuando salían al campo, porque aseguraba a pie juntillas que el movimiento del coche la mareaba.

El bueno de don Joaquín tenía gran placer en dejarse estar por su hija predilecta cada vez que esta tenía el capricho de hacer algún gasto extraordinario, para lo cual ocurría al expediente de vender a Cernícalo por el precio que ella exigía, siendo su padre el comprador obligado en todas ocasiones.

Cuando ya estaba todo listo para emprender camino, entablaba la picaruela el siguiente diálogo con toda la posible zalamería:

—Padrecito, tengo la pena de decir a su merced que no lo acompaño al Diamante porque no tengo caballo.

—¿Y el Cernícalo? —replicaba el anciano, fingiendo no comprenderla.

—No monto sino en caballo propio —alegaba Pepita, meneando la cabeza con ademán resuelto.

—Pues te lo vuelvo a regalar y déjame en paz —le decía el amoroso padre, para recibir en cambio de su generosidad un ruidoso beso en la mejilla, que le hacía brotar lágrimas de ternura.

Pepita montaba en su corcel favorito, manejándolo como diestra amazona, en compañía de algunas amiguitas, tan inteligentes y vivarachas como ella, y de algunos íntimos de la casa. Tomaban la delantera al coche y lo esperaban en la plazuela de San Victorino, para advertir al resto de la familia, encerrada en el mueble, que en Fontibón los esperaban. Y partíamos como desencadenado huracán, levantando nubes de polvo, que señalaba nuestro rumbo al occidente, disfrutando de los albores de la riente juventud, sin remordimientos por el pasado ni aprensiones por lo porvenir. Si alguien nos hubiese dicho entonces que, en un día no lejano, iríamos, mudos de dolor, a depositar en el campo santo a la que daba animación a uno de los centros más brillantes de la sociedad bogotana, lo habríamos tomado por un insensato.

Y a los que exijan otra prueba de la inestabilidad de la vida les referimos lo siguiente: en la mañana del día 1.º de noviembre de 1853 nos hallábamos en la hacienda de El Diamante, cuando vimos llegar un jinete montado en una hacanea de color rucio mosqueado: era el doctor Rufino Cuervo, íntimo amigo del señor Gómez Hoyos. Venía de su predio, llamado Boyero, a oír misa en el oratorio de la casa.

Mientras era tiempo de salir el sacerdote al altar, el doctor Cuervo desplegó la locuacidad instructiva y agradabilísima

que lo distinguía; pocos hombres hemos conocido a quienes la Providencia concediera como a él el don de seducir con su conversación. Al referirnos a la tranquilidad de su espíritu, se quitó el sombrero chambergo que usaba, nos mostró la cabeza cubierta de sedosos cabellos castaños y nos dijo estas palabras:

—Mire usted, querido José María: no tengo ni una cana a pesar de mis cincuenta y dos años, ningún accidente de la vida me quita el sueño, que duermo como un bendito desde que reclino la cabeza en la almohada. El 7 de marzo de 1849 recibí aviso del supuesto complot para asesinarme; pero ni esta circunstancia pudo interrumpir mi costumbre de recogerme temprano. A juzgar por mi pasado, alcanzaré una venerable longevidad.

Veintidós días después asistíamos en la iglesia de San Diego a los funerales de aquel ejemplar caballero y hombre de Estado.

Entretanto, levaba anclas el coche Leviatán y se ponía en majestuoso movimiento hasta llegar a la bocacalle formada por la carrera 6.<sup>a</sup> y la calle 12, arriba de la Rosa Blanca. Aquí había una piedra que servía de puente sobre la acequia y ponía a prueba el talento del cochero Chusco, porque era preciso pasar por encima sin tocarla, so pena de quedar atorados. Salvo este primer mal paso, llegaban a otro puente de idénticas condiciones en la bocacalle contigua a la botica de Medina Hermanos. Si salían con facilidad de estos perros ladrando, de cohorte de *chinos* prendidos de la zaga, reventando con las ruedas las cañerías superficiales, llevándose engarzados unos cuantos balaustres de las ventanas de las casas y rasando las paredes hasta llegar al peligroso cárcamo que existía en mitad de la calle inmediata al puente de San Victorino. Aquí se santiguaba tres veces el

Chusco y, al verse sano y salvo en la plazuela, se enjugaba el sudor con la mano, se ponía la ruana guasqueña y emprendía por la ruta exenta de peligros en verano, hasta llegar a la calzada de Capellanía, cuyo piso era de piedras desiguales, que producían movimientos de trepidación a los vehículos de ruedas y obligaban a los pasajeros a recorrerla a pie.

En cuanto a los viajeros del interior del coche, desde que salían de la ciudad por la Pila Chiquita, daban principio al rezo de las quince *casas* del rosario, a fin de aprovechar el tiempo, para terminar con el salterio, salmodiado entre don Joaquín y el padre candelario fray Valentín Zapata, porque nunca salía el primero sin llevar consigo a su confesor como medida de precaución.

Reunidos en Fontibón la caravana ecuestre con los viajeros del coche, sesteaban para dar respiro a los últimos. Allí chocolateaban las personas de respeto y los calaveras tomábamos *guarrús*, dulce de almíbar acompañado de queso de estera, bizcochos de *filigrana* y almojábanas fresquitas en la venta de ñor Gil.

Cuando los rayos del sol caían oblicuos sobre la tierra, continuaban el viaje sin mayores tropiezos hasta Puente Grande, cuya calzada era otra edición igual a la de Capellanía, con el aditamento de los pantanos que la rodeaban y hacían peligroso recorrerla en el coche monstruo, por lo cual los viajeros echaban pie a tierra hasta llegar al Cerrito del Santuario, llamado así por el promontorio formado con la tierra que cubrió la sepultura de los muertos en la batalla del mismo nombre en el año 1830.

En definitiva, si no ocurría algún percance de los muchos que entonces se presentaban al viajar en la Sabana, llegaba el

venerable vehículo al frente de la puerta de El Diamante, orillando la zona occidental del camino para poder tomar bien la puntería y pasar ras con apenas por la entrada, después de lo cual ordenaba hacer alto don Joaquín para rezar el Avemaría sin zozobras, pues el reloj, cuya existencia en el interior del coche hemos callado por olvido, marcaba el fin del día. No era poco entonces recorrer, de las nueve de la mañana a seis de la tarde, las tres leguas que medían entre Bogotá y El Diamante.

\*\*\*

El método más seguro y menos expuesto a contratiempos para viajar, de los santafereños, era el pedestre.

Se refiere de un popular personaje de Santafé, que al mostrar la Catedral a un inglés le dijo con legítimo orgullo:

—Ahí donde usted la ve, es hecha aquí.

Parodiando esta célebre ocurrencia podemos decir con riesgo de que no se nos crea: todos los objetos traídos del exterior que por su gran peso y volumen no podían venir a lomo de mula, los subían a la altiplanicie a espaldas de indios cargueros, que semejaban hormigas transportando hojas diez veces mayores que ellas. Los peones de ambos sexos que conducían bultos, cuyo peso alcanzaba en ocasiones a veinte arrobas, solían morir repentinamente al tomar aliento para continuar trepando por las escarpadas pendientes que hay entre Honda y la Sabana; esto sin hacer cuenta de los infelices que morían aplastados como los ratones en la trampa de número cuatro, cuando por cualquier accidente, muy común, les caía encima el bulto que cargaban. Recordamos una pobre madre con su hijo de

pechos en los brazos, vueltos horripilante tortilla en el Alto del Sargento, y a dos cargueros destrozados por la estatua de Bolívar en Petaquero antes de que el buen don Santiago Chiappe, genovés, amigo de don Pepe París, tomase a su cargo el transporte de la inmortal obra de bronce de su paisano, lo que ideó hacer a la rastra con bueyes, para no añadir más catástrofes de alcance póstumo a las víctimas de la Independencia.

No es de la parte dramática de lo que deseamos tratar, sino de los viajes cortos a veranear o pasear en las cercanías de Bogotá.

El Pozo de los Colegiales en el río del Arzobispo, y el de San Cristóbal en Los Laches, eran los sitios escogidos por los que deseaban tener un día de expansión en el campo con poco gasto y buen provecho. Frecuentemente se veían *parrandas* en los días feriados, compuestas de familias de la clase media o del pueblo, llevando el fiambre para saciar el apetito despertado después de un baño vivificante, terminando el paseo con bailes nacionales a la pampa, y volviendo a la ciudad en las primeras horas de la noche, que pasaban en sueño reparador, para levantarse al día siguiente ágiles y contentos a continuar las tareas impuestas por la inexorable ley del trabajo.

Ogaño pasó a la historia el Pozo de los Colegiales, porque sus linfas quedaron secuestradas a perpetuidad para apaciguar la sed de los bogotanos, y el de San Cristóbal está amenazado de correr la misma suerte. Bien pueden, pues, los habitantes pobres de la capital ver qué trazas se dan con el fin de llenar la imperiosa necesidad de asearse el cuerpo, a no ser que resuelvan imitar a los gatos y a los kurdos, que se limpian la piel con la lengua.

Pintorescos, pero fatigantes por demás, son los paseos a Monserrate y Guadalupe. La ascensión al primero presenta no pocos peligros para ir a caballo, porque hay algunas revueltas muy forzadas en la montaña, cuyo camino es una estrecha y pedregosa vereda. Hasta hace poco tiempo se conservaba en la ermita un retablo que representaba el derrumbe de una mujer con el caballo que montaba: a la dama se le rompieron las costillas y una pierna, y el caballo quedó ileso. Otra tradición de los habitantes del páramo mantenía el recuerdo de la bella imagen del Señor de Monserrate, retirando un pie para que no lo profanara el beso de una mujer de mala vida. El Chorro del Milagro es la vertiente que brota casi en la cumbre del cerro, antes cubierto de hermosa vegetación, que va desapareciendo por la bárbara costumbre de los paseantes de incendiarla con los pajonales y malezas.

Cuanto a lances históricos de alguna importancia de Monserrate, sólo sabemos lo ocurrido en tiempo de la Patria Boba, en 1813, cuando las fuerzas que mandaba Girardot se quedaron como loros en la estaca viendo tranquilamente sucumbir a sus partidarios en San Victorino sin darles auxilio, lo que les valió el célebre dicho del clérigo García Tejada: «Patojos, dadme la pata». En la momentánea ocupación por la guerrilla de Guasca, el 8 de septiembre de 1876, el coronel Agustín Estévez fue herido por bala disparada desde Guadalupe.

A la sin igual tenacidad del canónigo doctor Fernando Mejía se debe la construcción de la iglesita que corona la eminencia de Guadalupe. Desde entonces quedó establecida la costumbre de subir romeros a cumplir promesa y pasar el día disfrutando del bellísimo panorama que, como a vista de pájaro, ofrecen la ciudad y la hermosa Sabana de Bogotá.

“Doctor Tornillo” era el apodo usado para designar al doctor Mejía, porque obtenía cuanto deseaba. Si en vez de acometer la construcción de la iglesia de Guadalupe hubiese tomado a su cargo la excavación del canal interoceánico, ya estaría este dado al servicio del mundo.

Atendidas las dificultades que venció cuando sólo él pensaba en edificar templos sin recursos para ello, la obra del doctor Mejía merece considerarse como empresa de titanes. A sus penitentes les imponía la obligación de trabajar en la fábrica de la iglesia, a sus relacionados les exigía contribución en cualquier forma, y a la generalidad de los fieles los invitaba a subir materiales. Puede decirse sin hipérbole, que la mayor parte de la ermita de Guadalupe fue subida en pedazos, a la espalda del bello sexo bogotano, las escuelas públicas y los batallones de la Guardia Colombiana.

Nada desconcertó en sus propósitos a tan constante empresario.

—¿Qué me da usted para Guadalupe? —preguntó una vez el doctor Mejía a don Antonio González Manrique.

—Los vidrios, cuando el edificio esté listo para ponerlos —contestó aquel.

La anterior oferta la hizo el interpelado a tiempo que apenas estaban en proyecto los cimientos de la iglesia. Pasados algunos años la ermita estaba cubierta, y el doctor Mejía cobró el cargamento de vidrios indispensables para colocarlos en las grandes ventanas, hechas expofeso con la esperanza de que el señor González Manrique cumpliría su oferta.

El día que el general Mosquera recibió la noticia de la toma de Popayán por don Julio Arboleda, después de sangriento



combate, se presentó el doctor Mejía en el Palacio del Supremo Director de la Guerra con el objeto de pedirle un auxilio para la iglesia de Guadalupe. El oficial de guardia le negó la entrada; pero el doctor porfió tanto que al fin oyó el general el altercado, y salió de su pieza para ver quién introducía el desorden.

—Soy yo, mi general, que vengo a pedirle una limosna para cumplir el voto de los bogotanos, de levantar la iglesia a Nuestra Señora de Guadalupe.

—Es usted un impertinente en venir a quitarme el tiempo que necesito para defenderme de los *godos* —le contestó el general Mosquera en un acceso de mal humor.

—Bueno, mi general —replicó el imperturbable doctor Mejía—, eso es para mí; pero ¿qué me da para la iglesia?

Vencido el omnipotente general no pudo menos de dar cien pesos al invencible presbítero, y la orden para que se permitiera a los soldados subir materiales, con la oferta que le hizo el “doctor Tornillo” de encomendarlo a la Virgen para que lo preservara de muerte violenta.

Lo cual se cumplió diecinueve años después, y acaso fue no menor milagro del doctor Mejía, atendidas otras humoradas del general Mosquera; o fue triunfo de la Virgen de Guadalupe sobre los dos de su vecino de Monserrate que dejamos apuntados. El general Mosquera murió en su hacienda de Coconuco y en su cama, cargado de años y de opiniones varias de todos sus contemporáneos.

\*\*\*

En los alrededores de Bogotá se encuentran algunos ventorrillos frecuentados por gentes de vida airada, servidos por venteras

complacientes que se hacen de la vista gorda, y dicen como cierto fraile cuando le preguntaron por un bribón a quien buscaba la justicia: «Por aquí no ha pasado», introduciendo, para tranquilidad de su conciencia, la mano en la manga ancha del hábito.

Por esos sitios recónditos suelen verse *parrandas* que suben bien y bajan mal, o no bajan hasta que se les espanta la *perra* y hacen la digestión; pero lo usual y corriente es que el paseo termine en garrotera y cuchillazos ocasionados por el sempiterno *ella* de don Manuel Bretón de los Herreros.

Hay otras localidades al pie de la cordillera conocidas con nombres exóticos, como son, entre otros: La Media Torta, que ha servido de club a improvisados políticos; Los Resplandores de Oriente, Los Balkanes y La Gaité Gauloise, que el vulgo traduce La Gata Golosa. En todas ellas se sirven comidas netamente nacionales, se usa la *chicha* refinada por bebida, y la cerveza Bavaria, que ya empieza a desbancar al néctar indígena. Los parroquianos que las frecuentan son *cachacos* alegres amigos de solazarse con las fruiciones de la democracia. Todos esos paseos o *piquetes* presentan el mismo tipo, cuyos detalles nos son conocidos porque en uno de ellos figuramos como actores, según se leerá enseguida.

El 13 de octubre de 1893 se cumplía el septenario de la fundación de El Telegrama, y los tipógrafos resolvieron obsequiar a su director y a los colaboradores del periódico, en cuyo número tuvimos el honor de contarnos.

Pero los ladinos debieron sospechar que nos excusaríamos de asistir al *piquete* por razones de incompetencia, y apelaron al engaño para llevarnos por andurriales solitarios con

detrimento de la gravedad anexa al que ya peina abundantes canas. Al efecto, se nos presentó un heraldo, y con galantería comprometedora nos enderezó un recado en términos melosos por demás —que debieron habernos hecho entrar en malicia—, invitándonos a la casa de Jerónimo Argáez con el objeto de saludarlo en su cumpleaños de periodista.

La cortesía obliga, caímos en el garlito y fuimos a la casa donde se editaba *El Telegrama*. Allí se nos dijo que Jerónimo nos esperaba en la cuadra siguiente a la iglesia de Santa Bárbara, en un local escogido para el acto de felicitarlo. Seguimos como gansos atraídos por la vista del agua; pero al llegar al sitio indicado resultó que no era este sino en la Plaza de Armas: continuamos sin caer en la cuenta del engaño; mas al llegar a Las Cruces y preguntar dónde era el local, nos contestaron que no era precisamente en la plaza sino más adelante, detrás de un gran *eucaliptus* que se veía hacia el sureste. Proseguimos andando y charlando en la persuasión de que ya estábamos próximos a llegar al término del camino, bajo un sol ardiente; pero cuando, creíamos que íbamos a entrar en reposo, resultó que detrás del árbol sólo había la puerta de entrada a una dehesa sin ripio de casa donde sombrear, ni cosa parecida.

Aquí hicimos algunas observaciones concernientes a la fatiga y ocupaciones que reclamaban nuestra presencia en Bogotá, de donde ni los rumores se oían.

—Ya llegamos, don Pepe; no se afane que por aquí no hay culebras —nos dijeron nuestros conductores; y de broma en broma nos llevaron por entre barrancos y jarales, saltando tapias y zanjas para acortar las distancias, hasta que, en efecto, llegamos jadeantes y molidos a la colina desde la cual se dominaba

un delicioso valle a orillas del río Fucha, al pie de Los Balkanes, campamento establecido para escenario de la función.

En el centro de prados divididos por sotos de alisos, mortiños, raques en florescencia y aromáticos borracheros se alzaba vistoso toldo orlado con la bandera tricolor y festones de laurel. Los que nos habían precedido en el paseo nos salieron al encuentro llevando al frente la banda de triples encabezada por el insigne *bandolero* Daniel Melo, decano en la profesión, punteando un *pasillo* especial que nos dio convulsiones en las ya rígidas pantorrillas.

Todo era típico en aquella reunión de gente alegre dispuesta a festejarnos con la sinceridad del que no espera recompensa. Cada cual encontraba allí su diversión predilecta: en el Fucha se bañaban los aficionados a la natación, reflejándoseles los cuerpos al sumergirse en los pozos formados por las aguas transparentes que, en rumorosas cataratas, desbordan de los pedrejones que las detienen; al pie de frondoso salvio ardía la leña despidiendo denso humo que, al dilatarse lentamente en la llanura, llevaba en sus copos azulados las moléculas de las provocativas viandas destinadas a saciar el voraz apetito de los concurrentes; y en un recodo del valle rodeado de tupidos árboles, bailaban en fantástica confusión felices parejas que apenas posaban los pies en la grama que les servía de alfombra, al compás de música popular de triples y bandolas.

Después de los obligados tragos de brandy, que no pudimos rehusar, nos llevaron al toldo destinado para comedor. A fuer de más viejo se nos discernió el puesto de honor sobre una especie de sital de helechos y frailejón. En el suelo estaba extendido pulcro mantel sobre el cual se veían pirámides de frutas, pan a discreción, y enormes fuentes que contenían los

diversos potajes especificados en el respectivo *menú*, impreso en el pergamino de rústicas panderetas colocadas al frente de cada invitado, debajo de un pañuelo de *rabó de gallo* artísticamente atado a una rosca de pan de maíz, a guisa de servilleta con argolla, y la *totumita* roja para las libaciones de la *chicantana*.

He aquí el original:

MENÚ

Octubre 13 de 1893

Potage de blé au dos de porc.

Hors d'oeuvre.

Potatoes with pellejo and cheese.

Dindon rôti.

Testas di agnello. Kartoffel criollas.

Rôtis.

Filet de boeuf. Trufas á la Quevedo.

Cuir de porc a la Zenardo.

LIQUEURS:

Limón, Naranja, Mejorana, Sidra, Sidrón, Laches, Kopp, Doppel-stout y Manizales, Lager bier, Fácora amantillada, Virusilla, Hidromaíz y Vigorata.

FRUITS:

Todas, menos la prohibida.

Alrededor de aquel tendido teníamos al enciclopedista Franjáver, al historiador Pedro Ibáñez, al poeta Julio Flórez,

al naturalista Rafael Espinosa Guzmán, al literato Alejandro Vega, al reputado cantor Delio Amaya, y a los hermanos Argáez con su padre, el beneficiado de la fiesta, Augusto Torres, director de Obras Públicas, y muchos otros a cuál más endiablados, sobre haces de laurel con las piernas recogidas a manera de los turcos, apostrofándose mutuamente, lanzando chistes tan agudos como rayos desprendidos de preñada nube, poniendo en tortura la inteligencia para sorprendernos con admirables improvisaciones, y aplicando a todos los incidentes del *piquete* el aticismo peculiar del *cachaco* bogotano en sus ratos de buen humor.

Las sesiones de las academias deberían ser al aire libre como las antiguas Dietas de Polonia, en escenarios semejantes al en que figurábamos, sin las trabas que pone al talento la etiqueta del salón.

Terminado el *piquete* por sustracción de materia, salimos del toldo para recrearnos con las inspiradas trovas cantadas por Flórez y Amaya, acompañados de tiples. Habría sido preciso tener oídos de bronce y corazón de pedernal para no sentir las emociones que despertaron en nuestra alma aquellos acentos del inspirado bardo, entre los cuales retuvimos estos:

### AL RÍO SAN CRISTÓBAL O FUCHA

*Oyendo está tus rumores  
allá abajo el ángel mío:  
corre y llévale estas flores,  
que deshojo en tus hervores...  
corre, corre, manso río.*

*Corre y dile que la adoro,  
que estoy pálido y sombrío,  
que por sus desdenes lloro,  
y dile que es mi tesoro;  
pero... corre, manso río.*

*Mas si no oye mi quebranto,  
si desdeña el amor mío,  
entonces llévale el llanto  
que estoy vertiendo hace tanto  
sobre tus ondas, ¡oh río!*

En medio de aquellas escenas de regocijo se nos presentó un punto negro en el horizonte: a esas horas estarían rabiando de hambre en nuestra casa, esperándonos a comer, sin que ni aún remotamente maliciaran en dónde pudiésemos estar, dada la circunstancia de que no tuvimos medios para advertir nuestra traslación a las afueras de Bogotá. Aprovechando un momento de distracción en nuestros conmlitones, nos fugamos con Jerónimo, dejándolos entregados a las postrimerías de la fiesta, pues comprendimos, sin dificultad, que los compañeros no abandonarían el campo hasta muy entrada la noche, que ya se venía encima.

Y como el corazón es tan leal, se realizó nuestro presentimiento.

A las siete de la noche llegamos a nuestro alarmado hogar, en donde lo menos que pensaron fue que nos habríamos muerto de repente, pues no se explicaban de otra manera nuestra falta al acto de comer a la hora de costumbre, porque no hay peor cosa entre nosotros que la puntualidad. En

lo más fino de las excusas estábamos para sosegar a nuestra carísima consorte respecto de la inocencia del paseo, cuando percibió el tufillo que despedíamos a pura *chicantana*, lo que dio tema para una edificante plática conyugal con vislumbres de catilinaria: prometimos enmienda para lo futuro, con lo cual desbaratábamos la tempestad próxima a estallar, y en el hogar doméstico, continuó reinando la no interrumpida paz octaviana.

\*\*\*

Para uno de los *piquetes* a que se hace referencia atrás y que se llevó a cabo por los lados de Egipto, en casa de Bonilla (“Pajarito”), escribió el inolvidable Roberto de Narváez este primoroso y expresivo soneto:

*Bulle en cuchuco hirviente el espinazo  
del que engordó Bonilla cerdo fiero,  
y viene en pos el rostro que el cordero  
rindió del matador al cuchillazo.*

*Descanso aquí al comer ofrece el vaso  
y solaz los chunchullos placentero,  
mientras que el pavo, en papas prisionero,  
y de alverjas seguido se abre paso.*

*El ají —espuela al gusto— vendrá luego,  
y bollos, que payaca tierna abriga,  
blancas yucas y tiernos chicharrones,*



*y en fajas, retorcidas por el fuego,  
sucumbirá tenaz sobrebarriga  
al empuje de enormes rubicones.*

\*\*\*

La equitación era factor indispensable en la vida de los santafereños y bogotanos hasta hace unos quince años; pero desde que el precio de un buen caballo se equiparó con el de una casa, y con lo que cuesta la manutención del mismo podría vivir una familia pobre, cayó en desuso este medio de locomoción como recreo, para ser reemplazado por los ferrocarriles, el tranvía y las bicicletas, que si bien es cierto ofrecen más comodidad, hicieron desaparecer la animación de las cabalgatas dentro y fuera de la ciudad.

Antaño se servían del caballo en la mayor parte de los actos de la vida, lo cual parecería hoy un adefesio. Sin tomar en cuenta las visitas de los médicos, que aún las hacen a caballo, hemos quedado rebajados al orden pedestre, salvo tal cual jinete que suele verse recorriendo nuestras calles, ya como opulento paseante en caballo de regalo, o ya agenciando negocios que requieren presteza y especial atención en diferentes puntos; pero de estos puede decirse que llevan suspendido de las espuelas al exhausto cuadrúpedo respecto del cual Rocinante equivaldría al Bucéfalo de Alejandro.

Hoy es fácil al deudor tramposo zafar el cuerpo al agente encargado de notificarle la ejecución: antiguamente existía don Gregorio Zornosa, hermano de don Antonio el Cojo, que tocaba la flauta, pendolista en la escribanía de don José

Lucio de Elorga, y pensionado como teniente retirado de la Independencia.

Don Gregorio poseía un caballito cisne llamado Ratón, tuerto del ojo izquierdo como su amo lo era del derecho, aguillilla, homólogo de su dueño, completándose mutuamente cuando el uno iba encima del otro.

El equipo de don Gregorio montado en su jaco consistía en chambergo gris inclinado sobre el ojo tuerto, ruana verde de bayetón, zamarros de piel de perro barcino, estribos de palo, zurriaga pendiente de la muñeca derecha, espuelas de gran rodaja, tintero, plumas de ave detrás de la oreja, y el morral en que llevaba los expedientes, suspendido del arzón de la silla con pellón rojo.

Zornosa permanecía en acecho de sus perseguidos en las bocacalles, en la actitud que toma el milano para arrojarse sobre su presa.

Si como consuelo de los tuertos se dice: «para lo que hay que ver con un ojo basta», el ojo perspicaz de don Gregorio alcanzaba, como el rayo x, a atravesar el globo terráqueo al tratarse de descubrir a un ejecutado.

Tan luego como Zornosa tenía bien puesta la visual, batía con presteza los ijares de Ratón, acostumbrado a esas cacerías, recorría la calle como un huracán, flotándole la ruana y conservando fijo el sombrero asegurado con fuerte barboquejo y, sin entrar en inútiles razones, intimaba la notificación a la víctima, presentándole al mismo tiempo pluma y tinta a fin de no marrar el tiro por falta de diligencia.

En los tiempos presentes se dan lecciones de equitación a los privilegiados de la suerte, en picaderos convenientemente

preparados, sin peligro ninguno: antaño aprendíamos a montar en los terneros de los hatos que pastaban en las dehesas inmediatas a la ciudad. Al que aguantaba los corcovos de un becerro de año y medio sin medir tierra con las costillas, se le declaraba bachiller en la materia, para recibir el grado de jinete montando un potro de segunda ensillada, *abrochándole* las espuelas al pecho sin agarrarse a la silla *chocontana*.

Los pacíficos encontraban acémilas asnales de las que huyen a los yermos de la cordillera por librarse del mal trato: en estas mansas cabalgaduras aprendían a jinetear para después atreverse a montar en caballos alquilados de mala medra y catadura.

Dura suerte ha tocado en Santafé y en la moderna Bogotá al infeliz que ha transportado en sus lomos la mayor parte de los edificios. Si en algún lugar del mundo debiera levantarse un monumento al burro, siguiendo el consejo de Joaquín Pablo Posada, sería aquí, en sitio culminante de la Agua Nueva, testimonio de gratitud.

Realmente, nada hay tan brutal y cruel como el inicuo trato que recibe el paciente asno entre nosotros: durante el día lo vemos cargando materiales más pesados que el vehículo, y al entrar la noche lo sueltan, no a descansar, sino a que busque la vida comiendo papeles sucios, zapatos viejos e inmundicias en los muladares. Si a la hora precisa del día siguiente no se presenta a recibir la carga, se le da una paliza en castigo del retardo, aunque la causa sea la trasnochada que le ha hecho pasar algún *cachaco* al plagiar al pobre jumento para ir a horcajadas y a pelo limpio, no obstante las mataduras, a bailar en Chapinero, en donde apegan el animal a un palo a fin de tener bagaje seguro para la vuelta, al amanecer.

Y para colmo de ignominia, hasta don Higinio Cualla, alcalde de Bogotá, dispuso que se atraílle del pescuezo a los burros unos con otros, a riesgo de ahorcarlos, como si fuesen sartal de perros, para entrar a la ciudad que ellos ayudan a construir. Si fuese cierta la teoría de la asimilación, los bogotanos tendrían forzosamente parentesco con el burro: la prueba al canto.

Por allá en el año de 1845 prosperaba la industria de hacer moneda falsa. Sucedió, pues, que a virtud de formal denuncia, la Policía rondó la morada de un tal González, sospechoso de ejercer la lucrativa empresa en una casa situada al occidente de la plazuela de Las Nieves. Pero ¿qué imagináis, despreocupado lector, que halló la justicia? ¡Qué compasión! Más de cien cueros de burros, cuyos cuerpos hechos cecina habían figurado como carne de res en el mercado, ¡para nutrir a los atenienses de Suramérica!

Rafael Pombo no sospechó tal vez expresar más verdad química y fisiológica de lo que intentaba, cuando dijo que tenía más animalidad que humanidad, por la superior compasión que le inspira el maltrato de los animales en nuestra tierra, más cruel que el de la raza humana; y sobre esto discurre filosófica y patéticamente, en prosa, el poeta y apóstol de la homeopatía en el prólogo que precede al utilísimo *Manual de medicina veterinaria* del doctor Eladio Gaitán. Allí clama también contra «el infame *garabato* usado en nuestra costa del Atlántico para aguijar al asno sin sacrificio de la pereza del amo», y recuerda a Joaquín Pablo Posada, «cuya bien sentida poesía *Al burro*, en la cual denunció la infernal práctica, honrará perpetuamente su memoria». Pombo condena, a su turno, como de funesta

trascendencia social, las galleras y las corridas de toros; y aun eleva moralmente a los animales por sobre su amo, declarando que «el bruto es un perpetuo panegírico de la naturaleza, y censura de la humanidad. Sus vicios o inconvenientes son de ordinario efectos de nuestra incuria; y es su educación ramo bien atrasado en la labor humana, que tanto partido podría sacar de criaturas tan obedientes, sinceras, agradecidas y leales».

En tiempos de la Colonia se obligaba a los expendedores de ovejas degolladas, a llevarlas a la plaza de mercado sin quitarles las pezuñas, a fin de evitar el que metieran perro por cordero, engañifa a la cual eran aficionados los santafereños.

\*\*\*

La provisión de bagajes baratos corría de cuenta de don Chepe Osuna, quien tenía corral en su casa, situada en el camellón de Las Nieves, esquina sureste de Los Tres Puentes.

Ingenioso era el método adoptado por don Chepe para que el inquilino del semoviente no lo engañara yendo montado en su propiedad a parte distinta de la convenida. Para ello, el gran corral estaba dividido en tantas secciones cuantos eran los lugares para donde fletaba los caballos: de aquí provenía que estos no daban ni un paso más adelante del sitio al cual estaban enseñados a ir, ni aunque los molieran a palos. Lo mismo sucede en las pampas de la Argentina.

De seis a diez de la mañana reunía Osuna su brigada para que los paseantes fueran a escoger entre la manada de desdichados rocines, llagosos en todo el espinazo, patones, cogotones y con todos los defectos concebibles. Algunos había de

aspecto lozano; pero, ¡qué chasco se llevaba el que escogiera entre estos!, en razón a que tal privilegio dependía de sus pésimas condiciones. Todos eran conocidos con nombres que indicaban lo contrario a su significado: allí había rayos, centellas, águilas, vientos y huracanes que apenas se movían.

Por lo demás no era malo el negocio: ocho reales por el flete diario de un cuasi caballo para pasear en la Sabana, ofreciendo darle de beber, y en caso de pernoctar fuera, cuatro reales extra por la trasnochada del animal, que con toda seguridad pasaba la noche atado a un poste o encerrado en algún corral haciendo versos, esto es, sin cenar.

Regularmente los bagajes eran tropezadores, reumáticos, dejativos, lerdos, con movimientos de trote o de *dos y dos*, y coleadores por los constantes espolazos y vapuleos que padecían. Algunos solían hacer amagos de dar corcovas proyectando levantar los cuartos traseros cuando la impaciencia del jinete los apuraba con el fin de rendir la jornada y aliviarse del cansancio producido por el incesante mover de brazos y piernas, único medio que había de hacer caminar para adelante a tan flemáticas cabalgaduras. Por regla general, era difícil discernir cuál de los dos animales llegaba con más mataduras, si el de encima o el de debajo, especialmente cuando aquellos eran estudiantes que montaban de a tres en fondo sobre un infeliz caballo, como «en ancas de un conejo con la grupera corta».

En cuanto a las habilidades de los chalanés para engañar a los incautos en la compra de caballos, sabían tres puntos más que el diablo. Si el cuadrúpedo tenía gastados los dientes, había dentistas que se los limaban y agujereaban, dejándoles nuevecita la dentadura; con cataplasmas de yodo les enjutaban

las hinchazones de las patas y de las corvas; con sesos de garza les untaban las protuberancias del cogote para disminuirlas, y los bríos del animal provenían de los bastos de la montura rellena de puntillas.

Poco importaba que del engaño resultara alguien desnudado por consecuencia del salto mortal del reumático corcel, o del corcovo de este al poner en práctica el oculto resabio, pues eso se consideró siempre como una prueba de viveza digna de elogio entre los compadres en el oficio.

En una ocasión apostaron dos chalanos con el fin de saber cuál de los dos era más diestro en la profesión, y para ello cambiaron caballos pelo a pelo, esto es, de igual a igual, con montura y todo.

—¡Lo clavé! —dijo el uno viendo al otro irse montado en el caballo cambiado.

—¡Qué chuzo el que le metí! —exclamó el que se fue, cuando ya el otro no podía oírlo.

Pronto tuvieron los dos profesores la prueba de que «entre sastres no se cobran hechuras».

Al desensillar el uno se le quedó prendida en la grupera la cola del caballo, y al soltar el otro el corcel, encontró que las orejas de este hacían parte integrante de la jáquima.

Antaño había las siguientes reglas, atribuidas a un ciego, respecto de los caballos cuando oía ponderarlos:

—¡Qué bonito!

—Estará gordo.

—¡Qué voluntario!

—Irá para el comedero.

—¡Qué manso!

—Estará cansado.

Muy distintos son nuestros caballos de regalo, que pueden competir con los mejores del mundo. Desgraciadamente la costumbre de montar, especialmente del bello sexo, se hace cada vez más rara: hoy van nuestras damas a un punto determinado de la Sabana, encerradas en un coche del ferrocarril, ostentando ricos vestidos, y con la animación propia de la juventud; pero no con la alegría y expansión que se notaba en los antiguos paseos al Salto de Tequendama o a Tunjuelo.

\*\*\*

Hechas las invitaciones a las señoras y caballeros respectivos, empezaba la faena de proporcionarse cada cual un caballo, a fin de concurrir bien montado y aperado al río de Tunjuelo.

En la vega de La Tolosa, situada en la banda izquierda del río, se preparaba un gran toldo sombreado por corpulentos alisos, para que en caso de lluvia tuvieran los paseantes en dónde guarecerse.

A la pampa se servía el abundante *lunch*, compuesto de sabrosos manjares, viandas frías y vinos generosos, que despertaban el buen humor y apetito consiguientes, después del baño en el delicioso río.

La música pastoril incitaba a bailar en aquellos risueños prados, donde se exhibían los danzantes en la vistosísima contradanza española, luciendo las damas en traje de amazona, con la falda ligeramente levantada, el diminuto pie calzado con elegante borceguí, que, a juicio de Napoleón I, es uno de los mayores atractivos empleados por la mujer para seducir.



Otros se dispersaban por la riente campiña, recorriendo los engalanados sotos en busca de flores para adornar el sombrero o el pecho de la predilecta.

Al caer la tarde volvían a la ciudad en medio del bullicio producido por la aglomeración de jinetes, disminuyendo su número a medida que iban pasando al frente de las habitaciones de las damas.

De *cachifos* tuvimos el placer de concurrir a un suntuoso paseo en el sitio antes descrito, al cual asistió lo más florido de las señoritas bogotanas con el correspondiente acompañamiento de *cachacos* cultos, alegres y espirituales; pero la fiesta, que tuvo comienzo de pascua, estuvo a punto de terminar en tragedia.

En recompensa de haber ganado el año de estudios nos regaló nuestra generosa abuela un primoroso caballito rucio, compañero en nuestras excursiones de muchacho, inteligente, en completa armonía con su aturdido señor, a quien conocía y trataba de igual a igual, llevando la intimidad hasta comer en un mismo plato y bañarnos en un mismo charco: este fue el protagonista o agente principal en la hazaña de salvar la situación.

Después de refrescarse los paseantes resolvieron tomar un baño en las aguas del Tunjuelo: las señoras en el pozo situado arriba del paso de La Tolosa, y los hombres algún trecho más abajo, de manera que en ningún caso pudiera ofenderse el pudor de aquellas.

A la distancia a que nos hallábamos se oían las voces y chapaleos de las mujeres, que no pueden bañarse sin hacer algazara: nadábamos entretanto, con nuestro ágil rucio, cuando nos sorprendieron voces de angustia implorando socorro.

El lecho del río es peligroso en esa parte, por las cuevas traidoras que se tragan al desgraciado que cae en ellas si no es buen nadador.

De las muchachas, unas se complacían en recorrer a «nadadito de perro» la superficie del río; pero el mayor número de estas no se sumergían en el agua sino a inmediaciones de la orilla, asidas de las manos como medida de seguridad.

En lo mejor de la diversión se hallaban cuando, en mala hora, una de las nadadoras empujó a otra a lo hondo del río, para impedir lo cual se agarró esta de la más cercana, esta de la otra, otra de la otra y así sucesivamente, hasta dar todas en lo profundo de las aguas, que no les permitían hacer pie, formándose un conglomerado de mujeres ahogándose a la vista de las que permanecían en la orilla sin poderlas favorecer.

Mientras los hombres se dieron cuenta de lo que ocurría, salimos del río montados en el caballito, nos acercamos al lugar del conflicto, y sin parar mientes en nuestra desnudez, nos arrojamos en medio del grupo de mujeres en confusión. De una pechada las separó el noble corcel; las más inmediatas se nos prendieron, y el pánico de una belleza nos proporcionó el honor de que saliésemos de las ondas como describen al Centauro mitológico robándose una ninfa, tan estrechamente enlazados, ¡que quién sabe cómo nos irá en la otra vida si a la hora de morir nos viene a la memoria el recuerdo de esa escena! Existe aún nuestra compañera de baño, y a juzgar por la saliva que traga y la risita que le asoma a los labios cuando nos encontramos, cual solemos, como dos ruinas vivientes, creemos que debe abrigar preocupación igual a la nuestra.

Aquello fue un zafarrancho de gritos, confusión y terror, que obligó a los hombres a echarse al agua para salvar a las aturdidas muchachas asiéndolas de donde y como podían, hasta dejarlas en la orilla del río en actitud de arrojar el líquido abrevado contra su voluntad.

Pasado el conflicto, convinieron los hombres en protestar que no habían visto nada, con lo cual se tranquilizó el lastimado pudor de las doncellas y volvió a reinar la alegría.

\*\*\*

En los primeros días de la administración Mallarino, en que acababan de desaparecer los partidos confundiéndose en un total de patriotismo heroico contra la dictadura militar de Melo, hubo un gran paseo al Salto de Tequendama, al cual concurrió la flor y nata de la sociedad bogotana, promovido y costeadado por el entusiasta y galante Julio Arboleda.

Al salir de la ciudad la vistosa cabalgata, se desbocó el caballo de una señorita, después de pasar el puente de Tres Esquinas de Fucha: advirtiendo Jacinto Corredor el peligro de esta, lanzó a escape su famoso caballo negro hasta emparejar con el rebelde corcel, asió a la señorita, que ya estaba a punto de caer, y la posó gallardamente sobre el cuello de su noble animal.

Al verse libre el caballo desbocado despidió con más desalentada carrera; pero allí estaba Miguel Granados, que manejaba el *rejo* de enlazar mejor que los *gauchos*. Arrojar el *chambuque*, quedar enlazado el indómito bruto al mismo tiempo que Granados daba dos vueltas con el rejo al arzón de la silla, y parar en seco, fue todo un tiempo en tres movimientos que arrancó el aplauso del entusiasmado concurso.

Cambiado el caballo de la señorita continuó la caravana sin otra novedad, y llegaron a Cincha, hacienda en la cual comieron opíparamente, pasaron la noche bailando hasta la madrugada,

y se desayunaron muy temprano, a fin de ver el Salto antes de que la espesura de las nieblas lo ocultara.

A su vuelta los esperaba en la roca-balcón de Cincha un suntuoso almuerzo. En este sitio, comparable a la gruta de Calipso, hace contraste la grama rociada de diamantes desprendidos de la brisa embalsamada al mecer las copas de los árboles en cuyo ramaje anidan mirlas canoras, con los bramidos de la catarata al chocar sus aguas contra las moles de granito que sirven de contrapunto a la melodía de las aves.

Todo invita en aquel delicioso paraje al amor y la meditación.

Entusiasmados los circunstantes por las impresiones recibidas ante un grupo de beldades que completaban el encanto de la naturaleza, dieron rienda suelta a la imaginación en fogosas improvisaciones, entre ellos el poeta anfitrión, quien arrebató a sus oyentes con una brillante poesía, que no reproducimos porque no la tenemos, ni acaso existe aún.

Al borde de la cascada se baja por un estrecho sendero de inapreciable valor para los afortunados caballeros que conducen damas apoyándose en su brazo.

—¡Tu amor o la muerte! —dijo en aquel sitio un amante a su pretendida, ofreciéndole arrojarse con ella al abismo en caso de negativa.

La coacción surtió efecto, y la desdeñosa soltó el sí, acercando la boca al oído de aquel, porque el ruido del Tequendama no permite a veces entenderse de otra manera...

También cuentan las crónicas el salto del Libertador, repetido por Rafael Reyes sesenta años después, de la orilla del precipicio a la piedra movable que corona la caída del Funza. Ante aquella temeridad sólo puede ponerse en parangón el atrevidísimo

paso de Warner sobre un alambre atesado de una a otra orilla, recibiendo los salpiques de las espumosas ondas al precipitarse furiosas, tendiéndose de espaldas en mitad de la atrayente aterradora profundidad, y saludando, apoyado en un solo pie, con la risa en los labios, a los sobrecogidos espectadores. Muchos de estos volvieron enfermos por la impresión nerviosa que les causó presenciar aquella insigne barbaridad.

En aquellos paseos se ofrecen mil oportunidades para entenderse dos que se quisieran bien porque es más fácil ser elocuente y penetrar en los caprichosos arcanos que encierra el corazón de la mujer, cuando en unión de esta se recorren los campos, apartados de los importunos, y más aún montando noble corcel incapaz de revelar los deliciosos coloquios de los enamorados.

No sucede lo mismo en un salón o en el coche de los ferrocarriles, donde todos se fijan en lo que se dicen y hacen los novios, corriendo el riesgo de caer en ridículo, como aconteció a una pareja que, al encontrarse en cualquier reunión, se arrellanaban en alguno de los ángulos de la sala, en completa abstracción de los demás, charlando y gesticulando como quienes discuten los graves asuntos de dos comprometidos a próximo enlace.

Alguien se propuso saber qué negociado discutía con tanto calor la pareja, pues, juzgando por las apariencias, parecía inevitable una ruptura. Al efecto, el curioso se dio trazas de oír sin ser visto.

—Es mejor llevarlos puestos —decía ella.

—No, porque calientan mucho los pies —replicaba él.

—Sí; pero es impropio llevarlos debajo del brazo, o en la mano —alegó ella.

—No, porque se envuelven en un papel y nadie sabe lo que uno lleva —observó él.

—Usted es poco complaciente —dijo ella con su pinta de animación.

—Es usted la que me contradice —replicó él con aire de resentimiento.

La cosa subió de punto, los novios se pusieron de pie y se separaron, ella lívida por el enojo, y él rojo de indignación.

¿Qué produjo aquella armonía disonante?

Él afirmaba que los zapatos deben nevarse en la mano o debajo del brazo cuando amaga llover, y ella exigía que puestos en los pies; y llegó a tanto el disgusto, que, sin la intervención del confesor de la novia y las amonestaciones de los padres del novio, se hubiera deshecho el ajustado matrimonio.

\*\*\*

«Este mundo es un fandango, y el que no baila es un tonto».

La anterior sentencia tiene riguroso cumplimiento entre nosotros; pero especialmente en el gremio de sirvientas. No sabemos las causas que influyan en estas para hacer de la vida una zambra perenne, sin dejar pasar oportunidad de divertirse en cualquiera forma y lugar, aunque en ello comprometan el alma, la existencia y el cuerpo: no decimos la salud, porque, en realidad de verdad, es muy rara la que goza de ella.

Y no se nos arguya la falta de cultura, el mal trato y tantas otras causas que saltan a la vista respecto del servicio doméstico entre nosotros, porque si hay algún ser verdaderamente feliz, exento hasta de la ley del trabajo, es la sirvienta que se conduce bien.

Nos referimos, pues, a las *criadas* que llevan vida disipada, sin freno moral ni religioso que las contenga, embrutecidas por vicios groseros, escarnio de la humanidad y tormento de las familias obligadas a servirse de ellas, porque «la necesidad tiene cara de hereje», como alguien tradujo del latín la conocida frase.

La mezcla de razas produjo el tipo de nuestras sirvientas, la mayor parte venidas de los pueblos circunvecinos de Bogotá, en donde sucumben las pobrecillas.

Don Ricardo Carrasquilla las describe admirablemente en esta original letrilla:

*Era Juana una indiecita  
de Choachí;  
cargando leña la vi  
y me pareció bonita.*

*Vino luego a la famosa  
Bogotá,  
depuso el chircate, y ya  
me pareció muy hermosa.*

*Después tuvo crinolina,  
rico traje,  
y enaguas con fino encaje,  
y me pareció divina.*

*Más tarde un buen corazón  
pedrería  
diole; y el mundo a porfía*

*le tributa adoración.  
¡Lo que puede la edición!*

Y como no todas topan con quien les dé pedrería, las desheredadas llevan vida arrastrada hasta que al fin dan en la fosa. Mientras tanto se divierten y bailan que es un contento en los sitios a propósito para satisfacer su constante aspiración.

El Mabillo de las sirvientas se hallaba en Chapinero, en la venta conocida con el nombre de Almacén de las Criadas, sin duda porque allí iban estas en los días feriados. Todas concurrían, ataviadas con sus mejores vestidos, en el tranvía que las llevaba «como conviene y las traía como con vino».

En el centro de espacioso solar se alzaba amplio toldo adornado con la bandera nacional que cubre la mercancía. Era dueño y administrador del establecimiento el popularísimo don Bruno, tipo al estilo de Francisco I, protector decidido del sexo débil y amoroso anfitrión, quien recibía y agasajaba la clientela con paternal solitud: a medida que iban llegando las chicas les daba la *acolade* y el cariñoso título de hija dilectísima. Apenas había número, como decía el impertérrito Escamilla, portero de la Cámara de Representantes, empezaba el baile al son del tiple de don Bruno, con libaciones *de la buena* para dar animación a la jarana.

Lo difícil no era la entrada sino la salida después de las cinco de la tarde, porque, según refieren malas lenguas, los caballeros de las damas no las soltaban hasta asegurar el reemplazo para continuar la zambra hasta la madrugada; ni faltaba quien levantara a las sirvientas el falso testimonio de salirse de las casas de Chapinero, por la escalera que les arrimaban a las bardas del



corral los galanes con quienes se daban cita... para bailar en casa de don Bruno.

Probablemente aquella era la razón por la cual en los días feriados los carros del tranvía y del ferrocarril venían llenos de sirvientas que nadie había visto en Chapinero.

Ahora marras había bailes de criadas en casuchas situadas en los arrabales de la ciudad; pero era peligroso aventurarse en esos vericuetos sin alumbrado ni Policía que velara por la seguridad personal de los concurrentes, como lo demostró, entre muchos otros casos, el asesinato perpetrado por su amante hace más de veinte años, en la infortunada sirvienta Sagrario Morales, en combinación de la esposa de este, y otras desalmadas que les ayudaron en tan infame tarea.

Los bailes de sirvientas eran objeto de especulación para los promotores de ellos: generalmente terminaban en pelotera por el abuso del licor y la reunión de personas pertenecientes a clases sociales antagónicas; pero las más de las veces los *cachacos* intrusos eran los responsables del desorden.

En una noche de luminarias recorriamos las calles con el objeto de gozar del brillante espectáculo que presentaba la ciudad, especialmente al tiempo de la cohetada de ordenanza a las nueve, cuando tropezamos con Antonio, Guillermo, Luis, Vicente y otros condiscípulos amigos, a cuál más festivos, traviesos, inclinados a buscar aventuras y camorras por dácame esas pajas, charlatanes, sempiternos, y, en una palabra, *cachacos* calaveras de hender y rajar, capaces de atreverse al mismo Satanás.

Después de los aspavientos de aquellos tunantes al vernos ocupando el punto céntrico del círculo que formaron alrededor

nuestro para impedir la escapada de la trampa, fuimos a cenar a la fonda de François, terminada la cual, continuamos la correría estrujando, codeando y chuleando a cuantos encontrábamos, para recibir en cambio de nuestra grosería las maldiciones de los papás y la sonrisita de las maliciosas muchachas.

Sin caer en la cuenta del refrán que dice: «Dime con quién andas y te diré quién eres», seguimos en compañía de los truhanes hasta que poco a poco nos alejamos del centro de la ciudad, viendo despedazar a pedradas los faroles y guardabrisas puestos en los balcones por los confiados habitantes, que no podían imaginarse tamañas barbaridades.

Ya llegábamos a la Alameda por la estrecha, sucia y tenebrosa calle de El Arco, cuando a la luz mortecina de un farol de papel rojo, observamos aglomeración de gente al pie de una ventanita arrodillada, por la cual salía humo formando torbellinos en la atmósfera fría de la noche, al mismo tiempo que se oían gritos de regocijo en el interior de la casa.

Guillermo se aproximó al grupo con el objeto de averiguar la causa del inusitado bullicio en tan solitario arrabal; mas apenas logró fijar sus miradas en el interior, prendiéndose a la ventana, nos gritó con el entusiasmo de quien ha encontrado un *santuario*:

—*Soirée de servantes*, entremos.

—Pero, hombre —le observamos—, si no estamos invitados.

—No importa —replicó Antonio—, el mundo es de los valientes.

—Vean —observó Luis— que somos cinco contra un montón de artesanos, quienes no se dejarán echar a la calle de buenas a primeras.

—De cobardes nada hay escrito —añadió Vicente—: estamos en la boca del horno a punto de bizcochuelos, y no podemos volver atrás.

—Aquí no se trata de valor ni de correrse —les interrumpimos—, sino de no meternos donde nadie nos ha llamado.

—¡Adentro, adentro! —exclamaron todos, como quien va a dar un asalto, y sin poderlo remediar entramos.

En la pieza que daba al zaguán estaba instalado el *buffet*, alumbrado con vela de sebo entre un farolito, servido por una ventera entrada en años, que la garantizaban contra un desacato. En el mostrador había botellas con anisado, mistelas de café y azafrán, botellones con *chicha*, carnes frías, encurtidos raizales, empanadas, ajíaco de papas con pollo, arroz seco y rimeros de *retoras*, todo, por supuesto, a disposición de quien lo pagara.

El bochinche que hicimos llamó la atención de los dueños del baile, y al ver estos quiénes éramos, los hijos del pueblo nos dieron una lección objetiva de generosa cortesanía, instándonos a entrar para compartir con nosotros la diversión preparada por ellos.

No nos hicimos rogar y pasamos adelante.

Antonio y Guillermo se quedaron en el *buffet*: los demás entramos a la reducida salita alumbrada con cuatro velas de sebo puestas en una araña de hoja de lata suspendida del cielo raso, agrietado este y tan bajo que casi lo tocábamos con las cabezas. La humareda que salía por la ventana era producida por los cigarros en combustión más el polvo que levantaban los danzantes al bailar sobre piso sin estera.

Al entrar a la sala fuimos saludados con vivas aclamaciones por los concurrentes de ambos sexos.

—¡Vivan los *cachacos* sin remilgos! ¡Viva el buen humor!  
—gritaban los complacientes artesanos.

—¡Vivan los del baile! —contestó Luis a coro con nosotros.

—¡Viva el bello sexo! —exclamó otro encarándose a las damas, quienes contestaron, palmoteando de contento, con un viva prolongado.

Orientados en la localidad se dio principio a las presentaciones. Un zapaterito nos tomó bajo su protección para relacionarnos con las amables señoritas: en ello estábamos cuando aquel se acercó a la que debía tenerlo prendado, e imitando las cultas maneras de un cortesano, la comprometió a que bailara con nosotros la primera polka.

Allí admiramos la facultad imitativa de las sirvientas para semejarse a las señoritas a quienes sirven: a no conocer el original, habría podido creerse que nos las habíamos con algunas damas de alta alcurnia disfrazadas de *criadas* en baile de aguinaldos.

De la anterior consideración nos sacó la sorpresa de encontrarnos cara a cara con la cocinera de nuestro tío, la costurera de nuestra prima, y la mandadera de una familia con la cual cultivábamos estrechas relaciones de amistad.

—¡El niño Pepe! —exclamaron aquellas al vernos, con la mirada de angustia de quien se ve súbitamente descubierto en una travesura comprometedor. Igual ademán debimos hacer por la misma causa; pero la cocinera nos tranquilizó diciéndonos que no era pecado bailar con los *cachacos*, y, diciendo y haciendo, asaltó nuestra persona para emprender desaforado valse *destrozo*, como ella decía, en cuya ruda faena percibíamos confusamente el perfume del pachulí revuelto con el de ajos

a que trascendía nuestra jamona pareja, amén del sudor del cuerpo que le afluí a las manos.

Durante el respiro que nos daba de vez en cuando nuestra compañera de baile para no asfixiarse con tan violento ejercicio, contemplábamos las posturas de los otros danzantes, corriendo desafortadamente, atropellándose unos a otros, fuertemente agarrados, con la mano del hombre abierta en forma de abanico sobre las espaldas de la dama, y esta prendida de la ruana de su compañero, apartando la cara en violenta posición, a fin de respirar con alguna libertad.

—¡Viva quien baila! ¡Viva mi pareja! ¡Viva el buen humor! ¡Vivan los músicos! ¡Vivan, vivan...! —eran las constantes voces que aturdían en aquel horno, cuya atmósfera de humo, polvo y alpargatas no tenía cómo renovarse, porque la mayor parte de los invitados permanecían en la única puerta por donde pudiera ventilarse la pieza.

Al fin se reventaron las cuerdas de los tiples e hicieron alto los empecinados músicos, pues nada hay eterno en el mundo. Derrengados y maltrechos íbamos a buscar dama compasiva que nos abriera campo para descansar de nuestro desatentado valse, cuando sentimos estrepitosa gritería e impropiedades del lado del *buffet*.

Es el caso que Antonio y Guillermo se habían enredado en discusiones políticas con los artesanos, todos ellos *apuntaditos* con sendos tragos de licor, antojándoseles a los primeros la creencia de que nos habían ultrajado en la salita. De aquí surgió acerbo altercado que pronto degeneró en puñetazos, mientes, ajos, desvergüenzas como llovidas, y la entrada de los contendores en tumulto al recinto del baile.

Antonio abofeteó a un carpintero, quien tomó un taburete para contestar la injusta agresión; pero quiso la mala suerte que al levantarlo tropezara el trasto contra la raquítica araña, tumbando las velas y dejando sumido en la oscuridad al concurso de ambos sexos. De aquí para adelante todo fue golpes, porrazos, exclamaciones de dolor y rabia, con los demás incidentes que debían suceder en aquella refriega en tinieblas, hasta que el dueño de la casa acudió con el farol del *buffet* levantado en una mano y grueso garrote en la otra estiró el largo pescuezo con que lo dotó la naturaleza, y exclamó con voz de trueno:

—¡Quién pelea aquí! —lo que bastó para apaciguar a los enfurecidos pendencieros.

Nosotros salimos ilesos porque el chubasco nos dio tiempo de guarecernos debajo de un canapé, mientras los demás se aporreaban a tientas.

Del combate resultaron muertos Antonio, Guillermo y varios artesanos, esto es, postrados, sin poderse poner de pie, pues la cabeza les pesaba más que el resto del cuerpo. Las damas huyeron despavoridas dejándonos en posesión de los caídos, a quienes hubimos de llevar alzados a sus habitaciones, auxiliados por los artesanos: a estos tocó la peor parte del percance, en razón de la ceba arrojada por el par de *cachacos* sobre las únicas ruanas que poseían sus acuciosos conductores, en el largo trayecto recorrido con aquellos a cuestras.

Como complemento de la tuna, tuvimos que esperar el amanecer, sentados en las gradas del atrio de la Catedral, porque no teníamos llave de puerta de calle, y no nos atrevíamos a golpear en nuestro tranquilo hogar en altas horas de la noche. La severa reprimenda paterna, fundada en indiscutibles argumentos de

moralidad y conveniencia, más un fuerte resfriado que nos tuvo postrados durante una semana fueron poderosos antídotos que nos premunieron girar más letras sobre lo porvenir.

Entre las señoritas del baile se contaba una sirvienta que, con permiso de su señora, había concurrido, bajo la expresa condición de volver a los lares a las once de la noche, cuando más tarde.

Al día siguiente, reprendía la bondadosa señora a la sirvienta informal que había vuelto cuando ya clareaba el día, faltando así a la consigna; pero la picarona se excusó lindamente en estos términos:

—¡No tiene mi señora razón para enfadarse, porque, si me tardé, consistió en que toda la noche bailé con mi amo el marido de su merced!

\*\*\*

Todas las cosas tienen principio, desarrollo y fin: no habría, pues, razón para que en este libro dejara de cumplirse la ley universal. Siendo la muerte el último acto de la vida, trataremos de ella al terminar el presente y último capítulo.

«Vendré a ti como el ladrón, y no sabrás en qué hora vendré a ti», dijo el Salvador del mundo con el fin de que estuviésemos preparados para el trance fatal; pero esta amenaza tiene tres excepciones, que sepamos.

Los que gozan del privilegio de morir a manos de la justicia de los hombres, como dijo el confesor por vía de consuelo a un chapetón a quien iban a fusilar.

—¡Cambieemos! —se apresuró el reo a proponer al fraile que lo auxiliaba.

No debió parecerle bueno el negocio al capuchino, puesto que contestó sin vacilar:

—Hermano, al que le toca, le toca: ¡usted es el predestinado!

Los enfermos de muchas gentes del campo viven hasta que los dolientes se aburren de asistirlos, y entonces les *arrancan el alma*, ahogándolos con una copa de vino de consagrar que les espetan de un golpe, quedándose tan frescos como si hubiesen llevado a cabo alguna grande obra de misericordia; y según la creencia de las masas populares, un niño agoniza sin morir hasta que el padrino o madrina de bautismo le eche la bendición.

La ley de las compensaciones tiene puntual cumplimiento cuando se trata de salir de este mundo. Es muy difícil emprender el incierto viaje con ánimo sereno si se dejan cuantiosos bienes que proporcionan vida regalada a su dueño: no sucede lo mismo con el pobre, que entra en la eternidad firmemente convencido de mejorar su posición; pero estas filosofías no las comprendemos todos porque el peor de los sordos es el que no quiere oír, y tan es así, que veamos lo que sucedió a cierto misántropo con puntas de avaro en su visita al cadáver de un cofrade.

Un caballero poseedor de gran caudal enfermó de gravedad, y como le anunciaran su próximo fin, dispuso que lo acomodasen en un sillón rodeado de cajas fuertes repletas de onzas de oro y libras esterlinas, para distraerse acariciándolas, y en esa actitud lo sorprendió la muerte. Expuesto ya difunto a la vista del público, entró un loco, se acercó al muerto, le esculcó todos los bolsillos de los vestidos sin extraer nada, se dirigió a los circunstantes con ademán misterioso, hizo una mueca



significando la inutilidad de las pesquisas, y dijo con solemne expresión que causó pavor a los presentes:

—¡Nada se lleva!

¿Queréis saber qué fruto sacó nuestro misántropo de presenciar aquella elocuente lección?

Continuó viviendo como antes, fincó su cariño en un perro de Terranova que llevaba a mudar temperamento cuando se agravaba la bronquitis crónica que sufría el animal, ¡y murió dejando lo que no pudo llevarse!

La creencia en la vida futura hacia parte de la teogonía de los aborígenes americanos, según se colige de los ritos que usaban al enterrar sus muertos, acompañados del menaje que les pertenecía, de algunos víveres para el camino y la vasija con *chicha* para mitigar la sed; pero siempre fue entre ellos motivo de holgorio el acto de inhumar un cadáver. Y esta costumbre subsiste aún en los descendientes de aquellos, casi con las mismas prácticas supersticiosas de entonces, porque los indios son tan refractarios al cambio de costumbres como los chinos.

«La muerte es el principio de la vida». He aquí un aforismo aceptado por la generalidad de los habitantes del globo; pero la cuestión que interesa directamente a cada personalidad es la de saber cuándo estamos muertos definitivamente.

Los sabios han escrito volúmenes sin cuento para hacer decir a la ciencia los diferentes procedimientos que deben adoptarse a fin de comprobar de manera inconclusa la muerte de un ser racional y, en último resultado, salen con la perogrullada de que en tanto que el muerto no huela mal, puede estar vivo.

Los indios en su filosofía práctica declaran la certeza de la muerte cuando el difunto sirve para alimento de los vivos, esto

es, de los gusanos; de manera que, en cierto modo, también aceptan el aforismo en cuestión.

Una vez resuelto por el conciliábulo indígena que el enfermo morirá, empiezan los preparativos de los funerales, consistentes en grandes ollas de *chicha*, limetas de aguardiente, acopio de leña, víveres para sustentar a los concurrentes y velas para el velorio.

Apenas da el moribundo la última *boqueada* le ajustan las quijadas con una cuerda, le taquean de algodón las narices y los oídos para impedir la entrada de los malos espíritus al cuerpo del difunto, le amarran pañuelo a la cabeza como si esta le doliera, lo extienden con fuertes ligaduras sobre una barbacoa, le entrelazan los dedos de las manos en ademán de sostener una cruz, encienden cuatro velas junto al muerto, y dan principio a la función.

La suerte que haya tocado en la otra vida al alma del que velan, la deducen de la dirección que tomen las llamas de las velas, a saber:

Rectas: se fue al Cielo.

Inclinadas a la derecha: está en el Purgatorio.

Ladeadas a la izquierda: se lo llevó el diablo.

Y como los duelos con pan son menos, mientras más tristes se manifiestan los dolientes y acompañantes, más comen y más beben, hasta que el muerto hormiguea de gusanos y apesta la comarca. Entonces proceden a inhumarlo, llevándolo en hombros, riendo, llorando o cantando, según sea la fuerza del licor consumido.

Si el muerto se hace pesado, lo apalean, porque creen que quitándole la rigidez disminuye la carga, y una vez que

lo introducen en la fosa, le arrojan con fuerza la tierra que lo cubre, a fin de cumplir concienzudamente con la obra de misericordia de enterrar a los muertos.

Compendiando diremos que los funerales de un indio duran, por lo regular, trece días: cuatro velándolo, y el novenario, que con el pretexto de los rosarios, aprovechan para embriagarse.

En el Ecuador estaba en boga entre los indígenas, hasta el año de 1856, la horrible ceremonia llamada del *huesito*. Aparejado el difunto según la descripción anterior, los dolientes y sus amigos formaban, sentados, un círculo alrededor de aquel, lo desprendían de la barbacoa y sin dificultad lo ponían de pie, por la rigidez cadavérica. Entonces trataban los unos de echárselo, empujándolo, sobre los otros, y el que lo dejara caer pagaba una olla de *chicha* en el próximo entierro. En aquella escena indescriptible todo era congruente: la fetidez del muerto, las *queresas* que se desprendían con las sacudidas de este, y la algazara de los indios.

Hablando con un sacerdote acerca de estas saturnales, nos decía con mucha propiedad:

—El demonio sugiere a los indios estas fiestas mortuorias para indemnizarse con los vivos en el caso de que se le haya perdido el alma del difunto.

\*\*\*

Los santafereños daban más importancia a la muerte que los bogotanos, y se preocupaban en alto grado por la salud de las almas, según se infiere de varias costumbres hoy desconocidas: nos referimos a las preces públicas por los que estaban en

pecado mortal y por los agonizantes, y a la profesión de ayudar a bien morir.

Al dar las ocho de la noche en el reloj de la Catedral, recorrería la ciudad un penitente con el esquilón que tañía en las bocacalles por donde pasaba, añadiendo estas palabras: «La limosna para rogar a Dios por los que están en pecado mortal».

De aquí que entre el vulgo fuera conocido aquel personaje con el nombre de el “Pecado Mortal”.

Probablemente recogería limosnas de alguna consideración, puesto que estas sirvieron de incentivo a un ratero para fingirse “Pecado Mortal”, a fin de explotar en beneficio propio la piedad de los fieles. El diablo, que no duerme, hizo que en noche tenebrosa se encontraran los dos “Pecados Mortales” en calle angosta por los arrabales de Las Nieves: el dilema era ineludible para uno de los dos, porque ambos pretendían ser el legítimo. Agotados los argumentos en pro y en contra sin lograr convencerse, acudieron a las vías de hecho a campanillazos, retirándose descalabrados ambos contendores, y resultando del encuentro la supresión absoluta del “Pecado Mortal”.

La tendencia de los bogotanos a quitar en lo posible al aparato mortuario el aspecto pavoroso, se acentúa con mayor vigor cada vez que se presenta la ocasión. Hoy llevamos a nuestros muertos al cementerio en un ataúd en forma de tirabuzón, encerrados en lujosos coches con vidrieras como para evitar el resfrío del cadáver muellemente conducido entre coronas, a veces enormes, y ramilletes con la respectiva tarjeta del remitente, en tal profusión, que se necesitan varios coches para llevarlas adelante del carro mortuario, dando así al convoy el aspecto de fiestas florales. Moda digna de aplauso en cuanto

ha dado gran desarrollo al cultivo de las flores en provecho de familias pobres.

Antaño pasaban los asuntos mortuorios de muy distinta manera.

Al recibir noticia el párroco del inminente peligro de muerte de algún feligrés, enviaba a buscar al clérigo afiliado a la cofradía auxiliadora de agonizantes, y al mensajero de la muerte provisto de una campana patibularia. Por su parte, los dolientes del moribundo daban aviso al *ayudante a bien morir* y al carpintero para que, con tiempo, tomara la medida del candidato e hiciera el respectivo ataúd, pues hasta el año de 1863 fue cuando estableció don Honorato Barriga la primera agencia mortuoria, e implantó la fúnebre costumbre de invitar a los entierros por medio de grandes carteles fijados en lugares públicos.

Haced lo que llaman los místicos composición de lugar, e imaginaos, curioso lector, que os halláis en la hora más placentera de vuestra vida; vaya de ejemplo: después de recia campaña terminada victoriosamente en feliz himeneo, lleváis vuestra encantadora esposa a la morada que el amor preparó para gozar de la luna de miel. Las once acaban de dar en el reloj de la torre vecina; la noche silenciosa, con las brillantes constelaciones de la bóveda celeste, os permite oír las misteriosas armonías de la naturaleza que invitan a dos almas a confundirse en una sola, y en la embriaguez de este arrobamiento, repentinamente oís un lúgubre esquilón en la solitaria calle, seguido de una plegaria que os eriza los cabellos y hace caer de rodillas a vuestra aterrada consorte, como si hubiese sentido el hálito de la muerte:

—¡Encomienden a Dios el alma de don Serapio Centellas, que está agonizando!...

Gracias al Divino Señor pasaron ya, para no volver, esos tiempos en que no lo dejaban a uno dormir tranquilo, esperando el anuncio fatal.

El oficio de ayudar a bien morir, que no debe confundirse con la misión del sacerdote de ayudar a morir bien, tenía sus puntos de asimilación con el de verdugo.

Cuando el enfermo entraba en franca agonía, se lo consignaban al encargado de ayudarlo en el acto mecánico de morir, cuyo arte consistía en mantener al moribundo en posición conveniente, aquietándole los movimientos indeterminados de las manos como signo de próxima partida, humedeciéndole los labios con un clavel empapado en agua bendita, encendiendo la vela de la Candelaria, gritando «¡Jesús lo ampare!» en la oreja del agonizante, que probablemente ya no lo oía y, en fin, ejecutando todo acto tendiente a facilitar la salida del alma lo más pronto posible, sin dar señales de afectarse por el pavoroso espectáculo que ofrece una cámara mortuoria en el solemnísimos instante de abandonar el mundo el espíritu, rodeado de la desolada familia; porque a todo se acostumbra el hombre, y particularmente a la muerte, no de él mismo, por supuesto, sino de su prójimo.

Apenas soltaba el agonizante el último suspiro, el ayudante a bien morir le daba un papirotazo en las narices, lo estiraba, le ataba un pañuelo para hacerle cerrar la boca, le chorreaba dos gotas de cera en los párpados cerrados a fin de que no se le abrieran, notificaba a los circunstantes la terminación de sus funciones, y salía de la pieza con la satisfacción de quien ha cumplido concienzudamente el oficio a que está dedicado.

Veamos la descripción estrictamente gráfica que hace de mano maestra don José Manuel Marroquín en *El entierro de mi compadre*:

«Quisiera empezar doblando... es poco; quisiera empezar y seguir este escrito cuadruplicando, centuplicando la acritud de mis invectivas y la acerbidad de mis expresiones, a fin de enterrar los entierros de lujo.

«¡Entierros de lujo! ¡Lujo y entierros! He aquí dos términos inconciliables, dos palabras que parece no deberían ni podrían andar jamás juntas.

«¿Conque el hombre se yergue desde el ataúd como para desafiar a la Muerte y protestar contra su propia disolución ya consumada? ¿Conque el hombre, por un movimiento póstumo de vanidad, engalana sus propios despojos y pretende rodear de pompa y de brillante aparato el acto en que su cuerpo ha de ser entregado a la tierra, para que esta, escondiéndolo en sus oscuros senos, ahorre a los vivos el espectáculo de su putrefacción?

«La Muerte, la Muerte sería quien debiera convertir los entierros en solemnes y ostentosas funciones para celebrar su victoria. Parece ver cómo se ríe al ver que sus víctimas le ahorran el trabajo de celebrarla.

«Y que los que se están pudriendo en las bóvedas del cementerio no me digan que ellos no fueron quienes dispusieron que su traslación desde la cama en que expiraron hasta esa su postrera vivienda se hiciera pomposamente. ¿No han tenido ellos parte en la introducción de la pagana costumbre que sus deudos han seguido al hacerles costosos funerales y tributarles profanos honores?

«Mas esto no sirve de disculpa a los vivos. El lujo de las bodas, en las diversiones, en las solemnidades en que se celebra algo digno de ser celebrado, puede en alguna manera excusarse porque, al cabo, con él se busca y a él va unida la satisfacción de inclinaciones naturales, como son el orgullo y

la vanidad; con él suele buscarse asimismo el placer. Pero el lujo por cuenta ajena; el lujo por cuenta del que ya ha dejado este mundo; el lujo que se ostenta en la misma sazón en que la Muerte, entrando en nuestra casa, nos da un terrible *memento* y nos recuerda que somos polvo y que en polvo nos hemos de convertir, es el colmo de la insensatez.

«No nos engañan las palabras, ni nos deslumbran las apariencias: los dispendios que se hacen en los funerales no son muestra de cariño ni de respeto a los muertos: cuando fallece un deudo, nuestro amor propio aprovecha la ocasión que se le ofrece para hacer ostentación de la riqueza que tenemos o de la que no tenemos, y para entrar en competencia con los demás que han dispuesto y costeadado entierros. Los funerales son una feliz coyuntura para hacer que un ciudadano que nunca ha sido nada, ni aun diputado, ni en su vida ha hecho papel alguno, venga a ser, siquiera por tres o cuatro horas, objeto de la atención pública.

«Los funerales católicos, aparte de que son por sí mismos sufragios y piadosos actos con que procuramos impetrar el descanso de nuestros hermanos difuntos, son el único testimonio digno y serio de cariño y de respeto que podemos darles. Hacer porque su celebración vaya acompañada de aquel aparato con que la Iglesia acostumbra solemnizar sus augustas ceremonias, es justo y debido, siempre que el gasto que ello exija sea proporcionado a las facultades de quien ha de hacerlos. Todo lo que de ahí pase es vituperable despilfarro, todo vanidad.

«Con mucha razón ha dicho usted en el discurso a que me he referido en mis escritos anteriores, que nosotros hemos hallado de imitar a los pueblos bárbaros, entre los cuales se entierra a cada difunto con sus riquezas. A usted le faltó agregar:



“Y muchísimas veces con las ajenas”. Usted habrá observado que para hacer funerales suntuosos no se tiene reparo en contraer deudas, sin pensar si habrá alguna vez con qué pagarlas.

«Si somos católicos, hagamos sufragios por las personas queridas que perdamos, sin echar a perder la buena obra, dejando que la vanidad tome parte en ella. Si somos protestantes y no creemos que obra alguna puede aprovechar a las almas de los que han fallecido, contentémonos con dar a sus cuerpos decente sepultura. Si somos materialistas, hagamos lo indispensable para evitar que el cadáver, que no es más que un poco de sustancia animal que no pertenece a nadie ni sirve para nada, ni merece más respeto que cualquiera otra inmundicia, vaya a apestartos cuando se corrompa. Seamos lo que fuéremos, podemos honrar y hacer amable la memoria de nuestros difuntos haciendo buenas obras en nombre suyo.

«¡Todo lo demás es vanidad de vanidades!

«No ha mucho falleció mi compadre don Timoteo, dejando numerosa familia. Pasados los primeros ímpetus del sentimiento; vueltas en sí las señoras del desmayo reglamentario, me acerqué a la viuda y a los hijos mayores a ofrecerles mis servicios, dándoles a entender que estaba dispuesto a encargarme de todo lo concerniente a entierro y funerales. “Para Timoteo —me contestó la viuda entre sollozo y sollozo—, hay que hacer todo lo mejor que se pueda”.

«—Sí —contestó el primogénito—, no debe ahorrarse nada. Háganos usted el favor de disponerlo todo de manera que salga tan lucido como papá lo merece.

«Seis u ocho entre parientes y amigos, impuestos de que yo era el director general de las exequias, me instaron para

que aceptase su cooperación. A la sazón ya se estaba tratando de vestir al difunto, y se suscitó contienda sobre si se debía o no afeitarlo. Parecíales a unos cosa ridícula y como una profanación del cadáver el manoseo barberil; pero como alguno hubiese soltado candorosamente la especie de que los barberos llevan mucho más por hacerle la rasura a un muerto que por hacérsela a un vivo, no se necesitó más para que la cuestión quedara resuelta.

«—No se diga que por ahorrar se ha dejado de hacer eso. Que venga ahora mismo un barbero.

«Ya estaba vestido el difunto con ropa bastante decente, cuando hubo quien reclamara.

«—¡Cómo van a vestir a Timoteo con ropa vieja! Que traigan lo más nuevo, lo mejor que tuviera.

«A esto nadie opuso dificultad, porque hubiera parecido cicatería. Además, era natural pensar que don Timoteo tendría destinada su ropa nueva para las funciones importantes y solemnes, ¿y cuál más solemne e importante para él que sus propias exequias?

«Pero ocurrió aún otra dificultad: lo de más lujo que él tenía, lo más nuevo, era el frac (vulgo *casaca*). ¿Se le vestirá de frac, como si fuera a un casamiento o a un banquete? Un sobrino algo truhán observó que si se le ponía frac, sería de rigor ponerle corbata blanca, y como se dudase si la corbata blanca era compatible con el luto que mi compadre debía llevar por sí mismo, se orilló el asunto determinando que se le pusiera levita.

«Personas que, viviendo don Timoteo, no habrían meneado un solo dedo para prestarle un servicio, andaban ahora afanadas y jadeantes haciendo cuanto podían inventar para mostrar

interés y solicitud. Díjose que se necesitaba un poco de ácido fénico, y no acabó de decirse cuando (a pesar de que en la casa lo había) volaron tres o cuatro personas a las boticas, y a los diez minutos tenían la casa anegada en ese extremado licor. Un entrometido observó que la mesa sobre que se quería poner el cadáver estaba coja. Al punto se le metieron cuñas en todos cuatro pies; pero como funcionaron cuatro personas distintas que no obraron de concierto, la mesa quedó cojísima. Un joven que habla ido a su casa a traer cuñas vino con gran cantidad de ellas, y metió más. Todos daban su parecer sobre el asunto con tanto ahínco como si se hubiera tratado de resucitar a mi compadre. Y creo que, después de todo, el diagnóstico relativo a la cojera de la mesa sería falso, porque más tarde la vi sin cuñas, en perfecto estado fisiológico y rigurosamente nivelada.

«Hablóse de una cintica para atarle las manos al difunto. Nuevos viajes de los circunstantes a sus casas y a las ajenas a conseguir cintas. Ya se había hecho uso de una cinta azul, pero hubo quien protestara contra esa impropiedad y suscitara nueva controversia. Determinóse quitar la cinta azul, pero la habían atado con nudo ciego. Volaron seis u ocho personas en busca de tijeras o navajas, y todas volvieron cargadas de herramienta, pero ya se había hallado más pronta solución a la grave dificultad, atando encima de la cinta azul una negra y más ancha.

«¡Vanidad de vanidades!

«En tiempo de nuestros padres, cuando había difunto en una casa, mientras dos o tres personas piadosas amortajaban el cadáver en silencio y con religioso respeto, los dolientes, presididos casi siempre por el sacerdote que había *ayudado a bien*

*morir* a aquel por quien se lloraba, rogaban por el descanso de su alma y pedían a Dios resignación.

«Bien hubiera querido practicar yo mismo las diligencias para disponer los funerales, a fin de consultar la economía; pero al empezarlas me hallé como envuelto en una red que me impedía todos los movimientos. Para contratar la música y para conseguir ataúd era indispensable tocar con alguna de las agencias mortuorias, y el que llega a tocar con una, corre la misma suerte que las moscas que tocan con una red de araña. Tantas son las facilidades con que brindan y con que hacen caer en la tentación de ocuparlas, aun a los menos perezosos.

«Quise escoger entre los diversos agentes al que pidiera menos por disponer el entierro, y todos me presentaron presupuestos para funerales de tantos precios y categorías diferentes, que se me confundieron las ideas: su cotejo habría exigido calma y tiempo, y ambas cosas me faltaban. Ocurrió a los deudos en consulta, y ellos me repitieron que todas las instrucciones que podían darme se reducían a que no ahorrara nada. El único pormenor sobre que se me hizo particular recomendación fue el de que el ataúd fuera bien bonito y de moda, es decir, de figura de cigarrillera. Cargo de conciencia se me hacía comprometer a la familia a hacer un gasto que yo sabía muy bien era para ella excesivo, y además completamente ocioso, pues a los quince días ya nadie habría de acordarse si mi compadre había sido enterrado con ochocientos pesos o con doscientos, pero la orden a que tenía que sujetarme era terminante: había que gastar lo más que se pudiera.

«El ataúd se introdujo en la casa, no sin que antes se hubieran tomado precauciones para impedir que los dolientes

lo vieran. Pero fueron vanas, porque ellos estaban en acecho para no despreciar ocasión de hacer nuevos extremos y levantar nuevo clamoreo. En todo hay lujo, y lo hay muy grande en las manifestaciones de dolor, en casos como el de que estoy tratando. Cada uno de los verdaderos dolientes y de los dolientes hechizos pretende mostrar que él era el de más confianza para el difunto y el que más sabe sentir su pérdida: de ahí la competencia en cuanto a alaridos, desmayos, exclamaciones y romanticismos de todo linaje; de ahí el querer tomar pie de todos los más triviales incidentes que siempre se repiten en las casas donde hay muerto, para representar escenas lacrimosas y para hacer alarde de *sensiblería*.

«Examinóse el ataúd como se había examinado un traje de baile, y fue objeto de muchas censuras. El acolchado de la parte interior no estaba bastante mullido; las labores de cobre eran de mal gusto; estaban mucho más bonitos unos como *bocadillos* que tenía el cajón de doña Eustaquia.

«¡Vanidad de vanidades!

«Veinte horas después, la negra oscuridad de la bóveda haría igual el lujoso ataúd con sus adornos de mal gusto a los que en bóvedas vecinas estaban ya adornados con el moho de la humedad y de la podredumbre.

«La redacción del convite al entierro, que ha de hacerse por esquelas, da materia para una discusión que por buen rato enjuga las lágrimas y calla los lamentos.

«Pero lo que más distrae de la pesadumbre es la tarea de rotular las cubiertas para las esquelas, en la cual todos toman parte. Dos o tres de los amigos de la casa se sientan a escribir, y todos los circunstantes les van apuntando nombres.

«—El doctor Ruiz.

«—Ese no va.

«—Sí va: yo lo vi en el entierro de doña Eustaquia.

«—Don León Rincón.

«—Ese ni conocía a mi tío.

«—¡Cómo! A papá lo conocía todo el mundo.

«—Sí, y lo quería.

«—Y lo estimaba.

«—¿Ya pusieron a Silvestre Campos?

«—No.

«—Pónganlo. ¿Pues cómo van a omitirlo?

«—¡Ah!, y no se les vaya a olvidar a Romero. Pónganlo ahora mismo.

«—Dimas Guevara.

«—¡No, no, no! ¿No ven que dicen que pretende a la hija de aquel señor que escribió el artículo contra mi tío?

«—¿Por fin pusieron a Silvestre? Miren que sería horroroso no convidarlo.

«Al oír este diálogo no parecía sino que el convidar a entierro se reputaba como el más riguroso deber de amistad, y como la atención más lisonjera.

«Tratóse después sobre si debían fijar cartelones en las esquinas. Observé yo que el hacerlo tenía mucho de vulgar, y no poco de presuntuoso. El que avisa al público dónde y cuándo se hacen las exequias de un pariente, da a entender que cuenta con que bastará saberlo para que todo el mundo se considere obligado a concurrir a ellas.

«Otro hizo presente que era cargo de conciencia contribuir a que esta pobre y ya demasiado triste ciudad, en que

no se interrumpe la eterna conversación sobre enfermedades y muertes sino para dar y recibir las últimas noticias sobre el crimen de A, o sobre los asesinatos de B, o sobre la violación del banco de C, o sobre los movimientos revolucionarios de D, tome aspecto de cementerio con esos ominosos y enlutados cartelones, epitafios portátiles, con que suelen estar cubiertas las paredes en los sitios más públicos.

«Hubo quien añadiera que harto entristecía las calles más concurridas de la ciudad, que son las que llevan de San Carlos al cementerio, la multitud de carros mortuorios que, ya con carga, ya en lastre, las están recorriendo de la mañana a la noche.

«Pero todo cedió a aquello de que para los funerales de mi compadre no deba ahorrarse nada, y se procedió a redactar el borrador para los avisos.

«Como nada deba ahorrarse, no se ahorraron las admiraciones.

### ¡¡¡EL SEÑOR TIMOTEO N. HA MUERTO!!!

«Si se hubieran de fijar carteles para imponer al público de que está vivo alguno de los que no han muerto, en ellos sentarían mucho mejor las admiraciones.

«En el acto de sacar el cadáver de la casa, empezó el lujo de las relaciones. Habíamos hecho exquisitas diligencias para que hubiera numeroso acompañamiento, y se comprometió a muchísimos parientes, amigos y conocidos a que se dedicaran a solemnizar los funerales desde las diez de la mañana, hora en que se reunieron en la casa para hacer la traslación del cadáver

a la iglesia, hasta las dos de la tarde, que fue la hora en que terminó la inhumación.

«¡Vanidad da vanidades!

«Los que acaban de hacer una pérdida dolorosa, aprovechándose de la benevolencia y compasión con que momentáneamente ha de mirárseles, tratan de arrancarle al público muestras de estimación al difunto, y por concomitancia a ellos mismos.

«Después de todo, al que parte de este mundo no lo acompañan sino sus buenas obras. El acompañamiento que puede ser honroso para su memoria no es sino el de los pobres y desgraciados que le hayan debido beneficios y que, sin haber recibido esquila, lo sigan con llorosos ojos hasta la habitación a cuya puerta no han de poder tocar en demanda de socorros.

«Con tiempo se habían discurrido trazas para impedir que la familia sintiera sacar el cadáver; pero al cabo no fue dable evitar que el acto diera ocasión a escenas sentimentales, las que se prolongaron en exceso, porque el ataúd era demasiado largo para que los conductores pudieran dar con él la vuelta en el descanso de la escalera, sin echarlo por encima del que siempre es pasamano y ahora fue pasadifunto.

«Grandes fueron en aquella sazón los desmayos, las convulsiones, los gritos y los extremos; pero de todo ello no resultó novedad particular: el dolor que se desahoga no mata. Al perecer alguno en un río, las aguas se agitan por unos instantes, pero luego siguen corriendo por encima del cuerpo que se han tragado, y no queda en ellas señal del suceso. Al morir alguno, hay ruidosa agitación entre sus allegados, pero las necesidades, las atenciones, los negocios, las costumbres no tardan en tomar



de nuevo la usada corriente, y la memoria del difunto queda sepultada debajo de ella.

«Asistamos ahora a los funerales en San Carlos. En la nave principal de la iglesia están ardiendo trescientos cirios y sesenta lámparas, profusión de luces destinada a hacer ver claramente la largueza con que se han dispuesto los funerales. Amén de las lámparas y los cirios, arden también ocho *infiernitos*, que tal nombre se da, cuando uno está de jarana, a las llamas producidas por el aguardiente con sal, de que se hace uso para que se vea la gente lívida y cadavérica. Los infiernitos que rodean el catafalco serán de drogas de botica, pero no por eso dejan de ser infiernitos; si bien recuerdan el ponche o el *plum-pudding* de que usan los ingleses en sus comidas.

«El preste y los diáconos cantan, alternando con el coro, el invitatorio de los maitines del Oficio de difuntos.

«Allí, en medio de aquel ostentoso aparato, de aquella pompa con que el orgullo humano se empeña en protestar contra la humillación a que nos sujeta la muerte, y en cubrir con oro los despojos que ella ha dejado como señal de su victoria, se convida a los fieles a la oración.

«... “Venid, adoremos a Dios y postrémonos en su presencia; lloremos ante el Señor que nos crió, porque Él es el Señor nuestro Dios...”.

«Allí, en medio de aquel aparato y de aquella pompa, se canta.

«... “Entraré en vuestra casa, y con santo temor doblaré las rodillas ante vuestro santuario...”.

«... “Volveos, Señor, hacia mí, y librad mi alma, porque en la muerte no hay quien se acuerde de Vos...”.

«... “No sea que arrebate mi alma (el enemigo) como un león arrebatara su presa, cuando no haya quien rescate ni quien salve...”.

«... “Dios es Juez justo, recto y paciente. ¿Se mostrará acaso irritado para siempre?”.

«... “Si no os convertís a Él, hará vibrar la espada. Ha tendido su arco y le tiene preparado...”.

«Vienen enseguida las lecciones, y entonces el artista italiano de más fama, el más costoso que haya en disponibilidad, hace retumbar las bóvedas del templo con las palabras de Job, no sin grande acompañamiento de una orquesta que estará en armonía con el canto, pero que no está en armonía con las palabras del Profeta del dolor, que toma la Iglesia para expresar su duelo en la muerte de sus hijos.

«“Cesad ya de afligirme, Señor, porque nada son los días de mi vida... Reconozco que soy pecador y, ¿cómo podré satisfaceros, oh guardador de los hombres? ¿Por qué no perdonáis todavía mi pecado y por qué no borráis mi iniquidad? Mirad que voy a dormir en el polvo del sepulcro, y mañana cuando me busquéis, ya no existiré”.

«“Tedio me causa la vida: soltaré, pues, mi lengua contra mí, hablaré en medio de la amargura de mi alma. Diré a mi Dios: no queráis condenarme...”.

«“Acordaos, os ruego, que me habéis formado como de una masa de barro, y que me habéis de reducir a polvo”.

«La vigilia termina con el siguiente responsorio, digna continuación de las palabras de Job: “Señor, cuando vinieres a juzgar la tierra, ¿dónde me esconderé de la vista de vuestra ira?... Mis pecados me llenan de temor, y delante

de Vos estoy cubierto de vergüenza. Porque durante mi vida he pecado con exceso...”.

«Para proferir estos dolorosos ayes, para levantar estos gritos de congoja y de temor, para exhalar esos suspiros de penitencia, es para lo que los deudos del que muere (que acaso nunca han pensado en contribuir para el culto divino), agotan todos los medios imaginables de gastar dinero, como para hacer patente que ni ellos ni el amado difunto son un ápice menos, ni en cuanto a posición social ni en cuanto a recursos, que el más pintado de los muertos que se hayan pavoneado por la Calle Real en su ataúd de cigarrillera!

«El acompañamiento que por ella seguía el cuerpo de mi compadre era bastante numeroso e iba guardando tal cual compostura y buen orden; pero desde las inmediaciones de San Francisco empezaron muchos de los convidados a evolucionar para irse quedando disimuladamente. El que meditaba una desertión, se adelantaba primero a fin de ser visto por los dolientes, que iban junto al carro; y luego, con pretexto de saludar a alguno que fuera en un grupo de más atrás, se rezagaba un poco, y así iba bajando como en contradanza hasta quedar zaguero y poder escabullirse sin escándalo.

«En las tres o cuatro primeras calles se habló del difunto; luego todo el mundo encendió cigarro, se abandonó el género necrológico y se empezó a conversar con animación.

«Tras el carro mortuario en que iba el cadáver, llevaban otro de respeto como a fin de que no quedase duda de que se había discurrido para hallar modos de evitar que el entierro fuera a costar poco dinero.

«¡Vanidad de vanidades!

«Si de lo que se trata en estos rumbosos entierros es de que el público se entere de que los dolientes tienen copiosos recursos y de que no quieren mostrarse mezquinos, ¿por qué no queman públicamente unos cuantos billetes de banco, declarando que lo hacen con esos fines? Y si tal extravagancia hubiera de calificarse de ridícula fanfarronada, ¿habrá razón para mirar con más indulgencia esas funciones compuestas de escenas y aparatos que no son sufragios por el difunto ni están destinadas para celebrar ningún suceso próspero ni para entretener a los espectadores, y que contrastan del modo más repugnante con el hecho que da motivo a la función, hecho que no debería inspirar sino serias reflexiones y religiosos sentimientos?»

«Si de lo que se trata es de honrar y de hacer amable la memoria del difunto, y esto se quiere conseguir por medios dispendiosos, para que nadie piense que se ahorra, a fin de no mermar la herencia a que se acaba de adquirir derecho, ¿no sería más conducente y más cristiano repartir entre los pobres ciertas sumas, después de costear unos funerales tan modestos como los dispondría el difunto mismo si, después de haber abierto los ojos a la luz eterna y de haber visto la nada de las cosas humanas, hubiera podido manifestar su voluntad?»

## ▪ CUENTA DE LOS GASTOS OCASIONADOS POR EL ENTIERRO

Ataúd con adornos imitación de cobre y con iniciales de papel imitación oro .....	\$ 100,00
Bóveda .....	\$ 15,00

Dos carros mortuorios .....	\$ 12,80
Por enlutar la casa y poner blandones .....	\$ 10,00
Música .....	\$ 250,00
Derechos .....	\$ 20,00
Cera .....	\$ 45,00
Alquiler de candeleros a real cada uno, por tener mi compadre fama de rico .....	\$ 30,00
Lámparas e infiernitos .....	\$ 65,00
Alquiler de sillas .....	\$ 20,00
Jarrones colosales, imitación de hoja de lata, bronceados .....	\$ 10,00
Esquelas de convite y repartidores .....	\$ 16,00
Cartelones .....	\$ 3,20
Ómnibus .....	\$ 64,00
Misas .....	\$ 80,00
Lápida .....	\$ 40,00
Traje que sirvió de mortaja, que estaba nuevecito .....	\$ 50,00
Suma, \$ de ley.....	831,00

«No sé cuánto costó la rasura. Presumo que no sería poco, porque, en mis tiempos, los barberos, que sólo llevaban un real por afeitar a un vivo, se permitían pedir un peso por afeitar a un muerto.

«Ignoro si se gastó en coronas. Muchas vi, pero pudieron ser enviadas como obsequio. Todas eran de flores negras, hojas negras y musgo negro, maravillas que le ha arrancado al reino vegetal la industria, o más bien el omnipotente antojo mujeril. También en el luto hay lujo. Si uno monta a caballo estando

de luto, es de rigor que lleve sudadero negro. Hay casas en que durante un duelo no se sirve a la mesa sino lomo negro, dulce de moras y café sin leche:

Los trajes de merino para tres señoras que había en la casa .....	\$ 210,00
Los de entrecasa para ellas mismas, y los que les hicieron a los niños y niñas .....	\$ 200,00
Los vestidos nuevos que tuvieron que hacer los hijos mayores .....	\$ 112,00
	<hr/>
Suma, \$ de ley.....	\$ 522,00

«En esta última partida están incluidos dos pesos que costó forrar los sombreros en merino. El grado de sentimiento se mide por lo que sube el merino en el sombrero, como se mide el calor por lo que sube el mercurio en el termómetro.

«La cuenta de los gastos ocasionados por el entierro pone de manifiesto que lo que se hizo en provecho del difunto, es decir, por el descanso de su alma, no alcanzó a costar la cuarta parte de la suma total, y que la función fue hecha en sus tres cuartas partes por miramientos al “sería muy feo” o, lo que es lo mismo, por satisfacer la vanidad de los sobrevivientes.

«El desenfado con que yo gastaba antes de arruinarme, y aquel con que gastó mi sobrino Eduardo cuando su matrimonio, tienen en parte por excusa que él y yo hicimos muchas erogaciones para adquirir objetos que tenían valor y utilidad real, y que debían quedar en poder nuestro. Los dispendios hechos para el entierro de mi compadre (salvo lo empleado

en sufragios) no tienen disculpa, porque ninguna de las cosas pagadas ha quedado representando valor alguno ni puede servirle a nadie, a no ser que usted me diga que la lápida sí puede servirle a otro, después que se exhumen los restos de mi compadre: las lápidas pueden volverse como se vuelven las ruanas cuando ya están desteñidas, por el lado que ha estado a la vista.

«Lo exorbitante de los gastos de este entierro y de todos los de lujo se debe en gran parte a que todo el que vende algo o presta algún servicio a quien tiene muerto qué enterrar, considera tal ocasión como la más propicia que pueda presentársele para salir de pobre de un solo golpe, y dice: “Aquí que no peco”.

«Mi compadre no era pobre, pero no solía tener dinero en caja; así fue que, aunque algunos amigos suministraron por el pronto lo preciso, los gastos del entierro vinieron a producir la necesidad de tomar dinero al 10 por 100, que es uno de los castigos con que se purga desde esta vida el pecado de gastar más de lo que se debe.

«Agregóse a esto que la muerte de mi compadre trajo consigo, como era indispensable, la suspensión de algunos negocios, el trastorno de otros y la necesidad de hacer muchos gastos, fuera de los del entierro, considerables y precisos. Así, el de más de ochocientos pesos, hecho para el entierro, vino a ser verdaderamente ruinoso, no sólo por su cuantía sino por la mala sazón en que hubo de hacerse.

«Querido compadre, tú verás desde la eternidad los embrazos y los conflictos en que ha de hallarse la familia que tanto quisiste y por quien tanto te desvelaste, cuando, repartida ya tu herencia, empiecen tus hijos a no hallar colocación y a padecer necesidades; tú verás cuánta falta hacen cuatrocientos o

seiscientos pesos para la educación de los que dejaste en la niñez. Entonces pensarás en lo que se despilfarró con motivo de tus funerales, y te acordarás de que yo tuve parte en ello. Perdóname entonces, perdóname desde ahora, que todo lo hice porque me pareció duro no mostrarme condescendiente con tu esposa y con tus hijos, que anegados en lágrimas me decían: “No hay que ahorrar nada para el entierro”.

Dos de noviembre de 1879».

Dos observaciones hacemos a nuestro venerado amigo Marroquín: el alto precio de las letras de cambio sobre el extranjero influye para que hoy, en vez de uno, cueste cuarenta pesos afeitar a un muerto.

De entierros no se diga. El nuevo método de encomendar el alma a Dios con coches de coronas en el cortejo, en vez de disponer algún óbolo de caridad, si bien fomenta los negocios de coches y de flores, ha costado más de una demanda y otros desastres a viudas y huérfanos. ¡Bendito el ejemplo, aunque perdido, del ilustre y filantrópico doctor Rufino Cuervo, modelo de gobernadores y amigos, ¡quien previno que sus exequias fuesen en la humilde iglesia de San Diego, y su entierro sin ninguna ostentación mundana! Su dignísima viuda, doña María Francisca Urisarri, lo imitó, yendo a la última morada estrictamente como hermana de la venerable Orden Tercera.

Con el nuevo ejemplo dado en las realmente decorosas exequias del acaudalado caballero don Manuel Umaña, en el año de 1886, cesaron los exagerados e inútiles aparatos mortuorios que arruinaban a los dolientes en los funerales de sus muertos.



Empero, volvamos a los tiempos de los santafereños en lo que concernía a los difuntos.

A todos les ponían el vestido que solían llevar cuando vivían, salvo el caso de voto hecho en alguna cofradía, porque entonces los amortajaban con el hábito correspondiente, los pies descalzos y un ladrillo de cabecera, si eran de la Orden Tercera.

Acomodado el difunto en el sencillo ataúd forrado en valencina negra, adornado con líneas rectas de hiladillo blanco o amarillo y estoperoles de cobre, le aplicaban en la cara y las manos paños empapados en zumo de borraja para darles color amarfilado. Si era mujer soltera se iba a la sepultura con palma y corona de papel, como emblema correspondiente al coro de las vírgenes, aun cuando sus antecedentes riesen de ello.

A las siete de la noche se presentaba en la casa mortuoria alguna de las comunidades de religiosos con cirios encendidos, cruz alta y ciriales: los cargueros vestidos de capuz se apoderaban del cadáver, los frailes entonaban un *Recorderis* que hacia coro a los lamentos de los dolientes, e infundía pavor en los que presenciaban aquella escena capaz de conmovier a las mismas piedras.

En la sala de *De profundis* de algún convento depositaban el cuerpo, y durante toda la noche le hacían compañía dos religiosos alternándose cada hora. Al día siguiente tenía lugar el servicio fúnebre, con el muerto descubierto, a fin de satisfacer la curiosidad de los asistentes a las exequias y enseguida conducían los restos mortales al cementerio, dentro del carro mortuorio en forma de un gran baúl de cuero negro tachonado de estoperoles de cobre, tirado por un caballo de color del carro,

que se resistía en cada bocacalle como para demostrar que le disgustaba el oficio, guiado por conductor vestido de frac, sombrero de copa alta enlutado, y alpargatas.

Antes de introducir el muerto a la bóveda le arrojaban cal en la cara y en el resto del cuerpo, remachaban la tapa del cajón como si quisiesen impedir a todo trance que pudiera escaparse, y, *Requiescat in pace* hasta diez años después, cuando lo lanzaban de la morada a la fosa común, salvo el pago de nuevo arrendamiento o compra del local.

Ogaño sacamos los muertos después de ocho años de sepultados, lo cual quiere decir que nuestros antepasados eran más resistentes a la corrupción.

En los tiempos de la administración mortuoria de don Isidoro Matajudíos, quitaba este a sus parroquianos la dentadura postiza montada en oro y la entregaba a los deudos.

A los amigos de codiciar los bienes ajenos les referiremos la siguiente historia: un sujeto pretendió el destino de celador del cementerio, que estaba a cargo de Matajudíos, intrigando y haciendo fuerza de vela hasta obtener el codiciado puesto, con perjuicio de este.

Matajudíos recibió orden del alcalde para entregar a su sucesor el puesto y el cementerio por riguroso inventario.

El día fijado por el codicioso para hacerse cargo del destino, lo esperaba tranquilamente el empleado destituido. ¡Cuál sería la sorpresa de este al ver llegar a su contendor conducido en el carro fúnebre, exigiendo sepultura porque había muerto en la noche anterior!

\*\*\*

A cuatro quedan reducidos los funerales suntuosos de cuerpo presente a que concurrieron los santafereños en la República. Los referiremos en orden cronológico: el arzobispo de Caracas, doctor Ramón Ignacio Méndez de la Barca, el mismo que en plena sesión del Congreso, en la antigua Colombia, abofeteó al diputado doctor Diego Fernando Gómez, venía desterrado de Venezuela y murió en Villeta el 6 de agosto de 1839, por consecuencia de una caída de la mula en que montaba. Traído el cadáver a Bogotá se le hicieron exequias en la Catedral, de donde fue conducido en hombros al cementerio por el clero secular y las comunidades religiosas de varones, cuyo personal era muy numeroso.

Entonces existían conventos de agustinos calzados, agustinos descalzos, dominicanos, franciscanos, recoletos de San Diego y los restos de los hospitalarios.

El cortejo, acompañado de los altos funcionarios públicos y del Ejército, salió de la iglesia a las diez de la mañana para llegar al cementerio a las cuatro de la tarde, porque en cada bocacalle hacían posas.

En aquella vez tocó al arzobispo Mosquera, secundado por el Gobierno de Nueva Granada, cumplir con los deberes de tributar honor a la virtud perseguida.

\*\*\*

En las sesiones de la Cámara de Representantes habidas en los días 27, 28, 30 y 31 de marzo de 1840 se discutía un proyecto de ley que concedía absoluto olvido legal por los delitos y culpas cometidos contra la tranquilidad y el orden público desde 19 de junio de 1839.

El Gobierno, representado por los miembros del Ministerio y sus partidarios, era decididamente adverso al proyecto, mientras que la oposición, encabezada por el general Santander, Florentino González, Ezequiel Rojas, Vicente Azuero y el general Antonio Obando, lo apoyaba. El último, al contestar al secretario de lo Interior, lo increpó así: «No es de extrañarse que el honorable secretario esté opuesto al proyecto de indulto, porque siempre ha creído necesarias las medidas fuertes: ya en 1831 fue denunciado por un honorable diputado que tiene asiento en la Cámara, como ejecutor de actos de crueldad, según lo pueden recordar los señores que hayan leído el papel que llevaba por epígrafe *Caso grave*, y en 1823 mandó arrojar en el Guáitara a siete pastusos, atados espalda con espalda, desde el puente de aquel río».

Desempeñaba entonces la Cartera de lo Interior el fogoso general Eusebio Borrero, de complexión sanguínea y carácter arrebatado, altivo por demás en sus ademanes, de palabra incisiva y elocuente al estilo de Mirabeau, de pecho levantado y anchas espaldas, mirada de provocación, nariz arremangada y boca con signo de supremo desdén hacia sus adversarios. Ya en las discusiones anteriores había apostrofado a los miembros de la oposición en los siguientes términos: «Patriotas de ayer, neófitos en la historia de nuestra revolución, pretenden que es fácil que el Gobierno en la organización que tiene, pueda sostener y ahogar todos los desórdenes en medio de los elementos contrarios que existen desde el origen de nuestra revolución; pero yo que conozco muy de atrás las causas de inestabilidad que minan la existencia de todo gobierno en esta tierra, lejos de extrañar estas tentativas, admiro cómo una casaca negra

ha podido por más de tres años conducir con éxito los destinos de la Patria».

Apenas volvió a ocupar su asiento el general Obando después de su invectiva al general Borrero, pidió esta palabra, se puso de pie, meneó la abultada cabeza cubierta de encrespados cabellos negros, como hace el león al sacudir la melena antes de entrar en combate con el rival que le disputa la hembra, y estalló en furibunda peroración encarándosele al general Santander: «Réstame, señor presidente —dijo al terminar su discurso—, hablar de mí mismo, y no es sino con mucha repugnancia que lo hago para contestar la inculpación de dos hechos que me ha atribuido el honorable diputado que acaba de hablar, de los cuales el uno es absolutamente falso, y el otro está muy equivocado en las circunstancias. Con motivo de la reunión que se formó en Cali para proclamar de hecho al general Bolívar, dictador en 1830, siendo yo comandante militar de aquel cantón, el general López publicó un decreto de indulto, fijando cierto término para la presentación de los comprometidos con sus armas, e imponiendo la pena de muerte a los que pasado aquel término no lo verificasen. Fueron aprehendidos tres y, en virtud de aquel decreto, y como un acto de energía que yo creía necesario, fueron juzgados y fusilados públicamente. Un ciudadano de Popayán, cuyos sentimientos filantrópicos son bien conocidos, denunció este hecho en un impreso que tenía por título, no *Horrendo atentado*, como le ha sugerido al honorable diputado la fragilidad de su memoria, sino otro más moderado: *Caso grave*. Pero yo no tuve la perfidia de mandar asesinos a la casa de estos desgraciados para que los matasen fingiéndose de su partido, como se hizo aquí en 1834; yo no di orden

al comandante de una escolta que llevaba preso a un individuo para que, suponiendo que quería escaparse, lo asesinasen por la espalda, como sucedió aquí con el señor Mariano París.

«Yo di cuenta a la Nación dos veces por la imprenta de los motivos de aquel procedimiento, y si por él he desmerecido su confianza, en su mano está no acordármela; me he sometido a su juicio, y protesto no quejarme. De mis conciudadanos he recibido después espléndidos testimonios de aprobación a los principios que han guiado mi conducta pública en todas ocasiones».

El General Santander pidió la palabra para contestar; pero siendo llegada la hora, el presidente de la Cámara, que lo era accidentalmente don Lino de Pombo, se la concedió para el día siguiente. Naturalmente se produjo gran excitación en la ciudad con motivo del violento debate que preocupaba a los miembros del Congreso, que entonces se reunía en la casa contigua a la actual del estado mayor, inmediata al cuartel de Artillería.

Desde temprano se hallaban colmadas las barras de la Cámara de Representantes por espectadores ansiosos de presenciar la contestación que debía dar al general Borrero el general Santander. Este se presentó vestido de levitón de paño color de café, abotonado hasta el cuello, pidió la palabra con muestras evidentes de la emoción que lo dominaba, y una vez que se le concedió se puso de pie, sacó un pañuelo de seda rojo con el cual se enjugó el sudor del rostro, lo dejó caer sobre la mesita que tenía al frente, y empezó así su defensa: «Señor presidente: no habría vuelto a tomar la palabra si los incidentes ocurridos en el curso de la discusión no me impelieran a ello; pero no se crea que por esto olvidaré la importancia del puesto que me ha

confiado la Nación, ni la respetabilidad de esta corporación, ni mi propia dignidad.

«Navegaba el respetable general Jackson por uno de los ríos de los Estados Unidos, y de improviso uno de los pasajeros se acercó a él y le dio una bofetada: el general guardó silencio y reservó a la opinión pública hiciese justicia al estado inofensivo del paciente, y a la alevosía del ofensor.

«Entro en materia».

Enseguida hizo una breve exposición con el objeto de poner en claro la injusticia del ataque hecho por el secretario de lo Interior, y vindicarse de los cargos que este le dirigió, sobresaliendo en su peroración los siguientes pasajes: «Aquí terminaría yo mi discurso si el señor secretario del Interior al vindicarse de cargos que yo no le he hecho, ni sabía se le iban a hacer, no hubiera recordado dos acontecimientos ocurridos bajo mi Administración. No sé si este recuerdo se haya dirigido sólo a mi por vía de recriminación, o al diputado que habló anteriormente; de cualquiera manera que sea no debo guardar silencio. Irregular y muy contraria a la posición de un secretario de Estado en esta Cámara Legislativa es la conducta del que se expresa en términos agrios para hacer recriminaciones injustas además de extemporáneas: los órganos del Gobierno deben ser en el Congreso muy mesurados en sus palabras, pesándolas con escrupulosidad y evitando todo motivo de disgusto y pesar. Nunca me aguardaba yo a oír en este lugar acusaciones enigmáticas procedentes de la boca de uno de los secretarios de Estado. Uno de los historiadores modernos de la revolución de España, a quien se concede juicio e imparcialidad en sus escritos, ha consignado una máxima que yo deseara ver esculpida en las puertas de la

casa del Gobierno y en la de sus secretarios, por el bien y utilidad que resultaría de ajustarse a ella: “Los gobiernos —dice—, están obligados, aun por su propio interés, a sostener el decoro y dignidad de los que les han precedido en el mando; si no, el ajamiento de los unos tiene después para los otros consecuencias amargas”. Peligroso puede ser el precedente que acaba de establecer el señor secretario del Interior, y quiera Dios que no tenga que llorarlo en lo futuro. ¿Por qué motivo habría reservado hasta hoy imputarme culpa en los dos acontecimientos ocurridos el uno a fines de 1833 y el otro en octubre de 1834? ¿No ocupó el señor Borrero un asiento en la Cámara de Representantes en las sesiones de 1834 y 1835? ¿No era entonces, en que los sucesos estaban recientes, la ocasión más favorable para haber levantado su voz en cumplimiento de un deber sagrado, y promovido una acusación legal? ¿Y posteriormente en 1837 no ocupó una silla en el Senado, y no provoqué yo por escrito a que se denunciase cualquier crimen en que pudiera haber yo incurrido en la Administración durante el primer periodo constitucional? El silencio de entonces ha sido para mí una garantía.

«Muy sensible es haber tenido que entrar en esta ligera vindicación tratándose de materia muy diferente de la en que se ocupa la Cámara; pero habría dejado con mi silencio un vacío que la misma Cámara no hubiera aprobado».

Al llegar a este punto de su discurso no pudo continuar por la conmoción nerviosa que lo obligó a tomar asiento, de donde lo llevaron en silla de manos a su casa para no volver a salir de esta sino en brazos de sus amigos al conducirlo a la última morada.



El 6 de mayo siguiente, a las seis y media de la noche, anunciaron los dobles de las campanas de los templos de la capital la muerte del hombre de Estado que cimentó en este país el imperio del poder civil y de la ley, después de haber colaborado como el que más a la Independencia y glorias de Colombia.

Su cadáver fue depositado en la sala de *De profundis* del convento de San Francisco para hacerle la autopsia y embalsamarlo.

De todos los que presenciaron la muerte del “Hombre de las Leyes” vivió hasta hace poco, en decorosa ancianidad, su ayuda de cámara Rufino Camacho. En un elegante féretro de caoba y embutidos de cobre, sin ángulos salientes en los costados, posaba el cuerpo de Santander sobre una capa española, vestido de uniforme de general de División, que consistía en casaca bordada en el cuello, la pechera y botamangas, con fondo de paño grana, faja de mallas y espada ceñida, calzón blanco, botas altas, los brazos cruzados sobre el pecho, guantes blancos, y a los pies el sombrero elástico con el bonete orlado y la beca roja del Colegio de San Bartolomé, de donde fue estudiante; el rostro acicalado, de color blanco, que le hacía resaltar el bigote negro.

El 12 del mismo mes los civiles lo condujeron del convento de franciscanos a la capilla castrense, local que hoy conocemos con el nombre de Salón de Grados, cuya puerta daba al atrio de San Ignacio. Allí le hicieron exequias como a hijo de dicho Colegio, y al día siguiente se celebraron los suntuosos funerales en la Catedral, donde pontificó el arzobispo Mosquera.

El cadáver fue llevado al cementerio en coche mortuario arreglado en forma de elegante catafalco, conducido por los miembros del Congreso, rodeado de altos magistrados que

llevaban las cintas negras, cuyos extremos estaban atados al féretro, seguido de gran concurso y del Ejército con las armas a la funerala, por la Calle Real y el hoy camellón de Las Nieves, trayecto enlutado todo él, y los balcones y ventanas atestados de gente ávida de presenciar aquel espectáculo nuevo para los bogotanos. En el cementerio ocuparon la tribuna los doctores José Duque Gómez, Francisco Soto, Florentino González, Vicente Azuero, general José María Gaitán y el vicerrector del Colegio de San Bartolomé.

Cumplidos los honores de ordenanza militar, inhumaron el cadáver en una bóveda provisional construida a la izquierda del camellón que divide el cementerio, con esta lacónica inscripción:

### SANTANDER

Hoy reposan los restos de tan noble prócer y magistrado en el sencillo mausoleo erigido en el cementerio por la gratitud de sus conciudadanos.

\*\*\*

La guerra civil iniciada en Pasto en el año de 1839 repercutió en todos los ámbitos de la República, y en los primeros días del mes de octubre de 1840 cundió en Bogotá la noticia de que un numeroso ejército revolucionario, al mando del coronel Manuel González, se acercaba a la indefensa capital.

Las exageraciones de partido atribulan a las fuerzas invasoras hechos atroces de vandalaje que contribuyeron, en no poca

parte, a formar la atmósfera de pánico que dominó entonces a los bogotanos.

El presidente de la República, doctor Márquez, había partido para el Sur a fin de salvar la legitimidad, amparándola del ejército que allá lidiaba a órdenes del general Herrán; dejando su puesto en Bogotá al vicepresidente general Caicedo, y de gobernador de la Provincia de Bogotá a don Lino de Pombo, secretario que era de lo Interior y Relaciones Exteriores, quien no vaciló en aceptar ese cargo en semejante conflicto con los «Supremos» provinciales. La bandera de rebelión era la federativa, terror constante de aquel patricio desde los escarmientos de la juventud.

Ya parecía todo perdido cuando, viniendo de su hacienda de Ticha con una reciente herida, se presentó el coronel Juan José Neira, subió al atrio de la Catedral, y exclamó con voz de profeta: «Los facciosos no entrarán a Bogotá mientras viva Neira»: levantó la opinión en favor del Gobierno, y con un puñado de valientes guardias nacionales reunidos a los jóvenes enrolados en la célebre Compañía de la Unión, sorprendió a los rebeldes y los derrotó en los campos de Buenavista y Culebrera, el 28 del mismo mes de octubre. Desgraciadamente la victoria se obtuvo al precio de la vida del héroe, quien recibió una nueva herida de bala en la parte superior e interna de la rodilla izquierda, que le ocasionó la muerte, porque Neira no consintió en la amputación.

Otra de las víctimas de aquella jornada fue el honrado artesano padre del popular religioso agustino Plácido Bonilla, muerto gloriosamente al dar una carga de caballería. En la bóveda que encerraba los restos de aquel patriota se leía el

siguiente epitafio, coronado de una lanza y un fusil entrelazados por una guirnalda de laurel al pie de la cruz:

*Esta tumba que veis, oh bogotano,  
encierra la lealtad y el heroísmo:  
aprende en ella a ser buen ciudadano.  
Aprende en ella honor y patriotismo.  
Es la tumba gloriosa aunque sencilla  
del valiente Pacífico Bonilla.  
Muerto en la jornada de Buenavista y La Culebrera.  
28 de octubre de 1840.*

El coronel Neira fue conducido provisionalmente al edificio que entonces ocupaba el Seminario en la esquina noroeste de la Plaza de Bolívar, y de aquí a la casa que hace ángulo en la carrera 3.<sup>a</sup> con la calle 11, a la diagonal de la iglesia de La Candelaria, donde murió el 7 de enero de 1841.

En un rico ataúd de caoba con incrustaciones de bronce y embutidos de madera blanca, reposaba Neira sobre colchones y almohadas de seda negra, galoneadas de oro, vestido de uniforme de coronel de Caballería, consistente en casaca de paño y pantalón azul turquí con solapa y vueltas de terciopelo verde, charreteras y botonadura de plata, botas altas, sable al cinto y las manos con guantes blancos de manopla cruzadas sobre el pecho.

Expuesto el cadáver en el salón del Palacio de San Carlos, custodiado por guardia de honor de la Compañía de la Unión, fue llevado por esta a la Catedral, el día 14 del citado mes de enero, en medio de un imponente y numeroso cortejo formado

por los empleados eclesiásticos, civiles y militares, al sonido de la música fúnebre marcial, de las cornetas con sordinas, de los tambores destemplados y del estruendo de los cañones que disparaban alternativamente en la plaza principal y en la plazuela de Egipto.

Debajo de la cúpula de la Basílica, enlutada con buen gusto, se levantaba suntuoso catafalco donde colocaron el cuerpo durante el servicio religioso, rodeado de centenares de cirios; en las columnas había inscripciones alusivas a los méritos del héroe que se lloraba, y el templo estaba lleno de piadoso cortejo con semblantes en que se notaba el sentimiento de pesar por la pérdida de aquel gran ciudadano.

Terminados los funerales en la iglesia, desfiló el convoy por la Calle Real y el camellón de Las Nieves, con dirección al cementerio, llevando en hombros el cadáver de Neira, precedido de su caballo de batalla con su lanza, y de tantas señoritas cuantas eran entonces las provincias de Nueva Granada, ostentando cada una en una banda roja con letras de oro el nombre que le correspondía, y con coronas de ciprés.

Todo el trayecto estaba adornado con festones fúnebres, y de trecho en trecho se levantaban columnas corintias con una lechuza sobre el capitel e inscripciones de los hechos notables de Neira en el centro de coronas de ciprés y siemprevivas, con un hombre vestido de capuz, sentado al pie en actitud de profundo dolor.

El numeroso concurso de las principales señoras, que llevaban coronas, se disputó la tarea de conducir el féretro, cuya tapa iba adelante en manos de soldados de la Compañía de la Unión.

Seguía al féretro el general Domingo Caicedo, vicepresidente de la República, acompañado de los miembros del Ministerio, de los magistrados de la Corte Suprema, del Cuerpo Diplomático y Consular, entre el cual se contaba su decano el Internuncio, monseñor Cayetano Baluffi; del gobernador de la Provincia, la Municipalidad y demás empleados civiles, y del arzobispo Mosquera, en unión del clero secular y regular, entonando preces por el descanso eterno del difunto, en las constantes posas que hacían sobre una mesa adornada convenientemente y llevada al efecto.

Cerraban la comitiva el Ejército y la Guardia Nacional con la célebre banda de milicias.

Al llegar al cementerio el gran concurso, colocaron el cadáver al frente de la cruz cuya base sirve de tribuna, y todos se apresuraron a depositar coronas sobre los restos mortales que con templanza por última vez, antes de entregarlos a la tierra.

El general Domingo Caicedo y los señores Juan Clímaco Ordóñez, Joaquín Ortiz Rojas, José María Vergara Tenorio y José María Galavís pronunciaron elocuentes discursos alusivos a las virtudes del héroe; pero el que conmovió profundamente a los circunstantes fue el del último, quien ocupaba puesto de soldado en las filas de la primera Compañía de la Guardia Nacional.

En el momento oportuno se avanzó hacia el cadáver de Neira, posó en descanso a la funerals el fusil, y con ademán patético y vibrante voz declamó un discurso, si no extraordinario por la gracia y el ingenio, sí expresión fiel y ardiente de las virtudes y el carácter del héroe y de lo que Bogotá y la República tenían conciencia de deberle.

\*\*\*

En un sepulcro provisional, situado al frente del monumento que hoy guarda los restos del héroe, se le inhumó, y allí estuvo hasta 1844 en que don José Ignacio París donó el nuevo, uniendo su grato nombre al de Neira, como más tarde lo unió al de Bolívar.

Para aprovechar la actitud del busto, el lugar del mausoleo se cambió al erigirlo, de manera que aquel permanezca en posición de contemplar los campos de La Culebrera y Buenavista, donde Neira se cubrió de gloria.

La ley de honores expedida por el Congreso de 1841 considera a Neira como si hubiese muerto en la clase de general para los efectos de la ordenanza militar respecto de sus herederos y, entre otras disposiciones, ordena que el nombre de este benemérito ciudadano se inscriba en letras de oro en las salas de las sesiones del Senado y Cámara de Representantes: allí vimos hasta el año de 1857 los cuadros primorosamente hechos por don Simón Cárdenas, en los que resaltaba sobre superficie de cristal, el nombre de NEIRA.

Tanto en el año de 1844, en que se cambió el lugar de la sepultura de Neira, como en el de 1880, en que fue necesario desmontar el monumento a fin de impedir su ruina, hubo la oportunidad de volver a ver el cadáver, en el mismo estado en que fue inhumado, sin otra diferencia que el crecimiento de la barba y de las uñas de los pies, que taladraron la parte superior de las botas.

\*\*\*

El sábado 1.º de julio de 1843, a las doce del día en viaje a las tierras calientes, según lo dijimos en otro lugar, murió al llegar a Puente Aranda el general Domingo Caicedo.

Conducido el cadáver a Bogotá, fue embalsamado y expuesto al público en rico ataúd de madera de rosa y adornos de bronce, en la casa situada al frente de la puerta de la Catedral, en la calle 11 (la misma que perteneció al canónigo doctor Manuel Fernández Saavedra), vestido de uniforme de general con espada al cinto sobre la cual posaba la mano izquierda, y con la derecha, sobre el pecho, empuñaba el bastón de carey.

En la iglesia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, del cual era hijo, se le hicieron funerales. Al efecto, adornaron la iglesia con tal profusión de luces que contribuyeron a la descomposición del cadáver, sobre el cual chorreaba la cera derretida.

Con extraordinaria pompa se celebraron las espléndidas exequias, en las que ofició el arzobispo acompañado del capítulo metropolitano, con asistencia del clero secular y regular y de todo el elemento oficial, civil y militar disponible. La benevolencia, que fue distintivo del finado, y sus extensas relaciones de familia, contribuyeron en mucho a solemnizar los últimos honores tributados al que desempeñó, a satisfacción de todos, el delicado puesto de vicepresidente de Colombia la gloriosa y de Nueva Granada.

En la tribuna del cementerio se pronunciaron elocuentes discursos en que se hacía la apología del difunto; pero de aquí surgió un penoso incidente.

El distinguido joven José María Rivas Mejía vestido con el uniforme de colegial de Nuestra Señora del Rosario, ocupó



la tribuna y empezó su discurso con la siguiente introducción: «Vengo a deciros un tristísimo adiós en nombre del Colegio del Rosario: del Colegio de Caldas y Castillo, ¡y del que no quedan, como de vos, sino restos saturados de lágrimas y recuerdos».

Al llegar a esta parte del discurso se oyó la voz imperiosa de un alto funcionario de la República ordenando al orador que descendiera de la tribuna. Deplorable susceptibilidad oficial que influyó de modo funesto en el porvenir del que ya era una esperanza para la Patria.

Los miembros de la Administración Ejecutiva que contribuyeron a quitar la autonomía del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario para refundirlo en la Universidad Central, debieron creerse aludidos en el discurso del joven Rivas, y esto explica tan extraño procedimiento.

\*\*\*

Antaño llevaban a puro y debido efecto el refrán que dice: «El muerto al hoyo y el vivo al bollo».

En todo país civilizado no se permite inhumar a una persona sino después de obtener la evidencia de que no entierran un vivo, y a este precepto debió la señora Dolores Portocarrero, esposa del doctor Eladio Urisarri, que no la sepultaran en Barcelona cuando recorría España por el placer de visitar la tierra de sus antepasados. Cuatro días con sus noches estuvo la señora inmóvil, con todas las apariencias de la muerte, oyendo calificarse de difunta por numerosos médicos —quienes le hicieron cuanta aplicación les vino al magín— sin poderlos contradecir, rogando a Dios con toda su alma que dieran crédito a un

practicante cuando afirmaba que estaba viva, hasta que al fin la congoja la hizo dar un débil suspiro como única tabla de salvación. Pero en Santafé era muy peligroso pasar por muerto sin estarlo, porque sin dejar enfriar al reputado cadáver, lo bajaban del lecho con el fin de vestirlo antes de que se pusiera rígido. Una equivocación en tan interesantísimo asunto era irremediable.

Horroriza sólo pensar en las angustias y desesperación que sufriría un sujeto muy conocido en Bogotá, cuya momia se encontró boca abajo en el ataúd, después de ocho años de sepultado, con evidentes señales de que en esta posición no lo habían metido en la bóveda.

La tradición santafereña conserva el recuerdo de varios casos semejantes al que dejamos relatado: cuántos habrán enterrado vivos, lo sabremos en el último día del mundo. Para terminar este ya larguísimo capítulo, referiremos tres casos comprobados de muerte aparente, cuyos protagonistas escaparon por milagro de irse a la sepultura antes de tiempo.

La epidemia de viruela sorprendió a esta ciudad y sus contornos en el año de 1840, cuando no había vacuna para preservarse de ella, ni se conocía método adecuado para curar a los apestados: de aquí provino la cuasi total desaparición de los indígenas de la Sabana, y los estragos que sufrió Bogotá en su entonces escasa población, sin hospitales para atender a los numerosos enfermos pobres, que morían hacinados en sus pésimas viviendas.

Entre los atacados de la peste se contó m<sup>ister</sup> Andrés Watt, natural de Inglaterra, quien vino al país a ejercer la profesión de sastre, traído por una compañía que no medró.

Durante el flagelo recorrían los carros la ciudad, a mañana y tarde, para recoger cadáveres de los que morían en las tiendas

y llevarlos a enterrar en el antiguo cementerio, situado a pocos metros de la estación del ferrocarril de la Sabana, hacia el Sur. Aún no había llegado a tener aplicación el principio de utilidad de Jeremías Bentham, respecto de aquel reducido espacio de tierra, dedicado a sepultar, entre otros, a muchos de nuestros próceres, que bien merecían se les concediera la gracia de dejarlos dormir en paz el sueño comprado al precio de su sangre generosa vertida para darnos patria: ese suelo empapado en sangre de nuestros mártires, es hoy un campo de labor en donde el arado extrae los huesos de los que allí yacen abandonados, con mengua de la Municipalidad de Bogotá.

La hornada había sido espléndida, como decían en Francia durante el régimen del terror, cuando llevaban en la carreta fatal muchas víctimas a la guillotina, tanto que no hablan alcanzado a conducir a tiempo para ser enterrados a los virulentos muertos en el día, razón por la cual los que llegaron al cementerio después de las cinco y media de la tarde, tuvieron que esperar turno entre el vehículo hasta la mañana siguiente. Además, cayó un copioso aguacero que impedía materialmente la operación de darles sepultura, circunstancia que no afectó la sensibilidad de los sepultureros, habida consideración de que un baño en nada perjudicaría a los nuevos inquilinos. En tal virtud los dejaron tranquilos, sin cuidarse siquiera de cerrar las puertas del cementerio, como inútil medida de seguridad, porque nadie podría salirse.

Allí estaba el pobre míster Andrés reputado por muerto, dejando que le cayera encima el benéfico diluvio del Cielo, con todo el estoicismo de un británico, cuando la frescura del agua lo volvió a la vida, mejorado, porque la lluvia le había hecho

caer las costras de la cara, dándole un aspecto abominable, capaz de espantar al más valiente que lo viera.

Mister Watt abandonó a los compañeros del carro y emprendió camino para su vivienda, situada arriba de la iglesia de La Candelaria. Al pasar por la Casa de Moneda, en cuya puerta había dos gruesas cadenas de hierro remachadas en las pilas-tras del portón y las columnas al frente, que hoy no existen, el centinela que montaba la guardia le gritó:

—¡Quién vive!

—¡Un muerto! —respondió el imperturbable inglés, y siguió en derechura para su vivienda; pero quiso la fatalidad que se presentara a su afligida esposa, próxima a dar a luz, y al ver a quien creía difunto con aquella cara tan espantosa, dio un grito de horror, cayó sin sentido, y dos días después reemplazó a su marido en el cementerio.

Don Andrés terminó en sastre remendón de ropa vieja, en una tienda debajo de la casa que había en el sitio de la hoy opulenta morada del doctor Rafael Rocha Castilla: allí murió en el año de 1862.

\*\*\*

*La señora doña Rita Trujillo pasó a mejor vida. Las exequias por el alma de la difunta se celebrarán mañana a las nueve en la iglesia de agustinos calzados. Sus deudos y amigos suplican a usted se digne asistir a rogar a Dios por ella, y acompañar el cadáver al cementerio, por cuyo favor le vivirán eternamente agradecidos.*

*Bogotá, 13 de mayo de 1844.*

Así se leía en la invitación impresa en la tipografía de Ayarza, en una cuartilla de papel azuloso, en forma de epitafio sobre una portada de dos columnas con su cúpula, las correspondientes lechuzas y sauce de Babilonia, según la moda de hace medio siglo.

Los que recibieron la invitación experimentaron sorpresa natural al saber el fallecimiento de una persona a quien la víspera habían visto gozando de buena salud, como si esto fuese argumento o garantía de no morir.

Doña Rita era una solterona rayana entre los cuarenta y cinco y cincuenta diciembres cumplidos, que hacía novenas a todos los santos, huésped asiduo de las iglesias, sin preocuparse por los azares de la vida, merced a unas cuantas casas que le producían más de lo necesario para subsistir holgadamente; decidida apologista de la pobreza porque no la conocía y, en fin de fines, beata de San Francisco, cuyo hábito vestía con rigor: esta fue su salvación.

A las siete de la noche anterior al día fijado para las exequias, llevó la comunidad de agustinos a depositar a doña Rita en la sala de *De profundis* del convento, y con la puntualidad exigida en la ordenanza militar, a la hora y fecha anunciadas estaba de cuerpo presente en mitad de la iglesia, donde aguantó sin pestañear las miradas de los curiosos y el servicio fúnebre hasta que la posaron en la puerta del templo para rezarle el último responso. Ya fuese efecto del rocío del agua, con la cual siempre antipatizó la señora, o del aire libre que la reanimara, el hecho fue que doña Rita movió el dedo gordo de un pie, pues los tenía descalzos, según la regla de la Orden Tercera. Advirtiendo el movimiento los circunstantes, la volvieron a su casa

sin causarles pavor porque, según dicen, los muertos no espantan de día.

Lo primero que hizo nuestra resucitada al volver en sí fue enviar a decir al prior de los agustinos que «donde hay engaño no hay trato», y que, en consecuencia, el convento le quedaba a deber las exequias que le habían aplicado suponiéndola muerta, cuando estaba viva: los padres cancelaron la obligación a doña Rita en el año de 1857, en que murió en realidad.

\*\*\*

En una noche lluviosa del mes de noviembre de 1845 se veían reflejos de aspecto siniestro en la desierta calle que conducía de la plazuela de San Francisco hacia el oriente, en la actualidad Calle Palau: era la comunidad de franciscanos, con cirios encendidos, salmodiando, a media voz, graves preces por la difunta doña Eduvigis García, viuda de Ramírez, a quien llevaban a depositar en la sala de *De profundis* para hacerle los funerales al otro día.

Siguiendo la costumbre de entonces, dos religiosos acompañaban al difunto durante la noche que permanecía en depósito, y se turnaban entre los de la respectiva comunidad, empezando por los padres graves.

A las ocho de la noche quedó instalada la viuda de Ramírez, encajonada en su ataúd forrado de valencina negra con hiladillos blancos formando cruces en las partes laterales. Lucía venerables tocas de linón blanco con arandelas que apenas le dejaban distinguir la perfilada nariz, los dedos de las manos entrelazados para sostener un pequeño

crucifijo de metal, solemnemente colocada en el suelo con cuatro cirios encendidos que chisporroteaban, único ruido perceptible en el fúnebre salón, de cuyos muros pendían los retratos de los frailes que habían dado lustre al convento, y que parecían perseguir tenazmente con la mirada a quienquiera que se fijara en ellos.

Al frente de la muerta, acomodado en el sitial de nogal, permanecía el padre guardián acompañado de un lego, rezando el oficio de difuntos en voz baja. Poco más habrían salmodiado cuando el lego se acercó al guardián, y con los cabellos erizados por el terror, le dijo en palabras apenas comprensibles:

—¡Padre..., la difunta soltó el Cristo!

El guardián, sin inmutarse, porque a un verdadero franciscano no le asusta la muerte, levantó la vista sobre las gafas y notó que doña Eduvigis movía las manos; luego no estaba muerta.

El valiente religioso se aproximó a la viuda, y esta trató de levantarse; pero fue tal el espanto que le produjo verse en aquel sitio, que volvió a caer en sopor.

Esparcida la noticia de la resurrección de la difunta, acudió la comunidad, lograron que volviera en sí, y ya la remitían para su hogar bien acompañada; mas apenas se vio la exmuerta en la puerta de la calle del convento, se les escapó en carrera tendida hasta llegar a su casa, en donde sus dolientes se ocupaban en rezar por ella. Allí se les presentó exabrupto, causando su estrafalaria figura pánico general que se manifestó en gritos, desmayos y aspavientos de susto, pasado el cual se acercó a doña Eduvigis el cretino de la familia para decirle entre risueño y lloroso:

—Estas burlas son muy pesadas.

Para que la catástrofe de un prójimo a quien sepulten vivo sea completa, sólo faltará que en el lugar del suplicio le fijen el siguiente epitafio, que copiamos en el cementerio de una ciudad importante del norte de Colombia:

*Ya salió a la plaza el toro,  
ya cayó José Isidoro,  
hijo de Rafael de Vela:  
murió de comer panela.  
que Dios lo tenga en su palma  
con María Josefa de Alba.*

*Su madre.*

Acaso se nos pregunte:

—¿Qué precaución eficaz debe tomarse con el objeto de que no se nos entierre vivos?

He aquí un punto que médicos y sacerdotes deberían tener muy averiguado —Policía y autoridades civiles no menos— y todo el género humano; y sin embargo, parece que está en problema.

Pero no dirán nuestros lectores y lectoras que no nos interesamos por su vida. No hará un año leímos que se habían determinado tres pruebas casi decisivas de la efectividad de la muerte:

1.<sup>a</sup> Levantar las manos del candidato contra una fuerte luz. Si los cartílagos que unen los dedos por su base dan transparencia rojiza, es síntoma infalible de vida, así como la palidez lo es de muerte.



2.<sup>a</sup> Aplicar una plancha de hierro caliente sobre la epidermis, la cual produce una ampolla que persiste en el vivo y revienta en el muerto.

3.<sup>a</sup> Aplicar el termómetro a una axila o sobaco u otra parte del cuerpo. Si se mantiene fijo en 32°, indica que ya la muerte sustituye a la vida.

Digan nuestros sabios si esto está confirmado, y sírvanse comunicárselo a tantos a quienes importa como a ellos mismos.

Ahora, para asegurarnos contra un epitafio que nos asesine eternamente, no nos ocurre preservativo mejor que el de hacerlo en vida; y como suele hacerse en verso y nosotros no hemos empezado aún nuestro curso de métrica y versificación, para dar el buen ejemplo apelamos a nuestro caritativo vecino y medio paisano popayanejo Rafael Pombo, el cual en la prueba de imprenta de nuestra última reminiscencia nos ha hecho, como sigue, esta fineza anticipada:

### EPITAFIO

*Sobre este negro fin descansa Pepe,  
y Colombia estampada llora y ríe,  
pues (salvo error) no hay rasgo en que discrepe  
de su retrato, mientras no varíe;  
y en vez de darle al gárrulo un julepe  
quiere que, de ultra lápida, le envíe  
mil más Reminiscencias postrimeras  
abriendo a todo alcance ojo y tijeras.*



**Biblioteca  
Básica DE  
Cultura  
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2015. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital se utilizó tipografía de la familia Baskerville (John Baskerville 1706–1775).

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca  
Nacional  
de Colombia



**TODOS POR UN  
NUEVO PAÍS**  
PAZ · EQUIDAD · EDUCACIÓN